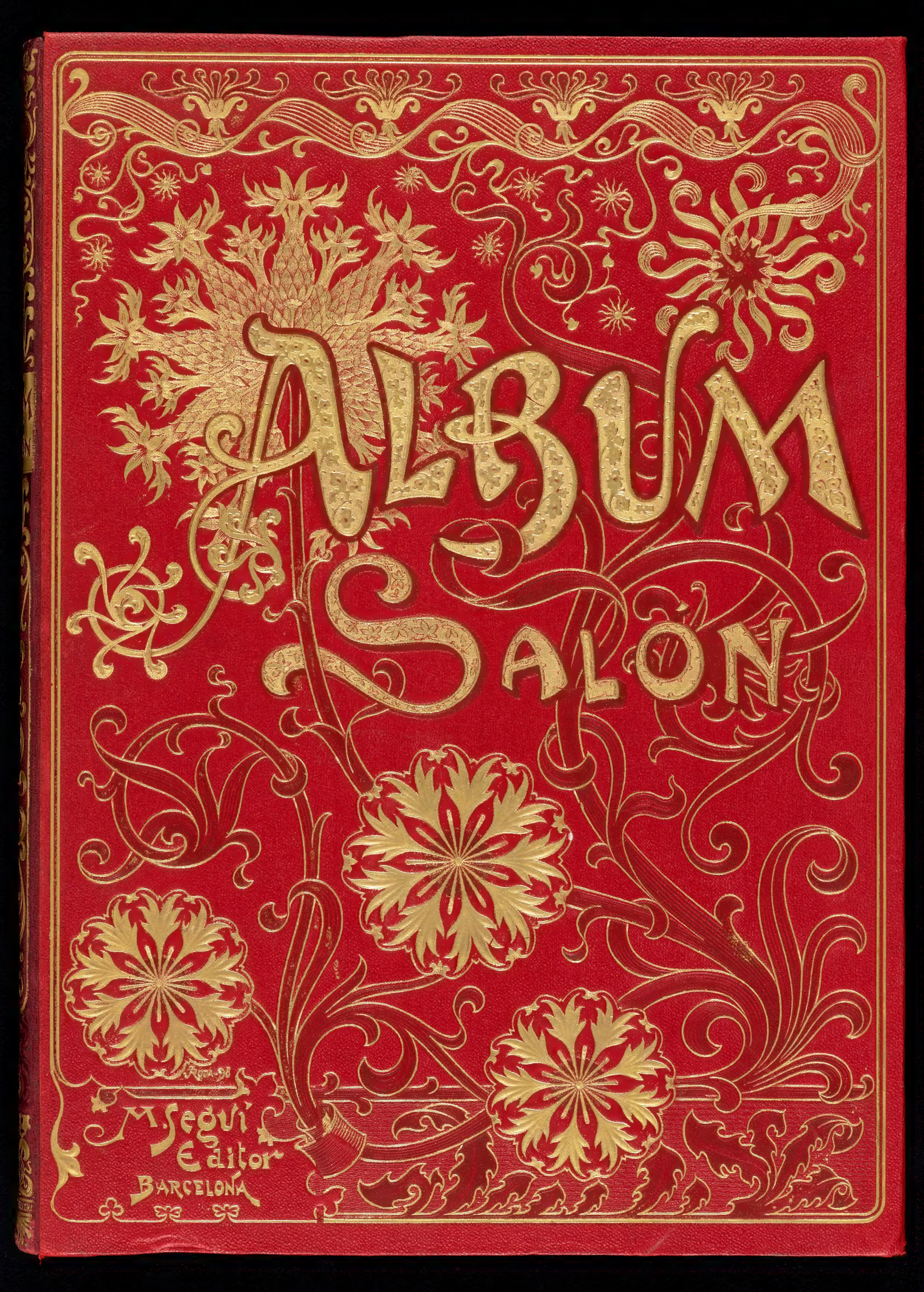

ALBUM
SALÓN
M. Seguí
Editor
BARCELONA

ALBUM SALON


ALBUM
SALON
PRIMERA ILUSTRACION
ESPAÑOLA EN COLORES
AÑO 1901
CENTRO EDITORIAL
ARTISTICO
DE MIGUEL SEGUI
RAMBLA DE CATALUNA 125
BARCELONA
CAMPS

ÁLBUM SALÓN



Cuadro de Román Ribera.



DOS MESES EN ESPAÑA

(CARTERA DE UN AMERICANO)

Era el 22 de Diciembre de 1890. Habíamos salido de Hendaya, última estación en territorio francés, y á las nueve de la mañana el mónstruo de penacho humeante entraba en el puente que atraviesa el Bidasoa. La locomotora marchaba con silenciosa lentitud, y los viajeros contemplábamos el grandioso paisaje que se ofrecía á nuestra vista. Majestuosas se deslizaban las azules aguas del histórico río, reflejando los pálidos y fríos rayos de un sol de invierno, el más crudo que la Europa ha sufrido en la segunda mitad de este siglo. A la derecha, asomaba sus antiguas techumbres Fuenterrabía, situada en la falda de la montaña de su mismo nombre; á la izquierda la colina de San Marcial, en cuya cúspide y sobre un castillo fortificado flameaba el pabellón español; y al frente, dividida por la línea férrea, la helada campiña, cubierta por terso manto de nieve.

Pronto llegamos á Irún. Mi sangre circulaba con impetuosidad anormal, y una emoción inexplicable me ponía fuera del nivel ordinario de la vida. ¿Qué podría así turbar mi habitual tranquilidad? ¿Acaso era aquélla la vez primera que un país extranjero alimentara mi insaciable curiosidad por lo nuevo y lo desconocido? ¡Cuántas veces, en el curso de mi vida, había traspasado los límites que separan la Rusia de Alemania, la Francia de la Italia, y la Holanda de la Bélgica, sin que el sentimiento tomara parte alguna en esas excursiones sugeridas por el amor á la ciencia, por el culto debido á los monumentos del arte, ó por saciar la sed del oro! Nada de eso podía, pues, suscitar la fuerte impresión de ánimo que ha fijado en mi memoria, con sello indeleble, el recuerdo de aquellos momentos y lugares.

¡Ah! Lo que tales efectos producía, no podía tener otra causa que la fuerza del poderoso imán de la sangre hacia la sangre homogénea que reconoce un mismo origen y viene de un manantial común! Era el átomo inmortal que dió vida y pensamiento á los árabes y godos; á los fenicios y romanos que antes poblaron la *Hesperia;* era el dón divino que después llevó Colón en alas del genio y de la gloria á las frondosas selvas de la libre América.

Aquí mis oidos fueron halagados por vibraciones de una armonía conocida, que despertó en mi memoria vagas reminiscencias de las dulces canciones con que la tierna madre arrullaba los primeros y plácidos sueños de la infancia. Era el habla de Cervantes, que el gigantesco fonógrafo de la tradición repite á cada instante; la lengua viril, rica y melodiosa que resonó en la soledad de los mares, en las carabelas de Colón. Era el idioma con que Hernán Cortés animaba y conducía á sus soldados á la victoria y á la conquista de mundos ignorados.

Si mis sentidos eran lisonjeados por las cosas materiales, mi espíritu vagaba con fruición en el anchuroso campo de la historia del invicto y heróico pueblo español. Todo lo que me rodeaba era evidente indicación de que respiraba las auras de la tierra clásica de la leyenda y de las titánicas luchas por la patria y la independencia; que pisaba la tierra refractaria á la ignorancia y á la barbarie, pues civilizó las hordas salvajes que pretendieron dominarla. En vano resistió el rudo Godo á su influencia bienhechora; el huraño habitante del desierto africano y el indómito y cruel pirata moro, dejaron de serlo, y revistieron la cultura castellana, desde que respiraron el aura de sus fértiles planicies, ó plantaron sus tiendas en las sierras y montañas de la Bética, convirtiéndose en artistas inimitables y en obreros disciplinados de la ciencia y del progreso.

Verdad es que los triunfos y victorias obtenidas por los españoles en los pasados tiempos, abruman su presente y hacen palidecer la situación actual de su influencia y poderío; mas ya los esplendores de su futuro destino comienzan á percibirse á la luz del eléctrico destello, y á través de la humareda del vapor.

La Europa del Norte y la Central, ocupadas en destruirse, preparando sangrientas y fratricidas luchas, buscan alimento á su energía en lejanos continentes, para proporcionar el pan al proletario que la amenaza con el socialismo, olvidando que á su lado existen fértiles comarcas donde reina eterna primavera; ciudades populosas en cuyos azules y puros firmamentos son desconocidas las tristes nieblas del Norte; divinas mujeres que la pintura no alcanza á bosquejar, y oradores sublimes, y sabios eminentes, y vates inmortales.

De allí ese afectado desdén con que aparentan mirar á España las gentes indoctas de la ilustrada Francia, y los necios que en todas partes abundan. De allí los cuentos y consejos inventados en su daño, y en el de los viajeros que ellas alejaban de la Ibérica Península.

Yo di crédito á esos detractores del culto pueblo español, que lo pintaban decadente y corrompido, dominado por el fanatismo y por inquisitoriales rutinas; ocupado en admirar toreros y en galantear *manolas.* Yo creí en los mendigos que amenazan la vida del extranjero, y en el puñal oculto bajo el corsé de la inocente colegiala.

El resultado de tan hostiles y falsas apreciaciones fué para mí el haber perdido y no aprovechado mejor mi juventud, en que la proscripción política me obligaba á buscar hospitalario asilo en extranjeras playas, para conocer y debidamente apreciar la hermosa patria de nuestros progenitores; la cuna de nuestro idioma; la benéfica fuerza motora que esparció la vida y la luz en el nuevo continente, y le dejó el gérmen de su futura grandeza.

Sírveme de excusa la consideración de que mi error fué compartido por casi todos los americanos que visitaban antes la Europa, y consuélame la esperanza de poder consignar, mientras dura el crepúsculo que acompaña el ocaso de la existencia, los gratos recuerdos que de este viaje me quedaran. Puede ser que ellos contribuyan á destruir arraigadas preocupaciones, y á llamar la atención de mis compatriotas hacia un pueblo hermano, simpático, é indudablemente destinado á empuñar el estandarte de la vanguardia de la raza latina, en eterna lucha con las razas antagónicas.

Con ese objeto me propongo trazar ligeros esbozos de algunos lugares y poblaciones de España, y describir someramente las impresiones que en mi ánimo han producido. Si por este medio consigo siquiera despejar el camino que conduce al fin que me he propuesto, mis aspiraciones quedarán satisfechas.

BILBAO

El reloj de la Basílica de Santiago, parroquia principal de la *muy noble, muy leal é invicta* ciudad de Bilbao, daba las nueve de la noche. La luna asomaba tras la montaña del *Morro*, cual humilde luciérnaga sobrecogida ante la viva iluminación que arrojaban las lámparas eléctricas á una y otra orilla del *Nervión*.

La capital de Vizcaya no perderá sus ventajas si la examinamos á la luz de ambas lumbreras: la que refleja los rayos del grande astro, y la que distribuye las emanaciones del gran genio americano. *Edison* y la *Luna*, un satélite de la Tierra y una estrella de la ciencia.

Arribando á Bilbao por el ferrocarril de *vía angosta* que la une con Zumárraga y Durango, no era posible llegar á la estación bostezando y á medio despertar del agitado sueño que de ordinario se apodera de los que han hecho largas y fastidiosas jornadas en los caminos de hierro.

Lo contrario se notaba en la fisonomía de los numerosos pasajeros que esa noche salían de los trenes, como abejas sorprendidas en sus colmenas por el humo de indiscreto fumador. El entusiasmo en unos, la admiración en otros, y en algunos el placer de haber escapado á un peligro inesperado, eran los rastros que quedaban en aquellos semblantes. Y no podía ser de otro modo. La vía férrea entre Zumárraga y Bilbao, si no es una de las más atrevidas y grandiosas concepciones del ingeniero, es por lo menos una obra maestra en su género, que reune en sí lo pintoresco y lo terrible; la temeridad de la idea con la seguridad y correcta ejecución del pensamiento. Noventa y un kilómetros separan los extremos de ese ramal que partiendo de Zumárraga se eleva y asciende las pendientes del monte *Irimo*, caracolea en su cumbre y desciende después á las llanuras de Durango, describiendo un sin número de curvas sobre rellenos y cortes gigantescos.

La perspectiva que se alcanza desde aquellos precipicios, mantiene al viajero en contínua excitación nerviosa, haciéndole pasar alternativamente del temor á la confianza en la firmeza de aquella obra de los modernos titanes: embelesando en ocasiones la vista y el ánimo de los fuertes, y aterrando, en otras, á los apocados y pusilánimes. En el fondo de

un profundo valle se veía Anzuola, pequeña villa rodeada de montañas, que, á las mil vueltas y revueltas que daba el tren, aparecía y desaparecía, como faro lejano que señalara un peligro á los caminantes de las alturas; y, en realidad, era para nosotros la indicación del abismo. Más adelante, el viajero olvida el riesgo que corre, ante el fantasmagórico cuadro que ofrece Vergara, vista de la cima del *Irimo* y situada en el fondo del valle regado por el *Deva*, poético y tranquilo riachuelo que se extiende hasta perderse de vista entre dos altísimas montañas, cual cinta de plata tendida por las ninfas del *Irimo* á lo largo de la hondonada. Vergara es notable. no sólo por su posición topográfica y la agreste belleza del sitio que ocupa, sino también, y más que todo, por el célebre convenio ó *abrazo*, que lleva su nombre, celebrado allí entre Espartero y Maroto.

La historia, á pesar de la vertiginosa velocidad de su marcha, deja siempre marcada la huella de su paso, salvando así del olvido y conservando á las generaciones venideras el recuerdo de los crímenes y de las virtudes de la humanidad, sus triunfos, sus errores y sus caídas. Bien podría desaparecer la ciudad de Vergara y sus habitantes. Bien podría el Deva variar la dirección de su curso, y aplanarse las montañas que lo amurallan. No por eso se extinguiría su nombre, ni se olvidaría su existencia. Porque son indestructibles y eternos los templos en que la historia da un asilo á los hombres y á las cosas que le pertenecen y que no deben morir.

Concluídas las formalidades de la instalación, salimos á dar un vistazo general á la población, que satisfizo completamente el deseo que teníamos de conocer una ciudad pura y netamente española, pues San Sebastián, que acabábamos de visitar, es más bien un pueblo cosmopolita, habitado por millares de extranjeros, y que ha tomado de las frecuentes excursiones veraniegas de la Corte, ciertos usos y costumbres que antes no le eran propias.

Bilbao no es una ciudad, son dos poblaciones; dos civilizaciones diferentes que luego se confunden en las aguas del Nervión. Entre las dos ciudades se levantan diez siglos, que las separan, y un río que marca sus límites. A su derecha, la antigua reina de las provincias vascongadas, que conserva la tradición de las Cruzadas; de las luchas de la edad media, y del furioso fanatismo de Felipe II. A su izquierda, la ciudad nueva, que ha olvidado esas antiguallas, ocupada como está en decorar sus ricos palacios, adornar sus lujosas tiendas y *macadamizar* sus anchas y elegantes calles. A esa hora de la noche, las *hermanas* se nos presentaban dormidas, descansando del trabajo del día, y blandamente recostadas en su lecho de cimientos férreos.

Sus montes de Archanda, Morro y Maravilla, cual gigantescos guardias de corps, vigilan su sueño, y las ponen al abrigo de los helados vientos y de los destructores huracanes que de vez en cuando arroja el *Continente Negro*, y el Nervión modera el ruido de sus olas, para no turbar el reposo de las dos reinas de la Iberia occidental

Bilbao tiene, pues, en su doble personalidad, con que satisfacer todos los gustos. El anticuario y el desenterrador de fósiles encuentran su ideal en la vieja ciudad, con sus estrechos callejones desprovistos de aceras; las monumentales fachadas de los zaguanes y los vetustos muros de San Antonio Abad, de los Santos Juanes y del Hospicio de las Carmelitas. Sin abusar del espejismo de la imaginación, podría transportarse veinte siglos atrás y contemplar las sombras errantes de los soldados de Sertorio que, al saber el asesinato de su jefe, perpetrado por el traidor Perpena, buscaron prematuro fin, dándose mutuamente la muerte.

Para el vividor de fin de siglo, la nueva Bilbao ó el ensanche, que se extiende al lado izquierdo del Nervión ó Ría, como le llaman los naturales del país, le ofrece el *confort*, el movimiento y el refinado lujo de cualquiera ciudad moderna. Luz eléctrica, redes telefónicas, líneas de ómnibus y tranvías y periódicos diarios, semanales y mensuales. La calle Balmaseda y Portugalete recuerdan los famosos *boulevares* de París. Los paseos de *Campo Volentín*, el *Arenal* y el jardín público, aunque no muy extensos, están cubiertos de sombra, de cómodas sillas, y los frecuentan elegantes y alegres personas y multitud de carruajes, tirados por admirables caballos ricamente enjaezados.

El *Teatro Nuevo* es de los mejores de Europa, y después del Real de Madrid y el Liceo de Barcelona, el mejor de España. En lo demás, la ciudad nueva no tiene mucho que envidiar á las poblaciones europeas de segundo orden.

Bilbao, con sus recursos ordinarios y los elementos que le son comunes con las demás ciudades de España, no estaba destinada á sobrepasarlas en adelanto material; mas el reciente descubrimiento de sus minas de hierro, bajo su propio suelo y en sus alrededores, cambió súbitamente su fortuna. En cuatrocientos millones de toneladas de hierro se calcula el nuevo haber de la dichosa villa. Ese tesoro le atrajo, como era natural, á los devoradores de acero de ambos mundos, que cubren con sus numerosas naves las aguas del Nervión. Inglaterra, la gran consumidora del precioso metal, representa el primer papel en esa feria permanente. Sus grandes hornos de fundición arrojan, día y noche, multicolores llamas por las mil bocas de esos pequeños avernos, dando á la ribera izquierda de la Ría el aspecto de un agitado infierno, cuyo destino preside el moderno *Plutón*, que se apellida *Jhon Bull*. En ese barrio, todo es inglés: las cosas, los hombres, las comidas y sobre todo, las bebidas. Pero, lo que más estiman los hijos del país, de la *británica* explotación, es la nube de oro que se deshace continuamente en copiosa lluvia de libras esterlinas, que aprovecha el proletario vasco.

Aquí, lo mismo que en San Sebastián y Valladolid, en el Norte como en el Sur de la Península; en las grandes capitales como en las pequeñas aldeas, llamó especialmente mi atención un hecho extraordinario, que creo digno de ser estudiado por nuestros gobiernos latino-americanos. Me refiero á la temperancia del pueblo español; hecho tanto más sorprendente, cuanto que se trata de una nación productora de los mejores vinos y licores de la tierra. En efecto, en mi excursión por las dos Castillas, la Andalucía y Cataluña, no he tropezado con una sola persona que estuviera en un estado completo de ebriedad. Puede ser que en lugares que el extranjero no puede observar, la embriaguez asome su asquerosa figura; mas, á mí no se me ha presentado en las calles y paseos públicos, ni en los teatros. posadas y cafés, un solo caso que produjera escándalo. Con excepción de los trabajadores ingleses, agrupados en la ribera izquierda del Nervión, entre quienes se conserva el culto fervoroso á *Baco*, tan generalizado en las costumbres de la poderosa Albión, el extranjero apenas se apercibe en España de que el hombre puede renunciar al uso de su razón, ahogándola en las bebidas fermentadas.

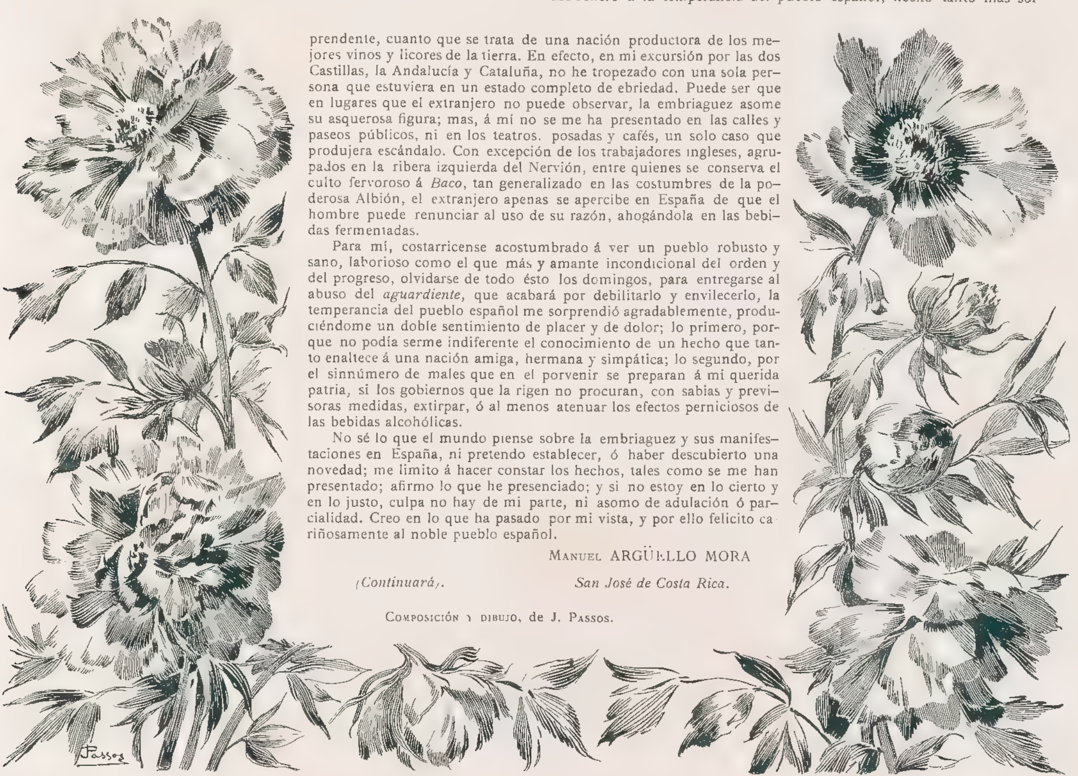
Para mí, costarricense acostumbrado á ver un pueblo robusto y sano, laborioso como el que más y amante incondicional del orden y del progreso, olvidarse de todo ésto los domingos, para entregarse al abuso del *aguardiente*, que acabará por debilitarlo y envilecerlo, la temperancia del pueblo español me sorprendió agradablemente, produciéndome un doble sentimiento de placer y de dolor; lo primero, porque no podía serme indiferente el conocimiento de un hecho que tanto enaltece á una nación amiga, hermana y simpática; lo segundo, por el sinnúmero de males que en el porvenir se preparan á mi querida patria, si los gobiernos que la rigen no procuran, con sabias y previsoras medidas, extirpar, ó al menos atenuar los efectos perniciosos de las bebidas alcohólicas.

No sé lo que el mundo piense sobre la embriaguez y sus manifestaciones en España, ni pretendo establecer, ó haber descubierto una novedad; me limito á hacer constar los hechos, tales como se me han presentado; afirmo lo que he presenciado; y si no estoy en lo cierto y en lo justo, culpa no hay de mi parte, ni asomo de adulación ó parcialidad. Creo en lo que ha pasado por mi vista, y por ello felicito cariñosamente al noble pueblo español.

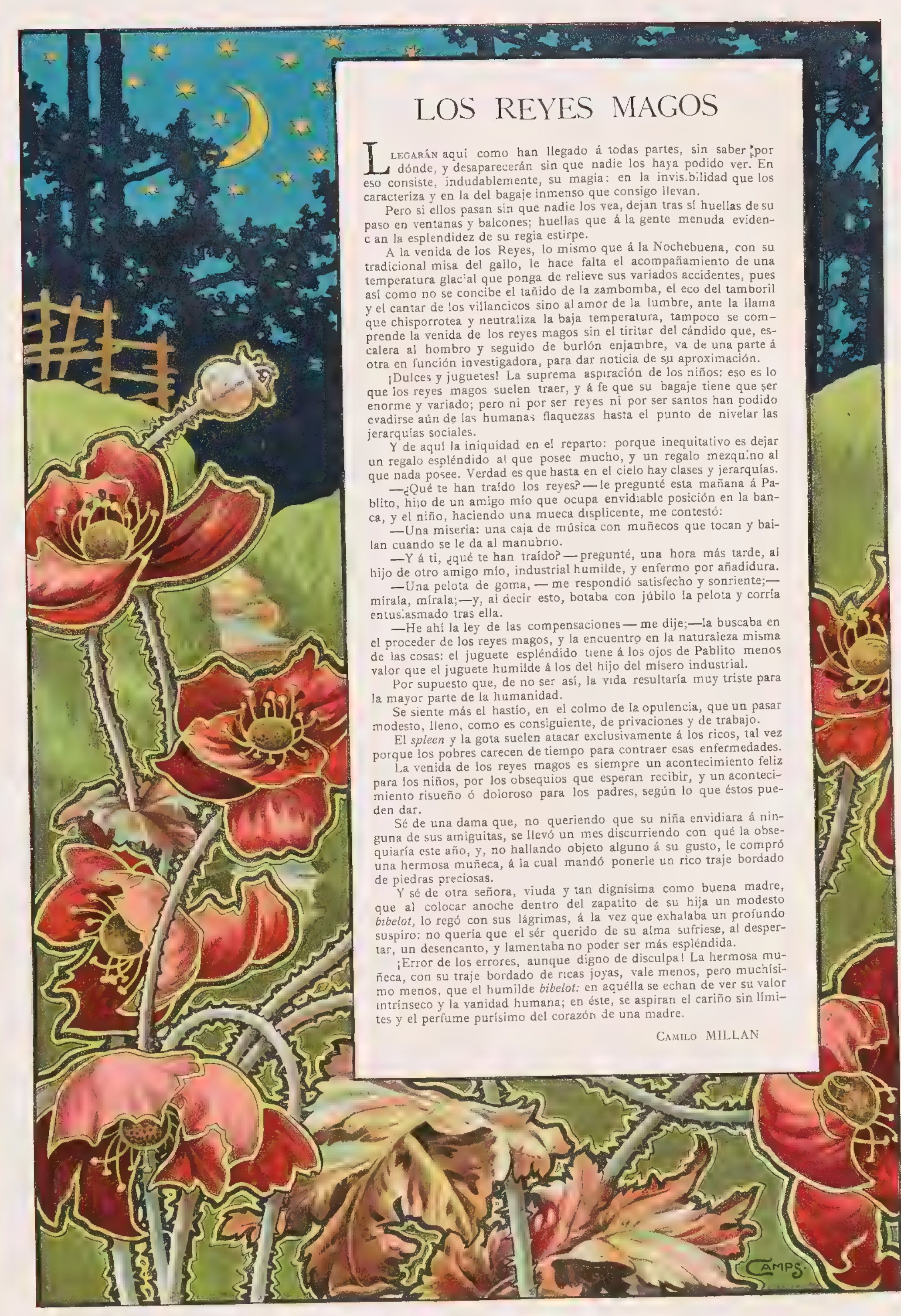
Manuel ARGÜELLO MORA

San José de Costa Rica.

(Continuará).



Composición y dibujo, de J. Passos.



LOS REYES MAGOS

LLEGARÁN aquí como han llegado á todas partes, sin saber ¿por dónde, y desaparecerán sin que nadie los haya podido ver. En eso consiste, indudablemente, su magia: en la invisibilidad que los caracteriza y en la del bagaje inmenso que consigo llevan.

Pero si ellos pasan sin que nadie los vea, dejan tras sí huellas de su paso en ventanas y balcones; huellas que á la gente menuda evidencian la esplendidez de su regia estirpe.

A la venida de los Reyes, lo mismo que á la Nochebuena, con su tradicional misa del gallo, le hace falta el acompañamiento de una temperatura glacial que ponga de relieve sus variados accidentes, pues así como no se concibe el tañido de la zambomba, el eco del tamboril y el cantar de los villancicos sino al amor de la lumbre, ante la llama que chisporrotea y neutraliza la baja temperatura, tampoco se comprende la venida de los reyes magos sin el tiritar del cándido que, escalera al hombro y seguido de burlón enjambre, va de una parte á otra en función investigadora, para dar noticia de su aproximación.

¡Dulces y juguetes! La suprema aspiración de los niños: eso es lo que los reyes magos suelen traer, y á fe que su bagaje tiene que ser enorme y variado; pero ni por ser reyes ni por ser santos han podido evadirse aún de las humanas flaquezas hasta el punto de nivelar las jerarquías sociales.

Y de aquí la iniquidad en el reparto: porque inequitativo es dejar un regalo espléndido al que posee mucho, y un regalo mezquino al que nada posee. Verdad es que hasta en el cielo hay clases y jerarquías.

—¿Qué te han traído los reyes? — le pregunté esta mañana á Pablito, hijo de un amigo mío que ocupa envidiable posición en la banca, y el niño, haciendo una mueca displicente, me contestó:

—Una miseria: una caja de música con muñecos que tocan y bailan cuando se le da al manubrio.

—Y á ti, ¿qué te han traído? — pregunté, una hora más tarde, al hijo de otro amigo mío, industrial humilde, y enfermo por añadidura.

—Una pelota de goma, — me respondió satisfecho y sonriente;— mírala, mírala;—y, al decir esto, botaba con júbilo la pelota y corría entusiasmado tras ella.

—He ahí la ley de las compensaciones — me dije;—la buscaba en el proceder de los reyes magos, y la encuentro en la naturaleza misma de las cosas: el juguete espléndido tiene á los ojos de Pablito menos valor que el juguete humilde á los del hijo del mísero industrial.

Por supuesto que, de no ser así, la vida resultaría muy triste para la mayor parte de la humanidad.

Se siente más el hastío, en el colmo de la opulencia, que un pasar modesto, lleno, como es consiguiente, de privaciones y de trabajo.

El *spleen* y la gota suelen atacar exclusivamente á los ricos, tal vez porque los pobres carecen de tiempo para contraer esas enfermedades.

La venida de los reyes magos es siempre un acontecimiento feliz para los niños, por los obsequios que esperan recibir, y un acontecimiento risueño ó doloroso para los padres, según lo que éstos pueden dar.

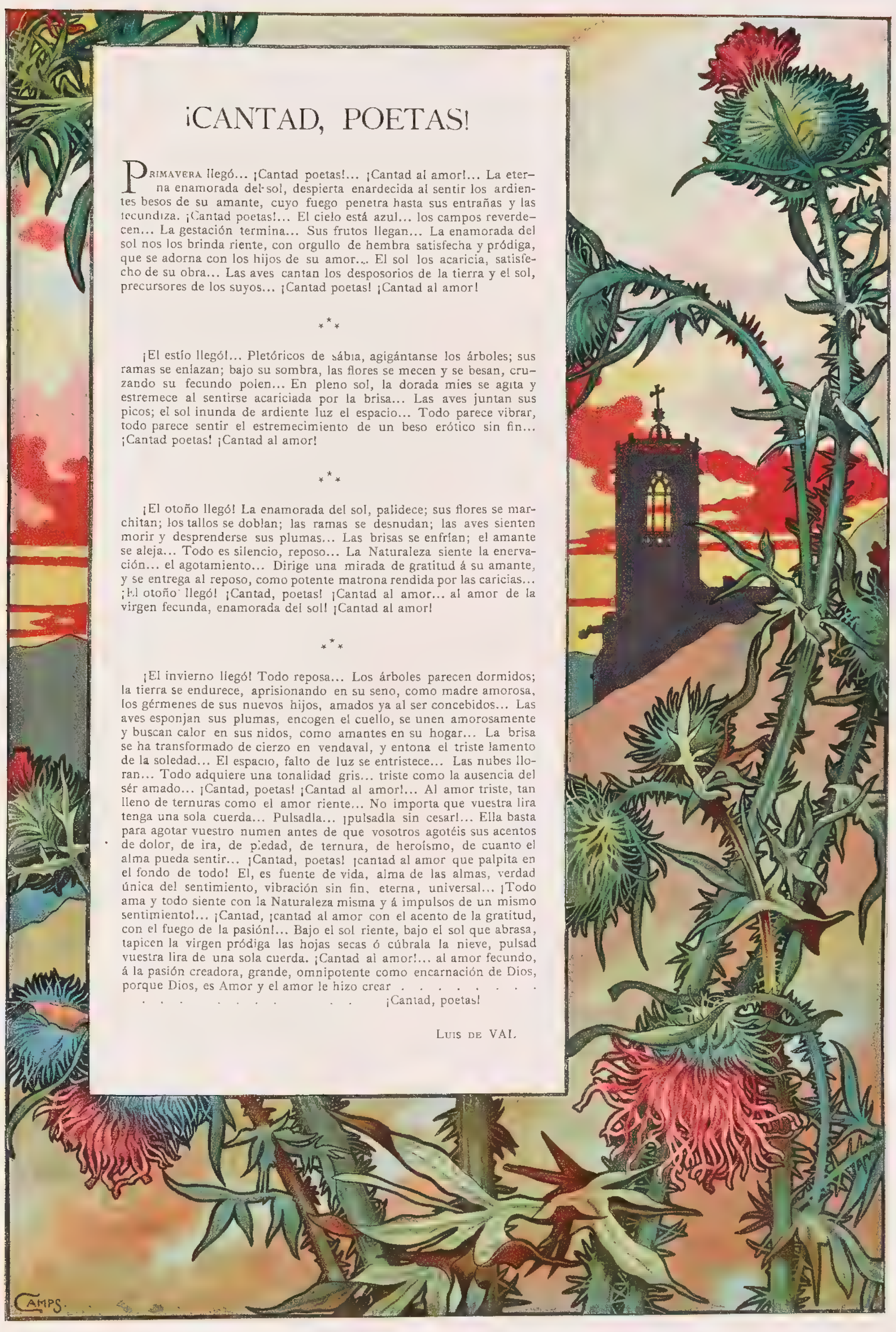
Sé de una dama que, no queriendo que su niña envidiara á ninguna de sus amiguitas, se llevó un mes discurriendo con qué la obsequiaría este año, y, no hallando objeto alguno á su gusto, le compró una hermosa muñeca, á la cual mandó ponerle un rico traje bordado de piedras preciosas.

Y sé de otra señora, viuda y tan dignísima como buena madre, que al colocar anoche dentro del zapatito de su hija un modesto *bibelot*, lo regó con sus lágrimas, á la vez que exhalaba un profundo suspiro: no quería que el sér querido de su alma sufriese, al despertar, un desencanto, y lamentaba no poder ser más espléndida.

¡Error de los errores, aunque digno de disculpa! La hermosa muñeca, con su traje bordado de ricas joyas, vale menos, pero muchísimo menos, que el humilde *bibelot:* en aquélla se echan de ver su valor intrínseco y la vanidad humana; en éste, se aspiran el cariño sin límites y el perfume purísimo del corazón de una madre.

CAMILO MILLAN

COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de G. CAMPS.



¡CANTAD, POETAS!

Primavera llegó... ¡Cantad poetas!... ¡Cantad al amor!... La eterna enamorada del sol, despierta enardecida al sentir los ardientes besos de su amante, cuyo fuego penetra hasta sus entrañas y las fecundiza. ¡Cantad poetas!... El cielo está azul... los campos reverdecen... La gestación termina... Sus frutos llegan... La enamorada del sol nos los brinda riente, con orgullo de hembra satisfecha y pródiga, que se adorna con los hijos de su amor... El sol los acaricia, satisfecho de su obra... Las aves cantan los desposorios de la tierra y el sol, precursores de los suyos... ¡Cantad poetas! ¡Cantad al amor!

⁂

¡El estío llegó!... Pletóricos de sábia, agigántanse los árboles; sus ramas se enlazan; bajo su sombra, las flores se mecen y se besan, cruzando su fecundo polen... En pleno sol, la dorada mies se agita y estremece al sentirse acariciada por la brisa... Las aves juntan sus picos; el sol inunda de ardiente luz el espacio... Todo parece vibrar, todo parece sentir el estremecimiento de un beso erótico sin fin... ¡Cantad poetas! ¡Cantad al amor!

⁂

¡El otoño llegó! La enamorada del sol, palidece; sus flores se marchitan; los tallos se doblan; las ramas se desnudan; las aves sienten morir y desprenderse sus plumas... Las brisas se enfrían; el amante se aleja... Todo es silencio, reposo... La Naturaleza siente la enervación... el agotamiento... Dirige una mirada de gratitud á su amante, y se entrega al reposo, como potente matrona rendida por las caricias... ¡El otoño llegó! ¡Cantad, poetas! ¡Cantad al amor... al amor de la virgen fecunda, enamorada del sol! ¡Cantad al amor!

⁂

¡El invierno llegó! Todo reposa... Los árboles parecen dormidos; la tierra se endurece, aprisionando en su seno, como madre amorosa, los gérmenes de sus nuevos hijos, amados ya al ser concebidos... Las aves esponjan sus plumas, encogen el cuello, se unen amorosamente y buscan calor en sus nidos, como amantes en su hogar... La brisa se ha transformado de cierzo en vendaval, y entona el triste lamento de la soledad... El espacio, falto de luz se entristece... Las nubes lloran... Todo adquiere una tonalidad gris... triste como la ausencia del sér amado... ¡Cantad, poetas! ¡Cantad al amor!... Al amor triste, tan lleno de ternuras como el amor riente... No importa que vuestra lira tenga una sola cuerda... Pulsadla... ¡pulsadla sin cesar!... Ella basta para agotar vuestro numen antes de que vosotros agotéis sus acentos de dolor, de ira, de piedad, de ternura, de heroísmo, de cuanto el alma pueda sentir... ¡Cantad, poetas! ¡cantad al amor que palpita en el fondo de todo! El, es fuente de vida, alma de las almas, verdad única del sentimiento, vibración sin fin, eterna, universal... ¡Todo ama y todo siente con la Naturaleza misma y á impulsos de un mismo sentimiento!... ¡Cantad, ¡cantad al amor con el acento de la gratitud, con el fuego de la pasión!... Bajo el sol riente, bajo el sol que abrasa, tapicen la virgen pródiga las hojas secas ó cúbrala la nieve, pulsad vuestra lira de una sola cuerda. ¡Cantad al amor!... al amor fecundo, á la pasión creadora, grande, omnipotente como encarnación de Dios, porque Dios, es Amor y el amor le hizo crear . . . . ¡Cantad, poetas!

Luis de Val.

COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de G. Camps.

CIENCIA DOBLE

La *última novedad* es la Higiene. ¿Queremos hacer á un pueblo grande, á un individuo fuerte? Higiene. Esta es una gran verdad, sólo que es muy antigua.

La «Higiene moderna», pretende beneficiar á la humanidad física. La Higiene antigua, la de siempre, propónese mejorar á la humanidad completa. ¿Qué es la filosofía, más que higiene?

Por una de esas incomparables síntesis que el saber realiza, los antiguos encerraron en un cuadrilátero inflexible la noción entera de todos los deberes de fuera y dentro. El hombre no tiene para qué moverse de aquel cuadro.

A cuatro elementos redujeron la higiene: *Circumfusa, aplicata, ingesta, excreta*. Y ¡nadie las mueva!... Ninguna teoría biológica destruirá esas bases.

La filosofía no tiene otros elementos. No hay más que traducirlos á lo moral y aplicarlos. De esta doble aplicación, sale el hombre hecho y derecho.

Circumfusa: lo que nos rodea y envuelve; el clima moral, el medio en que nos desarrollamos y vivimos. «No con quien naces sino con quien paces», decían los antiguos. Tan importante es el cuidado de este elemento, que basta pensar cómo el óxido de carbono mata y el oxígeno vivifica; el frío polar y el calor tórrido, combaten cruelmente con la vida, la atmósfera del presidio, envenena el alma, la ignorancia del pobre rebaño que se va del mundo con una sola afirmación, la de que el hambre, atrofia y pervierte las más altas facultades de la personalidad humana.

El hombre tiene el deber de buscar climas más sanos cuando conoce que hay esos climas. Es preciso decírselo y demostrárselo.

Aplicata: Los vestidos que nos cubren, el lecho en que descansamos, lo que ponemos en contacto con el individuo... los sistemas que aceptamos *a priori*, las esencias con que nos visten por dentro, las costumbres que nos imponen y seguimos. Al hijo del ladrón le parecerá un vestido honroso el uniforme del presidio; al del borracho, la embriaguez, el ejercicio natural del hombre; al del caballero, la caballerosidad, la condición más inalienable. De éstos, unos suben, otros bajan en el humano telar, según los gustos, la depravación y las circunstancias.



DIBUJO AL LÁPIZ; por Julio Borrell.

De la importancia de este elemento higiénico, nada hay que decir. Para los efectos de la vida, no es lo mismo ir abrigado que desnudo; dormir á la intemperie que en alcoba tibia y ventilada; echarse encima la túnica del error que el manto resplandeciente de la verdad y la belleza.

Ingesta: Lo que se ingiere, lo que sirve para nuestra nutrición y remedio; la doctrina de que nos vamos formando, las ideas de que se alimenta nuestro espíritu. ¡Esto sí que es importante! ¿Qué sangre hará la carroña? ¿Qué inteligencia el absurdo?

Todos convienen en que el aniquilamiento de la patria procede de nuestra perversa *ingesta*. Un siglo entero tragando bestialidades y ponzoñas parlamentarias, tenía forzosamente que engendrar una enfermedad de muerte. No hay estómago ni nación que resistan el diario envenenamiento de las especies alimenticias... las adulteraciones políticas tenían



DIBUJO AL LÁPIZ; por Julio Borrell.

que traernos á este estado. ¿Qué cosas habríamos ingerido los españoles, cuando fuimos de buena fe, con la mejor fe del mundo á trabar batalla con los «yangüeses», á que nos rompieran la lanza encima y se llevasen los pedazos! Nuestra última y acaso definitiva etapa militar, ha sido un cólico. ¡Resultados morbosos de la *ingesta!*

¿Es lo mismo leer á Moratín que á Comellas? En cuanto á ingerir, los españoles, sobrios *more turquesco*, nos contentamos con cualquier bazofia. Y luego, que es lo gracioso, dámosla de fuertes y robustos.

Excreta: esta sí que es función harto penosa; tan penosa como necesaria. No sólo hay que expulsar las toxinas de los tejidos, sino las del entendimiento. Ir echando fárrago al aire, excretando ilusiones, esperanzas, errores, prejuicios, nociones falsas, imbecilidades de todo género ingeridos y elaborados durante media vida, es el rudo y doloroso trabajo de la otra media. ¿Qué es lo que expulsa el cuerpo por sus diferentes vías? Venenos. Verdaderos venenos expulsa el entendimiento por las vías de la razón y de la experiencia.

Un hombre, aun siendo el *mismo*, no es igual á los veinte que á los cuarenta años. Lo natural es, que en esa última edad, el equilibrio racional se haya establecido mediante el concurso de todos ó de algunos de esos elementos esenciales de la higiene interna.

Colocado en un medio sano, en un clima moral apropiado á la apacible vida; rodeado de ideas y sistemas benignos y tolerantes, así como de costumbres buenas y humanas; nutrido por la sabia vivificante de una ámplia y verdadera filosofía y expulsando todo lo perverso, erróneo y malsano, merced al ejercicio fecundo de la inteligencia bien conducida, un hombre, un pueblo, una nación podrán gozar en el seno de una salud moral, más necesaria que la salud del cuerpo.

Y como una con la otra se relacionan en inquebrantable trabazón, las reglas de la higiene completa cumplen el eterno dualismo, haciendo un sér hecho y derecho.

Conociendo la irónica rapidez de la vida y la limitación más cruelmente irónica del horizonte intelectual, no podemos aspirar más que á un bien, la salud.

Con ella, templados los movimientos de la carne y del ánimo, podríamos *vivir bien*... todo lo bien que se puede vivir en un mundo tan defectuoso; y al fin y al postre podríamos caer para siempre, tranquilamente, sin espasmos ni estremecimientos, como los estóicos, en el seno amoroso de *Dea Siderea*. ¡La diosa Noche!

José NOGALES



EL ÁRBOL DE LAS ESTRELLAS

Lleno de calices blancos
desde el tronco á la cimera,
el almendro me parece
el árbol de las estrellas.
En él con furia soplando
entreabrió Marzo sus yemas
y en collares de luceros
trocó sus ramas espléndidas.
¡Arbol del cielo, árbol claro
que anuncias la primavera:
parecen risas de niño
tus florecillas abiertas!
Bajo el ramaje de plata
hecho de nieve y de perlas
que te viste de blancura
y de impecable pureza,
muchachas de quince abriles,
allá en mi niñez risueña,
iban á cortar tus tallos
para adornar sus cabezas.
La tradición, que no muere,
les refirió la leyenda
de que si en torno al almendro
bailaban formando rueda,
rondadores les saldrían
llenos de amantes finezas,
que las harían esposas
al caer las flores secas.
Ellas alzaban entonces
hacia el ramaje las diestras,
y con tallos adornaban
sus sedosas cabelleras,
y coronadas de flores,
después formaban cadena
y en torno al árbol brillante
bailaban danza ligera.
Cada vez que sacudían
dando las rápidas vueltas
el esplendente ramaje
con las manos en cruz puestas,
un aguacero de flores
descendía sobre ellas
como en noche azul y clara
se ve una lluvia de estrellas.
Eran frescas ilusiones,
eran esperanzas frescas
que caían en sus almas
anegando sus cabezas.
Soltaban, locas, la risa
al sentir las flores trémulas,
y de risas y de flores
salpicaban aire y tierra.
Después del rito amoroso,
al morir la tarde lenta
entre derrames de púrpura
y velos de azules felpas,
hacia el pueblo, entrelazadas,
regresaban las doncellas,
flores de almendro llevando
en las frentes, por diadema.
Y en un coro cuyas notas
aún dentro del alma tiemblan,
esta canción entonaban
por las floridas veredas:

***

Almendro oloroso; que un novio me salga,
un novio que vista justillo y chaqueta,
que tenga los ojos muy grandes, muy grandes,
que tenga la boca muy fresca, muy fresca,
que sepa en el campo mover una azada,
que sepa las armas tomar en la guerra,
que quiera á su patria, que quiera á su madre,
que quiera al Dios justo de cielos y tierra,
y que más que á madre, que á Dios y que á patria,
á mí, aunque es pecado, me mire y me quiera.

***

Hoy que a mi sér ya cansado
la helada vejez se acerca
y de cuanto amé en el mundo
muy poco ó nada me queda,
por no llorar, los dos ojos
cierro á la vida de fuera;
y más me entristece el alma
ver dentro de mí la rueda
de juventud y alegría,
de amor y de gentileza,
que baila girando en torno
del árbol de las estrellas.

SALVADOR RUEDA

COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de G. CAMPS.

FRANCISCO



¡LA ÚLTIM

MASRIERA



IA COPA !

Propiedad de don José Ferrer - Vidal y Soler



EL COLORÍN Y EL BALLESTERO

CUENTO ANTIQUÍSIMO

De mis pocas y mal coordinadas lecturas históricas, me atrevo á sacar la siguiente deducción:

Por regla general, los contemporáneos de los grandes tiranos valían bastante menos que éstos. Glosa: cada país tiene el gobierno que merece; y, en términos más pedestres; que para quien es padre buena está madre. Es fácil observar también que aquellos azotes de la humanidad tuvieron de ordinario á su inmediato servicio hombres de grandísima fidelidad y abnegación que les sacrificaban vidas y haciendas, más por entusiasmo que por lucro y, á veces, sin compartir con ellos sanguinarios y reprobables instintos. Claro está que los tiranos, ni en Europa ni en América, desde Nerón al dictador de Francia, no suelen ser sujetos adocenados, y también es evidente que la admiración hacia todo lo extraordinario, cautiva casi tanto como el oro. Tengo para mí que es preferible ser ballestero de maza de Don Pedro I de Castilla que Mayordomo mayor de Carlos II.

La historia del hijo y heredero de Don Alfonso XI está por escribir, con haber dado no poco trabajo á la imprenta desde que se estampó la Crónica del Canciller Don Pedro López de Ayala hasta que vió la luz, recientemente, el libro de Don Juan Catalina García. Asegura éste, que es la obra de aquél «la fuente más copiosa y más antigua que ha de estudiarse acerca del reinado» del *cruel* ó el *justiciero*.

¿Pero será tan cristalina la tal fuente, como antigua y copiosa? ¿No la enturbiaría, convirtiéndola en charco de ranas, la pasión que pudo guiar al historiador, afecto en un principio á su egregio tocayo y luego su enemigo declarado? Esto es lo que resta por averiguar.

Como quiera que ello sea, quintales de documentos auténticos, bastantes á patentizar las atrocidades imputadas al Monarca castellano, sería preciso traer, como prueba al gran pleito histórico, para destruir el nimbo ó aureola poético, y *verdaderamente* democrático, con que los sevillanos, y en general el pueblo español, rodean la original figura del rey del *Candilejo*, del *Arcediano de San Gil* y del que se arrojó á caballo en el *Río grande* para castigar la audacia de un fraile, que, creyéndose seguro, le disparaba bulas de excomunión *desde una barquita*.

Acordándome de Juan Diente, el célebre ballestero de maza del rey Don Pedro, me ocurrieron las anteriores reflexiones que pueden muy bien no venir á cuento, cuando se trata sólo de referir el que sigue:

* * *

¿Dónde encontrar más verdes y frondosos arrayanes que los que se ven, á la entrada de la huerta, en los alcázares del rey Don Pedro, en Sevilla? Sólo los que se adormecieron con el perfume de sus azahares y han visto florecer las calles de adelfas y las tapias cubrirse de jazmines, pueden decir lo que es Andalucía. Los que se perdieron alguna vez en el

> ...«obscuro laberinto
> que á los hurtos de amor brinda»,

los que han sentido sobre la piel, abrasada por aquel sol capaz de dorar el cieno, la lluvia benéfica de ocultos surtidores que brotan, como los del Generalife,

> «Saltando entre los mosaicos
> de pintadas piedrecillas...»

Por saber lo que es Andalucía pueden formarse idea aproximada de lo que debió de ser el Paraíso.

Juan Diente, poder ejecutivo del rey Don Pedro I de Castilla, tenía á veces muy buenas entrañas y, como Nerón, inclinaciones artísticas, aunque el ballestero carecía de toda especie de cultura.

Muchas siestas, á solas con sus recuerdos y á la sombra de algún naranjo de aquel mágico huerto, se había entretenido Juan Diente en ver pasearse las abejas sobre pétalos de rosa arrastrados por la límpida y fresca corriente en la acequia de ladrillo. Y aquella fiera, pronta siempre á descargar su maza vengadora sobre la cabeza de un cristiano, á la menor indicación del Monarca; más de una vez desnudando la daga la había sumergido en el agua que hacía zozobrar con su empuje el perfumado barquichuelo, para que el mortífero hierro sirviera de salvavidas al industrioso insecto.

Juan Diente se deleitaba oyendo cantar á las avecillas.

Y fué el caso que en una siesta asentóse un jilguero sobre el granado que le daba sombra.

Era aquel ave menor *de calaña albar*, la primera de las cuatro en que divide un antiguo inteligente esta familia de pájaros. Tenía «los encuentros de las alas muy negros, y los amarillos muy finos, y en la cola seis blancos grandes y muy blancos; la cabeza grande: y el ojo también grande; el pico grande y largo: y mucha parte del pico hacia la punta, negro mucha parte de él: barbas negras: la zanca y garra grande: ancho de espalda, y los cuchillos cortos y anchos, bien sacados y cenceños». Que éstas son las señales que debe tener todo buen jilguero macho, según Juan Bautista Xamarro, «á quien el Sumo Hacedor comunicó natural inclinación al conocimiento de aves pequeñas».

Como de *calaña albar*, tenía el jilguero de mi cuento la *música más furiosa* y *concertada* (según advierte también el clásico pajarero que acabo de mentar) y un madroño tan rojo y brillante como el mejor rubí de la India.

¡Dios poderoso, cómo cantaba el avecilla!

—Chafarrin, chafarrin, chicolio, tupili, chimbili, rucha, tibilio...

Juan Diente se hubiese pasado escuchándole los cuatrocientos años que, en compañía de la Princesa, corrieron sin sentir para el pescadorcito Hurashima en el Palacio del Dragón.

Varias tardes bajó el soldado á la huerta y en ninguna de ellas faltó la música del jilguero que solía atracarse de melosos higos negros. En la higuera puso Juan Diente cierta ingeniosa redecilla y tuvo el acierto de coger vivo y sano al cuitado pajarito que, como es consiguiente, dejó de cantar.

Disponíase el ballestero á encerrarlo en una jaula que al efecto tenía prevenida, cuando, con extraordinaria sorpresa suya, y en voz como de alma en pena, oyó que el jilguero le decía:

—¿A qué te afanaste por me tomar? ¿Qué provecho te aguarda con mi prensión?

Juan Diente, hombre de muchísimos hígados, logró reponerse pronto de la tremenda sorpresa y respondió con acento firme:

—Cobdicio oir tus cantos.

—No has de lograrlo, ca ni de grado ni por fuerza cantaré.

—Te comeré, si non cantares.

—Cocido, poco te valdré; asado, menos. Pero, si me sueltas, he de darte tres consejos que preciarás más que la carne de tres terneras.

Abrió Juan la mano, y apenas si el jilguero, entumecido, tuvo fuerzas para dar un vuelo y volver á posarse abatidísimo en la higuera donde había sido cazado.

Allí comenzó á peinarse la pluma con el pico.

—Di los consejos.

El colorín no pareció hacer caso de Diente; sin embargo, volvió á escucharse la vocecilla que decía:

—Lo primero, no creas todo lo que te cuenten: lo segundo, guarda é tien firmemente lo que te pertenezca: lo tercero, no hayas cuibta en jamás por cosa que pierdas.

Saltó el avecilla á otra rama y continuó la plática en estos términos:

—Dios sea loado que anubló tus ojos, Juan. ¿No viste en mi cabeza brillar el más magnífico rubí de la India? ¿cómo me soltaste?

Juan Diente se mesó las barbas.

—Aina olvidaste arreo los tres consejos. Creiste lo que te dije; me sueltas, y duélete, en fin, haberme dado libertad.

Cesó la voz, y como el ballestero sintiese á sus espaldas, tras un frondoso bosquete de murtas, el rumor de una tosecilla que se trataba de ahogar; fué hacia allá, rápido como una saeta, encontrándose con Maese Abraham Leví, agazapado tras el follage.

Era éste, físico del rey Don Pedro, famoso ventrílocuo no muy amigo de Juan Diente y muy mucho de burlas. Conocía éste de antiguo la rara habilidad del físico, pero había sido engañado por ella una vez más. Había expiado Abraham Leví al ballestero y, visto su entusiasmo por el colorín, quiso poner en acción, á costa de aquél, el cuento de *el ruiseñor* y *el rústico*, referido por Pero Alfonso, autor de *Disciplina Clericalis* y compatriota del físico.

Mediaron explicaciones, dulcísimas de parte del hebreo y bastante agrias de la de Juan Diente, que les puso punto final con esta advertencia:

—¡Guárdese maese de non ser osado de enderezarme nueva plática con esa boca (y le señalaba al vientre), ca pudiera venirme en antojo cosérsela con aquesta aguja!, y se acariciaba la daga.

Luego tomaron cada cual por distinto camino; el jilguero, repuesto de las agonías que había pasado entre las manazas de Juan Diente, alzó el vuelo, trasponiendo los tapiales de la huerta, y... colorín, colorado.

EL CONDE DE LAS NAVAS

EL CASTIGO

(FACETA)

Juan, loco de amor por Ana, advierte con tremendo dolor que su adorada ama á Pedro. Una noche, desesperado, al ver que Ana le desprecia, coge una escopeta de dos cañones. la carga cuidadosamente, sale á paso de lobo de su casa y entre tinieblas, saltando tapias, va hasta el jardín donde Ana habla con Pedro. Un disparo, un ¡ay!, un hombre muerto.

Nadie ha visto el crimen. Pero hay sospechas de que Pedro ha muerto á manos de otro mozo enemigo suyo. Y como la justicia es ciega, el infeliz va á presidio, en tanto que Juan, impune, reconquista el amor de la traidora y se casa con ella.

Pasan unos años. La felicidad del asesino es completa: su mujer le quiere y su hijo, de ocho años, es el más listo y bonito del pueblo. ¿Remordimientos? ¿Para qué? El no hizo sino defender su bien que le arrebataban. ¿Que un hombre, siendo inocente, gime en la cárcel? Culpa es de la justicia, no suya. Y los días pasan y la dicha crece. Diríase que el egoísmo sangriento merece premio y no castigo.

¿Dónde está Pepe? ¿Cómo no acude, sabiendo que es la hora de la comida? ¿Cómo no contesta á su llamamiento? Su madre asegura que ha de estar en casa.—¡Pepín! ¡Pepín!—Nadie contesta.

Juan, enloquecido, busca, busca sin descanso. Del granero al establo; del jardín al huerto.—¡Pepín! ¡Pepín!—En vano.

En el extremo del jardín hay un barracón que muchos años atrás fué un cenador. Nadie penetraba en él; lleno está de trastos viejos. Ni los mozos de labranza ni las criadas abren jamás su puerta, que cada año, por la acción del tiempo, se desvencija más. Juan guardó en aquel barracón la escopeta homicida después de descargar con tan tremendo acierto uno de sus cañones.

¿Por qué está entreabierta la puerta del barracón? Es que sus maderos han cedido á una presión. Juan empuja á su vez la puerta y cae al suelo sin sentido.

Pepín se ha matado jugando con la escopeta y yace en el suelo con la rubia cabecita destrozada.

¿Remordimientos? ¿Para qué? Ya le ha herido el castigo.

* * *



ORLAS, de G. Camps.

BALDOMERO GALOFRE



PAISAJE

Salón Robira (Fernando VII, 59).

JOAQUÍN AGRASOT

FERIA DE GANADO

Salón Robira (Fernando VII, 59).



SARA

Huye Abraham á Egipto: Dios lo quiere
y ya de Asiongaber toca la orilla:
Y entre todo su ajuar sólo prefiere
urna que... esconde y cuyo fondo brilla.

De agujeros cribada está la urna
y viva luz difunde y grato aroma
ya en la estrellada soledad nocturna
ya cuando el alba en el Oriente asoma.

Llega á un portazgo y cóbranle tributo:
¿es ámbar? le demanda el publicano:
yo pagaré por él más alto fruto
si os place, dijo, y respetad mi arcano

¿Serán rubíes que la tierra esconde
del Yran en el fertil paraíso?
decid viajero, y Abraham responde:
pagaré por rubíes si es preciso.

Mas el esbirro de la ley, curioso,
otra vez le pregunta: ¿son acaso
perlas de Ofir? —Respóndele orgulloso:
por perlas pagaré, dejadme paso.

Y atentando á la urna mano avara,
á los ojos atónitos se ofrece
en casta desnudez la linda Sara,
nevado lirio que en Sichem florece

Codicia de Moab y de Ydumea,
así viajaba la gallarda esposa
del gran patriarca de la estirpe hebrea
como entre espinos la encendida rosa.

Dejad que marche en éxodo tranquilo
el anciano guardián de su decoro
y el loto azul del misterioso Nilo
sirva de lecho á tan gentil tesoro.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA

FORNOS

¡Ya verás cuando llegues á la Corte!
¡Ya verás! — me decían en mi pueblo...
—Irás á Fornos, el café de moda
donde acude la *crema*, lo selecto,
literatos, artistas, escritores...
¡la espuma del saber y del ingenio!—
Pero somos los chicos de provincia
bastante impresionables, y por eso,
al dejar mis montañas asturianas
una angustia cruel sentí en el pecho...
Y al fin llegué á Madrid, la ilustre villa,
colosal Babilonia de mis sueños...
Recorrí los rincones de la Corte,
admiré sus palacios y sus templos
y quedé con estúpido entusiasmo
embobado lo mismo que un paleto
al ver *bajar la bola* cuando daban
las doce en el reloj del Ministerio ..
Todo me entusiasmaba; lo veía
con aire complacido y satisfecho,
y pasaba las horas dando vueltas
por la Puerta del Sol y Recoletos.
Hoy pienso, avergonzado, qué dirían
aquellos cariñosos compañeros,
al ver entrar en Fornos una tarde
á un tímido muchacho que, con miedo,
ocupó un rinconcito en una mesa,
llamando torpemente al camarero.
¡Cuántos *chistes* harían á mi costa,
derramando sus gracias tanto ingenio,
mientras yo contemplaba silencioso
las figuras pintadas en el techo!
¡Fornos! ¡Estaba en Fornos! ¡Pues poquito
que había deseado aquel momento!
Adquirí relaciones enseguida;
en aquella tertulia ocupé un puesto,
y aprendí muchas cosas que ignoraba
y olvidé las costumbres de mi pueblo.
Allí supe la vida de la Corte,
allí burlonamente me dijeron
que mi traje no estaba ya de moda
ni lo estaba tampoco mi sombrero.
Allí bebí *cogñac* por vez primera,
allí adquirí la fiebre del estreno,
allí con el primer cigarro puro
me emborraché lo mismo que un cochero.
Allí, al pasar artistas y escritores,
mis alegres amigos me dijeron:
—¡Mira...! ¡Fíjate bien! ¡Ese... es Fulano!—
Y yo al verle decía:—¡Qué talento!—
Allí adquirí, por fin, ideas raras
acerca del amor santo y eterno,
y aprendí á conquistar á las mujeres
como cualquier Tenorio callejero...
Y cuando, años después, cansado, un día
vi mi imagen grabada en el espejo,
al mirar mis bigotes retorcidos
gracias á las tenazas del barbero,
y al ver que por mi porte y por mi facha
casi casi parezco madrileño,
pues me cuido del físico y procuro
que se advierta en mis ropas cierto esmero;
sin querer recordé la tarde aquélla
en que en Fornos entré como un paleto,
y, agolpados, vinieron á mi mente,
confusos y en tropel, dulces recuerdos
de la aldea, del tiempo en que vivía
sin ambición, ni envidias, ni deseos,
de los seres queridos que impacientes
quieren que les anuncie mi regreso;
y. cuando esto pensé, vi que dos lágrimas
de mis ojos, cobardes, se cayeron
y antes que, avergonzado, las cubriese,
mientras torpe sacaba mi pañuelo
del bolsillo, en las guías del bigote,
asustadas sin duda, se escondieron. .
¡Ay! En estos instantes de cansancio,
al ver que lucho y lucho con denuedo,
y, á pesar de mis luchas, nunca logro
romper la medianía en que me encuentro,
abatido y sin fuerzas pienso siempre
en la plácida vida de mi pueblo...

JOSÉ JUAN CADENAS

COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de FERNANDO XUMETRA

¡AL INFIERNO!



Aunque á ustedes les parezca raro, yo tenía un amigo verdadero.

Nos queríamos como hermanos, más todavía, con un desinterés que rayaba en la exageración.

Pues bien, mi amigo y yo hicimos un trato originalísimo.

—Uno de los dos tiene que morir antes que el otro, — me dijo Alfredo una tarde, mientras paseábamos.

—Es lo más regular—le contesté

—Y yo quisiera que nuestra amistad fuera más allá de la tumba fría.

—Por mí que vaya.

—Supongamos que eres tú quien muere antes.

A pesar del desinterés de nuestra amistad, confieso que aquella suposición no me dió gusto, pero la acepté como buena y mi amigo continuó:

—En tal caso, jura que has de buscarme, haciendo una escapatoria del *otro mundo*. Quiero saber antes de morir lo que hay por allá.

—Te lo juro—le dije muy serio—pero tú...

—Yo, á mi vez, te aseguro que si á mí me toca la china, no tardarás en verme á tu lado. Querer es poder, aún después de muertos.

A los dos años de esta conversación *le tocó la china* al pobre Alfredo.

Murió de una indigestión de ostras y se le enterró con gran lujo.

Y ustedes no se pueden figurar lo que yo hice para llamar á mi amigo.

Lo mismo de día que de noche, me escondía por los rincones de mi casa gritando: ¡Alfredo, aquí te espero! ¿Te has olvidado de tu promesa?

Pero se conoce que Alfredo estaba muy lejos y no me escuchaba.

Por fin, una tarde calurosa del mes de Agosto, y cuando me encontraba durmiendo la siesta, sentí que me daban unos golpecitos en la cara.

Desperté sobresaltado y vi con sorpresa que Alfredo se encontraba á mi lado tan tranquilo y como si tal cosa.

—¿Como estás? —le pregunté, todo turbado.

—Yo muerto. ¿Y tú?—me contestó.

—Bueno, para servirte;—respondí, sin darme cuenta de lo que decía.

—Por fin, he conseguido un permiso del Purgatorio, donde me encuentro por mi mala cabeza, y aquí me tienes, para cumplir la palabra que te empeñé. Ahora mismo nos vamos, para que veas lo que es bueno.

—¿Me enseñarás la Gloria?

—No hay inconveniente; pero no tiene nada de particular. Un concierto perpétuo, música celestial...

—¿Y el Purgatorio?

—Nada entre dos platos. Por las mañanas se entretienen en martirizarnos, y por las tardes nos dejan jugar al tresillo. El Infierno es lo que te ha de llamar la atención.

—Pues vamos al Infierno—exclamé con decisión, preparándome para efectuar el viaje.

—Andando—dijo mi amigo.—Pero antes iremos á tomar café, por última vez para mí. ¡De eso no venden por allá!

Diciendo y haciendo, salimos de casa, cogidos del brazo, tomamos el café, que mi amigo saboreó con deleite y desaparecimos por debajo de la mesa, sin pagar al camarero.

Como por encanto, nos encontramos frente á la puerta infernal.



Ustedes se figurarán que es tenebrosa; algo así como la entrada de una caverna, vomitando llamas y vapores de azufre;? pues no señores. La forma un pórtico con gran escalinata, que da acceso á un edificio inmenso rodeado de un frondoso jardín, donde abunda la fruta prohibida.

Junto á una columna del pórtico se encontraba el diablo portero leyendo *El País*. Al vernos llegar, se quitó el galoneado sombrero de tres picos y extendió la mano, como pidiendo el pase ó tarjeta para entrar. Mi amigo le entregó un papel; el portero lo examinó rápidamente y exclamó:

—*Touristas*; pueden pasar.

Lo primero que llamó mi atención fué un ruido extraño, algo así como muchos millares de personas rascando en las paredes con papel de lija

—¿Qué ruido es este?—pregunté á mi compañero.

—Son curiales escribiendo causas. El ruido que oyes es de las plumas

—¿Y cuándo salen de la oficina?

—Nunca. Por las noches les queman todos los papeles, y al día siguiente, vuelta á empezar. Un castigo como otro cualquiera.

Al final de una larga galería nos encontramos con una artística reja dorada á fuego lento.

—Mira—me dijo Alfredo, y me aproximó á la reja.



En el interior pude admirar un salón ricamente amueblado, donde se encontraba un vejete rodeado de bastantes mujeres guapas, vistiendo trajes de capricho. Desde el desnudo, hasta el de reina.

—¿Qué quiere decir esto?

—Otro castigo. El viejo fué un maestro de escuela que, en vez de enseñar, se iba al café á hablar mal del gobierno, y, no contento con eso, llegó á comerse tres párvulos y un adulto.

—¡Qué horror! ¿Y esas mujeres?

—Son tiples del *género chico*, á quienes enseña á hablar el castellano.

—¿Y hasta que aprendan no cesa el martirio? Pues ya lo lleva largo.

En otra habitación, me quedé encandilado, al ver tanto dinero junto.

Las resmas de billetes del Banco llegaban hasta el artesonado del techo, y el resto de la sala se encontraba totalmente ocupado por inmensos montones de monedas de oro. Ni un mueble más.

—¿Ves aquel sujeto que suspira en aquel rincón?—dijo Alfredo.

—Le veo y lo envidio,—contesté, sin poderme contener.

—Pues ese fué un avaro muy rico que murió de hambre, y ahora sufre igual tormento. Cada cinco días muere con el estómago pegado al espinazo.

—¿Y ese dinero?

—No le sirve de nada. Verás.

En este momento gritó el condenado:

—¡No puedo más! ¡Yo me muero! ¡Tengo mucha hambre!

Aún no hubo terminado la frase, cuando, por una puertecilla secreta, se presentó un cocinero con un rabo muy largo, llevando en las manos una fuente de oro llena de arroz que daba gloria olerlo.

—¿Qué me traes?—preguntó el recluso abriendo dos palmos de boca.

—Arroz con el gallo de la Pasión—gritó el cocinero.

—¿Cuánto me va á costar?

—Ya lo sabes; quinientas pesetas y la propina.

—¡No puedo, no puedo; eso es muy caro!—gruñó el avaro.

Y cocinero y arroz desaparecieron, como el Comendador.

—Vamos de aquí—le dije á mi amigo.

Después nos encontramos en una gran plaza, llena de diablos de todas clases y colores. En el centro, subido en un cajón de madera, había un hombre de larga barba, pregonando licor para la dentadura.

—Aquí señores, aquí,—chillaba aquel desdichado.—No hay cosa mejor para las muelas que este licor. Mi plan es magnífico, no os engaño; y mi programa político... digo, mis proyectos, os darán á conocer lo ventajoso de este invento: yo soy el único que puedo salvaros, votadme... digo, compradme. .

—¡Fuera, fuera! ¡Embustero!—gritaban las turbas endemoniadas

Y los chicos le arrojaban piedras, las mujeres le arañaban el rostro y los diablos grandes terminaban por arrastrarlo.

—Así le ocurre á este hombre todos los días,—siguió Alfredo.

¿Es un saca muelas?

—Un político, que viene á ser lo mismo.

También vi las terribles calderas donde se freían pecadores de todas clases, y otra infinidad de castigos que me pusieron la carne de gallina.

Antes de marcharme, quise conocer al director del Infierno.

Mi amigo me acompañó y penetramos en un elegante despacho, donde se encontraba *Don Pedro Botero*, bebiendo una copita de *coñac*.

Después de los saludos de ordenanza y de hacerle la mar de preguntas á las que me contestó con exquisita finura, le dije:

—Hombre, me ha llamado la atención no encontrar ningún monedero falso entre los condenados.

El diablo contestó sonriendo:

—Es que ha resultado que las monedas que ellos fabrican son mejores que las del gobierno.

Al llegar aquí, una llama muy viva hirió mis ojos, á la vez que me ahogaba un humo denso.

¡Claro! Me había dejado la colilla del cigarro junto á la caja de cerillas, y si no despierto tan pronto termino achicharrado como los condenados de mi cuento.

Joaquín ARQUES

Ilustraciones de R. Fradera.

M. OBIOLS DELGADO



PARIS

1. — Nota modernista en Montmartre (Moulin de la Galette). 2. — En los grandes Boulevards.
3. — En el bosque de Bolonia por la mañana. 4. — En el Barrio Latino por la tarde



Cuadro de Francisco Masriera — *Salón Parés*

SIGFRIDO

SEGUNDA PARTE DE LA TRILOGÍA «EL ANILLO DEL NIBELUNGO»

LETRA Y MÚSICA DE RICARDO WAGNER.

Cada vez que se pone en escena una obra del coloso de Leipzig, sea aquí ó en otra parte, renacen, como si se tratara de cosa nueva y no juzgada, las inconcebibles disputas entre sus admiradores y sus adversarios; exagerándose de una y otra parte los argumentos, ni más ni menos que si se tratara de una grave cuestión política, de la que dependiera el bienestar del género humano. Difícil se nos hace concebir que la serena obra de arte sea manzana de discordia capaz de legitimar las más odiosas contiendas.

Lo curioso es que hace años que dura entre nosotros la enseñanza paulatina de los ideales del maestro. No hemos entrado de golpe y porrazo en el estudio de la *Walkyria*, sin haberla precedido con lentitud sobrada *El buque fantasma*, *Tannhauser* y *Lohengrin*, tres peldaños de la escala que ha de conducir al conocimiento de los métodos más abstrusos de Wagner. Sin esta preparación previa, comprenderíamos hasta cierto punto la repulsión de una parte del público hacia la obra más grandiosa y que mejor sintetiza la evolución artística del maestro. Cualquiera otra manifestación artística que hubiese pasado por aquellos grados, (complementados por el sinnúmero de fragmentos que se ejecutan en los conciertos, causando universal admiración) sería ya hoy del dominio público. Estaba reservado á Wagner perpetuar después de su muerte el espíritu de polémica que le caracterizó en vida.

Sin duda contribuyen á ese estado de excitación, sus mismos partidarios, con los desplantes intransigentes de una admiración más papista que el papa: pero también es cierto que los que combaten el teatro wagneriano no se toman la molestia de ahondar en aquella música, no precisamente estudiando un curso de armonía y composición, mas ni siquiera lo rudimentario, lo que se concede á trabajos más llanos y asequibles, la simple lectura del *libretto*.

Así y todo, creemos que los adversarios de Wagner, en Barcelona, lo son únicamente por prurito, tal vez por amor propio. De lo contrario, podríamos afirmar rotundamente que su organismo es refractario á la música buena, de cualquier país que sea, y que sólo admiten la que cosquillea sus oídos sin penetrar más adentro.

Para nosotros, pues, la cuestión se reduce á reconocer si es ó no un procedimiento artístico el que emplea Wagner en sus obras. Si lo es, hay que admitirlo todo, desde el *Rienzi* al *Parsifal*; si no lo es, precisa desconfiar en absoluto de la sinceridad de los que se han detenido en el *Lohengrin*, porque es infalible señal de que tampoco lo entienden ni les gusta.



José Mertens.
Maestro concertador y director de orquesta

Esto, en lo que respecta á la música. En cuanto al poema, considerado literariamente, ya es otra cosa. Aquí ya no se trata de la vaguedad del sonido, que puede dejar de representar, para ciertos oídos, determinadas situaciones ó momentos de la naturaleza. Aquí se trata de palabras que esculpen pensamientos y actos con la precisión gráfica propia del lenguaje más culto.

El anillo de los Nibelungos, es el poema dramático más grande que se ha escrito en el siglo que acaba de transcurrir. Fundado sobre un mito grandioso, tiene de éste el prestigio, y el simbolismo sobrehumano de la alegoría, humanizándose al desarrollarse, puesto que remueve todos los móviles que agitan é impelen las pasiones humanas. Merced á esas mismas pasiones puede ser representado por hombres este poema; de lo contrario, tanta es su grandeza y pesadumbre, que sólo cabría ser interpretado por dioses.

No entra en nuestro propósito, ni cabría en los límites de esta revista el estudio de la famosa trilogía. A los que la conocen, nada nuevo podríamos decirles después de lo mucho que se ha escrito; y los que no la conozcan sacarán más fruto acudiendo á Wagner mismo, ó á alguno de sus valiosos comentadores.



Wanda Borissoff.
Contralto, encargada de la parte de «Erda»

* * *

El *Sigfrido* es el mas humano de los dramas que componen la trilogía. La sola concepción del protagonista bastaría para dar fama inmortal á su autor si ya no la mereciera por tantos conceptos.

Sigfrido es una hermosa abstracción, como lo es Segismundo, en *La vida es sueño;* pero tan vívida y palpitante, tan sostenida en la pureza escultural de su carácter, tan rica de poesía y de juveniles entusiasmos, que quedará como arquetipo en la literatura universal. Es cierto que el destino ha puesto en su persona y en sus manos todos los elementos que han de levantarle á la categoría de héroe; cierto también que le ha señalado con inflexible mano el camino que ha de recorrer; pero no es menos cierto que tales mercedes muéstranse más bien como conquistas de su libre albedrío, que como á dones de la fatalidad.

Su maravillosa intuición, educada en el seno de la naturaleza, arranca al astuto *Mime*, el repugnante enano que ha sido el tutor de su infancia, la confesión que le revela su estirpe. Su ingenioso esfuerzo logra fundir y forjar de nuevo la rota espada *Nothung*, instrumento invencible en sus manos. Su absoluta carencia de miedo le lleva á combatir con *Fafner*, el formidable dragón que guarda el anillo, el capacete y el oro de los Nibelungos, hundiendo la invencible espada en el corazón del gigante. Su perspicacia le hace comprender el canto de los pájaros, que le revelan la insidia de *Mime* y las sensaciones del amor, en la llameante meseta donde duerme *Brunilda*. Su juvenil audacia le hace afrontar al mismo dios *Wotan*, última prueba que ha de sostener para confirmar su heroísmo. Y ¡hermoso contraste! sólo siente miedo en presencia de la primera mujer que ve en su vida; un miedo que es infantil timidez, ansia inconsciente de amor fecundo.

La exteriorización del símbolo alcanza imágenes tan reales que la fábula, en lo que tiene de humano, se confunde frecuentemente con la realidad. No de otro modo procede el genio en sus peculiares manifestaciones, rompiendo, siempre que le conviene, el molde de las rancias preocupaciones.

* * *

No se crea, sin embargo, que la música del *Sigfrido* haya dejado de interesar á la masa del público. Aún los más refractarios han reconocido las bellezas que contiene el *racconto* de *Mime*; la canción del *fuelle*; la de la *fragua;* los *murmullos de la selva;* el *intermezzo* del primero al segundo cuadro del tercer acto; el despertar de *Brunilda* y el *dúo* final; fragmentos todos que pertenecen al gusto de todos los tiempos y de todos los públicos, por la riqueza melódica y la pompa de su desarrollo.

La ejecución artística, sin ser excepcional, ha tenido la ventaja de ser homogénea y lo suficientemente clara para que el público pudiera apreciar las bellezas de la obra.

En otra página de este número publicamos los retratos de los artistas á quienes ha cabido la honra de representar por primera vez en Barcelona, este drama lírico, y son: las señoras Ehrenstein y Borissoff, y los señores Grani, Zucchi, Gnaccarini, Moro y el maestro Mertens, quien tuvo ya la fortuna de poner también en escena la *Walkyria* por primera vez en nuestro *Gran Teatro del Liceo*.

O. VAN SAACS



Aquiles Moro.
Barítono, encargado de la parte de «Alberico».

Rafael Grani, Tenor. *(Sigfrido).*

Luisa D'Ehrenstein, Tiple. *(Brunilda).*



Dante Zucchi, Otro tenor. *(Mime).*

Agustín Gnaccarini, Barítono. *(El viajero).*

DOS DEMISIGLOS

Estamos en el nuevo siglo. Recordaré lo que á fin de cada medio siglo hacían los aztecas y los hebreos.

Los aztecas, hoy los mejicanos, habían medido el curso aparente del sol y la luna tan bien ó mejor que nosotros. Daban al año 365 días y horas, y lo dividían en 18 meses de 20 días, á los que añadieron cinco complementarios.

De cada trece años hacían una indicción, de cada cuatro indicciones un demisiglo, de cada dos demisiglos un siglo de 104 años.

Al fin de cada medio siglo se preocupaban con el porvenir, porque creían que en uno se había de acabar nuestro linaje. He aquí lo que hacían.

Días antes blanqueaban sus templos y sus viviendas, sumergían en los aguas de sus lagos y sus acequias los dioses lares, las piedras del hogar y los metales, y concluían por apagar todos los fuegos.

Llegado ya el último día, encerraban en las trojes á las mujeres embarazadas y les ponían una carátula de maguey para que no se volviesen fieras si la nueva lumbre no parecía. Hacían otro tanto con los niños y les impedían que se durmiesen para que no se convirtieran en ratones.

Al cerrar la noche, hacían una imponente ceremonia, que tenía por objeto encender pública y solemnemente fuego. Si lograban encenderlo, creían asegurado el mundo por otros cincuenta y dos años: si no lo conseguían, lo consideraban condenado á extinguirse en las tinieblas.

Iban en procesión al cerro Vixachtecatl, por otro nombre Vixachtlan que dista dos leguas de Méjico y está en los términos de Cohuacan é Itzlapalapa. Delante iban los sacerdotes, todos con los trajes y los ornamentos de sus respectivos ídolos, que no parecían sino los propios dioses: detrás un gentío inmenso.

Caminaban todos lentamente, en silencio, confundidos con la sombra de la noche. A lo alto del cerro subían sólo los sacerdotes y un prisionero de guerra. Observaban allí los cielos, y cuando veían caer verticalmente sobre la cumbre las Pleyadas, tendían de espaldas al cautivo y encendían sobre su pecho, con los dos palillos que al efecto empleaban, el anhelado fuego.

No bien éste surgía, estallaban en todas partes alaridos de júbilo: en las azoteas de la ciudad, en la vega y en los vecinos montes, cubiertos todos de innumerables gentes.

En tanto un sacerdote, el del barrio de Copolso, abría el pecho de la derribada víctima, le arrancaba el corazón y lo ponía en el naciente fuego. A la hoguera arrojaba después todo el cadáver.

De aquel fuego corrían á encender teas como hachas enviados de todos los pueblos; y de aquel fuego participaban prontamente todos los templos y todos los hogares: los vecinos de Méjico las llevaban ante todo á los altares del Dios de la Guerra.

¡Qué regocijos luego! Renovaban los aztecas todas sus joyas, sus muebles y sus vestidos, como si comenzaran una nueva vida. Cortaban cabezas de codornices. En cazoletas de barro quemaban incienso y esparcían el humo á los cuatro vientos. Al llegar á medio día, celebraban grandes fiestas, no sin sacrificios de hombres, ya cautivos ya esclavos; y á la media noche comían y bebían, después de un riguroso ayuno.

En esto concluía la fiesta, fiesta que llevaba el nombre de atadura de los años y era considerada como la renovación de un pacto de alianza con los dioses. Han querido ver en ella notables escritores cierta semejanza con el jubileo de los judíos, cosa por cierto no de estimar, ya que algunos han pretendido que fué una de las tribus de Israel la primera pobladora de América; mas yo no acierto á ver entre las dos fiestas semejanza alguna, como no sea la de celebrarse las dos en las lindes de dos medios siglos.

La fiesta de los mejicanos era puramente religiosa; la de los hebreos eminentemente social. De aquélla no resultaba beneficio para hombre alguno; de ésta resultaba la emancipación de los esclavos y la restitución de los bienes vendidos á los vendedores. Eran sencillísimos é incruentos en ésta los ritus—el toque de bocina y la prohibición de segar en todo el año lo que de suyo produjera la tierra; — en aquélla cruentos y complicados.

Permítaseme ahora que hable especialmente del jubileo de los judíos. Revela un régimen social completamente distinto del nuestro, un régimen como el que hoy proponen y encarecen muchas escuelas económicas. La tierra, según el Levítico, es de Dios: los hombres la poseen sólo á título de colonos. Puede el colono enagenarla; pero á condición de retrotraerla el año del jubileo. ¿La vende seis, ocho, diez, veinte ó veinticinco años después del jubileo último? Cobra por los años que le restan de usufructo, no por los cincuenta.

Otro tanto dispone el Levítico respecto á la esclavitud, antigua entre los hebreos, ya que la había en los tiempos de Abraham. Hace durar sólo hasta el año del jubileo la de los israelitas; perpétuamente la de los extranjeros.

No había nada parecido en la atadura de los años de los aztecas. Los esclavos no sólo permanecían en la esclavitud, sino que también podían ser y eran sacrificados en aras de los dioses. La tierra tampoco cambiaba de manos ni sufría mudanza.

No es apetecible la restauración del jubileo de los aztecas; pero sí la del de los israelitas. Si lo hubiera, se verificaría en el mundo la mayor de las revoluciones. La propiedad desaparecería; sólo á la posesión temporal de la tierra podría aspirar al hombre.

Francisco PI Y MARGALL



PEDREGAL. — Cuadro de Modesto Urgell.

Unica medalla de oro concedida á pintores españoles en la Exposición de Bruselas de 1896.

Salón Parés. — Primera Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña.

MIL PESETAS

Eran tres, unidos como tres hermanos; marido y mujer, y un amigo... Malas lenguas decían... pero no hay que hacer caso á las malas lenguas. En Madrid, en cuanto ven á un hombre dándole un abrazo á una mujer, ya dicen que están en relaciones.

Pues eran los tres que digo, algo así como la Divina Providencia. Tres personas distintas.. y un solo amor verdadero.

Casilda y Timoteo no podían vivir sin Teodoro; y Teodoro no podía vivir sin ellos.

Iban juntos á paseo, juntos al teatro, juntos á los veraneos, juntos á todas partes.

Y como Timoteo era hombre de posición desahogada y Teodoro no tenía un cuarto, las malas lenguas daban en decir... pero ya lo he dicho y lo repetiré mil veces, en Madrid coge usted á una mujer y á un hombre encerrados en un cuarto, en una casa que no es la suya, y ya está todo el mundo diciendo que hay *lío!*

Teodoro comía dos veces por semana en casa del joven matrimonio, y si *se terciaba*, tres veces; y hubo semanas en que empezó á comer el lunes y acabó el sábado.

¡Y Timoteo tan contento!

Hay hombres así... ¡No pueden vivir sin compañero!

Pues señor, cierto día en que Timoteo tenía que hacer unos pagos, echó sus cuentas y vió que no le salían; quiero decir que aquel mes había jugado á la Bolsa, había comprado unos muebles, había pagado unos picos y, en una palabra, que llamó á Teodoro y le habló de esta manera:

—Oye, Teodoro, no vayas á enojarte por lo que voy á decirte.

—Di lo que quieras.

—Repito que no lo tomes á mala parte...

—¡Explícate hombre!

—Porque nada más lejos de mi ánimo que reclamarte nada, yo soy incapaz de una cosa así.

—¿Pero quieres decir ya de una vez lo que sea?

—Pues verás. Estoy muy apurado de dinero, y tengo que recordarte que me debes mil pesetas.

—¡Ah! ¡Ya!

—Ya sabes que no te las he pedido nunca... ¿no es verdad?

—Nunca, desde que me las prestaste, hace dos años.

—Bueno; conste que yo soy incapaz de echármelas de acreedor contigo. Pero es preciso, es indispensable que me las traigas mañana... ¿Me las traerás?

—Puedes contar con ellas.

—¡Ay, Teodoro! No sabes el peso que me quitas de encima.

—¡No faltaría más, hombre!

Timoteo le dió un abrazo, salieron del café (porque esto sucedía en el café de España), y se separaron, echando cada uno por su lado.

Teodoro se encaminó á su casa y escribió en un papelito:

—«Tengo que hablarte sin que se entere tu marido. Te espero en la puerta del Carmen esta tarde á las siete.»

Y, en efecto, á las siete en punto estaba la señora de Timoteo en la puerta del Carmen.

—¡Qué sucede!—exclamó al ver llegar á Teodoro.—No tardes en decirme lo que sea. ¿Se ha enterado de algo? Hace días que le veo serio, preocupado, de mal humor conmigo...

—No se trata de nada de eso, querida Casilda.

—¡Ay! Respiro.

—De lo que se trata es de que me saques de un apuro que no da espera. Necesito para mañana temprano mil pesetas. Excuso decirte que te las devolveré lo más pronto que pueda. Y lo que te ruego es que Timoteo no se entere de nada.

—Pierde cuidado; ¿comes en casa?

—Sí.

—Pues esta misma noche las tendrás.

—Bendita seas.

Casilda se fué corriendo á su casa, y en ella encontró á su marido muy contento.

—Hola, Casildita.

—Oye, Timoteito, me vas á dar un *chéque* para casa de tu banquero. Me he comprado, de *ocasión*, un abrigo precioso, y además tengo que pagar la cuenta de la costurera.

—¿Y cuánto necesitas?

—Mil pesetas.

—¡Ay Casilda, qué inoportuna eres! Yo no quería tocar el dinero que tengo en casa del banquero, y precisamente esta tarde he tenido que reclamarle á un amigo un pico que me debía... ¡las mujeres no conocéis el valor del dinero, y luego vienen los apuros!

—Bueno, bueno; tú dame el *chéque* y arréglatelas como puedas.

—Voy allá; pero haz el favor de no pedirme dinero en mucho tiempo.

—Te lo prometo.

Al día siguiente, temprano, Casilda cobró el *chéque* y envió el dinero á su amigo.

A las doce en punto se presentó éste pidiendo de almorzar al matrimonio.

—Con muchísimo gusto,—dijo Timoteo.

—Tengo que hablarte sin que se entere tu mujer.

Pasaron al despacho, mientras Casilda ponía unas flores en la mesa; y Teodoro, con el acento solemne del que cumple un deber, dijo, sacando un billete de Banco del bolsillo:

—¡¡Ahí tienes *tus* mil pesetas!!

Eusebio BLASCO



TORMENTA. — Cuadro de Modesto Urgell.
Salón Parés. — Primera Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña.

ELISEO MEIFRÉN



MARINA



EN EL CUARTO DE BANDERAS

Salón Robira (Fernando VII, 59)

EL CHICO DE MI VECINO

Vivía feliz y dichoso, entregado á mis ocupaciones y sin otros vicios que el de escribir versos y el de fumar cigarrillos de á treinta céntimos, cuando una circunstancia inesperada y horrible ha venido á amargar mi tranquila existencia.

Es sólo, pues, esta sencilla y triste relación, el natural desahogo de un corazón atribulado.



LA LLUVIA.—Cuadro de J. M. Tamburini.
Salón Parés.—Primera Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña.

Pásenlo por alto los lectores sensibles y compadézcanme todos, y si alguna vez los periodistas amigos dan cuenta de mi suicidio, no se culpe á nadie más que al chico de mi vecino... Él solo es el causante de mi desgracia; nadie más que él será mi verdugo.

Me explicaré:

Ayer, poco después de las dos de la tarde, entró en mi cuarto la criada y me dijo:

—Desea verle á usted un joven alto que trae un rollo de papeles bajo el brazo.

—¿Te ha dicho su nombre?

—No, señor; dice que es el hijo del vecino del segundo.

—Que pase.

Apareció el joven ante mi vista, é inmediatamente me di cuenta de la terrible desgracia que me amenazaba.

Aquellas ojeras, aquella palidez en el semblante, aquella melena abundosa y rizada y aquel rollo de papeles denunciaban la presencia de un poeta romántico, que deseaba hacerme saborear el fruto de su ingenio...



EN EL LAGO.—Cuadro de J. M. Tamburini.
Salón Parés.—Primera Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña.

—¿Usted es?... —me dijo.

—El mismo, sí, señor.

—Pues bien; la poesía me atrae con una fuerza irresistible; la imaginación vuela calenturienta por los espacios; me elevo en alas...

—Por Dios, baje usted y siéntese, diciéndome lo que desea.

—*He sacado varios versos de mi cabeza* y me propongo leérselos á usted, para que haga en ellos las correcciones que crea necesarias.

Y, dicho esto, dejó sobre la mesa el rollo de papeles que se ensanchó al verse libre de la presión de la mano del vate...

Mis piernas flaqueaban; un rápido calofrío invadió mi cuerpo; mi vista se nubló y me creí al borde de un precipicio...

Nada de esto llegó á conmover el empedernido corazón del joven, quien, cogiendo nerviosamente uno de aquellos pliegos de papel que había dejado sobre la mesa, leyó:

«AL SOL

Sigue triunfante tu carrera incierta;
sigue, sigue triunfante;
vierte tu lumbre en la frondosa huerta»

—*¡Ábrete tierra y trágame al instante!...*—quise exclamar en tan terrible situación y no pude articular ni una sílaba.

—¿*Cae* bien? —me preguntó el poeta.

—No... va á *desplomarse*, —le dije, algo repuesto de mi desmayo, pero aún sin fuerzas suficientes para pedir socorro.

—Continúo:

«y luce ¡oh Sol! tu físico brillante».

Tampoco el Sol pudo resistir más y en aquel momento ocultóse tras de la nube más inmediata, como diciéndome: *¡Ahí te queda eso!*

—*Vete*, por Dios, *vete:* digo vate, no atormentes mis oídos y suspende tu lectura. Me siento mal.

—Escúcheme usted nada más esto: se trata de un soneto á la Luna.

—¿Es muy *largo?*—me atreví á preguntarle, ofuscado ante el chaparrón de ripios que me amenazaba.

—Tendrá unos ocho ó diez versos más que de ordinario; he querido romper los antiguos moldes...

—(¡En tu cabeza!)

—Allá va...

¡Y cayó sobre mí el diluvio!... Aquel soneto con estrambote, que le hacía ser lo más *estrambótico* del mundo. Estaba dedicado á la *plateada luna* y me hizo *ver las estrellas.*

Después de aquel aplanamiento de que estaba siendo víctima, se apoderó de mí la excitación nerviosa; agarré al vate por el cuello y le puse á la puerta de la calle, ordenando inmediatamente á la criada que con las tenazas cogiese cuidadosamente el rollo de papeles y lo echase á la lumbre...

Pero—¡oh cielo!—mi desdicha no ha terminado aún. ¡El joven cruel ha prometido á mi doméstica hacerme otra nueva visita cuando mi mal humor haya desaparecido.

¡Una nueva visita!

¡Calculen ustedes cómo me quedaría al oir semejante amenaza!

Porque abrigo la persuasión de que el maldito la cumplirá .. en cuanto crea encontrarme mejor humorado.

¡Poquita prisa se dará el hijo apolillado de las Musas en venir á consultarme cada vez que *se saque de la cabeza... otras berzas!*

Y aunque he tomado todas las precauciones posibles y tengo preparado un revólver de reglamento y unas quintillas de pie quebrado, de mi propia cosecha, me temo una desgracia.

He dado aviso al Gobernador civil, al Juez de instrucción, á los agentes de policía y, á pesar de todo esto, no será difícil que cualquier día lean ustedes en los periódicos en que colaboro:

«Nuestro compañero Pepe Rodao se ha suicidado en su domicilio Junto al cadáver se han encontrado un soneto á *la Luna* y una oda al *Sol*, firmada por el chico de su vecino... ¡El que á hierro mata...!»

José RODAO

ROGER DE FLOR

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Uno de los acontecimientos más grandes que registran las historias es, sin duda alguna, la memorable expedición de catalanes y aragoneses á Oriente. Procuremos reseñarla.

Al acabar la guerra de Sicilia, los catalanes y aragoneses que, al mando de Roger de Flor, de don Blasco de Aragón, de Conrado Lanza, de Hugo de Ampurias y de otros esforzados capitanes, habían peleado á las órdenes y en servicio de Don Fadrique de Aragón, decidieron ofrecer sus servicios al emperador Andrónico, para pelear contra los turcos, que amenazaban el imperio de Oriente. Este ofrecimiento, según Nicéforo Gregoras, fuéle tan agradable al Emperador *como si viniera del cielo*. Señaló Andrónico, conforme con las instrucciones de los enviados de Roger, cuatro onzas de plata cada mes á los hombres de armas, dos á los caballos ligeros y una á los infantes y marineros; que siempre que llegasen á la costa de alguna provincia del Imperio, se les diesen cuatro pagas, y dos para el viaje, cuando quisiesen volver á su casa; y concediendo á Roger el título de Megaduque, que correspondía en el imperio bizantino al grado supremo de la marina, y por mujer una de sus nietas; y el cargo de senescal para Corberán de Alet.

Embarcóse toda la gente, dice Moncada, en el puerto de Mesina, cuyo número llegaba á 5,000 infantes almogávares y 800 caballos, si bien otros autores hacen subir el total de la cifra á 8,000 hombres, entre ellos Montaner, que formó parte de la expedición. No tardó la armada en arribar á Constantinopla, por el mes de Enero, en cuya ciudad fué recibido Roger de Flor y sus almogávares por los emperadores Andrónico y Miguel Paleólogo, su hijo, toda la nobleza griega y un pueblo entero que vitoreaba con entusiasmo á los que ya consideraba como sus salvadores.

Porque es forzoso consignar, en honor y gloria de Roger de Flor, y de los soldados catalanes y aragoneses, que los turcos habían llegado á dominar el Asia entera, vencido en cien batallas y llegado á los pies de las débiles murallas que defendían á Constantinopla, vertiendo á ríos la sangre cristiana; sin que los griegos, ni sólos, ni ayudados por sus auxiliares los alanos, hubiesen podido detenerlos en su triunfal carrera.

Y ahora, sepamos quiénes eran Roger de Flor y sus famosos almogávares.

Roger de Flor, á quién los catalanes y aragoneses eligieron por general, había nacido en Brindis, de padres nobles, en 1262. Muerto su padre, Ricardo de Flor, en la batalla que Carlos de Anjou tuvo con Coradino, y confiscados sus bienes, quedaron Roger y su madre en la mayor pobreza. Un caballero



ENTRADA DE ROGER DE FLOR EN CONSTANTINOPLA

Cuadro de José Moreno y Carbonero — *Existente en el Senado Español*

francés, religioso del Temple, llamado Vassaill, le tomó grande afecto, y, llevándole en su compañía en la nave *Alcon*, cuyo capitán era, vió distinguirse desde muy niño á Roger en la guerra contra los árabes. Poco después tomó el hábito de templario y profesó Roger en Barcelona, marchando luego á Palestina en la época de las últimas Cruzadas. Defendió heróicamente la plaza de San Juan de Acre contra los infieles; pero, á pesar de sus esfuerzos y primeras ventajas, cayó en poder de los mahometanos, en 1291. Obtenida poco después la libertad, recorrió los mares con una pequeña armada; adquirió un gran nombre de experto marino y valeroso capitán; reunió algunas riquezas, y contribuyó eficazmente á la conquista de Sicilia por Don Fadrique de Aragón, que le nombró su vice-almirante.

Los almogávares eran unas tropas ligeras formadas de robustos montañeses de Aragón y Cataluña.

Cree Moncada que trajeron su origen *de aquellas naciones bárbaras que destruyeron el imperio y nombre de los romanos en España y fundaron el suyo.*

Vestían simplemente de pieles y abarcas. Sus armas defensivas eran una red de hierro en la cabeza, á modo de casco; y las ofensivas, una espada y un chuzo, y tres ó cuatro dardos arrojadizos, que despedían con tal violencia que, según Sclot, atravesaban hombres y caballos armados.

Según Montaner, las gentes de Mesina, al verlos tan mal vestidos, con antiparas en las piernas, abarcas en los pies y el pelo desgreñado, exclamaron: *¡Adiós, nuestro gozo perdido!* Y los almogávares que los oyeron decían: *Justo será que nos mostremos tal y como somos.* Pero luego que vieron las grandes maravillas que realizaban «todos les saludaban con el mayor honor y placer.»

Sus gritos de guerra era el temible. *¡Desperta ferro!* y *¡Aragón!*

Llegados á Constantinopla y durante la boda de Roger de Flor con María, princesa de Bulgaria y parienta del Emperador, armóse en las calles una lucha sangrienta, matando los catalanes á 3,000 genoveses, por haberse burlado algunos de éstos del extraño traje de un almogávar.

Salidos á campaña, bien pronto los almogávares dieron muestras de su valor sorprendiendo á los turcos en su campo, matándoles 10,000 infantes y 3,000 de á caballo; obligándo os á levantar el sitio de Philadelphia, con pérdida de 20,000 hombres; y deshaciéndoles por entero en la falda del monte Tauro.

Pasados luego á invernar en Gallipoli, y habiéndoles pagado con moneda corta, no admitida por los griegos, á pesar de ser suya, provocáronse algunos tumultos. Esto, unido á los recelos de Miguel Paleólogo por la influencia de Roger, é instigado por sus aliados, los alanos, hizo asesinar traidoramente en Andrinópolis á Roger de Flor, — 1307 — y á otros cien caballeros y capitanes almogávares; crimen que fué la señal para que por todas partes acometieran á los nuestros, que vivían con el mayor descuido. Los de Gallipoli, al saber la muerte de su jefe, pasaron á cuchillo á todos los habitantes de la ciudad, y aunque Berenguer de Entenza fué hecho prisionero á traición, en una salida por los genoveses, los almogávares de Gallipoli, unos 2,000 infantes y 200 caballos, al mando de Berenguer de Rocafort, salieron contra los griegos que en número de 30,000 infantes y 14,000 caballos los cercaban, derrotándolos por completo. A esta victoria siguió otra en que acabaron con las tropas del Imperio, hiriendo al mismo emperador Miguel, recorriendo todas aquellas comarcas como dueños absolutos, degollando, saqueando, y quemando cuanto encontraban, en represalias del infame asesinato de su jefe.

Si grande fué el crimen de Andrónico, más grande, y sobre todo más justificada, fué la venganza de los soldados de Roger de Flor, que bien pudieron exclamar con don Antonio García Gutiérrez:

«Llorando queda, y mañana,
aún después de enjuto el llanto,
recordará con espanto
La venganza catalana.»

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

GASPAR CAMPS



ALEGORIA DEL MES DE ENERO

EN EL REVERSO DE UN RETRATO MIO

De un cariño que al vaivén
del tiempo fué indiferente
mi retrato en prenda ten,
porque estoy bastante bien,
mejorando lo presente.

Cuando lo estés contemplando,
él te dirá cómo y cuándo
su original piensa en ti,
pues tan exacto salí
que estoy, como ves, hablando.

Y si es cierto y la faz mía
retrata el papel sin trampa,
al verme en fotografía
te va á parecer mi estampa
la estampa de la herejía.

Mas no sientas desazón,
y, si verla te da enojos,
de mi afecto en galardón,
no la mires con tus ojos
sino con tu corazón.

CARLOS CANO

SALÓN PARÉS

PRIMERA EXPOSICIÓN DE PINTURAS DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA DE CATALUÑA

Bien ha empezado su vida pública esa nueva Sociedad que cuenta con pocos pero valiosos elementos, y con un título pomposo y con sus puntos y ribetes de cursi.

Por fortuna, como el nombre no hace la cosa, la Exposición que ha organizado es de los más selecto que ha habido en estos últimos tiempos de perturbaciones más ó menos modernistas; y cuenta que entendemos que el modernismo en Cataluña es el traje con que se disfraza á menudo la impotencia.

Nosotros creemos en un arte perpétuo, el que, por cualquiera de las vías que puede escoger el artista, se encamina á la verdad y en ella bebe su inspiración. Y será mayor verdad, la que más responda al común sentir de los tiempos en que vivimos.



La Exposición que nos ocupa respondía exactamente á ese sentimiento, y era de ver cómo cada artista se singularizaba por su propia manera de sentir la naturaleza y cómo todos llegaban á la verdad por opuestos caminos.

Así, Modesto Urgell se mostró consecuente con toda su laboriosa vida artística, en la naturaleza especial de sus obras, realizadas en la forma tradicional que le conocemos. Sólo que ha puesto en las cuatro mayores que ha exhibido todo el magisterio de su paleta privilegiada. *Orto*, el *Toque de la Oración* (veinte años después), *Tormenta* y *Pedregal*, son cuatro notas de una verdad que se eleva á las más altas esferas del sentimiento, porque refleja el que imprime en las almas asequibles á lo bello la naturaleza.

Por bien distintos senderos logra Tamburini idénticos resultados, haciendo que las cosas y las personas determinen sensaciones de una belleza rítmica, casi musical. Ejemplo de ello *En el lago*, visión real que se idealiza por el arte con que Tamburini dispone los elementos de su obra. *La lluvia* y *Estorninos* obedecen á los mismos principios de expresión. Todos ellos están pintados con una técnica exquisita, para la que no existen dificultades ni secretos.

Luis Graner, una especie de enciclopedia del arte de la pintura, afirmó una vez más su rico temperamento con dos docenas de cuadros en los que campeaban todos los géneros, desde sus conocidas elucubraciones nocturnas, cuya patente le pertenece por derecho de conquista, hasta la marina, el paisaje y la figura humana; mereciendo especial mención dos cabezas de estudio y una sugestiva *Luna llena*.

Más objetivo que los demás, pero descubriendo con franca espontaneidad las bellezas del paisaje, Enrique Galwey sorprende distintos estados de la naturaleza. *Primeras avanzadas*, *Una madrugada* y *Presagio de mal tiempo* llamaron con justicia la atención de los inteligentes.



Juan Brull es siempre el artista de las cabezas femeninas soñadoras, románticas, de un espiritualismo delicado y gentil.

Las *crisantemas* y *claveles* de Aurelio Tolosa mostraban las cualidades superiores del especialista; y fueron también estimados los apuntes en color de Ricardo Urgell; los armónicos paisajes de Vilallonga, y los más modestos, aunque sinceros, de Méndez Vigo y Malagrida.

Como recuerdo de esa notable Exposición, publicamos hoy dos de los cuadros de Urgell y otros dos de Tamburini, que fueron adquiridos en seguida

FRANCISCO CASANOVAS

GITANERÍAS

Deja que en tu hombro
caiga mi cabeza,
que de pensar siempre que te quiero tanto,
¡no puedo con ella!

¡Yo quiero morirme
bajo tus miradas,
para que mis huesos no sientan el frío,
cuando esté en la caja!

¡Alma de mi alma!
¡Vida de mi vida!
¡Si vieras mi pecho cómo está de penas,
no le conocías!

Ya que á mi cariño
ningún caso le haces,
¡por lo que más quieras, á tus ojos negros
diles que se callen!

A la Virgen Santa
ya rezar no puedo,
sois tan parecidas, que la pido siempre
que me mande un beso!

Cuando te ausentaste
con qué afán llovía!...
¡Hasta el propio cielo lloraba de pena,
porque tú te ibas!

Ya sé que no debo
confesarte nada;
¡pero para eso se han hecho los ojos
y están en la cara!

Confesando un día,
comencé diciendo:
¡Acúsome, padre, que mi morenilla
es lo que más quiero!

¡Una crucecita
haré con tus lágrimas,
y la pondré luego en la cabecera
de mi misma cama!

¡Como yo supiera
que ibas á llorarme,
ahora mismo pedía á la Virgen
que me despenase!

Mira que es chocante...
Vaya donde vaya,
cuando menos pienso, levanto los ojos
¡y estoy en tu casa!

ALFONSO PÉREZ NIEVA

F. BRUNET Y FITA



LA CAPILLA DE LA MISERICORDIA (SALAMANCA).



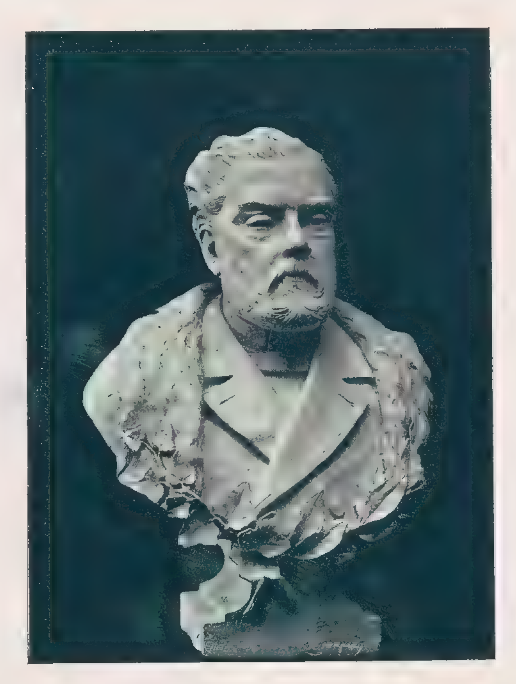
Cuadro de J. M. Tamburini

† VÍCTOR BALAGUER

No cabe, en el corto espacio de que dispongo, ni siquiera un ligero resumen de la vida, de los hechos y de las obras de Víctor Balaguer. Su personalidad, ofrece el aspecto de poeta, dramaturgo, escritor ameno, cultivador de dos literaturas, periodista, académico, fundador abnegado, hombre público ejemplar por sus virtudes, y compañero, maestro y amigo como pocos entienden en el mundo estos espirituales lazos.

Nació en Barcelona, el 11 de Diciembre de 1824; ha fallecido, el 14 de Enero de 1901. Los que de cerca le conocimos, podemos decir que su labor, sólo interrumpida por la muerte, alcanza más de sesenta años, pues ya en 1838 estrenó su primer drama, y, cinco años después, fué tal el éxito de una segunda producción, que ella le proporcionó el honor de ser coronado en escena.

Romántico, como el que más en aquellos tiempos, desahogó sus entusiasmos en rimas y artículos prodigados en la prensa barcelonesa; pero, buscando mejor ambiente y más anchos horizontes, contra la voluntad de su madre, proporcionándola un serio disgusto, hizo la calaverada de escaparse á Madrid, tan lleno de ilusiones como falto de dinero. Desconocido en la Corte, sin relaciones ni amigos, como Rousseau y como Dickens, comió panecillos por las calles y durmió al sereno sobre un banco de la Plaza de Oriente. De tales apuros le sacaron pronto su ingenio y su laboriosidad. Ofrecióse á Ayguals de Yzco, quien sólo á título de traductor de una novela francesa accedió á darle trabajo. Preguntado el joven Balaguer si poseía aquella lengua (desconocida para él) contestó afirmativamente; ajustaron trato con el editor, y recibió una onza de oro á cuenta de su sueldo anticipado. Que nunca había de conocer el valor del dinero, probólo enseguida, pues al salir á la calle «lo primero que se me ocurrió (me dijo un día) fué realizar una ilusión ardientísima, más poderosa que mis contrariedades de entonces: me compré una ampulosa bata roja con cuadros verdes, y un casquete bordado. Total, doce duros. Me quedaban cuatro, dos de los cuales empleé en un Diccionario francés-español... y, el resto, para comer.»



Busto modelado por José Campeny.

Felizmente, pronto llegaron el perdón y el socorro maternos. Otras labores literarias le fueron confiadas; colaboró en varios diarios y revistas, y hasta dirigió una publicación titulada *El Museo de las hermosas*. De vuelta en Barcelona, escribió para empresas editoriales y para teatros; fué poeta del Principal y del Liceo, cronista y crítico (á veces en verso), y explicó en cátedra libre, antes que nadie, la Historia de Cataluña. Ahondando en la materia, ocho años más tarde pudo dar al público, con aquel título, la primera obra completa y trascendental, escrita con espíritu moderno, causa de su popularidad futura, y también ¿á qué no decirlo? de envidias, ingratitudes y rivalidades profesionales y políticas. Sus estudios no carecían de defectos (que ha corregido en la segunda edición), pero él abrió el camino, para él fueron las más árduas dificultades á vencer y los medios de investigación más escasos.

Data de 1857 su poesía catalana *A la Verge de Montserrat;* por ella, Balaguer empezó á cultivar una nueva literatura, y por ella adoptó el pseudónimo de *Trovador de Montserrat*. Yo le oí recitar ardorosamente ese canto en Granada, el año 1889, cuando la coronación del poeta Zorrilla; yo lo propuse para documento de lectura en el segundo Certamen que de este olvidado arte promoví en Barcelona: el público lo coronó, como siempre, de entusiásticos aplausos.

Fué uno de los que restablecieron los *Jochs Florals;* su primer Maestro en *Gay Saber*, y también el primero que introdujo la tragedia en la escena catalana, título que reivindica en el prólogo con que amparó mi obrita *Eróstrat*. *Las Esposallas de la morta* (Romeo y Julieta), es su obra más popular de este género, así como su drama castellano más conocido, es *Don Juan de Serrallonga*.

En ambas lenguas, su fecundidad ha sido asombrosa. Su bibliografía acaso contenga cien libros de Historia, tradiciones y novelas; entre los primeros sobresalen, además de la obra ya dicha, la *Historia de los Trovadores*, y *Los Reyes Católicos y Guerras de Granada*, donde renueva las gallardas muestras de su saber, independencia de carácter y dotes narrativos, pues hace revivir, verídica y estéticamente, los tiempos, los hechos y las obras. Numerosos son también sus dramas, tragedias, comedias y tomos de poesías, éstas, en general, inspiradas y viriles; algunas, adolecen de dureza de forma y monotonía, y son inferiores á la prosa castellana de sus últimos tiempos. De sus obras en verso, traducidas á diversas lenguas, con razón prefería él (y nosotros) su poema *Los Pirineos*, puesto en música por el maestro Pedrell. La antigua, la gloriosa Cataluña, no tuvo autor más entusiasta que Balaguer; sobre todo fué un poeta libre, no sojuzgado por compromisos de bandería ó de escuela, por ese virus que ha dado tantos cantos de iconoclasta, de anémico ó de eunuco, á una parte de la literatura catalana.

Si llegó á la política por la literatura, merced á aquélla hizo el bien de ésta y del país que representaba; él, con sus libros, sus discursos, su propaganda y su influencia, contribuyó, como otro ninguno, á reivindicar el rango que correspondía á Aragón y Cataluña en la historia y en la vida españolas. El deshizo prejuicios, promovió respetos, despertó simpatías y aficiones á determinados estudios, y llevó á las Academias, círculos y teatros, voces, títulos, hombres y obras de su tierra; «sin él, (ha dicho uno de sus críticos, nada sospechoso) esta literatura regional, hoy tan floreciente, habría pasado tal vez inadvertida para el resto de España.» Y de América y del resto de Europa, añadimos nosotros.

Balaguer, ha sido diputado, senador, presidente de Diputación, vice-presidente del Congreso, presidente del Tribunal de Cuentas, miembro y presidente del Consejo de Instrucción Pública, del de Filipinas, del de Estado (puesto que renunció antes que perjudicar los intereses de sus comitentes), y varias veces ministro. Ha sido también académico de la Lengua y de la Historia, y gran cruz de varias Órdenes. Con creces ha devuelto á su patria lo que ésta le haya podido dar en honores y sueldos.

Si *Don Víctor* no hubiese hecho otra cosa que fundar (entre otras instituciones) el Museo-Biblioteca de Villanueva y Geltrú y el Museo de Ultramar, de Madrid, por eso sólo ya merecería la eterna admiración y gratitud de sus compatriotas.

Para el primero, que donó en vida á Villanueva, empleó toda su fortuna de 42,000 duros, su biblioteca de 18,000 volúmenes, 200 cuadros y multitud de objetos antiguos y curiosos. Hoy, se ha ampliado el edificio con dos salones, los libros ascienden á 60,000, y la colección arqueológica y de Bellas Artes ha duplicado quizá su importancia. Además, el venerable anciano ha legado posteriormente á la villa su hermosa *Casa de Santa Teresa*, rica en objetos notables por su belleza ó su historia.

El *Museo de Ultramar*, consecuencia de la Exposición Filipina que organizó, siendo Ministro de Fomento, en 1887, es también de suma importancia para el estudio científico, literario, industrial y mercantil, y de haberlo frecuentado quienes estaban más obligados á ello, otra suerte, de seguro, le cupiera á la hoy arruinada España colonial.

Su última obra, su testamento literario y político, su poético adiós al mundo, puede decirse que está en el discurso de los últimos Juegos Florales de Zaragoza. En él, mucho más que en el de Granada, ha acentuado su nota de españolismo, al par que su ardiente amor á Cataluña, y su protesta de perseverancia en las reivindicaciones sensatas que para ella siempre quiso.

Ha vivido enteramente consagrado al bien de la patria y de sus semejantes, al culto de la verdad y la belleza, cristiano, caballero, probo, modesto, laborioso, consecuente amigo, amparador de la virtud y el mérito, caminando con dignidad nunca desmentida á la muerte, que ha despertado un grito de dolor en toda España, y en las colonias catalanas de la América latina, no lo dudo. Cumplido tributo de afecto y de respeto pagó Madrid á sus restos y á los de su amante esposa (fallecida hace algunos años) al acompañarles al tren que debía conducirles á Cataluña. En Zaragoza y en muchos pueblos de Aragón recibieron, asimismo, sinceras demostraciones. Ayer tarde les esperaban en Villanueva las Autoridades y corporaciones de la localidad, de la ciudad condal y de la Provincia. Allí estábamos también los amigos, los admiradores, la masa numerosísima y compacta de un pueblo reconocido, que probó cómo sabe premiar á sus desinteresados bienhechores. Aquello era imponente y conmovedor; por otra parte, era digno de uno de los hombres más ilustres que el Principado cuenta en el siglo XIX.

F. TOMÁS Y ESTRUCH

18 Enero 1901.



Los prometidos esposos S. A. R. LA PRINCESA DE ASTURIAS Y DON CARLOS DE BORBON

Fotog. de Franzen (Madrid)

EN EL CONVENTO

El jardinero era un pobre viejo que á fuerza de cuidados y paciencia tenía la huerta y los jardines de la Comunidad que daba gusto verlos.

Crecían allí con gran lozanía las verduras; los rosales, clavellinas, lirios y otras plantas olorosas embellecían aquel pedazo de tierra, pródiga también en árboles frutales.

El bueno del hombre abrióme la puerta, seguimos por un corredor que nos condujo á una espaciosa galería de techo abovedado y sostenido por gruesas columnas, estilo árabe.

Desde allí contemplamos el espacioso patio cuadrado en cuyo centro descollaba magnífico pilar de mármol, rodeado de un pequeño surtidor en cuyas cristalinas aguas paseaban majestuosamente dos cisnes blancos como el armiño.

Del jardinero, á pesar de la severa consigna que tenía de no permitir la entrada á nadie, por ser el convento de las madres «Agustinas» de clausura, pude conseguir—no sin gran trabajo—que me dejase visitarlo una sola vez; y me hizo ese inmenso favor, gracias á que yo tenía allí una prima educanda y á toda pensión, según decía él, recalcando la frase. Esto era muy significativo, y al punto me apresuré á obsequiar al buen viejo con unas moneditas de plata que le volvieron loco de contento.

—Oiga usted,—me decía en voz baja.—Aprovechando las dos horas que con las colegialas invierten las madres en la capilla para cantarle á la Virgen unas oraciones muy hermosas, recorreremos alguna de las dependencias de esta santa casa, que creo han de agradar á usted.

—Con mucho gusto; ya estamos andando—le respondí.

La calma de aquel sitio, la belleza del edificio, el rumor de angélicas voces que hasta allí llegaba, acabaron por fascinarme.

Con el guardián, ó con el jardinero—pues los dos cargos le estaban confiados á mi acompañante,—visitamos una espaciosa sala, destinada á colegio para las educandas. Nada faltaba allí: buenas mesas de escribir, cuadros en cuyas estampas estaba representada la historia de Jesús, magníficas pizarras, mapas y un sinnúmero de curiosidades para el estudio, como figuras geométricas, aparatos de física, pájaros disecados, colocado todo cuidadosamente encima de una mesa.

Salí admirado de aquel local. Mi guía condújome por un corredor en cuyo extremo había una puerta que se abría por medio de un resorte.

Nos encontramos de repente en una habitación oblonga con una gran ventana que miraba al huerto. Las paredes estaban blanqueadas, descollando un gran crucifijo en uno de los extremos.

Me dijo el jardinero que allí iban únicamente las colegialas castigadas para cumplir penitencia. Me disponía á salir, cuando me pareció ver algo escrito con lápiz en la pared. En efecto: con letra diminuta, pero inteligible, pude leer estos versos medidos de cualquier manera: «Ayer tuve un mal pensamiento—que puse en práctica después—por desgracia Sor Inés—lo ha sabido al momento—y aquí cumplo la penitencia—pidiendo á mi Dios clemencia.—Perdón, Señor, perdón.—*Una arrepentida.*

Había otros escritos, entre ellos éste que copio por su originalidad.—*Los días de la semana.*—«El lunes lo prefiero al martes, porque nos visita el señor obispo, que es muy bueno y nos regala estampas preciosas. El martes es día fatal para mí; cuando no sé la lección, me constipo ó no puedo conciliar el sueño hasta media noche. El miércoles rezo con gran devoción, porque en ese día perdí á una persona muy querida. El jueves lo prefiero al viernes, porque les puedo contar durante la tarde algunos cuentos á mis buenas compañeras. El viernes es un día aciago en que me duelen las muelas desde que me levanto hasta que me acuesto. El sábado es para mí un día muy risueño: cantamos el rosario con acompañamiento de armonium y nos acostamos muy temprano. El domingo es para mí el mejor día de la semana, porque puedo hablar con mis papás, que vienen á visitarme, y puedo divertirme en el jardín con mis amigas del colegio.—*Una pensionista.*

Abandonamos por fin aquella habitación para dirigirnos á las celdas de las madres Agustinas, las cuales hallamos cerradas, á excepción de una que quedó abierta por descuido. Mi curiosidad llevóme á su interior, pudiendo apreciar la limpieza y el esmero que se notaban en ella. La luz penetraba allí por una ventana con celosías.

El jardinero me invitó á mirar, y, al efectuarlo, pude convencerme del espectáculo poco risueño que ante mí se ofrecía. Estaba contemplando el cementerio de la Comunidad: un pedazo de tierra cercado de pared, con su gran cruz de hierro en medio, otras más toscas y casi ocultas en la hierba, sin más flores que las que dan los muertos: esas florecitas blancas y amarillas que nadie se atreve á coger y que vienen á ser el principal embellecimiento del Campo Santo... Balbuceé un *padre nuestro* á la memoria de las que en otro tiempo consagraron su vida al Señor, y guiado siempre por mi amable compañero, visité el campanario de la iglesia.

Allí estábamos cuando movióse el martillo de una de las campanas, cuya cuerda era tirada con fuerza desde abajo.

Advirtióme el jardinero que aquel toque indicaba el fin de la ceremonia que en la capilla estaba celebrando la Comunidad. En vista de ello, me dispuse á salir del convento; pero al cruzar el patio para dirigirnos á la puerta de salida, abrióse de improviso la de la capilla, que estaba á pocos pasos de nosotros.

No sé lo que pasó por mí al ver, entre las educandas que salían del templo, la majestuosa figura de la madre superiora.

El pobre jardinero estaba aterrado, y yo, ante aquella esclava del Señor, llena aún de atractivos; de rostro pálido, sí, pero extraordinariamente bello, me quedé absorto, sin saber qué decir.

La superiora nos dirigió la palabra con acento reposado. Su voz era de timbre tan agradable que me pareció escuchar una música extraña, pero suave...

Miró con cierta severidad al guardián. Este quiso excusarse, pero ahogóse su voz en la garganta y hube de sacar fuerzas de flaqueza para salir en su abono, murmurando humildemente: «Este buen hombre no tiene culpa si me encuentro aquí. Yo violé la consigna, abusando de su bondad. No le hice caso, y... ahora que me veo sorprendido, arrepiéntome de mi obstinación. Perdóneme usted, madre.»

La superiora repuso: «Me tranquilizan sus explicaciones; puede usted, por lo tanto, retirarse; y tú, Pablo, no vuelvas á cometer falta semejante, porque al punto quedarás despedido. *Que el Señor nos libre de todo mal.*»

Y desapareció ligeramente por el claustro aquella religiosa que, en lo mejor de su vida, ocultaba el talento y la hermosura entre el misterio y el murmullo de las plegarias.

De buena gana me hubiera arrodillado á sus pies para besarle la mano; pero eso hubiera sido una profanación: tuve que contentarme con abrazar al buen viejo que me había permitido apreciar el encanto y la poesía de aquella sagrada mansión.

Francisco COLLADO



SANTA TERESA

Cuadro de J. Alcázar Tejedor. — *Fot. de J. Laurent y C.ª*

EL OBISPO MORGADES

Cuando se escriba la historia eclesiástica de Cataluña en el siglo XIX, brillarán en ella, con deslumbrantes fulgores, tres nombres gloriosos: Balmes, Claret y Morgades; un filósofo, un santo y un obispo. Ellos son los egregios varones que mayor influencia habrán ejercido en nuestra vida religiosa: Balmes fué el pensamiento, Claret fué la palabra, Morgades ha sido la mano ejecutora. Este es el verdadero distintivo del Prelado barcelonés que ha bajado á la tumba, y llora Cataluña toda.

Balmes vió el mal y señaló su remedio; Claret sembró la semilla del bien, por medio de su ardiente palabra, en los corazones catalanes; Morgades aseguró los frutos de la semilla sembrada por el venerable Claret en la tierra preparada por Balmes, con obras de fecunda iniciativa.

¡Feliz coincidencia! para los tres fueron principal teatro de su vida la diócesis de Vich, la ciudad de Barcelona y la capital de España.

La diócesis vicense vió nacer á Balmes y á Claret y sintió antes que nadie la influencia de la diamantina pluma del primero y de la apostólica palabra del segundo; Barcelona les dió asilo y les escuchó reverente; admiróles Madrid y bebió los raudales de sus inmortales doctrinas.

Asimismo, Barcelona acogió á Morgades y le tomó bajo su protección



EXCMO. É ILMO. DR. JOSÉ MORGADES Y GILI *Fot. Audouard.*
† Fallecido en Barcelona en el día 8 de Enero del presente año.

cuando niño, para ponerse bajo la dirección de él cuando ya hombre. Le aplaudió en el Seminario y en la Universidad, celebró sus triunfos en la Catedral, y le tomó como ángel custodio suyo en las pestes asoladoras de los años 65 y 70. Ya puesta bajo su protección y guía, levantó Barcelona, por iniciativa del joven sacerdote, el grande Asilo de las Hermanitas de los Pobres para los ancianos desvalidos, el del Buen Consejo para las jóvenes extraviadas; el del Seminario Mayor para los sacerdotes que la edad ó las enfermedades han dejado impedidos; sin contar las innumerables obras que su fecunda iniciativa ó apoyo decidido, ha permitido llegar á plenitud de desarrollo.

En la sede ausetana su actividad asombrosa se dejó sentir en todas las obras de caridad y beneficencia que en su tiempo se emprendieron ó existían; fundó escuelas dominicales y nocturnas para obreros; colegios y diversos patronatos; restauró las iglesias y capillas que el tiempo arruinaba; derramó á manos llenas la limosna; ocupóse en las grandes cuestiones sociales de palabra en notables pastorales, y de obra con su intervención en los conflictos obreros. Atento al bien de la Iglesia; restauró la abolida diócesis celsonense; celoso de las glorias patrias, restauró con aliento poderoso el panteón insigne de nuestros primeros Condes, Santa María de Ripoll, joya del Arte, y monumento de gloria; atento á los progresos de la ciencia eclesiástica, creó en Vich el asombroso *Museo arqueológico diocesano*, émulo de los museos de Roma.

Madrid, por fin, sintió también el influjo de Morgades, no sólo en el Senado, donde el difunto Obispo era profundamente respetado, sino también en el mismo Palacio Real donde era recibido y escuchado con grande amor y respeto.

Cuando murió Balmes, se sintió largo tiempo el vacío que dejaba en la esfera política, religiosa y social de nuestra patria: se había eclipsado el faro de las inteligencias modernas. Cuando el venerable Claret tuvo que cerrar sus labios, amordazado por la Revolución, la vida católica de nuestra tierra sufrió un colapso que sólo la Revolución misma fué poderosa á vencer. Hoy, al desaparecer de entre nosotros el Obispo Morgades, deja no sólo en la orfandad su grey amada, sino sin el apoyo de su mano y su prestigio á cuantos se dedican á la propagación de la doctrina católica en nuestra tierra. La múltiple actividad de sus energías hará sentir su falta en más dilatados espacios, y se pasarán muchos años, antes no se llenará su vacío. Los pobres han perdido un padre, los ingenios un Mecenas, la propaganda católica un propulsor infatigable, la Patria un hijo tan ilustre como amante, la Iglesia un Pastor insigne.

C. SOLER

FRANCISCO HERNÁNDEZ MONJO

ACORAZADO PELAYO

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

FRANCISCO MIRALLES



MERCADO DE FLORES EN PARÍS

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

LA FUNCION DE DESPEDIDA

VALIENTE temporada la que finalizaba con la función de aquella noche!

Los pobres artistas, avezados, unos más y otros menos, á los apuros y sinsabores de la vida del teatro, se habían visto pocas veces en situación semejante: empeñados hasta los ojos; debiendo tres y cuatro semanas de pupilaje los afortunados que habían caído en manos de patronas compasivas; no faltando algunos que, puestos por la suya de patitas en la calle al primer síntoma de morosidad, se veían obligados á dormir en su cuarto del teatro, sobre un montón de casacas y chambergos.

Y todo ello reconociendo como causa inmediata la no aparición, durante más de un mes, de la palabra *nómina* en la tablilla de ensayos.

El empresario, don Facundo Dragoncillo, casi, casi podía pasar por buena persona. Después de retirar diariamente del despacho las primeras cincuenta pesetas que se recaudaban, para los gastos de su casa, era norma constante en él no disponer de un céntimo más, hasta dejar cubiertos todos sus compromisos.

Pero ante la prolongada *indisposición* del público, que parecía no acordarse de que en la ciudad había un teatro, ¿qué iba á hacer el hombre? Bastante sacrificio se imponía, tomando, de algún tiempo á aquella parte, en vez de las cincuenta consabidas, sólo diez ó doce... quince á lo sumo. Bien es verdad que ninguna noche ingresaban más en taquilla.



MARIANO BENLLIURE. — Eminente escultor español.
Fot. Antonio García (Valencia).

Y es el caso que la compañía gustaba, y no poco, á los escasos espectadores que la honraban con su presencia; y que éstos, en el Casino y en sus conversaciones de visita ó paseo, hacíanse lenguas del mérito de la tiple, del inagotable gracejo del tenor cómico, de las facultades del bajo, de la elegancia del barítono y, sobre todo, de la dulcísima voz del tenor Luis Alvarez, verdadera estrella del arte. Pero indudablemente se refería á la población de que hablamos aquel antiguo agente de teatros que cuando se veía importunado por algún cómico hambriento de contrata, le decía, para quitárselo de encima:

—Probablemente irá usted á X. ¡Muy buena tierra! Allí todo el mundo cena guisado y se acuesta á las nueve.

No se ha podido averiguar aún la influencia que cierta clase de platos pueda ejercer sobre las aficiones artísticas del individuo. De todos modos cabe en lo posible que los habitantes de X cenaron cosa distinta de la que les atribuía el agente: pero que se acostaban á las nueve, ó lo parecía al menos, era indudable.

Afortunadamente, todo iba á arreglarse pronto: noches antes, Dragoncillo había convocado y reunido á los artistas después de la función, en el escenario.

—Ya ven ustedes lo que está ocurriendo,—les había dicho.—No hay medio de seguir aquí hasta Carnaval. He perdido todo mi dinero, y ya hubiera cortado por lo sano, si no considerara más sagrados que los míos propios, los intereses de mis artistas. A fin de defenderlos, he seguido negociaciones con varias empresas, y hoy puedo anunciar á ustedes que he formalizado contrato con los propietarios del teatro de H, donde empezaremos de hoy en quince. La única dificultad consiste en que aquéllos sólo me adelantan la mitad del importe del viaje, y para salir de aquí hay que buscar la otra mitad, y algo más que permita á ustedes desempeñarse y pagar lo que deben. Es preciso, pues, organizar media docena de funciones llamativas, capaces de vencer en lo posible la indiferencia de este público: yo confío á ustedes la confección de los programas, y por mi parte propongo, seguro del resultado, que la última se anuncie á beneficio, (beneficio de nombre), de Alvarez, con la ópera *Marina* y un par de romanzas en los intermedios. Sé de buena tinta que hay verdaderos deseos de oirle en esa obra, y los principales socios del Casino, con quienes he hablado, me responden de que se llenará el teatro. En resumen: unos días más de paciencia, y habremos salido de esta desdichada situación. ¿Están ustedes conformes?

¡Claro que estaban conformes! Hubieran sin duda preferido, á todos los discursos del mundo, cobrar en el acto algo de lo atrasado; pero, á falta de realidades, buenas eran esperanzas; sobre todo tratándose de cómicos, que, dicho sea en su elogio, es la gente más bonachona y sufrida que come pan... cuando lo come.

—Siento no poder aceptar la proposición que se nos hace—dijo de pronto Alvarez, sembrando el pánico y la consternación entre las filas de sus compañeros.—No es que la crea desventajosa para nadie;—continuó —y á no mediar la circunstancia que voy á exponer á la consideración de ustedes, yo sería el primero en aceptarla gustosísimo: pero es el caso que desde hace dos meses tengo, como es de todos sabido, noticias muy tristes acerca de la salud de mi madre. Hoy mismo he tenido carta de mi hermana diciéndome que, aunque no hay peligro inmediato, mi presencia pudiera muy bien influir en el restablecimiento de la pobre vieja, y que debería, aprovechando la primera ocasión oportuna que se presentase, acudir á su lado. Y eso es lo que pienso hacer. Prescindan, pues, de mí en esas seis funciones proyectadas.

—¡Prescindir de usted!—exclamó Dragoncillo.—¡Bonito negocio haríamos con el *Juramento* y *El Diablo en el Poder!* Para ese viaje no necesitábamos alforjas. Si usted se va, careciendo como carezco de recursos para sostener la compañía hasta empezar en H, me veré obligado á decir: señores, ahí queda eso y á Madrid me vuelvo!

A estas palabras siguió un jaleo de dos mil demonios. Todos hablaban á la vez, increpando algunos al empresario, mientras los más se dirigían á Alvarez, tratando de hacerle desistir de sus propósitos.

—¡Hombre, por Dios, no nos dejes en la estacada!

—Seis días se pasan en seguida.

—Si esto se acaba, ¿qué va á ser del pobre coro?

—¿Y de las pobres segundas partes?

—¿Y de las pobres primeras partes... pobres?

Sólo permanecía callado Peláez, el tenor cómico, paisano y amigo entrañable de Alvarez. Juntos, seis años atrás, habían emprendido la accidentada vida del teatro, sin separarse desde entonces; y aún se decía que, tarde ó temprano, la hermana del tenor serio pasaría á ser la esposa del tenor cómico. A estas circunstancias, sin duda, era debido el silencio del segundo, temeroso de influir en la decisión que pudiese tomar el primero.

Y aunque de buena fe entendía no haber ningún mal en que su amigo aplazase por una semana la realización de su natural deseo, se guardaba muy mucho de unir sus súplicas á las de sus compañeros.

Súplicas que no fueron estériles.

—¡Contad conmigo!—dijo, al fin, Alvarez, con voz conmovida,—y no se hable más del asunto. Los que estiméis en algo el sacrificio que hago, rezad un Padre Nuestro por la salud de mi madre, y me habréis pagado con creces.

***

Los cálculos de Dragoncillo, fundados en las promesas de los socios del Casino, llevaban trazas de realizarse por completo. Tan pronto aparecieron en las esquinas los carteles anunciando el beneficio de Luis Alvarez y la despedida de la compañía, empezó la gente á agolparse junto al despacho de localidades, amenazando—¡dulce amenaza!—agotarlas en breve.

Cierto que las cinco funciones anteriores, á pesar de sus atractivos, se habían hecho en familia, como las demás de la temporada; pero los ingresos de la última prometían ascender á una cifra *fabulosa;* fabulosa en X..., naturalmente.

Peláez, desde las primeras horas de la mañana, se hallaba en el despacho de billetes, ayudando al expendedor, que en su vida se las había visto más gordas, y recreándose ante el espectáculo de aquella multitud que iba dejando allí su dinero. Y entregado á tan agradable tarea, sin sentir cansancio, seguía á las cinco de la tarde, cuando oyó á su espalda estas palabras, pronunciadas por el avisador del teatro:

—Señor Peláez, un telegrama para usted.

—¿Para mí?... ¡Es extraño! Venga — dijo: y tomando el despacho que aquél le presentaba, lo abrió lentamente, como para prolongar ese cosquilleo nervioso que produce la curiosidad cuando vemos llegado el momento de poder satisfacerla.

Y leyó; leyó, pareciéndole que el mundo se le caía encima de repente: «Mamá se muere. Prepare Luis y que venga primer tren.—Dolores...» ¡En el primer tren! Es decir, en el de las ocho y pico de la noche. ¿Y la función anunciada? ¿Y el dinero recaudado? ¿Y las patronas *inglesas?* ¿Y el viaje á H? ¡Preparar á Luis! ¡Vaya un disgustazo!... ¡con lo que quería á su madre! ¡Pobre señora! ¡Y pobre Lolita! ¡tan buenas las dos! ¡qué desgracia!... ¡Y el teatro que iba á estar de bote en bote!... Todas

estas ideas pasaron, atropellándose en revuelta confusión por el cerebro de Peláez, en el brevísimo espacio de un segundo.

No tardó, sin embargo, mucho más en darse cuenta exacta de los sagrados deberes que la amistad le imponía, y, dejando á las personas que le rodeaban haciendo conjeturas y comentarios acerca de la visible impresión que aquel telegrama habíale causado, salió del despacho á paso ligero, no sin dedicar antes una conmovedora mirada de despedida al repleto cajón de los cuartos.

Fácil le fué dar con Alvarez, sabiendo que aquellas horas de la tarde solía pasarlas en el Casino, donde era muy estimado por su corrección y agradable trato. Más difícil le pareció, ya en presencia suya, hallar manera de comunicarle la triste noticia.

Pero Alvarez, que inmediatamente leyó en la cara de su amigo que algo grave ocurría, salióle al encuentro tembloroso y agitado, pudiendo apenas formular estas palabras:

—¿Me traes alguna mala noticia?

—Vamos á la calle, y allí hablaremos, — repuso Peláez, eludiendo la contestación y arrastrándole hacia la puerta.

—¿Acaso es que mi madre?...

—¡Vive, hombre, vive! Serénate y no te asustes. ¡Vamos fuera!—

Y cogidos del brazo salieron del Casino, anonadado bajo el peso de lúgubres presentimientos el uno, y considerándose, el otro, en el trance más amargo de su vida.

***

—¡Vaya un entradón! Está hermoso el teatro. Mire usted, Dragoncillo.—Así dijo la tiple, atisbando por el agujero del telón, y dirigiéndose al empresario que, visiblemente preocupado, se paseaba, allá en el foro, por la playa de Lloret unas veces, y otras con *agua* á la cintura.

—¡Sí, sí; muy hermoso!—contestó maquinalmente el interpelado. Y deteniéndose de pronto, gritó, llamando al segundo apunte:—¡López!

—Mande usted.

—¿Ha venido Alvarez ya?

—No, señor, y son las ocho y media dadas; pero tarda mucho en salir, y creo que podríamos empezar.

—¡No, no!—replicó Dragoncillo.—Hay que aguardarle.—Y emprendió de nuevo sus paseos, esta vez más al foro, y, por lo tanto, ya con el *agua* al cuello. Los empleados de contaduría le habían referido la historia del telegrama recibido por Peláez, y, á su pesar, relacionaba este hecho con la tardanza de Alvarez, presintiendo una catástrofe.

El público, hasta entonces tranquilo, empezó de repente á dar muestras de impaciencia, que, poco á poco, fueron acentuándose. A los diez minutos, el acompasado bastoneo era terrible.

—¿Qué hacemos?—preguntó á Dragoncillo el maestro.

—Baje usted á la orquesta—contestóle aquél desde el fondo del *mar*, donde estaba ya sumergido por completo.—Así se calmará algo esa gente; —pero no empiece usted hasta que se le avise!

Y á la orquesta bajó el hombre, siendo saludado, al sentarse en el sillón, con una grita espantosa; grita que subió de punto al ver los espectadores que no empuñaba desde luego la batuta y que sólo se pretendía ganar tiempo.

La situación empezaba á ser verdaderamente violenta é iba cundiendo cierta alarma entre los artistas, cuando, sudoroso y jadeante, abriéndose paso á empujones, apareció Peláez en el escenario, gritando:

—¡Vestirse para *Las dos Princesas,* y sea lo que Dios quiera!

La confusión que siguió á estas palabras no es para descrita. Dragoncillo, al oirlas, salió de entre las olas como un cetáceo perseguido, lanzándose al encuentro del que las había pronunciado.

—¿Y Alvarez?—exclamó convulso.

—En el tren, camino de su pueblo. ¡La cosa no tenía vuelta de hoja! Voy á ver si lo arreglo. ¡Paso!

Y sin detenerse á dar más explicaciones ni parar mientes en las *picardías* que empezaron á lanzar sobre él sus indignados compañeros, se dirigió á la embocadura, deslizóse entre ésta y el telón de boca, avanzó con ademán resuelto hasta las *candilejas* y, aprovechando el profundo silencio que había seguido á su aparición,

—¡Respetable público!—dijo:—Por causas ajenas á la voluntad de la empresa, no puede representarse la función anunciada para esta noche. Luis Alvarez, llamado por su madre que está expirando, se ha visto obligado á partir precipitadamente. Sus últimas palabras, al arrancar el tren, han sido de gratitud inmensa hácia este público, y la promesa que yo, por encargo suyo, trasmito, de venir á cantar en la Catedral una Salve, tan pronto deje cumplidos los sagrados deberes que hoy le llaman, como débil compensación á la contrariedad que pueda producir su repentina ausencia. Así, pues, representaremos *Las dos Princesas,* obra en que tanto tengo el honor de distinguirme. Los señores concurrentes que no estén conforme con el cambio, pueden pasar al despacho á recoger el importe de sus localidades. Y si es sensible para el respetable público verse privado de saborear las bellezas de la inmortal *Marina,* no lo es menos para la compañía de que formo parte, tener que prescindir de los ingresos de esta noche, con los que esperaba poder sufragar los gastos de su viaje. Nos queda el recurso de hacerlo á pie; y puedo asegurar al respetable público que no nos embarazará gran cosa el transporte de los equipajes, que habrán de quedarse aquí, como triste recuerdo de unos cómicos tronados. He dicho.

Una nutrida salva de aplausos resonó en el teatro, llevando un rayo de esperanza al angustiado espíritu de artistas y empresario. Este corrió anhelante á contaduría, mientras aquéllos se preparaban para la función, y allí pudo ver su parte de esperanza convertida en realidad: ¡nadie se presentó á reclamar el importe de su billete!

La alegría del peligro vencido y el afán de corresponder á la buena fe de aquel público, estimularon á Peláez y demás compañeros, que, como suele decirse, echaron el resto aquella noche, dando lugar á que ni un solo espectador se arrepintiese de haber presenciado el espectáculo.

Pero es lo que decía, al salir, un socio del Casino, confesando, á pesar de todo, que había pasado muy bien la noche: — Nos ha salido la contraria. Apuntábamos al tenor Alvarez; saltó, y vino... Peláez.

. . . .

Cinco días después, Alvarez, en cuyos ojos brillaban aún las lágrimas arrancadas á su corazón por la muerte de su madre, cantaba en el venerado templo la prometida Salve á la Virgen Patrona de la ciudad, pagando así la deuda de gratitud contraída por sus camaradas, y cautivando

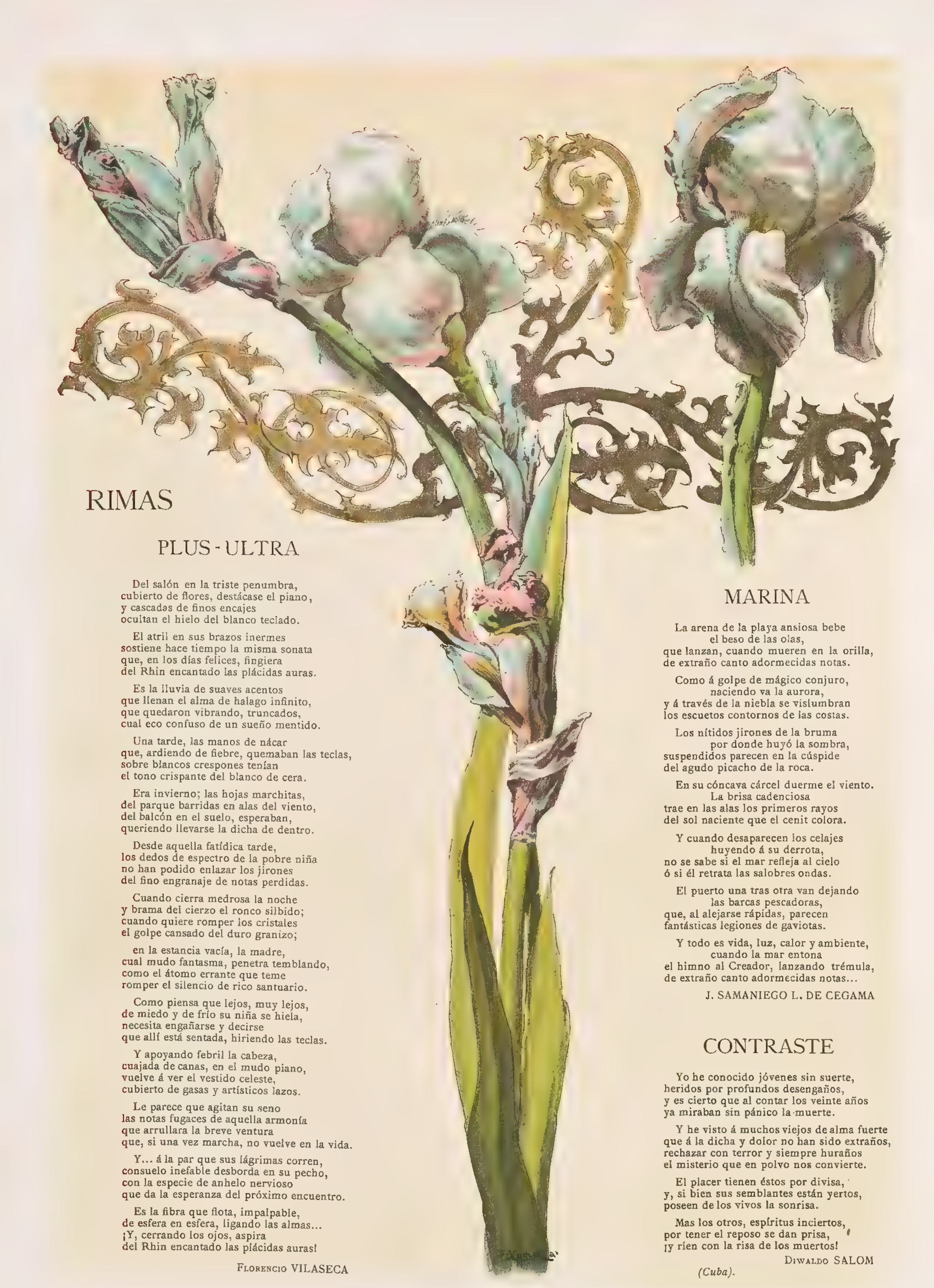


Jarrón de Mariano Benlliure regalado á S. M. la Reina Regente de España por la municipalidad de Buenos Aires.

Fotog. Franzen (Madrid).

las almas de cuantos le oían con los tesoros de su exquisito arte y de su voz dulcísima. Y es fama que, desde entonces, cuando actúa en el teatro de X algún artista de mérito, acude todo el mundo á oirle en seguida, no aguardando á la última función, por sí, como decía aquel socio del Casino: «viene la contraria... y aparece Peláez.»

Miguel TORMO



RIMAS

PLUS-ULTRA

Del salón en la triste penumbra,
cubierto de flores, destácase el piano,
y cascadas de finos encajes
ocultan el hielo del blanco teclado.

El atril en sus brazos inermes
sostiene hace tiempo la misma sonata
que, en los días felices, fingiera
del Rhin encantado las plácidas auras.

Es la lluvia de suaves acentos
que llenan el alma de halago infinito,
que quedaron vibrando, truncados,
cual eco confuso de un sueño mentido.

Una tarde, las manos de nácar
que, ardiendo de fiebre, quemaban las teclas,
sobre blancos crespones tenían
el tono crispante del blanco de cera.

Era invierno; las hojas marchitas,
del parque barridas en alas del viento,
del balcón en el suelo, esperaban,
queriendo llevarse la dicha de dentro.

Desde aquella fatídica tarde,
los dedos de espectro de la pobre niña
no han podido enlazar los jirones
del fino engranaje de notas perdidas.

Cuando cierra medrosa la noche
y brama del cierzo el ronco silbido;
cuando quiere romper los cristales
el golpe cansado del duro granizo;

en la estancia vacía, la madre,
cual mudo fantasma, penetra temblando,
como el átomo errante que teme
romper el silencio de rico santuario.

Como piensa que lejos, muy lejos,
de miedo y de frío su niña se hiela,
necesita engañarse y decirse
que allí está sentada, hiriendo las teclas.

Y apoyando febril la cabeza,
cuajada de canas, en el mudo piano,
vuelve á ver el vestido celeste,
cubierto de gasas y artísticos lazos.

Le parece que agitan su seno
las notas fugaces de aquella armonía
que arrullara la breve ventura
que, si una vez marcha, no vuelve en la vida.

Y... á la par que sus lágrimas corren,
consuelo inefable desborda en su pecho,
con la especie de anhelo nervioso
que da la esperanza del próximo encuentro.

Es la fibra que flota, impalpable,
de esfera en esfera, ligando las almas...
¡Y, cerrando los ojos, aspira
del Rhin encantado las plácidas auras!

Florencio VILASECA

MARINA

La arena de la playa ansiosa bebe
el beso de las olas,
que lanzan, cuando mueren en la orilla,
de extraño canto adormecidas notas.

Como á golpe de mágico conjuro,
naciendo va la aurora,
y á través de la niebla se vislumbran
los escuetos contornos de las costas.

Los nítidos jirones de la bruma
por donde huyó la sombra,
suspendidos parecen en la cúspide
del agudo picacho de la roca.

En su cóncava cárcel duerme el viento.
La brisa cadenciosa
trae en las alas los primeros rayos
del sol naciente que el cenit colora.

Y cuando desaparecen los celajes
huyendo á su derrota,
no se sabe si el mar refleja al cielo
ó si él retrata las salobres ondas.

El puerto una tras otra van dejando
las barcas pescadoras,
que, al alejarse rápidas, parecen
fantásticas legiones de gaviotas.

Y todo es vida, luz, calor y ambiente,
cuando la mar entona
el himno al Creador, lanzando trémula,
de extraño canto adormecidas notas...

J. SAMANIEGO L. DE CEGAMA

CONTRASTE

Yo he conocido jóvenes sin suerte,
heridos por profundos desengaños,
y es cierto que al contar los veinte años
ya miraban sin pánico la muerte.

Y he visto á muchos viejos de alma fuerte
que á la dicha y dolor no han sido extraños,
rechazar con terror y siempre huraños
el misterio que en polvo nos convierte.

El placer tienen éstos por divisa,
y, si bien sus semblantes están yertos,
poseen de los vivos la sonrisa.

Mas los otros, espíritus inciertos,
por tener el reposo se dan prisa,
¡y ríen con la risa de los muertos!

Diwaldo SALOM

(Cuba).

COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de Fernando Xumetra.

¿QUIERE USTED SUICIDARSE?

Eran las tres de la madrugada y Pepe Tormo paseábase por los alrededores del puente de Segovia, con aire meditabundo... De pronto, llamó su atención una sombra indecisa que avanzaba poco á poco por uno de los extremos del puente, con movimientos extraños y como procurando no ser vista. Aquella sombra iba y venía, apareciendo bajo la vacilante claridad de los faroles, hundiéndose en la penumbra incierta...

Pepe Tormo era un bohemio original que vivía eternamente desocupado, un noctámbulo incorregible, para quien era una necesidad agradadable la de acostarse cuando todo el mundo se levantaba. Aquella sombra, apenas entrevista, inspiróle viva curiosidad, y en acechar sus movimientos, adivinar sus propósitos y protegerla, si de ello hubiese necesidad, contra ella misma, dedicó la noche. Se aproximó, adoptando un aire indiferente, encendiendo su pipa, y pudo cerciorarse de que la inquieta y misteriosa sombra era una preciosa muchacha de veinte años escasos que, pálida en extremo y acercándose con disimulo al pretil del puente, miraba obstinadamente hacia abajo.

—Ya comprendo,—exclamó Tormo,—he ahí una pobre joven que ¡vaya usted á saber la causa!, quiere romperse la cabeza contra el empedrado de la calle de Segovia.

Diciendo así, Pepe la siguió de cerca para cogerla de improviso si acaso ella intentaba salvar de un brinco la barandilla. De pronto, la desconocida, oyendo los pasos del bohemio, volvióse y dijo bruscamente:

—¿Por qué me sigue usted?

—No se ofenda usted, querida mía,—contestó Pepe, saludándola;—no la sigo, me limito á curiosear lo que va usted á hacer.

—¿Y qué es lo que voy á hacer?

—Sencillamente, largarse á la eternidad. Aquí donde usted me ve, soy un apasionado de este género de espectáculos, y si usted tuviese ya la manía del suicidio, sin duda me hubiese usted visto por aquí en acecho de las infelices que se matan.

—¿Quién ha dicho á usted que quiero matarme?

—¡Oh! esto lo adivina fácilmente, quien, como yo, está habituado á tales escenas. Usted no es una mujer cualquiera, es una obrera honrada, una pobre mujer seducida y abandonada. La pena la tiene á usted abatida, la vergüenza y la miseria la enloquecen, y busca usted el supremo consuelo en la muerte.

—Y bien, sí, todo esto es verdad; y por lo mismo estoy resuelta á matarme,—murmuró la infeliz.

—¡Si tendré yo experiencia!—dijo Pepe, en tono convencido;—la eterna historia que me han contado muchas desgraciadas antes de arrojarse por ahí.

—Pues entonces, retírese usted. Déjeme sola, para terminar mi sacrificio de una vez. Ruego á usted que se vaya y no intente disuadirme.

—¡Yo! Dios no lo quiera. Me paso la noche á lo largo de este puente, en espera de suicidas, de las que recojo los postreros estertores, los últimos gritos de agonía. ¡No será usted tan cruel que me prive de mi única distracción!

—Caballero; cese usted en sus bromas. No es generoso atormentar así ni burlarse de una mujer que sufre.

—¡Pobre niña! Crea usted que no me burlo, se lo juro á usted; lejos de eso, voy á permitirme darla un buen consejo, sugerido por la costumbre que tengo de presenciar estas cosas. Iba usted á precipitarse desde lo alto de este tramo. Mal hecho. Es un mal tramo éste, da á los jardines y el batacazo no resulta certero; muy al contrario, se rompen los huesos, se desbarata el cuerpo y no se muere hasta el siguiente día, á pesar del estado realmente horroroso que ofrece una persona medio aplastada. ¡Si



NOTA ARTÍSTICA; por Julio Borrell.

hubiera usted presenciado la agonía de una pobre muchacha, tan linda como usted, que se suicidó la semana anterior! Fué terrible; estaba desconocida.

La joven escuchaba al bohemio, sugestionada por la imagen de aquella compañera de infortunio; la importunaba la idea de no morir en seguida.

Pepe Tormo continuó, con aire indiferente:

—Mire usted, el tramo central es el mejor para llenar los deseos de usted. El pretil tal vez sea más alto, pero esto no importa; yo la ayudaré á encaramarse. Desde arriba verá usted brillar tersas y limpias las piedras de la calle, que parecerán llamarla. Un movimiento y cataplúm, abajo. Lanzará usted un grito de terror al verse en el vacío. Este grito estridente es el que avisará á los descuidados guardias el salto mortal de un saltimbanqui trágico. Después nada, un golpe seco contra el duro suelo, una cabeza que se abre, la masa encefálica que se esparce...

—Es usted muy cruel...

—¡Yo cruel! ¿Y por qué, pobre niña? Me intereso por usted sencillamente y deseo evitarle faltas por inexperiencia que he observado en otras. Usted viene aquí decidida á morir ¿no es verdad? ¿qué crueldad hay en indicarla los medios de acabar más pronto? Existe cierta ventaja en morir rápidamente, en vez de vivir algunas horas desangrándose sobre la cama de un hospital. ¿Por qué le presto este servicio? Porque me es usted excesivamente simpática desde que la vi; porque adivino en usted un corazón herido y una víctima de nuestra abominable sociedad. Esta simpatía es tan viva que mañana, en que como hoy no tengo grandes cosas que hacer, seré capaz de ir á la sala de disección del hospital y recoger sus restos deshechos y ensangrentados, para sepultarlos debidamente.

—¿A la sala de disección?

—Sí; á la sala de disección. En cuanto el cuerpo de usted sea recogido en una espuerta que sirve para el caso, lo llevarán al Hospital, para que los médicos en ciernes estudien mil detalles de su organismo en su cuerpo seccionado en pedazos. Mi amistad servirá á usted para que las manos de tantos hombres indiferentes no profanen sus restos. Después, ya cuidaré de que los entierren en la fosa común.

—¡En la fosa común!

—Sí, hija mía, porque ignoro su nombre y la dirección de su casa, á menos que le inspire la suficiente confianza para decírmelo antes de brincar á la eternidad...

La joven y hermosa desesperada, al llegar á esta parte de la charla de Pepe Tormo, desmayóse en sus brazos.

Pepe la sostuvo cariñosamente y, llamando á un alquilón que acertó á pasar, depositó su dulce carga en el coche y dió las señas de su casa. Después volvióse hacia la joven y la besó poquito á poco, sonriendo triunfalmente, y diciéndola queda, muy quedamente:

—¿Quiere usted suicidarse?

Enrique BAYONA

NOTA ARTÍSTICA; por Julio Borrell.

JOAQUÍN AGRASOT



MURCIANO DE LA HUERTA

Exposición Robira (Escudillers, 5 7 y 9

BELLAS ARTES

El hermoso cuadro que sirve de portada al presente número, ha sido pintado expresamente para el Album Salón por el notable artista José M.ª Tamburini.

Afortunado en la interpretación del asunto, que, sin necesidad de recurrir á la hinchada alegoría, sintetiza perfectamente la actual estación, ha puesto toda su galanura de pincel, todo su buen gusto de eximio colorista en la ejecución de la bella figura de mujer, objeto principal del tema.

Los favorecedores del Album Salón conocen de sobra el valor de ese artista, que ha honrado con frecuencia estas páginas con sus obras, para que nos detengamos á hacer su apología.

A la galantería del inteligente comerciante en cuadros, don Vicente Robira, dueño de la *Exposición* que lleva su nombre, sita en la calle de Escudillers, números 5, 7 y 9, debe esta Revista la publicación de tres de los cuadros que enriquecían su acreditada colección.

El *Mercado de flores* de Francisco Miralles, es una de esas vivarachas notas parisienses que tan bien sorprende ese pintor, que parece nacido en las orillas del Sena, por el tono especial de su colorido y por la elegancia de las mujeres que pone en sus cuadros. En éste que copiamos, como en todos, se distingue en seguida su personalidad inconfundible; y aunque ha producido otros más acabados ó mas completos, no desmerece de su firma.

El *Murciano de la Huerta*, de Agrasot, no por sencillo deja de ser un trozo de pintura que resume en sí todas las buenas cualidades del celebrado pintor valenciano. Figura bien dibujada, puesta con naturalidad, se recomienda en particular por la exacta calidad de todos los detalles, hechos con la conciencia de un miniaturista y con la holgura de un pintor de cepa española.

A Hernández Monjo, si no tuviera otros méritos, le bastaría el de haberse creado un especialista en el *retrato* de buques. Un marinista los emplea como parte de su composición, sin dar exclusiva importancia al *tipo*, por más que tenga la habilidad de conservarlo. Hernández Monjo, por el contrario, busca en la forma, calidad y aplicación de sus buques la parte representativa de su obra, relegando á términos secundarios y como de simple *enturage* los demás elementos de sus marinas.

Poco conocedores de lo que constituye la técnica de los barcos, y mucho menos de los de guerra, hemos oído, sin embargo, calurosos elogios de personas inteligentes, en pro del *Pelayo* que publicamos hoy, que consideran una copia hecha con inteligencia de las cosas de náutica, del acorazado que por tanto tiempo tiene echadas sus anclas en el puerto de Barcelona.

Por nuestra parte sólo podemos añadir que Hernández Monjo reune algunos conocimientos artísticos que sabe aplicar con oportunidad, á fin de que resulte menos árida la forma sobrado técnica, para ser artística, de sus trabajos.

Francisco CASANOVAS

LA CANCIÓN DEL VIENTO

(FACETA).

Suponen casi todos que la canción del viento es canción sin palabras. No hay tal; es que pocos saben su lenguaje. Un cuervo viejo, por quien siento yo profunda simpatía, me ha traducido la eterna, la terrible, la plácida canción.

«Soy más fuerte que los cuerpos, yo que de cuerpo carezco; soy más poderoso que el mar, porque mi imperio no tiene límites; soy fecundo como la vida, eterno como la materia.

» Si florecen los prados, si crecen las selvas, si se espesan los bosques, si á lo largo de las orillas de los ríos arraigan las cañas y los álamos, á mi influjo se debe. Yo soy el mensajero de los amores arbóreos; en mis alas llevo el pólen fecundante, gérmen de vida, que la palmera envía á la palmera á través del desierto. Yo soy el sembrador más activo; el que cuida de la general limpieza.

» Cuando rujo de un modo espantable; cuando troncho árboles seculares; cuando derribo cabañas, mi obra es noble y santa y meritoria. El árbol que arranco de cuajo, es que no tenía firmes las raíces; la encina que troncho, es que tenía el corazón roído por los gusanos.

» Yo corro sin cesar á través del espacio; yo arrullo los amores de los hombres, cuando susurro mansamente á través del follaje, y, ya tenga ímpetus de huracán, ya acaricie blandamente, siempre soy fuerte como lo eterno, fecundo como la vida, perdurable como el dolor que lacera el corazón de los hombres.»

* * *



Cuadro de Román Ribera.

CRÓNICA DEL CARNAVAL

Siempre que, al considerar las infinitas generaciones que poblaron el Universo, detiénese mi observación en el hombre, se me representa éste como un héroe fanfarrón, amalgama de semidiós y de payaso.

Este aserto, que quizá os suene á paradoja, constituye sin embargo una ley. El hombre, hoy por hoy degenerado, conserva todavía en su alma rescoldos de su primitiva grandeza, á la vez que desciende sin obstáculo, juguete de su instinto, á su degradación, menoscabando y hasta poniendo en ridículo su dignidad, de la que por otra parte alardea tras la máscara de su disimulo y obediente á los ritos de la llamada civilización.

Si, retrospectivamente, convertís vuestras miradas á tiempos remotos, la edad mítica comenzará por ofreceros infinitos modelos en que estudiar y aún definir esas contradicciones que afligieron siempre á nuestra raza.

Júpiter, dios de los dioses, suspira como un colegial por Io; citado por la fábula como amparo de las leyes, de la inviolabilidad y de la fe jurada, infringe las de su himeneo abandonándose á toda suerte de transportes amorosos, fuera de su jurisdicción, á despecho del celoso fidelísimo amor de su consorte. Minerva, representación de la sabiduría, mujer invencible é inventora de la flauta, tira con ésta, despechada y colérica al notar en el acuático espejo la merma que imprime en su hermosura, el uso del pastoril instrumento y la justificada chacota de que es objeto por parte de la severa Juno y la risueña Venus. En otra ocasión, descarga como rabanera inmunda su propia lanzadera sobre la mísera cabeza de la hija de Imón, cuya intachable labor osó rivalizar con la suya. Marte, personificación de las batallas, sorprendido en adúltero delito por Vulcano, pugna, impotente, por salirse de la red en que éste le envuelve en su tálamo, entre las cuchufletas de los demás dioses. Apolo, germen de la luz, dios de la poesía y del poder, persiguiendo á Dafne sin lograrla.

Siempre adelante, hallamos á Mario sugestionando con la mirada al esclavo de quien va á recibir la muerte; al gran César titubeando ante el Rubicón; á Augusto pidiendo aplausos al morir por su bien representado papel; á Tiberio enfrascado en su glotonería; á Calígula en su extravagante soberbia y en sus vicios nefandos; á Julias y á Mesalinas, en el hartazgo de lúbricos é inauditos desenfrenos; á Nerón, monstruo del arte, fascinado por Popea, asesino de la misma, y lamentándose al morir de que el mundo pierda en él tan consumado cómico; á Adriano, espíritu recto á cuyo impulso florecieron las artes, ardiendo en el funesto extravío de un amor vitando; á Marco Aurelio, sabio profundo, filósofo, descreído, magnánimo hasta con los propios amantes de su mujer Faustina; á Heliogábalo, fruto de duplicado adulterio, bestia feroz del vicio; á Galieno, sucumbiendo bajo el peso de su molicie afeminada.

Todo lo cual viene á patentizarnos el fuego de locura que consumió á la humanidad, sus millares de infracciones del buen sentido y, sobre todo, el sinnúmero de contradicciones en que, desde que el mundo es mundo, incurrió. Estas contradicciones tienen su fuente en el prurito del hombre de aparentar lo que no es, y en este mismo prurito halla siempre su genio fantaseador tela en que extenderse y elegir á discreción el disfraz que más le cuadre.

Roma, el pueblo rey, ofrece de lo que os digo un admirable ejemplo en la pléyade de monarcas, repúblicos y emperadores que rigieron sus destinos; pero donde más dominó este desmedido afán fué en Grecia. Los griegos, inspirados genios, floridos y fecundos, verdaderos atletas de la Idea, hicieron de ella una epopeya magnífica al entronizarla en las regiones de lo bello. Con sus sagrados mitos, sus épicos cantos, sus proféticos simbolismos, comenzó el gran poema de la Creación: espléndida primavera franqueó sus puertas á la Vida. Torrentes de savia corrieron sobre la tierra fecundándola, y sus áridas llanuras se tornaron campo multicolor, esmaltado de murmurantes cintas de plata, bajo la transparencia de una inmensidad cerúlea y diáfana. Las Nereidas, las Náyades y las Hespéridas, poetizaron los bosques, dando pie á las sublimes creaciones de Homero y de Virgilio... El mismo amor pareció tansportarse inundando de un soplo divino los corazones, consumidos, á no tardar, por la fiebre del placer. El Bien se hizo patrimonio de los mortales, la Babel del pensamiento llegaba ya casi á su cúspide, cuando el mal reclamó su vez. El coloso monumental quedó en pie; pero los hombres descendieron de él abrasados en ansias locas de placeres. Con la institución de las *Dionysiacas* en Grecia y las *Lupercales* y *Saturnales* en Roma, se abrieron ancho campo á su desenfreno, dando origen á nuestro, hoy por hoy, decantado Carnaval.

Durante esas fiestas, inauguradas regularmente por medio de un banquete público, se cometían las mayores liviandades, los más increíbles excesos. Con fermentación libidinosa, rebosaba el vino del seno de los hombres que se lanzaban por las calles desnudos, blandiendo encendidas antorchas. Doncellas y casadas seguían su ejemplo: consumadas bacantes, mal encubiertas sus espaldas con la piel de gamo, á merced del aire la undosa cabellera, empuñando el tirso entre voluptuosas actitudes, vértigos de la locura, corrían desaladas y poseídas de frenética alegría. El hombre perdía su dignidad, la mujer su pudor, y el esclavo dejaba transitoriamente de serlo, pospuesto á la igualdad del odre y de la carne.

Vano fué que la intervención, más tarde, de los Padres de la Iglesia intentara poner coto á tales usos. Como titán invencible, cabalgando sobre el corcel del Progreso, el Carnaval marchó siempre adelante y su influencia se difundió, heraldo del placer, por los ámbitos del mundo, mientras todas las naciones, á una, lo celebraban. Los romanos lo importaron á España, Colón al Nuevo Continente. Inútil fué que los godos, orgullosos de suyo y reñidos con cuanto estuviera fuera de su dominación, se sustrajeran á sus seducciones; que Carlos V y Doña Juana de Castilla combatieran contra su esplendor. Felipe IV manda edificar en Madrid, para gloria del Carnaval, una plaza que cuenta con 488 ventanas y se ilumina con 7.000 luces. En Francia, Enrique III, acompañado de los caballeros de su Corte, acordándose acaso del fundador de Roma, se lanza por las calles de París, ébrio de algazara, en pos de aventuras. Enrique IV, hace lo mismo dirigiendo una patrulla de brujos.

La poética Italia aumenta su brillo con su famoso Carnaval de Venecia. Los mismos ingleses abandonan un punto su flema durante esos días de jolgorio. Los negros de Haiti imitan por medio de blancas caretas, nuestra raza. Los salvajes del Brasil, cubriendo sus cabezas con otras de irracionales. Los árabes lo celebran solemnemente en la noche del mes de Moharren, primero del año musulmán. Los eslavos, simulando el cortejo del oso, y, cuando los Carnavales coinciden con alguna boda, con la decapitación de un gallo al que se forma en toda regla un proceso y con cuyo cuerpo se hace ofrenda á los novios, á la vez que se celebra un alegre festín.

Goethe hace una brillante descripción del Carnaval romano. El Corso, calle que se distingue por su pulcritud, se extiende en línea recta desde la plaza del pueblo hasta el palacio de Venecia. En esta calle, dilatada y hermosa, expira el Carnaval en su período más álgido de esplendor. Cuéntanos el autor de Fausto que las carreras de caballos *(de barberi)* prestan singular animación al Corso durante los dos últimos días del Carnaval. Adjudícanse premios á los caballos vencedores, y entre el garbullo y descompuesta gritería del gentío, los chirridos de las llantas de las ruedas sobre el piso, la garrulería enloquecedora de las máscaras, y el oficioso chillar de los alquiladores de sillas, exclamando: *Luoghi, padroni, luoghi;* los variados tonos de colores que esmalta la soñadora luz del crepúsculo, y las procesiones de antorchas que, una vez llegada la noche, se ven correr como vértigos de resplandor entre la pugna de sus portadores por apagarlas unos de otros, el cuadro, en fin de todo ese portento de vida y de placer, ofrece á la asombrada imaginación del espectador la idea gráfica del soberbio desfile de la locura. Locura transitoria, locura, al fin, apagada al soplo indestructible dela razón.

Precisa confesar, sin embargo, que el Carnaval languidece cada vez más en nuestros países. No por sobra de moralidad, sino por falta de energías, por estéril egoísmo, antes que por generadora virtud.

En el Carnaval, una de las tradiciones más hermosas del paganismo, se reflejaron siempre los grados de cultura y adelanto de los pueblos. No es, pues, extraño que desminuya el interés de sus fiestas y se obscurezca su brillo, reflejando el actual desmayo de España. Mas es de esperar que este país privilegiado y rico en gérmenes de regeneración, sacuda al fin su letargo; esperemos, sí, que el hoy amedrentado león muestre sus aguzadas uñas al perenne inaudito Carnaval, en el que tras la máscara de mansas ovejas pululan los vampiros.

Esperémoslo... porque la esperanza es siempre un bien.

Josefa CODINA UMBERT





LIC. DON JOAQUÍN BARANDA

Ministro de Justicia é Instrucción Pública de los Estados Unidos Mexicanos.

Alegórica ponderación de empresas imposibles nos dejó el sublime retórico de Tagarte, en la fábula piadosa del maravilloso niño que con una mínima concha y en una pequeña oquedad de arenosa playa, pretendía vaciar todo el salobre caudal de los mares infinitos. No para mí menos difícil será la de encerrar en poco más de un ciento de líneas el resumen completo y breve de la vida y gestión política del Secretario de Estado y Ministro de Justicia é Instrucción Pública del Gabinete del insigne estadista, General Don Porfirio Díaz, quien dieciséis años hace se dignó llamarle á coadyuvar en la grandiosa obra de orden y progreso, emprendida y terminada por el ilustre actual Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

¿Cómo en tan estrechos límites podré siquiera decir que es Don Joaquín Baranda digno hijo de uno de los héroes del glorioso desastre de 1805 en Trafalgar, Don Pedro Sainz de Baranda, alférez de Marina española, nacido en el hoy Estado de Campeche, que en su memoria y honor se apellida *de Baranda*? ¿Cómo apuntar al menos que en el de Yucatán y en Mérida, su capital, nació á su vez Don Joaquín el 7 de Mayo de 1840? ¿Cómo no señalar al alumno distinguido del Seminario de San Miguel de Estrada, que secularizado después con el título de Instituto campechano, le vió allí ejercer la cátedra de literatura é idioma castellano y recibirse de abogado en 1862? ¿Cómo no admirarle poeta, periodista y orador á los veintidós años de edad, tan notable y temible para aquellos á quienes enderezaba su enérgica y docta censura, que hiciéronle desterrar de la Península yucateca? Imposible decir con la obligada concisión, cómo un destierro le condujo á distintas localidades de diversos Estados de la República á trabajar en defensa de su patria contra la usurpación francesa y el Imperio que de ella emanó, y presentarle, allegando personalmente elementos de guerra, afrontando temerosos riesgos, y burlando deshechas persecuciones, hasta el día en que la delación de un traidor le costó ser detenido y encarcelado, primero en el Castillo de Sisal y después en la Ciudadela de Mérida, de la cual, tras prolongada prisión, se le permitió salir, sujeto á la vigilancia de la autoridad militar y con la ciudad por cárcel. En ella volvió á sus tareas de jurista y catedrático, y cuando en 1867 fué por el esfuerzo liberal restaurada la República, pasó á la ciudad federal, residencia de los Supremos Poderes, á ejercer el cargo de Diputado en el Cuarto Congreso Constitucional de la Unión, como representante de uno de los Distritos de Campeche. En ese Congreso y en el siguiente, al que le llevaron dos diferentes Distritos electorales, se distinguió en lugar principalísimo por el vigor de sus peroraciones, por su profundidad en la ciencia jurídica, por la valentía de sus apóstrofes, por la asombrosa facilidad de su palabra, y por la natural y espontánea elegancia de sus improvisaciones, verdaderamente académicas.

La altísima significación de su personalidad política, consagrada, por así decirlo, con el aplauso de la Capital, le valió ser designado para Presidente del Supremo Tribunal de Justicia de Campeche, y poco más adelante, en 1871, ser electo Gobernador Constitucional de aquel Estado.

Sus relevantes dotes administrativas; su actividad poco común; su honradez intachable; su acierto para agrupar en torno suyo á quienes mejor podían colaborar en su gobierno; su patriotismo en la resolución de difíciles y delicadas cuestiones; su ilustrado empeño en fomentar la instrucción pública; su feliz manera de entender y propagar la democracia; la ciencia política y la demostración de sus singulares conocimientos en el estudio de puntos referentes á la limítrofe Colonia inglesa de Belice, valiéronle la honra de ser reelegido Gobernador de su Estado en 1875, cargo que dejó de ejercer en 1877 por respetables sentimientos de consecuencia política. Ofreciósele después la Legación de México en Guatemala, que no aceptó; á propuesta de la Suprema Corte de Justicia se encargó de la Magistratura de los circuítos de Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas, y de ella pasó en 1881 á la Cámara de Senadores, con la representación del Distrito Federal. En 15 de Septiembre de 1882, el Presidente de la República, Don Manuel González, le confió, con general aplauso, el Ministerio de Justicia é Instrucción Pública, y en ejercicio de él fué una vez más reelecto Gobernador de su Estado natal, cargo del que tomó posesión en 16 de Septiembre de 1883 y sólo desempeñó un mes escaso por haber sido llamado á México para volver á encargarse de la Secretaría de Justicia. En ella le conservó el señor General Don Porfirio Díaz al ser elevado por segunda vez á la Presidencia de la República, el 1.° de Diciembre de 1884. Disfrutando de toda la confianza de este supremo jefe, que entre sus eminentes cualidades de insigne hombre de Estado, tiene la muy excepcional de saber conocer, elegir y ganar á sus colaboradores, el señor Baranda ha tenido la fortuna de poder secundarle en la grandiosa obra de regeneración, realizada por el General Díaz con aplauso y asombro universales. Por su lealtad, adhesión é inteligencia ha merecido ser confirmado en el Despacho del Ministerio de Justicia é Instrucción Pública en 1888, 1892, 1896 y 1900, fechas del tercero, cuarto, quinto y sexto periodos presidenciales de ese sin par modelo de Gobernantes republicanos.

Las cualidades de ilustración y actividad del señor Baranda, como Ministro, son á su turno excepcionales: en su época se han reformado y regularizado las tramitaciones de las sentencias de amparo, valiéndole un voto de gracias de la Suprema Corte; se reorganizaron los Tribunales federales y los Juzgados del orden común: en 1884 expidió el Código Civil, el Código de Comercio y el Código de Procedimientos Civiles: en 1889 reformó el Código de Comercio: en 1894 expidió el Código de Procedimientos Penales, y el Código de Procedimientos Federales. Entre las leyes más importantes expedidas también en su época están: la de elección popular de Autoridades judiciales del Distrito, en 1882; la de Administración de Justicia en los Territorios, en 1887; la de libertad provisional de procesados, en 1889; otras sobre libertad preparatoria de reos, en 1890 y 1897; la de Jurados, en 1891; la de Sociedades anónimas, en 1897. En el ramo de Instrucción Pública es casi imposible resumir la numerosa labor del señor Baranda: en 24 de Febrero de 1887, inauguró la Escuela Normal de Profesores, y en 1.° de Febrero de 1890, la Normal de Profesoras; en 1891 expidió la Ley Reglamentaria de la Instrucción obligatoria, laica y gratuíta, estudiada por los Congresos pedagógicos que convocó en 1889 y 1890. En 1896 y 97 reglamentó la instrucción primaria elemental y superior que en adelante habría de depender exclusivamente del Ejecutivo de la Unión; creó la Dirección general que debería regirla, y reformó y reorganizó la instrucción preparatoria y la profesional, reglamentando las Escuelas de Jurisprudencia, de Medicina, de Agricultura y Veterinaria, de Ingenieros, de Bellas Artes, de Artes y Oficios, de Comercio y Administración, y Conservatorio Nacional de Música y Declamación; y no olvidó, sino antes bien fomentó y engrandeció los Museos y Bibliotecas, pudiendo decirse con un ilustre escritor mexicano que «en esos »ramos nada tenemos que envidiar á los demás pueblos latino americanos »y muy poco á los más adelantados del mundo.»

Los méritos del señor Baranda como literato y orador no son para aquilatados por quien estos apuntes escribe y sólo alcanza, hoy más que nunca, á aplaudirlos y admirarlos con entusiasmo y sinceridad. Sus obras, por nosotros reunidas, sin su ayuda y casi sin conocimiento suyo, forman dos volúmenes que no sin dificultad se publicaron en reducido número de ejemplares, pues natural y sencillamente modesto, no gusta de esta especie de exhibiciones. Uno de esos volúmenes contiene cuatro discursos patrióticos, pronunciados en Campeche, Matamoros y México, dos oraciones fúnebres en honor de Don Francisco Zarco y del General Don Manuel González, y una admirable Introducción dedicada á ensalzar amigos y recuerdos juveniles. El otro volumen comprende sus magníficos discursos sobre poesía mexicana; inauguración de la Escuela Normal; conmemoración del descubrimiento de América; apertura de los Congresos pedagógicos, concursos científicos, Congresos de Americanistas, y al descubrirse el monumento elevado en México á Cristóbal Colón; elogio á Don Joaquín García Icazbalceta; Prólogo á la colección de sonetos del Doctor Blengio; Estudio biográfico del Doctor Campos; iniciativa de reformas al Código Civil, y un informe sobre la Cuestión de Belice. Ni en uno ni en otro volumen están comprendidas todas sus producciones literarias; siempre se ha negado á facilitar á nadie sus poesías, y las tiene de altísimo mérito, y cuando la ocasión se le ofrece brotan de su fácil pluma artículos y escritos de varia índole dignos de formar algún día un escogido tercer volumen.

Sus excelsas cualidades le han valido honores y distinciones de todo género; siendo los siguientes los más notables: Socio de Mérito de la Unión Ibero-Americana de Madrid; Oficial de Instrucción Pública en Francia; Correspondiente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid; Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua; Condecorado con la medalla del Libertador, de Venezuela; Caballero de la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica; Comendador de la Legión de Honor: también es miembro activo ú honorario de casi todas las Sociedades y Corporaciones científicas y literarias mexicanas.

Entendido, honrado y leal á toda prueba, el señor Baranda ha tenido la satisfacción de contribuir al prestigio del Gobierno en las dos secciones que abraza su Secretaría de Estado, y merecido por largos años el aprecio y la confianza del señor Presidente de la República, el General Don Porfirio Díaz, siendo tan notable y envidiado favor lo único quizás que sobre todo le satisface y enorgullece. A esta honra pospone sus glorias de orador galano y circunspecto; de escritor castizo, claro y persuasivo; verdadero maestro en el arte de bien decir, no lo es menos en el de bien conducirse, y fino y correcto en todos los actos de su vida pública y privada; urbano sin extremos, galante con discreción, franco con dignidad, es para su distinguida familia un jefe amado y sin tacha, para los desventurados un hermano ó un padre, y para sus amigos un hombre excepcional que admiran con veneración y adoran con entusiasmo.

* * *

México, Diciembre de 1900.

¡ABANDONADA!

La noche había cerrado por completo, y la nevada habíase espesado en tales términos, que era muy difícil distinguir las personas á pocos pasos de distancia.

Un vientecillo sutil y glacial barría las calles, haciendo que cuantos transitaban por ellas, lo hicieran cubriéndose con los embozos de las capas y abrigos hasta los ojos, y con paso apresurado, deseosos de librarse de la baja temperatura de aquella noche.

Los faroles del alumbrado público semejaban carbones encendidos, y los furiosos remolinos de nieve obstruían á intervalos los pálidos fulgores que aquéllos despedían.

Los carruajes cruzaban al trote las anchas calles de la coronada villa y corte, conduciendo en mullidos y calientes almohadones á los teatros y centros de recreo á sus felices dueños, los que, borrando con los dedos el congelado aliento pegado á los cristales, procuraban distinguir las siluetas de los que marchaban á pie; mirada en que podía traducirse mucho del egoísmo de la raza humana, ó quizá algo de conmiseración hacia los desheredados de la fortuna.

Una pobre niña, cuya edad podría fluctuar entre los ocho y diez años, bajaba lentamente por la acera derecha de la calle de Alcalá; su corto vestidito de araposo percal, y el raído mantoncillo que mal cubría sus míseros miembros, hacíanla tiritar dolorosamente bajo la influencia de aquella cruel noche; y sus menudos pies, completamente descalzos, aplastaban los copos de nieve que alfombraban el piso. Largos rizos de pelo rubio caían en desórden sobre sus hombros y sombreaban su cara triste y macilenta, en la cual brillaban, como dos turquesas, sus rasgados y hermosos ojos.

En la mano agitaba un puñado de periódicos que ofrecía ansiosamente á los transeuntes, mientras que su vocecita atiplada pregonaba, como un grito lastimero, el título del diario que inútilmente pugnaba por vender.

De este modo cruzó varias veces la anchurosa vía; sus pobres é infantiles pies, ya amoratados por lo intenso del frío, se negaban á sostener su debil cuerpecito, y en su infantil cabeza, que se balanceaba cual si el aire la impulsase, sentía la pobre niña terribles desvanecimientos.

Pregonaba, sin embargo, los periódicos; pero de una manera casi automática, y como máquina que obedece al mecanismo que le da impulso.

Avanzaba la noche; los copos de nieve se hacían cada vez más espesos; los tranvías y carruajes pasaban cual enormes sombras; y la gente iba abandonando los teatros y cafés, ávida de llegar pronto á sus hogares, y pensando con fruición en la encendida chimenea, en la cómoda butaca y en el caliente y abrigado lecho.

La pobre niña no podía andar más... Sentóse en el escalón de suntuoso edificio de piedra, y allí continuó vendiendo los periódicos; pero cada vez á más largo intervalo, y con voz más debil y apagada.

Sus ojazos azules pugnaban por mirar á través de los empañados cristales de los carruajes, cada vez que llegaban á sus oídos voces y risas infantiles.

¡Allí, iban niñas como ella! pero sin duda más felices; bien vestidas, perfectamente alimentadas, y rodeadas de sus padres que las colmarían de caricias y besos.

¡Besos!... ¡Dios mío!... ¿qué serán besos?... exclamaba mentalmente la infeliz criatura, recibiendo en su carita los helados copos.

Sopor invencible apoderóse de improviso de la pequeña vendedora, sentía en su cuerpo infinidad de agudos pinchazos, cual si estuviese revestida de alfileres, y, haciendo almohada del paquete de periódicos, dejóse caer con glacial y desencajada sonrisa en la dura piedra... Aún permanecieron sus azules ojos girando en sus órbitas un momento... después... quedó inmóvil... fría... rígida.

Los dorados trenes continuaban atravesando las calles de Madrid.

Era la hora de las cenas, de las reuniones en los salones; del lujo, en fin, con todo su boato, esplendidez y magnificencia.

Los preludios de magnífica orquesta, que amenizaba el espléndido sarao del piso principal, inundaron de torrentes de harmonía el espacio.

¡Eran los funerales que el egoísmo humano dispensaba á la pobre niña abandonada, muerta de hambre y frío en la puerta de grandioso y monumental palacio!

Miguel ALDERETE GONZÁLEZ

EL INTENDENTE DE BUENOS AIRES

En los pocos días que entre nosotros permanecieron el ilustre Intendente bonaerense y sus compañeros de Comisión, cuyos retratos y autógrafos adornan esta página, pudieron convencerse, lo propio que en Cádiz, donde primeramente tocaron, al venir á España, del aprecio y alta estima en que esta nación tiene á la floreciente República Argentina.

Y así debe ser, porque nobleza obliga.

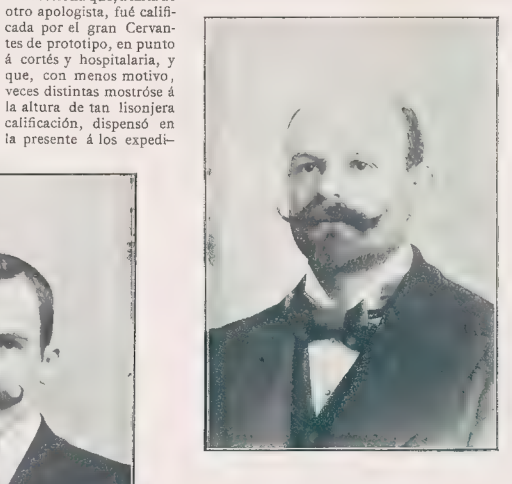
Para que la madre patria abra de nuevo su corazón á esos hijos del continente americano que, considerándose mayores de edad, lucharon con viril entereza y lógico entusiasmo, hasta emanciparse de su tutela, conforme sucede en la familia; le basta recordar, como dijo muy bien nuestro dignísimo Alcalde, el señor Coll y Pujol, al brindar, en el banquete de despedida ofrecido por el Ayuntamiento de Barcelona á dichos señores, la noble y espontánea cordialidad con que, á pesar del tiempo y la distancia, le patentizaron su filial cariño, cuando, por atravesar una época azarosa y triste, mayor necesidad tenía de consuelos.

Al sufrir España los rudos descalabros, de funesta memoria, el gobierno argentino, fué, sino el único, el más expresivo en sus manifestaciones de interés y afecto, acogiendo con viva simpatía la suscripción abierta por la colonia española, para la construcción del crucero *Río de la Plata*, á la vez que, con loable delicadeza, suprimía de su himno patriótico, inspirado por comprensible apasionamiento, cuantas estrofas y frases pudieran mortificarnos en lo más mínimo.

Y no se han limitado á esto sus pruebas de consideración; otras les debemos, fundadas en la afectuosa acogida que Madrid y Barcelona dispensaron en el pasado año á los marinos del *Presidente Sarmiento;* otras, de inestimable valor: deferencias que nunca se olvidan ni pagan lo bastante. Una de las principales calles de Buenos Aires lleva actualmente el nombre de España, por iniciativa y acuerdo de su digna Municipalidad, la cual quiso perpetuar un suceso tan lisonjero para nosotros, acuñando medallas conmemorativas con la fecha inaugural. Acordó también aquella galante Corporación ofrecer á Su Majestad la Reina Regente un suntuoso jarrón artístico, cincelado y fundido por artistas españoles, sin duda para que á los ojos de la Augusta Señora fuera más grato el obsequio, y nombrar á su tiempo una Comisión que, arrostrando las molestias de un largo viaje, viniera á hacer oficial entrega de dicho presente.







Barcelona que, á falta de otro apologista, fué calificada por el gran Cervantes de prototipo, en punto á cortés y hospitalaria, y que, con menos motivo, veces distintas mostróse á la altura de tan lisonjera calificación, dispensó en la presente á los expedicionarios una acogida entusiasta y sinceramente cariñosa, de la que, á no dudar, guardarán agradabilísimo recuerdo.

Su corta estancia en esta ciudad, favorecida por un tiempo hermoso, bonancible, casi prima-

Esta circunstancia nos proporcionó la inmensa satisfacción de conocer y tratar, aunque desgraciadamente por breves días, al Excmo. señor Intendente de Buenos Aires, don Adolfo J. Bullrich, que preside la citada Comisión; y en verdad que por el mero hecho de enviarnos uno de sus hijos más ilustres, tal vez el más querido, nos dejaría eternamente obligados la capital argentina, si ya no nos tuviese prendidos de antemano en los lazos de la gratitud.

Porque con dificultad se encuentran reunidas en una persona las cualidades que adornan al señor Bullrich, cuya distinción y caballerosidad seducen, cuyo talento é ilustración atraen, cuya bondad y sencillez encantan. ¡Cómo no han de respetarle y quererle allá, en el país donde presta de continuo servicios de inmensa utilidad y derrama, á manos llenas, beneficios, si aquí, en menos de una semana, ha sabido conquistarse general y respetuoso afecto?

Concepto no menos favorable nos merecieron los demás individuos de la Comisión, pues se reflejan en ellos la distinción y bondad del eximio personaje que la preside.

Tanto don Jorge Williams, Secretario de la Intendencia, como el Marqués de Folleville, que desempeña en la misma un alto cargo, se recomiendan por la cordialidad y franqueza de su trato, en el que se echa de ver desde luego una educación esmeradísima y un dón de gentes poco común.

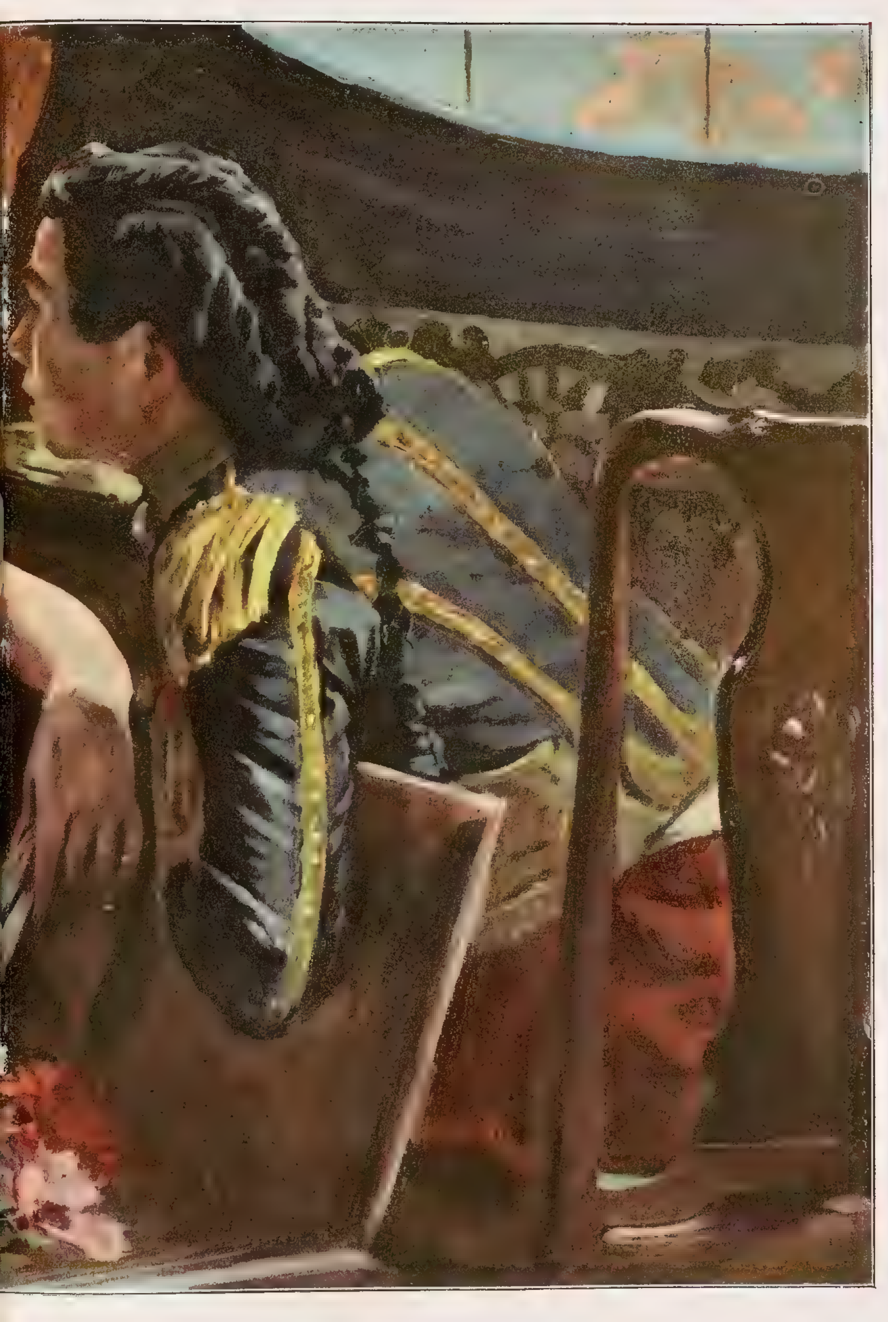
Si es nuestro paisano y compañero, Enrique Casellas, redactor del *Correo Español* de Buenos Aires y corresponsal del diario barcelonés *El Noticiero Universal*, como nuestros elogios podrían parecer apasionados, nos remitimos á la opinión que de su talento y laboriosidad han formado los argentinos, entre los cuales reside de algunos años á esta parte. El haber sido elegido para formar en el cuadro de la ilustre representación bonaerense, prueba la justificada consideración de que allí goza y lo mucho en que se le aprecia por sus méritos, como hombre y como periodista.

ANDRÉS



COLOQU

ARLADE



ÍNTIMO



EL MUNIC.PIO Y DEMÁS AUTORIDADES ACUDIENDO AL MUELLE PARA RECIBIR AL INTENDENTE

veral, puede decirse que ha sido un verdadero acontecimiento, una solemnidad de aquellas que forman época en la historia de un pueblo, una manifestación de simpatía que debe apreciarse en su intrínseco valor; porque los catalanes ni sabemos fingirlas ni solemos prodigarlas.

Interpretando fielmente los sentimientos y deseos de Barcelona entera, su respetable Alcalde, por acuerdo unánime del Municipio, trazó de momento un programa de obsequios, digna de la representación que ostentaban los anunciados huéspedes; programa que se realizó con creces, merced al concurso de las demás autoridades locales y á la intervención de importantes corporaciones, interesadas en que sobre los cimientos de esa mutua estimación y deferencia se consolide muy pronto el gran edificio de la Unión Ibero-americana.

Los ilustrados viajeros, desmintiendo la condición de indolentes que la fama atribuye á los hijos del Nuevo Mundo, visitaron, sin darse punto de reposo, en compañía de las antedichas entidades, cuanto notable encierra la Capital del Principado; en particular las fábricas y talleres que constituyen su primer elemento, y recorrieron detenidamente el Parque y subieron al pintoresco Tibidabo y llegaron hasta las fantásticas pe-



DESEMBARQUE DEL INTENDENTE Y DEMAS COMISIONADOS, EN EL MUELLE DE LA PAZ

Fotografías de Laureano.



LLEGADA DE LA COMITIVA AL «GRAND HOTEL»

ñas del legendario Montserrat. El señor Bullrich manifestó en repetidas ocasiones que Barcelona le había causado una impresión en extremo satisfactoria, pues aunque allá en su imaginación se la representaba bella, rica y de extraordinaria importancia en el mundo fabril y comercial, sus cálculos no alcanzaban con mucho á lo que vale en realidad.

Cuanto nosotros pudiéramos añadir se sintetiza en el grupo fotográfico que figura al pie de esta página, donde el Intendente de Buenos Aires y el Alcalde de Barcelona, en representación de ambas ciudades y en presencia de las autoridades civil y militar, del Cónsul general argentino y de varios concejales cambian un estrecho abrazo; y en las siguientes frases del brindis del señor Bullrich, en el citado banquete oficial: «Los argentinos no han olvidado la sangre de sus antepasados, y si la distancia ó la falta de vinculaciones más inmediatas habían retraído toda expansión familiar, ha podido apreciarse en momentos angustiosos que se conservaba puro el amor filial. Brindo, por S. M. la Reina Regente, por S. M. Alfonso XIII, por el Alcalde y Secretario de este Ayuntamiento; brindo, en fin, señores, por nuestra madre común, la gloriosa é imperecedera España».

SALVADOR CARRERA



ABRAZO DE BUENOS AIRES Y BARCELONA, EN PRENDA DE AMISTAD

Fotografías de Laureano.

GASPAR CAMPS



ALEGORÍA DEL MES DE FEBRERO

EL DIOS MOMO

(Alegoría de Carnaval).

¡Vedle, lleno de oropeles,
arrogante y decidido!
Su llegada anuncia el ruido
de los huecos cascabeles.
Del Olimpo lo han echado,
que puso á Júpiter guerra,
y viene el dios á la tierra
para extender su reinado.
¡Es Momo! el dios bullanguero
que no se arredra por nada
y, en perpétua carcajada,
se burla del mundo entero.
El regocijo es su norte,
y en inacabable orgía,
va derramando alegría
con su dislocada corte.
Rico en trajes y en colores,
triunfa Momo por doquiera;
¡nadie le vence en la esfera,
del baile y de los amores!
Con sus golpes atrevidos
consigue dicha y placeres,
y le miman las mujeres
y le temen los maridos.
En su carrera triunfal,
á todo, Momo, se atreve,
y es quien da brillo y relieve
al ruinoso Carnaval.
Burlón, jocoso y picante,
tiene el orbe por escena,
¡su carcajada resuena
en todo el mundo galante!
Hijo del Sueño y la Noche,
su valor es temerario,
hace vida de corsario



El vals.
Escultura de Rafael Atché.

sin atender un reproche.
Del Olimpo la región
abandonó sin recelo...
¡Quien deja por gusto un cielo,
tiene mucho corazón!
De un confín á otro confín,
lo ha conducido su estrella,
y así ha dejado su huella
en Lérida y en Pekin.
. . . .
Mirad la turba que gira,
en revuelto torbellino...
Gente que cumple su sino,
porque el dios Momo la inspira.
Ni las guerras que han bañado
de sangre nuestros solares;
ni los barcos que los mares
en su fondo han sepultado,
bastan á entibiar el fuego
que ha encendido el Carnaval;
y el vulgo en la saturnal
se rinde al vicio y al juego.
¡*Fígaro*, escritor donoso,
que aprendió en el desengaño,
dijo, «que era todo el año
un carnaval mentiroso.»
Y fué exacta la sentencia,
según el tiempo ha probado.
¿Quién no vive disfrazado
sin respeto á su conciencia?
...¿Mas qué hago yo? ¿Escribo en serio?
¡Basta de filosofar!
¡Hoy toca sólo gozar
del disfraz bajo el misterio!
¿Con quién, dónde, cuándo, cómo?
¡no lo sé ni lo adivino!...
¡Voy en brazos del destino,
y llevo por guía á *Momo!*

FLORETE

COMO LES SUCEDE A MUCHOS

Ayer, la infancia al pasar,
como la pasa el pobrete,
suspiré por un juguete
que nunca pude alcanzar.

Luego, tocado de amor,
cuando el bozo me apuntaba,
por la mujer suspiraba,
que es el juguete mayor.

Más tarde, con ansia viva,
cual hacen todos á una,
suspiré por la fortuna,
deidad voluble y esquiva.

Y hoy, harto de contemplar
del mundo la mascarada,
suspiro... porque no hay nada
que me haga ya suspirar.

Juan TOMÁS SALVANY



EL GRAN TEATRO DEL LICEO DE BARCELONA EN NOCHE DE BAILE DE MÁSCARAS (Carnaval de 1874).

JULIO BORRELL



EL MOSCARDÓN Y LA MARIPOSA



Cuadro de Dionisio Baixeras — *Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9)*

ULTIMO DISCURSO DE VÍCTOR BALAGUER

Leído por su autor en la fiesta inaugural de los Juegos Florales de Zaragoza celebrada á fines del pasado año. (1)

Siempre fué grande Aragón y noble siempre Zaragoza. Su historia lo proclama, sus gestas lo confirman, el mundo lo repite.

Y que es noble Zaragoza, la que se dignó honrarme un día con el título y timbre de hijo adoptivo, lo demuestra el hecho de verme yo aquí, entre vosotros, presidiendo vuestros Juegos Florales, nueva honra y nuevo timbre inmerecidos.

Porque ¿sabéis, señores, lo que significa aquí la presencia de este humilde anciano?

Significa un nuevo rasgo de altitud y de grandeza de esta Zaragoza, á quien no en vano proclamaron alta y excelsa las actas de la historia y los recuentos de las muchedumbres.

Soy, creo, el único que existe de los siete mantenedores que restauraron en Barcelona la institución de los Juegos Florales, tan aplaudida hoy y propagada por toda nuestra gloriosa España; y precisamente por ésto, cuando tantos ruidos hubieron de levantarse en las Cortes, en la cátedra, en la prensa, en los círculos y hasta en la plaza pública con motivo de regionalismos, *catalanismos* y Juegos Florales, Zaragoza, la honorable, en vez de invitar á uno de esos ilustres oradores políticos, como parece ser ya costumbre en estas fiestas para más alarde de ellas, ha prescindido de todo lauro por su parte y ha querido llamar á quien ninguno podía traerle, sólo por ser el superviviente de los fundadores, ortodoxo de rancias solemnidades y viejo trovador de las montañas catalanas.

Vengo, pues, en cumplimiento de ineludible deber, á tomar la palabra que Zaragoza me concede, y á intervenir con afectos de amor y consejos de paz y concordia en estas lides tan abanderizadas por la pasión y los debates.

Cumplo, lo primero de todo, con lo que es de ley y ritual en usanzas de Juegos Florales, y comienzo por depositar sobre esta mesa mi discurso, que os traigo escrito, conforme es de precepto, para no fiar á peligrosa improvisación de circunstancias lo que debe de ser expresión de conciencia y labor de estudio.

Y en cuanto á lo que ha de ser asunto y misión de mi trabajo, considero que no es otro sino el de ceñirme al objeto que á vosotros y á mí nos alienta y guía, reteniendo al espíritu en sus vuelos y á la fantasía en sus raptos.

Así pues, ya que sólo he de ocuparme en lo que atañe á estas fiestas y tenga relación con ellas más ó menos latiente, pero siempre sin salir de su acción y esfera, me limitaré á referir la historia de los Juegos Florales, á consignar la idea que abrigaban y fines que perseguían los que conmigo restauraron estos certámenes y fiestas el año 59 de este siglo que termina, á explicar lo que es y lo que hay en el fondo de ese *catalanismo*, por mor del cual se alzó tumulto, y á decir lo que en mi opinión fueron, son y significan los Juegos Florales, quienes llevan recogida en su seno la solución del problema tan inútilmente buscada en indiscretos debates y aventuradas polémicas, pues que, en realidad, estas fiestas son la glorificación de la patria común, la fraternidad histórica y literaria de las comarcas españolas, y uno de los medios más eficaces para llegar á lo que hoy se llama regeneración de la patria.

Y todavía, todavía los Juegos Florales han de cobrar mayor importancia al venir hoy Zaragoza á darles sello especial y resonante fama, como nunca alcanzaron.

Zaragoza, al declararse hoy Paladío de los Juegos Florales, al pedir el calor y apoyo del Ministro de Instrucción Pública, que generosamente se le ha otorgado, da nuevo y grandioso carácter á estas fiestas y certámenes, llama á concurso á todas las lenguas que se hablan en nuestra España, ensalza y levanta sobre el pavés á la castellana como representación genuina de la España literaria, invita á las naciones extranjeras á que vengan á fraternizar aquí con la española en hidalgo concierto y lid de cortesía, y estrecha el lazo de cariño que une á todas las regiones españolas invitadas á reunirse en este centro de antiguas tradiciones y patrióticas enseñanzas; aquí, en este recinto sagrado de Zaragoza que vive con los recuerdos de las maravillosas añoranzas y esplendentes celistias de sus historias, al amparo y custodia de su Virgen soberana, la del Pilar famosa, en los cielos y en la tierra sol de amor y gloria.

* * *

Tienen los Juegos Florales su historia y su leyenda.

Al comenzar el siglo XIII estalló en lo que hoy es mediodía de Francia la llamada guerra de los Albigenses. Con aquella lucha tan terrible, que sostuvo Francia apoyada por la Iglesia, las ricas comarcas de Provenza acabaron por perder su nacionalidad.

Fueron cayendo una tras otra las villas y ciudades; murieron ó emigraron aquellos varones poderosos que eran fuerza y vitalidad de la patria; acabaron por el incendio, el saqueo ó la ruina aquellos castillos que eran centro de prez y gentileza; desaparecieron los trovadores, es decir, los que eran espíritus educados y almas templadas para la libertad y la cultura.

Francia se apoderó de todo. El país conquistado hubo de aceptar la ley del vencedor.

Proscritos de su tierra todos cuantos lograron hurtar su vida á la matanza, ya que no sus bienes y haciendas á la rapiña, se refugiaron en comarcas de Cataluña, Aragón y Castilla, donde fueron recogidos y hospedados por magnates y príncipes, especialmente por Pedro III de Aragón, *el Grande* y por Alfonso X de Castilla, *el Sabio*. De este último se dice que concedió derechos de ciudadanía y franquicia á los trovadores proscritos, y que algunos de éstos llegaron á ser sus íntimos, sus consejeros y sus ministros.

Sin embargo, la tradición poética continuó viva en los países de Provenza, y es fama que los últimos trovadores, al comenzar el siglo XIV se reunían secretamente en un apartado jardín de Tolosa donde al pie de un laurel, y con recato y escama de las leyes, como si se tratase de una conspiración ó de un crimen, recitaban los cantos y serventesios de los grandes maestros, conservando así el fuego sacro, y con él, el amor y culto de aquella lengua y de aquella poesía proscritas por los dominadores de Provenza, quienes olvidaron que con ellas se había despertado á Europa del letargo en que estuvo sumida por el ilotismo de los tiempos bárbaros.

En aquel grupo de poetas ocultos en el silencio y soledad de un parque, se encuentra el nacimiento de los Juegos Florales

En 1323 la que se tituló *Sobregaya compañía de los siete trovadores de Tolosa*, al remitir desde su jardín una convocatoria en verso á todos los países en que se hablaba la lengua de *Oc*, invitó á los poetas á concurrir al certámen que se abría en Tolosa para el año siguiente de 1324, y ofreció premio de una violeta de oro á la mejor poesía entre las presentadas.

Pocos años después, el Capitolio, es decir, el Capítulo ó Municipio de Tolosa, tomó bajo su protectorado la naciente institución de los poéticos certámenes, acordó que *la violeta de oro fino*, ofrecida como premio, fuese costeada por la ciudad, y dió á Guillermo Molinier, Canciller de la compañía de los siete mantenedores, el encargo de redactar un libro de reglas ó arte de trovar. Esta obra, conocida por *Leyes de amor*, (que entre los trovadores eran sinónimos amor y poesía) quedó terminada en 1356 y de ella se enviaron copias á las principales villas de Languedoc.

Los certámenes continuaron celebrándose todos los años durante el siglo XIV. En el sello adoptado por los siete Jueces, se llamaban éstos *mantenedores de la violeta de oro de Tolosa,* y la sociedad ó compañía se titulaba *Consistorio del Gay saber*.

A esta institución va unido el nombre de una dama, á quien se cita como fundadora ó restauradora de los Juegos Florales en la ciudad paladiana. Se trata de Clemencia Isaura, cuya existencia ha sido puesta en duda por unos y negada por otros, no faltando quien ve sólo en el nombre de Clemencia un sencillo vocablo bajo el cual los trovadores invocaban á la Virgen María, patrona de los Juegos Florales.

Nada de esto. Clemencia Isaura existió. Ya no hay duda alguna. Está perfectamente demostrado que tiene su historia, y también su leyenda.

Hija de Ludovico Isaura, nació Clemencia por los años de 1464 en un castillo de las cercanías de Tolosa, y era aún muy joven cuando perdió á sus padres. A pesar de haber quedado libre y dueña de una fortuna considerable, quiso vivir solitaria y retraída, sin que los goces del mundo tuvieran para ella tentación alguna. No pretendió casarse tampoco; empleaba sus rentas en obras de caridad y beneficencia, y diéronle las soledades de su retiro ocasión para sus estudios, dedicándose al cultivo de las letras y de la poesía provenzal. A su muerte legó todos sus bienes para fundación de unos certámenes, que se crearon bajo el nombre de *Juegos Florales*.

Esta es la historia. Oid ahora la leyenda:

Según ésta, Clemencia Isaura, rica doncella tolosana, hija predilecta de los dioses por sus gracias y belleza, vivía sola y lejos de los rumores y placeres del mundo en el castillo que por sus padres le fué legado.

Quiso un día su buena suerte que conociese á un joven y gallardo doncel, trovador y poeta, hijo natural de un magnate de Tolosa. Se llamaba Renato; trovaba y componía muy diestramente, y era maestro en armas y en letras, renombrado por su valor y gentileza. Vióle y oyóle trovar Clemencia en cierta ocasión, y se prendó de él con cariño de amores.

El castillo de Clemencia Isaura tenía un frondoso parque, y, á orillas del lago azul, un viejo sauce bajo cuyas hojas lanceoladas y ramas en desmayo aparecía una hornacina con la imagen de la Virgen María, por el pueblo apellidada la *Virgen del Sauce*.

Se llegaba á ella por un camino umbroso, orillado de violetas, embeleso de los ojos y perfume del espacio.

Al pie mismo de la enflorada hornacina acostumbraban á tener los amantes sus entrevistas y coloquios de amores, que eran puros y castos, como amparados por la Reina soberana de cielos y tierra.

Una tarde llegó Renato, los ojos tristes y herida el alma. Se veía obligado á partir para la guerra con su padre. Era un deber ineludible y sagrado.

—No sé lo que podrá durar mi ausencia, —dijo Renato. — A mi regreso serás mi esposa. Te lo juro ante la Virgen que nos oye.

Dicho esto, Renato se bajó para coger una violeta, cuyas hojas, como es bien sabido, tienen la hechura de un corazón, y, presentando la modesta flor á su enamorada, señaló una hoja y le dijo:

(Continuará).

(1) Para enaltecer y perpetuar en nuestra Revista la memoria del ilustre patricio y eximio literato de que la muerte nos ha privado recientemente, nada más á propósito que este importante y hermoso trabajo, tanto por ser el último que trazó su fecunda pluma, como por reflejarse en él la grandeza de su alma y su privilegiada inteligencia. En los actuales momentos, sobre todo, es de interés general su publicación, que á no dudar verán con sumo agrado todos nuestros suscriptores.

MONSEÑOR MARIANO ESPINOSA

NUEVO ARZOBISPO DE BUENOS AIRES.

Ya en más de una ocasión hemos tenido el gusto de extendernos en consideraciones biográficas sobre el ilustre sacerdote elevado recientemente, por su talento y virtudes, á la mayor dignidad eclesiástica, en la República Argentina.

Hoy, con no menos satisfacción, reproducimos su retrato, en traje arzobispal, y, creyéndonos dispensados de repetir la relación de sus méritos, pues consignados quedan en números precedentes, nos limitamos á dar cuenta de la solemne ceremonia de su consagración, celebrada en Buenos Aires, el 18 de Noviembre del pasado año, extractándolo de nuestro apreciable colega *La Nación*, de aquella localidad.

«Después de la brillante recepción con que fué saludada la entrada en la archidiócesis del nuevo arzobispo, era de esperar que á la ceremonia



de la imposición del palio asistiera numerosa concurrencia, ya que á los católicos se les presentaba una nueva oportunidad de patentizar sus sentimientos de adhesión hacia monseñor Espinosa.

Antes de las 10 hallábanse formadas en línea de batalla las tropas designadas para hacer los honores militares durante la ceremonia. A la citada hora, el corneta de órdenes anunciaba la presencia del Presidente de la República, y la llegada de la comitiva oficial, compuesta de los ministros Yofre, Alcorta, Riccheri y Rivadavia, varios ministros diplomáticos, militares de alta graduación, secretarios de estado, funcionarios de la administración, etc.

Poco después, salía monseñor Espinosa del palacio arzobispal y, acompañado de numerosa comitiva de prelados y seglares, se dirigía á la catedral, á recibir el palio que, según los cánones, confiere la plenitud del oficio pastoral juntamente con el título de arzobispo.

Con el metropolitano iban el representante de la Santa Sede, monseñor Sabatucci, monseñor Soler, los demás prelados y todos los obispos sufragáneos. Seguían los canónigos del cabildo eclesiástico y los sacerdotes que forman el personal de la curia.

La ceremonia comenzó con una misa solemne, oficiada por el delegado apostólico. Después de la comunión, el palio, una faja blanca de algunos centímetros de largo con tantas estrellas negras como diócesis tiene el arzobispado, fué extendido en el centro del altar mayor, tapado con el mismo paño en que vino desde Roma. Terminada la misa, monseñor Sabatucci recibió del arzobispo el juramento de fidelidad á la Santa Sede, é impuso el palio á Monseñor Espinosa, quien juró de rodillas, con todos los ornamentos episcopales, según es de rúbrica, excepción hecha de los guantes y de la mitra, y, levantándose del suelo, con el palio colocado, bendijo á la concurrencia, de pie tras la cruz de la iglesia metropolitana, mientras pronunciaba las palabras del ritual.»

Los argentinos conservarán durante mucho tiempo gratísimo recuerdo de esta solemnidad, porque la designación de tan esclarecido príncipe de la iglesia, para ocupar la vacante archidiócesis de Buenos Aires, había sido recibida con entusiasta y general regocijo.

En todas las clases sociales la alta dignidad conferida por el Papa á monseñor Espinosa se ha visto con indecible satisfacción; lo cual demuestra el singular aprecio de que en aquella república goza el agraciado, por su clara inteligencia y sus patentizadas bondades.

Y ese aprecio irá en aumento á medida que, en el desempeño de su espiritual misión, desarrolle monseñor Espinosa los privilegiados dones que el Señor se sirvió concederle, para el mejor servicio y enaltecimiento de la religión católica. * * *

Fot. Freitas y Castillo (Buenos Aires).



EXCMO. É ILMO. SR. D. JOSÉ DEL REY GONZÁLEZ

Con el mayor gusto publicamos hoy en esta Revista el retrato del distinguido jurisconsulto cuyo nombre encabeza estas líneas, hijo del conocido hombre público, el Ilmo. señor don Joaquín del Rey, Gobernador civil que había sido de varias provincias. Nuestro biografiado nació en Sevilla, siguiendo sus estudios en la Universidad de Granada, en cuya capital ejerció la profesión de abogado, y ha pertenecido durante muchos años á la Magistratura, en la cual es muy considerado por su rectitud y celo, bien demostrado todo ello en las múltiples y especiales comisiones que le fueron confiadas; habiendo desempeñado varios cargos, precisamente en Cataluña, entre ellos, los de Promotor fiscal de Solsona y Vilafranca del Panadés, Magistrado de Tortosa y fiscal de la Audiencia de Lérida, donde, por motivos de salud y á su instancia, fué jubilado.

Es Jefe superior honorario de Administración civil, Caballero de Carlos III, y se halla además condecorado con la Gran Cruz de Isabel la Católica, que obtuvo libre de gastos y á propuesta del Ministerio de Gracia y Justicia, por servicios extraordinarios prestados en la carrera: pertenece á las Sociedades Económicas de Barcelona, Madrid, Sevilla y Lérida; Academias de Legislación y Jurisprudencia de Madrid y Barcelona, y de Derecho de esta última ciudad; ostentando otras distinciones no menos honrosas. Su buen nombre como Magistrado y las relevantes prendas personales que tanto le distinguen, hacen que en esta capital goce de generales simpatías; constándonos que por ella siente verdadero entusiasmo, cual si fuera su país natal: quizá también por los estrechos lazos que le unen con una conocidísima familia catalana.

* * *

LO ABSOLUTO

Era Rosa la muchacha más linda que nació de padres. Rica, de quince años é inteligente al propio tiempo que instruída, todo le sonreía. Era la gloria de los suyos y jamás había tenido un capricho que al punto no quedara satisfecho. A los quince años todo habla de amor, y Rosa quería un novio que fuera muy guapo, muy valiente, muy bueno.

***

Un día llegó á la Corte de su padre un hidalgo que acudía desde lejanas tierras, atraído por la fama de belleza de que gozaba la princesita. Verlo y enamorarse de él, todo fué uno para Rosa. Verdad es que el mancebo era apuesto y guapo y fino como nadie.

Tres meses después se celebraron las bodas.

Pero al poco tiempo estalló una guerra, y su marido en vez de volar á la frontera, permaneció rendido á sus plantas murmurando la eterna canción del amor. Y mientras su padre exponía su vida en los combates, cuando algunos de sus hermanos caían ensangrentados bajo los golpes de las armas enemigas, su marido no se apartaba de sus faldas y, sin cuidarse de lo que acontecía en la frontera, sólo pensaba en componer madrigales, en ataviarse con nuevos trajes y preseas.

Y Rosa empezó á comprender que la belleza, por sí sola, no basta para realizar la felicidad de una mujer.

Murió su esposo, de miedo, un día que los enemigos asaltaron el regio alcázar, y la princesita quedó viuda.

Gracias al valor de un joven caudillo, fué vencido el enemigo, afianzado el trono de su padre y devuelto su esplendor al reino.

Rosa, después de llorar á su primer marido todo el tiempo que lo triste del caso requería, se enamoró perdidamente del capitán osado y victorioso que con un puñado de hombres supo reconquistar un reino para ella. No era un prodigio de belleza el mozo; pero en sus facciones varoniles resplandecía tan serena audacia, en sus movimientos rápidos, en su andar firme y reposado se advertía tanta fuerza, que no había doncella que por él no suspirara.

Rosa casó con él. Durante una temporada se creyó la mujer más feliz de la tierra; pero en una ocasión su marido mató ante sus ojos á un infeliz que, después de haberle ofendido, imploraba compasión, tembloroso y desesperado.

La princesa sintió como una repulsión invencible hacia su esposo, y éste no tardó en sucumbir, luchando contra un pueblo enemigo.

***

¿Cómo no había advertido Rosa hasta entonces la bondad del mayordomo de palacio? Era muy joven aún, y ya en todo el reino se hablaba de su bondad sin límites, del agrado con que escuchaba las quejas de los miserables, de la largueza con que socorría á los necesitados, de su nobleza, de su inteligencia, de la admirable compasión de que daba continuas pruebas. Y Rosa se enamoró de él, pensando que por fin había dado con el hombre que realizaba todos sus ensueños.

La boda estaba ya preparada. Habían empezado las fiestas en honor de los cónyuges futuros.

Cuando Rosa iba á pronunciar el ansiado *sí*, nubláronse sus ojos, desmayó su cuerpo y cayó sin vida sobre las losas.

La desdichada moría cuando le esperaba la suprema felicidad. Y moría por eso, porque la felicidad no existe en este pícaro mundo.

A. RIERA



Proyecto de candelabro. — Escultura de Rafael Atché.

CAMBIAR Á DESTIEMPO

Veinte años sufrió de matrimonio el tío Mostillo, el de Lécera, con la tía Dorasnilla, que fué peor que sufrir veinte años de galeras, porque ya lo decía él:

—Ni lo que se ice un momentico himos estao en paz en jamás de los jamases. Eso no es mujer; eso es un gripio. Siempre corrompiéndome las oraciones; continuamente contraiciéndome; en dijendo que no himos estao concuerdes ende que nos casamos ya está dicho todo.

Agriáronse de día en día los caracteres de ambos cónyuges y su casa era un infierno. En todo había motivos para cuestionar.

—¿De ande vienes, calzonazos?—solía preguntarle ella cuando le veía entrar—ya te güelo; de la taberna. ¡Perdido, más que perdido, si estás calamocano!

—¡Ridiez! calamocano y no hi probao el vino... Mia que eres indizcadora... ¡mala bruja!

—Sí, has estao con el tío Tonto, el borrachín...

—Justamente hi estao con el tío Agudo, que no bebe más que agua.

—¡Así te diera el sarrampión!

—¡Así te diera á tú el moquillo!

En la mesa salían á escándolo por comida.

—Esto está jauto—decía el tio Mostillo.

—¡Jauto! ¡Válgame las almicas del Purgatorio, si no se pué comer de salao!

—Tú no tienes paladar

—Y tú no tienes vergüenza.

Después se tiraban los platos y el tío Mostillo salía á la calle tan lleno de grasa que le lamían los perros.

La tía Dorasnilla le propuso el divorcio multitud de veces; pero á él no le daba la gana consentir.

—Cuesta muchos dineros,—decía—y á más, lo que ella se riría por habese salido hasta en eso con la suya... No me peta, ¡vamos! ¡Antes me iría á Argel!

Pues basta que se opusiera él para que ella le marease á todas horas con la misma canción. ¡El divorcio! ¡el divorcio! Y cuando ni siquiera se hablaban, por llegar su enfado al período álgido, el infeliz hallábase en los bolsillos de la chaqueta con trozos de periódico señalados con cruces. Los le'a.

—¿Qué ice aquí? ¿Que el conde y la condesa de tal se han divorciao? ¡Cosas de condeses! ¿Y esa otra señalica? ¿Que echan en el teatro *Divorciémonos*? Paice que hasta los papeles que traen de Zaragoza van contra mí... ¡No, y no, y mil veces no! No se saldrán con la suya. Que se divorcie ella. Lo que es yo no he de divorciarme ni una miajica así...



El escultor sevillano Joaquín Bilbao autor de la estatua de Cánovas del Castillo

Un día, hastiado de la mala vida que le hacía pasar su Dorasnilla, fué el tío Mostillo y se murió.

Y como á todos los de Lécera que se morían, al siguiente día le fueron á enterrar.

Su mujer lloraba mucho junto al ataúd, según costumbre.

Ya iban á tapar la caja para llevarse al difunto cuando éste, que resultó no ser tal difunto, se incorporó de pronto, abrió los ojos, y comprendiendo por el llanto de su esposa la pena que le embargaba tuvo un arranque noble. Alzó la voz y gritó:

—¡Pus ahora quio yo el divorcio! Hi de dar gusto á mi mujercica.

Pero ella, para no dárselo á él, exclamó dirigiéndose á los presentes:

—No le han de hacer ustedes caso. Esos son cosas de cadavres.

Y luego al tío Mostillo:

—Amos, hombre, anda al camposanto, que es ande tiés que dir. A la hora de la muerte no es hora de contradicciones.

Julio VÍCTOR TOMEY



Monumento á Cánovas del Castillo en Madrid.

BELLAS ARTES

El bonito cuadro de Dionisio Baixeras que figura en la primera plana de este número, es uno de los mil pequeños episodios que el artista, con su temperamento refinado, sabe sorprender y poner de relieve, logrando que adquieran importancia, cuando pasan inadvertidos por la generalidad al verlos en la naturaleza.

Pocos, como Baixeras, han sorprendido el carácter íntimo y pintoresco de nuestros marinos, y sus cuadros están impregnados siempre de gran sabor local; hablan nuestro idioma; respiran nuestras auras.

El pintor de asuntos militares, José Cusachs, ha dejado por un momento uniformes y armas, para trasladarnos á una escena perfectamente burguesa, sin prescindir, por supuesto, de los caballos, que son elementos indispensables en toda composición suya.

Percance en el camino, cuyo asunto se adivina por el *break* que se ve en el fondo, le presta ocasión á que luzca su dominio en la pintura de caballos, presentándonos cuatro hermosos ejemplares de tiro, conducidos al abrevadero, en tanto se recomponen los desperfectos del coche y descansan las dos elegantes viajeras que lo ocupaban.

Cusachs hace algún tiempo que tiende á acabar más, á perfeccionar su técnica, como puede verse en la atildada corrección de este cuadro, que podría hacer *pendant* con otros expuestos en el Salón Parés, el *Descanso en la caza*, de muy parecidas cualidades, aunque más rico de color.

Este cambio débese tal vez al mismo abandono temporal de los asuntos militares, cuyas violencias de color, por lo común chillonas, poco se prestaban á refinar la paleta.

Por esto aplaudimos su evolución, que, dados los conocimientos que posee, hacen infinito el campo de sus inspiraciones.

El joven, cuanto activo Julio Borrell, nos ha favorecido con una *Cabeza de estudio* al pastel, tratada con largueza de mecanismo y dibujada con corrección.

No queremos dejar de decirle, que nos gusta más por este camino que por el de la composición que no cuenta con más base que su potencia imaginativa, reconocida por todos, mas que no basta á crear obras duraderas si no va acompañada de la directa observación de la naturaleza.

Francisco CASANOVAS

JOSÉ C



UN PERCANCE

USACHS



EN EL CAMINO

Salón Robira (Fernando VII, 59)

EL PATRÓN DE VALDECAMAMA

VALDECAMAMA es un pueblo de pesca. De pesca lo llamo, porque de sus moradores el que no es un atún, es un cóngrio, y el que no es un trucha, es un pez de muchas agallas.

Todos los pueblos tienen el santo patrón que por clasificación les corresponde, y este de que tratamos no había de ser menos.

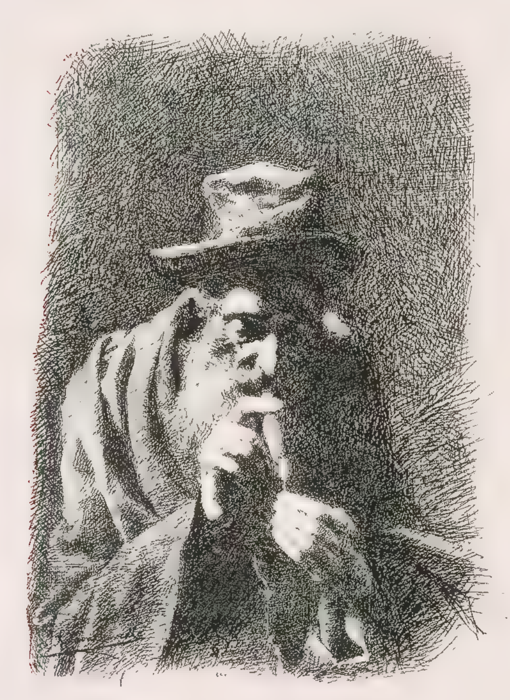
Pero el que antes tenía, que era un San Roque de talla, (detalle lo de talla, aunque no es preciso) dejaba mucho que desear y era ya mirado por los fieles con cierta desconfianza. Por algunos con horror.

Dos cosas había perdido el pobre santo: la fe de los indígenas y el rabo del perro. El rabo á consecuencia de una pedrada cariñosa. La fe á causa de varias equivocaciones en la concesión de gracias especiales.

Una vez le sacaron en rogativa para que lloviera, y no cayó una gota en dos meses; pero el secretario curó de la gastralgia que padecía.

Otra vez, en cambio, le pidieron que la señora del alcalde diese á luz con felicidad, y estuvo lloviendo tres semanas seguidas. Cierto día le pidió el fiscal municipal que su madre sanase de la cojera. ¿Y saben ustedes lo que el santo concedió? Una buena cosecha de pepinos.

No podía, pues, continuar semejante situación. Era forzoso elegir un patrón nuevecito que tuviese las simpatías de todo el pueblo.



DIBUJO Á LA PLUMA; por RAMÓN BORRELL.

Procedióse á la elección, y ésta produjo no pocos conflictos; porque cada vecino de Valdecamama votaba por un patrón diferente.

Algunos preferían que fuese una patrona, otros, que habían vivido en la cap.tal siendo estudiantes, no la querían...

Los candidatos eran Santiago, San Procopio, San Cucufate y San Burgundóforo. El maestro propuso á San Tito; pero éste le pareció muy pequeño á la mayoría.

Uno de los vecinos que más se esforzaron porque triunfara Santiago, fué don Protasio Globulínez, boticario del pueblo y esposo de una hermosa individua, coqueta como ella sola y más larga que un camino real.

Nadie daba con la razón de tal empeño, hasta que una gitana que estuvo en Valdecamama de paso para unas ferias, descubrió que sugestionado el farmacéutico por su señora, que tenía un primo de coraceros, á quien apreciaba demasiado, creyó que debía votar por el mejor de los santos de caballería. Y ninguno más indicado que el Apóstol Santiago.

Empeñada la boticaria en salirse con la suya, no se sabe cómo influyó cerca de los más principales personajes del pueblo; el caso es que no sólo quedó instituído Santiago, patrón de Valdecamama, sino que la propia señora de Globulínez fué comisionada para la adquisición de la imagen correspondiente por las autoridades eclesiástica y civil.

A los pocos meses, quedaba ésta colocada en el retablo del templo parroquial, admirada por muchos y venerada por casi todos los del pueblo. Pero ¡qué imagen, cielo santo!

El Apóstol parece que va montado en un gato, pues es un jinete así como tres veces más grande que su brioso corcel.

Este es tuerto y no tiene más que dos patas. Le han pintado la tripa de color verde esmeralda y el lomo canelo con pintas rojas.

El pobre santo, á falta de casco, lleva encajada en el cráneo una sopera; á la espalda un saco de noche, en la mano un sable de pino forrado de talco; una pipa en la boca, un refajo amarillo y una banda de Carlos III, clavada al cuerpo con tachuelas.

En su viaje hasta el pueblo perdió una espuela, y el sacristán la suplió con un sacacorchos.

Las cabezas de los moros, rodando por el suelo bajo el caballo, están representadas por otras tantas calabazas con turbante y barbas de crín, y lo que rodea al santo, queriendo ser nubes, son más bien escombros de un derribo.

¡Qué suerte tienen los villacamameros! Desde que está rigiendo sus destinos el Santiago de la boticaria, todos los enfermos sanan. Cada caso de enfermedad da ocasión á un aparente milagro.

Todos los calenturientos, en pocos días, se ven limpios de fiebre.

Todos los reumáticos ven mitigados sus dolores.

Todos los escrofulosos hallan la purificación de su sangre.

Todos los acatarrados mandan la tos al cuerno.

Y aunque, según opinión de algunos indígenas, Dios procura complacer al Santiago de Valdecamama por quitársele de encima y no verle, tan raro como es; los más listos aseguran que todo ello es obra de la mujer del boticario, y se fundan en este diálogo que en la intimidad conyugal de la rebotica sostuvo un día el matrimonio:

—Mira, Protasio, es preciso que ahora se muera menos gente en el pueblo.

—Pero hija... ¿Cómo nos vamos á arreglar?

—Pues muy sencillo. Ya sabes que don Fabián, el médico, es tan bestia que receta todo lo contrario de lo que debe recetar. Pues, bueno; despacha tú en la botica todo lo contrario de lo que las recetas indiquen, y neutralizado su efecto, los enfermos sanarán indefectiblemente.

—¿Sabes que tienes razón? De esa manera todos acertamos.

—Y yo me salgo con la mía. Mi Santiago consolida su reputación y el pueblo de Valdecamama al adorarle á él, me adora á mí, que soy tan protectora del arma de caballería como el mismísimo Apóstol.

Vean ustedes por qué combinación de circunstancias, aunque nadie procura de buena fe la felicidad de los Valdecamameros, éstos viven hoy día completamente dichosos.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

CINTA AZUL

DEL LIBRO INÉDITO «MANCHAS DE TINTA».

CON campanadas lentas como palabras de profeta anciano, en el reloj de la vecina iglesia acababan de sonar las dos de la madrugada. Ricardo, á pesar de haberse retirado á su cuarto á las nueve de la noche, aún no había podido dormir y al sonido grave de la campana del templo, se levantó del lecho, se llevó las manos, frías y temblorosas por el insomnio, á la cabeza y se sentó en su antiguo sillón de terciopelo verde. Entonces dió rienda suelta á los recuerdos que en tropel á su cerebro venían en ese instante, y al pensar en que la luz de la próxima aurora le encontraría casado, tembló como un niño enfermo y nervioso á quien se le asusta con gnomos y duendes.

Pronto, muy pronto: á las cuatro, antes de que la población se despertara y los curiosos pudieran asomar por las ventanas sus cabezas cubiertas aún con el gorro de dormir, la celebración de su matrimonio se iba á realizar; y el recuerdo de esto despertaba en él otro amargo y muy terrible que le alfilereaba el cerebro, le obligaba á estremecerse como un neurótico y le mareaba. Esa evocación del pasado, amarga y tenaz, le había impedido conciliar durante esa larga noche el sueño que tanto había él deseado y que aún persistía en alejarse de sus ojos, dejando que el Recuerdo Negro se agarrara á su imaginación para obligarle á evocar épocas pasadas, llenas de dicha y regocijo, que ya no volverían jamás...

¡Casarse! Sí; lo iba á hacer; pero, ¿por qué? ¡Ah! Este era el recuerdo que le martirizaba, obligándole á desear hasta no haber existido, y aunque la reflexión hacíale comprender que él solo, por propia voluntad, se había comprometido, como hombre de honor y caballero, á hacer de Amelia—la rubia encantadora de ojos azules como el cielo—su esposa, él persistía en el deseo de encontrar una excusa satisfactoria para disculparse á sí mismo.

***

¿Cómo y en qué lugar había Ricardo conocido á Friné?

Él no lo recordaba; pero la amó con pasión loca y desesperante y ella correspondió á ese amor. ambos jóvenes, con el alma repleta de ilusiones, de ansias justas y adorables, propensos al Amor, se abandonaron—sin estudiar mutuamente sus propios caracteres—á fomentar y dejar crecer una pasión ardiente y poderosa.

***

Friné era muy bella; tenía el cabello largo y castaño, la frente tersa, los ojos pardos y expres.vos, las mejillas rosadas é incitantes; los labios gruesos, repletos de sangre ardiente, convidaban al beso; su cuerpo todo



era perfecto; pero sobre ese conjunto admirable resaltaba una cosa que poseía Friné, un algo que extasiaba por completo á Ricardo y que sobre él ejercía una sugestión completa y un imperio absoluto: la voz.

La voz de Friné era la más sugestiva y más dulcemente halagadora que se puede escuchar: era dulce y harmoniosa como el trino de los bajoneros cuando, llenos de regocijo y esponjando sus sedosos plumajes, cantan en las montañas despidiendo al Sol que hunde su frente de oro tras la lejana sierra azul, velada apenas por las brumas cenicientas de la tarde.

Escuchando esa voz, Ricardo se quedaba extasiado; el sonido de ella le adormecía, le obligaba á delirar, y muchas veces, ebrio de admiración y de cariño, llegó á desesperarse al pensar que no podría nunca *poseer materialmente* ese tesoro inapreciable, esa voz divina y arrulladora que tanto él adoraba.

* * *

Una noche paseaba Ricardo con Friné por el jardín. Iban del brazo y ella se complacía en admirar el Cielo tachonado de estrellas que parecían lirios de oro, y la luna, pálida, que con sus rayos de plata, acariciábale amorosa y castamente su frente angelical. El se entretenía en contemplar á Friné vestida con una bata de *surah* blanco que dejaba adivinar las redondeces y curvas de su cuerpo aspasiano; en el pecho lucía ella un lazo de cinta azul.

En él Ricardo fijó amorosamente sus ojos, y ella, al notar que la miraba, le dijo:

—¿Te gusta mi lazo azul?

—Sí,—respondióle;—¿no es verdad que me lo darás como un recuerdo grato de esta noche feliz?

—¡He prometido que guardaré esta cinta y no te la daré jamás!

—¿Lo prometiste? ¿Tú? ¿A quién?

—A una amiga; ella supuso, admirándole su color azul, que tú la desearías, y me lo dijo; yo, entonces, por un vano capricho mujeril, le prometí que te la negaría y estoy dispuesta á cumplir mi palabra.

Ricardo suplicó repetidas veces á Friné que le cediera el lazo; pero ella persistió con ahinco en no complacerle, y entonces él, herido por tan tenaz é infundada negativa, en el retiro apacible de su cuarto de soltero, se prometió firmemente que, para infundirla celos y hacerla sufrir, haríale creer, á ella y á la sociedad, que estaba enamorado de Amelia.

Hízolo así, y sin saber cómo se encontró preso moralmente por la que había escogido como instrumento de su venganza y, adorando á Friné con toda su alma, por no humillarse ante ella, á pesar de lo mucho que la amaba, celebró compromiso de esponsales con la otra.

Y la hora en que debía cumplir Ricardo su palabra se acercaba; en el sofá, allí, junto al lugar en que él sufría un arrepentimiento amargo y cruel, estaban su casaca y su *clak*, ya dispuestos para la ceremonia.

Se levantó para ponérselos y cuando hubo terminado exclamó:

—Hoy hace un año que Friné no quiso darme su cinta azul... ¡Qué horrible coincidencia!

* * *

La Iglesia no estaba del todo iluminada. Sólo las luces del altar en que se celebró el casamiento rompían débilmente la obscuridad del templo.

Ricardo supo dominar la emoción que le embargaba y, sin temblar, con paso firme, después de terminada la ceremonia, le dió el brazo á Amelia que era ya su esposa, y se encaminó hacia la puerta por donde pocos momentos antes había entrado en compañía de los invitados.

Al salir, recostada contra uno de los pilares de la iglesia, una mujer pálida, con los ojos brillantes, toda vestida de negro, cubierta con una manta del mismo color, le puso entre las manos á Ricardo, sin que nadie se apercibiera de ello, una cinta azul.

Era Friné.

* * *

Ocho días después, una mañana, apareció Amelia muerta en su cámara. Alguien la había asesinado, extrangulándola, y para ello le había amarrado fuertemente al cuello una cinta azul, que aún conservaba el cadáver cuando la autoridad fué á cumplir con su deber...

ALEJANDRO DUTARY

Panamá, 1900.



Ilustraciones de A. SERIÑÁ.



MANCHAS DE COLOR

EL SAPO Y LA ROSA

Al pie del viejo rosal
y bajo la lluvia de oro
que finge el sol estival,
se deslizaba sonoro
un arroyo de cristal.
Y hacia él se inclinó, afanosa
y henchida de noble orgullo,
al mirarse tan hermosa,
una nacarada rosa,
no bien abrió su capullo.
Presa de súbito ardor,
al contemplar tanto hechizo,
creado para el amor,
un sapo enamoradizo
hizo la corte á la flor.
Mas ¡ay! fué vano su anhelo,
y no hallando fácil modo
de trocar en llama el hielo,
empañó con negro lodo
el cristal del arroyuelo.
—«Ya que me desdeña, aleve,
clamó el sapo, lleno de ira,
y mi afán no la conmueve,
borro su imagen de nieve
del cristal donde se mira.
»Su hechizo en la linfa impura
no verá, llena de enojos,
ni tendrá, en mi red segura,
más espejo su hermosura
que el espejo de mis ojos.»
Pensó que era obra sencilla;
pero, al fin, su alma pequeña
comprendió, y no es maravilla,
que en vano el malo se empeña
en enlodar lo que brilla.
Cuando cesó, fatigado,
de arrojar inmundo cieno
al arroyo plateado,
y creyó, de gozo lleno,
su inicuo plan consumado;
Corrió el agua cenagosa,
vino una onda luminosa,
y, al pasar bajo el rosal,
volvió á florecer la rosa
en sus linfas de cristal.

CASIMIRO PRIETO

POEMAS MICROSCÓPICOS

LA MARIPOSA

I

Lánguida se adormecía
de la flor en la corola,
y de la ardiente amapola
el dulce néctar bebía.
Sus alas que en leves giros
el ancho espacio surcaban,
una canción ensayaban
de besos y de suspiros.
Bogaba en un mar de flores,
sorprendiendo sus querellas;
tomando de las más bellas
para ufanarse, colores.
Mientras del monte en la falda
y en la espesura sombría,
la primavera cubría
los árboles de esmeralda;
Y lanzaba en la retama
el alado ruiseñor,
su eterno canto de amor
saltando de rama en rama;
Y del diáfano arroyuelo
que corría desigual,
reflejado en el cristal,
bajaba á la tierra el cielo.

II

Mas ¡ay! que en tanto besaba
de un clavel el arrebol,
sus alas de tornasol
una mano aprisionaba.
En extraña sensación
se agitó todo su sér.
¡Una mano de mujer
la servía de prisión!
Quiso fascinada, loca,
remontar el vuelo, en vano,
que tenía aquella mano
la dureza de la roca.
Y eran los dedos graciosos
que al insecto retenían,
cual tenazas que oprimían
sus contornos vaporosos.
Una morena hechicera
le robó la libertad.
¡Y con cuánta crueldad
le trató su carcelera!
A un capricho de mujer
el insecto sucumbió.
En su cuerpo penetró
rasgándole, un alfiler.
Un instante se agitaron
las alas del insectillo,
y su brillante polvillo
los céfiros arrastraron.
Después... cesó su aleteo,
rígido y quieto quedó,
y en su pecho lo clavó
la hermosa como un trofeo.
. . . .
Y allá, entre las frescas hojas
que albergue diéronla un día,
al cesar con su agonía
sus postrimeras congojas,
Al yacer rígida y yerta,
el alado ruiseñor
cesó en su canto de amor
para llorar á la muerta!

J. SAMANIEGO
L. DE LEGAMA



COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de FERNANDO XUMETRA.

LA JUNTA DE CÁDIZ EN 1810

(EFEMERIDES ILUSTRADAS).

En 24 de Mayo de 1808, con esa jactancia propia de los generales napoleónicos, Dupont, que había venido á España resuelto á conquistar el bastón de mariscal, salió con su ejército de Toledo, para Andalucía, prometiendo al gran duque de Berg, que gobernaba nuestra patria á nombre del Emperador, que el día 21 de Junio entraría en Cádiz. ¡Sabido es que no pasó de Bailén, y que sus actos vandálicos contra Córdoba, Jaén y Montoro, tuvieron justo remate en aquella memorable batalla, en que hubo de entregar su espada al invicto general Castaños; batalla que arrancó lágrimas al *invencible* Napoleón.

En los comienzos del año 1810, después de la caída de Madrid, Zaragoza, y Gerona, José Bonaparte, Rey de las Españas, por la voluntad de su hermano, dispuso la invasión de las Andalucías, con ánimo, no tan sólo de derrocar á la Junta Central, el único y legítimo gobierno de nuestro país, sí que de apoderarse de aquellas fértiles y ricas provincias.

La Junta Central abandonó su residencia de Sevilla, por ser ésta una población abierta, que no podía prestarle seguro refugio, el 13 de Enero, dirigiéndose á la isla de León ó de San Fernando, donde procedió á su disolución, encomendando el gobierno de España á una regencia, con el expreso mandato de reunir en breve las Cortes, proteger la libertad y defender el territorio.

El numeroso ejército de José, llevando por capitanes á los generales Víctor, Sebastiani, Mortier, Desolles y Gazau, contra el cual sólo podíamos oponer un puñado de soldados, atravesó la temible Sierra Morena, no sin librar algunos sangrientos choques con las escasas fuerzas de los generales españoles, Areizaga, Zerain, Copons y Vigodet, que nos costaron la pérdida de 6,000 hombres y todos los pertrechos salvados de la derrota de Ocaña,—posesionándose en pocos días de la mejor parte de Andalucía.

Dueños de Sevilla los imperiales, el mariscal Víctor se dirigió, el 5 de Febrero, contra la plaza de Cádiz, que ya cubría con su división el duque de Alburquerque, 18,000 infantes y 600 caballos, por lo que se limitó á bloquearla, esperando para su conquista los importantes refuerzos que pidió á José.

Cádiz estaba defendido contra las olas del mar y el poder de los hombres



por un fuerte muro; su bahía, por los castillos de Santa Catalina y San Sebastián. Como por tierra tan sólo se comunica con la Isla de León, San Roque y Algeciras, necesitaban los bonapartistas apoderarse de varias obras exteriores que la protegían, entre ellas la *Cortadura*, guarnecida por una batería corrida. La isla tenía su principal defensa en sus famosos *Caños* de agua del mar, y en las Salinas que la circundan é, inundadas, la resguardan por un foso de más de una legua de ancho; contando, además, con el puente de Suazo y sus tres líneas artilladas; varios reductos, cortinas y cortaduras; y la Caleta, protegida por algunos castillos y baterías. Para impedir la entrada en el río de *Sancti-Pietri*, había sobre un islote, donde se cree estuvo en remotos tiempos el templo de Hércules, un castillo que cerraba, con la batería de Urrutia, situada enfrente, el acceso y avance por mar y por tierra.

Pero todas estas obras se habían ejecutado precipitadamente, y para guarnecerlas precisaban fuerzas con que la plaza de Cádiz no contaba, pues se reducían á la división de Alburquerque; 4,000 ingleses, que mandados por Graham, envió Wellington; 8,000 milicianos de Cádiz y la Isla; las dos escuadras, inglesa y española, dirigidas por Mr. Purvis, y el almirante Alava; y una división sutil encomendada á la pericia y valor de don Cayetano Valdés.

El 6 de Febrero, el mariscal Víctor, al frente de 40,000 soldados intimó á Cádiz la rendición de la plaza. Convocóse á la Junta de la ciudad, que tan relevantes servicios prestaba, y cuando su presidente, don Francisco Javier de Venegas, exponía la necesidad de contestar á la arrogancia de los invasores con extensos razonamientos, uno de sus individuos, el señor García de Salazar, que iba á liar un cigarrillo de papel, le dijo:—Para responder, basta con cuatro palabras dignas y enérgicas, que en este mismo papel me atrevo á escribir. Y en efecto, sobre él escribió la célebre respuesta que toda la Junta hizo suya: «Junta de Gobierno de Cádiz —La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro Rey que el señor Don Fernando VII. —Cádiz, 6 de Febrero de 1810.»

Tal es el asunto del cuadro pintado por el distinguido artista don Ramón Rodríguez, premiado con medalla de oro en la Exposición de París de 1867, adquirido por el Ayuntamiento de Cádiz, que le conserva como inestimable joya, y que hoy honra las páginas de Album Salón.

Víctor, no atreviéndose á avanzar, determinó ocupar los puestos más importantes. El mariscal Soult, que le reemplazó, estrechó más y más el cerco, y bombardeó la ciudad con saña cruel. Nada, sin embargo, pudo lograr de aquella hermosa ciudad que representaba la verdadera España. En ella se encontraban reunidas las Cortes, escribiendo la liberal Constitución de 1810; en ella se publicaban diversos periódicos; en su teatro se representaban las mejores obras, por los principales artistas; en sus tertulias se reunían los hombres más ilustrados de la época, y nadie en Cádiz se cuidaba del bombardeo, burlándose las gaditanas, con su notoria gracia, de los tiros de los imperiales con cantos y versos como éstos:

Con las balas que tira — el mariscal Soult,
hacen las gaditanas — mantillas de tul.

En la noche del 24 al 25 de Agosto de 1812, los invasores levantaron el sitio, retirándose de las cercanías de Cádiz, humillados y escarnecidos.

Su Ayuntamiento, presidido por el ilustre marino don Cayetano Valdés, fué recibido en la tribuna de las Cortes; altísimo honor, sólo concedido á una ciudad tan heroica y sufrida.

Al recibir las cruces instituídas para premiar á los marinos que rindieron la escuadra del almirante Rosilly, á los defensores de sus castillos y baterías, á los valientes que asistieron á la gloriosa batalla de Chiclana, á la Junta de Señoras, que tanto hizo en favor de los paisanos, soldados y guerrilleros, el general Valdés pudo exclamar con orgullo: — Cádiz ha sido y es el baluarte de la Nación, en donde nunca dominarán otras armas que las españolas, cuya seguridad ofrece el Ayuntamiento á nombre del pueblo

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

JULIO BORRELL



CABEZA DE ESTUDIO, AL PASTEL



Cuadro de Francisco Maskiera

Salón Robira (Fernando VII, 59)

ULTIMO DISCURSO DE VÍCTOR BALAGÜER

LEÍDO POR SU AUTOR EN LA FIESTA INAUGURAL DE LOS JUEGOS FLORALES DE ZARAGOZA CELEBRADA Á FINES DEL PASADO AÑO.

(Continuación).

—Este es mi corazón.

Clemencia acercó sus labios á la hoja y depositó un beso en ella. Enseguida, colocando su índice sobre la inmediata, dijo:

—Y este es el mío.

Renato selló con ardientes labios el sitio donde había posado el índice su amada.

La flor, cruzada por los besos de los dos enamorados, fué ofrecida á la Virgen y depositada en su mano.

Sucedió entonces una cosa rara: tan pronto como la violeta sintió el tacto de la divina mano, pareció esponjarse, cual si recobrase vida, y sus hojas moradas á tornarse amarillentas y rubias, como si de oro fueran.

Y más aún crecieron su sorpresa y el asombro cuando se vió ocurrir lo propio en todas las violetas del camino, que tomaron repentinamente un brillo dorado, extendiéndose á lo largo por las márgenes de la senda, á manera de vía de luz, como una faja de oro, para alumbrar á la gentil pareja en su regreso al castillo.

Pasó mucho tiempo. Cada día iba Clemencia á postrarse ante su Santa Patrona, y siempre, aun en medio de las crudezas del invierno, hallaba la violeta erguida y lozana, cual si la mano que la sostenía fuese pan de tierra con que dar jugo á la flor y alimentarla.

Pero un día no fué así. Al llegar la joven junto á la hornacina, reparó que la violeta, mustia y lánguida, caía como en desmayo sobre los dedos de la Virgen. Se acercó, inmutada y presa de mortal zozobra. De la hoja del corazón de Renato brotaba una gota de sangre viva.

—¡Renato ha muerto!—clamó la triste con el grito supremo del alma.

Y se desplomó á los pies de la Virgen del Sauce.

No tardó mucho en saberse que el día mismo de este suceso Renato había perecido en la funesta jornada de Guinagaste.

Entonces Clemencia, que vivía sólo de su amor y para sus amores, roto á pedazos el corazón, viuda de su alma que parecía haberse ido con Renato, sola y abandonada, decidió retirarse á un claustro. Antes, sin embargo, quiso realizar un deseo que muchas veces había oído expresar á su amante, poeta entusiasta y soñador, como fueron siempre y siempre serán los poetas. Era Renato quien le había inspirado el gusto de las letras con gratas lecciones de poesía provenzal, y repetidas veces le había oído lamentarse de que se hubiesen interrumpido los certámenes de la *Violeta de oro*, dejándose perder miserablemente la semilla sembrada por los siete mantenedores de 1324.

Porque era así, en efecto. Hasta mediados del siglo XV, se conservaron la tradición y las luchas poéticas; pero á datar de aquella época habían cesado por supresión de los fondos que para su sostén facilitaba el Capitolio. Clemencia Isaura, entonces, por amor á su prometido y en satisfacción de sus deseos, quiso restablecer los certámenes bajo el nombre de Juegos Florales, y en 1495, antes de llamar á la puerta del monasterio donde fué á sepultarse en vida, legó toda su fortuna para crear de nuevo el premio de la *Violeta de oro* y dotar pródigamente la institución destinada á perpetuar en la tierra el amor á la poesía provenzal y en el cielo de sus recuerdos la memoria del amado de su alma.

Y ya así, desde entonces, gracias á la liberalidad de aquella ilustre dama, quedaron instituídos los Juegos Florales, prosiguiéndose sin interrupción todos los años, con sólo la diferencia de que en el siglo XVI la lengua provenzal fué substituída por la francesa.

En 1554 la institución de Clemencia Isaura se denominaba *Colegio de los Juegos Florales*. En 1694 tomó el nombre de *Academia de los Juegos Florales de Tolosa*, que sigue conservando hoy día. En 1791 los sucesos de la revolución francesa obligaron á la Academia á suspender sus tareas, y en 1808, siete de los antiguos mantenedores se reunieron para reconstituirla.

Entre los poetas coronados por la Academia en el espacio de cinco siglos figuran muchos célebres no sólo en Francia sino en todo el mundo. Alcanzaron el título de *Maestro en Juegos Florales ó en gay saber*, Marmontel, La Harpe, Fabre, Milleroye, Alejandro Soumet y otros muchos.

En este nuestro siglo, Tolosa ha proclamado *Maestros en gay saber* á Chateaubriand y á Víctor Hugo por haber ganado tres veces la joya en franca lid de certamen.

Los Juegos Florales siguen celebrándose hoy con gran pompa en Tolosa, todos los años el día 3 de Mayo, leyéndose las poesías premiadas y pronunciando el elogio de Clemencia Isaura uno de los cuarenta mantenedores de que se compone la Academia.

No había terminado aún el siglo XIV cuando el renacimiento de la poesía provenzal iniciada en Tolosa hallaba eco simpático en Barcelona.

Con la protección de D. Juan I de Aragón, *el amador de la gentileza*, se fundó en dicha ciudad un consistorio de la Gaya Ciencia, que siguió protegiendo D. Martín *el Humano*. Interrumpido luego, se restableció al subir al poder D. Fernando *el de Antequera*, gracias á la iniciativa que tomó D. Enrique de Villena, nombrado mantenedor del Colegio, y ya luego, con carácter de Juegos Florales, se fueron celebrando certámenes hasta que las guerras y sucesos políticos los interrumpieron por largo tiempo.

Sólo tornaron á restablecerse, al llegar este siglo, en 1859, y desde entonces, ya con carácter permanente, han continuado celebrándose todos los años en Barcelona, propagándose y extendiéndose por toda España.

***

Deben obedecer forzosamente los Juegos Florales á innata aspiración de la vida y muy señaladamente á imperiosa necesidad de un pueblo social y culto. No se comprendería sino como llegaron á cobrar el crecimiento y desarrollo que han ido tomando en nuestra España. Apenas hay ya población importante en que no se hayan celebrado, y en algunas con faustos y pompas que á toda reseña superan.

Y aún más ¡cosa singular por cierto! A la influencia de España se debe que esta institución saltando fronteras haya penetrado en la culta Alemania para tomar asiento en Colonia, donde dióle carta de vecindad el ilustre Fastenrath, y saltando mares haya ido á extenderse por regiones y comarcas americanas, aquellas nuestras añoradas tierras donde vive todavía, y vivirá, el espíritu de España, en su lengua y en su historia representado.

Juegos Florales se celebran hoy en las ciudades y villas más principales de Cataluña, de Aragón, de Valencia, de las Baleares, de las dos Castillas, de las Andalucías, de Asturias, de Galicia, de Extremadura, de Navarra, de todas partes en una palabra. Con ellos se han establecido comercio de ideas, corrientes vivas de impresión, lazos inquebrantables de fraternidad literaria, relaciones estrechas é íntimas entre provincias antes alejadas y casi extrañas una á otra, contribuyendo así todas á la unidad y consistencia de la patria. Yo solo, durante el curso de mi atareada vida, presidí y alcé mi voz en fiestas florales de Barcelona, de Tarragona, de Gerona, de Lérida, de Reus, de Granollers, de Valencia, de Madrid, de Pontevedra, de Zaragoza, de Calatayud y de Granada, y á todas partes llevé el ramo de olivo de nuestra universal república literaria, y á todas la fe del creyente, la palabra de amor, fraternidad y concordia, el sentimiento de la patria y la esperanza en los futuros destinos de nuestra España querida, una como el sol y varia como el iris.

Porque éstas son fiestas de paz, de amor, de fraternidad y concordia, de luz y de color, donde se oculta todo sentimiento malévolo para que aparezca todo instinto generoso, donde no existe más símbolo ni otra divisa que la del *Amor*, la *Fe* y la *Patria*, donde calla la voz candente de los partidos, y se congregan todos, altos y bajos, potentados y plebeyos, nobleza, clero y pueblo, republicanos y monárquicos, agrupados al pie de un trono que con el aplauso de todos se levanta para sentar en él á una reina, imagen y representación de la belleza por todos aclamada.

Tiempos muy distintos de los actuales fueron aquellos, allá por los años de 1859, en que contribuí á fundar esta institución con ilustres compañeros que pertenecen ya á las regiones de la muerte. No tenía entonces la vida los atropellos de hoy ni las fiebres. Se hacía menos sin duda, pero se meditaba más. Se guardaban todos los respetos y conveniencias, no se discutían ciertas cosas juzgadas indiscutibles, y aun cuando no faltaban ánimos nobles grandemente dispuestos al avance, la reflexión y la prudencia trazaban líneas que eran respetadas.

Por ahí deben de andar las actas de aquellas juntas nuestras, y papeles. Copia de muchos existen en el archivo de Villanueva y Geltrú. Por estos documentos consta cuáles fueron los temas de nuestros debates, qué propósitos nos guiaban y qué idea tuvimos al crear este instituto, patrocinado y sostenido por el municipio Barcelonés.

Partimos de las siguientes bases para nuestros trabajos:

Apenas si se habló de afirmación y glorificación de la patria española. ¿Podía caber duda? No hubo motivo ni para la menor sombra de ella. Nadie podía pensar jamás que á nadie la diera.

De lo que sí se habló extensamente fué de purificación y rehabilitación de la lengua catalana para darle carácter y sentido literario, apartándola del descuido y soledad en que se la dejaba y de la miseria en que yacía.

Se pensó en la creación de un centro docente, de acuerdo con otros centros iguales de Valencia y las Baleares, para establecer leyes y reglas con que llegar á la unidad de lenguaje y léxico común, teniendo muy presente á Cervantes, prominente cultivador de la lengua castellana, quien no creía ciertamente amenguar la suya con ensalzar la valenciana, que era como aquel inmortal llamaba á la catalana.

Se discurrió sobre íntima fraternidad y relaciones constantes y cordiales que podían muy bien establecerse entre todas las regiones españolas (que entonces llamábamos provincias) por medio de certámenes de Juegos Florales.

Se trazaron líneas para una conveniente agrupación de lenguas ibéricas en torno de la castellana, como lengua oficial, y de todas las regiones en torno de España como patria común, y se estableció el culto y amor de la región para conmemorar sus fastos, fijar y purificar su lengua, recordar su historia y enaltecer sus glorias; no para volver á tiempos pasados sino para marchar á lo futuro con la experiencia, ejemplo y enseñanza que lo pasado pudiera comunicarnos.

Lo que sí quedó en absoluto prohibido fué la política militante, y muy especialmente la de bando ó partido, en el seno de los Juegos Florales.

Bajo estas ideas y con tales tendencias se pronunciaron los discursos presidenciales en los diez primeros años de la institución hasta llegar al de 1868, en que se sintió la necesidad de rechazar ciertas especies volanderas y protestar virilmente contra ellas desde la cátedra foral.

Gran sesión fué aquella y acto solemne. Presentes se hallaban los literatos y poetas catalanes. Allí también una representación de los castellanos, expresa y oficialmente invitados, á cuya cabeza aparecían José Zorrilla, Ventura Ruiz Aguilera, y Gaspar Núñez de Arce. Allí una representación de provenzales con Federico Mistral, el príncipe Williams Bonaparte-Wyse y Luis Romieux. Allí los aragoneses con Jerónimo Borao, allí los valencianos con Vicente Boix, allí los Baleares con Pons y Gallarza y Jerónimo Roselló.

Continuará.



Fot. B. G. Unterveger (Trento).

ITALIA VITALIANI

La artista italiana que hoy nos visita y cuyos méritos ha podido juzgar ya el público de Barcelona, nació en Torino el 20 de Agosto de 1866. Es hija de Vitaliano Vitaliani y de Elisa Duse, siendo sobrina de la eminente Eleonora Duse y del notable actor y escritor Cesare Vitaliani. Joven aún, pues, la artista á que hoy rendimos el doble homenaje de nuestro aplauso y nuestra simpatía, ocupa ya un lugar preeminente en la escena.

No es nuestro propósito convertir esta ligera nota en un juicio crítico, más ó menos acertado, acerca de los méritos de Italia Vitaliani. Nos faltaría espacio para ello.

Intérprete, afortunada casi siempre, del teatro moderno, tiene por norma de su labor artística la sinceridad y la naturalidad.

Antona-Traversi, uno de los autores dramáticos más discutidos en su patria, como lo son y lo serán siempre cuantos lleven á la escena dramas como *Le Rozeno* (de dicho autor), dice de Italia Vitaliani, con la autoridad que le concede su talento:

«Italia Vitaliani, vive como pocas el personaje que encarna. Es siempre en la escena una criatura viva que sufre, que llora ó que ríe... Pasa, con envidiable facilidad, del profundo dolor al supremo gozo...»

Es cierto.

Italia Vitaliani, sin acentuar tanto los efectos de la frase como otras artistas de su género, sin exteriorizar los sentimientos con los burdos desplantes que tanto agradan y atraen á la generalidad del público, sabe darnos, con su exquisito arte, una idea de los sentimientos que agitan el alma del personaje que representa

Una gran ventaja tiene sobre otros artistas para interpretar ciertas situaciones y ciertos sentimientos, pues, según leemos en sus biógrafos, ha sufrido, conoce el dolor y, su alma generosa, no ha rehusado jamás compartir con sus compañeros de arte los sinsabores de la vida.

¡Conocer el dolor... ya casi es ser artista!

En el yunque del sufrimiento, es donde suelen templarse los grandes temperamentos artísticos.

* * *

BELLAS ARTES

El acontecimiento artístico más importante del mes de Febrero, ha sido la celebración de la XVIII Exposición extraordinaria de Bellas Artes, que, por costumbre anual, organiza en su Salón don Juan Bautista Parés. No hay que creer, sin embargo, en la importancia absoluta de ese acto, pues aparte de alguna que otra obra pintada exprofeso para la Exposición, el conjunto responde más bien al estado comercial del arte, en el que se busca, más que la satisfacción de un triunfo conquistado por el propio esfuerzo, el goce menos lisonjero, pero más positivo, de la venta.

Exceptuando el *Auto de fe*, de Modesto Urgell, ninguna obra de sentimiento atrae la atención del visitante; pero no puede negarse que contiene la Exposición algunas de inestimable valor, y ellas hacen imprescindible esta revista, con mayor razón cuando publicamos algunos de los cuadros expuestos, y una vista del testero.

A buen derecho, ocupan Galofre y Tamburini puestos preeminentes, el primero por sus notables acuarelas y tablitas, una de cuyas últimas, *Camino de Pompeya*, honra las páginas del Album Salón; y el segundo con su hermosa *Inocencia*, en la que se ha hecho sobrio y simple como un Zurbarán; y con *El baño*, en el que, la bien puesta figurita de mujer ostenta un manto azul deliciosamente plegado.

El maestro Román Ribera en su *Amanecer*, que es una repetición variada de sus famosas salidas de baile, halla la elegancia y distinción de siempre, mereciendo especial mención, como trozo magistralmente realizado, la figura del músico de la derecha, arrancada del natural.

En pos de Ribera, Arcadio Más ofrece una de sus nacaradas transcripciones del puerto de Barcelona, notablemente ajustada á la verdad; y Antonio Fabrés *esculpe* con extraordinario relieve y con admirable corrección de dibujo, un moro arreglando una lámpara, prodigioso por su calidad, *En la Mezquita*.

El valenciano Juan Peyró expuso seis retoños de un arte que toca á su ocaso y que veinte años atrás estaba en su apogeo. En verdad, cuando se pinta como el *Naranjero valenciano*, puede concedérsele una actualidad perenne, aplicable también al pintoresco *Hasta luego*, de Alvarez Dumont.

Los tres cuadros de Francisco Masriera, *Ideal*, *Durante el descanso* y *Bacante*, además de atestiguar la brillantez de paleta de su autor, prueban que no se agota su fantasía, una de las más ricas de la escuela catalana.

La luz, de Juan Llimona, representa el polo opuesto: pobreza de color, simplicidad excesiva de medios, y un artificioso misticismo, que en vano pugna para desasirse del grosero realismo que le aprisiona. Otra vez lo dijimos; Llimona se obstina en violentar su natural inclinación artística, toda objetiva y material, en la que ha logrado algunos triunfos, que está en su mano reverdecer.

Los tres retratos de Julio Borrell, poseen buenas cualidades de dibujo y modelado; y mención especial merece el del joven Sardá por su novedad de presentación.

El *Estudio de interior*, de Ramón Casas, es un nuevo alarde de su última manera, suelta y concisa, de apariencia ligera por su misma sobriedad, pero vaporosa y como modelada por el propio ambiente.

Manuel Cusí ha tratado en *otra* bailarina de las suyas; parece que vacila al dar ciertos efectos de luz artificial un tanto exagerados y rojizos.

Recomendable, bajo todos conceptos, es el *Estudio al pastel*, de Pinós Comes.

Entre los paisajistas figura en primera línea Joaquín Vancells con sus *Montañas*, que tienen la virtud de sugestionar la misma triste grandiosidad de las verdaderas. Síguenle de cerca, Luis Graner, que *Desde Vallvidrera*, nos hace contemplar la vista panorámica de Barcelona poco antes de la noche, logrando hacer penetrable el ambiente del cuadro; y Pedro Viver, que en otro panorama que se descubre *Desde las Preditxas*, nos hace asistir al espectáculo de una puesta de sol, que dora con sus oblicuos rayos la extensa llanura.

Pueden citarse, además, por deber de cronista, los siguientes paisajes, en los que descuella alguna cualidad: *El anochecer*, de Tomás Viver; *Cerdaña española*, de Ramón Borrell; *Salida de luna*, de Jaime Vilallonga; *Interior de bosque*, de Aurelio Tolosa; *Estanque*, de José Masriera; *Huerto*, de Gimeno; *Madrugada*, de Enrique Galwey; *Manzanos*, de Manuel Durán: *Pino de la tierra blanca*, de Alejandro Cabañes; *Puigcerdá*, de Pedro Borrell y *Merendero en Pasajes*, de Andrés Larraga.

Entre los marinistas, al lado de *La llegada de las barcas*, de Dionisio Baixeras, hemos de colocar el *Embarcadero* y *A poca vela*, de Juan Llaverías, cuyo último cuadro, además de ser uno de los mejores de la Exposición, acusa un inmenso progreso en la interpretación del agua, que excede en verdad y riqueza á cuanto habían hecho los pintores catalanes.

Cap de creus, de Ramón Pichot, tiene el mérito de haber dado pasto á innumerables controversias. Amantes de la verdad ante todo, la hemos buscado en el cuadro y hemos encontrado un deseo ferviente de salirse de la rutina unido á un convencionalismo en nada diferente de los demás. *Le nom ne fait la chose.*

Adrede dejamos en el tintero una porción de nombres, cuya enumeración no haría más que prolongar sin provecho alguno esta revista.

***

En el presente número, hemos dado cabida á otros cuadros, además de los citados, sobre los que es preciso que fijemos la atención.

En la primera página campea una bonita figura de mujer, *en deshabillè*, á la que encaja bien el título de *Coquetería* con que la bautizó su autor Francisco Masriera.

Estudio para un cuadro titula modestamente Ribera á la vivaracha composición que hemos copiado en la página 71. No está acabado, es cierto, pero tiene trozos tan hermosamente preparados y algunos detalles tan completos, que bien merece los honores de cuadro.

Con él hace *pendant* el lindo cuadrito de Agrasot, *Bailando parrandas;* una miniatura encantadora por gracejo y calidad.

Sólo una señorita podía encontrar la nota elegante y distinguida que aparece en *Flores animadas*. La señorita Josefina Juliá Vilar, conocida ya ventajosamente de nuestros lectores por otros cuadros suyos publicados en el Album Salón, es la autora del sugestivo grupo, que constituye la parte más atractiva de su composición.

Francisco CASANOVAS



TESTERO DE LA EXPOSICIÓN PARÉS



DURANTE EL DESCANSO — *Exposición Parés*

JOAQUÍN AGRASOT



BAILANDO PARRANDAS

Salón Robira (Fernando VII, 59).

ROMÁN RIBERA



ESTUDIO PARA UN CUADRO

LA CRUZ

A la vista del Calvario, se adivina todavía en sus entrañas el infamante leño que, alzado para ser suplicio, fué glorioso signo de la redención humana.

El paganismo no pudo presentar nada tan patético como un Hombre-Dios muriendo en una cruz con su Madre á los pies. La Cruz elevada sobre el Gólgotha fué como el rayo de sol que desciende de improviso al seno de las tinieblas y forma con ellas la aureola de su esplendor.

La Cruz tiene mucho de profético y providencial por su antigüedad.

Las cruces, constaban de dos maderos, y eran de tres clases: la construída en forma de aspa X, que es la llamada hoy de San Andrés, por haber sido crucificado en ella dicho Apóstol, á la que se daba el nombre de *decussata:* la conocida con el nombre de *comunisa*, que tenía la figura de una T; y la llamada *inmissa*, que, aunque de la misma forma de la anterior, el palo perpendicular subía un poco más que el horizontal, con el objeto de dejar sitio para fijar la sentencia del delincuente.

El árbol de la vida del Paraíso (1), el Arca de Noé, donde se salvan los restos del género humano (2), la vara de Moisés, que tantos prodigios realizó para salvar al pueblo de Israel de la esclavitud del Egipto (3), la escala de Jacob, que llegaba al cielo (4), la serpiente de metal, que hizo



LLUM (Luz).
Cuadro de Juan Limona. *Exposición Parés*

Moisés elevar en el desierto (5), la letra hebrea Thau con que el profeta Ezequiel vió que se marcaba á aquellos que habían de salvarse de la cólera del Señor (6), el leño que dulcificó las aguas amargas del desierto (7), los versos atribuídos á las Sibilas, en los que se habla de la Cruz por la que ha de salvarse el género humano y otras figuras semejantes, de que hacen mención la historia sagrada y profana, fueron otros tantos símbolos misteriosos de la Cruz del Salvador

Jesucristo, para realizar el gran misterio de nuestra Redención, quiso morir en un patíbulo tan ignominioso como la Cruz.

No obstante haber muerto Jesús en la Cruz, continuó por mucho tiempo siendo todavía el patíbulo ordinario de los mayores delincuentes, hasta que Santa Elena, madre del Emperador Constantino, habiendo ido á visitar los Santos Lugares de la Palestina, encontró después de infatigables trabajos la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo por los años 326. Entonces fué cuando el Emperador, á instancias de su madre y en obsequio á la Cruz del Señor y á la de aquella otra que se le apareció en el cielo al ir á combatir contra Magencio, junto al puente Milvio con la inscripción: *In hoc signo vinces*, mandó ponerla con el monograma de Cristo en el *Lábaro*, y luego en los demás estandartes de las legiones romanas: y dió un decreto aboliendo enteramente en el imperio el suplicio de la Cruz, prohibiendo que de allí en adelante se pudiese condenar á nadie á este género de muerte; cuya disposición se fué observando por todos los pueblos entre los cuales el Cristianismo se propagaba.

Entonces, como dice San Agustín, pasó la Cruz desde los suplicios, no sólo á los palacios y cámaras de los reyes, sino también á los templos y á los altares.

Los emperadores cristianos substituyeron á la figura de la victoria que dominaba el globo imperial, una cruz, cuyo uso se ha perpetuado entre los monarcas católicos; y desde este tiempo se coloca la imagen de la Cruz en los muros, en las casas, en las puertas, y la señalamos en la frente, y, al modo que el soldado no deja las armas abandonadas ni aún para comer y dormir, nosotros no abandonamos la señal de la Cruz ni en la mesa, ni en el lecho, ni en ningún lugar en donde nos encontramos, según la frase de San Juan Crisóstomo.

Tertuliano, Minuncio, Máximo, Justino y San Jerónimo, hacen curiosas observaciones sobre la cruz, de las cuales cita Lipsio algunas, y entre ellas éstas

«La cruz no es otra cosa que la forma cuadrada del mundo.

Las aves al volar toman la forma de la cruz.

El hombre, si reza ó nada, en forma de cruz lo hace.

El piloto no saca partido del mar, sino valiéndose de la forma de la cruz, ya haga uso de las velas, ya del remo.

El labrador se sirve de instrumentos con la forma de la cruz para hacer producir la tierra.

El racional se distingue de las bestias por la rectitud de su cuerpo y extensión de sus brazos, cuyo conjunto forma una verdadera cruz.»

San Cipriano, en su epístola á Nemesiano y compañeros, dice:

«El siervo de Jesucristo reconoce siempre el signo, el sacramento y el símbolo de su salvación; el que es redimido con el leño para la vida eterna, por el leño es también ensalzado á la vida eterna.»

Tertuliano, San Cipriano y otros Santos Padres hablan del signo de la Cruz como del símbolo habitual de los cristianos. Hacían el signo de la Cruz en la frente para enseñar á confesar el Evangelio; en la boca para animarse á profesarlo, y en el corazón para testificar su adhesión inviolable á los preceptos de Jesucristo.

No parece fué representado en la Cruz el Redentor antes del siglo III, pues, repugnando al genio griego retratar aquel tormento, le colocaban alguna vez en actitud triunfal con la banda regia ó la mitra pontifical. Posteriormente fué pintado como el hombre de todos los dolores, y alguna vez se le representaba con los pies separados, acusándose, por el contrario, á algunos herejes posteriores el representarlo con los pies sobrepuestos. Le faltan la corona de espinas y la herida en el costado, porque lo pintan moribundo, no muerto, y ya algunos tienen la inscripción I.N.R.I. Solamente en el siglo VII aparece el Crucificado con las escenas de la Pasión entre las Marías llorosas, y con el sol y la luna junto á su patíbulo. Cubríanle también de un traje largo que poco á poco se fué recortando; y Gregorio de Tours dice: «que habiéndole presentado desnudo por primera vez en el siglo VI, en la Catedral de Narbona, hizo el Obispo que lo cubriesen». Pero en 680 el Sínodo de Constantinopla autorizó para que se representara á Jesucristo bajo la forma de un hombre clavado en la Cruz

No puede decirse Misa en ningún altar en que no haya entre las gradas, á la vista del celebrante, una Cruz con la imagen de Jesucristo.

Algunas Ordenes religiosas, como la de los Trapenses, ponen en su agonía á los monjes sobre un puñado de paja y una Cruz trazada en el suelo con ceniza bendecida, sobre la cual permanecen hasta que han expirado.

Los Patriarcas de Oriente obtuvieron en el Concilio IV de Letrán, siendo Pontífice Inocencio III, el permiso de llevar por uno de sus familiares una Cruz alta delante de ellos en ciertas ceremonias. Gregorio IX les prohibió usar de esta prerogativa delante de los Cardenales, y después fué concedido este permiso á los Arzobispos y á ciertos Obispos.

La Cruz del Papa tiene tres brazos ó travesaños, dos la de los Arzobispos y uno la de los Obispos y Abades mitrados.

Distínguense hoy varias especies de cruces, á saber: la latina, que ha pasado á ser el símbolo de la Iglesia romana; la griega, que es propia de la iglesia cismática ó disidente de la romana; y otras especiales que dan nombre ó son el distintivo especial de varias Ordenes religiosas y militares, como la Cruz de Malta, Calatrava, Santiago, Montesa, Alcántara, Santo Sepulcro y otras.

En la Cruz, en fin, adoramos el lugar sagrado en que el Hijo de Dios colocó sus pies, su humanidad.

* * *

San Pablo dice que el cristiano debe gloriarse en la Cruz. San Juan Crisóstomo afirma que la Cruz es la esperanza de los cristianos, la resurrección de los muertos, guía de los ciegos, áncora de los desesperados, freno de los poderosos, consuelo de los pobres, destrucción de los soberbios, piloto de los navegantes, padre de los huérfanos, apoyo de los desvalidos, custodio de los niños, ayo de los jóvenes, director de los hombres, y fin de los ancianos. San Juan Damasceno dice que la Cruz es la llave que nos abre las puertas del Paraíso. Y San Agustín dice, que cuando en el último día de los siglos venga el Señor á juzgar á los vivos y á los muertos, le precederá la Cruz, á la manera que ante los soberanos preceden sus estandartes ó insignias.

A. ARAGÓN FERNÁNDEZ
Misionero Apostólico.

(1) August. lib. II, contra Faust. c.
(2) Sap. 10. 4.
(3) S. Aug. de Moyse. serm. XVIII.
(4) Genes. c. 28, v. 12.
(5) Núm. 21, 9
(6) Ezequiel. 9, 4.
(7) August. in Exod. q. 571

VICTIMA DE SU OBRA

CIERTO domingo del pasado verano llegué á un pintoresco pueblo del litoral catalán. No era día á propósito para iniciar los trabajos que allí me llevaban; y, por lo tanto, tuve que resignarme con la inactividad dominguera, que es la inactividad que más temo, cuando me sorprende en lugares desconocidos y en un medio desprovisto de toda amistad y relación local.

Sin norte ni plan determinado, discurría por la periferia de la población, como si declinara en la casualidad el encargo de proporcionarme motivo ú ocasión inesperada de disipar la murria que me dominaba.

De pronto *tropecé*, por decirlo así, con la iglesia, que se eleva á pocos metros de la plaza, en una de las calles que á ésta afluyen. Vi que algunos pequeños grupos de fieles entraban en el templo, presurosos y como si á tal hora, que era la tercera después del meridiano, les fuese habitual la observancia de un dominical deber religioso.

Llegó otra tanda de devotos, y confundido con ellos me escurrí al interior de la iglesia.

Aquella tarde había pomposa función en honor de no sé qué héroe ó heroína del *Flos sanctorum*.

¡Raro sermón el de ese buen pastor!, me dije mentalmente, luego que hube escuchado un corto fragmento de la oración sagrada que á su cristiana grey dirigía á la sazón el párroco del pueblo.

Voy á reproducir los principales conceptos de ella.

«Conviene estar bien con Dios, —decía, —y tener á toda hora predispuesta su infinita misericordia en favor nuestro. Pero, para alabarle en la medida que se merece y granjearnos su voluntad, basta observar sus sabios preceptos, inspirados en el amor y en el perdón, y no hay que ir ciega y sistemáticamente contra el siglo y sus progresos. Hablo así, porque sé de muchos que, víctimas de perniciosas preocupaciones, rechazan la ciencia como cosa que creen se opone á la religión. Nada tan falso: la ciencia no es enemiga de la religión, ni la religión es un obstáculo para la ciencia. Antes lo contrario, se dan ambas la mano y mutuamente se favorecen. Cuando paséis por un trance fiero de la vida, acudid á los auxilios de nuestra excelsa religión, que salva y consuela, pero tampoco habéis de desdeñar el poder de la ciencia. El enfermo de enfermedad peligrosa incurriría en acto de impiedad rechazando los consuelos del sacerdote; más, cometería acto de temeridad é ignorancia, cerrando contra el médico y sus consejos. Considerad el caso reciente del infeliz forastero: faltóle un momento la fe en Dios, quiso conocer lo que no debía; y todos nosotros estamos aún bajo la impresión que nos produjo su fin rápido y triste»

Al llegar á este punto de tan singular sermón, tomé la puerta de salida y, ya en la calle, dirigí mis pasos á la de mi alojamiento. Camino de éste, iba pensando en lo enmarañado y arlequinesco de aquella plática sagrada. La ciencia, la religión, las enfermedades, un forastero que se muere, un cura que se ocupa en todo ello, y lo lleva al púlpito en enigmática peroración ¡qué demonios decía ese santo predicador!

Ya en la hospedería, supe el siguiente caso:

Dos semanas antes había llegado al pueblo un hombre de mediana edad y no vulgar continente. Nadie en el lugar le conocía, ni pudo averiguar la curiosidad pública nada relacionado con el viajero. Al día siguiente abandonó la población, asegurando en la fonda donde se hospedaba que muy en breve regresaría, para completar ciertos estudios de las condiciones higiénicas de la localidad.

En efecto: pasados algunos días, se presentó de nuevo el forastero. Esta vez fué con carácter menos misterioso. Dijo llamarse fulano ó zutano y que su profesión era la de médico. Mostróse comunicativo con los que le rodeaban; muy interesado en conocer las propiedades salutíferas de los aires y aguas de la región, y de modo especial en que se le enterase de la índole predominante de las enfermedades que acaso le eran típicas.



INOCENCIA

Cuadro de J. M. TAMBURINI. *Exposición Parés.*



Cuadro de BALDOMERO GALOFRE. CAMINO DE POMPEYA *Exposición Parés.*



ALEGORIA DEL MES DE MARZO

G. CAMPS



Cuadro de Francisco Masriera. BACANTE Exposición Parés.

Al poco tiempo de permanencia en el pueblo, empezó á dar manifiestas señales de impaciencia, haciendo frecuentes preguntas relacionadas con los correos y sus servicios. Por fin, cuatro días antes de aquel domingo en que el párraco pronunció el peregrino sermón que ya conocemos, el cartero puso en manos del forastero una carta certificada.

Horas después corría de boca en boca, entre los vecinos del pueblo, esta exclamación:

¡En la posada de la calle Mayor ha fallecido el forastero! ¿Qué forastero? preguntaban algunos que al parecer no estaban al tanto de la crónica local. Un médico, lleno de vida y salud, que por segunda vez venía al pueblo. El decía que su objeto era estudiar nuestro clima; pero no faltaba quien sospechase que la verdadera intención suya se encaminaba á formarse clientela en la población para fijar después su residencia definitiva en ella.

La imaginación popular, como se ve, corría á más correr. Lo único demostrado, lo evidente, era que, efectivamente, el forastero había muerto casi de repente aquel mismo día, instantes después de haber recibido y leído la carta que, por las trazas, tanto esperaba. El Juzgado le encontró ya cadáver en su habitación. En la mesa, junto con otros documentos manuscritos de poca importancia, estaba, desdoblada, la carta funesta. Las diligencias practicadas arrojaron completa luz sobre aquel hecho que se presentaba con ribetes de misterio; y el informe médico pericial demostró que la lectura de aquella misiva determinó una crisis fatal para el forastero.

¿Quién era éste? ¿Cuál fué la causa de su inesperado fin?

El procurador de los Tribunales, llamado A. y domiciliado en la ciudad de Barcelona, había sido invadido, asaltado, por una enfermedad nerviosa, muy común en los grandes centros de población, motivado al ambiente que en ellos se respira, preñado de miasmas deletéreos. Ocurrióle lo que es general en esa clase de afecciones, á saber, que apenas iniciada la suya, fué un mártir de su exaltada imaginación, de sus nervios siempre en tensión. No hay para qué hacer aquí el proceso de los varios fenómenos que acompañan al enfermo y son la característica de su enfermedad.

Nuestro *cardiaco*, pues así se calificaba, creía que iba á morir de un momento á otro. Esta era su obsesión. Y, sin embargo, los facultativos á quienes había consultado, no habían reconocido la existencia de un mal incurable. Decíanle, sí, que su corazón no funcionaba debidamente; pero á seguidas le aseguraban que ello era corregible, como se sujetare á tal ó cual plan terapéutico. Lejos de animarle, eso no hacía sino escamarle más y más. Un día, concibió un proyecto maquiavélico, el cual puso en práctica acto continuo.

Fuése á un pueblo cualquiera, al primero que se le ocurrió. La cosa consistía en no conocer ni ser conocido. Llegó, y la primera y única diligencia se redujo á escribir una carta á la que dió curso desde allí. Decía así la carta: «Respetable doctor y maestro: uno de estos días le visitará á usted un cliente y convecino mío. Padece una grave afección cardíaca, cuyo desenlace es de sospechar. Deseo, empero, que una autoridad tan grande como la suya observe á mi enfermo, para mejor ilustrar mi criterio. Como dejo dicho, mi enfermo se presentará á usted; y usted, á su vez, hágame el favor de escribir, pasados tres ó cuatro días, enterándome de la impresión que le haya producido.»

El especialista de nuestra ciudad recibió este peligroso aviso, al cual siguió la visita del imprudente enfermo. Atendióle con especial interés; dióle seguridades de que su mal no era cosa de cuidado, y, al despedirse, «puede usted decirle á mi buen colega, el médico de su pueblo, que en oportunidad le escribiré dándole instrucciones;» dijo.

Y, en efecto, el *real* galeno urbano escribió antes de una semana al imaginario galeno rural la siguiente esquelita:

«Querido doctor: su cliente es hombre perdido. No quisiera ser profeta; pero, desgraciadamente, creo que en la presente ocasión lo seré. El pobre recomendado suyo no vivirá dos meses más. Tan avanzada estimo su afección.»

Lo demás, el lector lo adivinará fácilmente.

El infeliz, satisfecho de su ingeniosa combinación, regresó al pueblo á la espera de una contestación que debía serle funesta. La contestación llegó al fin, y con ella el rayo que debía herir de muerte al receptor, de quien puede en verdad decirse que fué víctima de su propia obra.

Y ahora, asociando ideas, llevo mi pensamiento al sermón aquél, y considero que en su fondo había, dentro de una gran intención moral, un consejo de alta utilidad higiénica.

Antonio ASTORT



Juan Alsina. *Fot Alberto Kern.*

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

JOSEFINA JULIÁ VILAR



FLORES ANIMADAS



Ilustrado por Gaspar Camps.



Passio segun san Juan

En aquel tiempo dirigiose Jesus con sus discipulos á la otra parte del torrente Cedrón donde habia un huerto en el cual entraron El y sus discipulos. Conocia tambien el lugar Judas el que le vendia, porque á menudo con sus discipulos acudia allí Jesus. Habiendo pues aquel tomado una coborte y los ministros que pusieron á su disposición los pontifices y fariseos, fuese allá con linternas y antorchas y armas. Sabiendo por tanto Jesus todo lo que habia de sobrevenirle, adelantóse y les dijo: ✠ A quien buscais? C. Respondiéronle: S. A Jesus Nazareno. C. Dijoles Jesus: ✠ Yo soy. C. Estaba tambien con ellos Judas el que le hacia traición: luego que Jesus les dijo yo soy, retrocedieron y cayeron por el suelo; mas El

CAMPS



otra vez les preguntó: ✠ ¿A quien buscais? C. A lo cual replicaron: S. A Jesús Nazareno. C. Respondió Jesús: ✠ Os he dicho que yo soy; si á mi pues me buscais, dejad que éstos se vayan. C. Para que asi se cumpliesen aquellas palabras suyas: «de los que me confiaste ninguno de ellos perdi». Como Simón Pedro llevase pues una espada, la desenvainó é hirió á un criado del pontifice cortándole la oreja derecha; Malco era el nombre del criado. Entonces dijo Jesús á Pedro: ✠ Vuelve tu espada á la vaina; ¿no he de beber el cáliz que me ha dado mi Padre? C. Prendieron pues á Jesús la cohorte con el tribuno al frente y los ministros de los judios, y le ataron, y le llevaron primeramente á Anás, pues era suegro de Caifás que era Pontifice aquel año y que habia dado á los judios el consejo de que convenia que muriese un hombre á trueque de salvar al pueblo. Seguian á Jesús, Simón Pedro y otro discipulo el cual era conocido del pontifice, y entró en el atrio de éste con Jesús; Pedro se quedó fuera á la puerta. Dirigióse pues á



la portera aquel otro discípulo conocido del pontífice y con permiso de ella introdujo á Pedro á quien dijo la criada portera: S Acaso no eres tu tambien de los discípulos de este hombre? C Respondió: S No lo soy. C Estaban al rededor del brasero criados y dependientes porque hacia frio, y se calentaban y con ellos estaba Simón Pedro calentándose tambien. El pontífice entretanto interrogó á Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina; respondiole Jesús: ✠ Públicamente he hablado en el mundo, siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo donde se reunen todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Qué me preguntas? pregunta á los que oyeron lo que yo les predicaba; ellos saben todo lo que yo he dicho. C Y luego que hubo pronunciado estas palabras, uno de los ministros que asistian dió un bofetón á Jesús, diciendo: S ¿Asi respondes al pontífice! C Y Jesús le contestó: ✠ Si he hablado mal, demuéstrame en qué, y si bien ¿por qué me hieres? C Y envióle Anás atado

CAMPS



al pontífice Caifás. Entretanto estaba Simón Pedro de pie calentándose, cuando le dijeron: S. ¿No eres tú también del número de sus discípulos? C. Y él negándolo dijo: S. No lo soy. C. Díjole entonces uno de los criados del pontífice, consanguíneo de aquel cuya oreja cortó Pedro: S. ¿No te he visto yo en el huerto en compañía suya? C. Negó Pedro otra vez y enseguida cantó el gallo. Llevaron pues á Jesús desde la casa de Caifás al pretorio; era de mañana y ellos no entraron en el pretorio por no contaminarse, á fin de poder comer la pascua. Salió pues á fuera Pilato á hablarles y dijo: S. ¿Qué acusación traéis contra este hombre? C. Respondiéronle y dijeron: S. Si éste no fuese malhechor, no te lo entregaríamos. C. Díjoles pues Pilato: S. Tomadle vosotros y juzgadle al tenor de vuestra ley. C. A esto le replicaron los judíos: S. Nosotros no tenemos facultad para matar á nadie. C. Para que tuviese así cumplimiento la expresión dicha por Jesús, indicando de qué muerte había de morir. Volvió entonces Pilato á entrar en el pretorio,

CAMPS



y llamando á Jesús le dijo: S. ¿Eres tú rey de los judios? C. Respondió Jesús: ✠ ¿Dices esto por impulso propio, ó son otros los que de mí te lo han dicho? C. Respondió Pilato: S. ¿Acaso soy yo judio? Tu nación y los pontifices te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho? C. Respondió Jesús: ✠ Mi reino no es de este mundo; si fuese de este mundo mi reino, ciertamente que pelearian mis súbditos para que no fuese yo entregado á los judios; ahora empero se ve que mi reino no es de aqui C. A lo cual repuso Pilato: S. ¡Con que! ¿eres rey? C. Respondió Jesús: ✠ Tu lo dices que soy rey. Para esto naci, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad, todo el que á la verdad se afilia, escucha mi voz. C. Dijole Pilato: S. ¿Qué quiere decir verdad? C. Y luego de hecha esta pregunta, se presentó otra vez á los judios y les dijo: No encuentro en El culpa alguna. Puesto que hay la costumbre en este pais de que por la Pascua os ponga á un preso en libertad, ¿quereis que os ponga en libertad al rey de los judios? C. Entonces clamaron nuevamente todos diciendo: S. A éste no, sino á Barrabás. C. Era Barrabás un ladrón. Con esto pues tomó Pilato á Jesús



y le azotó; y los soldados, tejiendo con espinas una corona, se la pusieron en la cabeza, y le envolvieron en un vestido de púrpura, y se le acercaban y le decian: S Salve, rey de los judios. C Y le daban de bofetones. Volvió luego á salir Pilato y les dijo: S Ved que os lo traigo aquí fuera para que sepais que no encuentro en él delito alguno. C Salió en esto Jesús llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura y les dijo Pilato: S Ved ahí al hombre. C Al verlo los pontífices y ministros gritaban diciendo: S Crucifícale, crucifícale. C Díjoles Pilato: S Tomadlo vosotros y crucificadle, pues yo en Él no encuentro delito. C Respondiéronle los judios. S Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se ha proclamado Hijo de Dios. C Oidas estas palabras se acobardó más y más Pilato, y entrando otra vez en el pretorio dijo á Jesús: S ¿De dónde eres? C Mas Jesús no le dió respuesta: entonces le dijo Pilato: S ¿Nada me contestas? ¿no sabes que tengo poder para crucificarte y poder para ponerte en libertad? C Respondió Jesús: ✠ No tendrias sobre mí poder alguno, si no se te hubiese conferido desde arri-



ba; por esto el que me ha entregado á ti lleva encima mayor pecado. C. Y despues de esto buscaba Pilato como librarle, pero los judios clamaban diciendo: S. Si le sueltas, no eres amigo del César; porque todo el que se alza rey, contraria al César mismo. C. Pilato entonces, al oir tales razones sacó fuera á Jesús, y sentóse en el tribunal, en el sitio llamado Lithostrotos y en hebreo Gabatha, y era el dia de la preparación de la pascua hacia la hora sexta: y dijo á los judios: S. Hé aqui á vuestro rey. C. Mas ellos clamaban: S. Quita, quita, crucifícalo. C. Díjoles Pilato: S. ¿A vuestro rey he de crucificar? C. Respondieron los pontifices: S. No tenemos más rey que al César. C. Entonces pues se le entregó para que le crucificasen. Se apoderaron por tanto de Jesús, y le sacaron fuera, y llevando El mismo á cuestas su cruz, llegó al lugar que se llama de la Calavera, Gólgota en hebreo, donde le crucificaron, y con El á otros dos á un lado y á



otro, y en medio á Jesús. Escribió asimismo Pilato un letrero y lo puso en lo más alto de la cruz, en el cual estaba escrito: Jesús Nazareno, rey de los judios. Este letrero lo leyeron muchos de los judios, porque el sitio en que fué crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad: y estaba escrito en hebreo, en latin y en griego. Decian pues á Pilato los pontifices de los judios: S. No has de escribir «rey de los judios», sino que El ha dicho «soy el rey de los judios.» C. Respondió Pilato: S. Lo escrito, escrito. C. Los soldados empero, despues de haberle crucificado, cogieron sus vestidos é hicieron de ellos cuatro partes, una para cada soldado, y además la túnica que era sin costura, tejida por encima toda ella; por lo cual se dijeron unos á otros: No la partamos sino echemos suertes para ver de quien será. Para que se cumpliese la escritura que dice: «repartiéronse mis ropas y echaron suertes sobre mi vestidura;» y así en verdad lo hicieron los soldados. Estaban junto á la cruz de Jesús



su madre, y María de Cleofás hermana de su madre, y María Magdalena. Viendo pues Jesús á su madre y al discípulo á quien amaba allí de pie, dice á su madre: ✠ Mujer, hé aquí a tu hijo. ℭ Luego dice al discípulo: ✠ Hé aquí á tu madre. ℭ Y desde aquella hora la recibió el discípulo en su casa. Después, sabiendo Jesús que estaba todo cumplido, para que se cumpliese hasta el fin la escritura, dijo: ✠ Tengo sed. ℭ Había allí un vaso lleno de vinagre; y ellos empapando en él una esponja y envolviéndola en una caña, se la aplicaron á la boca; y así que hubo tomado el vinagre, dijo: ✠ Consumado está. ℭ E inclinada la cabeza, entregó su espíritu. Los judíos pues, por ser la Parasceve, á fin de que en sábado no permaneciesen en la cruz los cuerpos, puesto que á la mañana siguiente era el gran día de sábado, solicitaron de Pilato se les quebrasen las piernas y fuesen desclavados. En consecuencia vinieron los soldados, y rompieron las piernas del primero y del otro que con El había sido puesto en cruz; más al llegar á Jesús, como le viesen ya difunto, no quebraron sus piernas, sino que uno de ellos abrió con la lan-

CAMPS



za su costado, y en seguida brotó sangre y agua. Y el que lo vió dió testimonio, y su testimonio es verdadero; y él lo sabe y dice la verdad, para que lo creais tambien vosotros. Esto se verificó á fin de que se cumpliese la Escritura: «no quebrantareis ni uno de sus huesos;» y hay otra Escritura que dice: «verán delante al que traspasaron.»

Despues de esto José de Arimatea que era discípulo de Jesús aunque oculto por temor á los judíos, rogó á Pilato que le dejase llevar el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo permitió. Vino pues y se llevó el cuerpo de Jesús; vino tambien Nicodemo, aquel que la primera vez habia visitado á Jesús de noche, trayendo consigo unas cien libras de mirra y áloe mezcladas. Tomaron con esto el cuerpo de Jesús, y fajáronlo con lienzos perfumados, tal como los judíos acostumbran enterrar. En el lugar en que fué crucificado habia un huerto y en el huerto un sepulcro en que nadie aún habia sido colocado. Allí pues, por estar cerca el sepulcro á causa de la Parasceve de los judíos depositaron á Jesús.

CAMPS





Cuadro de Julio Borrell

JULIO BORRELL

No nos proponemos escribir la biografía del distinguido pintor que nuestros lectores conocen ya ventajosamente por los trabajos que de él llevamos reproducidos en el curso de esta publicación, y de cuyo valer hallarán nuevas y muy potentes muestras en el presente número: á la edad de 23 años, que en la actualidad cuenta Julio Borrell, no ha tenido tiempo material ningún artista, por relevantes que fuesen sus méritos, de patentizarlos por completo, y no ha hecho poco con atraerse la pública atención y adquirir alguna personalidad.

Ambas cosas ha conseguido el joven Borrell en los albores, puede decirse, de su difícil carrera: no sólo acuden afanosos los *amateurs* al sitio donde tiene expuesta una obra, sino que, sin necesidad de ver la firma, distínguenla á primera vista, entre cuantas figuran en la exposición. Porque aquella obra lleva un sello especial; será si se quiere inferior á otras varias que al rededor de la suya se exhiben; no le faltarán los defectos propios de la inexperiencia; pero, en cambio, se advertirá en ella una imaginación rica y poderosa, un temperamento fuerte, una mano segura y la fogosidad de una juventud estudiosa y activa.

De tal palo tal astilla, dice el refrán, y á fe que pocas veces, como en la presente, se ha puesto de manifiesto el fondo de verdad que tal refrán encierra. El moderno artista á quien consagramos estas líneas es hijo de Pedro Borrell, el pintor afamado, el sabio profesor, encanecido en el estudio y el trabajo, á quien cabe la indisputable gloria de haber sido el introductor de la enseñanza del dibujo por medio del natural, en substitución á la rutinaria y deficiente copia de láminas, y bajo cuyos auspicios empezaron á labrar su reputación muchas de las notabilidades pictóricas contemporáneas. Julio Borrell, que desde niño mostró decidida afición y no vulgares aptitudes para la pintura, no ha conocido otro maestro que su señor padre; á cuyas cariñosas lecciones y constantes ejemplos, debe el fructífero desarrollo de su notorio talento. Y podemos asegurar que más halagan al discípulo sus triunfos, por la placentera resonancia que tienen en el corazón del respetable anciano, que por la satisfacción de su personal y legítima vanidad.

Todo induce á creer, que, siguiendo con paso seguro la senda emprendida, sin desmayar ante los obstáculos ni engreírse con las alabanzas, llegará el joven Borrell, para honra propia y de Barcelona, su ciudad natal, á contarse en el número de los grandes pintores españoles, mereciendo sus cuadros, como los de éstos, figurar en los principales Museos nacionales y extranjeros.

No es sólo nuestra la ventajosa creencia que acabamos de exponer; desde hace algún tiempo, nuestros compañeros de prensa vienen tributando entusiastas elogios á los copiosos frutos de su rica fantasía, que adornan con bastante frecuencia los escaparates del Salón Robira y las artísticas paredes del tan visitado Salón Parés.

Cuando se inauguraron las exhibiciones semanales en el local últimamente citado, un crítico de reconocida competencia é imparcialidad, aludiendo á Borrell, emitió en letras de molde el siguiente juicio: «Es un pintor fogoso y de temperamento fuerte, que, al parecer, no conoce las dificultades de su arte, dado el brío con que las embiste y las arrolla. Buena prueba de ello la colección de tapices que tiene expuesta. Destinados á un comedor suntuoso, representa algunas escenas de la inmortal novela de Cervantes, referentes á cacerías, convites y comilonas, entre las cuales no podían faltar las famosas bodas de Camacho. La idea de decorar un comedor con pasajes gráficos sacados de la primera de las novelas españolas es atinadísimo, y el garboso pincel del joven artista ha sabido traducirla con admirable acierto, imprimiendo á los cuadros, compuestos con holgura y pintados con la entonación propia de los tapices, verdadero carácter de época.»

Posteriormente, otro crítico, no menos autorizado, refiriéndose al grandioso lienzo *Pompa circense*, del cual, en la imposibilidad de reproducirlo en color, pues sus extraordinarias dimensiones dificultaban su traslado á nuestros talleres, damos el fotograbado en la doble página; lienzo destinado por su autor á la actual Exposición de Bellas Artes, formuló, entre muy atinadas consideraciones, este juicio, que concuerda enteramente con el nuestro y el de la generalidad de los periódicos locales:

«Un joven que hoy se atreva á concebir, proponer y desarrollar un asunto de tal índole, solamente por el valor que esto implica, merece un aplauso, como lo merece siempre una manifestación de independencia.

»Cuidado que pintar cuadrigas, vestales, pórticos, altares y circos, en estos tiempos de arte *ínfimo*, que ha dado al fin con la expresión propia y justa de la vida, con la forma *bella*, tan afanosamente buscada en todos tiempos, forma que, según parece, tenía su secreto en la emancipación del dibujo, de la construcción y de la composición, es decir, de lo que en siglos bárbaros se creyó, sin duda erradamente, ser imprescindible para llegar á producir la obra bella; meter un cuadro, que supone pensamiento, estudio, creación, entre esos cuadros de generación espontánea, en los que se glorifica el color como el primer elemento productor de la emoción estética, es realmente una audacia imperdonable, mayormente si es un joven el que de tal osadía hace gala.

»No queremos calificar el cuadro de Julio Borrell de obra perfecta, pero nos parece que tiene cualidades de mérito sobresaliente, para hacerle digno de respeto y de elogio. En otras épocas de menos anarquía artística, algunas figuras del grupo de la derecha, especialmente la joven que ocupa el primer término, y la de los dos ancianos que salen al primer plano de la izquierda, hubieran conquistado al pintor el diploma de maestro, lo propio que el grupo de vestales, en cuanto á composición. En suma, la obra, que supone potencia de imaginación no común, aliento, fe y una larga y asidua labor, es acreedora á que fijen en ella su atención los que sienten cariño por el arte.»

Réstanos añadir, por cuenta propia, que nos llevaremos un soberano chasco si en la Exposición de referencia no se otorga un premio á ese cuadro; máxime cuando en Madrid y Barcelona ha obtenido ya otras veces Julio Borrell, quizá con menos motivo, tan apetecida distinción; pero no debe descorazonarse si, contra nuestros deseos, no sucede así; antes por el contrario, persevere en el estudio, mantenga incólumes sus energías presentes, y siga poniendo al servicio del verdadero arte las dotes privilegiadas que le concedió la naturaleza; seguro de que al cabo la pública opinión le hará plena justicia, incluyéndole en la lista de los escogidos, suprema distinción á que puede aspirar el artista.

* * *



EL LAVATORIO, EN LA CATEDRAL DE BARCELONA — Cuadro de JULIO BORRELL



RETRATO DE JULIO BORRELL, PINTADO POR SU SEÑOR PADRE

ULTIMO DISCURSO DE VÍCTOR BALAGUER

LEÍDO POR SU AUTOR EN LA FIESTA INAUGURAL DE LOS JUEGOS FLORALES DE ZARAGOZA CELEBRADA Á FINES DEL PASADO AÑO.

(Continuación). (1)

De aquel acto parten ortodoxia y dogma.

Y sin embargo, en tanto como se acaba de pensar, hablar y discutir acerca de regionalismo y *catalanismo* en parlamentos, prensa y Ateneos, nadie se acordó de citar aquel acto trascendental del que arrancan declaraciones, doctrina y credo de los Juegos Florales, proclamado desde lo alto de la tribuna por el consistorio de aquel año.

Aquí todos somos españoles, y queremos serlo, se dijo, como todos también somos latinos. Somos españoles de patria, lo somos de corazón, de tradición, de sentimiento, de historia, de lengua, de alma y de espíritu.

Y así es. Pues que, ¿por ventura Cataluña no era ya España mucho tiempo antes de llamarse Cataluña? Tierra de Iberia la llamaron Julio César y Pompeyo. Hispania comienza en Portveneris, escribía Pomponio Mela, *Marca de España* la apellidaban sabios y gobernantes: *España tarraconense* el Senado y el pueblo romanos. Sólo después de la invasión de los godos comenzó á titularse *Gothalaunia*, de que provino Catalaunia primero y luego Cataluña.

Todas esas discusiones que se movieron á causa de supuestas tendencias separatistas han sido deplorables, muy de lamentar y peligrosas. Hay cosas que no pueden ni deben discutirse, como la madre, el honor, la patria. Son eternas y superiores como la ley de Dios.

En frente de ideas inconscientes que pueden turbar el ánimo, y ante el fragor de esos rebatos y revuelos que se levantan como polvaredas que el huracán empuja y él mismo deshace, nosotros seguimos sosteniendo el amor y culto de la región y el principio substancial de la entidad de la patria única, sola, indivisible, porque la patria es la madre. Ni se discute, ni se parte.

Nada más desdichado que esa triste frase de patria chica y patria grande tan indiscretamente traída al debate. La patria siempre es una y grande, siempre una y santa.

Error grave ha sido el de esta frase, como lo fué el de *coronilla* aplicado un día con tanta ligereza á la Corona de Aragón.

Es este instituto, cuyo acto público estamos celebrando, uno de los que más ayudan y tienden á la unidad de la patria estableciendo relaciones literarias, comercio de ideas, aproximaciones, intimidades y simpatías. Y de tal manera fué esta la idea creadora de los Juegos Florales de Barcelona, como que tendía á más aún, al engrandecimiento de la patria española por medio de la *Unión Ibérica*, idea entonces sostenida y preconizada por cuatro de los que fuimos fundadores.

Conserva también este instituto el espíritu de la región, que hay que mantener y guardar como cosa sagrada, porque la región es la casa *pairal*, es decir, la casa patrimonial, la solariega, el hogar, la familia, la lar, la historia, tradición y gloria de los pasados; y proclama la unidad de la nación porque la nación es la patria.

Y allí hay nación donde regiones diversas, aunque hablen lenguas distintas y tengan distintas costumbres, se acercan, agrupan, enlazan y confunden bajo un nombre común y una bandera como símbolo. Por medio de formaciones históricas bien definidas y de agrupaciones realizadas bajo condiciones particulares y determinadas, se unen familias y pueblos en un solo grugo para ampararse, defenderse, progresar y solidarse. El tiempo, las circunstancias, la unión que es la verdadera fuerza, los intereses mútuos y las mútuas esperanzas, los éxitos alcanzados en comunidad y las desgracias en comunidad sufridas, van cimentando su unificación y constituyen su historia. Esto es lo que determina la vida nacional, y la vida nacional es la patria.

Lo demás, el pueblo en que se nace, la casa en que se vive, el pedazo de tierra en que, con nuestros lares y penates, están nuestros intereses, aquello es el hogar, la familia, lo que llamaban los latinos el municipio, lo que los viejos catalanes y aragoneses llamaban *la tierra*, pues que por las usanzas y prácticas antiguas se ve que *tierra* y *patria* no significaban exactamente lo mismo, dándose más amplitud y alcance á la segunda.

Así creo yo que debe entenderse lo que es nación, patria, región, hogar, familia, cuyos nombres y sentimientos, por haberse barajado sin orden, concierto ni medida, han traído lamentable trastorno al campo de las ideas en lucha.

Así como los latinos establecían una diferencia muy esencial entre lo que era municipio romano y nación latina, así los antiguos catalanes y aragoneses la establecían entre tierra y patria. La *tierra* era Cataluña, es decir la región y comarca en que habían nacido y vivían. La *patria* era Aragón, Valencia, las Baleares, todos los estados que formaban la nacionalidad de la Corona de Aragón.

Y era en ellos tan sagrado, tan sugestivo, tan íntimo el sentimiento de la patria común, que obligaban á sus reyes á prestar, inmediatamente después del juramento *por las libertades de la tierra*, el juramento *por las islas*, es decir el de mantener y conservar dentro de la patria común las islas y territorios adquiridos en lejanas tierras.

De esto se deduce que los antiguos catalanes, en vez de querer, como parece que hoy pretenden algunos, una llamada patria chica, pequeña, disminuída, *casulana* ó casera, ambicionaban ir engrandeciendo la suya haciéndola poderosa y superior, adelantándose así, por intuición y por espíritu de progreso, á lo que hoy se proclama.

No hay más que estudiar la tradición y la historia.

En cuanto los árabes son arrojados de las primeras líneas, Barcelona se constituye en un centro de acción y de vida, alma de Cataluña. Los condes de Barcelona, empujados por los ciudadanos, van absorbiendo los condados de las comarcas vecinas, el de Ausona, el del Ampurdán, el de Urgel, el del Rosellón, y hasta llegan á trasponer los montes para ensanchar límites é ir en demanda de mayor espacio y horizontes nuevos por las rientes comarcas de Provenza. Ya luego el último de los Berenguer une por lazo de matrimonio á Cataluña con Aragón, y ya en seguida sus sucesores, con el auxilio de las Cortes y Parlamentos, sólo tratan de aumentar la grandeza de la tierra, rebasando fronteras. Alfonso *el Batallador*, sueña en ser emperador de España; Pedro *el de Muret*, salvando la valla del Pirineo y siguiendo la tradición condal, intenta hacer una nación de Cataluña, Aragón y Provenza.

Jaime *el Conquistador*, después de unir Valencia y las Baleares á Cataluña y Aragón, abandona por el tratado de Corbeil la tradicional idea catalana de extenderse por el lado de Provenza, sin embargo de haber nacido en ella y ser *su tierra*, y pugna por ser rey de León para luego pensar en serlo de Castilla y realizar así la idea de Alfonso *el Batallador*, que sólo le es dado terminar á los Reyes *Católicos*, Fernando é Isabel, monarcas por cierto de origen ilegítimo, á juzgar por la teoría de los partidarios del derecho divino.

No hubo más error en este gran suceso que el que se pudo tal vez cometer con irse el *hereu* á casa de la *pubilla*, en vez de venirse la *pubilla* á casa del *hereu* según ley y costumbre eternas.

Se ve, pues, que ni mares, ni ríos, ni montañas fueron tropiezo ni linde para nuestros mayores. La patria se iba ensanchando ante su bandera y su caballo de batalla.

No eran pues aquellos reyes y aquellos ciudadanos los que creían que la lengua era la patria y que ésta termina donde aquella acaba.

Todas estas cosas aparecen claras y precisas con sólo poner atención en ellas; pero no consiguieron fijarla en tanto atropello de lucha como hubo para buscar la solución del que ha sido llamado problema *catalanista*. También en los centros y prensa de Barcelona, por varias y distintas causas y obedeciendo á orígenes diversos, se levantaron tempestades y enfurecimientos verdaderamente obsesionales.

Todo ello hizo que la solución que se buscaba para el llamado problema desapareciese ante tan inútil palabrería y tan gárrulos desfogues.

La doctrina de los Juegos Florales claramente expuesta por Mayo de 1868 en Barcelona, ante primates de Aragón, de Castilla, de Cataluña, de Valencia y de las Baleares, ha sido explícitamente confirmada en la fiesta de este año de 1900 en Valencia, en sesión presidida por el ilustre publicista mallorquín D. Juan Alcover, diputado que fué en Cortes.

Y ya, después de esto, hay que explicar lo que es, representa y significa ese *catalanismo* tan alardeado, que aparece y dibuja en el fondo de los Juegos Florales.

Estudiado en su origen y desarrollo se verá que no tiene la importancia ni los alcances que ha pretendido dársele.

Pero tengo antes que hacer una confesión sincera y una declaración terminante.

He sido de los que alentaron y despertaron el movimiento literario de Cataluña, quizá quien más fervor puso en ello y más suerte tuvo; pero no fuí ni soy *catalanista*, en el sentido al menos que por malaventura ha tomado y se da á esta palabra y voz disidente, que tiene hoy una significación contraria á la que pretende y debiera tener.

Franca y explícitamente, pues, declaro que no soy *catalanista*, aunque sí catalán ferviente y convencido, de corazón y de raza, como quien más lo sea y pueda serlo y mayores pruebas haya dado y pueda dar de amor á Cataluña. No pertenezco al bando de los *catalanistas*, ni habito en su falansterio, ni comulgo con ellos, ni acepto el programa de Manresa, ni creo en el himno de *los segadores*.

De los sembradores pudiera muy bien decirse, que no es de siega de lo que se trata, sino de siembra.

El *catalanismo* no es separatista, ni nada tiene de ello. Es sencillamente un bando, y nada tiene de problema, como se ha supuesto. Sólo en el caso de que llegaran á ahondar ciertas ideas que en su seno germinan, podrá algún día, y aun unido á otros elementos, ser un problema social. Hoy no tiene importancia. Nada representa, nada es, nada defiende que no representen, sean y defiendan otros organismos más poderosos y fuertes que militan en campo abierto con bandera izada.

Comenzaron los *catalanistas* por ser una facción en los Juegos Florales, donde nacieron y de donde vienen. Intentaron ser un símbolo, una bandera, una escuela. Pretendiéronlo en vano, á pesar de tener hombres de saber y superioridad entre ellos.

Tomaron nombre de *catalanistas* para expresar con él una especie de supervidencia, algo como un superavit de afición á la literatura y cosas catalanas. Se consideraban más realistas que el rey y más papistas que el papa.

Fué pues el *catalanismo* en sus comienzos, á más de una disidencia lingüística, una perturbación heterodoxa, una rama desprendida de los Juegos Florales, un grupo protestante, una reforma con su ingratitud y su Lutero.

Los *catalanistas* maldecían entonces de la política y de los políticos, y eran golpe de espíritus inquietos y desasosegados, con talento, sí, y con ingenio, aunque no tal vez discreción, ni oportunidad, ni sentido práctico alguno en la realidad de los hechos y las cosas.

(Continuará).

(1) Véase el número 86.



UN PARTIDO DE INTERES

JULIO B



POMPA (

Cuadro pintado exprofeso para la act

ORRELL



CIRCENSE

Fot. Audouard.

AL EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES.



LA ÚLTIMA MORADA

EL DRAMA DEL GÓLGOTHA

JULIO BORRELL



UN VETERANO DEL ARTE

JULIO BORRELL

LA ADORACIÓN

LA NOCHE DEL JUEVES SANTO

EN SEVILLA

Está de fiesta Sevilla
porque es noche de misterios
con austeras procesiones
y solemnes monumentos.
Rebozando hasta los atrios
están de seres los templos,
y sobre el mar de cabezas
palpita un mar de reflejos.
En el fondo de las naves,
forman las velas ardiendo
escalinatas de luces
que van á dar en los techos.
La muchedumbre circula
con su zumbido de trueno;
y los labios que ante Dios
murmuran el *Padre nuestro*,
al salir, van modulando
una copla de *jaleo;*
porque es tan rara Sevilla,
que baraja á un mismo tiempo
el órgano y la guitarra,
el hisopo y el pandero,
y encima de la casulla
despliega el mantón de flecos.

La gente espera en las calles
ver *pasos* y nazarenos,
Cristos abriendo los brazos
é incensarios por el viento.
Detrás de un puesto de flores,
la florista está luciendo
tantas flores en sus jarros
como flores en su pelo.
Un golpe de cigarreras
cruza, la calle obstruyendo,
y estalla al punto en el aire
una sarta de requiebros;
y á ese fuego de artificio
responde el rápido fuego
de una andanada de gracia,
llena de chispas de ingenio.
Con la garganta escondida
bajo el sedoso pañuelo,
como en *estufa* que guarde
la flor del cante en su pecho,
el lanzador de *saetas*
está impaciente, luciendo
el sombrero de anchas alas
y los brillantes del cuello.
Llevado por el gentío
va el despistado extranjero
con diez jemes de faldones
y otro jeme de pescuezo;
y en tanto que una *barbiana*
le va *rizando* el cabello,
por decir *¡salero, óle!;*
él exclama *¡ogue, salego!*
A veces, de las palomas
desveladas en sus huecos,
se oye el erótico arrullo
como una canción de besos;
y el aroma de azahares
que exhalan los limoneros,
y el olor que en los pretiles
dan los cálices abiertos,
los sentidos predisponen
no á la pasión y al misterio,
sino al espléndido idilio
de las almas y los cuerpos.

De pronto, allá en la distancia,
con los brazos en cruz puestos,
avanza imponente y grave,
Cristo, de heridas cubierto.
Debajo, un temblor de cirios
anubla su parpadeo
tras la espiral olorosa
de vaga nube de incienso.
Un *¡ya viene!* repetido
por cien mil varios acentos,
corre por calles y calles,
la multitud reviviendo,
y se ve del rico *paso*
el vivo *retembleque*o
al ondular de las luces
como culebras de fuego.
Cristo llega; viene mudo,
viene triste, viene austero,
viene humilde, viene pobre,
viene lento, viene lento.
Por su semblante extrahumano
va la púrpura corriendo,
deshecha en gotas que saltan
desde el semblante hasta el suelo.
Sus manos fingen dos lirios
morados por el tormento,
la frente un albor del día,



APUNTE PARA UN CUADRO, por Julio Borrell

sagrario sublime el pecho.
Su mirar hondo y divino
á tierra dobla los cuerpos
como se doblan las cañas
al golpe brusco del viento.
Va despertando hermosuras
del fondo de cada seno,
y va borrando pecados
con el aire de su cuerpo.
Ya está de perfil, ya pasa,
ya se ve de espaldas vuelto,
ya se aleja, ya se aleja,
ya se borra en el misterio.
Viene después otra imagen
envuelta en un manto luengo
que como un río de oro
cae de su frente hasta el suelo.
Es la poesía, es la Virgen;
al acercarse entre el pueblo,
echa á volar de sus ojos
luces de Dios en el viento.
Sus párpados, como conchas
del mar de gloria del cielo,
velan las mansas miradas
que van las piedras ungiendo.
Su boca es rosa marchita
por el lloro del tormento,
que resignada deshoja
los labios blancos y enfermos.

Las manos son dos marfiles
que llevan rodando dentro
sangre de luz, y al que tocan
perfuman de sentimiento.
Una sentida *saeta*
rompe el místico silencio;
dice así el cantor humilde
con voz doliente de preso:
Mírala, por allí viene,
es la luna de los cielos,
que atraviesa por las almas
cual hostia por el incienso.

Después, otras *Cofradías*
mueven su andar soñoliento,
pasan después otras Vírgenes
y otros graves Nazarenos.
Un desfile interminable
la ciudad va recorriendo,
y otros *pasos* se divisan
y otros lucientes regueros.
Acusado por la luna,
parece que cada cuerpo
arrastra un girón de sombra
largo y negro, largo y negro.
Y cual colas de fantasmas
que se siguen en silencio,
luengas túnicas las calles
van lamiendo, van lamiendo...

SALVADOR RUEDA

PENSAMIENTOS

La ignorancia de las letras trae en pos de sí la de las leyes, así como en pos de éstas va la de los deberes.

* * *

Hay una falsa modestia que es vanidad; una falsa gloria que es ligereza; una falsa grandeza que es pequeñez; una falsa virtud que es hipocresía; una falsa discreción que es gazmoñería.

* * *

Es menester haber vivido largo tiempo fuera de su país para concebir toda la felicidad y todo el terror que puede causar el solo aspecto de una carta de familia.

* * *

Nadie guarda mejor un secreto, que el que lo ignora.

JOSÉ UMBERT SANTOS



LUIS VENICSA. *Fot. de Napoleón.*
Autor de la pieza de música que acompaña al número.





BOCETOS DEL NATURAL; por JULIO BORRELL.



Cuadro de JUAN PEYRÓ *Salón Parés*

ULTIMO DISCURSO DE VICTOR BALAGUER

Leído por su autor en la fiesta inaugural de los Juegos Florales de Zaragoza celebrada á fines del pasado año.

(Continuación).

Diéronles alas noveleros y jaleadores y vinieron á formar en nuestro campo un grupo discordante ó protestante, no bien definido y hasta en ciertas ocasiones inocente y candoroso, algo en parte parecido, aunque con inclinaciones contrarias, á esos otros grupos que andan sueltos por estos mundos, sosteniendo los unos que no hay más patria que el universo y que es un absurdo eso de reducir la patria á fronteras de ríos, mares ó montañas, y predicando los otros que cuantos nos llamamos latinos nada tenemos de esta raza y que somos únicamente bárbaros latinizados que representan una contradicción.

Así siguieron por largo tiempo los *catalanistas* en nuestro campo de los Juegos Florales. Atrájoles por fin un día el señuelo de los políticos, y aunque vergonzantes por lo que de ellos habían maldecido, tomaron traza y arreos de independencia para reunirse con toda solemnidad en Manresa y plantear un programa que era esencialmente político, pretendiendo no serlo, y que no era regionalista, sin embargo de pretenderlo ser.

Lo de la mujer de Lot que, al volver el rostro, se convirtió en sal.

Desde aquel día los *catalanistas* dejaron de ser tales, y ya más atentos al sorteo de las sirtes políticas que al cultivo de las letras, abandonaron deberes literarios por reclamar derechos políticos dudosos.

Hoy son ya varios los grupos, no he de decir las sectas, que forman y constituyen el bando de los *catalanistas*

Aparece primero su rama principal, su rama madre, con un antiguo periódico por órgano, y por divisa aquella de César Borgia, el fugitivo del castillo de la Mota, *aud César aud nihil*, ó todo ó nada. Quiere este grupo el programa de Manresa en toda su integridad, acepta lo mismo la monarquía que la república por serle indiferente toda forma de gobierno, reclama el federalismo, exije el catalán como idioma único, y llega casi hasta rayar con la independencia. Sin embargo la rectitud y la justicia obligan á consignar que en la asamblea de Manresa, la más trascendental de cuantas celebró el catalanismo, el presidente de la Unión hizo terminantes declaraciones de españolismo al promulgar las bases de la constitución, diciendo entre otras cosas:

«Hoy España se presenta formando una nación, y antes que todo hemos de reconocerla y con nuestros votos ratificarla. El espíritu general de la época lleva consigo la existencia de grandes nacionalidades; nosotros somos hijos de la época.»

Así como este grupo se desprendió de los Juegos Florales, así, á su vez, otro grupo se desprendió de él, también con un periódico por órgano, y con ideas más conservadoras, especie de *posibilismo* dentro del *catalanismo*, pues que transige, pacta, acepta lo que se le dé y prefiere ir llenando su ánfora gota á gota y perla á perla.

Hay por fin otro grupo que así parece participar del uno como del otro bando, y á veces de ninguno, con más amplias miras y tendencias europeas. Los que lo forman se dan nombre, quizá no muy modesto, de *intelectuales*, y lo componen por lo general artistas, modernistas y decadentistas, nacidos y criados en Cataluña, pero renacidos y recriados en París; muy atrayentes por cierto, grupo del que también se ha desprendido á su vez otro que se llama pomposamente de *supernacionales* y de *inactuales*.

En esta masa ó agrupamiento general hay hombres de estima y de mérito, si bien no de empuje y de pelea, y su esfera de acción está principalmente en Barcelona, sin que se extienda, como no sea en contadas localidades, por los demás pueblos del Principado; pero todo junto está fuertemente laborado por tres fuerzas políticas poderosas, que están á su atisbo: la de los federales que creen tener derecho de prioridad, la de los clericales que creen tenerlo de autoridad, y la de los socialistas que lo creen tener de posesión, por ser ya dueños de una parte de su prensa y de su teatro regional, desde donde divulgan los principios de su invasora doctrina.

Esta es la verdad del *catalanismo*, sin que haya en el fondo otro problema ni otra perturbación que las que puedan nacer de las ideas políticas que profesa. Puede ser el *catalanismo* un problema político, y más bien aún un problema social, que de ello lleva trazas; pero nunca un problema que afecte ni en poco ni en mucho á la unidad de la patria.

Por esto hay que separar el grano de la paja, lo que es puramente literario de lo que es esencialmente político. La primera evolución del *catalanismo* estaba dentro de los Juegos Florales. Mientras no se apartó del terreno literario, pisaba en firme y gozaba de todos sus derechos, incluso el de extraviarse alguna vez y decir con la pluma lo que no pensaba la mente, pues que aquí está el Arte, quien permite, mientras sea con sinceridad, exteriorizar y desarrollar cuantas imágenes y sentimientos brotan al empuje poderoso de un cerebro en fiebre y de un espíritu vidente. Pero ya ahora, desplegada su bandera política, debe pasar honradamente á otro campo á luchar por sus ideales, que respeto, pero que deploro, abandonando por completo aquel donde sólo pueden sonar voces de paz y concordia y no de odio y de venganza.

Por esto, si hubiera pontífice máximo en los Juegos Florales, como parece haberlo en los *catalanistas*, pudiera tal vez decir á éstos:

«Id: la paz sea con vosotros. Alzad las tiendas de un campo que no es el vuestro y que harto habéis ya perturbado.

Id, benditos del Señor, á defender vuestras doctrinas, si en efecto son hijas de la convicción y de la fe, al terreno político donde se lucha y se combate, donde todos hemos ido ó vamos á luchar, y de donde se sale convencido ó vencido.

Esta es la casa de la Conciencia y del Arte, y en ella no se alberga á los que, movidos por pasiones y odios políticos, llaman en su auxilio á la tormenta y al rayo.

Id; cerradas están las puertas para los que van por la tierra á tientas y sin luz, teniendo la del cielo.

Cerradas para los que en aventuras temerarias derrochan venturas y caudales que sus genitores allegaron.

Pero abiertas quedan siempre para el Hijo Pródigo que vuelve á la lar paterna con la ceniza en la frente y el desamor en el alma.»

***

Y aquí hubiera yo querido terminar mi discurso, que, sobre ser muy fatigoso para mí, en mis circunstancias y á mis años, más aún lo ha de ser para vosotros, condenados á oirlo por virtud de benevolencia y acto de cortesía. Pero no me es posible. El alma española que dentro de mí late, me obliga á no abandonar esta tribuna sin deciros algo de nuestro Aragón, de nuestra Zaragoza y de nuestra España.

Estamos atravesando tiempos difíciles, que más aún han de serlo todavía, ante las pavorosas crisis así industriales como políticas que por los aires se ciernen. El cielo está amenazador, los horizontes se cierran, la tormenta ruje á lo lejos; pero, en cambio, llegados son los tiempos de las profecías, y el país se levanta vivo y sereno, despierto y activo.

No hay duda de ello, y ciego está quien no lo ve.

En las ciudades, en las villas, en los campos, hay movimiento y plenitud de vida. Las muchedumbres se revuelven febriles y turbulentas, y aun cuando parece que van atarantadas sólo en busca de placeres, claro ejemplo es ello de que algo interno y latente llevan consigo que las mueve y anima, que las empuja á crecer, á desbordarse, á levantar el alma, á tener y mantener ilusiones y esperanzas.

(Concluirá).

BELLAS ARTES

Hace años que la escuela valenciana, que ha llegado á su más alta expresión con Pinazo y Sorolla, cuenta entre sus filas á Juan Peyró, uno de los artistas que más han sobresalido en aquella fecunda tierra, por la gracia incomparable de su pincelada.

Conocido antiguo de los barceloneses, pues ya desde 1876 estuvo en esta capital para hacer oposición al premio de Roma que concedió don Fernando Puig y que se llevó Planella por suerte, puesto que hubo empate entre ambos contrincantes, decidiendo el azar; ha seguido desde entonces enviándonos de vez en cuando sus obras, en las que demostraba no transcurría en vano el tiempo, añadiendo mayor facilidad y magisterio á las espontáneas dotes ingénitas en él.

En la última Exposición general celebrada en el Salón Parés, deleitó á los aficionados con media docena de sabrosos cuadritos, entre los que figuraban la agraciada *Florista valenciana* que damos en la página 101 de este número y el *Naranjero*, que incluímos en la 107.

Este último, sobre todo, es una pequeña obra de maestro, pues si por una parte da idea de una verdad absoluta, por otra, manifiesta que en punto á mecanismo pictórico ha llegado Peyró á donde sólo alcanzan los mejores de sus compañeros de escuela.

En otro campo, ya excesivamente trillado, ha ido á espigar César Alvarez Dumont su cuadrito *La favorita* (página 112), una de tantas escenas orientales que han hecho la delicia de los *amateurs* adinerados, durante buen número de años.

Obsérvase en esta obrita, que tiene la ventaja de haber sido pintada en Tánger, por lo que, el color local es por lo menos auténtico, una minuciosidad de detalles no exenta de soltura, brillando por su calidad las ropas y enseres y por su correcto dibujo las figuras. El fondo es lo más indeciso del cuadro, contribuyendo tal vez á ello cierta falta de buen gusto que el artista no supo ó no quiso subsanar.

La *Alegoría del mes de Abril* (página 106), de Gaspar Camps, cuyo asunto se relaciona con la inauguración de la temporada taurina, es un nuevo alarde de su genio de compositor, que sabe modernizar y embellecer aún los temas que parecen consagrados á ciertas fórmulas artísticas. Romper con ellas, es ya un mérito, y éste sube de punto si se posee el exquisito gusto y la originalidad de Camps.

En el tocador (página 103), un simple apunte de Angel Huertas, prueba que el verdadero artista halla siempre modo de adaptar sus talentos á la actualidad dominante. En efecto ¿quién podría suponer que fuese capaz de tanta sobriedad el autor de tantos dibujos más bien acariciados que trazados por el lápiz?

Francisco CASANOVAS

ANGEL HUERTAS

LA ROSA MARCHITA

Era Rosa una doncella
todo dulzura y candor;
tenía nombre de flor
y era una flor por lo bella,
pues en su mejilla hermosa
tan suaves tintes había,
que su semblante tenía
los matices de la rosa.
Mas nació en humilde cuna;
y al reparar su pobreza
y observar que la belleza
era toda su fortuna,
pensó que, aunque fué dotada
de una hermosura sin par,
siendo pobre, iba á pasar
como una flor ignorada;
como una flor que, nacida
en miserable jardín,
pierde su belleza, al fin,
antes de ser advertida,
y se marchita y consume
en un rincón apartado,
sin que haya nadie aspirado
su riquísimo perfume.
Y al ver que su situación
era cual la de esas flores
que no lucen sus primores
por hallarse en un rincón,
sintió en su pecho nacer,
á impulsos de la perfidia,
el gusano de la envidia...
¡porque al fin era mujer!
Y en sus locas ambiciones,
más que el maternal consejo,
tomando los del espejo,
guiada por sus pasiones,
si era cual la rosa, hermosa
con sus gracias peregrinas,
pronto también tuvo espinas
como las tiene la rosa;
con la sola diferencia
que unas ocultas están
tras las hojas, y otras van
metidas en la conciencia;
y mientras sin intención
la rosa en la mano hiere,
la mujer siempre prefiere
herir en el corazón.
Así sus aspiraciones
vió Rosa al cabo cumplidas,
causando muchas heridas
en distintos corazones;
mas también llevó consigo,
como suele suceder
á la impúdica mujer,
tras el pecado el castigo;
y aunque en mentidos amores
gozó mentidos placeres,
como las malas mujeres
tienen el fin de las flores,
cuando ya mustia y ajada
perdió su perfume todo,
vino á caer en el lodo
cual una flor deshojada
Y, cansada de sufrir,
de la caridad en pos,
una limosna por Dios
salió una noche á pedir.
Pero, por suerte tirana,
cuando la mano tendía,
todo el mundo la decía:
«perdone por Dios, hermana».
Y de una esquina al volver,
vió que una mujer hermosa
arrojó al suelo una rosa;
y Rosa, al irla á coger,
con extrañeza observó
que hacia ella volvió la faz
con insistencia tenaz
la que la rosa tiró
Entonces, avergonzada
de su situación presente,
sintió una lágrima ardiente
por su mejilla arrugada,
y exclamó con infinita
amargura: «¡De qué modo
cae en el inmundo lodo
la rosa que está marchita! »

DEUSDEDIT

EN EL TOCADOR



EL

PADRE DE ALMAS

A las seis de una mañana de Abril se hallaba sumergido en la penumbra el interior de la iglesia de Rocabuena, un pintoresco lugar de trescientos vecinos. Aquí y allá, los negros bultos de algunas arrodilladas devotas mascullaban oraciones. Una de ellas, la más inmediata al confesionario, levantándose en actitud humilde, se dirigió lentamente hacia el santo tribunal, y al romper con su linda cabecita la faja de átomos luminosos que por los pintados vidrios del alto rosetón comenzaba á filtrarse, un naciente rayo de sol prestó, durante algunos segundos, metálicos reflejos á su rubia y opulenta cabellera, matices de nácar y de rosa á su rostro correcto y juvenil. Mientras la negra forma del sacerdote, allá en el fondo obscuro de su cajón, se apercibía á oir á la hermosa penitenta, ella cayó de rodillas junto á la celosía, y con las manos cruzadas, comenzó á murmurar fervorosamente el *Yo pecador*. La confesión, una serie de nonadas, de escrúpulos infantiles, de candideces pecaminosas, no duró más de diez minutos; pero cuando la segunda penitenta, una vieja amarilla y arrugada, sucedió á la primera, el confesor no profirió una palabra, ni hizo un movimiento, ni pareció haberse dado cuenta del cambio de personas. La anciana, no obstante, comenzó á descargar su conciencia, refiriendo un revoltillo de actos y sucesos sin orden ni hilación, pecaminosos por lo que tenían de chismográficos, hasta que, agotada la materia y no rompiendo su silencio ni variando de actitud el sacerdote, se atrevió á advertir:

—No recuerdo más pecados, padre mío.

Este, mientras aquélla borbotaba el acto de contrición, presa de un sacudimiento nervioso, alzó una mano pequeña y bien delineada, y trazó automáticamente una rúbrica en el aire, volviendo á caer, al alejarse la devota, en su inmovilidad y su silencio.

* * *

Media hora después, el débil tañido de una campanita, agitada por el monaguillo, dejóse oir en la capilla del Santísimo Sacramento, situada detrás del gran retablo del altar mayor. Acudiendo al místico reclamo, algunos devotos de ambos sexos, mujeres en su mayor parte, fueron á arrodillarse en fila junto á la santa mesa. El padre Mateo, vestida la blanca sobrepelliz, procedió á administrar la Comunión á aquellas piadosas almas, y al llegar á la que ocupaba el último lugar, precisamente la hermosa rubia á quien había confesado poco antes, la Sagrada Forma tembló ligeramente en su nerviosa mano. Con todo, sobreponiéndose á sí mismo, el sacerdote logró dar fin á su tarea, desapareciendo en seguida por una puertecita lateral que con la sacristía comunicaba.

El padre Mateo arrancó de sus hombros la sobrepelliz, despidió con un gesto al monaguillo y se dejó caer con abatimiento en un sillón de vaqueta, de alto respaldo y anchos brazos. Corrían los días subsiguientes á la Pascua Florida, y allá, al través de la gran ventana de la sacristía, que miraba á las afueras, el campo verde, el cielo azul, los pájaros canoros, el ambiente sosegado, el agua bullidora, el sol como una hostia de oro elevándose sobre el horizonte, todo respiraba embriagadora voluptuosidad, todo convidaba á deshacerse el espíritu sensible en himnos de amor y de ternura. El presbítero, con la vista fija en la ventana, contempló maquinalmente cielo y tierra, y algo semejante á una amarga é incurable decepción, al desquiciamiento de todo su sér, invadió sus facultades. Acababa de cumplir los veintisiete años, llevaba apenas dos de ejercer su sagrado ministerio en aquella parroquia á donde fuera destinado, y resultaba ahora que había errado la vocación, que la carne se le sublevaba, que el mundo le seducía, que el diabólico enemigo le asediaba á tentaciones, y que él, el padre de almas, el rabadán del Buen Pastor, no era más que un hijo indigno, una oveja rebelde y descarriada. Mariquita, la hija del alcalde, sí, aquella inocente y hermosa criatura, á la que dos años antes ni siquiera conocía, sin querer, sin saberlo ella, podía en él más que los votos pronunciados, más que el santo temor de Dios y que el horror á las penas eternas del infierno; le atraía como el abismo, le embriagaba como el vino, perturbábale en el sagrado ejercicio de sus funciones, ni más ni menos que el viento empuja y zarandea, hasta arrebatarla del árbol, á la voluble hoja. Y ¿qué culpa tenía él de su desgracia? ¿No ha nacido el hombre, no le organizó la naturaleza para amar y ser amado? ¡Los votos, la vocación! Creyó tenerla, los pronunció espontáneamente, ardiendo en pura fe y místico ardor, no pensando engañarse ni engañar; pero los nervios, la sangre, el corazón... constituyen un mecanismo incontrastable de la voluntad independiente, un mecanismo que fatalmente funciona sin cesar, que arrolla y que tritura cuanto á su acción se opone. ¡Ah! sus pobres y ancianos padres, tan satisfechos, tan justamente envanecidos de tener el hijo cura; los amigos y las comadres, que tanto habían admirado su conducta, que como á un santo le adoraban, en cuanto se enterasen, ¿qué iban á decir y á pensar de él? ¡Dios mío, Dios piadoso! ¿Qué hacer? ¿Cómo conjurar tamaña tribulación? ¿Retractarse, deshacer lo hecho, implorar de Su Santidad la relevación de aquel dogal que, en forma de sagradas órdenes, le ahogaba? ¡Qué escándalo, qué vergüenza! Y aún suponiendo que á tanto llegara su

influencia, consentiría Mariquita, la hija del alcalde, aquel pimpollo de Dios, de quien era padre y director espiritual y que como á tal le veneraba, consentiría jamás en darle su amor, en pasar de hija sumisa á apasionada compañera? No, no había que pensar en ello; el enemigo, sólo el diabólico enemigo, tan fecundo en asechanzas contra los débiles mortales, podía haber forjado para él, en las fraguas del infierno, aquellas disparatadas ilusiones. Pero... seguir viendo, administrando los sacramentos á Mariquita, á aquella mujer peligrosa, irresistible; tener todos los días, á todas horas, en la memoria, á la vista, al alcance de la mano, el fruto prohibido, la felicidad sobre la tierra... ¿Y qué? ¿No había Jesucristo padecido más, mucho más, por nosotros, miserables pecadores? ¿No estaban allí para premiarle, para endulzar su amargura, primero, la paz y la satisfacción de la conciencia, y, después, muerto, pero no vencido, la bienaventuranza eterna é inefable de la gloria, ante la cual son polvo y humo los bienes de la tierra?

El padre Mateo, recogido en sí mismo, rezó breves momentos. En seguida, levantándose con resolución, salió lentamente de la sacristía.

***

Corrían las semanas y los meses, y todos los parroquianos, en Rocabuena, se hacían lenguas del padre Mateo; todos alababan su piedad, su mansedumbre, su evangélica dulzura. Los pobres, en particular, referían del padre Mateo actos de caridad y amor al prójimo, verdaderamente inverosímiles. Narraban, por ejemplo, que habiéndosele presentado, cierto día, una infeliz anciana (entonces circulaba en abundancia el oro), comenzó á depositar sobre la carcomida mesa del caritativo varón, centenes y medias onzas hasta completar la suma de mil reales.

—Hija mía, ¿á qué traéis tanto dinero?

—Para misas en sufragio del alma de mi pobre hermano.



—¿Era rico, según eso, vuestro hermano?

—No, padre, le remordía la conciencia y lo dejó todo á la Iglesia.

—¿Tiene herederos?

—Mis hijos y una servidora nada más; pues murió soltero.

—¿Poseéis bienes de fortuna?

—El mayor, Liborio, va á entrar en quinta y tendrá que ir á servir al Rey; los demás trabajan, y, ayudando Dios, vamos viviendo.

—Buena mujer, lleváos esas monedas, redimid á vuestro hijo y socorred, si os acomoda, á los necesitados con el resto.

—Pero... ¡y las misas, y el alma de mi hermano!...

—Descuidad, yo me encargo de eso; no faltará al difunto su sufragio.

Esta y otras heroicidades espirituales conmovían hasta lo más íntimo el alma de Mariquita, y, enamorada, sí, místicamente enamorada de su confesor, frecuentaba más que antes los santos sacramentos.

***

Una mañana, el bueno del alcalde, con faz risueña y aire franco, se presentó en la rectoría.

—¿Qué ocurre, señor Pedro?

—Nada, cosas de la vida; que los chicos se quieren casar, y habrá que despacharles los papeles y disponer la ceremonia.

—¡Ca... casar! ¿Con quién se casa Mariquita?

—Con el hijo del boticario, un arrogante mozo... ¡Calle! ¿Se pone usted malo, señor cura?

—No es nada, señor alcalde, un vahido pasajero...

—Tantas mortificaciones... ¡Ya se ve! No hay que abusar.

Al padre Mateo, más pálido que la cera, le dieron sudores angustiosos y tuvo que apoyarse en un mueble para no caer. Semejante noticia era un golpe brusco y mortal en mitad del corazón. Ni siquiera había previsto el caso; nada, nada sabía de las relaciones de Mariquita y su galán. No, no lo resistiría. Sin embargo, se rehizo, y, semejante al suicida que prepara él mismo su dogal, lo dispuso todo, casó á los novios y asistió, no pudiendo excusarse, al banquete de bodas á que aquéllos le convidaron.

Al año de este suceso, condujeron á su presencia un tierno infante. Al administrarle el agua del bautismo, el rostro del sacerdote estaba más blanco que el lienzo de su sobrepelliz, y temblaba su mano como si tuviera azogue. Sentía á un tiempo mismo impulsos de besar y estrangular á la inocente criatura. ¡Ay! La carne, la rebelde y pecadora carne, pese á la férrea voluntad, á las obras piadosas, á las heroicas mortificaciones, no se daba por vencida todavía.

—¿Qué nombre le ponéis, padre?

—¡Mateo! — respondió, sin vacilar y como codiciando para sí aquel fruto de bendición.

***

Como quiera que hasta el dolor tiene su medida y no hay mal que por bien no venga, el infeliz presbítero hallaba, en medio de sus torturas, un consuelo. El confesionario, aquel potro cuando antiguamente á él se acercaba Mariquita, convertíase ahora en lecho espiritual de colores y perfumes. El hijo del boticario, aquel esposo digno de envidia, aquel mortal afortunado, podía poseer el cuerpo, quizás también el alma de la esposa; pero no poseía, no, su conciencia.

***

El matrimonio de Mariquita y su marido era fecundo, tan fecundo, que Dios parecía bendecirlo sin cesar Todos los años, poco más ó menos, como si se tratara de la recolección,



G. CAMPS

ALEGORÍA DEL MES DE ABRIL



NARANJERO *Salón Parés.*

llevaban á bautizar una criatura. Al nacer el sexto hijo, Pepín, el mayorcito, ya contaba cinco años y asistía, con su madre en ocasiones, á la explicación de la doctrina cristiana, que daba el cura por las tardes en la iglesia. Tras él vendrían los demás; habría que instruirlos, confesarlos, casarlos á todos, si Dios le daba vida. ¡Vida! El padre Mateo, más que un hombre de carne y hueso, parecía un espectro, una aparición del otro mundo. Y, sin embargo, no cejaba en la senda emprendida. Cada día iban en aumento sus virtudes, cada día eran mayores sus mortificaciones, su piedad y mansedumbre.

Dios, que se complace en probar á los que elige, quiso apartar de sus labios aquel cáliz. La guerra civil ardía á la sazón en la Península, y al obscurecer de una tarde de otoño, una partida carlista cayó como un alud, entrando á sangre y fuego en Rocabuena. El padre Mateo, olvidado de sí mismo, se lanzó á la calle á auxiliar á los heridos, á predicar la paz, á decir á aquellos orates que no á tiros ni á sablazos se conquistan los espíritus. Cuando los invasores, perseguidos de cerca por los vecinos, armados deprisa y de cualquier modo, y por una columna que acertó á llegar, abandonaban la población, una bala perdida, yendo á incrustarse en aquel corazón, ya tantas veces traspasado, derribó al religioso sobre un moribundo á quien estaba auxiliando.

—El padre Mateo... matan al padre Mateo... ¡Dios mío, qué desgracia!

Y como el suceso ocurriese junto á la misma casa de Mariquita, le cogieron en brazos y le subieron á ella. La joven y toda la familia volaron en ayuda de su director espiritual, que ya apenas respiraba. Una mano del mártir, teñida todavía en la sangre del moribundo á quien momentos antes auxiliara, pendía, inmóvil, á lo largo de su cuerpo. Mariquita, ignorante del drama cuya protagonista era, cogió aquella mano, rególa con sus lágrimas, y, llevada de un instinto piadoso, la besó con efusión. Una sonrisa de suprema felicidad, de felicidad ya celestial, entreabrió los descoloridos labios del padre Mateo; después, su pulso cesó de latir y su corazón dejó de padecer.

Murió en olor de santidad, y con razón, porque, como decía el tío Bombas, el anarquista del lugar: sacerdotes como ese hay que buscarlos con un candil.

Juan TOMÁS SALVANY

JUEGOS FLORALES EN BURRIANA



La reina de la fiesta. — El Presidente de «La Grillera». — El Mantenedor del Certamen. — El poeta premiado.

Como verdadero acontecimiento artístico debe conceptuarse el certamen que la agrupación «La Grillera» ha celebrado estos días en la rica población de Burriana (Castellón).

Improvisada la fiesta en el corto espacio de tres ó cuatro meses, por una reunión de jóvenes que dedican sus ocios al cultivo de las letras y de las artes, con el concurso del Ayuntamiento y de las principales personalidades de la localidad, ha obtenido éxito tan lisonjero, que ha producido sorpresa hasta en sus mismos organizadores.

Presidía la sesión el Alcalde don Joaquín Peris: abierta la plica que guardaba el nombre del poeta premiado con el ramo de violetas, resultó ser don José Calzada Carbó, quien tuvo el acierto de elegir reina de la fiesta á la hermosa señorita Isabel Peris Peirat.

Con nutridísimas salvas de aplausos fué acogida la designación de la señorita de Peris, que no cesaron en tanto que conducida por el poeta laureado y acompañada por la Comisión correspondiente fué llevada á ocupar el trono, al pie del cual las niñas Lucecita Hernández y María Peris, ataviadas con lindísimos trajes de labradora valenciana, ofreciéronle con gracia seductora, modesto presente de frutas y flores.

Vestía la encantadora Reina riquísimo traje de Corte, de raso blanco bordado en plata, con adornos de valiosos encajes y manto de seda color rosa, sujeto á la espalda en artístico pliegue por dos broches de brillantes; sin lucir otras joyas que collar de irisadas perlas con broche y pasadores también de brillantes y riquísima diadema de las mismas preciosas piedras. Llevando la cola del vestido de esta encantadora Reina, modelo de belleza, aún en Burriana, donde es proverbial la hermosura de sus mujeres, iban las niñas Vicentita González y Virginia Granell, luciendo con gentil donaire costosos y elegantes trajes de paje, estilo Luis XV.

Sentada la reina en el Trono, fué leída y aplaudidísima la poesía del señor Calzada que desarrollaba con genial inspiración la leyenda de los trovadores lemosinos: *Fides, Patria, Amor*. Luego el mantenedor de los Juegos, don Enrique Tejedo pronunció con frase feliz un sentido y hermoso discurso apropiado á las circunstancias, que le valió merecidos plácemes y aplausos. En seguida se verificó el reparto de premios á los concursantes que habíanse hecho merecedores de esta honra y cuyos nombres no citamos por temor de incurrir en alguna omisión, y últimamente distribuyóse á los asociados que tienen trabajos premiados por el Jurado de «La Grillera» el grillo de plata que para en adelante ha de ser el distintivo de los socios activos de esta agrupación.

Con esto y con el discurso resumen que hizo el Alcalde, don Joaquín Peris, dióse fin á la velada, de la que tan satisfechos pueden mostrarse sus organizadores y especialmente el Presidente de la agrupación, el joven doctor don Antonio Manrique, y el activo Secretario de la misma don José Hernández por lo alto que hablan en pro de la cultura de la localidad, fiestas como la que con tanto esplendor acaba de celebrar Burriana.

Miguelito DE LA SEO

GRACIAS POR EL REGALO

(CUENTO... VERÍDICO).

SEÑORITO.

—¿Qué hay?

—Que le llaman á usted por el *telémaco*.

—Por el teléfono dirás, estúpido.

—Siempre me equivoco, señorito.

—¿Y quién me llama?

—Ese amigo que tiene usted en la estación del Norte. Dice que ha llegado, procedente de León, un bulto á nombre de usted, y que vayan pronto á recogerlo.

—¡Demontre! ¿Un bulto? ¿Qué será? Mira, Pedro, llégate á la estación y... Pero no; porque dada tu brutalidad, en vez de preguntar á López si tiene un bulto, eres capaz de preguntarle si tiene un lobanillo. Yo iré.

—Bueno, señorito.

—Sí; quizá se trate de algún comestible que pueda echarse á perder. Lo mejor es que yo mismo vaya ahora y me lo traiga en un carruaje.

***

Dicho y hecho: tomé un coche de punto, lleno de curiosidad; (es decir, el curioso era yo, porque lo que es el vehículo...) y llegué á la estación, en donde vi que el bulto depositado consistía en un cántaro de leche de León, sin poder averiguar quién era el misterioso donante, porque en aquella capital no conozco más que un ama de cría, pero completamente seca.

De todos modos, estimé mucho el cántaro de leche, que más bien que por la vía del Norte debió venir por la vía láctea.

Entré en los almacenes y allí tropecé con un buen mozo (que por cierto era jorobado) y á él encomendé la conducción del cántaro á mi domicilio, rogando al hombre que me lo llevase pronto, para evitar á la leche los estragos del tiempo.

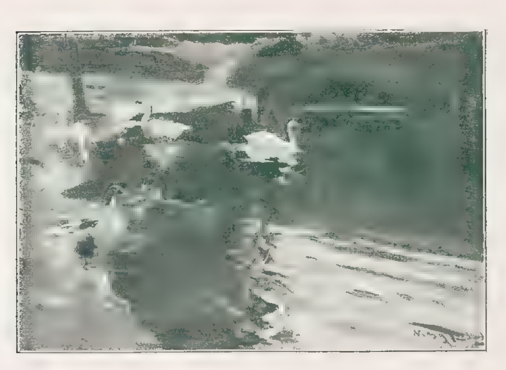
De suerte que, antes de abrir el cacharro, ya había yo pagado nueve reales al cochero y cuatro al mozo: total, trece.

Sin más contratiempo, gracias á Dios, que el pago de los derechos de consumo en el fielato, llegó el bulto á casa y llamé á mi familia para que presenciara la solemne apertura del recipiente y se chupara los dedos con el contenido.

Empleando gran parsimonia, destapé la boca del cántaro, el cual por su parte no dijo «esta boca es mía,» y ¡oh desencanto (ó desencántaro)! le faltaba la mitad de la leche... ¡la mitad de arriba!

En fin, hubo suficiente para llenar siete vasos. Yo me bebí un cuartillo, y entre mis tres chicos y mis dos criadas y «entre mi mujer y el negro» (el negro es un gato oscurísimo que tengo), acabaron con el resto de la leche leonina ó leonesa.

Unos la tomaron sola, otros mojaron en ella un cuerno; un cuerno de pan, por de contado, y otros, en fin, (las criadas y el gato) lamieron



Cuadro de A. MÁS Y FONTDEVILA

el vaso por todas partes, bendiciendo al misterioso autor del obsequio lácteo, en medio de gran júbilo por lo inesperado del suceso.

¡Daba gusto ver á toda la familia tan satisfecha de haber vuelto á la lactancia!

***

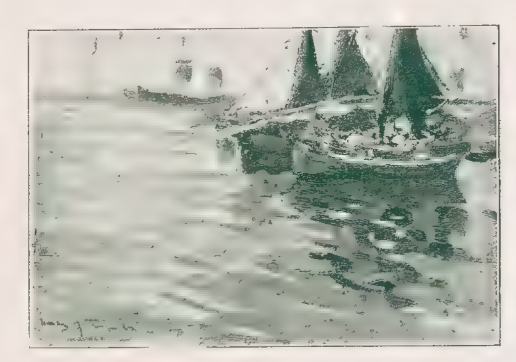
Pero ¡ah, señores! en este mundo no hay dicha completa.

Los primeros momentos fueron de felicidad. Todos los partícipes nos relamimos; mejor dicho, cada cual se relamió á sí propio. Mas, poco después... ¡poco después comenzamos todos á sentir un extraño escarabajeo estomacal y unas amarguras digestivas que, conforme avanzaba el tiempo, iban convirtiéndose en terribles luchas intestinas; no parecía sino que las vísceras andaban á la greña en las cavidades abdominales; algo así como si el hígado la hubiera emprendido á bofetada semi-limpia con el peritoneo y con todos los peritos que tenemos el honor de llevar en el seno.

Ello fué que, contra toda nuestra voluntad, sufrimos vascas, retortijones, mareos, escalofríos, colapsos, calambres y otros entretenimientos por el estilo.

No se puede negar que pasamos algunos días muy distraídos todos los individuos de la familia, sin exceptuar á Sigerico (así se llama el gato) el cual se quedó hecho una lástima y hasta sin fuerzas para arañar á las visitas de confianza.

Los denuestos, las maldiciones y los ¡carambas!, ¡canarios! y ¡meca-



Cuadro de A. MÁS Y FONTDEVILA.

chis! que dedicamos en los ratos de ocio al autor de tan funesto regalo, no son para escritos, ni mucho menos. Yo, sobre todo, no sufrí los efectos de aquéllo sólo en el vientre, sino en el bolsillo: la cuenta del médico me causó la impresión de una descarga cerrada, y eso que por el *módico* precio de treinta duros arregló siete máquinas humanas que se habían descompuesto completamente.

Tras estos gastos se me originaron otros más, pues desde León me exigieron la devolución del cántaro vacío, y el pretender devolverlo y el subsanar el extravío inesperado que sufrió y las mil reclamaciones que hubo que hacer, me costaron más que valen juntos todos los criaderos de cántaros de leche que han existido desde Adán, el del Paraíso, hasta Paraíso, el de los Adanes.

Precisamente las extrañas circunstancias que rodearon al regalito, avivaron mi deseo de averiguar quién era el autor, y al fin obtuve una carta del propio *asesino* con la explicación del enigma.

El autor de la leche que tuvimos el honor de padecer era un tal Pepito Suero, un imbécil que me debe mil pesetas hace mil años y se le ha ocurrido mandarme desde León, donde ahora reside, leche propia de su ganado, para que yo no lo apremie, cosa que me da á entender en su carta, empleando una ortografía que corre parejas con la leche, y asegurando que ésta es purísima.

Si llega á ser impura, destapar el cántaro y fallecer la familia en masa, todo hubiera sido uno.

¡Y pensar que el tal Suero se ha quedado tan satisfecho y tan orondo con su envío!...

En fin, no siento más que los cuarenta duros que me han costado los siete vasos de leche, aparte de que las indisposiciones de esta clase son más apropósito para los desocupados que para los que vivimos dedicados al trabajo productivo y no podemos andar perdiendo el tiempo en cólicos ni en tonterias.

Pues bien, lo más chusco del caso es que, á pesar de todo, la cortesía social me ha obligado á telegrafiar al autor de la gracia en esta forma:

«José Suero.—León. Recibido obsequio. Leche media. Indigestión completa. Familia desvencijada, pero reconocidísima por delicado cántaro. Te envía un abrazo con el alma (también de cántaro) Juan.»

***

Sólo un consuelo, hijo (lo confieso) de la peor de las intenciones, tuve á los cuatro días del referido acontecimiento lácteo. Poco después de llegar el cartero á mi casa, la cocinera se me presentó con lágrimas en la mano y una carta en los ojos, ó vice-versa. Yo creí que habría estado picando cebolla; pero supe que aquello era verdadero llanto al ver la carta, que decía poco más ó menos: «Sabrás que tu novio, el que estaba de conductor en la línea del Norte, murió el jueves de un cólico *miserable*, á causa de haber probado leche de un cántaro que, procedente de León, iba destinado á Madrid.»

¡Indudablemente hay Providencia!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LA MURGA DE LOS «INTRÉPIDOS»; por F. XUMETRA.



Para la fiesta de un lugar de Aragón, fué contratada esta orquesta, reputada como la mejor en aquella época. El baile dió principio por una airosa jota.



A lo mejor se rompió el tablado, dando con la orquesta en el santo suelo; pero como los músicos estaban acostumbrados á todo, sin perder ni un solo compás prosiguieron tocando; lo que les valió la más ruidosa ovación que se registra en la historia del arte.

LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

En el día 31 de Marzo del año 1492, se dió, por los *Reyes Católicos*, Doña Isabel y Don Fernando, el famoso Edicto mandando que todos los judíos no bautizados salieran de España y su dominios en el preciso término de cuatro meses; en cuyo perentorio plazo se les permitía vender, trocar ó enajenar todos sus bienes, muebles y raíces; pero prohibiéndoles sacar, ni llevar consigo, oro, plata, ni ninguna otra clase de moneda. Es decir, que la segunda parte del Edicto anulaba la primera. ¿Para qué permitirles la venta ó el trueque de sus bienes, si no habían de poder aprovecharse de sus productos?

Semejante medida era contraria al carácter humano y compasivo de Doña Isabel, y contradictoria de las generosas concesiones que Don Fernando había hecho á los moros antes de penetrar en Granada.

Además de esto, tal medida venía á anular el trabajo y á borrar las licencias de los monarcas y reinados anteriores.



Cuadro de Emilio Sala.

Fotografías de J. Laurent y C.ª

Alfonso VII de Castilla dió generosa hospitalidad á los judíos arrojados por los moros del Africa (1160), aumentando así las *Pueblas hebreas* que ya existían, con otras, en Toledo, Valladolid y Valencia, respetando su religión, sus sacerdotes, sus jueces, sus alcaldes y sus sayones, elegidos por el Concejo *(Aljama)*; si bien privándoles de enajenar heredad alguna, sin el consentimiento de los cristianos.

Poco á poco fueron formando las célebres *Juderías* de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, con sus sinagogas ó templos, sujetos á una principal cabeza de ciudad ó distrito, que hacía entre ellos de metrópoli.

En el año 1273, Don Jaime *El Conquistador* concedió á los judíos de Perpiñán, Cerdaña y Cataluña, nuevos privilegios á cambio de ciertos servicios pecuniarios. Por el de Lérida les otorgó la libertad de comercio; permiso para ejercer ciertas industrias; facultad para conservar sus templos y cementerios; derecho para percibir cuatro dineros por libra, al mes, en los préstamos á los cristianos, y el honor de que sólo el Rey pudiese introducir innovaciones en sus fueros y privilegios.

Autorizados los judíos para adquirir heredades, á pesar de la viva oposición de algunas Cortes, dieron nueva vida á la industria y al comercio, donde quiera que se establecieron, bajo el doble aspecto de propietarios y prestamistas. Este segundo les valió, por los que hicieron á varios monarcas y



LA FAVORITA. — Cuadro de C. ALVAREZ DUMONT.

señores, la libertad civil y religiosa, y el privilegio de estar tan sólo sometidos á la autoridad real; pero este mismo había de causar su ruina, ya que los nobles y todos los que de ellos tomaban grandes cantidades á préstamo, buscaban la manera de deshacerse de los judíos, explotando el sentimiento religioso, tan poderoso en aquellas épocas, y provocando contra ellos graves motines, que casi siempre terminaban con sangre, decididos á no pagarles las sumas que les adeudaban.

Ya en tiempos de Don Juan II, habían logrado los señores algunas disposiciones contrarias á los judíos; pero esto no bastaba; ansiaban su completa expulsión, y al fin la consiguieron con el Edicto de 1492. ¡Y á la verdad que el momento no podía estar peor elegido! Por un lado, los judíos habían contribuído al vencimiento de los moros por los cristianos, *abasteciendo los ejércitos de la Cruz de víveres y de vituallas, no dejando nada que desear á la viva solicitud de la reina Isabel.* Por otro, las capitulaciones de Granada, en las que se reconocía á los moros sus haberes, sus bienes y alhajas, y el derecho á conservar sus ritos, pugnaban contra una medida que no podía basarse en la cuestión religiosa, pues si se expulsaba á los judíos, se conservaba á los árabes.

Vanas fueron todas las tentativas de los judíos para lograr la revocación del Edicto. El canónigo Llorente, dice que llegaron á ofrecer á los *Reyes Católicos* 30,000 ducados de oro por la anulación del Decreto; pero que enterado de ello el terrible inquisidor Torquemada, se presentó á Doña Isabel y Don Fernando, y blandiendo un crucifijo, exclamó:—«¡Judas Iscariote vendió á su maestro por treinta dineros de plata, y vuestras altezas lo van á vender por treinta mil. Aquí está: tomadle y vendedle!»

Tal es el asunto del hermoso cuadro que hoy publica el ALBUM SALÓN, pintado por el laureado artista Emilio Sala, cuadro del que escribió el ilustre crítico don Federico Balart: — «Allí hay pedazos de pintura sólida y brillante sobre toda ponderación.»

Aterrados los monarcas, no se atrevieron á la revocación del Edicto.

Según Lafuente, después de pasar muchos días llorando en aquellos cementerios, que guardaban las cenizas de sus mayores, emprendieron los judíos la marcha, viéndose todos los caminos de España cruzados de viejos y jóvenes, mujeres y niños, enfermos y huérfanos, excitando la lástima aún de aquellos que más les aborrecían.

El historiador Bernaldez dice, que antes de partir *se vieron forzados á dar una casa por un asno, y una viña por un pedazo de lienzo ó paño,* calculando en unos 180,000 los judíos que tuvieron que abandonar España

Lafuente entiende que la partida de una clase tan inteligente y laboriosa destruyó nuestro comercio y mató nuestra industria; suponiendo que la causa principal de su expulsión fué el exagerado espíritu religioso del clero, que predicaba contra la raza judaica en templos y plazas; el odio con que muchos españoles miraban esta raza, creyendo cuanto malo se decía de ella; y los consejos de los inquisidores, cuya actitud, especialmente la del famoso Torquemada, decidió de un modo terminante su expulsión.

El ilustre Amador de los Ríos en su notable obra *Estudio sobre los judíos de España*, escribe refiriéndose á su expulsión: «La humanidad no puede menos de resentirse al imaginarse aquel miserable rebaño errante y desvalido, llevando sus miradas hacia los sitios en donde dejaba sus más gratos recuerdos, en donde descansaban los huesos de sus mayores, lanzando profundos suspiros y lastimosas quejas contra sus perseguidores.»

Huídos de Africa, á Portugal, á Holanda y á Italia, asegura un historiador contemporáneo haber visto morir de hambre á muchos de aquellos infelices, en el muelle de Génova.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

LO QUE PUEDE UNA LÁGRIMA

Ni un rasgo, ni una acción buena, ni una virtud, ni un átomo de conciencia. Nada.

El espíritu bueno veía con amargura al pecador.

Crujía el puente; delgado como un cabello, dispuesto á lanzar al réprobo en el abismo y las puertas de los siete cielos cerrábansele para siempre.

La balanza de los dos platillos, salvación y condena, tenía el primero vacío, el segundo lleno de malas pasiones, de nefandos vicios, de crímenes sin cuento, de impiedades.

—¡Es mío!—rugió Eblis furibundo...

—Aún no,—contestó el ángel.

—Ha matado, ha prevaricado,—bramó el espíritu de las tinieblas.

—Espera. .

—Ha robado...

—Espera...

De los ojos de Eblis salían chispas, el pecador temblaba y la balanza continuaba inclinada por el peso de la vida terrenal.

—¿Tienes algo que alegar?—dijo al réprobo el Espíritu protector.

—Nada—contestó éste.

—¡Te equivocas! ¿Fuíste padre? ¿Has amado?...

El musulmán tembló como una hoja, oprimió todo su espíritu, retorcido, y de lo impalpable, de lo etéreo, salió algo húmedo que cayó en la balanza haciéndole recobrar el fiel.

—Anda, te has salvado—dijo el espíritu bueno...

Anduvo el musulmán; el puente, fino como el cabello, no se rompió á su paso. Aquella gota que salió amarga de su alma, labró su salvación. Su amor paternal en la tierra le abría el quinto cielo; había bastado una lágrima para inclinar en su favor los platillos de la terrible balanza.

¡Sólo una lágrima!

F. TRUJILLO DE MIRANDA



Cuadro de Román Ribera.

ULTIMO DISCURSO DE VICTOR BALAGUER

Leído por su autor en la fiesta inaugural de los Juegos Florales de Zaragoza celebrada á fines del pasado año.

(Conclusión).

Porque así como la alegría es sanidad del alma, así la esperanza es signo de vida; que no es cierto lo de que mientras hay vida hay esperanza. No; cuando hay esperanza es cuando hay vida.

Y mientras así bulle la multitud y la vemos invadir regocijada las calles de Zaragoza en demanda de festejos, España entera se levanta como movida por fuerzas incógnitas y secretos resortes.

Por todas partes aparecen y hasta desbordan las fuerzas y manifestaciones del espíritu humano. Huestes de escolares se agolpan á las puertas de las aulas, principalmente de aquellas donde se enseñan ciencias prácticas y positivas, sobre todo en las Escuelas de Artes, Oficios é Industrias: el comercio se despereza y recobra sus valentías antiguas que le dieron ventura y nombre: navieros y negociantes acuden á las playas de nuestros dos mares y tratan de organizar flotas de marina mercante: ya se dan facilidades para canales y pantanos; ya la agricultura, avizorada y despierta, se lanza á empresas fecundas: ya se piensa seriamente en la repoblación de montes; ya la plantación de un árbol es motivo de solemnidad y fiesta; ya los propietarios, abandonando el fatal absenteísmo, acuden á presidir las labores del campo que, á fuer de agradecido, da en frutos lo que en cuidados recibe: cohortes de ingenieros y peritos vagan por las orillas de ríos casi ignorados, trazando planos para futuros proyectos y buscando fuerzas y saltos de agua con que dar impulso á nuevas industrias: vemos á cada instante cruzar larguísimos trenes de carga, que llevan acopios fabulosos de productos del uno al otro mar y del uno al otro extremo: pasan por ante nosotros hileras de coches atestados de viajantes y pasajeros, á quienes la fe del negocio, del estudio ó del comercio obliga á recorrer distancias insólitas: aparece en los senos más recónditos de las sierras y montañas la asombrosa electricidad dando luz á poblaciones que otra no conocieron jamás que la de la tea, luz potente y mágica que, convertida en eslabón del entendimiento, disipa las seculares tinieblas allí en el fondo de aquellos valles amontonados por la ignorancia: la palabra humana corre por un alambre, ó se arroja ya sin él, para contestar á otra que pregunta desde lejano territorio: el arte y la industria realizan portentos nunca vistos ni soñados: se levantan fábricas suntuosas en desiertos que se pueblan como por encanto, y máquinas maravillantes, de invención prodigiosa, llevan naves á surcar extensos mares y trenes á saltar ríos y horadar montes, sólo para ir á recoger de las entrañas de la tierra el pan negro que es alimento de la industria.

No en vano hemos alcanzado tiempos en que la ciencia y el trabajo obran milagros. ¿Es que van á ser verdad las visiones y sueños apocalípticos?

Al movimiento general de actividad que se nota, contribuyen muy principalmente Aragón y Zaragoza que ha tomado la iniciativa como tantas otras veces y en tantas otras cosas. Más que nunca hoy, por lo que tuvo de provícero y previsor, hay que rendir homenaje á aquel aragonés insigne que, nuevo Moisés, golpeó la peña con el cayado de la ciencia é hizo brotar, á las puertas mismas de Zaragoza, la fuente sobre la cual puso la lápida conmemorativa en que esculpió algo que así puede ser de confusión y vergüenza para el incrédulo como de regocijo y gloria para el creyente.

¿Quién, pues, acaba de decir y publicar que nos devora la murria y nos abruma el pesimismo?

¿Quién es el que desde las columnas de la prensa anuncia al mundo que nos faltan hombres?

¿Quiénes son los que van predicando que vivimos en la soledad de nuestras tristezas y desconsuelos, que carecemos de ideales, que todo está muerto, que estamos vendidos, corrompidos y entregados?

No, no es verdad. Hay que protestar con virilidad y energía. No es cierto. Exageran quienes así murmuran.

La patria se levanta y regenera por sí sola con sus propias fuerzas, y avanza por iniciativa individual, que es su gran fuerza, sin necesidad de estímulos y apoyos oficiales, que suelen ser menguados.

Soy viejo. Hace ya no sé cuantos años que pasé la tremenda línea de los jubilados. Me inclino sobre la tierra que me atrae, y oigo voces misteriosas que me llaman desde allí á donde fueron á esperarme tan gloriosos y excelentes amigos como conocí en esta Zaragoza, que se alza cada día más rozagante y gallarda.

Pues bien; mis ojos de anciano ven que la regeneración llega por propia voluntad de quienes lo desean. No lo he de gozar ya de seguro, pero tengo fe en el porvenir que avanza. Llego de recorrer las comarcas de Cataluña y de Aragón, que Dios bendiga. En todas ví milagros que realizan la ciencia y el trabajo. En todas actividad, ánimos despiertos, ojos que se abren, brazos que se mueven, entendimientos que piensan, capitales que se preparan, voluntades que se imponen, industrias que florecen, esperanzas que se realizan, y hasta crisis que por exceso de vida se promueven.

No son ciertos, no, esos vaticinios que se pregonan. Lo que hay es que en medio de tanto barullo como reina, los mercaderes se agrupan á las puertas del templo.

No, no faltan ideales. Lo que hay es que se retraen.

No, no está todo corrompido. Lo que hay es que todo está revuelto.

No, no faltan hombres. Lo que hay es que no se buscan, ni se escogen, si se atraen, y el más gárrulo se impone.

Lo que hay es que en el abrumante trasegar de tanta idea en lucha, de tanta oratoria en desórden y de tanto alarde en tumulto, se ensalza frecuentemente á quien no lo merece, se fustiga á quien no se debe, es preterido el bueno, es olvidado el sano, desconocido el modesto, ridiculizado el creyente, vilipendiado el justo, y la multitud, empujada por vientos de fronda, grita, y bulle, y vocea, y blasfema, y alardea, y se amontona en torno de aquellos que más desaforadamente blanden la pluma ó la palabra, como si la palabra y la pluma no fuesen ¡ay! como el hierro, que en manos de un caballero es una espada y en manos de un asesino es un puñal.

Por esto vosotros, los que aceptáis este símbolo de los Juegos Florales, los que hacéis redivivir su fiesta en este Aragón y en esta Zaragoza, fuente de tantos honores, los que creís todavía en la virtud de la *Fe*, que gana batallas, en la excelencia del *Amor*, que abre los cielos, y en la alteza de la *Patria*, que todo lo glorifica, por esto merecéis bien de Dios y de los hombres, contribuyendo á ese movimiento general y espontáneo de regeneración que brota en todas las comarcas y que presenta la región como foco de vida y la patria como luz del alma.

Y ya nada más, señores, nada más que dedicar á España las últimas palabras de este discurso, como fueron sus primeras para Aragón y Cataluña.

España, madre nuestra amada, á ti la que descubriste un nuevo mundo donde ni siquiera te dejaron un mísero peñón en que arbolar tu bandera;

A ti, que fuíste la primera en dar la vuelta al mundo para enaltecer la ciencia y humillar la ignorancia;

A ti, la que salvaste un día en Lepanto á esa Europa desagradecida que hoy te abandona en tus cuitas;

A ti, que enarbolaste la cruz en la torre del Alhambra, conteniendo la invasión de los árabes;

A ti, la que surcando mares ignotos y tenebrosos fuíste á sacar de las aguas ese archipiélago filipino, que hoy traidoramente te robaron;

A ti, la que llevaste á entrambos mundos la lengua castellana en que millones de hombres elevan hoy á Dios sus preces;

A ti, para quien, como Roma antigua y más aún que Roma, no existe tierra que no hayan pisado tus legiones, ni mar que no hayan surcado tus naves, ni cátedra á que no hayan subido tus sabios, ni lengua en que no se haya traducido tu Cervantes, ni rincón que no hayan visitado tus apóstoles, ni sitio en el universo en que no hayan repercutido tus glorias;

A ti, que fuíste un día la más alta de las naciones como la más santa de las madres, pues que te desangraste y desauraste para mantener esos hijos que luego te escarnecieron y fertilizar esas tierras que luego te arrebataron;

A ti, la que fuístes redentora y crucificada;

A ti, la inmortal, la gloriosa, la mártir, la santa, bendita entre todos los pueblos y naciones de la tierra;

A ti suben en nubes de armonía y en ondas sonoras nuestros himnos de amor y nuestros votos, envueltos en los inciensos y armonías de tus catedrales góticas y de tus cantos moriscos de Córdoba y Granada, como homenaje debido á la Espana magnánima, emblema de toda fe, símbolo de todo amor y luz de toda gloria.

BELLAS ARTES

Repetir los honrosos conceptos que cien veces nos ha merecido el arte de Román Ribera, sería como añadir agua al mar.

Ribera es una de esas reputaciones consagradas durante largos años, por lo exquisito de su talento personalísimo, en Italia primero, en Francia después, y por último en nuestro país, donde sigue con asombrosa lucidez y constancia, produciendo obras dignas de su pincel.

Una de las últimas es el bonito cuadro que publicamos en la primera página del presente número; un tipo *charmant* de mujer, con todas las seducciones de la elegancia, sin por ello prescindir de las más positivas de la realidad, pues todas las reune en grado sumo nuestro pintor.

Al ocuparnos de la última Exposición anual celebrada en el «Salón Parés», lo hicimos con la debida extensión de las preciosas tablitas y acuarelas que exhibía Baldomero Galofre. Una de las primeras, *Camino de Pompeya*, fué de las que, con justicia, llamaron poderosamente la atención, por el magisterio que toda ella revela.

En efecto, nada tan encantador como aquel paisaje atravesado por la carretera, en el que parece se hayan fundido los rayos de sol con el polvo que flota en la atmósfera para dar la sensación de luz difusa que causa el meridiano en su plenitud. Las figuras están distribuídas con gran oportunidad, siendo, en especial, notable por la vivacidad del movimiento y las bien acentuadas líneas el caballo que tira de la silla de postas, á la izquierda del diminuto cuadro.

Gaspar Camps renueva sus envidiables cualidades de compositor de gusto moderno, con su *Alegoría del mes de Mayo*, en la que enlaza una ideal figura de mujer, joven y hermosa, con las flores que han sido en todos tiempos el símbolo de la actual estación.

Elegancia retrospectiva, de Julio Borrell, es un bonito estudio que le sirvió, seguramente, para pintar su cuadro *Luna de miel*, que obtuvo merecidos elogios de la crítica, cuando lo expuso hace poco más de dos años en el «Salón Parés».

Este estudio está hecho con sobriedad y reune cualidades que quisiéramos encontrar siempre en las obras del joven pintor.

. . . .

Estaba ya impresa la página anterior, cuando hemos sabido que, á

ARTISTAS EXTRANJERAS



VIRGINIA REITER

Primera actriz de la compañía dramática italiana que ha funcionado en el Gran Teatro del Liceo durante la temporada de Primavera.

causa de ciertas dificultades de reproducción, ha debido suspenderse la publicación del cuadro de Baldomero Galofre que hemos mencionado, substituyéndolo por el *Pastoreo* de Dionisio Baixeras y la *Marina* de Ricardo Manzanet que ocupan su sitio. Por lo demás, como publicaremos el cuadro de Galofre en el próximo número, valga para entonces el presente juicio.

No debemos hacer el elogio del cuadro de Baixeras, que se recomienda por sí mismo, puesto que resaltan en él las innegables cualidades de observador sobrio y correcto de las costumbres y naturaleza catalanas.

De la *Marina* de Manzanet, sólo hemos de decir que una vez más demuestra la excesiva facilidad de su pincel, y nada más, porque Manzanet es uno de los artistas que se preocupan poco de la naturaleza y todo lo fían á la magia del mecanismo.

Francisco CASANOVAS

AGUSTIN QUEROL

EMINENTE ESCULTOR ESPAÑOL

Subir al más alto rango de la gloria en el Arte, por la fuerza incontrastable del mérito propio, es fenómeno que, aunque no frecuente, algunas veces se repite en el transcurso de la Historia, con referencia á los desheredados de la fortuna; es decir, á los que nacen sin otros bienes que los del talento y viven sin otro amparo ó protección que los que constituye su firmísima voluntad de llegar donde haya llegado el primero, impulsados por el único estímulo á que da forma el fuego de su especial inspiración. Pero el caso de Agustín Querol, escultor contra la voluntad de su propia familia, la cual estimando en las aficiones del niño una verdadera desgracia para todos, le puso toda clase de obstáculos al comienzo de su carrera, llegando al extremo de quererle reducir con amenazas fraternales, resulta una verdadera excepción; más aún, si se tiene en cuenta, que casi huído de su pueblo natal (Tortosa), donde había recibido escasísimas lecciones del único escultor que allí había (señor Serveto), en Barcelona comenzó á resolver el problema angustiosísimo de su vida que, aunque llena de privaciones, le permitía ya imaginar y obtener sus primeros triunfos. Bajo la dirección del viejo Vallmitjana ofreció en esta capital las primicias de su extraordinario talento, y escuchó los primeros aplausos, por sus obras: *La jove Catalunya,* busto alegórico; otro busto, *Un pianista:* otro de *Un niño;* los retratos del maestro compositor *Goula* y de *Una señora;* la figura de *David cantante* en los Hugonotes; un *Muchacho jugando á la sortija,* y otras muchas que comenzaron á atraer la atención de los críticos hacia el nombre del joven y casi niño escultor.



Pero su espíritu inquieto, encontró estrecha y mezquina la disciplina del taller ajeno y prefirió emanciparse de toda tutela y seguir abiertamente las inspiraciones de su mente, que eran grandes, aun cuando debiera tropezar con las impurezas de la realidad en las necesidades de la existencia. Y luchó con fe, refugiado en el fondo de un patio de la Ronda de San Pedro, con un pedazo de galería, convertido en estudio, rodeado de amigos entusiastas como él, y como él con muchas ideas y muy poco dinero. Pudo vivir así Querol, más de esperanzas que de realidades, conservando, sin embargo, intactos su carácter y su independencia, y huyendo el escollo de librarse á protecciones interesadas ó de buscar en la práctica del oficio lo que entonces parecía negarle la ejecución del Arte.

Un rayo de luz, en el camino harto obscuro que empezaba á recorrer, fué el concurso abierto en Madrid en 1884 por la Real Academia de Bellas Artes, para proveer una plaza de pensionado de escultura en la Academia que España sostiene en la inmortal Roma. Fué Querol á la Corte; presentóse, entre numerosos aspirantes, y consiguió que, por unanimidad, le fuera adjudicado el premio del concurso, es decir, la



INTERIOR DEL ESTUDIO - DESPACHO DEL ESCULTOR QUEROL EN MADRID



SAN FRANCISCO CURANDO Á LOS LEPROSOS (Bajo relieve).

Museo del Arte Moderno

RICARDO MANZANET

MARINA

DIONISIO BAIXERAS



PASTOREO

Salón Robira, (Fernando VII, 59.)

pensión, que desde entonces debía asegurarle la vida, el estudio, la realización de todas sus aspiraciones y el logro de sus más gratas esperanzas. La obra que ejecutó en estas oposiciones, reveló las grandes condiciones de escultor que tiene Querol; fué una estatua de *San Juan predicando en el desierto*, verdadero modelo de sobriedad, de realismo y de Arte.

A partir de este punto, la obra de Querol fué incesante y grandiosa como ninguna, pues apenas se alcanza á comprender que en tan pocos años haya realizado lo que parece que no puede realizarse ni en una vida entera.

Su familia, aturdida con el rumor de los aplausos que hasta Tortosa llegaban, encareciendo los méritos del artista, depuso su actitud, devolviendo todo su cariño al prófugo, quien á su vez supo agradecerlo tanto, que desde aquel momento fué su más grande y generoso sostén.

Estudió concienzudamente, descubriendo el secreto de la línea, cuyos contornos guardan aquellos hermosos mármoles del Vaticano, de las basílicas y de las plazas públicas romanas; impregnóse en aquella atmósfera pura y serena del Arte, que se eleva sobre las preocupaciones de las escuelas y los estrechos rituales de las épocas, y forjóse para sí un ideal, nacido entre las luces de sus propias concepciones, educado por su estudio y servido por su instinto. Por esto, cuantas obras ha ejecutado Querol en Roma, han sido por todos ensalzadas y aplaudidas, y de ellas ha hecho grandes elogios aquella prensa romana que, á pesar de ser política, reserva siempre una de sus columnas para incluir en ella la nota artística del día.

La lista de sus producciones sería interminable.

Pero para dar idea perfecta de todas, hemos elegido algunas que prueban las extraordinarias facultades del artista, su poderosa inteligencia y su inagotable inspiración.

En el relieve de *Publia pasando por encima del cadáver de su padre*, obra que fué juzgada por la prensa de Berlín como una de las más hermosas de la época, resulta Querol historiador; en *La Tradición*, poeta; en *Sagunto*, patriota; y en *La Fe*, grupo que corona el monumento á los bomberos de la Habana, creyente fervoroso, donde ha sabido, como Donatello, hallar dentro de la línea clásica la expresión de las ideas cristianas.

Así son todas las obras de Querol, inspiradas y ardientes en el asunto, acabadas en la ejecución, completas en todos sus detalles. La estatua del ilustre marino Méndez Núñez, erigida en Vigo, se impone á la admiración pública, y parece erguirse altiva en su pedestal de piedra, para lanzar á los vientos la famosa frase que le inmortalizó en el Pacífico.

Querol ha demostrado especial aptitud para ejecutar en pocas horas bustos y retratos de inmejorable parecido. El número de obras de esta clase que ha terminado, no puede calcularse, desde los bocetos de amigos, que hacía en Barcelona, hasta el hermoso retrato de Don Alfonso XIII, que le encargó la Reina Regente. En Roma se ha visto muy solicitado para hacer estos trabajos, que si le rinden utilidades, no le deleitan siempre. Recordamos una cabeza de nuestro Embajador en el Quirinal, señor Conde de Rascón, que, como suele decirse, materialmente hablaba; todos pretendíamos que, sin apercibirse de ello el Embajador, un día le había vaciado en yeso la cabeza.

Notable es también Querol por sus proyectos, que constituyen en él una especie de manía, propia de todo hombre extraordinario.

Concluído el tiempo de su pensión, ganó por concurso en 1888 la de honor, que prolongó su estancia en Roma.

Se necesitaría mucho espacio para hacer crítica razonada de un artista que como éste ha llegado, y que constituye una página de la historia del arte contemporáneo; y por eso, es fuerza encerrarse dentro de los términos generales de las afirmaciones concretas. Escultor que ha alcanzado medallas de oro en casi todas las Exposiciones internacionales del mundo, es una personalidad juzgada y admitida como indiscutible en todo el universo

Sin embargo, no posee la de honor en España. Por cierto que conviene hacer notar que cuando sufrió este desaire, en Berlín se le concedía



LAS CIENCIAS — Escultura de AGUSTÍN QUEROL.

al propio tiempo la equivalente: «Gran medalla de oro por el mismo trabajo que tenía aquí presentado, *San Francisco curando á los leprosos*.» Querol había mandado la obra en yeso á la capital de Alemania, mientras remitía la reproducción en mármol á la Exposición de Madrid. El contraste del éxito fué notable, y el artista quedó vengado de la injusticia que con él cometieron los suyos.

Habiendo ganado en concurso la obra del Frontón de la Biblioteca de Madrid, tuvo que trasladarse á aquella capital para ejecutarla, y desde entonces vive en la Corte, con las naturales ausencias de sus numerosos viajes por Italia y Francia.

En este tiempo ha producido Querol mucho; y muy bueno, tanto, que los 37 años que cuenta de edad no parecen suficientes á producir tan enorme cantidad de obras artísticas, entre las cuales, además de las citadas hay que recordar: el monumento á los Bomberos de la Habana, el de Ros de Medrano en Tortosa, el de don José *Elduayen* en Vigo, el de don Claudio *Moyano* en Madrid, el grupo de *Moisés y las Leyes* que ha de coronar el frontispicio del palacio de Justicia en Barcelona, el de Legazpi y Urdaneta en Manila, el de *Serafí Pitarra* en Barcelona; casi todos ganados en concurso; así como la estatua del *Salvador*, el *Vencido de hoy*, *Venecia birgulante*, el *Tenorio*, *Doña Inés* é innumerables retratos y caprichos artísticos que constituyen una verdadera riqueza para el arte escultórico español.

Además, ha modelado numerosos bocetos para monumentos que están pendientes de ejecución, entre los cuales puede citarse: el de *Fray Bartolomé de las Casas*, para Méjico; de *Duarte*, para Santo Domingo, y el de don Antonio Cánovas para la Habana. Este último, como ganado en concurso, ya estaría ejecutado si las eventualidades de la política no hubieran impuesto el deber de eregirle en cualquiera otra población.

Y como si no fuera esto bastante, que no parece la obra de un solo artista, sino de toda una generación, en la actualidad está terminando otra obra monumental y acaso de mayor importancia que la más grande de todas aquéllas: los Grupos que han de coronar el edificio del nuevo Ministerio de Fomento, cumpuestos, el central de tres figuras: la Gloria coronando á las ciencias y á las artes, y los laterales, del caballo *Pegaso*, sobre el que cabalgan respectivamente los genios del Arte y del Comercio, llevando al estribo, también respectivamente, la Industria y la Mecánica. Renunciamos á describir tanto ésta como aquellas obras, que sería tarea ardua y pesada, mas no por eso dejaremos de consignar que no tiene imitadores ni igual en España,



BAJO RELIEVE DEL MONUMENTO A MOYANO EN MADRID; por A. QUEROL



LAS ARTES — Escultura de Agustín Querol.

sus obras por sí solas señalarán una época. Enamorado, más que enamorado, creyente de Donatello, que sobrepuso su personalidad á los convencionalismos clásicos, pretende y á veces consigue, como el inmortal maestro florentino, comunicar su propia vida á la imagen que hace surgir entre sus manos. Su famosa *Tradición*, que ha recorrido el mundo conquistando la primera medalla en todas las Exposiciones internacionales en que se ha presentado, resulta un vivo ejemplo de lo que es capaz el poderoso genio del artista. Es la realidad misma de las ideas trasmitidas de generación en generación y personificadas en una anciana inspirada que cuenta á dos niños las proezas legendarias de nuestros abuelos.

Ante este grupo, el espectador es oyente también como aquellas criaturas, pues entra de tal modo en el alma la concepción artística, que nos parece escuchar el ruido de los siglos, atropellándose los unos á los otros.

Su estudio de la calle del Cisne, es un verdadero templo del Arte. Allí está Querol, siempre consagrado á sus grandiosas producciones, á sus queridas estatuas que ama como puede amarse á los seres á quienes hemos dado nuestra propia vida. Hay allí también una vitrina de reliquias, testimonio de sus triunfos: medallas y condecoraciones de todos los países donde Querol ha llevado sus obras: 3 medallas de honor: Munich, 1895; Berlín, 1896; Viena, 1898; 7 grandes medallas de oro: Munich, 1881; Madrid, 1887; Barcelona, 1888; París, 1889; Berlín, 1892; Viena, 1894 y Madrid, 1895.

Además, diplomas de honor en las Exposiciones de Málaga, en 1895, y de Canarias, en 1900; la medalla de la Exposición de Chicago de 1893, y las condecoraciones Proiglesia y Pontífice y la de la Milicia dorada de San Silvestre, concedidas por el Papa; la encomienda de número de Santiago de Portugal, la de San Miguel de Alemania y la de Francisco José de Austria.

Ha sido propuesto varias veces para la gran Cruz de Isabel la Católica, y últimamente el gobierno de la República Francesa le ha propuesto á su vez para oficial de la Legión de Honor, por sus trabajos como jurado en la Exposición universal de París, al propio tiempo que por sus obras obtenía *hors concurs* la más alta recompensa.

Su labor incesante le ha de llevar todavía más lejos; pues tiene en planta numerosas obras y proyectos á los que atiende con extremada solicitud, sin descuidar por eso sus deberes de profesor y de Director accidental del *Museo de Arte moderno;* porque Querol tiene en su labor la misma impaciencia que Miguel Angel, y su propia tenacidad, cualidades que, unidas á su alta inspiración y al exquisito sentimiento artístico en que vive dentro de la historia, forman los rasgos más característicos de su gran personalidad.—***

CONTRA CORRIENTE

Joselillo tuvo desgracia, no hay que negar á cada cual lo suyo, al escoger eso que se ha dado en llamar media naranja del hombre.

El, que en su larga vida de traginante había recorrido casi toda España engatusando bobos y dándosela «con queso» al que de más listo se preciara, había conocido un sin fin de mujeres de todos colores, calañas y categorías, buenas como pan bendito unas, traviesas como ardillas otras, y todas y cada cual con un encanto propio que no escapaba á la mirada perspicaz de Joselillo. Con muchas habló, con muchas bromeó y á muchas dió palabra formal de casarse «al año siguiente», con cuya truhanesca afirmación, mantenida de continuo, el tal año corría riesgo de ser el del día en que ha de ayunar el célebre Juan, del cuento.

Pero ¡qué quieren ustedes!... el hombre propone y Dios dispone. Y en esta ocasión, aunque Joselillo se había propuesto ponerse el mundo femenino por montera, Dios dispuso que fuera á caer, cuando menos lo pensaba, en manos de la lagarta de Rosarillo, la muchacha más sanota, fresca y dulzona que ha salido de tierra extremeña donde la conoció un día que dedicó el mozalbete á la compra de cerdos, que con perdón sea dicho, así se llaman.

Rosarillo que, por lo que queda dicho, dicho queda que era una excelente muchacha, tenía, ¿quién no lo tiene? un defecto. Pero defecto de tal magnitud que eclipsaba todas sus restantes bellas cualidades, que el amor tuvo buen cuidado de poner de manifiesto á Joselillo, al propio tiempo que le ocultaba ó le hacía ver sólo en cuarto menguante, la garrafal mota que empañaba la moral hermosura de Rosario, y aún estoy por decir, que la física también, porque ¡cuidado si se ponía fea cuando la menor causa excitaba el germen de la eterna contradicción que vivía latente en ella! Porque éste era, ni menos ni más, el defecto á que yo aludo y tan pésimos ratos hizo sufrir al novio de la extremeñita, sobre todo cuando pasó á la categoría de marido.

Bastaba que éste pensase una cosa para que su mujercita optase por la completamente opuesta. Y esto siempre, constantemente, en todo y por todo. Ideaba el desdichado traginante hacer un negocio en Bilbao y concluía por ir á Cádiz, á instancias de Rosarillo; quería vestir de blanco y había de ir de negro; le agradaba llevar jacarandosas patillas andaluzas y andaba afeitado como un sacristán; le gustaban las comidas picantes como guindillas riojanas y se las daba sosas como figuras prerafaelistas; anhelaba la cama dura como las de Portugal y se la ponía siempre blanda como plato de natillas. ¿Qué más? Le complacía beber agua y le atracaba de vino.

Aquella vida no era vida: era un martirio lento, pero mortificante y capaz de quitar el ánimo al más esforzado y la salud al más fuerte.

—En medio de todo—decía suspirando el pobre Joselillo á los pocos amigos que el espíritu de contradicción de su esposa le había dejado—la manía de mi mujer, como es constante y no varía, tiene una gran ventaja, que es la de no ser traicionera, y de este modo, cuando deseo salir, *verbo en gracia*, finjo tener deseos de quedarme en casa; cuando quiero ropa de invierno, pido la de verano, y si necesito paraguas, la digo que me dé el bastón. ¡Ah! Y siempre el vice-versa...

Sucedió, pues, que cierto día, fueron anunciadas con grandes bombo y platillos las ferias y fiestas de un pueblecillo ribereño del famoso Guadiana, y Joselillo, aparejando los mejores mulos y asnos que tenía en su cuadra, consiguió convencer á su mujercilla del buen negocio que con ellos podría realizar si acudía al mercado, donde seguramente no faltaría gente portuguesa y aún sevillana que los adquiriesen á buen precio. Aunque ya lo dijo repetidas veces, que su gusto hubiera sido que los tales ejemplares fueran llevados al mercado de Gerona, Rosario, haciéndose la víctima, accedió á las indicaciones de su marido por modo extraordinario, aunque hay quien, bien enterado, supone que fué por aprovechar el viaje



BAJO RELIEVE DEL MONUMENTO A MOYANO EN MADRID; por Antonio Querol



ALEGORÍA DEL MES DE MAYO

G. CAMPS

y visitar á unos parientes que en el citado pueblo tenía, matando de este modo dos pájaros de un solo tiro, como dice el adagio.

Arreglado que estuvo todo lo concerniente á la expedición, el matrimonio, montado sobre un jaco de linda estampa, adornado con profusión de borlas de estambre y cadenetas de cuero, que Joselillo pensaba vender á buen precio, salió con dirección á la feria, contento y ufano él por ser la primera vez en su vida de casado que hacía una cosa á su gusto, y alegre y juguetona ella, para quien la perspectiva de la feria y los halagos que pensaba recibir de sus parientes eran cosa de justificado regocijo, que demostraba en saltos y brincos y haciendo cosquillas con una rama de almendro en las orejas de la caballería que montaba, en unión de Joselillo, á usanza gitana.



PUBLIA PASANDO POR ENCIMA DEL CADÁVER DE SU PADRE

Bajo relieve de AGUSTÍN QUEROL.

Poco amigo el jamelgo de bromas, protestó de las de su ama, dando algunos botes que por poco derriba á sus jinetes, lo cual hizo exclamar al marido:—¡Digo! Parece que no nos lleva á gusto, ni le agradan los juegos. Pues ahora, al vadear el Guadiana, será ella... Cuidado Rosarillo, no hagas nada al *Lucero*, no tengamos algún percance... El río viene crecido.

¡Nunca lo hubiera dicho ni pensado! Bastó sólo que la cabalgadura se empezase á mojar los cascos, con objeto de atravesar el caudaloso río, para que Rosario, en su deseo ó costumbre de llevar la contraria en todo y por todo y á todo el mundo, hurgase con más afán las tiesas orejas del caballejo, que protestaba de semejantes caricias en semejante lugar y en momentos semejantes, en que la corriente tenía fuerza impetuosa, con relinchos en extremo elocuentes. No quiso ó no supo entender la imprudente las amenazas del noble bruto, y si las entendió, para demostrar una vez más su espíritu de contradicción, continuó en la bromita pesada del cosquilleo en las orejas.

Joselillo estaba rabioso *é in pecto* maldecía de la hora en que había pensado concurrir á la feria, pero, comprendiendo que si protestaba iba á ser peor, tomó la heroica determinación de callarse como un muerto... y afianzarse bien en los estribos. *Lucero* que tenía, por lo que se vió, menos dosis de mansedumbre que su amo, cansado de no ser atendido en sus justas súplicas, protestó de nuevo; pero esta vez como protestan los brutos, con un par de coces y un salto de carnero que hizo perder á Rosario el equilibrio, arrojándola al agua. Joselillo, sorprendido por el formidable bote de su jaco, harto hizo con no caer también al río, no pudiendo evitar que su mujer pagase con la vida la última de sus imprudencias.

Como se puede comprender perfectamente, la alarma que produjo la desgracia fué grande entre toda la gente que había á una y otra orilla del Guadiana y los pocos que, al igual que el matrimonio del cuento de mi abuela, cruzaban el río en unas y otras direcciones.

El cuerpo de Rosarillo desapareció en un momento de la superficie de las aguas, y entre el afligido esposo y las buenas gentes que voluntariamente se prestaron á tamaño favor, se dedicaron á buscar, para extraerle, el cadáver de la testaruda. Al efecto se tripularon varias lanchas que río abajo se dirigieron, en tanto que el viudo, lloroso de dolor y de ira, remando en otra de aquéllas se dirigía río arriba, en busca de su mujer.

Un anciano que en la orilla presenciaba todas aquellas operaciones, dijo á Joselillo al verle pasar: —¡Pero hombre!... El dolor te ha trastornado... ¡Buscas á tu mujer contra corriente!... ¡Río abajo la hallarás!...

—¡Ah, señor!...—contestó Joselillo gimoteando;—yo conozco bien á mi Rosario y sé que con su genio, por llevar en todo la contraria, ¡se habrá ido río arriba!...

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

EL NUEVO OBISPO DE LA PLATA

El día 1.° de Marzo y ante el Presidente de la República prestó juramento de fidelidad á la patria y á la Constitución el doctor don Juan N. Terrero, designado para ocupar el obispado de la Plata. Modesto como buen sacerdote, es sumamente ilustrado, lo que unido á su carácter cariñoso y caballeresco hace que sea respetado y querido por toda la nación y se honre con su amistad lo mejor de la sociedad argentina.

Nació el doctor Terrero en Buenos Aires el 13 de Agosto de 1850, y á los 27 años obtuvo el título de abogado, trasladándose en seguida á Roma, donde asistió durante 5 años á la Universidad Gregoriana, obteniendo en 18 de Diciembre de 1880 la orden del presbiterado, de manos de monseñor Senti. Completados sus estudios, regresó á Buenos Aires en 1882, ocupando desde entonces los cargos de capellán del colegio de la Santa Unión de los Sagrados Corazones, hasta 1884, en que fué nombrado Juez de conciliación por el Arzobispo Aneiros; en 1886, fiscal eclesiástico del arzobispado, siendo designado en 1888 para ocupar el curato de la Parroquia de San Telmo; al año siguiente fué nombrado canónigo de merced, y poco tiempo después se le elevó á la dignidad de canónigo tesorero. El Arzobispo monseñor Castellanos le nombró su secretario de cámara, y en 1897 lo ascendió á vicario general de la Arquidiócesis, siendo consagrado por el mismo Arzobispo en 19 Junio de 1898, Obispo titular de Decos y auxiliar de Buenos Aires. A la muerte del inolvidable monseñor Castellanos, figuró en la terna para Arzobispos, juntamente con los monseñores Espinosa y Padilla; y por fin en 7 de Diciembre de 1900, fué preconizado por S. S. León XIII para el elevado cargo que hoy ocupa.



El acto de su recepción resultó imponente; se engalanaron las calles por donde debía pasar la comitiva, á su llegada se echaron las campanas al vuelo y asistieron á recibirle á la estación lo más caracterizado de la capital, comisiones de las parroquias, los seminaristas y varios miembros del Poder Ejecutivo de la provincia. El doctor Adolfo Saldías, en nombre del P. E., y el doctor Carlos Dimet, en el de la Comisión organizadora de la recepción, y el Gobernador de la provincia doctor Irigoyen, diéronle la bienvenida. En un altar levantado al efecto en la estación, el doctor Terrero se vistió de pontifical, trasladándose al templo de San Ponciano, donde el Arzobispo monseñor Espinosa le tomó juramento y pronunció varias palabras alusivas al acto, al igual que monseñor Alberti. Terminado el sermón se cantó un solemne *Te Deum* y luego, el doctor Terrero se sentó en la silla episcopal dando á todos los fieles la bendición con los Santos Sacramentos. Después de las ceremonias religiosas se sirvió un *lunch* á la concurrencia en la casa parroquial de San Ponciano. Por la noche, el Gobernador de la provincia efectuó una recepción en los Salones de la casa de Gobierno, á la que asistieron en corporación todas las asociaciones piadosas de la localidad.

En resumen: la recepción del nuevo Obispo de La Plata, monseñor Terrero, ha sido brillantísima, no recordándose otra que la haya superado. ***

JULIO BORRELL



ELEGANCIA RETROSPECTIVA

DOS BESOS

EN LOS OJOS

Idealidad de sueño realizado
que de un suspiro en el ambiente flota,
flor de ilusiones que fragante brota
del tierno corazón enamorado.
Momento sin futuro y sin pasado
en que el presente la ventura agota;
lazo de unión, que la cadena rota
une con eslabón apasionado.
Inmaterial fusión de los sentidos;
luz absorbida por los labios rojos;
alma y aliento en uno confundidos;
de inconsciente pudor dulces sonrojos;
redención de dos ángeles caídos
es el beso de amor dado en los ojos.

EN LA BOCA

Dulce alborada de radiante día;
de embriagador placer supremo instante;
de un poema de pasión nota vibrante
que encierra un mundo entero de armonía.
Oleada inmensa que oprimido envía
el corazón al alma delirante;
aspiración lograda del amante
envuelta en sensualismo y en poesía.
Fiebre de amor, abrasadora llama,
efluvio de la vida, en ansia loca,
del corazón que las delicias ama;
preludio amante que á gozar provoca,
es la explosión de amor, que amor inflama,
el beso del placer dado en la boca.

J. de Dios DE LA RADA Y DELGADO

PARA EL ALBUM

DE MARUJA (1)

Verás, en remotísimas regiones,
levantarse graníticos gigantes,
y arrojar, entre horrendas convulsiones,
sus entrañas de fuego palpitantes.

Cuando viste la bella primavera
á la tierra de mágicos colores,
verás que el Sol detiene su carrera
para besar á las gallardas flores.

De tormentoso mar, la espuma inerte,
verás acaso amortajar, piadosa,
al náufrago infeliz que horrible muerte
halló entre sueños de zafiro y rosa.

Cuando de un rudo estío los rigores,
inclementes agostan la campiña,
tal vez verás que truecan sus amores
joven gallardo y pudorosa niña.

Verás, al rayo, corpulentas hayas
fulgurante tronchar, cual tallos tiernos:
rugir las olas al batir las playas,
como furias que arrojan los infiernos.

Verás, cuando la luz sus rayos quiebra
en los brillantes que vertió la aurora,
cuál en dorados hilos los enhebra
para formar guirnalda encantadora.

Pero nunca verás, amiga mía,
que la alta inspiración baje á mi mente;
aunque invoqué á menudo á la poesía,
siempre sorda la hallé, siempre inclemente.

Para pulsar la lira no he nacido,
renuncio á los laureles de la gloria:
el profanar tu album, sólo ha sido
para hacerme un lugar en tu memoria.

Matías GUASCH

(1) Señorita María Eugenia Martínez, distinguida escritora chilena.



Cuadro de J. M. TAMBURINI.

DOS MESES EN ESPAÑA (1)

(MÁLAGA)

Cuando las grandes metrópolis de la tierra duerman el eterno sueño de las cosas que fueron y han dejado de ser; cuando, por el paulatino enfriamiento del Planeta, esas grandes agrupaciones de hierro y de piedra cimentada se conviertan en solitarias necrópolis; el hombre, destinado á sobrevivir á todo lo criado, será, cual capitán de nave que naufraga, el último sér que abandonará su morada, y encontrará seguro asilo en ese perfumado oasis que se llama Málaga, la bella: Málaga, la ciudad favorita del sol y del océano.

Centinela avanzado de la civilización cristiana, es también Málaga el símbolo de reconciliación de la raza humana, dividida por el crimen de Caín. Arca de alianza entre los descendientes de Abel, asesinado, y los hijos del asesino Caín, hoy perdonados y rehabilitados por cuarenta siglos de resignación y sufrimientos.

¡Málaga! tierra neutral entre la barbarie africana y la cultura europea, les brinda igual generosa hospitalidad al agreste moro del Riff que al árabe errante del desierto; al orgulloso Lord inglés, que al humilde peregrino que mendiga su pitanza, en camino para la Meca y Medina.

¡Misteriosa y privilegiada tierra, donde crece el olivo de Palestina al lado del pino de la Escandinavia; los dátiles del Nilo, cerca de la uva del Guadalquivir; la caña dulce de las Antillas, junto al ciprés de Islandia; prodigalidad de la naturaleza, que en vano se buscaría en otras regiones.

Si es cierto que España sea fértil vivero de mujeres bellas, no lo es menos que las malagueñas no tienen rivales en su hermosura y donaires.

Luceros son sus ojos, caricias sus movimientos, y suave melodía el idioma de Cervantes en sus bocas. La cadencia de sus talles, al marchar, semeja á la del bambú de la India, mecido por la brisa primaveral.

Pero, todos esos esplendores naturales de la reina del Mediterráneo, se eclipsan en mi memoria ante el grato recuerdo de una personalidad humana, la más perfecta y simpática que yo haya conocido.

De mediana estatura y con una fisonomía que revela su noble índole, el Doctor Enrique Linares, es un médico eminente para quien las ciencias naturales no tienen secreto alguno. Sin darse cuenta de la enormidad de su talento, ni de la extensión de sus conocimientos, sabe lo que de la ciencia ha aprendido y el resto lo adivina.

Si Málaga no tuviera más mérito que el ser la cuna del Doctor Linares, ese solo hecho sería bastante para que, al escuchar su nombre, mi corazón latiera con anormal insistencia.

¿A qué debimos, el infrascrito y mi familia el grande honor de ser tratados por el Doctor Linares? No éramos ricos ni conocidos. En aquella fecha sólo sabía Linares que un hijo de la América española necesitaba sus valiosos servicios, y no vaciló en prodigárnoslos.

Una noche cenábamos juntos, el coronel comandante del castillo de Gibralfaro, en el Liceo ó Casino de Málaga, á tiempo que entraba en el salón el Doctor Linares. Las demostraciones de respeto y simpatía que recibió de los socios, eran tales, que me llamaron la atención, y pregunté al coronel, á qué debía Linares tales homenajes.

Aquél me contestó lo que paso á referir. — «Aún son pocas esas muestras de aprecio, si se atiende á los méritos de Linares. Para dar á usted una idea de lo que él es capaz como hombre de ciencia y de corazón, voy á referirle una, entre otras, de sus luchas contra el genio del mal, seguida de completa victoria.

» Hace algunos años que el presidente de la Audiencia de Sevilla, X., se tragó, cuando dormía, una de las placas de su dentadura postiza. La pieza se detuvo y fijó en sitio del cual no era posible extraerla, haciéndola volver por la vía que había tomado al entrar, ni conseguir que siguiera su camino hasta salir, atravesando el estómago y demás órganos inferiores. El señor presidente, pues, estaba destinado á una próxima muerte. El diagnóstico de todos los médicos era uniforme. Sólo el Doctor Linares opinó que era posible salvar á X., si la familia se decidía á ensayar un procedimiento *heroico* que ofrecía una probabilidad de salud, contra mil de muerte. X. consignó en una tarjeta la promesa de dar la mitad de su fortuna al médico que le salvase. El desinteresado Linares, no pensó siquiera en que su habilidad fuera recompensada con otra remuneración que la que le ofrecería su conciencia.

» Una vez resuelto que Linares ensayaría su proceder, más que heroico, casi sobrenatural, mandó colgar al paciente cabeza abajo; esto es, á la inversa de la posición normal del bípedo. Para prolongar la vida de X., mientras se le operaba, practicó la difícil incisión en el cuello, que los cirujanos llaman la traqueotomía. Estaba, pues, asegurada la respiración por algún tiempo.

» Llegado el momento supremo, Linares empuñó sus instrumentos cortantes, sin que su corazón desmayara ni se apocara su ánimo.

» En unos pocos minutos practicó la incisión por donde debía abrirse paso la reclusa dentadura, y... el milagro fué hecho.

» Tres meses después, el señor presidente de la Audiencia de Sevilla ocupaba la curul del tribunal y pronunciaba y distribuía la justicia.

» El desinteresado Doctor Linares, no recibió jamás recompensa alguna pecuniaria del ingrato X.; pero su reputación y la fama de su habilidad franquearon los límites de Andalucía, y habría deslumbrado con su nombre á todo el continente europeo si Linares, en vez de nacer en España, hubiera nacido en París, Londres, Viena ó Berlín.»

¡Querido Doctor Linares; si la casualidad lleva estas líneas ante vuestros ojos, os convenceréis de que la ingratitud no es un vicio universal, y que vuestro nombre es bendecido en las solitarias selvas de América, por una familia americana á quien prodigásteis, para aliviar sus dolencias, la omnipotencia de vuestro saber y la ilimitada generosidad y grandeza de vuestra alma!

Manuel ARGÜELLO MORA

San José de Costa Rica.

(Continuará).

(1) Véase el número 81.

BELLAS ARTES

Corta nos ha de resultar esta vez la faena, puesto que, al hablar de de los cuadros que adornan el presente número, solamente dos han de ocupar nuestra atención, dado que ya en el número anterior describimos la preciosa tablita de Baldomero Galofre que ocupa la doble página central, y que no pudo publicarse entonces por dificultades materiales de copia.

Cábenos recordar, sin embargo, que la tablita figuró en la última Exposición celebrada en el «Salón Parés», causando la admiración de los aficionados, al par que las demás obras de Galofre, por la habilidad inconcebible de la pincelada, que adquiere la pulcritud y fineza de la miniatura sin perder su amplitud y facilidad. Hemos de señalar especialmente el grupo de borriquillos de primer término, por demás pintoresco y la rica composición del cielo, donde las nubes se combinan con encantador magisterio.

Embellece la primera página un cuadro de José María Tamburini, pintado expresamente para el Album Salón, cuyos lectores agradecerán sin duda la reproducción de una obra de tan distinguido artista.

La primavera con sus perfumadas brisas y con sus días serenos incita á tomar parte en el despertar de la vida; por ello, todas las manifestaciodel *sport,* que representan la salud y la fuerza, tienen siempre lugar en este afortunado período del año. Para simbolizarlo ha pintado Tamburini una espiritual figura de mujer esperando desde la orilla de un lago la barquilla; con el manejo de los remos desentumecerá sus miembros entumecidos por la inacción de la vida social del invierno, y los pulmones se hincharán con el aire oxigenado de los campos.

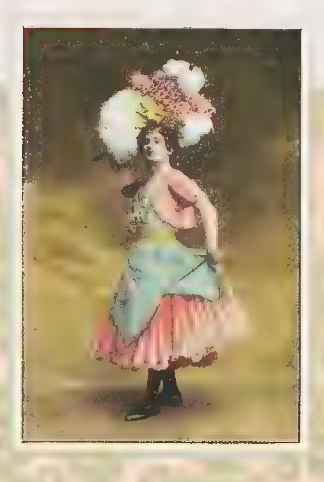
El movimiento de la figura está bien encontrado, y en el dibujo y color se renueva la gracia peculiar del maestro.

De José María Marqués es la bonita acuarela que copiamos en la página 136, *Tipo granadino,* que muestra en sus rasgos fisionómicos algo como la descendencia melancólica de los Abencerrajes. El tipo fué sorprendido en Granada mismo, de suerte que nuestra presunción no es del todo aventurada.

La impresión es rica de color y éste está colocado con garbo, lo que presta á la acuarela singular frescura y espontaneidad.

Se han puesto los medios posibles para publicar las obras más notables que figuran en la Exposición Nacional de Bellas Artes que se está celebrando en Madrid. Hasta ahora, causas ajenas á la voluntad del Director de la Revista, le han impedido satisfacer esos deseos con la oportunidad debida; lo que no será obstáculo para que lo haga en lo sucesivo, si los artistas, como es de esperar, responden favorablemente á sus excitaciones.

Francisco CASANOVAS













EL GENIAL LEOPOLDO FRÉGOLI, EN SU PRODUCCIÓN «ELDORADO»

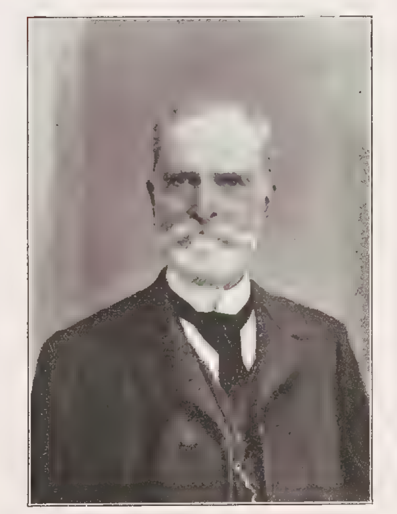
Fotografía Naborie (París)

JACINTO Y. CAAMAÑO

(REPÚBLICA DEL ECUADOR)

A fines del siglo pasado el almirante don Jacinto Caamaño, natural de Cádiz y caballero de las órdenes de Santiago y Calatrava, fué al Pacífico comandando una escuadra española de la que formaban parte las fragatas de 60 cañones «Princesa» y «Aranzazu»; esta última con la insignia del almirante. Después de recorrer con sus buques este marino notable la costa mejicana, haciendo estudios geográficos por orden del Rey de España, llegó á Guayaquil, en donde conoció á la que más tarde fué su esposa, doña Francisca Arteta y Santistevan; pidió su retiro de la real armada y se estableció en aquel puerto. De los hijos varones del antedicho matrimonio, el único sobreviviente es el menor de ellos, *señor don Jacinto Y. Caamaño*, acaudalado ecuatoriano y hombre público, cuyo retrato honra esta página.

Nació en Guayaquil en el año 1818; en 1849 salió de allí y se dedicó algunos años á viajar hasta que se radicó en Méjico, en donde contrajo matrimonio con la señorita Antonia Almada, de la que tuvo dos hijas, Dolores y Francisca.



Formó parte de las Convenciones de los años 1869 y 1883, y de los Congresos de 1890 y 1891, en Quito. Arrastrado á su pesar á la vida pública, en la que ha desempeñado brillante papel por su ilustración, talento y rectitud, ha procurado siempre que ha podido vivir separado de la política. tanto, que en 1883 rechazó la primera magistratura de la República que le fué propuesta por el partido conservador, que entonces dominaba en la Convención y en el país en general.

Posee una cuantiosa fortuna, de la que forma parte la hacienda «Tenguel», cuyas vistas fotográficas acompañamos á continuación para que se juzgue de su importancia; y considerada por los ecuatorianos como una de las mejores, sino la mejor de la República.

Caballero esencialmente honorable y filántropo, es uno de los rarísimos hombres que tiene la suerte de no tener enemigos, pues su carácter bondadoso, suaves maneras é intachable conducta le captan el respeto y simpatía de sus conciudadanos.

* * *

¡TODO... POR MIS HIJOS!

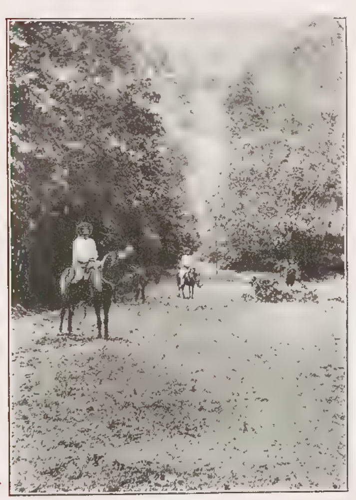
Aquellas densas nubes que habían emborronado el azul del cielo durante el día, empezaron á deshacerse á la hora del crepúsculo vespertino, comenzando su tarea con gotas tardías y pequeñas y aumentando paulatinamente hasta una lluvia finísima y continuada á medida que aquél nos iba envolviendo en las mil negruras que arrastran tras sí la mayoría de las noches de invierno.

En la buhardilla no había luz y Dolores, cogiendo á su hermanita en brazos, pretendía encontrarla á través de los empañados vidrios de una pequeña ventana... ¡ilusión vanal... nada se veía, todo lo ocultaba el chaparrón...

Otras noches, en que su pobre madre también tardó, se colocaron en la ventana y, contemplando la larga calle, esperaron, esperaron mucho, olvidando así las horas, sin sufrir apenas, por aquello de que los que esperan viven felices.

Recordaba Dolores, tiernamente, que durante el estío que huyó, alguna que otra vez había visto llover como aquel día; pero en aquellos tiempos sentía el dulce placer que filtraba en su pecho la canción de sus vecinas, sus amigas más íntimas, las golondrinas que, cariñosas con ella, anidaban un poco más arriba de la ventana por donde se enseñoreó el sol entonces, y en aquellos instantes tan sólo dejaba penetrar por sus rendijas un frío muy grande.

Y como la madre no acababa nunca de llegar y la pequeñuela tenía necesidad de amamantarse, Dolores, la mujercita de diez años, la mecía y cariñosa entonaba una bonitilla canción, al compás de la música sorda que producía el choque de la lluvia contra los cristales.



Hacienda Tenguel *(Guayaquil)*.
Camino carretero á través de huertas de cacao.

***

En tanto la madre, aquella tarde había recorrido las puertas de todas las iglesias y capillas; había pedido por el amor de Dios, á un sin fin de personas un poco de pan para sus hijitos del alma... y no lo había encontrado.

Flacucha, enfermiza, fijaba sus hundidos ojos en la obscurecida bóveda, rogando á Dios, á ese sér invisible, sublime y bondadoso... pero pronto se ensimismaba en el dolor que la realidad, generosa en pesares, le ofrecía.

A través de la niebla, creían sus ojos adivinar á aquellos pedazos de sus entrañas, tendidos en el suelo, extenuados por el hambre...

Cuando ese cuadro terrible se esfumaba en el espacio, un poco más allá, su vista forjaba otro cuadro, aún más terrible todavía...; veía un palacio en construcción y al pie de su fachada á Ramón, á su infortunado esposo que agonizaba bajo el peso de piedras y escombros de una pared derrumbada...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡¡ten piedad de mí!!—repetía, apoyándose con la mano en las paredes de una estrecha y tortuosa calle de la vetusta ciudad.

El agua y la noche vinieron á sorprenderla, y, apretando el paso cuanto pudo, fué á cobijarse bajo el pórtico de la Catedral.

Pasaron varias personas. A todas pidió y ninguna se compadeció de ella, sin duda por no detener el paso.

¡La infortunada viuda iba á morir de dolor y de frío!

Más tarde pasó un hombre joven. No se preocupaba mucho de la lluvia é iba dando al viento canciones festivas... Fijóse en ella, y ella humilde, pidióle una limosna.

Subió el joven los cuatro escalones que dan acceso á la Catedral y, una vez junto á ella, la dijo:

—Te la doy, á cambio de un beso, ¡hermosa!



Hacienda Tenguel.
Camino carretero á través de huertas de cacao.



Hacienda Tenguel.
Casa principal de la «Hacienda Tenguel», inclusive tendales é iglesia.

—¡Veinte besos, señorito; que mis hijos se mueren!

En la calle imperaba la soledad. El joven acercó sus labios á los de aquella mujer, besándolos repetidas veces. Ella se estremeció, no tardando en llorar. El insensato puso en sus manos algunas monedas y marchó cantando canciones más alegres.

A la madre de Dolores ya no le atemorizaba el agua... corrió... compró pan...



Hacienda Tenguel
Caserío del departamento Rioblanco.

El dinero que aquel hombre le había entregado no daba para más.

***

Llegó á su casa.

—¡Madre! ¡Madre mía! ¡cuánto has tardado!—dijo Dolores, rodeando con sus brazos el cuello de la viuda...

Esta contestó: — ¡Traigo pan, hija mía! ¡come! ¡come!

Dolores comió. Su madre puso á la pequeña junto á su pecho, y no pudiendo resistir el hambre que la consumía, también ella llevóse el pan á la boca.

Dolores rompió el silencio, exclamando: — ¡Qué bueno es! ¡qué blando!—al tiempo que su madre decía, aunque en voz muy baja: —Ramón, Ramón, ¡qué pan tan amargo!

. . . .

Después acercó los labios al oído de su hija. Iba á confesarle su debilidad. Por poca luz que hubiera habido en la buhardilla, Dolores hubiera visto á su madre sonrojada; pero no pudo verla y la viuda calló.

—¿Qué quieres, madre?

—Nada; que comas... — y continuó á los pocos momentos de esta manera. — Mañana, aunque tarde, no lloréis, ni sufráis, ¡yo procuraré que no os falte pan, ni tan sólo una noche...

—¿Te darán mucho, verdad?—preguntóle la niña con indecible candor.

—¡Mucho! ¡Oh, sí! ¡Cuanto yo quiera!

***

La infeliz mujer estaba resuelta, su hijita sentía en los preludios de su vida triste, un placer inmenso.



Hacienda Tenguel.
Departamento de San Jacinto.



Hacienda Tenguel.
Potreros en terrenos altos de Santo Domingo, para engorde de ganado.

¡Cuánto mejor hubiera sido que Dios, uniendo á aquellos tres seres en un abrazo, infundiera en el alma de la madre un poco de valor, para que juntos se revolcaran por el suelo de aquella habitación obscura, pálidos, demacrados, sin alientos ni aún para lamentarse, hasta acabar sus extorsiones con el terrible bostezo de la muerte.

¡Hermoso remate para una tumba, donde la sociedad caritativa y bondadosa arrojara los cadáveres de sus infortunados!

Juan VENTURA RODRIGUEZ



Hacienda Tenguel.
Una de las varias casas para empleados.

PALO DE CIEGO

Por la calle del Mundo
pasaba un ciego,
con un palito de oro
á bulto hiriendo.
Al que alcanzaba,
todo se le volvía
risas y danzas.

Caminaban los otros
acongojados,
exhalando suspiros,
vertiendo llanto.
¡Ay, si no diere
ese palo de ciego
que llaman suerte!

Juan TOMÁS SALVANY



CAMINO DE

O GALOFRE



E POMPEYA

Salón Parés.

BROMA PESADA

CUENTO DE AUTOS

Una mañana de Febrero, la del segundo día de Carnaval, hallábanse los señores magistrados, como de costumbre, reunidos en la sala de togas, esperando la hora de distribuirse en Salas de justicia. El tema de conversación en el *plenillo*, aquella mañana era la influencia que suelen ejercer los prejuicios y preocupaciones de los funcionarios judiciales, en la instrucción y sentencia de los procesos.

El presidente de la Sala de lo criminal, hombre encanecido, no tanto por los años como por la lucha de su inteligencia soñadora con la casuística de las leyes, dejó el hueco de una monumental ventana, inundada de sol, y acercándose pausadamente á la chimenea, centro del semicírculo formado por sus compañeros, dijo:

—Estando yo de juez en el distrito de la Lonja de Muzlemia, intervine en una causa que por poco no lo fué de mi desprestigio. Hubo momentos en que pensé, seriamente, en inhibirme.

—¿Quizás por razón de parentesco?—preguntó el fiscal.

—Probablemente, por razón de *amistad íntima*—insinuó maliciosamente un viejecillo que tenía cara de mono, encuadrada por estrechas patillas blancas.

El interpelado presentó la palma de la mano derecha á sus compañeros, cual si tratase de detener con ella nuevas observaciones.

—No;—dijo,—se trataba de gente desconocida para mí, ¡demasiado desconocida!—añadió, arrugando la frente bajo la cual debió de pasar un recuerdo molesto.—En apariencia no hubo más que un homicidio vulgarísimo... y lo sería indudablemente; pero una ofuscación extraña me hizo ver, entonces, la intervención de lo sobrenatural en el hecho de autos. Figúrense ustedes que la primera noticia del suceso la tuve soñando.

—¿Soñando?...

—¡A ver, á ver; explíquese usted!

—En la antigüedad—dijo un magistrado que se preciaba de erudito—los sueños tenían una influencia decisiva en los asuntos públicos y domésticos. Los libros sagrados de las civilizaciones asiáticas les dan una importancia extremada. Si han leído ustedes el Exodo recordarán...

El fiscal acudió á conjurar el chaparrón de historia faraónica que les amenazaba, diciendo:

—Sí, sí; ya sabemos lo de las siete vacas gordas y las siete flacas. Ahora sepamos qué sueño fué ese del amigo Estirado.

—Mi sueño—contestó el aludido,—nada tendría de particular sin lo que después ocurrió. Oigan ustedes y juzguen.

Los magistrados se dispusieron á oir y á juzgar (era su oficio), y Estirado continuó su relato del modo siguiente:

—Era martes de Carnaval. Aquella noche estuve con mi familia en un baile de niños y me acosté bastante cansado, aunque no por esto interrumpí mi costumbre de echar una ojeada á los diarios de la noche. El sueño me cogió con el periódico entre las manos, cuando aún no había terminado de leer uno de esos artículos de circunstancias que presentan, simbólicamente, el contraste entre la locura carnavalesca y la penitencia cuaresmal. Me dormí, como digo, y soñé, inspirado por el articulista, una escena descabellada que recuerdo hasta en sus menores detalles.

El narrador hizo una pausa y, después de cerciorarse de la atención de sus compañeros, entró de lleno en el asunto.

***

—Había terminado el baile. El rumor de los carruajes que rodaban por la callada ciudad, llegaba de sus entrañas negras cada vez más amortiguado. En la desierta plazoleta del teatro, iluminada todavía por el gran foco de luz eléctrica, apareció tambaleándose un máscara rezagado, un *pierrot*. Después, como sombra de la noche cuajada en las tinieblas de una callejuela inmediata, avanzó una mujer alta y descarnada, arrastrando con dignidad trágica la cola de su hábito negro.

—¡Ya está aquí la de todos los años!—exclamó el *pierrot*, masculando las palabras con la tartamudez de la borrachera.—Voy á darle broma... ¡Eh, *agüela pilonga!*—gritó, haciendo señas á la enlutada con la mano.—¡No me conoces!

—Sí, te conozco—contestó ella, clavando una mirada famélica.—Eres el Carnaval; el genio maldito que durante tres días enloquece á la humanidad; el demonio tentador que la arrastra al desenfreno de los placeres. ¡Te conozco, maldito! Eres el causante de ese *delirium tremens* que hace olvidar al hombre su dignidad de sér racional; el que guía su mano para que abofetee anualmente á su Redentor, al Cordero divino que, presentando la otra mejilla, exclama: «*Amen dico vobis, nescio vos...*»

—¡Ay, qué guasa!... No tolero que me insultes en francés, ¿oyes? Y eso de necio y de bobo te lo vas á tragar ahora mismo...

—Mis palabras son las palabras de Jesús, según San Mateo; te las traduciré: «En verdad os digo, que no os conozco.»

—¿Lo ves?... No tienes *lacha* para conocerme.

—Repito que te conozco; he venido en tu persecución, y he aquí que tu reinado se acaba: «*Ecce appropinquavit hora.*»

—¡Olé! ¡Vamos á tomar unas copas! Yo pago.

—Mi reino no es de las tabernas. Soy la Cuaresma.

El *pierrot* se puso á cantar:

«De los mares,
rey me llaman...»

Y añadió, cada vez más borracho:

—¿Se va usté á quedar conmigo?

—No;—prosiguió ella, imperturbable;—tú y yo somos incompati-



LA BUENAVENTURA — Cuadro de J. Llovera.

bles. Por eso no entiendes mi lenguaje, que suena mal en tus oídos, llenos de abominación, y por eso mi atavío de penitente es antipático á tus ojos lascivos; pero al mundo, que oye por tus oídos y ve por tus ojos, vengo á predicarle nuevamente esta gran máxima: «Si te escandaliza tu ojo derecho, sácatelo, que vale más entrar tuerto ó ciego en el cielo que arder en los infiernos toda una eternidad.»

—¡Pues no es nada lo del ojo! En seguidita me quedo tuerto para darte gusto.

—No; tú no te quedarás tuerto... ¡Vas á morir!

Y mientras el *pierrot* estallaba en una carcajada alegre, cascabelera, la penitente tendió el brazo armado de pistola. Una detonación seca auyentó la visión.

***

—Desperté sintiendo en mis oídos la vibración del pistoletazo; mejor dicho: de lo que creí pistoletazo. De pronto, retumbó en la obscuridad de mi alcoba un segundo golpe de aldabón. Venían á avisarme que acababa de cometerse un crimen. En un momento me vestí, dispuse que fuesen á despertar al forense y á uno de los escribanos y me apersoné en el lugar del suceso. ¡Calculen ustedes mi sorpresa cuando vi, en el centro de un corrillo de trasnochadores, al *pierrot* de mi sueño!

—¡Hombre, la cosa es un poquillo fuerte!—dijo el presidente de la Sala de lo Civil.

—¿Al mismo del sueño?—preguntó otro *señor del margen*, echando al narrador con el reflejo de sus anteojos, en cuyos cristales llameaba en miniatura el fuego de la chimenea.

—Ustedes crean lo que gusten; pero al más despreocupado quisiera verlo en mi caso. Un homicidio vulgar, sí; uno de tantos procesos originados por los bailes de máscaras, no lo dudo; pero el *pierrot* estaba allí, tal como acababa de verlo en sueños, con su ancha blusa con escarapelas verdes en lugar de botones, su gran papalina escarolada y su solideo blanco; el rostro pintarrajeado de negro sobre una capa de albayalde, y la percalina satinada del disfraz, cubierta de manchas de sangre fresca. Una bala le había atravesado el pulmón izquierdo.

—¿Y qué averiguó usted?—preguntó el representante del ministerio público.

—Poca cosa. El herido se hallaba en el *ambigú* del teatro, con algunas mujeres de mal vivir, cuando se le acercó una máscara que, después de hablarle al oído, se fué con él. Nadie volvió á verlos.

—¿Pudo declarar el *pierrot*?

—No pudo ó no quiso. Al principio decía algunas palabras incoherentes; luego cayó en un estado comático y, sin salir de él, falleció de pleuroneumonía traumática en la madrugada del domingo, ¡extraña coincidencia! cuando terminaban los bailes de Piñata.

Los magistrados se miraron. Estirado no acostumbraba á mentir, ni siquiera á exagerar los hechos.

—¿Pero no se logró identificar el cadáver?

—Hasta cierto punto. El interfecto resultó ser un tal Pedro Expósito, un pobre diablo que pasaba el día en las casas de lenocinio, donde se le conocía por *Pericón*. ¡Un hombre casi sin personalidad! *¡Pericón... Pierrot!...* ¿No ven ustedes alguna relación entre esos dos nombres?... Pero aún hay más.

—¿Más?

—En los lugares *non santos* de Muzlemia, sólo le conocían desde Navidad; fíjense ustedes, desde la época en que suelen comenzar los bailes de máscaras. Pasaba por vicioso, aun entre aquella gente; siempre de broma, borracho y mujeriego... Encontré á las mujeres con quienes le vieron en el *ambigú*, en casa de una tal Gloria.

—La conozco; también esa estuvo bajo mi férula en una causa por corrupción de menores—dijo el vejete que tenía cara de gorila.—Hubo que absolverla.

Carcajada en pleno.

—Tampoco yo encontré en sus pupilas indicios de culpabilidad—continuó Estirado.—Respecto á la mujer con quien le vieron marcharse, nada supe. ¡Se prueba tan fácilmente la coartada en días de máscaras! Les aseguro á ustedes que jamás he instruído un sumario con mayor interés; pero, al mismo tiempo, temía profundizar en la práctica de ciertas diligencias. A veces, interrogando á una testigo, reo probable del delito, perdí mi serenidad y ese *ojo clínico* que nos da la costumbre; me ponía trémulo, temiendo que se desgarrase el velo que encubría la verdad. ¡Cuántas veces, en la soledad de mi despacho, leí aquellos autos! Y entonces era cuando me asaltaban mayores dudas, cuando lo sobrenatural tomaba cuerpo entre los garrapatos trazados por la mano firme del actuario. Al pasar los folios, sentía subir por mis dedos un estremecimiento extraño. Según varias declaraciones, la mujer desconocida iba disfrazada de maga: en esto nada verán ustedes de particular, ¿verdad?... Pues yo sí lo veía entonces: un traje de maga puede fácilmente confundirse con una vesta de nazareno.

—¡Vaya, basta de bromas!—dijo un respetable magistrado, ordenancista, que hasta entonces había permanecido silencioso.

—No es broma, González,—contestó con seriedad Estirado.—Pero ya he concluído. La causa se sobreseyó.

—¿Y todavía cree usted que existió relación entre su ensueño y aquel homicidio?—preguntó González.

—Ni lo creo ni dejo de creerlo; mejor dicho, creo que estuve algo ofuscado, que aquel sujeto no personificaba una abstracción y que no pasaron las cosas como las soñé; pero, que hubo relación... ¡qué quieren ustedes que les diga! Estoy seguro de que nos rodea algo, que, tal vez por imperfección de nuestros sentidos no podemos advertir: el mundo de las casualidades y de las sugestiones. ¿Se explican ustedes satisfactoriamente todo lo que les sucede?... Mediten con atención sobre esto, y convendrán conmigo en que las verdades que creemos conocer mejor, son partes de un Carnaval eterno que rodea y embroma á la humanidad.

NICOLÁS DE LEYVA



EL AMOR VENCIDO — Cuadro de CECILIO PLA.



VIAJE DE BODA

Juan, el maquinista, conceptuábase el sér más feliz de la creación.

Cuando regresaba á M... parecía que su reluciente locomotora le animaba con su hálito de gigante á pensar en ella, en su adorada Regina.

Muy pronto, el maquinista Juan uniría su suerte para siempre con aquella niña rubia, de ojos dulces y soñadores, que le esperaba tras la celosía de su ventana cada tres días, cuando Juan podía abandonar por doce horas su rudo y azaroso servicio para dedicarlas á la encantadora tarea de cambiar frases de amor con su prometida.

Todo sonreía á la enamorada pareja; los ahorros íbanse convirtiendo poco á poco en modesto pero elegante ajuar: el jefe del movimiento de la línea y su señora, serían los padrinos; estaba propuesto á la Dirección General para ascender á maquinista de primera clase, esto es, á disfrutar 4,000 pesetas anuales de sueldo; y nuestro héroe, cuando guiaba el tren que iba confiado á su pericia, pedía á Dios con sincera fe apartase de su paso todo contratiempo y peligro, que entonces temía más que nunca.

Muchas veces los novios, unidas las manos, formaban mil interesantes proyectos para el porvenir, y entre ellos, claro es que no faltaba el indispensable viaje de boda. Irían á Sevilla, Málaga... qué sé yo... donde pudieran abstraerse de todo el mundo, donde nadie les conociera. Juan, en aquel viaje recabaría para sí el orgullo de conducir el tren, donde iría Regina, convertida ya en su esposa.

Ella asentía á todo, y preguntábale con voz cariñosa:—«¿Supongo tendrás cuidado en no descarrilar? ..»

***

Una noche, al llegar el tren á la estación de Z... recibió Juan una carta; abrióla temblando de emoción, y al leerla exhaló un grito ronco, gutural, extraño, y, dando una vuelta sobre sí mismo, cayó inanimado y frío sobre el andén.

Transportado á una Sala de descanso, el médico de la Compañía declaró que su estado era muy grave, y que no solamente estaba imposibilitado de prestar servicio, sino que su vida corría gran riesgo.

Algún curioso procuró leer la misiva que tan gran trastorno produjo. Su contenido era tan lacónico como cínico y descarado. Decía así: «... la fortuna no se presenta más que una vez en el » mundo y es una locura despreciarla; olvídame, Juan; no recuerdes nunca nuestros amores; con» tigo siempre sería pobre y, por lo tanto, desgraciada. Dentro de tres meses me casaré con un » riquísimo banquero americano.—R.....»



***

Juan luchó dos meses entre la vida y la muerte.

Trasladado á su casa, los asiduos y prolijos cuidados de su buena madre, y la poderosa y robusta organización de su naturaleza, triunfaron del mal; y sano de cuerpo, pero triste, abatido y sombrío, volvió á hacerse cargo de su destino, y de nuevo corrió el tren á su cargo en la línea de M... á Z...

***

Son las seis de una hermosa mañana del mes de Mayo.

El tren correo ascendente de la línea de M... hállase formado y dispuesto á partir.

Los viajeros ultiman sus preparativos, cambian los últimos apretones de manos y se instalan en sus respectivos vagones.

Suenan las campanadas de aviso, y el mozo de estación pronuncia las sacramentales palabras de... «*Señores viajeros al tren.*»

Una elegante pareja entra en el andén y suben precipitadamente á un *Reservado.*

Ella es rubia, de ojos azules, grandes y rasgados; él también es rubio, pero alto, anguloso y frío; raza anglo-sajona legítima.

Ambos visten elegantes trajes de viaje é instálanse en el vagón, sin parar mientes en que el maquinista que ha de conducir el tren los contempla con mirada indefinible.

Suena el silbato del Jefe, crujen cadenas y plataformas, la máquina lanza poderosos resoplidos, escupe denso y negro humo, y el convoy pónese en marcha, primero lentamente, más acelerado después, y rápido y veloz al fin, dejando atrás la población, arbolados y caseríos.

Juan el maquinista está inquieto, hosco, feroz; á cuantas preguntas y observaciones le hace Pedro el fogonero, contesta con monosílabos, y á riesgo de caer á la vía, asómase ansiosamente á la baranda de hierro del *ténder,* y mira con encarnizamiento el tren que conduce.

Este entra en una peligrosa curva; Juan cree divisar dos rubias cabezas asomadas muy juntitas en la ventanilla de un vagón; fija bien sus miradas y reconoce en una á Regina... aquella Regina prometida suya en otros tiempos más felices; en la otra, la de su afortunado rival que se ríe estúpidamente, enseñando dos filas de blancos dientes... Hiérguese entonces, y despidiendo feroz rujido, corre nerviosamente las palancas, cierra las válvulas y fuerza el vapor: suben en el manómetro las atmósferas; giran precipitadamente los émbolos, el tren avanza ya vertiginoso como el huracán, y en medio de horribles gritos, espantosos lamentos, quejidos é imprecaciones, lánzase por siniestra cortadura al lecho de hondísimo barranco. . . . . . .

. . . . En la descripción que del siniestro hacían al día siguiente los periódicos, figuraba entre los muertos el nombre de Juan el maquinista, víctima de su heroico deber; y el del joven matrimonio, que realizaba su viaje de boda...

Miguel ALDERETE GONZÁLEZ

Dibujo de José Passos.

EL PRIMER GRITO DE INDEPENDENCIA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

El levantamiento de España contra Napoleón Bonaparte en el año de 1808 es uno de los más grandes que registra la historia de nación alguna. Sin dudas y sin vacilaciones, desde la Coruña á Murcia y desde Algeciras á Gerona, los valerosos hijos de esta tierra de héroes cumplieron á maravilla lo que su patria les ordenaba, lo que su honor les exigía.

Aunque la explosión popular estalló á consecuencia del memorable 2 de Mayo, de aquella heroica lucha mantenida en las calles de Madrid por unos cuantos paisanos contra 60,000 soldados imperiales, reputados como los primeros del mundo, es lo cierto que desde la entrada de los ejércitos napoleónicos en España, en el mes de Febrero de 1808, y á consecuencia de las traiciones con que, violando el título de aliados y pisoteando el nombre de amigos, se apoderaron de la ciudadela de Pamplona, de la plaza y fortalezas de Barcelona, de los castillos de Figueras y San Sebastián, de poblaciones abiertas como Burgos, Madrid y Toledo, es lo cierto, repetimos, que el pueblo español, comprendiendo que había caído en una emboscada, no cejó un punto en sus protestas contra los invasores, dispuesto á romper aquella tupida malla en que pretendían envolverlo.

En Abril, hubo ya graves alborotos en Burgos y Toledo, á los que siguieron la jornada del 2 de Mayo en Madrid, y el levantamiento de toda la Península.

En el mes de Mayo, la nación española, abandonada de sus reyes y príncipes, asaltada por el invasor, recoje el guante que le arroja el Capitán del siglo y se dispone á vencer ó morir.

Los jóvenes se lanzan á los campos de batalla.

Los ancianos guardan los pueblos.

Las mujeres arrastran los cañones.

Los niños llevan pólvora y balas á los combatientes.

No acobarda á las poblaciones el no contar con murallas que las defiendan de sus enemigos, porque tienen los pechos de sus hijos, mil veces más fuertes que la dura piedra.

No cuenta España el número de sus enemigos... ¿Para qué?... mejor los contará después de muertos.



EL CAMPO DE SAN FRANCISCO

Cuadro de J. M. Uria. Fot. Laurent y C.ª

No tiene jefes experimentados que se opongan á los planes estratégicos de los generales imperiales; pero confía en que esos genios de la guerra salgan de los mismos campos de batalla.

No dispone de ejércitos con que hacer frente á las innumerables legiones de Napoleón; pero esto no le intimida: en España, todo hombre nace soldado, y lo que es más importante, guerrillero; esos guerrilleros indomables que hicieron temblar á los fenicios, á los griegos, á los cartagineses, á los romanos y á los árabes.

No poseía armas, pero las tenían los enemigos, y para arrebatárselas bastaba la honda, el chuzo, la hoz, el cuchillo.

El rico y el pobre, el marino y el pastor, el campesino y el ciudadano hicieron suya la ofensa inferida á España, á su idolatrada madre, invadida, violada, escarnecida.

El despertar de España produjo en Europa un efecto imponderable. Nadie se explicaba que esta nación, á la que Bonaparte llevaba sujeta á su carro de triunfos, se alzase tan altiva, tan pujante y tan enérgica, contra el coloso. Nos juzgaban abatidos, nos consideraban impotentes, nos tachaban de cobardes. ¡Y por esto el asombro de Napoleón y el espanto de Europa fueron mayores!

***

Cumple á Asturias la altísima honra de ser la primera provincia que se alzó en armas, creando ejércitos, y enviando á nombre de España, comisionados á Londres que pactaran la alianza y obtuvieran el apoyo moral y material de Inglaterra.

No faltaron allí, como en otras provincias, hombres que, cegados por el brillo de las glorias de Napoleón, considerando empresa imposible luchar contra su omnímodo poder, y viendo á España abandonada de sus reyes Carlos IV y Fernando VII, se pusieran del lado y á las órdenes del emperador. Murat, que ejercía el mando supremo de España á nombre de Napoleón, al conocer la importancia del alzamiento de Asturias, envió á Oviedo al conde del Pinar, *magistrado conocido por su cruel severidad*, y al poeta don Juan Melendez Valdés, *más propio para cantar los triunfos de quien venciese que para acallar los ruidos populares*, con orden de apagar lo que parecía un chispazo y era un incendio.

Oviedo, al levantarse en armas, había aprisionado al comandante general de la costa Cantábrica, señor Lallave; al coronel del regimiento de Hibernia, Kitzgerald; y al jefe de los carabineros, señor Ladron de Guevara, que se habían separado de la opinión de sus oficiales favorable al movimiento popular. Encarcelados, en unión del conde del Pinar y Melendez Valdés, quería la ciudad que fuesen prontamente juzgados como traidores. Con el propósito de salvarles la vida ordenó la Junta que fueran sacados de Oviedo y del Principado, mas el pueblo y los soldados se opusieron, pidiendo su castigo; y para evitar el verse otra vez burlados, se apoderaron de los cinco presos y conduciéndolos al campo de San Francisco, extramuros de la ciudad, los ataron á unos árboles, decididos á arcabucearlos.

En tan supremo instante, dice un notable historiador, ocurrióle al canónigo don Alonso Ahumada apelar á los sentimientos religiosos de sus perseguidores,.y elevando en sus manos el Sagrado Sacramento y

con la ayuda de algunas personas grandemente populares, salvó de una muerte segura á los atribulados presos.

Tal es el momento elegido por el reputado artista don J. M. Uria, para pintar el cuadro que hoy copiamos y que tan merecidos elogios le alcanzó en la Exposición de 1887.

Asturias consiguió librarse de aquel derramamiento de sangre de traidores, lo cual no pudo evitarse en otras provincias.

Las pasiones se hallaban sobrado excitadas, los instantes eran de prueba, la situación por todo extremo difícil.

Los afrancesados podrían llevar las mejores intenciones sirviendo á Napoleón Bonaparte; pero en momentos de revolución es muy expuesto tratar de oponerse á los movimientos nacionales, olvidándose, como ha dicho un eminente pensador, de que contra su país ningún hombre, por alto que se juzgue, podrá nunca tener razón.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

JOSÉ M.ª MARQUÉS



TIPO GRANADINO

LIRAS

No alcanzo por qué el griego,
en todo filosófico y artista,
el amor pintó ciego.
Pues ¡cuán seguro avista
al libre corazón y lo conquista!

El más indiferente,
que viera inmoble desquiciarse el mundo,
á una mirada ardiente,
¡qué cambio tan rotundo!
¡qué angustias! ¡qué anhelar! ¡qué amor profundo!

¿Por qué en febril delirio
corren las muchedumbres tras el oro,
con inútil martirio,
buscando en el tesoro
felicidad oculta, hallando lloro?

¿Dónde mayor riqueza
que un corazón que con el mío lata?
¿que su ideal belleza
y su sonrisa grata
y su vaga mirada que me mata?

Los sabios, de natura
misterios estudiando, los realicen;
á mí sólo me apura,
saber, en su dulzura,
aquellos ojos garzos lo que dicen.

¡Oh, musa verdadera!
¡de mi alma dulcísima añoranza!;
¿permitirás que muera
la flor de mi esperanza,
la sola luz que veo en lontananza?

Y pues, encantadora,
supiste de mi alma hacerte dueña;
siendo tu esclavo ahora,
¿la encontrarás pequeña
para el amor con que la tuya sueña?

¿Pequeña mi alma altiva
que no hay ley que la rija ni la mueva;
que, díscola y esquiva,
sólo de ti cautiva,
ante todo dominio se subleva?

Con sola esa mirada
abstraída, inocente, vaga, pura,
mi alma encadenada
quedó, por su ventura,
al código de amor de tu hermosura.

Oh, vida de mi vida,
ideal de mis bellas ilusiones,
florecilla escogida,
¡por Dios que no destrones
de un solio que es de amor dos corazones!

¡Del amor robadora,
blanca paloma de mis sueños de oro,
dulcísima señora,
ídolo á quien adoro,
conmigo te bendiga el cielo á coro!

DOMINGO DE SANTA AGATA

EL CREPÚSCULO DE LOS DIOSES

(FACETA).

La humanidad ilustrada, instruída, aleccionada, apta, viril, fuerte, augusta, había decretado la desaparición de todos los ídolos.

Ya no se adoraban símbolos en los altares; hasta los altares habían desaparecido. Ya no había caudillos, ni políticos, ni jueces, ni sacerdotes. No existían ya los potentados de otras épocas. La tasa de fortunas, la abolición de la ley de herencia, una ley mutuaria, acabaron de una vez con todas las jerarquías, con todas las desigualdades sociales. Habían enmudecido los poetas; escultores y pintores no manejaban ya cinceles ni pinceles. Todos los edificios del campo y las ciudades tenían igual nivel.

Y, como si hasta la naturaleza acudiera en auxilio de los innovadores, la acción de las nieves y de las lluvias corroyendo las cúspides de las grandes cordilleras había rebajado éstas al nivel de las humildes colinas esperando el día bienhadado en que la tierra toda no sería sino una inmensa llanura.

Los hombres nuevos se sintieron orgullosos al ver realizada su obra. No hubo uno que no exaltara los beneficios de aquella igualdad casi absoluta. Todos pensaron que no habiendo alturas no habría tampoco hondonadas y se felicitaron mútuamente.

Con horror advirtieron al cabo de poco tiempo que por sobre de los antiguos dioses é ídolos destruídos se levantaba un dios que tenía culto en todos los corazones, que avasallaba todas las voluntades, que dominaba á la humanidad: el Hastío.

Y los hombres lloraron los ídolos derruídos, las eminencias desaparecidas, los valles colmados!

* * *



Cuadro de A. Más y Fontdevila.

COSTA RICA

MOVIMIENTO INTELECTUAL Y LITERARIO DURANTE LOS ULTIMOS VEINTE AÑOS

por Emilio Pacheco Cooper.

El primer diario y la instrucción primaria.

Hasta el presente, puede decirse que no comienza á acentuarse de modo halagador el movimiento literario en Costa Rica. Quince años hace apenas que se fundó en esta capital, á iniciativa de don Joaquín Bernardo Calvo, — nuestro actual ministro en Washington, — el primer diario independiente. Antes de esa época no contábamos sino con *La Gaceta*, órgano oficial del Gobierno, y con alguna que otra revista ó semanario.

Se carecía de libros, pues únicamente teníamos dos exiguas librerías, una de ellas católica; se carecía de imprentas, y las más nobles inteligencias no hallaban campo donde manifestarse y desenvolverse libremente.

La libertad de que disfrutó la prensa en la lucha electoral de 1889; los clubs políticos; la protección otorgada por el Gobierno á la enseñanza y á las bibliotecas públicas; la abolición de las comunidades religiosas; el establecimiento de librerías laicas; el teatro; el Museo Nacional y, sobre todo, la fundación de casas editoras y la inmigración de ilustres extranjeros, han sido, según nuestro sentir, los móviles que más poderosamente han contribuído al desenvolvimiento intelectual, moral y político alcanzado en Costa Rica durante estos últimos veinte años.

Hoy, las principales cabeceras de provincia, tienen su biblioteca, y su escuela hasta el último caserío. Según el censo escolar que acaba de publicarse (1900), el número de niños de ambos sexos, de cuatro á catorce años, que asiste á las escuelas primarias, asciende en la República á 15,123. El Gobierno sostiene hoy 361 escuelas y ha gastado en instrucción primaria, durante el último año económico la suma de 559,300'52 duros.

En el informe oficial de la Inspección General de Enseñanza (año de 1896), se lee lo siguiente: «En punto de enseñanza primaria, Costa Rica ocupa un lugar no despreciable entre las naciones civilizadas, y por lo que hace al número de niños que en relación con el total de sus habitantes reciben instrucción en sus planteles, ocupa el primer puesto en la lista de las naciones de su mismo origen, que son con las que, en buena lógica, debemos compararla.»

Corporaciones científicas y docentes.

San José, la capital, es el foco del movimiento intelectual de la República. Entre sus Corporaciones y Centros científicos, docentes y artísticos más notables, tenemos los siguientes: el Colegio de Abogados, la Facultad de Medicina y Cirujía, los Institutos Físico-Geográfico y Nacional de Higiene, la Oficina de Estadística, las Escuelas de Derecho, de Bellas Artes, de Adultos, la de Farmacia y la de Obstetricia, el Liceo de Costa Rica y el Colegio Superior de señoritas.

Según el último mensaje que dirigió al Congreso el señor Presidente de la República, don Rafael Iglesias (Mayo 1900), el Gobierno tiene en proyecto la creación de las Escuelas de Ingeniería, Agrimensura y de Artes mecánicas y la reerección de la Universidad, como centro superior de los Cuerpos Facultativos. Se trata, además, del establecimiento de una Escuela Normal. Se ha fundado por decreto de 16 de Julio de 1900, la Granja Nacional de Agricultura. Este centro científico tendrá su correspondiente órgano de publicidad: *El Agricultor Costarricense* y un *Almanaque Rural*, que saldrá cada 1.° de Enero.

También, por acuerdo de 23 de Julio y en celebración del advenimiento del nuevo siglo, aparecerá el 1.° de Enero próximo una Revista comprensiva de estudios referentes al desarrollo y progreso intelectual, moral y material de la República durante el presente siglo. Se ha nombrado para que se encargue de preparar esa Revista, una comisión compuesta de los señores doctor don Bernardo A. Thiel, obispo de esta Diócesis; don Francisco M.ª Iglesias, Licenciado; don Cleto González Viquez y don Juan F. Ferraz. Posteriormente han sido agregados á esta comisión los señores don Manuel de Jesús Jiménez y Licenciado don Pedro Pérez Zeledón, personalidades todas de lo más distinguido por su talento é ilustración.

La prensa.

La prensa, sobre todo, contribuye de manera más práctica y eficaz á nuestro movimiento literario. En la actualidad existen en San José, además de *La Gaceta* y el *Boletín Judicial*, órganos, respectivamente del Gobierno y del Departamento de Justicia, los siguientes diarios, todos de carácter político-literario: *La República*, fundado por don Juan Vicente Quirós; *El Heraldo de Costa Rica*, *La Prensa Libre*, *La Revista*, *El Tiempo*, *El Progreso* y *El Día*. *La República*, llamada «la decana de la prensa», apenas cuenta 14 años de existencia; *La Gaceta Médica*, revista mensual, órgano de la Facultad de Medicina; *El Eco Católico*, semanario, y tres Boletines; el de la Biblioteca Nacional, el Municipal y el de las Escuelas.

La Gaceta oficial era un semanario y no llegó á ser diario sino hasta 1878, por acuerdo de la Administración del General don Tomás Guardia.

Periodistas extranjeros.

Respecto al elemento extranjero que en los últimos veinte años ha prestado valioso concurso á las letras patrias, dirigiendo diarios ó revistas científicas, recordamos á los siguientes escritores: Federico Proaño, Víctor Dubarry, Carlos Posada, Francisco Pereira Castro y doctor César Borja, sud-americanos; doctor José Varela Zequeira, Enrique Loinaz del Castillo y Eulogio Horta, cubanos; y los Montúfares (doctor don Lorenzo y Licenciado don Rafael), Rubén Darío, Francisco Gavidia, Enrique Guzmán, Pedro Ortiz y Alberto Masferrer, de las otras Repúblicas de Centro América. Casi todos figuran con envidiable renombre en la literatura americana; pero algunos ya han muerto y los demás emigrado.

Notas biográficas y bibliográficas.

A continuación vamos suscintamente á enumerar, acompañadas de los rasgos biográficos más salientes, á aquellas personas que por medio de la enseñanza y especialmente con sus publicaciones literarias ó didácticas han contribuído en estos últimos años al progreso intelectual de la República y á la formación de nuestra incipiente bibliografía.

De éstas, en primer término, figuran los señores doctor don Valeriano y don Juan Fernández Ferraz. Hace treinta años, en unión de otros ilustres profesores, todos de nacionalidad española, llegaron á Costa Rica á encargarse en Cartago de la dirección del colegio de San Luis Gonzaga. Ellos, en aquella época, en la cual los estudios no sólo eran rudimentarios, sino que se adolecía de serias preocupaciones religiosas, aportaron la enseñanza racional y la filosofía positiva. En ese plantel, que dió los más opimos resultados, recibieron su educación numerosos jóvenes, quienes actualmente en el Gobierno, el foro y demás esferas de la actividad social, ocupan los puestos más prominentes.

El doctor Fernández Ferraz, algunos años más tarde, tuvo á su cargo la dirección del Instituto Nacional de San José. En 1882 salió de Costa Rica para Cuba, en donde figuró como Catedrático de Filosofía y lenguas muertas de la Universidad de la Habana. A su regreso, se encargó nuevamente en Cartago de la dirección de su Instituto. Es un sabio cuya inteligencia la ha puesto, toda entera, al servicio de la enseñanza.

D. Juan F. Ferraz, su hermano, notable por su vasta erudición, figuró también en 1889, tomando activa participación en la política del país, como Redactor de *La Prensa Libre*, uno de los diarios más revolucionarios de la lucha electoral, llevada á cabo en aquel año, la más famosa que registra nuestra historia, y que llevó al poder al licenciado don José J. Rodríguez.

(Continuará).

BELLAS ARTES

Interesante resulta el número que hoy ofrecemos á nuestros lectores.

Por lo que se refiere á las páginas en color, únicas de que tratamos en esta pequeña sección, ocupa con justicia la portada el hermoso pastel de Arcadio Más y Fontdevila, *La toilette*. No recordamos ninguna obra del maestro catalán que reuna á una belleza natural de primer orden, tanto magisterio de tecnicismo, patente en la bella colocación de la figura, en las incomparables finezas de claro-obscuro, en las gammas de colores que se descomponen irisadas entre los pliegues del ancho peinador de la hermosa mujer, en la penumbra rica de ambiente del fondo y en la sobria precisión del toque. Es un cuadrito que engendra el irresistible deseo de su posesión.

Síguele, un bonito estudio de Julio Borrell. Una de esas pintorescas callejuelas de un pueblo rural, que con tanto placer explotan los artistas.

El estudio está hecho con sobriedad y justeza, distinguiéndose por la calidad que caracteriza á sus diversos componentes. Es, además, muy simpático de color.

Merece luego especial atención el cuadro, *Pescar en seco*, de Manuel Cusí, intencionado asunto, en el que descuella una linda mascarita. En ella ha prodigado el joven pintor todos los recursos de su paleta, pintando concienzudamente el raso del vestido que se matiza con los cambiantes de la luz artificial, tratada en este cuadro con perfecto conocimiento. Pocas veces habrá estado tan justo en la interpretación de estos efectos, como pocas habrá sabido ser tan distinguido en la *pose* de la figura.

Contiene, por fin, en la última página, la regocijada escena, *Catando el melón*, de Fernando Alberti, una quisicosa mezcla de cuadro de género y de chascarrillo ilustrado, sin pretensiones, pero agradable. ¿Quién no adivina á los amos fuera de casa, al honrado soldadote entrando subrepticiamente y á la maritornes, poco aprensiva en mostrar sus aficiones militares á un testigo de menor edad, obsequiando al hijo de Marte con las primicias del suelo y de la sisa?

Francisco CASANOVAS

JULIO BORRELL



ESTUDIO DEL NATURAL



LA CONQUISTA DE SALERI

Para don Joaquín Mora y Jurado.

Estamos en el corral de «La Mosca», de Triana, en Sevilla. En la puerta de una habitación, María la Tola, *de diez y ocho años, de talle primorosísimo, de cabeza gentil, muy peinada y muy sembrada de flores, y ojos negros que iluminan como el sol, habla animadamente con* Saleri, *mocito de alguna más edad. Va obscureciendo; es el minuto misterioso en que la luz se confunde con la sombra; ese instante del crepúsculo, solemne y dulce de las tardes de estío en Andalucía. — Conviene advertir que* Saleri, *en un caballeresco arranque de mozuelo andaluz, acaba de dar á una vieja hambrienta, de la habitación próxima, todo el dinero que tenía en el bolsillo, para sus necesidades de tabaco y otras menudencias de la semana.*

Tola. — ¡Eso sí que es portarse! ¡Bien po lo sombre! *(Entusiasmada por la acción de* Saleri*).*

Saleri. — ¿Ta gustao? *(Con gracia truhanesca).*

Tola. — A mí me gusta tó lo que sale der corasón, dayí, de lo ma jondo.

Saleri. — Po pa eso lo hice; pa que te gustara.

Tola. — Ya vá tú po otro camino, Saleri.

Saleri. — No, po otro no, po el mismo tuyo; sólo que tú vá delantita, delantita de mí... y yo voy á vé si te piyo.

Tola. — Po si has de piyarme, ya hay pa ratito. *(Riéndose).*

Saleri. — ¡Cá! ¡Si no hay na má que dejá caé la mano... y echártela ensima! *(Queriendo abrazarla).*

Tola. — Saleri, que te la dejo caé yo á ti. *(Fingiéndose enfadada).*

Saleri — Güeno, pégame... ¡Si lo que yo quiero é que tú me pegue! Co neso te obligo... Pégame, que asina me quedrás. Cuando un hombre está chalaito por una mujé, y la mujé le pega un guantazo... ¡Será eso la cosa ma güena! *(Relamiéndose.* Tola *ríe;* Saleri *la toma una mano; ella quiere retirarla, pero se la abandona al fin).* ¡Qué manoz tiene, Toliya! ¡Si esto é la gloria!

Tola. — Güeno, po quietesito, mira que te doy con la gloria en las narise. *(Retirando la mano).* Y vete ya, que estoy sola y no quiero que se diga.

Saleri. — No me voy, que tengo que hablarte. *(Muy serio).*

Tola. — ¡Digo...! ¿con que sí? *(Con fingida burla, pero muy emocionada).*

Saleri. — Eso. Tenemo que darle aquí, á la lengua, un poco.

Tola. — Corriente; echosté po esa boca, pero pronto, prontito.

Saleri. — ¡Tolaaa! *(Muy bajo, con dejo muy dulce).* ¿Cuándo me vá ja queré? Dende aquer día que le pasó el percanse en la fábrica á mi hermaniyo Naro, peno porque tú me quiera. Yoraba yo por Naro, y ma jotaviá, de verte yorá á ti... Y yorando yo y tó, te veía... te veía, como si no te hubiera visto nunca. Te veía... y me daba una cosa que me dá ya siempre, y que no me se quitará, mientrá que tú no me diga... —¡Ea, po ya te quiero!

Tola. — Saleri... ¡Pero si ere mu bruto! *(Riéndose).*

Saleri. — A muncha honra. Qué quiere... ¿que no sea bruto? Déjalo que sea. ¿Yo no soy un probe? ¡Po mardita sea er demonio... contra má bruto mejó!

Tola. — ¡Pero Saleri! *(Reflexiva).*

Saleri. — ¡Pero Saleri! *(Remedándola cómicamente).* ¡Mardita sea! Escúchamamí, que é la fija. ¿Tú no ere una trabajaora? ¿Yo no soy un trabajaó? ¿Po pa qué queremo er talento?... Esengáñate, trabajá muncho... Eso é lo que sirve; quererse muncho... Y eso... Y comé muncho... Y eso. ¡A la comía que naide me la toque!

Tola. — ¿Y cuando estuviéramo casao? ¿Tú sabe lo que é er matrimonio? ¿Tú sabe lo que é la vía?

Saleri. — ¡La vía! *(Con aire de suficiencia).* La vía no é na má que un carricoche atestao de chisme que pesan muncho. Echate tú á reí, si te disen otra cosa... Arrea pa lante, y no hay namá, sino que tira y que te tira, jincando la pezuña é ner suelo, chorreandito sudó por tos cuatro costao. Y er matrimonio... Toliya, escúchamamí, que é la pura; er matrimonio, no é na má, sino que ar carricoche se le quitan los varale, se le ponen la lanza y los balancine... ¡Ea!... Y dos bestionaza pa tirá yá, en vé de una. Tienen que tirá lo mismo y con muncha maña... Suponte: si una tira y otra no, estrozo; si una cocea y otra no — y si cocean las do, — estrozo; si no van mu mandible, con los costaito pegao á la lanza, estrozo... Y asina tó, hasta que la lanza se rompe, los balancine se van cá uno por su lao...—fíjate bien, Toliya;— er juego elantero quea inservible, el carricoche sale dando tumbo po la cuneta y tó se lo llevó er demonio. *(Con gran expresión).* ¡Tola... tú eres una bestiá manífica! ¡Tola... tú va ja tirá mu bien! ¡Tola... yo quiero tirá contigo!

Tola. *(Aparte).*—¡Lo que é jeste, me tiene ya enganchá! *(Riéndose).*

Saleri. — ¡¡Tola!! *(Muy serio; suspirando).*

Tola. — Saleri... Saleri... Mira que tú será mu bruto, pero que tiene muncho pico...

Saleri — Pero ¿otavía no te convensí? ¿Pero quiere tú un hombre que varga otavía má que yo? Yo soy feo y no podré faltarte porque ninguna mujé me quedrá: yo toco la guitarra como un serafín; yo canto como otro serafín... Y en los rato amargo, puede tú jalearme y yo tocarte, y armamo entre los dó un remolino de mir demonio. Yo no bebo, yo no fumo... Yo no hago na má que comé, porque la comía é la madre de toas la siencia.

Tola. — ¿Le parece á usté lo que va á caerme á mí encima? *(Aparte, riéndose).*

Saleri.—Ya vé tú si tengo ventaja, que ni soy valiente tampoco; cuando hay una quimera é ner barrio, yo soy er primero que se esconde y el último en salí. ¡Ya tú vé... Me llaman el arco iri! (Tola *se ríe con toda su alma; su seno se agita con dulce opresión; sus ojos chispean en la obscuridad, como piedras preciosas.* Saleri, *cambia de entonación, se acerca más á* Tola *y añade con mucha zalamería):* ¿Va ja decírmelo?

Tola. — ¿Y qué quiere que yo te diga, hombre?

Saleri. — Eso.

Tola. — ¿Y qué é jeso? *(Muy conmovida).*

Saleri. — ¡¡Eso!! *(Mimosamente).*

Tola *(Aparte).*—¡Y que no tengo gana de decírselo, madre mía de la O!—(Saleri, *se acerca más á la mocita, mucho más, sin que ella se retire, hasta que se ven mutuamente, en las niñas de sus ojos).*

Saleri. — *(Muy bajo y con mucho fuego).* ¿Me lo quiere desí po la ventana? ¿Quiere que aluego te yame en una copla?

Tola.—*(De pronto y resueltamente).* ¡Ea, po sí! Digo lo que tú diga; quiero lo que tú quiera... ahora y despué... y cuando á ti te dé la gana!

Saleri. — ¡Ay, mi peazo de cielo, que ar fin te piyé! *(Con un suspiro de satisfacción).*

Tola. — Está dicho. ¿Y qué má? *(Riéndose).*

Saleri. — ¡Ná, que me voy pa vení más pronto! Po la ventana, ¿sí?

Tola. — ¡Po la ventana!

Saleri. — ¡Verás qué toque y verás qué cante!

Tola. — ¡Hasta aluego!

Saleri. — ¡Adió, mi rosa encendía!

Tola. — ¡Adió, mi peazo de bruto! *(Sepáranse; ella se mete en su sala pensativa; él, se aleja por la* Cava, *absorto, feliz, dejando atrás aquellos portales diminutos, con sus portones más pequeños aún, á cuyo través filtrase la luz del interior, como el sol filtraríase por las rendijas de un ataúd viejo; aquellos faroles raquíticos, sin cristales, con luces que se tambalean como borrachos, según el viento le da en antojo; las parejas felices que se arrullan en los balconcillos atestados de rosas y claveles, y la torre de Santa Ana, en fin, como mancha sombría recortándose en el cielo y rodeada de estrellas.*

Martínez BARRIONUEVO

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

(MADRID—AÑO 1901)

Si registráramos, en los archivos de la prensa, los juicios emitidos por los críticos hace dos años, respecto á la anterior Exposición, encontraríamos que coinciden casi todos con los que les ha merecido la presente. En aquélla como en ésta, reconocían que, dado el número considerable de obras presentadas, las dignas de loa formaban una escasa minoría, achacando ese deplorable desnivel á la excesiva tolerancia ó indulgencia del Jurado de admisión. Y ahondando más, vendríamos en conocimiento de que lo mismo se ha dicho siempre que de análogas manifestaciones artísticas se ha tratado, ya propias ya ajenas; lo cual demuestra que el vicio ó la virtud de la tolerancia, pues el calificativo verdadero sería objeto de larga discusión, ha existido siempre, no sólo en España sino también en el extranjero, pese al prurito, harto generalizado por desgracia, de rebajar lo nuestro para enaltecer lo de los demás.

Nosotros que, en materia de arte, abrigamos un criterio bastante amplio, lejos de fustigar á los encargados de admitir ó rechazar las obras, por haberse mostrado más benévolos que intransigentes, aplaudimos su generosa labor, fundándonos en la sencillísima razón de que hasta en las más insignificantes hemos hallado alguna cualidad buena, algo que abona á su autor y le hace acreedor por lo menos á que se le considere y estimule. ¡Quién sabe á qué talla podrán llegar mañana los pigmeos de hoy, si, en vez de segar en flor sus ilusiones con una desdeñosa repulsa, se les abren las puertas del palenque batallador y se les concede el espacio que para volar necesitan sus alas!

MEDALLA DE HONOR



¡TRISTE HERENCIA! — Cuadro de Joaquín Sorolla.

Dejando á un lado esa apreciación, humilde, por ser nuestra, hemos de confesar que, en realidad, de las mil trescientas y pico de obras que figuran en el catálogo, únicamente doscientas cincuenta, mal contadas, tienen verdadera importancia; lo cual no es óbice para que en general el Certamen resulte interesante, conforme era de esperar, sabiéndose que concurrían á él la mayoría de los artistas españoles de ley, galardonados ya en precedentes Exposiciones y de cuyo mérito han visto repetidas muestras nuestros lectores en las páginas de esta publicación.

Después de las autorizadas revistas que han publicado los periódicos madrileños, lo propio que los de la localidad, por medio de sus corresponsales, nos creemos dispensados de entrar en detalles que ninguna luz nueva aportarían al asunto; prefiriendo consagrar el espacio de que disponemos á la reproducción de los cuadros y esculturas premiados y de aquellos otros que con justicia llaman la atención de los inteligentes.

Con el objeto de adquirir fotografías de dichos cuadros y esculturas, ha hecho nuestro incansable Director un viaje á la Corte, de donde ha traído una hermosa y completa colección que, previa la autorización oportuna, iremos publicando sucesivamente en la forma iniciada en este número, esto es; en las páginas centrales y con fondos de color que contribuirán no poco á realzar la belleza de los originales.

Con eso, á la par que probamos una vez más nuestro constante deseo de complacer á nuestros suscriptores cuyo número aumenta sin cesar, rendimos un público testimonio de aprecio y gratitud á los expositores, que, en su mayor parte, nos favorecen con su valiosa colaboración; cabiendonos de paso la satisfacción inmensa de anunciar que muchos de los pintores premiados, incluso los de mayor recompensa, accediendo á las instancias verbales de nuestro Director, han ofrecido enviarle en breve cuadros pintados exprofeso para el Album Salón y facilitarle los medios de confeccionar amenudo, según sus deseos, números extraordinarios, dedicados á cada uno de ellos; de modo que gracias á tales ofrecimientos, habremos sido nosotros los verdaderamente beneficiados por la actual Exposición de Bellas Artes.

* * *

PRIMERA MEDALLA



EL PUENTE DE TRIANA EN UNA TARDE DE VERANO — Cuadro de GONZALO BILBAO

PRIMERA MEDALLA



LOS PRESOS — Cuadro de JOSÉ MARÍA LÓPEZ MEZQUITA.



DOS GENERACIONES — Cuadro de Cecilio Pla



LA VENDIMIA EN JEREZ — Cuadro de Salvador Viniegra.



LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE — Cuadro de MARCELINO SANTA MARÍA.



LOS AMIGOS DE JESÚS — Cuadro de ANTONIO FILLOL.

Fotografías de Hijos de Mateu.

NUESTRO IDIOMA

Hallo más dulce el habla castellana
que la quietud de la nativa aldea,
más deleitosa que la miel hiblea,
más flexible que espada toledana.

Quiérela el corazón como una hermana
desde que en el hogar se balbucea,
porque está vinculada con la idea
como la luz del sol con la mañana.

De la música tiene la armonía,
de la irascible tempestad el grito,
del mar el eco, y el fulgor del día,

la hermosa consistencia del granito,
de los claustros la sacra poesía
y la vasta amplitud del infinito!

B. BYRNE

Cuba.





AUSENCIA

Pensaba en ti cuando la noche obscura
cubrió del sol las moribundas huellas,
y, ansioso de mirarte, en las estrellas
busqué tu imagen adorable y pura.

Sublime como nunca en tu hermosura
pude amoroso contemplarte en ellas,
y deleitarme en tus miradas bellas
que incitan al placer y á la ternura.

Quise besarte, y de mi loco anhelo
trémulo beso resonó en la umbría,
dando á mi alma en su pasión consuelo.

Absorto luego en la quietud dormía
y soñaba que lánguida del cielo
una estrella á besarte descendía.

Manuel M. MUSTELIER

Habana.



MALAGUENAS

Hizo un verderón su nido
frente al que yo levanté;
¡tras la ausencia encontró el suyo!
¡el mío no lo encontré!

—

El viento, el mar y las flores,
murmuran cuando tú pasas,
requebrándote de amores.

—

No me beses, no me beses,
porque ese mismo placer,
pudiera darme la muerte.

—

Una corona de flores
te he puesto en el cementerio
y en cada flor he dejado
una lágrima y un beso.

—

De hambre me estaba muriendo,
y el pan que me regalaron
te lo entregué todo entero.

—

Con tus desdenes me matas
porque lo manda tu madre,
igual que mata el verdugo
porque le mandan que mate.

—

Mira si soy desgraciado,
que ni siquiera he sabido
en qué sitio la enterraron.

Narciso DÍAZ DE ESCOVAR



EPIGRAMAS

De su sobrino Canido
decía don Sisebuto
que es un joven *distinguido;*
y es cierto, siempre lo ha sido
de los demás por lo bruto.

—

Es tan falto de memoria
el bueno de Bustamante
que si debe, no se acuerda
nunca de pagar á nadie.

—

—Hombre, ya me va cargando
que, al cobrarme, el camarero
haga sonar la moneda
dos ó tres veces lo menos.
—Es que pudiera ser falsa.
—¡Precisamente por eso!

—

Por su genio singular
está el pobre Baltasar
á un canario comparado,
pues desde que se ha casado
que no cesa de *trinar.*

—

Viendo á Gil en su berlina
preguntó á un amigo Olcina:
—¿Tan de prisa dónde irá
y con tal lujo?
—Pues va,
contestóle, á su ruina.

Eduardo GUILLAR

TODO

Por ti la vida ambicioné y la muerte
en horas de placer ó de amargura,
ya creyendo un engaño mi ventura,
ora una realidad el poseerte.

Por ti los golpes de contraria suerte
soportó el corazón, todo ternura,
relicario feliz de tu hermosura,
sumergido en el ansia de quererte.

Por ti soñé despierta y, amorosa,
en mis ensueños de color de rosa,
sonreía y lloraba á un tiempo mismo...

¡Ay, por ti troqué mi alma en mariposa
que la llama al besar de tu egoísmo
rodó calladamente hacia el abismo!

Josefa CODINA UMBERT





¡VENGANZA!...

Cuando yo más amante te creía,
conmigo indiferente te mostraste,
y en un sólo momento te olvidaste
de aquel sincero amor que en ti ponía.

Amaneció nevando al otro día;
y al recordar ¡infiel! que me engañaste
cuando eterno cariño me juraste,
tu nombre puse escrito en nieve fría...

Sabe, pues, que me encuentro satisfecho,
que vivo muy feliz, y aun que te asombre,
la dulce calma recobró mi pecho;

pues si me has despreciado por otro hombre,
para vengar la ofensa que me has hecho,
todo Madrid pisoteó tu nombre.

DEUSDEDIT



PESCAR EN SECO *Salón Robira (Fernando VII, 59).*

"EL LIBERAL" EN BARCELONA

Quizás no existe manifestación alguna de la humana actividad en que hayan de rendirse mayores tributos al tiempo que en el periódico diario. Para que la última noticia siga siendo la última cuando llegue al lector; para que el comentario del escritor no pierda interés de actualidad; para que entre la cuartilla manuscrita y el pliego impreso, medie el menor espacio posible; para todo eso se sacrifican enormes sumas de dinero, se agotan vigorosas energías, se acumulan actividades; para eso el telegrama se hace urgente, se duplica la velocidad de las rotativas y, cuando el correr parece lento, se vuela. Hay que llegar y llegar pronto: para esto cuando la distancia entre el lector y el periódico es obstáculo insuperable se hace... lo que valientemente y con feliz iniciativa ha hecho *El Liberal* de Madrid, estableciéndose primero en Sevilla, hace poco en Barcelona y muy pronto en Bilbao.

Y no es sólo el problema del tiempo el que así se resuelve, sí que se logra, mediante una feliz organización autonómica que siendo el periódico el mismo en lo substancial en Madrid, en Sevilla y Barcelona, sea distinto en lo que podríamos llamar circunstancial, en lo que á la región se refiere, en lo que al lector de cada comarca interese especialmente...

Mas todo esto hay que hacerlo muy bien ó no hacerlo, y *El Liberal* lo ha realizado espléndidamente. Su instalación en Barcelona es magnífica. De ella dan idea cumplida los grabados que publicamos. Amplísimos locales en edificio de nueva construcción, (tan amplios que tienen quince grandes huecos al exterior, cuatro al frente y once de fondo), con planta baja y sótanos, sirven de emplazamiento á la redacción, administración y talleres de *El Liberal* en Barcelona, situado en la calle del Conde del Asalto, número 39 y 41.



Edificio de nueva construcción en que está instalado.
Calle del Conde del Asalto, esquina á la del Este, números 39 y 41.

Estos locales, cuya admirable grandiosidad se ha conservado al hacer la distribución por medio de encristalados mamparos, son tal vez los más adecuados que en el centro de la ciudad hubieran podido encontrarse para instalación tan importante. El primer tercio de la planta baja lo ocupan un vestíbulo central, á la derecha la administración; y á la izquierda la redacción, dirección local, y dirección general; todo ello provisto de las comodidades necesarias, y amueblado lujosamente. El resto de la planta baja ocúpanlo las cajas, la rotativa con su motor eléctrico de nueve caballos de fuerza, y el departamento de vendedores.

En los sótanos, se ha instalado la estereotipia, almacenes de papel, sección de repartidores y correo.

Durante el día, todos los locales tienen luz propia abundantísima, y para la noche alumbrado eléctrico, verdaderamente espléndido, compuesto de dos arcos voltaicos y 125 lámparas de incandescencia, hábilmente distribuídas por todas las dependencias.



Vestíbulo Central.
Administración, Redacción, Dirección local y Dirección general.

Entrando en detalles de la vasta empresa acometida por *El Liberal*, puede dar idea de su magnitud el que el gasto mensual de los cuatro periódicos (Madrid, Sevilla, Barcelona y Bilbao), excederá bastante de 300,000 pesetas, de las cuales no menos de 60,000 serán invertidas en telegramas, telefonemas y conferencias telefónicas.

El Liberal en Sevilla, que empezó á publicarse en 6 de Enero de este año, era á poco de su aparición, el periódico de mayor circulación de la región andaluza. *El Liberal* en Barcelona, que dió su primer número la noche del 6 de Abril último, alcanza ya una tirada de 30 á 35.000 ejemplares, haciendo tres ediciones diarias.

El Liberal en Barcelona, que ha mostrado empeño en que el periódico sea entregado en la habitación del suscriptor, tiene para este servicio 65 repartidores, exclusivamente para la ciudad y su ensanche. En la imprenta trabajan 20 cajistas, que alternan por secciones de día y de noche. Además de este numeroso personal, tienen el suyo, no escaso, las máquinas y la estereotipia. El material de imprenta es todo nuevo y excelente. La máquina rotativa doble, de Barcelona, es el último modelo de la casa Marinoni, y puede hacer una tirada de 35,000 ejemplares por hora. El personal de la administración lo forman el inteligente administrador don Ricardo Torralba y ocho empleados á sus órdenes.

Al frente de la redacción de *El Liberal* en Barcelona, está don Darío Pérez, periodista de probada valía, cultísimo y brillante escritor; y como redactores, don Antonio Cortón, don Carlos Miranda, don Julio Piferrer, don Angel Alcalde, don Salvador Castelló, don Pedro Estasén, don Francisco Pi y Arsuaga, don Narciso Masferrer, don Juan Franco del Río (Franqueza), don Agustín Salvans, don Juan Lladó, don Rafael Mainar, Arturo Bono, don Alvaro Gallart y el señor Pellicer Monseny, como redactor artístico. Además de esta numerosa y distinguida redacción, tiene *El Liberal* en Barcelona, una colaboración prestigiosa y frecuente en la que figuran firmas de primer orden, de eminencias en las ciencias, las letras y las artes.

Con elementos tan valiosos por antecedente, á nadie puede sorprender el éxito alcanzado por *El Liberal* en Barcelona, que se ha conquistado desde su aparición un puesto de primera fila en la prensa local, ganándolo en justicia por su excelente y moderna factoría, amplia y seria información, imparcialidad absoluta y corrección irreprochable.

El Liberal, puede estar contento de Barcelona, como Barcelona está satisfecha de *El Liberal*.

***



Talleres en la planta baja.
Cajas, rotativa, motor eléctrico y departamento de vendedores.

FERNANDO ALBERTI



CATANDO EL MELÓN



Cuadro de Ricardo Brugada.

EL ARTE IBERO-AMERICANO

He visitado la Exposición Nacional de Bellas Artes que bienalmente se celebra en Madrid, y, en ésta, como en otras, noto, con pesar, la ausencia del Arte ibero-americano, quiero decir, del Arte con la América latina relacionado, ya sea producido por sus hijos, ya por españoles ú otros extranjeros que rindan homenaje á la Historia, á la naturaleza ó á las costumbres de los países hermanos del Nuevo Mundo. Esta ausencia, suele registrarse también, salvo rarísimas excepciones, en los certámenes organizados en provincias por Diputaciones, Municipios ó sociedades particulares.

Grande ceguera es la que no ve cuánto, con estas omisiones ó indiferentismos, se dificulta ó se retarda la tan perseguida *unión*, el conocimiento recíproco, moral y material, de los pueblos, y la expansión común (complementaria, si se me permite la palabra), del espíritu ibero-latino, que, en otra esfera — la de la Literatura — ha dado ya motivos (bien que no muchos todavía) de relación, de cultura y de legítimo orgullo entre los autores españoles y los americanos. Yo no quiero buscar á esto explicación ninguna. Me basta estar convencido de que esto *no debe ser*, no debe continuar siendo, es preciso remediarlo con la mayor urgencia.

Un ilustre literato español, se lamentaba, hace poco, del desconocimiento que aquí tenemos de la novela latino-americana, y propuso la manera de ocurrir á esta deficiencia, haciendo que, por medio de frecuentes lecturas americanas, nos apercibiéramos de cómo viven y sienten nuestros hermanos de allende el Oceano y el Pacífico. Y, en el Arte, en el arte plástico, digo yo, ¿no ha de suceder otro tanto? ¿Es posible que, con tantos años de dominación colonial como hemos ejercido; cuando tantos millares de españoles han emigrado á las Américas; cuando tantos hijos suyos allí nacieron; cuando tantos *criollos é indianos* añoran, en España, el país en que vinieron á la vida ó en que amasaron su fortuna; es posible, repito, que aquella luz, aquel suelo, aquellos seres y aquellas escenas, no asomen con sus líneas, movimientos y coloraciones, en las Exposiciones españolas del Arte?

Yo no sé de quién es la mayor culpa; pero indudablemente nuestros artistas son responsables de alguna. ¡Cuánto tiempo hace ya, casi medio siglo, que Pí y Margall se lamentaba, con oportuna frase, de la tardía ó nula traducción que el pintor, el escultor ó el dibujante, hacen, en general, de las típicas escenas de nuestros tiempos progresivos! En España, el Arte aún no corre bastante paralelo con el siglo, sus culminantes escenas, sus trabajos, sus heroísmos y sus hombres. Melchor del Palau y Cutanda, son excepciones, y Llimona lo es también cuando traza el dibujo profundamente emotivo del catalán emigrante. ¡Esa silenciosa escena de la emigración, una de las más dolorosas y de las más continuas de España, desde hace treinta años, y que, esto sin embargo, apenas *ha dicho* nada á los artistas del lápiz, del pincel, del cincel, de la lira ó de la pluma! Extraño, muy extraño, que no se encuentre interés en las tristezas de una partida indigente; en las nostalgias de una emigración prolongada; en las fruiciones de un triunfo obtenido tras lucha cotidiana con la miseria; en las dulces ó acriminadoras horas de recuerdos, cuando son evocados ó asaltan el alma, al regreso de la conquista, — lícita ó criminal, — de una fortuna...

La rica Historia americana, á partir del mismo descubrimiento, tampoco suele dar tema á la producción de escultores y pintores, como no sea para las legendarias figuras de Colón, Cortés, Pizarro y algunos otros. Menos ha sido utilizada, — lo que más factible era — por medio de la alegoría, que tanto hubiese halagado el sentimiento nacional de México, del Perú, de las Repúblicas del Plata, por ejemplo. No de otra suerte han procedido, para con los Estados Unidos, pintores originarios del norte de Europa. Es doloroso, pero útil también, el decirlo: la alegoría de héroes españoles y americanos cobijados por el ángel de la Paz, que corona el *Jarrón* de Benlliure, es cosa tan oportuna y bella, como exótica, entre nosotros, que nada semejante hemos producido durante tantos años, y que si hoy aparece á nuestros ojos, es hecho... por encargo.

El Museo Arqueológico Nacional, con su riqueza documental, pre y post-colombina, sólo para los sabios suele servir; en él, el artista (salvo la ilustre excepción que haré más adelante) nada parece haber sentido, ni evocado, ni combinado, según se sigue viendo en las manifestaciones del arte puro y en las del decorativo, del palacio situado junto al Hipódromo, y del que en Barcelona tenemos enclavado en el Parque. Es decir, en éste sí que hemos visto algún trabajo en ese sentido; pero — lo que es más doloroso todavía — malogrólo el analfabetismo estético y arqueológico que ya hube de denunciar, hace algún tiempo, en estas mismas páginas. En Madrid, fuera de las Exposiciones, sólo el insigne Arturo Mélida, que yo sepa, señaló el camino con la invención de algunas composiciones de sabor pre-colombino, aprovechando las enseñanzas de la Historia del Arte; pero, por desgracia ha tenido contadísimos imitadores. Y, en tanto, vemos cómo arquitectos y decoradores franceses, utilizan el indicado estilo, para proyectar edificios, monumentos glorificadores, muebles y tapices.

El paisaje americano, no viene hasta nosotros; tampoco la pintura de género. Me lo explico por las dificultades (no invencibles) que para los españoles tiene el ir á buscar el natural, el escenario propio, el tipo indígena; pero, lo que no me explico es que, por parte de España principalmente, no se procure el atraer á nuestras Exposiciones, las obras de cuantos en América, naturales ó extranjeros, producen dibujos, pinturas, esculturas, proyectos, obras decoradas, etc., siempre que á la América latina se refieran. Del cuadro de Historia ó alegórico lo digo con igual motivo. ¡Qué bien estaría en nuestro Certamen el nuevo lienzo *El Juramento de la independencia argentina por el Congreso de Tucumán*, del especialista Pedro Blanqué, que tanto recomienda *La Nación*, de Buenos Aires! Igual excelente papel hubiesen hecho, á su debido tiempo, las obras análogas de Guardia y de Blanes, alusivas á otros países americanos. Por cierto que, de este último pintor uruguayo, recién fallecido, va á organizarse una Exposición de sus principales obras, en Montevideo. ¿No podrían obtenerse, de aquí dos años, para exhibirlas en Madrid? Igual deseo hacen sentir las del español Cotanda, las de Pallejá, las de muchos otros cultivadores del arte de Fidias y de Apeles, que gozan de antigua fama en las Américas latinas, ó que se han dado á conocer en recientes Exposiciones, como por ejemplo las de México, Buenos Aires y París. En la Universal de 1889 á 1900, de esta última ciudad, estuvieron bien representados por sus obras artísticas (algunas muy notables), Ecuador, Perú, México, Chile y Nicaragua, no bajando de cien el número de sus pinturas, esculturas y grabados en piedras finas. Conseguir esto, al par que un gran estímulo para los americanos (que ahora derivan á Italia ó á Francia), sería para nosotros una nueva escuela de información y de cultura, y un nuevo campo abierto á la iniciativa de la actividad de nuestros artistas. Veríamos el gusto que *allí* predomina; el procedimiento formal ó estético que más place; qué cantidad de temperamento español se le puede asignar al cosmopolitismo de ese gusto; qué reivindicaciones de raza sería permitido intentar, por el Arte, y con cuánto alcance sugestivo. Quizá (yo nunca lo he dudado) al influjo de nuevos afluentes, se ensancharían los horizontes de nuestro Arte, en la concepción y en la ejecución, como en la Literatura vemos que se van ensanchando más cada día. Habría más mercado, más visitas de americanos á España, más frecuentación por ellos de nuestras Academias de Bellas Artes y Escuelas de Artes é Industrias, y las Exposiciones, (que acaso podrían luego irse reproduciendo en América, turnando por naciones), no serían, como ahora me parecen, las de una parte de la gran familia ibero-americana (aún asimismo se notan débiles concurrencias ó ausencias de las regiones integrantes de la Península), sino las de la totalidad de esa gran familia que sabe sentir y producir el Arte, educarse por él y remunerarlo.

Las Exposiciones españolas pueden servir para reivindicar títulos que en cierto modo nos pertenecen, que tenemos el deber de estudiar, aplaudir y alentar, con preferencia á otros pueblos europeos; ellas, en fin, andando el tiempo, podrían ser como unos modernos Juegos Olímpicos, que recordaran á pueblos hermanos el origen patrio de su espíritu, retemplándole, vigorizándole y orientándole en cierto modo, desde un punto de vista estético, para lo futuro.

Es más: esa obra la debieran completar los certámenes literarios de España y de América, *procurándose*, á todo trance, que poetas y escritores americanos no dejasen de concurrir á uno sólo de España, y que escritores y poetas españoles respondieran siempre á las convocatorias de América.

F. TOMÁS Y ESTRUCH

Barcelona Mayo de 1901.

BELLAS ARTES

El estudioso pintor catalán, Ricardo Brugada, hubo de emprender un viaje artístico por Andalucía, y tales debían ser los encantos de aquel país que se manifiesta en cultivadas y esplendorosas vegas, en ricos cármenes y en flores más valiosas todavía, sus incomparables mujeres, que secuestraron su voluntad y allí se quedó, tan prisionero del arte como de aquella exhuberante naturaleza.

Granada sobre todo, la que guarda tradiciones y monumentos, la que siente los rigores glaciales de la Sierra Nevada y despierta al llegar la primavera en una orgía de luz y de flores, le ha hecho suyo, y él la corresponde escudriñando sus bellezas, reproduciendo sus cármenes, hurtando la gracia de sus mujeres.

El *Capullo* que figura en la primera plana de este número, es una gallarda muestra de lo que ve y sabe ver. Flor temprana, no abierta aún á las pasiones de la vida, parece que el sol la envuelva en su luz para que estalle prontamente en un esplendor de gracia y donosura.

Como á cabeza de estudio, acusa un sensible progreso en las cualidades técnicas de Brugada Un poquito más de vigor y de resolución, y también él logrará su apogeo artístico.

Si Pablo Béjar hubiera dado mayor consistencia á las figuras de *Contrastes de la vida* y más calidad á los accesorios, habría realizado una de estas obras de género que, por la simpática atracción de su asunto alcanzan, en poco tiempo, voga universal.

Por lo contrario, se ha limitado á uno de tantos episodios que pueblan las páginas de las ilustraciones, sin más resultados que la agradable impresión que producen, modestamente, á respetable distancia de la obra de arte.

Gaspar Camps ha compuesto otra de sus simpáticas alegorías, la correspondiente al mes de Junio, que, con el refinado gusto que le es propio, ha simbolizado en una feliz mezcolanza del *Corpus Christi* con la espiga, símbolo á su vez de la siega del trigo, que en nuestros climas empieza durante el presente mes.

Camps es un artista culto que halla siempre, dentro de su manera decorativa, la expresión más justa y moderna de los temas que ha de desarrollar.

Cierra el presente número la elegante figura de mujer, *Esperando el tranvía*, de Antonio Utrillo; una de esas *pequeñas* cosas que solicitan los sentidos por medio de lo agradable y de las que es complemento necesario el título. Abonan este cuadrito, su correcto dibujo y su justa entonación.

Francisco CASANOVAS



CONTRASTES DE LA VIDA

COSTA RICA

MOVIMIENTO INTELECTUAL Y LITERARIO DURANTE LOS ULTIMOS VEINTE AÑOS; por EMILIO PACHECO COOPER.

(Continuación)

Ha colaborado en las dos últimas Administraciones, dirigiendo sucesivamente la Imprenta Nacional, la Oficina de Estadística y actualmente el Museo Nacional. Ha dirigido, además, varios periódicos y revistas docentes y publicado, entre otros libros, dos de versos, titulados *Tristes y Colombinas*, y *Gloria*, que es un drama social, en tres actos y en prosa, arreglado de la novela del mismo título, de don Benito Pérez Galdós, estrenado en el Teatro Municipal de San José, en Diciembre de 1882. Ha escrito, además, unos estudios filológicos del nahualismo.

El doctor don BERNARDO AUGUSTO THIEL, Obispo de esta Diócesis, también se ha dedicado á los estudios filológicos. En sus laudables investigaciones se ocupa actualmente de curiosos é importantes trabajos geográficos é históricos del país.

El doctor Thiel nació en Elberfeld (Alemania), el 1.° de Abril de 1850. Se ordenó de Presbítero el 7 de Junio de 1874; fué preconizado Obispo de Costa Rica el 27 de Febrero de 1880 y consagrado el 5 de Setiembre del mismo año. Pertenece á la orden de San Vicente de Paúl.

En el año 1899, estuvo en el Concilio Latino-Americano, habiendo sido honrado por Su Santidad León XIII con el nombramiento de Delegado para todas las Diócesis de Centro América.

Entre sus publicaciones de carácter científico, figura una, titulada: *Apuntes lexicográficos de las lenguas y dialectos de los indios de Costa Rica* (1882).

Así como los señores F. Ferraz, el doctor don ANTONIO ZAMBRANA, cubano, hoy ciudadano costarricense, ha contribuido brillantemente al adelanto intelectual de Costa Rica. Orador y escritor notable, es también de los abogados más distinguidos de nuestro foro. Actualmente desempeña en la Escuela de Derecho las cátedras de Oratoria Forense, Derecho Administrativo y Romano é Historia del Derecho. A él se debe, en gran parte, la emisión de algunas de nuestras sabias y liberales leyes, como la de sucesión — que establece la libertad de testar,—y otras referentes á delitos de imprenta. Entre sus obras, podemos citar un estudio de *Estética* y otro titulado *La Administración* (1897). Hace poco publicó un nuevo libro, *La poesía de la Historia*, que es una colección de estudios históricos y discursos.

El doctor D. BENJAMÍN DE CÉSPEDES, también cubano, ha prestado, aunque durante corto tiempo, servicios á la enseñanza nacional como Director del Colegio de San Agustín de la ciudad de Heredia. Médico y literato aventajado, ha escrito la *Higiene de la infancia en Costa Rica*, obra premiada con medalla de oro por la Facultad de Medicina en el concurso nacional de 1899. Dicha obra consta de más de 300 páginas, en 8.° mayor. Ha sido impresa en la Imprenta Nacional y acaba de publicarse. (Julio de 1900).

Vamos ahora á ocuparnos del doctor don LORENZO MONTÚFAR, uno de los hombres públicos más prestigiosos que ha tenido Centro América, no tanto por los elevados puestos que ocupó en la política de Guatemala, El Salvador y Costa Rica, sino, más que todo, por su apostolado liberal y los servicios que prestara á la enseñanza de las ciencias jurídicas. La cátedra, el periódico, el libro y la tribuna fueron sus campos de acción. Enemigo irreconciliable del partido ultramontano y del fraccionamiento de los Estados de la Confederación de Centro América, fué siempre decidido defensor de la más amplia libertad del pensamiento, del juicio por jurados y de la inviolabilidad de la vida humana. En sus discursos lo mismo que en sus escritos su estilo era sencillo, cortado y sentencioso, pero lógico y convincente. Su larga y laboriosa vida fué un eterno combate contra el partido clerical y de la aristocracia, que él llamaba *partido servil*.

El doctor Montúfar vino por primera vez á Costa Rica, de Guatemala, su patria, por motivos políticos, durante la funesta dominación del Presidente Carrera. Poco tiempo después de su llegada fué nombrado Rector de la Universidad de Santo Tomás, y en Enero de 1851 fundó su hogar en esta capital. Durante la Administración de don Juan Rafael Mora sirvió el Ministerio de Relaciones Exteriores, habiendo además llevado á cabo una importante misión diplomática cerca del Gobierno de El Salvador (1857), con motivo de la guerra provocada por las huestes filibusteras de W. Walker. Mas tarde, durante el Gobierno del General don J. Guardia, tuvo á su cargo las Carteras de Guerra, Relaciones Exteriores é Instrucción Pública y le fueron también confiadas misiones diplomáticas en Europa.

En Mayo de 1898 y á la edad de 75 años, murió en la capital de Guatemala.

Entre sus producciones más notables, muchas de las cuales escribió y publicó en Costa Rica, figuran la *Reseña histórica de Centro América* (7 volúmenes en 8.° mayor); estudios sobre *Economía Política*, *Derecho de Gentes y Derecho Administrativo*; *El Evangelio y el Sylabus*, *Un dualismo imposible*, *Análisis de las Monarquías española y francesa*, *Independencia entre la Iglesia y el Estado*. *Morazáan* y tres folletos sobre los jesuitas. Sus *Memorias autobiográficas*, de las cuales ha visto la luz el el primer tomo, las está publicando en Guatemala su hijo el licenciado don Rafael Montúfar.

En Costa Rica no son tenidos por extranjeros los hijos de los otros cuatro Estados, y menos aún por los que vemos en Centro América la patria común, fraccionada por mezquinas ambiciones de partido. Las glorias de las demás Repúblicas hermanas, como las nuestras, no son sino glorias centro-americanas.

El doctor don RAFAEL MACHADO JÁUREGUI, jurisconsulto, poeta y literato distinguido, también nació en Guatemala. A pesar de pertenecer como Montúfar á la aristocracia de aquella República, es demócrata y liberal convencido. En la capital de Guatemala hizo sus estudios de Derecho, y en 1853, á la edad de 19 años, obtuvo de la Corte Suprema de Justicia el título de abogado. En Abril de 1873 llegó á Costa Rica, en donde se ha ocupado del foro y la enseñanza profesional. En la Universidad de Santo Tomás sirvió las cátedras de Derecho Romano y Penal, y en los Institutos Universitario y Nacional la de Literatura Castellana. Ha desempeñado también elevados puestos públicos: en 1876 fué nombrado Ministro Plenipotenciario ante el Vaticano. Durante la Administración del doctor don Vicente Herrera tuvo á su cargo el Ministerio de Relaciones Exteriores y en la del General don Tomás Guardia los de Guerra y Gobernación (1877 á 1881). Hace algunos años publicó una colección de *Poesías*, muy celebradas en el extranjero, de la que se han hecho dos ediciones. Son también muy interesantes sus *Recuerdos de antaño*, inéditos todavía, en los cuales con mano maestra describe las costumbres de la antigua Guatemala. Actualmente es el Redactor de *El Heraldo de Costa Rica*, uno de nuestros diarios más importantes. También se ocupa con noble desinterés y cariño en llevar á cabo la publicación de un libro consagrado á honrar la memoria de don Pio Víquez, el cual contendrá los mejores versos y artículos del malogrado poeta.

Es asimismo guatemalteco don MÁXIMO SOTO HALL, director de la Biblioteca Nacional. Entre los literatos centro-americanos es uno de los más fecundos y laboriosos. Poeta de inspiración, se ha dedicado últimamente á la novela. Hace cuatro años vive en Costa Rica y durante ese breve período ha publicado las obras siguientes: *Aves de paso*, poesías (1897); *Amores trágicos*, poema (1898); *De las coquetas*, estudio psicológico, y *El Problema*, (1899). Novela, esta última, muy controvertida entre nosotros. Tiene en prensa *Catalina*, otra novela, y una obra histórica intitulada *Viaje de México á Honduras*, por Hernán Cortés; y en preparación un drama socialista.

***

Los autores de que nos vamos á ocupar seguidamente son todos hijos de Costa Rica.

Los señores licenciado don SALVADOR JIMÉNEZ y doctor don RAFAEL OROZCO, escribieron respectivamente los *comentarios á nuestros Códigos Civil y de Procedimientos* y los *Elementos de Derecho Penal*. Estas obras, durante algunos años, sirvieron de texto á los estudiantes de Derecho.

El licenciado Jiménez, por su talento, patriotismo y entereza de carácter, ha sido uno de nuestros hombres públicos más dignos de respeto. Su retrato figura en el salón de la Escuela de Derecho.

El doctor Orozco, ex Presidente de la Corte Suprema de Justicia, prestó, lo mismo que el señor Jiménez, valiosos servicios al país, sobre todo en la enseñanza de la Jurisprudencia. Ambos murieron, pero perdura inmarcesible el recuerdo de sus virtudes cívicas.

Tócanos mencionar á los señores licenciado don León Fernández y don Manuel M.ª Peralta, quienes con sus publicaciones han dado á conocer importantes documentos de nuestra historia, sobre todo de la anterior á la independencia, tan ignorada como deficiente.

El licenciado don LEÓN FERNANDEZ nació en Alajuela y se educó en la capital de Guatemala, en donde coronó su carrera de abogado con éxito brillante. Prestó grandes servicios á la nación y desempeñó, entre otros puestos, los siguientes: Diputado á la Convención Nacional (1871), y Agente Financiero del Gobierno en Europa. Alejado de la política, se hizo cargo del Instituto de Alajuela. Fué Ministro de Hacienda durante el Gobierno de don Salvador Lara; Catedrático de Derecho Natural en la Universidad de Santo Tomás; Secretario de Estado en las Administraciones del General don Próspero Fernández y licenciado don Bernardo Soto; habiendo también representado á Costa Rica con el elevado carácter de Ministro diplomático ante los gobiernos europeos.

Entre sus publicaciones figuran los *Documentos inéditos para la Historia de Costa Rica*, en 5 volúmenes, y la *Historia de Costa Rica durante la dominación española. 1502 á 1821*, que don Ricardo Fernández Guardia publicó en Madrid (1889) como obra póstuma de su padre.

Además de los cargos enumerados, desempeñó durante algunos años, el de Director de los Archivos Nacionales, y desde muy joven se dedicó á la noble tarea de salvar del olvido todos los documentos relativos á nuestra historia. Con tal fin visitó los Archivos de Guatemala, de Nicaragua y de algunas ciudades españolas, especialmente los de Indias, de Sevilla, de Simancas y Madrid, de todos los cuales recogió los preciosos documentos que forman el texto de los seis volúmenes á que nos hemos referido.

El Licenciado Fernández murió en esta capital á principios de Enero de 1887.

Don MANUEL M.ª PERALTA es hijo de Cartago. Salió de Costa Rica para Europa el año 1868, y allí, sin otro patrimonio que su talento y laboriosidad, ha logrado conquistarse la reputación envidiable de que hoy goza. En la Sorbona y el Colegio de Francia continuó sus estudios de Filosofía, Geografía é Historia. En Bruselas se dedicó al periodismo.

(Continuará).

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

Madrid - 1901 (1)

CONSIDERACIONES Y HONORES DE PRIMERA MEDALLA



MANANTIAL DE AMOR — Cuadro de José Garnelo Alda.



PLEGARIA EN LAS ERMITAS DE CÓRDOBA — Cuadro de Tomás Muñoz Lucena.

(1) Principió en el número anterior.



¡ POBRES MADRES ! — Cuadro de Alberto Pla y Rubio.



LA VISPERA DEL 2 DE MAYO — Cuadro de Miguel Hernández Nájera.



LA AMIGA — Cuadro de Domingo Muñoz.



EL INVIERNO EN MUNICH — Cuadro de Enrique Martínez Ruíz.



EFECTO DE LUNA — Cuadro de Guillermo Gómez Gil.



LA TRILLA EN ÁLAVA — Cuadro de Ignacio Díaz Olano.

Fotografías de Hijos de Mateu

LOS GENIALES

No era Ricardo Verdugo el bohemio que pudiéramos llamar clásico, el que viste andrajosamente, tiene la taberna por único domicilio conocido, pasa la vida en constante borrachera, vive aspirando la nauseabunda atmósfera del tugurio, derrocha el caudal de su ingenio entre gente de baja estofa, y al fin muere en la cama de un Hospital, si es que no le sorprende su hora postrera en medio del arroyo ó en el quicio de una puerta.

Tampoco era Verdugo el hombre metódico y ordenado que subordina á un régimen inalterable todos los actos de su vida. No era un loco, ni siquiera un desequilibrado, pues hartas y elocuentes pruebas tenía dadas de poseer el pleno dominio de sus maravillosas facultades intelectuales.

Verdugo era un hombre raro, genial, encarnizado enemigo de todo aquello que pudiere significar normalidad. ¿El, asistir puntualmente á una cita? ¡Imposible! ¿Comer todos los días á una misma hora y en un mismo sitio? ¡Más imposible todavía! Era, si se nos permite la frase, una especie de anarquista platónico.

Había llegado á *tener cosas*, lo cual era más que suficiente para conseguir una personalidad que muchos le envidiaban. En los escenarios y saloncillos que asiduamente frecuentaba por su condición de autor dramático, y por cierto de los más mimados por el público y solicitado por las empresas, se celebraban constantemente su franca alegría, su proverbial buen humor y los infinitos donaires con que esmaltaba su conversación, y que con pasmosa oportunidad fluían á sus labios, ya para contestar á una broma, ya para triturar á cualquier querido compañero.

Era holgazán por naturaleza, como por regla general lo son la mayoría de los hombres de talento, y tan desordenado para el trabajo, que era muy difícil, sino imposible, el averiguar dónde, cómo y cuándo escribía aquellas saladísimas obras teatrales que, en poco tiempo, le colocaron á la cabeza de los autores cómicos de su época, y que regocijaban al público durante muchas noches consecutivas, salvando á las empresas de las más espantosas catástrofes financieras.

Una noche, con motivo del estreno de una obra suya, se le ocurrió á Verdugo la diabólica idea de realizar una de sus mayores genialidades.

El teatro estaba lleno de bote en bote, no obstante haberse cotizado las localidades á precios elevadísimos, como homenaje mercantil tributado al merecido renombre del autor de la nueva obra. Allí estaba el público de los estrenos, esa colección de ignorantes que en junto forman un sabio, con indiscutible derecho á juzgar al propio Calderón de la Barca que volviese al teatro á reverdecer sus laureles dramáticos; público levantisco, implacable, exigente, descontentadizo, que jamás perdona á un autor, sea cual fuese su categoría en el mundo de las letras, el grave pecado de no haber sabido complacerle; público, en fin, que con igual facilidad y rapidez hace una reputación que derriba un ídolo de los consagrados por él mismo.

Allí estaban los sacerdotes de la crítica, graves, tiesos, desdeñosos, armados del tajante escalpelo, símbolo de su profesión, dispuestos á triturar la obra y á pulverizar despiadadamente al autor, si éste tenía la desgracia de incurrir en su excelso desagrado.

Momentos antes de que el director de orquesta *atacase* la sinfonía, Ricardo Verdugo tomó asiento en una butaca de la cuarta fila, al lado de un caballero de aspecto simpático y bondadoso, de esos que asisten á los estrenos, sin animosidades ni prejuicios; que aplauden, si la obra les gusta, ó se retiran indiferentes en caso contrario, sin pedir que el autor sea llevado á Fernando Póo ó al Peñón de la Gomera.

Comenzó la representación. La *claque*, cumpliendo su sacratísima misión, aplaudió rabiosamente el primer *número*, consistente en un coro de *odaliscas* que, al compás de una voluptuosa melodía de acentuado sabor oriental, se lamentaba ante Mahoma del prolongado abandono en que las tenía el Sultán.

El auditorio escuchó con indiferencia la primera escena hablada de la obra, con agrado la segunda, y con verdadero entusiasmo las sucesivas, en las que resplandecía el claro, fresco é inagotable ingenio de su autor.

Pero cada vez que el público aplaudía una situación ó reía un chiste, Verdugo gritaba:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Eso es muy malo!

—Caballero, —díjole con toda la finura y convicción posibles, el señor de aspecto simpático y bondadoso; —¿tiene usted la bondad de callarse?

Verdugo, como si no le hubiese oído, continuó golpeando el suelo con la contera de su bastón, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡A la cárcel!

—Caballero,—insistió el vecino, — que no me deja usted oir una palabra. Si quiere usted escandalizar, váyase á la calle ó á la Era del Mico, que aquí no se viene á eso.

—Yo grito, — replicóle Verdugo, de mal talante; — porque quiero, porque puedo y porque me da la gana; y le advierto que no necesito lecciones ni consejos de nadie, porque no me hacen maldita la falta,—y continuó gritando y pateando, como si el autor de la obra fuese alguno de sus más íntimos.

Cuando terminó la representación, el entusiasmo del público fué inmenso, colosal... Los espectadores, puestos en pie, aplaudían con verdadero frenesí, pidiendo al mismo tiempo el nombre y la presentación del autor en el palco escénico.

Alzóse el telón, y el primer actor, adelantándose hasta la *batería*, dijo:

—La obra que hemos tenido el honor de representar, es original, el libro de don Ricardo Verdugo, y la música, de don Jaime Semicorchea.

—¡Que salgan! — gritó el público á una voz.

—Los actores no se hallan en el teatro, — añadió el primer actor.

—¡Que los busquen! — contestaron varios espectadores.

—¡No! ¡No! ¡Fuera! ¡A la cárcel! — gritaba en tanto Verdugo.

—Caballero, —díjole el señor bondadoso; — lo que está usted haciendo es indigno, incalificable...

—¡Ya le he dicho á usted que yo grito, porque quiero!

—¡Usted no gritará más!

—¿Quién me lo impedirá?

—¡Yo!

—¿Con qué derecho?

—Con el que yo me abrogo. Y además, me opongo á que usted siga escandalizando, porque esas insulsas manifestaciones, ni tienen justificación alguna ni son propias de este lugar, y por la simpatía que me inspira el autor, á quien ni de vista conozco, que tal vez cifra con esta obra todas sus esperanzas y el pan de sus hijos.

—¿El pan de sus hijos? ¡Ja, ja! — exclamó Verdugo riendo á carcajadas.

Por toda respuesta, el señor de aspecto simpático y bondadoso propinó al genial Ricardo Verdugo una de esas bofetadas que hacen época en la vida de un hombre.



EL DOCTOR ADOLFO SALDÍAS

Eminente periodista, publicista é historiador argentino; Ministro de Obras Públicas, actualmente, en la Provincia de Buenos Aires.

El escándalo fué mayúsculo; arremolinóse la gente; hubo sustos, apreturas, carreras; desmayáronse unas cuarenta señoras, y hasta los bomberos del teatro, creyendo que se trataba de un incendio, estuvieron á punto de hacer funcionar las mangas.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? — preguntaban todos á una voz.

—¡Es un *reventador!* — contestaron varios espectadores.

—¡Pues duro con él! — gritaron algunos.

Y como si aquellas palabras hubieran sido una orden terminante, sobre la espalda de Verdugo cayó una formidable lluvia de palos, de cuyas resultas quedó el desdichado hecho una lástima. No hubieran parado en esto las cosas, sin la feliz intervención de un acomodador, que acudió precipitadamente al lugar del tumulto y, al reconocer á Verdugo, exclamó:—¡Pero si este caballero no es un *reventador!*

—¡Sí, sí! — gritaron los más exaltados.

—No, señores; este caballero es don Ricardo Verdugo, el autor de la obra que *hemos* tenido el honor de representar...

Manuel SORIANO



ALEGORÍA DEL MES DE JUNIO

G CAMPS

LA CONVERSIÓN DE RECAREDO

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

La conversión de Recaredo fué un acto de grandísima importancia.

Gobernaban los godos, y la España aparecía dividida en arrianistas y católicos.

Reinaba Leovigildo, quien, á instancias de sus pueblos, instancias á las que la cuestión religiosa no era ajena, había asociado al gobierno, á sus hijos Hermenegildo y Recaredo, habidos en su primera mujer. Este monarca *tan grande en los combates y tan profundo en el arte de gobernar*, había dado sobrado crédito y prestado sobrada confianza á las doctrinas de Arrio, según los mejores historiadores.

Casado Hermenegildo con la bella Ingonda, princesa católica, las persecuciones de que ésta se vió objeto, por sostener sus ideas religiosas, le arrastraron á participar de sus creencias y á desnudar la espada para sostenerlas.

Por súplicas de su hermano Recaredo, y dolorido por tener que combatir contra su mismo padre, apenas iniciada su rebelión decidió someterse; pero Leovigildo, en vez de estimar, como debía, la actitud de su hijo, le encarceló y mandó preso á la ciudad de Toledo, residencia de los monarcas godos.

Escapado de su prisión Hermenegildo, ya no le fué posible desoir las quejas de los católicos, sus amigos y correligionarios, que se veían escarnecidos y maltratados.

Mérida, Córdoba y Sevilla la prestaron su ayuda, y Hermenegildo empuñó de nuevo la espada. Leovigildo logró vencer á las ciudades rebeldes, y, habiéndose apoderado de la persona de su hijo, le mandó á Tarragona, cargado de cadenas. Hermenegildo, dice un autor, negóse á comprar la vida y la libertad con el sacrificio de su fe, y el monarca arriano ordenó la muerte de su hijo y sucesor, á fin de evitar que el catolicismo se introdujese en España; por lo que la Iglesia coloca á Hermenegildo entre sus mártires y santos.

Muerto Leovigildo, en el año 587, ocupó el trono su segundo hijo Recaredo. Este príncipe, educado por su tío San Leandro, no había querido alzarse contra su padre, por más que profesase las ideas católicas, fiando al tiempo la resolución de este grave problema y manteniéndose hijo fiel y respetuoso.

A los pocos meses del fallecimiento del Leovigildo, en Mayo ó Junio, del año 589, reunió el Concilio tercero de Toledo, al que asistieron todos



Cuadro de Muñoz Degrain. — *Existente en el Palacio del Senado.*

los obispos arrianos y, católicos, y presentándose con su esposa la reina Badda, abjuró ante ellos las doctrinas de Arrio, proclamando las enseñanzas católicas, invitando á los prelados á que las aceptasen, y las hiciesen adoptar por nobles, caballeros y pueblo de todos sus dominios.

El eminente artista Muñoz Degrain pintó, para el palacio del Senado, el cuadro que damos en este número y que representa suceso tan notable. Este lienzo es el encanto y la admiración de cuantos visitan la Alta Cámara, por la colocación de las figuras, por la expresión de los semblantes y por la verdad de la indumentaria.

Dícese por varios historiadores que Recaredo expuso al Concilio que después de la muerte de su padre se había convertido á la fe católica; mientras que otros aseguran, declaró, que su padre al morir había adjurado el arrianismo recomendándole, eficazmente, la conversión de sus súbditos; añadiendo Recaredo que los visigodos eran la única nación cristiana que había rechazado el Símbolo de la fe, redactado por el Concilio de Nicea. Sea lo que fuere, lo cierto es que el clero arriano que asistía al Concilio fingió quedar convencido y que toda la Asamblea adoptó las doctrinas católicas.

Relacionado íntimamente Recaredo con el papa Gregorio I el *Grande*, envióle riquísimos presentes, á los que el Santo Padre correspondió con preciosas reliquias, y con la aprobación de las actas del Concilio en que se había realizado un suceso de tanta trascendencia.

Sin duda por aquello de que donde *hubo fuego cenizas quedan*, pronto estallaron algunas sublevaciones de carácter religioso, alentadas por la reina Gosvinta, la viuda de Leovigildo. Recaredo mostróse hombre humano y político experto y, aunque se apresuró á reprimirlas, lo hizo sin extremar el rigor, obligando á los ocho obispos arrianos que en ellas tomaron parte á abjurar de sus doctrinas, ordenando, á seguida, la destrucción y quema de cuantos libros existían de teología arriana.

Decidido á asentar sobre sólidas bases la nueva religión, convocó otro Concilio, compuesto de los prelados más ortodoxos, bajo la presidencia de los metropolitanos de Toledo, Sevilla, Tarragona, Mérida y Braga, según su categoría y su antigüedad, á los cuales encargó de la redacción de nuevos Cánones y nuevas Cartas Sinodales, para asegurar la estabilidad de la Iglesia Católica. San Leandro, uno de los hombres más sabios de su época, y á quien Leovigildo desterró por creerle autor de la conversión de Hermenegildo á la fe católica, fué encargado por Recaredo de corregir la liturgia; suponiéndose que á él se debe el origen del oficio religioso y apellidado *muzarabe*, que San Isidoro perfeccionó después, y que aún se practica hoy en la catedral de Toledo.

A partir de la elevación de Recaredo, conocido en la Historia por el *Católico*, los Concilios de Toledo substituyeron á las antiguas Asambleas de los visigodos.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

ANTONIO UTRILLO



ESPERANDO EL TRANVÍA — *Salón Parés.*

EN

"LOS INVÁLIDOS" (1)

Allá en lo profundo
se ve el mausoleo!
La gente se asoma
con mudo respeto,
y abajo, entre estatuas
que lloran al muerto
y antiguas banderas
en sucios trofeos,
reposa el cadáver
del Marte moderno. (2)
El mármol obscuro
que encierra sus restos
no ostenta labores
del arte soberbio
y es frío y es grande,
fatídico y terso...
¡Semeja la espada
de aquel gran guerrero!
Silencio profundo
sucede al estruendo
de tantos combates
gloriosos y fieros.
El águila hincando
sus garras de hierro;
la Europa, espantada;
los reyes, sin reino;
el Rhin y el Danubio
que corren sangrientos;
Essiling y Arcola
Wagram y Marengo!
¡Ya todo es ceniza
que guarda del viento
la caja de mármol
que oprime sus huesos!
Un sol empañado,
que asoma en un cielo
grisiento y obscuro,
con pálido fuego,
refleja en el Sena
negruzco y espeso
que oyó tantas veces
los vivas del pueblo.
Y el río que avanza,
lo mismo que el tiempo,
se aleja olvidando
la gloria del muerto
que, oculta entre piedras,
ya sólo es un eco
de aquel gran soldado
y aquel gran imperio!...
. . . .
. . . .
¡Y estalla la vida
del mágico pueblo
que asombra y que ríe
creando lo inmenso!
La tumba del César
quedóse á lo lejos,
guardada por héroes
ancianos y enfermos.
¡Inmenso fantasma
que llora en silencio,
cegado ante el foco
que lanza el progreso!

José M.ª DE LA TORRE

(1) París.
(2) Napoleón I.

ORIENTAL

Sultana, en mi frente brilla
el laurel de la victoria.
Traigo á mi patria la gloria
de haber vencido á Castilla.
De sus taladas regiones
el moro se enseñorea,
mientras gime y forcejea
el cautivo en mis prisiones.
Vencido en combate rudo
fué del cristiano el pendón;
y ha trotado mi bridón
sobre la cruz de su escudo.
Por ti, sultana, triunfé
doquiera que combatí;
y, al poner hoy ante ti
los trofeos que alcancé,
De darme lo que pidiere
te recuerdo la promesa.
Y pues tienes mi alma presa,
y Amor sin tregua me hiere,
En tus labios tentadores,
aún más rojos que la grana,
deja que libe, sultana,
la esencia de los amores.

J. SAMANIEGO

L. DE CEGAMA



Cuadro de Emilio Sala.

COSTA RICA

MOVIMIENTO INTELECTUAL Y LITERARIO DURANTE LOS ULTIMOS VEINTE AÑOS; por EMILIO PACHECO COOPER.

(Continuación .

A principios de 1871 fué nombrado segundo Secretario de la Legación de Costa Rica, á cargo de don Carlos Gutiérrez, quien asimismo era Representante de Honduras, siendo el primer Secretario don Ricardo Salazar Guardia. También fué Secretario del Agente Financiero en Londres, señor don Francisco M.ª Iglesias. Después ha desempeñado los siguientes cargos: Agente confidencial del Gobierno ante Su Santidad Pío IX; Encargado de Negocios en Londres; Ministro en España, luego en Washington y, por último, desde 1887 hasta el presente, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante las Cortes de España, Francia, Bélgica y Alemania.

El señor Peralta ha recibido de los gobiernos europeos honrosísimas condecoraciones y aquellas distinciones especiales que sólo se conceden á personas de indiscutibles méritos. Es oficial de la Legión de Honor, Comendador de la Orden de Carlos III, Oficial de la Orden de Leopoldo de Bélgica, Gran Cordón del Mérito Militar de España, Caballero del Santo Sepulcro, etc., etc., y socio correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia; de las Buenas Letras de Sevilla, de la Sociedad Geográfica de Nueva York y del Comité de Honor de la Asociación Literaria Internacional; Vicepresidente de las Sociedades de Geografía y de Americanistas de París, etc., etc., figurando, además, en los principales Congresos científicos de Europa, en donde siempre ha ocupado un puesto de honor.

Sus obras más valiosas son: *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo* XVI (1883); *Límites de Costa Rica y Colombia 1502-1880*, publicada en Madrid (1890); *Costa Rica y Colombia; Costa Rica y Costa de Mosquitos; Alegato presentado al Presidente de la República francesa sobre la cuestión de límites con Colombia y Réplica al alegato* de la parte contraria: estas dos últimas están escritas en francés; y un *Estudio sobre el Canal Interoceánico de Costa Rica y Nicaragua*. Todas abundan en datos y documentos originales de gran importancia histórica.

El señor don FRANCISCO M.ª IGLESIAS, estadista notable, es el decano de nuestros hombres públicos. De todos aquellos viejos ilustres, orgullo de Costa Rica, tan sólo él queda, todavía vigoroso, consagrado actualmente á sus estudios históricos y tareas legislativas como Presidente del Congreso Constitucional.

En la Administración del doctor don José M.ª Montealegre, desempeñó los Ministerios de Relaciones Exteriores é Instrucción Pública; en la siguiente, del Licenciado don Jesús Jiménez, fué el Presidente de la Cámara de Representantes; y durante el breve período de Gobierno del Licenciado don José Antonio Pinto, tuvo á su cargo el Ministerio de Gobernación. De los años 1873 á 1877, estuvo en Europa con el carácter de Agente Financiero para arreglar los asuntos del empréstito con los *señores Bishop Heim & C°*, de Londres.

Con incansable laboriosidad se dedica actualmente á la publicación de importantísimos documentos que servirán de base para la formación de la Historia patria, continuando así la obra comenzada por los señores Fernández y Peralta. Muy interesantes son los dos tomos que con el título de *Documentos relativos á la Independencia* ha publicado hasta ahora (1889 y 1890). El primero, contiene las actas de los Ayuntamientos desde fines de 1821 hasta Diciembre de 1823, y el segundo, las actas de la Junta Gubernativa y del primer Congreso Constituyente, (25 de Octubre de 1821 al 29 de Marzo de 1823). Constan de 400 páginas cada uno, en 8.° mayor. Tiene en preparación el tercer tomo, cuyos documentos llegan á 1824, año en que se inauguró la Federación de Centro América.

Ha publicado, además, los siguientes folletos: *Exposición de los motivos del cambio político acaecido en Costa Rica el 14 de Agosto de 1859-1860; Colección de documentos relativos á la invasión del ex Presidente don Juan Rafael Mora; Refutación á la impostura* (1873), dos folletos; *Vindicación* (1863), contestando otro titulado: «Conjuración de Iglesias y Tinoco»; *La más pequeña de las Repúblicas americanas* (1887), en que anota una publicación referente á Costa Rica, de Mr. W. E. Curtis, en el *Harper's Magazine; Pro Patria* (Una memoria y un discurso); *Pro Patria* (Una biografía y algunos recuerdos históricos); y *Braulio Carrillo* (Tributo patrio consagrado á su memoria en celebración del primer centenario de su natalicio). Estos tres últimos han visto la luz, respectivamente, el 15 de Septiembre de los años 1898, 1899 y 1900, en conmemoración de nuestra Independencia. Para el próximo 15 de Septiembre, tiene en preparación otro folleto.

El retrato del señor Iglesias, en virtud de honroso acuerdo, figura en el salón de sesiones del Ayuntamiento del cantón central de Cartago.

El Licenciado don MANUEL ARGÜELLO MORA recibió su primera educación en un Colegio de Heredia, regentado por el Reverendo Presbítero don Manuel Paúl. En la Universidad de Santo Tomás obtuvo el título de Bachiller en Letras (1850), y el de Leyes y Cánones en 1853, siendo su catedrático el doctor don Lorenzo Montúfar. Este mismo año pasó á Guatemala, en donde concluyó sus estudios de Derecho, obteniendo el título de abogado en 1857. A su regreso á Costa Rica y durante la Administración de don Juan R. Mora,—en la cual, á pesar de su juventud, gozaba de poderosa influencia,—sirvió el Juzgado de 1.ª Instancia de San José. Del 14 de Agosto de 1859, en que fué desterrado por el Gobierno del doctor don José M.ª Montealegre, hasta el año 1862, viajó por las principales naciones de Europa y algunas de Asia y Africa. En 1862, como jefe del *partido morista*, contribuyó á la elección del Presidente Licenciado don Jesús Jiménez. En 1863 fué electo Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, cargo que sirvió hasta 1868, año en que fué nuevamente desterrado. Poco después, y simplemente como ciudadano, contribuyó al triunfo del golpe de Cuartel del 27 de Abril de 1870, que dió por resultado la nueva era de Gobierno iniciada por el General don T. Guardia. Este año fué nombrado Rector de la Universidad de Santo Tomás y asimismo sirvió nuevamente hasta 1878 el cargo de Magistrado, como Presidente de las Salas 1.ª y 2.ª Durante la Administración del General Guardia, desempeñó los Ministerios de Fomento, Gracia y Justicia (1878 á 1882). De este año al 85 fué otra vez Magistrado de la Corte; y nuevamente Juez de 1.ª Instancia, de 1885 á 1888. De esta fecha hasta el presente, ha figurado como Presidente de la Sala de lo Criminal y en el Tribunal de Casación (1889 á 1898), y últimamente como Promotor Fiscal.

El Licenciado Argüello, figuró también como periodista, no sólo en Costa Rica sino en el extranjero. Sobresale como escritor de costumbres y es justamente celebrado como cuentista del género festivo. Sus obras principales son: *Páginas de Historia* (1898) y *Costa Rica pintoresca* (1899), ambas figuran en la Exposición Universal de París, habiendo sido presentadas por el señor Ministro de Nicaragua, por no tener Costa Rica representación en ese gran Certamen.

Además de las anteriores, ha publicado las siguientes novelitas: *Elisa Delmar* y *La trinchera* (1899); *La bella herediana, El amor á un leproso, Historia de un crimen* y *Un drama en el presidio de San Lucas* (1900).

***

El Licenciado don RICARDO JIMÉNEZ hizo sus estudios de segunda enseñanza en el Colegio de San Luis Gonzaga, bajo la dirección de los señores Fernández Ferraz. Después pasó á esta capital en donde dedicóse al estudio del Derecho, habiendo obtenido el título de Licenciado en Leyes, previo brillante examen, en el cual pudo mostrar una vez más su vasta ilustración y talento superior.

En 1885, al comienzo de la Administración del Licenciado don Bernardo Soto, fué investido con el carácter de Ministro Plenipotenciario de Costa Rica en Méjico, y en 1889 esa misma Administración le nombró Secretario de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores y Carteras anexas, cargo que también desempeñó durante el Gobierno del doctor don Carlos Durán, designado en ejercicio de la Presidencia. También representó á Costa Rica en la Dieta Centro-americana que se instaló en esta capital en Septiembre de 1888, habiendo sido honrado con el nombramiento de Presidente de ese notable Congreso de Plenipotenciarios.

Además de ser uno de nuestros primeros jurisconsultos, el Licenciado Jiménez se distingue como literato. Es de sentirse que haya escrito muy poco. Entre sus publicaciones figura la *Instrucción Cívica* (1888), obra de texto en las escuelas de Costa Rica.

A sus muchos merecimientos reune el de ser hijo del ilustre patricio Licenciado don Jesús Jiménez, ex Presidente de la República y Benemérito de la patria.

El Licenciado don MÁXIMO FERNÁNDEZ es otra de las personalidades más prestigiosas que tiene Costa Rica. Ha figurado notablemente en la política del país, en el foro y el Gobierno, habiendo desempeñado entre otros puestos importantes el de Ministro de Estado. Protector y amante de las bellas letras, á él se debe la publicación de la *Lira Costarricense* que, magníficamente impresa y con la colaboración de los señores doctor don Rafael Machado y Licenciado don J. Marcelino Pacheco, publicó en dos tomos en los años 1890 y 1891.

El Licenciado don PEDRO PÉREZ ZELEDÓN, ex Secretario de Estado de las Administraciones del Licenciado don Bernardo Soto y la actual, ha prestado asimismo servicios á la enseñanza como catedrático de Derecho en la Universidad de Santo Tomás. Fué Delegado ante el Gobierno de Honduras, y el año 1887 también representó á Costa Rica, en los Estados Unidos de América, con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, con el objeto de fijar — con la mediación del señor Presidente de aquella República — la validez del Tratado de Límites celebrado el 15 de Abril de 1858 entre Costa Rica y Nicaragua. Extenso y notable es el informe, impreso en Washington, que entonces escribió, titulado: *Informe sobre la cuestión de validez del Tratado de límites de Costa Rica y Nicaragua y puntos accesorios, sometidos al arbitraje del señor Presidente de los Estados Unidos de América, presentado en nombre del Gobierno de Costa Rica* (1887). También publicó la *Réplica* al alegato del Representante de Nicaragua.

D. JOAQUÍN BERNARDO CALVO ha figurado en Washington como Encargado de Negocios de Costa Rica y Miembro de la Exposición Universal de Chicago, con el carácter de Jurado en la Sección de Productos Naturales (1893), y últimamente como Ministro Residente de Costa Rica ante el Gobierno americano, cargo que actualmente desempeña. También ha representado á Costa Rica en los Congresos Pan-Americanos de los Estados Unidos, distinguiéndose en ellos por su patriotismo é ideas levantadas.

Su publicación más importante es *Costa Rica en 1886*, de la cual se han hecho varias ediciones en inglés, con profusión de grabados.

(Continuará)

DIONISIO BAIXERAS



COMPONIENDO LAS REDES

Salón Robira (Fernando VII, 59).

CRÓNICA ARGENTINA

Después de un viaje más feliz de lo que me prometía, con prometérmelo bueno, aquí me tiene usted, respetable Director, que, conforme me pidió y yo le prometí, empiezo á ejercer mi cargo de cronista. Y, en honor de la verdad, manifiéstole desde luego que me será menos difícil de lo que me temía, pues he llegado á este hermoso y fertil país en una época de adelanto y actividad tal, que no ha de faltar á mi pluma materia para salir airosa del compromiso que con usted contraje.

Lo primero que ha llamado mi atención, pues, francamente, había perdido la costumbre de verla en España, es la nota patriótica que aquí inspira, en general, los actos de todos; gobernantes y gobernados. La nación argentina se ha propuesto desempeñar un buen papel en el concierto universal de las naciones y, á no dudar, lo conseguirá muy pronto, en virtud de ese patriotismo y del consiguiente acierto en la elección de mandatarios.

La presidencia del general Roca, hombre de enérgica acción y de clara inteligencia, que, para el cumplimiento de sus altos deberes, ha sabido rodearse de expertos y leales consejeros, ejerce una decisiva influencia en los destinos de la República, cuyos grandes elementos de riqueza y desarrollo eran absorvidos ayer por continuas discordias interiores, amen de ciertas ingerencias extrañas, y que hoy, en brazos de una paz octaviana camina á pasos agigantados hacia la prosperidad y engrandecimiento de que es susceptible.

Bajo el mando del mencionado señor, se han consolidado las instituciones, asegurado el orden y zanjado satisfactoriamente las cuestiones fronterizas, en beneficio de la industria y del comercio; se han establecido multitud de ferrocarriles; se han introducido importantes mejoras en los ramos de instrucción é higiene; nivelándose por medio de prudentes economías los presupuestos, hasta el punto de haber obtenido en el último año un sobrante de más de 24.000,000 de francos.

Por lo que se refiere á la Hacienda, base primordial de toda administración, su desahogo es manifiesto, pues se ha podido pagar sin dificultad, en el día del vencimiento, los intereses de la Deuda exterior; la cual, según el proyecto sometido al Senado y aprobado por éste, después de un magistral discurso del doctor Pellegrini, ponente de la Comisión, se va á unificar, creando un título único de 4 %, cotizable en las principales bolsas de Europa y América. Seguramente, pues ha hablado mucho de ello la prensa internacional, tendría usted ya conocimiento de dicho trascendental proyecto, que será ley promulgada cuando en el Album Salón aparezca esta suscinta crónica.

De acuerdo con el presentado por el ministro de la Guerra, coronel Ricchieri, aquel alto cuerpo colegislador ha fijado en 15,000 hombres el ejército permanente. En el caso poco probable de una guerra, se formarían con el territorial cinco cuerpos más, de cincuenta mil cada uno; contándose desde luego con material y armamento de los últimos sistemas, suficiente para esos trescientos mil hombres.

El incremento que ha tomado la marina de guerra, en pocos años, se acaba de demostrar con motivo de la revista pasada á la misma recientemente por el Jefe del Estado en el puerto militar de Bahía Blanca. Componen en la actualidad las fuerzas marítimas de la argentina 16 buques de moderna construcción entre acorazados, cruceros, cazatorpederos y destroyers, dotados de todos los elementos de combate, con bizarros jefes, un personal técnico que nada tiene que envidiar al extranjero y una marinería modelo de morigeración y disciplina. Para un país que nace ahora, como quien dice, eso es mucho más de lo que podía esperarse, y da clara idea del brillante porvenir que le reserva el destino, si no se enfría el caluroso entusiasmo que de algún tiempo á esta parte mueve é impulsa á sus naturales.

La creación de ambas armadas, la de mar y tierra, necesarias para la defensa natural de este inmenso territorio, implica una serie no interrumpida de sacrificios, pues representa un capital enorme, lo propio que su sostenimiento; pero, conforme he manifestado, en la época presente el Gobierno dispone ya de recursos sobrados para ello, sin perjuicio de las atenciones, también cuantiosas, inherentes á una buena administración.

De otros varios asuntos podría hablar á usted, querido Director, mas no olvido que tiene el espacio tasado, y antes de que mi pobre crónica corra el riesgo de aumentar el montón de lo inutilizable, los reservo para otra; limitándome á hacer especial mención, en cumplimiento de un gratísimo deber, de la cordialidad y simpatía conque este pueblo, en general cortés y noble, distingue á los españoles. Yo he encontrado en Buenos Aires, relaciones que me honran y amigos que sinceramente me quieren; sus costumbres tienen mucha analogía con las nuestras; hay en su lenguaje el dejito, la dulzura peculiar de nuestra hermosa Andalucía; hallo en sus mujeres los mismos atractivos que en las que ahí he dejado; de suerte que me figuro estar aún en mi casa; entre los míos. Y, bien mirado, es la realidad que entre los míos estoy, pues estoy entre los hijos de mi madre!

Carlos SALCEDO

MARINERA

¡Qué triste era tu carta! ¿Me has olvidado?
¿Porqué dices que quieres morir? ¡Qué pena!
Mira, no pienses eso, ven á mi lado,
y en la playa, sentados sobre la arena,
viendo como se agitan las bravas olas
y recordando juntos nuestros amores...
te cantaré, bien mío, las barcarolas
que cantan en el puerto los pescadores.
Me dices que la ausencia te causa espanto;
que la muerte prefieres á ese tormento;
y que, sin duda alguna, de llorar tanto,
basta á veces el leve roce del viento
para hacer que á tus ojos se asome el llanto.
Dices que el desconsuelo tanto te aqueja,
que has dejado en olvido todas tus flores,
y que cuelgan marchitas entre tu reja,
como secas guirnaldas de tus amores.
Dices que te entristeces todos los días,
porque, cuando despiertas por la mañana,
no ves los pajarillos que antes veías,
cantando sobre el marco de tu ventana.
. . . .
Yo, cuando por la noche sale la luna,
con la vista lo inmenso del mar abarco,
y muchas aves veo, pero ninguna
viene á dormir, como antes, sobre mi barco.
Le dejo que navegue por donde quiera,
y á merced de las aguas y siempre á solas,
se parece mi barco de esta manera,
á un cadáver que flota sobre las olas.
Hasta que los albores del nuevo día,
á despuntar empiezan en lontananza
y otra vez á la costa mi afán le envía,
dejando por estelas, conforme avanza,
en las olas, mi triste melancolía,
y en la espuma, pedazos de mi esperanza
Y viendo nuestra suerte, desconsolado
mi corazón se oprime, lleno de pena;
y con el pensamiento puesto á tu lado,
en la playa, tendido sobre la arena,
con tristeza recuerdo nuestros amores...
mientras el sol apaga sus resplandores
ocultando sus rayos entre las olas,
y á lo lejos resuenan las barcarolas
que cantan en el puerto los pescadores.

Julio HOYOS

BELLAS ARTES

En su reciente viaje á Madrid tuvo buen cuidado nuestro Director de visitar á los principales artistas que residen en la Corte, con el propósito de que el Album Salón pudiera honrarse con sus firmas, al propio tiempo que enriquecer estas páginas artísticas con obras de pintores de otras regiones, para que esta Revista fuese eco fiel del arte nacional.

Todos los artistas, sin excepción, mostráronse bien dispuestos á secundar las intenciones de nuestro Director, quien vió colmados sus deseos con la promesa de valiosas obras pintadas exprofeso para el Album Salón, que, sea dicho sin jactancia y sólo en honor de la verdad, goza en los círculos artísticos de Madrid de una consideración y simpatía superior á sus esperanzas, y que consideramos como justo premio á los muchos sacrificios y progresos realizados para poner á nuestro periódico al nivel de las mejores ilustraciones extranjeras.

Gracias, pues, á la buena voluntad de los artistas madrileños ó que residen en Madrid, podemos ya hoy ofrecer á nuestros suscriptores un cuadro de Emilio Sala, uno de los que mantienen muy alto, con su talento, el prestigio del arte español.

Recordamos aún, no sin cierta melancolía por los años transcurridos, la Exposición Nacional de 1871, en la que Emilio Sala debutó con su cuadro *La prisión del príncipe de Viana*, que figura hoy en el Museo municipal de Barcelona. Era entonces Sala un joven, casi un muchacho, pero había tal impetuosidad en su temperamento artístico, que todo el mundo inteligente en la materia descubrió en el joven cualidades de pintor colorista de primer orden, que no desmintió después el varias veces laureado pintor.

La *Lectura* que publicamos hoy, es una de esas impresiones que bajo forma modesta descubren la mano de un maestro. La cabeza de la figura, pintada sin vacilaciones, de una vez, se modela por obscuro en una serie de bien entendidos y graduados reflejos; el vestido *chiné* es un prodigio de colorido y de calidad, tanto que nos parece oir el crugido de la seda que frota y se quiebra al plegarse. Ni un detalle descuidado, y no obstante, no se observa esfuerzo ninguno al producir; causando esa tranquila sensación que se percibe al contemplar las obras hechas con facilidad.

Al lado de esta obrita de un artista genial, hemos de poner el sobrio cuadro de Dionisio Baixeras, *Componiendo las redes*. El concienzudo artista catalán, vuelve á estar hoy en plena posesión de las cualidades que tanto le elevaron en otro tiempo; y sin que su sobriedad le impida modelar y dar cuerpo á los objetos con una fuerza de verdad digna de un maestro.

Gaspar Camps, el modesto y estudioso colaborador del Album Salón, simboliza el mes de Julio con una figura de mujer que ostenta los atributos de Santiago Apóstol, la festividad más saliente, mientras recuerda, en otros detalles, que con el mes consagrado por los romanos á Julio César empiezan los grandes calores y con ellos los frutos y las estaciones balnearias.

También Cecilio Pla ha querido favorecernos con un capricho, *Refrigerio en el camino;* una risueña figura de campesina, sin pretensiones de cuadro, pero que le da pretexto para prodigar sus brillantes notas de color.

Francisco CASANOVAS

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

MADRID - 1901 (1)

FUERA DE CONCURSO



APARICIÓN DE LA VIRGEN DE LAS MERCEDES
Cuadro de ALEJANDRO FERRANT.

CONS. Y HONS. DE PRIMERA MEDALLA



STELLA MATUTINA
Cuadro de PEDRO SÁENZ Y SÁENZ

SEGUNDA MEDALLA



¡HERMANOS, SÁLVESE EL QUE PUEDA! — Cuadro de JOSÉ GARCÍA RAMOS.

(1) Principió en el número 92.



EN EL BOSQUE — Cuadro de AURELIANO DE BERUETE.



LA EDAD DE ORO — Cuadro de JUAN FRANCÉS Y MEXÍA.

SEGUNDA MEDALLA



NUBE DE VERANO — Cuadro de Antonio García y Mencia.

CONSIDERACIONES Y HONORES DE SEGUNDA MEDALLA



EN EL NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO — Cuadro de Eugenio Vivó.



SOBBE CUBIERTA — Cuadro de ALVARO ALCALÁ GALIANO



¡DESPEDIDA! — Cuadro de RICARDO BRUGADA.

Fotografías de Hijos de Mateu.



DOS NOBLES

Después que algunos periódicos dieron cuenta del lance verificado entre el marqués de Mica y el joven doctor Rubén, nadie volvió á ocuparse del último que, según las hipótesis más generales, abandonó la Capital, buscando en el extranjero un punto de residencia.

La historia de la ruptura entre los combatientes, es la historia eterna con pequeñas modificaciones. Dos hombres que, identificados por antigua amistad, tienen las mismas inclinaciones. Una chispa de amor que brota á un tiempo en el pecho de ambos. Y una mujer caprichosa y voluble, que aviva el sacrosanto fuego, convirtiéndole en hoguera de odio entre los enamorados.

Elvira conoció el mismo día á los dos. Los dos la parecieron igualmente aceptables. Y á los dos dió las mismas pruebas de simpatía, con esa galantería estudiada é hipócrita que caracteriza á la mujer coqueta.

Algo más enamorado y vehemente que el marqués, anticipóse Rubén, manifestando á Elvira su cariño, y hablándola de recíprocos y futuros días de ventura.

La resolución de Elvira fué satisfactoria.

Elvira y Rubén vivieron algún tiempo, sin que al parecer turbara su amante dicha el menor contratiempo.

Pero lejos de despistar al marqués, la elección de Elvira aumentó su deseo. A las cartas en que expusiera su pasión y su despecho, sucedieron las entrevistas en que habló á Elvira de sus títulos y su dinero. Cególa el interés... y anulando con la misma facilidad conque lo contrajo, su serio compromiso con Rubén, olvidó la tranquila ventura que representaban la honradez y el amor de éste, para soñar con las vanas pompas inherentes á la corona del rival.

Desde el día en que Elvira desatendió el cariño de Rubén, los íntimos de la niñez y de la adolescencia, fueron los más encarnizados enemigos.

La volubilidad de Elvira, era motivo ineludible para un duelo. Ciegos de odio los rivales, desearon unánimemente que el lance fuera excepcional. Y reunidos los padrinos de ambos, acordaron que el duelo se verificara á pistola; á diez pasos y á tiro aplazable.

Una noche en que la luna brillaba en el cielo con fulgor más vivo que nunca, dos coches tirados por briosos caballos, llegaron con corta diferencia de tiempo al pie del ruinoso castillo de Brisman, que se levanta solitario en una inmensa llanura festoneada por un riachuelo.

Al poco rato, un grupo de hombres que habían conversado breves momentos en la sombra que proyectaban los viejos muros, se dirigió al centro de la explanada é hizo alto. Dividióse en dos secciones que dieron algunos pasos en dirección opuesta. Al hacer alto nuevamente, dos hombres, uno de cada sección, marcharon sobre la derecha, dando luego frente á los respectivos grupos.

—¡Fuego!—gritó una voz, interrumpiendo el misterioso silencio de la noche.

Una detonación intensa y seca siguió casi instantáneamente á la voz de mando.

—¡Reservo el tiro!—exclamó otra voz, antes que el eco repitiera la detonación.



En seguida las secciones se fundieron, dirigiéndose hacia el castillo y alojándose en los coches que partieron á escape.

Al día siguiente, la prensa daba cuenta del suceso, suponiendo terminada la cuestión de honor entre el marqués de Mica y el doctor Rubén.

. . . .

El palacio de los marqueses de Mica, presentaba el aspecto de las grandes solemnidades.

La puerta principal, adornada con profusión de plantas exóticas, estaba custodiada por dos criados vestidos de gran gala. En el centro de la escalera, lucía una rica alfombra de terciopelo granate, y á los lados, infinidad de flores desparramadas con artístico gusto perfumaban deliciosamente el recinto

Se había efectuado por la mañana el enlace de Elvira Grullot con el hijo de los marqueses, y se preparaba el gran baile conque éstos invitaban á sus numerosos amigos.

A las puertas del palacio comenzaron á llegar infinidad de lujosos carruajes que conducían á la recepción á las familias más distinguidas de la alta aristocracia de la Capital.

Al continuo movimiento de los coches que llegaban, sucedió en los alrededores del palacio una tranquilidad tan sólo interrumpida por el continuo bromear de algunos servidores de la casa.

Todo indicaba que la fiesta había comenzado.

El salón de baile estaba imponente; deslumbrador. Miles de luces multicolores distribuídas en magníficas arañas, fulguraban reverberando en los trajes de seda.

Las muchachas, alegres y bulliciosas, se agitaban febriles, charlando y riendo sin cesar; y los jóvenes recorrían el salón admirando los encantos de aquéllas y dejando con frecuencia en sus oídos las más enamoradas galanterías. El cotillón iba á empezar.

Cuando la concurrencia esperaba ya impaciente las primeras notas de la orquesta, un joven de aire distinguido y modesto, llegó á la puerta del salón, deteniéndose en ella y lanzando vagas miradas en todas direcciones. De súbito, avanzó entre la muchedumbre, que asombrada le dejaba paso franco, y se detuvo junto á un grupo en que el recién casado conversaba despreocupadamente.

—¿Os acordáis de Rubén, vuestro amigo de muchos años?—preguntó el que llegaba, después de saludar cortésmente al marqués.

—No puede olvidarse tan pronto—contestó éste con visible emoción—un cariño que tuvo enclavadas sus raíces en lo más recóndito del alma.

—¿Recordáis que la fatalidad, cuando fuímos hombres, convirtió en odio tremendo el bendito afecto de la niñez? ¿Que una noche en que la luna brillaba cual nunca, como queriendo infiltrar su luz en nuestras obscurecidas inteligencias, nos jugamos...

—¡La vida!—interrumpió el marqués señalando con la mirada á Elvira, que en un ángulo de la habitación presenciaba aterrorizada la escena.—Recuerdo bien que en tal jugada perdí yo. ¡Aquella vida... es vuestra, Rubén!

—Y yo, con el blasón de otra nobleza, os la ofrezco como regalo de boda. Ojalá—prosiguió—os sea tan lozana y tan próspera como era para mí cuando me la robásteis.

Y abandonó el salón con paso vacilante.

A. HERNÁNDEZ Y CID

Dibujo de José Passos.

GASPAR CAMPS



ALEGORÍA DEL MES DE JULIO

D. JAIME EL CONQUISTADOR

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Don Jaime I de Aragón alcanzó, por sus gloriosas hazañas, el sobrenombre del *Conquistador*, y estuvo muy cercano á recibir los honores de Santo.

Nacido en Montpeller en 1208 sucedió á su padre, Pedro II, cuando apenas contaba seis años. Puesto por los aragoneses bajo la tutela del gran Maestre Guillermo de Moredon, muy joven se hizo cargo del cetro, sometió al Vizconde de Bearne y al Señor de Albarracín y comenzó la serie de triunfos que debían alcanzarle tan alto renombre.

Decidido á expulsar de España á los árabes, fijó su vista con tenaz empeño en Valencia. Bien pronto se dirigió contra esta ciudad, puso cerco á Peñíscola, se apoderó de Jérica, Torres-Torres y distrito de Murviedro, sitió á Burriana, y se hizo dueño del Castillo del Puig, punto avanzado que debía servirle de apoyo para la toma de Valencia, empresa que acometió *puesta la esperanza en Dios y en el brío de sus soldados*.

Gobernaba á Valencia el walí conocido por *Zaen*, quien al saber los intentos de Don Jaime, hizo publicar en todas las mezquitas la *gazna* ó guerra santa, disponiéndose para una formidable resistencia.

Ganados por Don Jaime buen número de castillos, llegó frente á Valencia con un numeroso y lucido ejército que ascendía á setenta mil infantes y dos mil jinetes, venidos de Cataluña, Aragón, Castilla, Provenza, Inglaterra, Francia é Italia; obispos, abades, cruzados de Palestina; y los temibles almogávares, que ocupaban la vanguardia, orgullosos de pelear á las órdenes de Don Jaime.

Los almogávares tomaron á *Ruzafa* (casa de recreo); pero los resueltos y denodados caballeros y soldados de Lérida fueron rechazados en sus repetidos ataques por los moros.

Estableció el Monarca su cuartel general en Ruzafa, extendiendo el ejército cristiano en una inmensa línea, á fin de bloquear por completo la ciudad; logrando apoderarse, tras de sangrienta lucha, del arrabal ó cuartel *Sharea* ó *Xarea*. Pero los árabes se mantenían firmes, y en una salida que hizo su caballería propúsose la destrucción de las compañías francesas que mandaba el arzobispo de Narbona, atrayéndolas á una emboscada. Conoció Don Jaime el peligro, y corrió á impedir la derrota de aquellos valerosos cruzados, ordenándoles que se retirasen; mas al volver casualmente la cara, para observar á los moros, llevando levantada la celada del casco, un ballestero enemigo, que le seguía, le disparó un proyectil dejando clavada una arista sobre la ceja izquierda del Rey, quien al sentirse herido se arrancó fieramente la saeta, desmenuzándola con sus propias manos. La sangre que manaba de su herida le cubrió el rostro y la barba, pero él se la limpió tranquilamente y, riendo, atravesó por entre las filas de los soldados, que le contemplaban silenciosos, hasta llegar á su tienda, donde fué curado, tornando á salir en breve y recorriendo el campamento.



ENTRADA TRIUNFAL EN VALENCIA DEL REY DON JAIME EL CONQUISTADOR

Cuadro de J. Richart — *Fot. J. Laurent y C.ª*

Caballeros y soldados juraron vengar de un modo terrible la herida de su Soberano, y ya nada pudo detener su empuje, ni resistir su acometida. Los asaltos se sucedieron, las proezas de los soldados cristianos fueron en aumento, y aunque los sitiados resistieron con brío, como los sitiadores atacaban con imponderable valor, los moros comprendieron que su fin estaba cercano y que su caída era inevitable.

Tras de varias peticiones de treguas y capitulación negadas por el Rey á los árabes, presentóse, primero un mensajero, solicitando audiencia para un embajador, que venía á tratar de la entrega de Valencia; y luego el embajador *Abu-el-Melet*, acompañado de doce caballeros moros; ajustándose la entrega de la ciudad, castillos y villas de aquella parte del Júcar,—salvo los de Denia y Cullera,—bajo las siguientes condiciones, que prueban el magnánimo corazón del Monarca cristiano:

Seguro en sus vidas, armas y haciendas muebles, para cuantos quisieren abandonar Valencia:

Seguro igual para cuantos moros resolviesen permanecer en la ciudad.

Plantado el estandarte real con la cruz de Cristo sobre la torre *G'Ali-Abufald* (después Torre del Temple), Don Jaime con su esposa, á la que había hecho venir del Puig, y una lucida hueste del ejército cristiano penetró en Valencia, el día 9 de Octubre del año 1238.

El celebrado artista Fernando Richart trasladó al lienzo, con sin igual fortuna, la hermosa escena de la entrada del rey Don Jaime en la ciudad de las flores; y su cuadro, presentado en la Exposición de Pinturas de 1884, alcanzó uno de los primeros premios. Album Salón cumple hoy un gratísimo deber al publicarlo.

El valeroso Monarca concedió á sus heroicos y sufridos auxiliares una buena parte de las tierras conquistadas; dotando á Valencia y su reino de una constitución cuya redacción encomendó á los obispos de Aragón y Cataluña, y á diez y seis hombres buenos de la ciudad, á fin de que todos tuviesen su legítima representación en aquella verdadera Asamblea.

La vida de Don Jaime fué una serie no interrumpida de triunfos, de glorias y de conquistas. Enfermo de calenturas murió el insigne caudillo de la Cruz, en el camino de Valencia el día 27 de Julio de 1276, á los sesenta y ocho de una vida sin mancha.

Su retrato puede trazarse en pocas líneas.

Soldado, á los nueve años; general, á los veinte; conquistador á los veinticinco, de las Baleares, Valencia y Murcia; padre afortunado, hasta el punto de que una de sus hijas llegue á santa; príncipe tan famoso que varios reyes le toman por juez de sus litigios, y el mismo Papa le otorga un asiento en sus Concilios; monarca tan temido que el Kan de Tartaria y el Sultán de Babilonia le rinden homenaje; hombre tan discreto que le siguen y rodean los sabios y los trovadores; amador tan entusiasta de las letras, que funda estudios en Lérida, Perpiñán y Montpeller; legislador tan recto que á él se debe la formación del *Concejo de Ciento* de Barcelona; caudillo tan glorioso que bajo sus órdenes vienen á pelear los más intrépidos soldados de Europa, Don Jaime de Aragón es considerado por muchos y muy notables historiadores como el primero de los reyes de la cristiandad.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



REFRIGERIO EN EL CAMINO



Cuadro de Carlos Vázquez.

† JUAN MAÑÉ Y FLAQUER

La muerte, que en su incesante labor demoladora no detiene su paso ni ante la grandeza intelectual, acaba de sumirle en el eterno sueño, después de una existencia relativamente larga, consagrada con singular lucimiento á las arduas tareas del periodismo.

Era en la actualidad el decano de la prensa española, y cuantos á ella pertenecemos, á la par que admirábamos su inmensa valía como escritor, le profesábamos profundo cariño, rayano en veneración; de suerte que todos por igual hemos sentido su irreparable pérdida.

Album Salón, al comunicar á sus lectores esta triste nueva, ofreció consagrar una página á la memoria de tan esclarecido patricio, que constituía una gloria nacional; pero, al buscar su retrato y los datos necesarios para escribir su necrología, tropezó con serias dificultades; sabiendo con verdadera satisfacción, por lo que al finado enaltece, pues la modestia es la manifestación más clara del talento, que había consignado expresamente el deseo de que no se facilitara, por parte de su familia, material alguno para esos honores póstumos, á que era completamente refractario.

Admirando esa loable disposición, y creyendo que de ninguna manera se honra mejor la memoria de un difunto que respetando su postrera voluntad, hemos cejado en nuestro propósito y nos limitamos á hacer fervientes votos por que el Señor haya acogido en su santa gloria el alma de nuestro nunca bien llorado maestro y compañero, y le otorgue todas las recompensas reservadas á los justos.

* * *

COSTA RICA

MOVIMIENTO INTELECTUAL Y LITERARIO DURANTE LOS ULTIMOS VEINTE AÑOS; por Emilio Pacheco Cooper.

(Continuación).

D. Justo A. Facio, ventajosamente conocido como poeta lírico, sobre todo en Centro y Sud América, ha publicado un libro de poesías que lleva por título *Mis versos* (1894). Su estilo como prosista es castizo y elegante. Durante algunos años tuvo á su cargo la Dirección de la Imprenta Nacional. En 1896 fué nombrado Secretario de la Legación, á cargo del Licenciado don Leonidas Pacheco, acreditada ante el Gobierno de El Salvador con el objeto de llevar á cabo un convenio para la demarcación de límites entre Costa Rica y Nicaragua, convenio que fué suscrito en San Salvador el 27 de Marzo de aquel mismo año. A propósito creemos que no está por demás consignar que esta antigua cuestión de límites—que data de más de 70 años—ha quedado definitivamente terminada, en virtud de acta suscrita en la capital de Nicaragua el 24 de Julio del corriente año, suceso que ha sido celebrado con júbilo general en ambas Repúblicas contendientes.

El señor Facio ha sido honrado por el Gobierno de España con él título de Comendador de número de la Orden especial de Isabel la Católica. Actualmente desempeña la Subsecretaría de Estado en los despachos de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública y Carteras anexas. Tiene también á su cargo la redacción del Diario oficial. Muy importantes son los informes que presentó este año al Congreso Constitucional como encargado actualmente de dichas Carteras.

D. Pío Víquez — poeta y periodista distinguido — después de prestar nobles servicios á la enseñanza primaria, figuró como Subsecretario de Relaciones Exteriores é Instrucción Pública, Secretario de la Legación acreditada en México, Catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad de Santo Tomás y Director de la Imprenta Nacional. En 1888 escribió un libro referente al *Viaje del Presidente Licenciado* don Bernardo Soto á Nicaragua. En 1889 fundó el *Heraldo de Costa Rica*. Desde esa época hasta su muerte, acaecida el 10 de Mayo de 1899, se consagró con especialidad á sus labores periodísticas, siendo notable por la gracia y originalidad de su estilo.

D. Juan de Dios Céspedes es uno de nuestros más ilustrados pedagogos. Actualmente es profesor de Matemáticas en el Colegio de San Luis Gonzaga, de Cartago. En el año 1897 publicó, por cuenta del Gobierno, una obra importante, titulada *Química moderna*.

D. Francisco Ulloa Mata fué llamado con justicia el *decano de los maestros*. Desde la edad de 16 años hasta su muerte (1892), se consagró al magisterio, al cual sirvió 36 años. Entre sus escritos figura una *Gramática Castellana*, la primera publicada en Costa Rica (1872).

D. Guillermo Molina merece especial recordación por sus trabajos astronómicos y meteorológicos. El fué quien dió principio en Costa Rica, hace 22 años próximamente, á la publicación de los *Almanaques costarricenses*, arreglados al meridiano de esta capital. Murió en 1889 y dejó, inéditas todavía, importantes observaciones acerca de esta clase de estudios.

***

Tambien han contribuído á la formación de nuestra bibliografía los señores Licenciado don Alberto Brenes Córdoba, don Miguel Obregón L., don Carlos Gagini, Licenciado don Octavio Béeche, don Anastasio Alfaro, don Francisco Montero Barrantes y don Ricardo Fernández Guardia, quienes hicieron sus estudios de segunda enseñanza en el Instituto Nacional de esta ciudad, bajo la dirección del Doctor don Valeriano Fernández Ferraz.

El Licenciado don Alberto Brenes Córdoba, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia y Catedrático de Filosofía del Derecho, ha llegado mediante sus propios esfuerzos al elevado puesto que hoy ocupa. Reune á su talento privilegiado una modestia sin par que realza aún más sus muchos merecimientos. Durante algunos años tuvo á su cargo la Oficialía Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores y más tarde el Juzgado 1.º Civil de esta ciudad. Su libro *Ejercicios gramaticales*, obra de texto en las escuelas de la República, publicado en el año 1888 por cuenta del Gobierno, trae la siguiente dedicatoria que, en honor del sabio educacionista español, copiamos á continuación: «A mi querido maestro y amigo el señor Doctor don Valeriano Fernández Ferraz, antiguo Director del Instituto Nacional de Costa Rica y ahora Catedrático de Historia de la Filosofía, Arabe, Sánscrito y Hebreo en la Universidad de la Habana, tengo el gusto de dedicarle este libro en testimonio de gratitud y cariño. — Alberto Brenes.»

D. Miguel Obregón L. siguió sus estudios de segunda enseñanza en el Instituto Nacional, dirigido por don Adolfo Romero, notable pedagogo español, terminándolos en ese mismo Instituto bajo la direción del Doctor F. Ferraz. Del año 1887 en que se fundó el Instituto de Alajuela sirvió ese plantel como Director hasta 1890. De este año al 92 desempeñó la Inspección Provincial de Escuelas de San José; y en este ultimo año fué nombrado Inspector General de Enseñanza, elevado cargo que en la actualidad dignamente desempeña. En 1893 fué Delegado al Congreso Pedagógico de Guatemala, y en 1878, Comisionado por el Gobierno para estudiar en Chile la organización de las escuelas normales. Ha sido profesor en los Institutos Nacional y Universitario, en el Liceo de Costa Rica y altualmente lo es de Geografía y Cosmografía en el Colegio Superior de Señoritas.

Entre sus publicaciones figuran las siguientes: *Nociones de Geografía de Costa Rica* y el *A B C de la Geografía*, texto para las escuelas de primer grado, en 2 volúmenes (1887).

D. Carlos Gagini, á la edad de 17 años salió del Instituto Nacional para dedicarse al magisterio, al cual ha servido durante 18 años, habiendo desempeñado los siguientes cargos: el de Inspector de Escuelas de la provincia de Alajuela (1887); el de profesor de Literatura en el Liceo de Costa Rica (1887 á 1893); el de Director del Instituto de Alajuela (1893 á 1895); y de esta fecha á 1900, el de Director del Liceo de Costa Rica. Actualmente es profesor de Historia y Literatura en el Colegio Superior de Señoritas.

Gagini ha tenido siempre especial predilección por la literatura y sobre todo por los estudios gramaticales. En estas materias es sin disputa una verdadera autoridad.

Entre sus obras literarias y didácticas figuran: *dos novelitas*, una de ellas de carácter nacional (1886); *Estudios gramaticales* (1888); *Diccionario de barbarismos y provincialismos*, en 8.º mayor, 616 páginas (1893); *Reparos á los nahualismos de don Juan F. Ferraz*; *Vocabulario de las Escuelas* (1898).—Esta última ha sido adoptada oficialmente como libro de texto en Costa Rica, San Salvador y algunas ciudades de Cuba, y el Consejo de Instrucción Pública de Chile la declaró obra de consulta para los maestros. En la *Escuela Práctica*, periódico de las Baleares, fué reproducida íntegramente. El *Vocabulario* también ha sido declarado texto oficial en Costa Rica.

Además de éstas, está *Chamarasca*, que es una preciosa colección de cuentos. Entre sus obras inéditas podemos citar *Los Pretendientes* (1890), juguete cómico-lírico, representado en el Teatro de Variedades. La música de esta zarzuelita es del Maestro don Eduardo Cuevas. Ultimamente ha compuesto, también en unión del señor Cuevas, una zarzuela en tres actos y en verso, titulada *El Marqués de Talamanca*. Es muy posible que próximamente se estrene en el Teatro Nacional por una Compañía que de España está para llegar á esta capital. Tiene también inéditas una *Gramática práctica de la lengua castellana*, para la segunda enseñanza, y una colección de textos de lectura (6 tomos), y en preparación otra edición de su *Diccionario de barbarismos*. Esta tendrá una forma más científica, contendrá más de 800 palabras nuevas y los nombres geográficos del país y sus etimologías.

Gagini jamás ha salido de Costa Rica. A pesar de eso se ha conquistado en el exterior una envidiable reputación y ha sido honrado con el nombramiento de socio de notables Corporaciones científicas y literarias.



LA MISA NUEVA

Lo es de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, de Madrid; de las Academias de Ceara—del Brasil,—de la Salvadoreña, Guatemalteca y de la de Historia de Río Janeiro.

Cualquiera al ver los servicios prestado á la enseñanza y la enumeración de sus obras, las cuales acusan serio estudio y labor ímproba y larga, no creería que Gagini está apenas en la plenitud de la vida, pues tan sólo cuenta 35 años de edad. De él es de esperarse mucho más todavía, dada su dedicación al estudio y talento y á su privilegiada constitución.

El Licenciado don Octavio Béeche, distinguido jurisconsulto, ha desempeñado por dos veces el cargo de Subsecretario de Relaciones Exteriores, la primera siendo muy joven, pues sólo contaba 23 años de edad. En la Dieta Centroamericana que se instaló en esta capital el 15 de Septiembre de 1888, fué Secretario del Delegado costarricense, Licenciado don Ricardo Giménez. Más tarde, fué Secretario de la Legación, á cargo del Licenciado don Pedro Pérez Zeledón, acreditada ante el Gobierno de Honduras. En el año 1889 fué comisionado para visitar en Europa los principales establecimientos penitenciarios y estudiar los diversos sistemas en ellos vigentes. Después de su misión presentó al Gobierno un interesante informe, titulado *Estudios penitenciarios* (1890). Actualmente reside en París y tiene á su cargo el Consulado General de Costa Rica en Francia.

(Concluirá).



EL NUEVO CAPITÁN GENERAL DE CATALUÑA, Excmo. Sr. D. ENRIQUE BARGÉS Y POMBO

Fot. de Napoleón, hecha exprofeso para esta Revista.

BELLAS ARTES

Dos son las obras reproducidas en el presente número, pintadas exprofeso para el Album Salón: la de la primera página, que firma Carlos Vázquez y *La misa nueva*, de Arcadio Más y Fontdevila.

El primero, es un fecundo pintor que se distingue sobre todo por la espontaneidad y gracia con que escoge sus asuntos, á los que imprime peculiar distinción, aun cuando se trate de escenas vulgares. Como las de todo el que produce con exceso, adolecen las obras de Vázquez de ligeras, sobreponiéndose la preocupación del efecto á cualquier otra. Pinta lo que sabe, sin esfuerzo alguno, sin ahondar para avanzar un paso más en su camino de perfección. Tiene, no obstante, suficiente cultura para que sus obras interesen al público, y sabe tratar con perfecto conocimiento los temas más variados.

La cabeza que reproducimos en la primera plana de este número, compendia lo que llevamos expuesto. Debemos advertir, sin embargo, que, aún dado su carácter de improvisación, no resulta una nota menos simpática y elegante.

Los monaguillos de Más y Fontdevila, atentos á estudiar la nueva misa que han de añadir á su *repertorio*, son una repetición variada de las deliciosas *cantorias* que ha prodigado en estos últimos tiempos. No hay que decir que, como á bondad intrínseca, llevan la marca de fábrica de su autor.

En el presente número nos honramos con la firma de un nuevo acuarelista que ha aparecido en el horizonte del arte. Frescos están todavía los laureles que ha cosechado el arquitecto Buenaventura Pollés y Vivó en el *Salón Parés*, donde expuso algunas docenas de apuntes arrancados del natural en sus varias excursiones á Europa y en particular por España, á cuyo *sport* se muestra aficionadísimo.

Saberse desprender de las frías fórmulas del lavado arquitectónico; manejar el color con la soltura de un consumado artista; comprender las bellezas naturales, sorprenderlas en su momento bello y trasladarlas febrilmente á las cándidas hojas del *blok* Watman, haciéndolas saborear á los demás, son condiciones sobradas para estimar como artista al que hace todo esto en la limitada esfera del *dilettantismo*.

Si alguna duda pudiera caber á Pollés respecto á la importancia de su obra, habrála disipado ya el veredicto del público y la unanimidad con que la prensa barcelonesa ha juzgado favorablemente sus trabajos.

Los breves y ligerísimos apuntes del *Puente en el Palencia* y *Playas de Biarritz*, que publicamos hoy, dan escasa idea de los méritos de este nuevo pintor, que ha sabido ver los frescos panoramas de los Alpes y los Pirineos, los nacarados matices de Venecia y las severas entonaciones del norte de España.

El *Retrato*, de Ricardo Urgell, es más bien un apunte rápido, en el que ha procurado condensar lo más característico y típico del sujeto retratado, sin dar importancia alguna al detalle. Tal vez por esto mismo la figura tiene cierta espontaneidad de movimiento y en el colorido reina una encomiable sobriedad.

Francisco CASANOVAS

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES [1]

TERCERAS MEDALLAS



MATER PURISIMA. — Cuadro de Ramón Pulido Fernández.



ENTRADA EN EL TEMPLO. — Cuadro de Benito Martínez Sierra

(1) Principió en el número 92



EN LA SALA DE EXPÓSITOS. — Cuadro de Angel Díaz Huertas.



LA CATEDRAL DE ÁVILA. — Cuadro de Juan Giménez Martín.



PELUSA. — Cuadro de CARLOS BERGER JIORETTI.



EL CHIQUILLO. — Cuadro de JOSÉ PUEYO.



EL CAPUCHÓN NEGRO. — Cuadro de EMILIO POY DALMAU.



EL AZAHAR DE LA NOVIA. — Cuadro de FELIPE ABARZUZA.

Fotografías de Hijos de Mateu.

AMOR AL PRÓJIMO

Suelo concurrir á un cafetín establecido á la vuelta de mi casa, alrededor de una de cuyas mesas forman de diario tertulia cinco ó seis parroquianos que, por las trazas, se me antoja que son gente acomodada, de vida metódica y tranquila y un tanto dada á cultivar la oratoria callejera. Van pasando ya los tiempos de las arengas al aire libre, y no es de creer que los personajes á que me refiero encarnen la representación de unas costumbres que empiezan á chocar con las de nuestra época. Pero sí hay que reconocer que como polemistas *en pequeño* valen un potosí. Temerosos é incorregibles, siempre que voy á tomar mi taza de moka y á matar un rato nocturno, los encuentro enzarzados en vivas discusiones.

Allí hay para todos los gustos. A imitación de los antiguos sofistas, aquellos buenos burgueses (á burguesía, he dicho, me huele aquello) defienden el pro y el contra de todas las cuestiones.

La otra noche la conversación había recaído en los nunca bien resueltos problemas de la Moral; de la Moral, que por su fundamento de eterna verdad y por sus doctrinas de encontrado criterio, es causa y motivo de un litigio jamás concluso entre la conciencia y la razón.

—Para mí,—decía uno de los contertulios,—el mundo es algo más que un inmenso manicomio: es un presidio limitado por los cuatro puntos cardinales. Mezcla de loco y criminal, el hombre corre suelto por la superficie del planeta, revelando á cada paso su condición malévola. El *bien*, que, al decir de los moralistas, es el objeto de una ciencia demasiado enmarañada para ser comprendida, el bien, digo, es simplemente un vocablo vacío de sentido, por lo mismo que cada cual lo interpreta según su temperamento y educación... A propósito de la educación. ¿Saben ustedes lo que pienso de esta otra palabra? Opino de ella lo que de muchas más con que encubrimos la ruindad de nuestros hábitos y pensamientos; entiendo que la educación es una gran mentira, una especie de antifaz que oculta las deformidades de nuestro rostro, que llamaré moral, para diferenciarle del rostro anatómico. En fin, señores, creo que lo que se da en llamar Moral nadie como Arístipo la ha comprendido, haciéndola consistir en el placer ilimitado, exento de todo freno y de toda preocupación. En cuanto á esas virtudes denominadas honor, patriotismo, piedad y otras zarandajas, viven solamente en la imaginación del preceptista y en la conciencia colectiva que, por ser colectiva, no es conciencia ni cosa que lo valga, pues carece de centro regulador.

—¡Bah, bah! Está usted disparatando á más disparatar, y sólo puede disculparle á mis ojos la creencia de que no siente usted lo que predica,—objetó de pronto uno de los del grupo, hombre dado también á liarse con estas cuestiones de alto vuelo.—Que la familia humana es un engendro de maldad; que el rey de la creación es la imperfección mayor; que la virtud, en sus diversas formas, es un mito. ¡Qué aberración! Usted nos ha citado á un filósofo muy descocado y egoísta, al filósofo de Cirene, cuya autoridad tengo por nula. Yo, á mi vez, voy á citar á otra autoridad en la materia, que esa sí que es bien indiscutible. Me refiero á Adam Smith, cuyos son estos hermosos conceptos: «El mérito de una acción no solamente estriba en el acto mismo, sino también resulta del sentimiento que lo inspira. Y cuando la acción es buena, excita la gratitud del agraciado y por simpatía la del testigo.» De lo cual puede concluirse, afirmo yo ahora, que uno de los principales sentimientos del alma humana es la inclinación que nos atrae hacia nuestros semejantes y nos hace participar de sus alegrías y de sus penas. Concedo que en el mundo hay mucha perversidad y que los ejemplos de virtud no menudean en la medida deseable; pero convengamos en que ella, la virtud, es algo más que una visión forjada por simples convencionalismos; reconozcamos que palpita en la conciencia como un atributo de nuestra entidad moral y que se manifiesta con harta más frecuencia de lo que comúnmente se cree. Estas conversaciones, sutiles de toda sutileza, no son para dilucidadas (aceptando la hipótesis atrevida de que puedan dilucidarse) en la reunión de un café; y muchas veces se aclaran más fácilmente con ejemplos sacados de la realidad, que no engolfándose en la alambicada región de las abstractas disquisiciones. Oigan ustedes una sencilla historia que, á mi ver, respira sana moral por todos los poros y robustece las teorías por mí emitidas.

Y aquel hombre empezó á hablar de la siguiente manera:

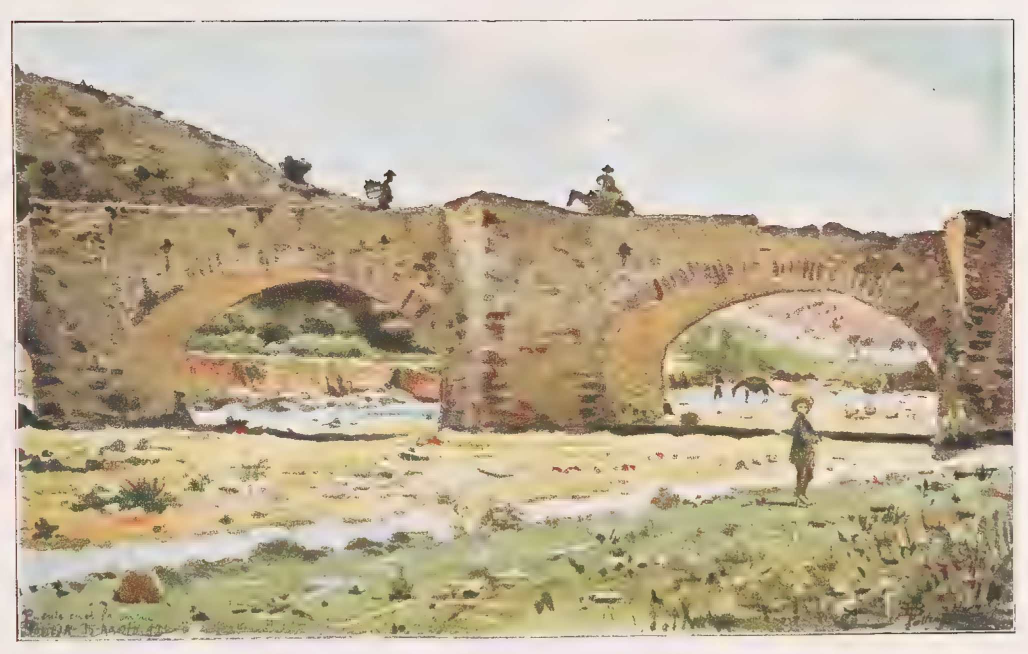
—Hace algunos años me encontraba en la América del Sur. Comisionado por una poderosa compañía norte-americana de seguros sobre la vida, recorría aquellos florecientes países cuya existencia autónoma é independiente arranca apenas de un siglo atrás. Había visitado las principales ciudades del Perú, Bolivia y Chile, y por la cordillera de los Andes pasado al territorio de la Federación Argentina, á cuya capital me encaminé directamente, ciñéndome á instrucciones de la Dirección. En la República Argentina permanecí cuatro ó cinco meses, durante los cuales conocí casi todas las poblaciones de alguna importancia comprendidas en la jurisdicción de la provincia de Buenos Aires, una de las catorce en que se divide el país, y la más rica, poblada y extensa de ellas. Al cabo del expresado lapso de tiempo había realizado lo que en términos comerciales se dice un buen negocio. Por las ventajas manifiestas que la Empresa ofrecía, por su reconocida solvencia y por la natural inclinación que los americanos de ambos hemisferios sienten por esa clase de seguro; por tales circunstancias favorables á mi gestión, que no por mi dudosa habilidad como agente-viajante, conseguí colocar un crecido número de pólizas, con mucha satisfacción de la Sociedad que representaba, y no poca de mi parte, pues los ímprobos trabajos llevados á cabo y las indecibles molestias padecidas y heroicamente sufridas, me producían los resultados en que yo fundaba mi porvenir ó cuando menos la base de él.

Dentro de un radio de cincuenta leguas no quedaba ya por explotar





PLAYAS DE BIARRITZ



PUENTE SOBRE EL RIO PALENCIÁ, EN SONEJA — CASTELLÓN DE LA PLANA.

ACUARELAS

Salón Parés.

ningún pueblo de mediana categoría, y me disponía á realizar una incursión por la provincia de Santa Fe, cuando recibí una mañana, urgente telegrama de Boston con orden de que inmediatamente me dirigiera á la ciudad brasileña de San Pablo. Por datos anteriores colegí que se trataba de establecer en el entonces Imperio del Brasil una sucursal de la Compañía, y que en dicho punto debíamos celebrar las conferencias preliminares del indicado proyecto.

El mismo día quedaron ultimados mis asuntos, y al siguiente tomé pasaje en el vapor que diariamente hace la travesía entre Buenos Aires y Montevideo, en cuyo último puerto debía recalar el paquete de la Mala Inglesa que, procedente del Pacífico, seguía viaje para el Viejo Mundo, haciendo escalas en las costas brasileñas.



Han pasado ya bastantes años, y lo recuerdo como si fuese ayer.

Era una tarde caliginosa del mes de Enero, que en aquellas latitudes equivale á nuestra canícula.

El vapor destinado al servicio fluvial en el que me embarqué, llevaba por nombre «América». El inmenso río de la Plata, cuyas aguas bañan las orillas de dos naciones prósperas y ricas, la Argentina y el Uruguay, se me presentaba fatídico, amenazador. He viajado mucho; he surcado ríos caudalosos como el Amazonas y el Missisipí, pero ¡el Plata!... De él guardo imperecedera memoria.

Volviendo al curso de mi narración, debo confesar que, llegada la hora de salida, encontrábase mi ánimo en disposición nada tranquila. En tal momento el estado de mi espíritu era indefinible; y de querer definirlo, podríase decir que me encontraba bajo la influencia de un vago presentimiento.

Con las primeras sombras de la noche llegó el instante de zarpar... y el «América» se puso en movimiento con rumbo al otro lado del estuario platense, que en su desembocadura tiene una latitud de 120 millas.

Poco después, los 150 ó 200 pasajeros que éramos á bordo rodeábamos las bien provistas mesas del comedor. La cena fué abundante, y el bullicio y alegría de los comensales no eran escasos. Uno de mis atláteres, el de la derecha, resultó ser un comilón de tomo y lomo. A favor de la rapidez con que se entablan relaciones en los viajes, nació la efímera que por breves horas cultivé con aquel mi compañero incidental.

Hombre entrado en años, sin ser viejo, de porte distinguido, sin afectación, por su cara bondadosa y hablar mesurado, se granjeaba en el acto la confianza y voluntad de su interlocutor.

Hubimos de simpatizar mutuamente, porque en seguida nos contamos uno para el otro sendas historias de nuestras respectivas personalidades. El quedó enterado de mi nacionalidad y ocupación, de mis planes y juveniles ilusiones; y yo, á mi vez, conocí su posición social, que la tenía en la magistratura y financiera, que era sólida y brillante. Amaba la vida, como privilegio de Dios, en quien creía; execraba el suicidio, como delito de villanos y cobardes, y vivía al calor de las caricias prodigadas por sus tiernos nietecillos. Todo en aquel hombre respiraba virtud y piedad.

Me parece que le estoy viendo cuando, á la hora de recogerse, tendióme la mano, mirándome con paternal dulzura, y me dió preciosos consejos inspirados en el bien y en el trabajo.

Quizás se diga que hay plétora de detalles en esta narración. Si así es, débese á que juzgo que existe cierta relación entre lo dicho hasta aquí y lo que me falta decir. Lo diré pronto porque me acerco al desenlace á paso de carga.

Encerrado en mi camarote, hacía largo rato que dormitaba á medio vestir, recostado en la litera. De pronto... ¿qué fué lo que súbitamente disipó mi somnolencia? Silbidos estridentes de la sirena, gritos desesperados, carreras en tropel y una brusca sacudida del barco. Salgo al corredor, subo al puente y me confundo con aquel infernal cuadro. ¡El «América» se había incendiado!... La máquina dejó de funcionar, y sin gobierno flotaba inerme el buque en medio del río. Los pasajeros y la tripulación corrían alocados en busca de salvación; muchos de ellos se arrojaban al agua para huir del fuego. Yo tuve la suerte ó la serenidad de permanecer en un rincón de proa, hasta que, viendo flotar cerca de babor un grueso madero, me deslicé á pulso y caí en él, al tiempo que el «América» empezaba á hundirse lentamente. No hay pincel, no hay pluma que pueda describir semejantes episodios. A pocos metros de mi madero salvador, una mujer luchaba desesperadamente para conservar para sí y para un niño cuyos sollozos destrozaban el alma, una frágil astilla. En tan horrible instante, vi á un hombre que braceando se acercó á la infeliz. «Cíñase usted, señora, este salvavidas, y sálvese junto con este angelito. Yo no hago ya falta en el mundo», dijo con acento firme; y desapareció bajo las aguas. Al resplandor de las llamas reconocí á aquel hombre: era el magistrado, el compañero con quien había departido larga y confidencialmente pocas horas antes. A pesar de lo crítico de la situación en que me encontraba, tuve bastante conciencia de lo que acababa de oir y presenciar para quedarme conmovido y aterrado.

Con la primera luz cenital, llegaron los auxilios anhelados. Los náufragos sobrevivientes del terrible siniestro fuímos recogidos y llevados á Montevideo, y yo viví durante muchos días bajo la impresión de aquellas escenas espeluznantes.

Hasta aquí el relato del contertuliano del café de mi barrio.

El viajero que llega á una populosa ciudad latino-americana que el Plata fertiliza y visita la más suntuosa de sus necrópolis, puede ver en su recinto un artístico mausoleo alegórico, elevado á la memoria de aquel mártir que, en cruel momento de la vida, tuvo por ella cristiano desprecio y supo sacrificarla en aras de su *amor al prójimo*.

Antonio ASTORT

LA TEMPESTAD

(FACETA)

¡Cuán violentas fueron las primeras ráfagas que la anunciaron! ¡Cuán tremendos y desoladores los estragos que produjo! Con odio indecible, con furor que no se calmaba, con ímpetu feroz, con saña insana lucharon durante mucho tiempo hombres contra hombres. La gran masa tranquila se levantó con hervores de borrasca marina y sus olas de gente se lanzaron al asalto de todas las eminencias que cayeron al primer empuje. Los talleres y las fábricas quedaron silenciosos; los campos desiertos; la herrumbre consumió las férreas cintas por donde el comercio del mundo entero hace circular los productos de la industria. Las viejas civilizaciones riñeron tremenda batalla contra las nuevas ideas y echaron mano de cuantas armas, buenas ó malas, tenían á su alcance. Corrió la sangre por sobre la superficie de la tierra, como, cuando estalla una tempestad atmosférica, corre el agua por el cauce de los torrentes.

Después, las pasiones se calmaron poco á poco, lució de nuevo el arco iris de la fraternidad y del amor universales, la vida fué más fácil, las relaciones de hombre á hombre más amistosas y bajo el gran manto azul del cielo reinaron en la tierra la fecundidad y la justicia.

* * *

RICARDO URGELL

RETRATO

Salón Parés.

Á LA ERMITA

DEL MONSERRATE DE ARECIBO (1)

Sobre una loma sinuosa
que las auras acarician,
levantas tu cruz modesta
al éter, tranquila ermita,
como alondra solitaria
que sus polluelos cobija,
cercada de blancas chozas
y poéticas casitas:
donde, en el risueño hogar,
al sonar la dulce esquila,
en las horas misteriosas
de suave melancolía
en que las sombras avanzan
y en leves gasas oscilan,
á ti sus ruegos elevan,
en plegaria recogida,
las madres enamoradas
que á ti vuelven sus pupilas.
Bendita, bendita seas,
santa y veneranda ermita,
donde por primera vez
alcé mi oración sencilla.
Allí, en tus muros ruinosos
poblados de margaritas,
dejó mi trémula mano,
con una lágrima fría,
esculpida una plegaria
que ni el tiempo la marchita
ni el viento la desvanece
ni el aguacero la humilla...
porque tiene algo de Dios ..
¡porque es de la madre mía!
Allí está la verde loma,
allí la imágen bendita,
allí el triste cementerio...
y allí estás tú, ¡madre mía!...
Cuando el sol languideciendo
hacia Occidente camina;
cuando las aves, cruzando
el firmamento, suspiran,
y al esconderse en la fronda
lanzan su postrera rima;
cuando los lánguidos pinos
murmurando se acarician,
y el viento bate ligero
miles de hojas desprendidas...
entonces... tu cruz se eleva
hacia el cielo, bella ermita,
señalando con sus brazos
la omnipotencia divina;
entonces el hombre tiende
al firmamento la vista,
en el fondo de su espíritu
se remueve oculta fibra...
y, doblegando la frente
ante Dios, reza, y se inclina.

Cruz solitaria y modesta
de mi veneranda ermita,
no góticos ornamentos
ni grandiosidad corintia
en ti pretendo admirar...
en ti busca el alma mía
horizontes de un pasado
que mi presente iluminan;
las huellas de mis pisadas,
el fulgor de mis sonrisas,
y la flor de una esperanza
tal vez por siempre perdida!...
¡Cruz modesta y melancólica
de mi veneranda ermita,
elévate siempre al éter,
el huracán desafía,
no abandones el poblado
que á tu sombra se cobija,
y vela el eterno sueño
de la pobre madre mía!

FIDELA MATHEU DE RODRIGUEZ

(1) Puerto Rico.



Cuadro de Antonio Torres Fuster.

BELLAS ARTES

Torres Fuster es un especialista de la belleza femenina. Las cabezas de mujer que pinta, con ser tomadas directamente del natural, poseen aquel no sé qué de personal que es propio de todos cuantos saben embellecer la naturaleza.

O es la *pose* afortunada, ó un efecto de luz que presta como un aureo nimbo á sus sonrosados tipos, ó es, en fin, una experta corrección del modelo; lo cierto es que sus mujeres adquieren elegancia y distinción propias que las hacen simpáticas á los coleccionistas de obras de arte.

La cabeza de estudio que ocupa la primera plana del presente número, responde á los caracteres antes citados, pues, sin duda alguna, la bien encontrada disposición del perfil, el transparente colorido que la envuelve en una penumbra misteriosa, y los reflejos de oro que acentúan el contorno de los cabellos, forman un agradable conjunto que sólo al artista es dable alcanzar.

Nuestro colaborador Juan Martínez Abades, nos ha remitido un cuadrito, *Sobre cubierta*, que abre ancho campo á las fantasías veraniegas.

Una mujer hermosa, elegante, que viaja á bordo de uno de esos vapores que visitan todos los puertos del Cantábrico, que penetran en todas las rías de Galicia, en busca de frescas brisas, de azulados horizontes, acosada tal vez por la necesidad de escapar por algún tiempo á la lisonja cortesana; una mujer que viaja sola, en fin, es siempre un viviente capítulo de novela, un tema para una romanza ó un apunte para un cuadro.

Martínez Abades supo «detener el momento fugitivo» y perpetuarla en la tela con una corrección y atildamiento sólo comparables con la miniatura. Y supo rodearla además de todas las galas de la naturaleza haciendo que el azul del cielo y el azul del mar, y el sol esplendoroso y la risueña costa que se divisa en lontananza fueran el marco de la belleza femenina.

También Gaspar Camps en su *Alegoría del mes de Agosto*, ha puesto una vez más á contribución el *eterno femenino* con ese mar de inextinguibles seducciones. El mar, el sol y el girasol, son los elementos de que echa mano para simbolizar el mes caluroso por excelencia, y bajo el imperio de su fecunda fantasía los enlaza, los combina y los hace súbditos de la imprescindible mujer de sus composiciones.

La *Sevillana* de Gil de Palacio, tiene un mérito particular, sin contar con el de su innegable hermosura: y es el de estar pintada con tanta espontaneidad como ligereza.

Obrilla ejecutada, indudablemente, de una vez, ha conservado la frescura de su improvisación, y esto hace perdonar la ausencia de cualidades más firmes, que no se deben exigir en producciones de esta índole.

Francisco CASANOVAS

UN LANCE DE CARNAVAL

Y tú no tienes ninguna aventura carnavalesca que contar?—preguntó el comandante Suárez, volviéndose hacia Pepe Togores, que había escuchado silencioso, meditabundo, los diferentes lances referidos sucesivamente por los amigos de la *peña*.

—¿Quién?... ¿ese?—exclamó riendo el barón de la Ciénaga—¿qué aventuras queréis que tenga en su pasado?... ¿no sabéis acaso que siempre fué un santito, un cuákero, un sabio, y que ya en sus mocedades era un modelo de cordura y de aplicación?... Tentado estoy por apostar que no ha puesto nunca los pies en un baile de máscaras.

—Pues no apuestes, hijo, perderías—repuso Togores con su característica flema.

—¡Cómo!... ¿tú has frecuentado los bailes de máscara?...—saltó el barón con acento de cómico asombro.—¿Sabes, chico, que me dejas estupefacto?

—No te digo que los haya frecuentado; cuando joven, porque yo también he sido joven, aunque eso pueda pareceros extraño, asistí á un baile de máscaras, en el Liceo, el único que he visto en mi vida, y por cierto que en él me sucedió una aventura mucho más extraordinaria que todas las que acabáis de contar por turno. Porque al fin y al cabo, sea dicho ello sin ánimo de ofender vuestro amor propio de calaveras ilustres, esas aventuras me parecen en suma bastante vulgares y adocenadas, mientras que la mía...

—¿Por qué no nos la has referido nunca?—interrumpió Suárez.

—Pues porque no venía á cuenta, primero; y porque, además, no me gusta mucho evocar recuerdos lúgubres.

—¡Hola!... ¡hola!—exclamó el barón, cuya curiosidad se excitó—¿sabes, querido, que nos vas á desembuchar tu lance carnavalesco?

—Sí, cuéntanos eso...—dijeron los demás peñistas, aproximando sus butaquitas á la de Togores.

—No hay inconveniente—declaró ese. Y después de encender un cigarro, habló así:

—Corrían los primeros días del mes de Febrero de mil ochocientos setenta y siete y acababa de cumplir yo mis veinticuatro años, cuando una noche mi primo Julián, que residía en Madrid y hacía una semana se encontraba en Barcelona y hospedado en nuestra casa, me propuso ir al baile de máscaras que se daba en el Liceo. La proposición no me hizo mucha gracia: sin ser mojigato ni mucho menos, inspirábanme los bailes públicos una indiferencia completa y nunca había sentido la más leve tentación de asistir á alguno. Tenía adquirida, por otra parte, la costumbre de madrugar, de estudiar bastante, de dar grandes paseos por el campo, mi distracción favorita, y al llegar las diez de la noche, mi cuerpo reclamaba imperiosamente el descanso y el sueño. Así es que al oir el proyecto de mi primo, quise en el primer momento, rehuirlo. Si se hubiese tratado de velar hasta las doce, asistiendo á un espectáculo teatral, enhorabuena: un buen drama, una buena ópera me interesaban en alto grado; pero perder la noche en un baile parecíame archi-tonto. Iba pues á formular una negativa y á decirle á Julián que podía ir solo al baile, cuando mi madre, deseosa de complacer á su sobrino y huésped, intervino para manifestar su aprobación. Al mismo tiempo indicóme con una mirada la conveniencia de acceder á los planes de mi primo. Resignéme á la obligación que se me imponía; después de cenar me vestí de punta en blanco, y al dar las once entrábamos en el gran coliseo, atestado ya de bulliciosa muchedumbre.

Aquel espectáculo tan nuevo para mí, me produjo más bien mareo que diversión. ¿Qué quieren ustedes?... La falta de costumbre... Mi primo, por el contrario, estaba entusiasmado: á la media hora de andar juntos por la platea y por los corredores, se enredó con una moscovita y plantándome en seco, con un «ya nos encontraremos luego» se largó alegremente del brazo de la muchacha, desapareciendo luego entre el torbellino de un vals. Quedéme yo allí, sin saber qué hacer, en medio de la multitud que me codeaba, extraño á aquella algarabía, semejante á un extranjero que llega á un país cuya lengua ignora y en donde no conoce á nadie. Tuve por un momento la tentación de recoger mi abrigo y de marcharme otra vez á casa, sin esperar más; pero el temor de parecer ridículo á los ojos de Julián cuando lo sabría, me movió á quedarme. Abandoné la platea y me fuí al salón de descanso, más tranquilo, no obstante el crecido número de gentes que por él circulaban. Dejéme caer en un diván y allí permanecí durante algunos minutos contemplando distraídamente á las personas que iban y venían. Y Dios me perdone... pero creo que, vencido por la costumbre de acostarme temprano iba á dormirme, cuando de pronto un suave roce á mi derecha y un delicado perfume que acarició mi olfato hiciéronme volver la cabeza y fijar las miradas en una arrogante hembra que acababa de sentarse á mi lado.

Vestía un rico traje de seda azul pálido semi-cubierto por un dominó de la misma tela de color rosa-té. Del capuchón medio caído se destacaba la cabeza juvenil y airosa, coronada de rubios cabellos; un antifaz de terciopelo negro velaba su fisonomía, pero dejando descubierta la boca, de un dibujo irreprochable, de labios purpurinos, entre los que brillaban pequeños y blanquísimos dientes; era la barbilla redonda, algo regordeta, con un delicioso hoyuelo; y los ojos grandes, negros, luminosos, habían de ejercer esa irresistible fascinación que poseen ciertas miradas y cuyo encanto me dominó desde los primeros momentos.

Echóse la gallarda máscara á reir, notando la especie de embobamiento con que yo la contemplaba y me dirigió la palabra entre irónica y amable. Contesté con más torpeza que ingenio, balbuceando no sé qué vulgaridades; y de fijo formase ella pobrísima idea de mí, á no ser tan notorias la timidez y la turbación que me encadenaban. En estos casos no hay mujer, como no sea mujer adocenada y majadera, que no sienta su amor propio profundamente halagado por esa actitud embarazada de un hombre; eso es al fin y al cabo un homenaje rendido á su soberanía. Mi desconocida debió de comprender al punto que tenía delante más que á un tonto á un novicio, y en vez de torearme, procuró sólo con su charla alegre devolverme mi libertad de espíritu, y lo consiguió tan bien, que á los pocos minutos dialogaba yo con ella, desaparecida ya del todo aquella mi timidez de principiante. Y cuando media hora después indicóme que ya se iba cansando de permanecer inmóvil en el diván, no vacilé en pedirla permiso para acompañarla á dar unas vueltas por el salón y por los corredores.

—Vamos...—contestó, posando su mano pequeña y finamente enguantada de blanco en mi brazo.

—¿Quién será esta mujer?—íbame preguntándome yo á todo eso, entre preocupado y gozoso.—¿Una verdadera dama?... ¿Una aventurera?... No; una aventurera no puede ser... Es demasiado distinguida en su lenguaje, en sus maneras, en su porte, para no ser una dama en toda la excepción de la palabra.. Por otra parte, hay mujeres que saben disfrazar tan admirablemente lo que en realidad son... Pero sea lo que fuere es una hembra superior y si tuviese yo más habilidad y más trastienda y más empuje, podría tal vez hacerme con una conquista envidiable.

Probablemente se reflejaría en mi semblante algo de la preocupación que sentía, pues se paró de pronto mi incógnita y echándose á reir me dijo:

—Parece que andas como mohino é inquieto. ¿Temes acaso comprometerte acompañándome é inspirar celos á otra?

—¡Vaya una ocurrencia!—exclamé riendo también.—¡Inspirar celos!... Hasta la fecha no hay mujer á quien ame y de quien sea amado.

JUAN MARTÍNEZ ABADES



SOBRE CUBIERTA

—¿De veras?... Entonces se extinguió ya aquella pasión, aquel capricho del año pasado—me preguntó el dominó, mirándome fijamente.

—¡Una pasión! ¡un capricho!—repuse tartamudeando, mientras una llamarada me subía á las mejillas—no sé en verdad de qué me hablas.

—¡Vaya!... no te hagas el desentendido—prosiguió ella riendo á más y mejor.—Tú no me conoces, pero yo te conozco perfectamente, aunque sólo sea por... referencias. Y me han hablado del amor incandescente que sentías por cierta viudita... una tal... no recuerdo ya cómo se llamaba, pero que vivía, creo, en la calle de ***. ¿Negarás ese capítulo de tu historia amorosa ó es que se trata únicamente de murmuraciones de vecinos ociosos y chismosos?

Estas palabras fueron para mí una súbita revelación. Un año antes, en efecto, había andado medio loco por una soberbia beldad que habitaba no lejos de mi casa, en una calle próxima, pero á la cual no me atreví jamás á dirigirme directamente. Nunca fuera yo osado en punto á galanteos; las mujeres inspirábanme una especie de temor invencible, el temor de que se burlaran de mí, y aquélla me imponía más que ninguna otra con su porte arrogante y altivo, su hermosura aristocrática y su elegancia de gran señora. Contentábame con seguirla de lejos en los paseos, con pasar por delante de su casa media docena de veces cada día, con la esperanza de verla en el balcón y con devorarla con los ojos las noches de ópera, en el Liceo. Concurría ella á un palco de platea y yo desde mi butaca no la perdía de vista. Pero si por casualmente volvía ella sus miradas hacia mí, apartaba yo ruborizado, las mías. Sentíame entonces invadido por una especie de malestar indefinible, pues creía leer en los ojos y en la leve sonrisa de mi bella una expresión muy marcada de desdeñosa burla, de irónica conmiseración. No me habría sido nada difícil hacerme presentar á ella: frecuentaba bastante la casa de una señora, amiga de mi madre y la oportunidad que otro enamorado menos pacato aprovechara de acercarse á su ídolo, no me faltara de seguro; pero mi maldita timidez me había aconsejado evitar un paso semejante: ¿qué sacarías, me decía, de hacerte presentar á una mujer que se burlaría de tu persona y de tus pretensiones?

Mi chifladura duró más de medio año: un día dejé de ver á la hermosa viuda: se eclipsó bruscamente y no tardé en averiguar que se había marchado de Barcelona para ir á vivir en Madrid. Su recuerdo me persiguió durante algunos meses; y confieso que me había ya consolado de su ausencia y casi olvidado su encantadora imagen, cuando vino aquella noche de baile de máscaras á sentarse á mi lado.

Porque al oir sus palabras, al fijar mis ojos en sus ojos que brillaban luminosos al través del antifaz, *sentí* inmediatamente la convicción de que la mujer que en mi brazo se apoyaba era *ella*... El corazón me dió un salto violento: una conmoción brusca sacudió todo mi sér, y permanecí mudo, sin saber qué contestar á las palabras que acababa de oir.

—Diríase que mi pregunta te... te molesta—continuó *ella* tras una pausa.—Si es así, dispensa, amigo mío, no acostumbro á ser indiscreta.

—No; tu pregunta no me molesta, pero sí te confesaré que me ha turbado hondamente.

—¿Y cómo eso?

—Pues porque galvaniza un recuerdo que vive siempre en mi alma, recuerdo que quisiera borrar... y no puedo.

—¿Se trata pues de un amor desgraciado?—interrogó mi máscara con acento en el que la ironía, la curiosidad y la coquetería andaban mezcladas.

—¿Amor desgraciado?... No sé si se le puede calificar de esta suerte; más bien debería llamarlo amor obscuro.

—¿Por qué?

—Porque fué y es un amor sin esperanza, tan sin esperanza y tan tonto, que ni siquiera lo sabe la que me lo inspiró.

Y entonces, con una elocuencia de que nunca me hubiese creído capaz, hablé exaltándolo y al par ridiculizándolo, de aquel sentimiento que me había avasallado. Mi pareja escuchaba atentamente con la cabeza inclinada, volviendo de vez en cuando hacia mí sus bellos ojos. Y de pronto me interrumpí para exclamar en son de mofa:

—Pero lo más absurdo es que te explique yo á ti, á una desconocida, el secreto que encerraba en mi pecho. Olvídalo, hija mía, y no te burles de mi candidez que seguramente te parecerá inverosímil.

—Yo creo que eres tú quien se burla, pintando un amor tan hondo y tan... respetuoso. No suelen amar los hombres de esta manera en los tiempos que corremos...

—Es verdad y por esto me califico á mí mismo de imbécil. Pero no hablemos más de este asunto, que no creo pueda interesarte. Doblemos la hoja, y puesto que estamos en el baile ¿quieres que bailemos este wals que preludia la orquesta?

—No, prefiero descansar, me siento mareada y me voy al palco.

La acompañé hasta la puerta y allí desprendióse de mi brazo, me miró como indecisa. Luego, sonriendo, dijo:

—Aunque no sea eso muy correcto puedo ofrecerte un asiento: ¿quieres entrar?

Ya podéis pensar si acepté en el acto. Entramos, y en el momento de ir á atravesar el antepalco, vaciló ella y se dejó caer en un diván.

—¿Qué tiene usted, señora?... ¿se siente usted indispuesta?—pregunté inquieto.

—No, no es nada... un ligero vahído... el calor producido por la gente y las luces... y el antifaz.

—¿Por qué no se lo quita usted?

—¡Quitármelo!

—Sin duda; pero antes me retiraré, si usted lo exige.

No me contestó; durante dos ó tres minutos estuvo silenciosa, inmóvil; luego llevó su enguantada mano al rostro, separó el antifaz y ante mis ansiosas miradas apareció el hechicero semblante de Carmen, de la mujer por quien había andado tiempo atrás medio loco.

Turbado hasta lo indecible, sin encontrar palabras con que expresar lo que sentía, me senté á su lado y cogí una de sus manos que estreché ardientemente entre las mías. No la retiró ella y revestido de un valor que no creyera encontrar en mí, atrevíme á rodear con mi brazo su flexible cintura. Dejó ella caer su rubia cabeza sobre mi hombro y cuando trémulo de felicidad hundía yo los labios en aquellos perfumados rizos de oro, percibí un quejido doloroso, que se extinguió apenas nacido.

—¡Por amor de Dios!... ¿qué tiene usted, Carmen?—pregunté lleno de espanto, arrodillándome á sus pies, para contemplar su rostro caído sobre el pecho.

No pudo contestarme: sus ojos me miraron un segundo con expresión de suprema, de indecible angustia, una postrera convulsión agitó todo el cuerpo y doblado el busto se desplomó inerte sobre los cojines del diván.

Durante algunos momentos permanecí como alelado; luego una idea consoladora brotó en mi mente; díjeme que sólo se trataba de un simple desmayo, de un desvanecimiento causado por el calor... Salí del palco, llamé al acomodador; poco después acudió presuroso el médico del teatro; reparé que fruncía el ceño á la primera ojeada; tras un minuto de examen se encogió de hombros y dijo:

—Es inútil intentar nada... esta señora ha muerto.

—Desde aquel día—concluyó Togores, enjugando con rápido gesto sus ojos humedecidos—no he vuelto á poner los pies en ningún baile de máscaras.

Juan BUSCÓN

COSTA RICA

MOVIMIENTO INTELECTUAL Y LITERARIO DURANTE LOS ULTIMOS VEINTE AÑOS; por Emilio Pacheco Cooper

(Continuación)

D. Anastasio Alfaro nació en Alajuela en Febrero de 1865. Figuró primeramente como Secretario en la primera Exposición Nacional (1886). El Gobierno del Licenciado don Bernardo Soto—apreciador de sus justos méritos y con el objeto de fundar el Museo Nacional—le comisionó para que estudiase en los Estados Unidos de América la organización de sus centros similares. En 1887 se inauguró el Museo y fué su Director el señor Alfaro, cargo que desempeñó durante 11 años.

Con el carácter de Director y Representante de ese importante centro, ha representado á Costa Rica en las Exposiciones Colombina, de Madrid (1892), en la Universal de Chicago (1893), y en la Centroamericana de Guatemala (1897), figurando en todas ellas como Secretario de la Comisión de Costa Rica y como miembro del Jurado en los ramos de Arqueología é Historia Natural.

Ha sido condecorado como Comendador de número de la Real Orden de Isabel la Católica de España y Caballero de primera clase de la Orden de Waza, de Suecia. Es miembro correspondiente de la Unión Ornitológica Americana y socio honorario de la Unión Ibero-Americana, habiendo, además, recibido diversos diplomas y premios especiales en las Exposiciones referidas.

Entre sus publicaciones podemos citar el *Catálogo de las antigüedades de Costa Rica*, publicado en Madrid en colaboración con el señor don Manuel M. Peralta; *Estudios sobre la arqueología costarricense; Mamíferos de Costa Rica*; *Hormigas de Costa Rica* y diversos trabajos que han visto la luz en los *Anales del Museo* y otros boletines oficiales. El señor Alfaro, desde el año 1898, tiene á su cargo la dirección de los Archivos Nacionales.

D. Francisco Montero Barrantes es autor de las siguientes obras: *Geografía de Costa Rica* (1892) é *Historia de Costa Rica*, en dos volúmenes (1892 y 1893); cada uno de ellos consta de más de 350 páginas en 8.° mayor; y dos *Compendios* de las mismas, de 100 págs. cada uno. Estos últimos han sido declarados textos oficiales. Ha escrito, además, otra obra titulada *Descripción de la provincia de Guanacaste* (1891).

El señor Montero Barrantes ha consagrado gran parte de su vida al servicio de la enseñanza, como puede verse de los siguientes cargos que ha desempeñado: maestro de escuela primaria (1880 á 1884); profesor del Instituto Universitario de esta capital (1884), y del Americano, de Cartago (1885), dirigidos ambos por don Juan F. Ferraz; Inspector de Escuelas de Alajuela (1886 á 1890); profesor del Liceo de Costa Rica (1891 á 94); Director de ese mismo plantel (1894); y Oficial mayor de los Ministerios de Hacienda y de Gobernación. Desde el año 1897 se dedica á la profesión de Notario.

En 1892, estuvo en Madrid y representó dignamente al Gobierno en el Congreso geográfico Hispano-Portugués-Americano. Es miembro de la Sociedad Geográfica de Madrid y socio de mérito de la Unión Ibero-americana. También ha sido honrado con el título de Comendador de Isabel la Católica.

(Concluirá).

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES [1]



HALLAZGO Y COMPRA DEL LIENZO DE LA VIRGEN DE LA PALOMA.—Cuadro de Eugenio Rodrigo Oliva. CONDECORACIÓN



¡QUE VIENE EL GUARDA!—Cuadro de Eduardo Sánchez Solá. CONDECORACIÓN

(1) Principió en el número 92.



EPISODIO DE LA GUERRA DE ÁFRICA — Cuadro de César Alvarez Dumont. CONDECORACIÓN



UN CIUDADANO MÁS. — Cuadro de José Bermejo Sobera. TERCERA MEDALLA



EN EL RIO. — Cuadro de Exoristo Salmerón



NO HAY QUINTO MALO. — Cuadro de Emilio Porset.



JUNTO Á LA VIA — Cuadro de LINO C. IBORRA



TRAVESURAS. — Cuadro de EDUARDO URQUIOLA.

Fotografías de Hijos de Mateu.

EUGENIO MARTIN LAUREL

El joven escultor cuyo retrato acompañamos demostró desde niño aptitudes nada vulgares para el arte que cultiva y pudo augurársele un porvenir glorioso, desde el punto en que, casi adolescente, hizo en Madrid, donde nació y reside, brillantísimas oposiciones para el ingreso en la Escuela Superior de Bellas Artes, las cuales le valieron el número uno.

Correspondiendo á la buena opinión que de él habían formado sus profesores, consagróse con tanto ahinco al estudio, que obtuvo nota de sobresaliente en todas las asignaturas de su carrera, además de algunos diplomas de primera y segunda clase.

Cuenta únicamente en la actualidad veintisiete años, y, sin embargo, figura ya entre los artistas contemporáneos de bien conquistada y sólida reputación.

En la Exposición Internacional que se celebró en Madrid en el año 1897, le fué concedida medalla de tercera clase por su estatua *Fígaro*, el típico personaje del Barbero de Sevilla, representado en el momento de dar serenata á Rosina.

En el mismo año ganó por oposición el premio de 500 pesetas en la clase de modelado del natural y, también por oposición, el título de Profesor de dibujo.



En la Exposición Nacional de 1899, le fué concedida medalla de segunda clase, por la estatua un *Israelita* que representa á uno de aquellos infelices que no queriendo mirar á la serpiente de bronce que Moisés presentaba al pueblo de Israel como redención, es picado por serpientes venenosas.

Le fué adjudicado en concurso público, abierto por el Ayuntamiento de Madrid, la erección de una lápida conmemorativa á don Emilio Castelar, y en el de Profesores meritorios para aquella escuela de Artes é Industrios (Sección artística), obtuvo el número uno entre los concursantes.

En la actual Exposición ha presentado las estatuas «Un Tirador de barra», «Un aragonés en el momento de arrojar la barra» y «Un Golfo jugando al chito», que reproducimos al pie del retrato para que nuestros lectores pueden formar una ligera idea de lo que vale Eugenio Martín Laurel en el palenque del arte escultural.

***

Fot. de José Campua.



Tirador de barra.



Un golfo jugando al chito.



Un aragonés arrojando la barra.

Fot. de Antonio Candela.

TODOS RISUEÑOS

Ya estaba harto, pero muy harto, el tío *Jeringa*, viejo matraco del arrabal de Zaragoza, de que al pasar todos los días ante una elegante sastrería de la calle de Alfonso I, le mirasen los dependientes, y hasta el dueño, como á un animal raro y cuchicheasen y se rieran de él sin respeto alguno.

No, pues él no tenía monos en la cara, ¡qué había de tener! ¡Pacho! los títeres aquellos, más que títeres, los morros de... cualquier cosa, ¿por qué se habían de reir de él? Como no fuera porque era algo jorobado, ó porque no era nada hermoso... No todos pueden ser como los señoritos remilgados que asisten á las sastrerías de lujo. Pues aquella risa se la habían de pagar; ¡vaya si se la pagarían! No así como así es lícito reirse de un hombre honrado.

Una tarde, después de permanecer largo rato parado ante el escaparate, examinando atentamente cuanto en él había expuesto, decidióse á entrar en la tienda. Y entró, vaya si entró; ¿por qué no había de entrar?

—A la paz de Dios—dijo;—¿Ande está el maistro?

—Servidor de usted, buen hombre.

—¿Conque usté es el amo, eh?

—Sí, señor.

—Vaya, vaya, me alegro mucho de conocerlo. ¿Está usté güeno?

—Bien, gracias.

—¿Y la familia? ¿Güena tamién, verdá? Pus aquí estoy yo, porque hi venido.

—Bien llegado. ¿Desea usted alguna cosa?

—Sí, siñor, sí; ¿no hi de desear? Quio saber cuánto vale esa chaqueta que hay de muestra en el tablerico del cristal.

—Eso no es chaqueta; es un *frac*, hecho de encargo.

—¿Conque de *encargo*? ¡Ah, vamos! ¿Y qué paño es ese?

—Quiero decir que es una prenda encargada por uno de nuestros clientes.

—Tamién me podré yo encargar otra, ¿no le paice á usté?

—Indudablemente.

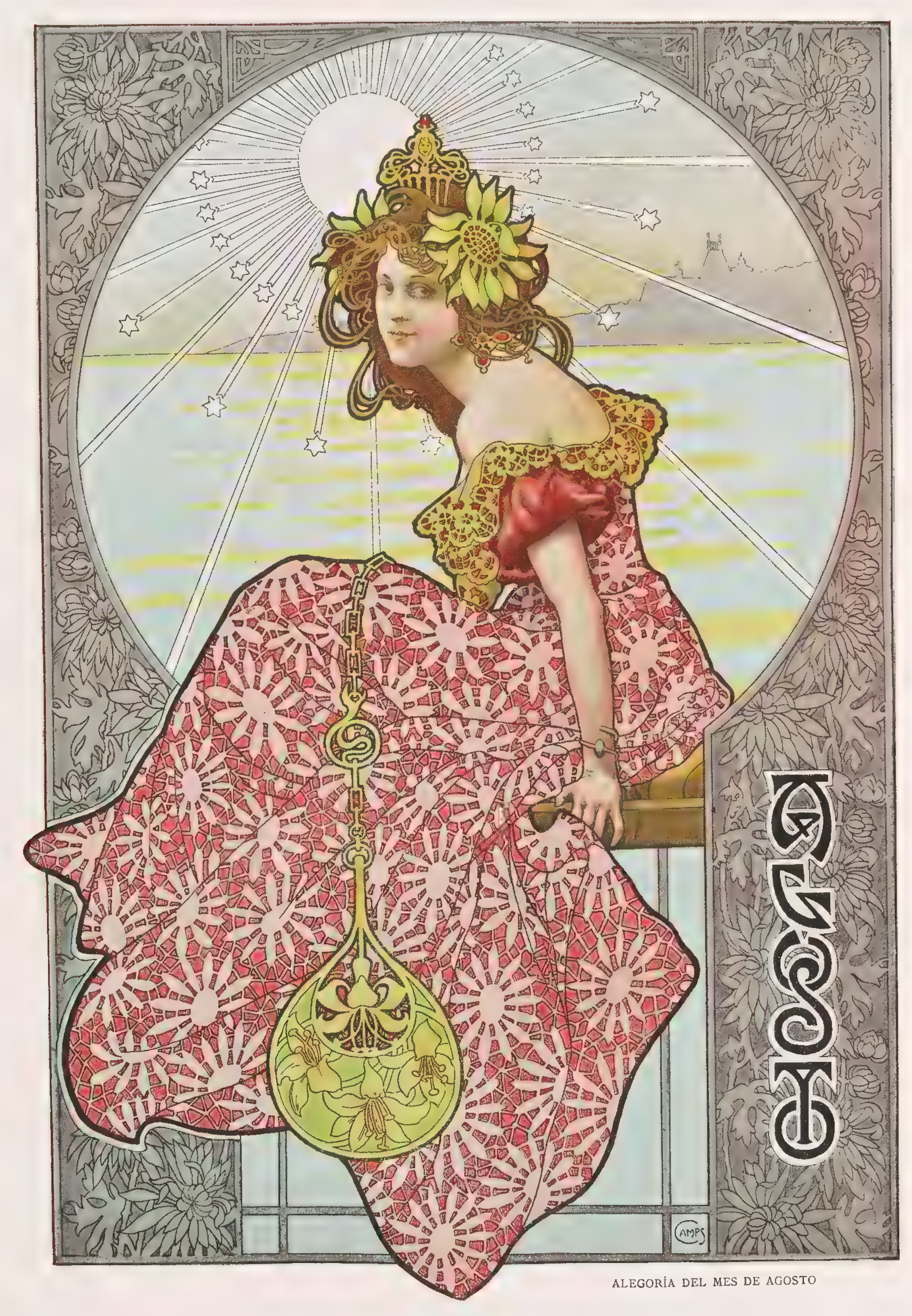
—Bueno, pus vamos á ver, ¿como cuánto me costaría una prenda mismamente igual que esa?

—No es costumbre confeccionarla sola; hacemos siempre el traje de etiqueta completo.

—¡Ay, qué rediez! ¡Que no pueda uno mercar lo que le dé la rial gana!... Yo quio solamente esa chaqueta con esos colgajos tan estiráos, ¿estamos? Porque se ma encaprichao, ¡ea! y porque tengo ineros pa pagala.

—Está bien; no se sofoque usted por eso. Si tal es su empeño, se la haremos. Con franqueza, ¿piensa usted asistir á algún baile del gran mundo?

GASPAR CAMPS



ALEGORÍA DEL MES DE AGOSTO

—Sí, sí, baile. ¿No ven que voy de luto? Pa bailecicos estamos, cuando se ma muerto la suegra... Ya te digo yo que güenas ganicas se me pasan de llorar, como si me estuvían dando pizcos... Si no juera porque la probe ma dejau un campo, y una burra y unos cordericos...

—Le tomaremos á usted medida, — objetó un dependiente, tomando el metro.

—No hace falta, no. Carculemos á ojo. Miaja más ú menos...

—No puede ser.

—¡No ha de poder ser! ¡Vaya si será! ¿Cuánto me llevarían por ella?

—Unos veinte duros.

—¡Qué barbaridá! Por veinte duros me ferio una tocina del grandor de uno de nosotros.

—Los *fracs* son caros. Examine V. el género; es superior. Palpe la tela.

—Mesmamente de eso es de lo que mi enamorao, de la caliá é la tela, que por lo emás maldita la gracia que eso me hace.

—Los forros son de seda magnífica.

—No quio forros.

—Sin forros no se lleva.

—¿Y á ustés qué les importa si yo no quió llevalos? Pus aun que me harían dir al gusto de ellos...

—Bien está. Sin forros, quince duros.

—¡Jolín! No vale tanto la burra que ma dejau mi suegra.

—Pero entendámonos, ¿el *frac* es para la burra?

—No, siñor, que es pa mí.

—Pues ya sabe el precio. No es costumbre aquí regatear; conque no hablemos más.

—¿No himos de hablar? ¡Y tanto! Como que quio saber ahura cuánto me costaría medio fraque.

El dueño y los dependientes reprimen con enorme trabajo la risa que pugna por asomar á sus labios, aunque les pasan deseos de echar de allí al matraco con cajas destempladas. Pero se deciden á contemporizar hasta ver en qué para aquello, y le responden:

—Medio *frac* vale diez duros. ¿Pero pretende usted cubrirse el cuerpo tan sólo por un lado?

—¡Quiá! No, siñor; por denguno.

—Entonces...

—Ya vamos en camino. Pué ser que aún nos entendamos. Ahura deseo saber el precio de uno de esos faldoncicos.

—Dos duros.

—Carico me paice, pero ya nos arreglaremos. ¿Quién ustés seis riales por él?

—Imposible. No hacemos rebaja.

—Doy seis y medio, ¡vaya!

—No puede ser.

—Pus no paso de ahí. Conque agur, y dispensen. Otra vez será.

—Vaya usted con Dios.

—Vamos, siete; pero ni un chavo más. ¿Hace?

—No.

—Miren que les pesará; que no golveré...

—Es inútil; no lo venderemos. Pero oiga usted y sáquenos de una vez de nuestra curiosidad—dice el dueño. — ¿Para qué quiere usted comprar tan sólo un faldón? ¿Y el resto de la prenda?

—Eso no lo quio pa nada.

—¿Pues qué haría usted con el faldón?

—¡Qué había de hacer! Un pañolico pa la cabeza. ¿No lis he dicho endenantes que voy de luto por mi suegra?

—Hombre, por Dios, si esa tela no es propia para pañuelos. .

—No le hace. Así se ririan ustés de mí, al vémelo puesto, con más ganas de lo que san rido hasta de ahura. Pero, aunque no lo lleve, ya se puen rir, ya, que por mucho que se rían no se rirán de mí tanto como yo me he rido de ustés, por drento, en este ratico. Conque... hasta la vista. Estamos en paz.

JULIO VÍCTOR TOMEY



EXCMA. SRA. CONDESA DEL CASTELLÁ, DIRECTORA DE *Manos Blancas*.

Fot. de Napoleón, hecha exprofeso para esta Revista.

LLEVAR el sello feminista al periódico, prescindiendo de ciertas preocupaciones que encajan mal en esta época de indiscutible progreso en las ideas; esta es la labor que se impuso recientemente *El Liberal* en Barcelona, publicando con el título *Manos Blancas* una hoja por y para la mujer.

La empresa era, en verdad, difícil, si había de ajustarse á los propósitos de los iniciadores.

Un espíritu cultísimo, un alma educada en el buen gusto, ha dado realidad en plazo inverosímil por lo breve, á lo que se creyó poco menos que irrealizable. La Excma. Sra. Condesa del Castellá, directora de *Manos Blancas*, es una mujer de sólida educación literaria y de escepcional talento.

Familiarizada con cuatro idiomas, conoce los clásicos italianos, franceses, ingleses y alemanes, tan á fondo como los de nuestro siglo de oro.

Sus frecuentes viajes por Europa la han dotado de un profundo espíritu observador; su vocación por las letras, de gran caudal de conocimientos.

Produce con facilidad pasmosa y, aparte su imaginación brillante, tiene un sentido crítico admirable que ó mucho nos equivocamos ó le reserva en lo porvenir señalados triunfos.

Muestra reciente de ello, son los hermosos artículos que publicó bajo el epígrafe *Las mujeres de Temyson*. En tales escritos brillan las galanuras de un estilo vigoroso y la sutileza propia de los espíritus formados en esa labor analítica de los buenos modelos literarios, cualidad que es siempre patrimonio exclusivo de los escritores de más sana cultura.

***

SEVILLANAS

¿Cómo quieres que yo vaya
al jardín de la alegría,
si se marchitan las flores
al ver esta pena mía?

Allá en el fondo del mar
voy á sepultar mi pena;
porque mi pena es tan grande,
que ya no cabe en la tierra.

¿Quién no llora lo pasado
Viendo cual va lo presente?
¿Quién es aquel que no siente
Lo que el tiempo le ha quitado?

Tengo una pena conmigo,
que si la callo, reviento;
y si la llego á decir,
me muero de sentimiento.

¡Has dejado que tu madre
ande pidiendo limosna!
No hay lágrimas ni oraciones
que borren mancha tan gorda.

José UMBERT SANTOS

Huye paloma del bosque,
que no conoces los lazos
y abundan los cazadores.

Como es el campo tan grande,
aunque un pájaro se vaya,
otro vendrá que te cante.

Llegué á subir y á vencer,
pero nadie me ayudó;
¡cuando empezaba á caer
todo el mundo me empujó!

Si volvieras á nacer,
me volvieras á buscar
y te volviera á querer.

Firmé yo aquel compromiso
y ella tambien lo firmó;
puso ella la voluntad
y yo puse el corazón.

Rosas de un mismo rosal,
se abrieron sobre tu pecho
y en mi tumba vivirán.

Narciso DIAZ DE ESCOVAR

Cuadro de Gil de Palacio.



Cuadro de Juan Frances y Mexía.

COSTA RICA

MOVIMIENTO INTELECTUAL Y LITERARIO DURANTE LOS ULTIMOS VEINTE AÑOS; por Emilio Pacheco Cooper.

(Conclusión).

D. Ricardo Fernández Guardia hizo sus estudios de segunda enseñanza en los Institutos de Alajuela (1878 á 1880) y Nacional, de San José (1881 á 1882). Principió á figurar como agregado de la Legación de Costa Rica, acreditada en Francia, Inglaterra y España, á cargo de su padre el Licenciado don León Fernández. A la edad de 21 años, con motivo de la trágica muerte del Licenciado Fernández (Enero de 1887), quedó en Europa como encargado de Negocios. En el año 1888 regresó á esta capital y se dedicó á las tareas del periodismo. Poco tiempo después fué á España, comisionado por el Gobierno, para dirigir la publicación de la obra inédita de su señor padre. En el año 1890 fué nombrado segundo Secretario de la Legación de Costa Rica en Europa, cargo que sirvió durante seis meses. En ese mismo año regresó al país y se volvió á dedicar á sus tareas periodísticas y literarias. En 1894 dió á luz su libro *Hojarasca*, que es una colección de cuentos, justamente celebrada, en la cual revela su ingenio como literato. En el año 1896 desempeñó la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública y Carteras anexas. En ese mismo año pasó á Inglaterra, investido con el carácter de Secretario de la Misión Especial en Lóndres, á cargo del Licenciado don Demetrio Iglesias, con motivo del Jubileo de Diamante de Su Majestad la Reina Victoria. Poco después, fué nombrado primer Secretario de la Legación de Costa Rica en Europa. Desde entonces y en colaboración con el señor Ministro, don Manuel M.ª Peralta, se ha dedicado á estudios de Historia y Geografía patria, especialmente en lo que se refiere á nuestra cuestión de límites con Colombia, sin perjuicio — según se nos ha informado— de tener en preparación una novela, que ojalá pronto aparezca para lustre de las letras nacionales. El señor Fernández Guardia ha sido honrado con el título de Comendador extraordinario de la Orden española de Isabel la Católica.

***

El doctor don Ramón Zelaya apenas cuenta 28 años de edad y es entre nuestros jóvenes jurisconsultos uno de los más ilustrados. Actualmente desempeña el cargo de Auditor General de Guerra. Hizo sus estudios de segunda enseñanza en el Liceo de Costa Rica (1887 á 1891). De los profesores de ese plantel, don Carlos Gagini tuvo una influencia casi exclusiva en su educación intelectual. En 1891 fué enviado por el Gobierno, mediante el influjo de don Francisco M.ª Iglesias, á la Facultad de Derecho de París, en donde hizo su carrera jurídica. En 1894 obtuvo el título de Licenciado y se recibió de Doctor en 1897. Con tal motivo escribió su tesis sobre *Conflictos de leyes en materia de efectos de comercio*. En el año anterior, y siendo miembro de la Sociedad de Abogados *Demolombe*, en el Palacio de Justicia de París, fué electo, primeramente Secretario activo y después honorario de esa institución. En 1897 regresó á Costa Rica, precisamente en los momentos de la lucha eleccionaria que dió por resultado la reelección del actual Presidente don Rafael Iglesias. Su carácter fogoso le hizo entrar en ardientes y serias polémicas sobre Derecho Público. Fué entonces cuando escribió su primer folleto *De la oposición en política y de la alternabilidad* (1897). A fines de este año volvió á Europa y regresó en 1899. Poco después se incorporó al Colegio de Abogados. La tesis que leyó ante esa respetable Corporación, y que después publicó, titulada *Del criterio en materia de Gobierno*, fué acogida, como obra doctrinaria y de erudición, con elogios de la prensa latino-americana. Esa tesis trae la siguiente dedicatoria: «A don Francisco M.ª Iglesias, gran patriota y noble espíritu, en modesto testimonio de una gratitud infinita, este corto trabajo es dedicado.»

Con motivo de la publicación en Guatemala de un folleto del Licenciado don R. Montúfar, escribió una réplica con el título *Estudios sobre comprobaciones históricas y sobre el liberalismo* (1900), que ha merecido los honores de la reproducción. Sabemos que tiene dos obras inéditas: la una satírica, intitulada *Anécdotas relativas á Napoleón I*, y la otra, *La juventud*, que es un estudio filosófico y crítico.

D. Pedro N. Gutiérrez, ex jefe del Servicio Meteorológico y del Instituto Físico-Geográfico, publicó el *Almanaque de 1893*, que contiene en los fenómenos astronómicos diarios, tablas perpétuas de mareas, etcétera. En *La Gaceta* oficial también publicó los cálculos de los eclipses de sol de 1897 y otros trabajos de esta naturaleza que le han valido elogios de sabios astrónomos extranjeros. En la actualidad se ocupa en colaboración con el Licenciado don Leonidas Carranza, en el levantamiento de un plano topográfico y geodésico de la meseta central de Costa Rica.

***

Todavía nos quedan por enumerar las siguientes publicaciones *Curso de Aritmética razonada* (1885), por el Licenciado don Carlos Francisco Salazar, exprofesor del Instituto Nacional; *Elementos de Agricultura tropical* (1897) por don Juan B. Romero Casal; y *De San José al Guanacaste é indios guatusos* (1898) por el Presbítero don F. Daniel Carmona, en la cual hace una descripción política, religiosa, topográfica é histórica de esos pueblos y lugares de la República.

***

De los escritores de la nueva generación literaria, figuran en primer término: don Ernesto Martín, inteligente joven, autor de *Prosa*, que es una colección de artículos literarios; don Rafael Angel Troyo, quien acaba de publicar su primer libro *Terracotas*, que contiene doce de sus cuentos más delicados; y don Joaquín García Monge, autor de *El Moto* (1900), novelita de carácter nacional, muy celebrada, y de otra novela de 168 páginas, que lleva por título *Hijas del campo*, la cual todavía no conocemos, pues acaba de ver la luz pública. Todas estas obras han sido acogidas con cariño y aplausos de parte del público y la prensa.

***

Tales son las notas que hemos recogido, no sin tropezar con algunas dificultades en su investigación escrupulosa. No abrigamos la pretensión de que este trabajo sea completo: hemos hecho tan sólo lo que hemos podido; pero sí animados de la más recta imparcialidad, á pesar de que en él figuran personalidades de diversos credos, algunas de las cuales, en política, las hemos visto en opuestos partidos.

De buen grado habríamos querido ocuparnos de otras muchas personas que en el Gobierno, el Foro, la Diplomacia y la Representación Nacional han sabido honrar á la República; pero no nos ha sido posible, dada la índole de esta publicación, — bibliográfica más que otra cosa—y en la que, aunque á la ligera, también nos hemos propuesto mostrar el progreso intelectual y literario alcanzado en Costa Rica durante los últimos 20 años del siglo décimo nono.

BELLAS ARTES

Entre las muchas y notables personalidades artísticas que forman el núcleo habitual de Madrid, van tomando sitio algunos jóvenes de talento que *empujan* y desean su parte de gloria por la vía legal de sus méritos.

Uno de los que han andado más camino y que, de persistir en su progresión ascendente, tocará bien pronto las altas cimas, es el laureado pintor Juan Francés y Mexía, de ilustre prosapia artística.

Nuestros lectores nos agradecerán, sin duda, que el Album Salón, obviando las dificultades que ofrece la contemplación de obras originales del distinguido pintor, haya puesto singular empeño en obtener la simpática nota que encabeza este número, para dar, aunque someramente, idea de sus cualidades.

Una hermosa y espléndida hija de Galicia, con su característica camisa bordada con ricas labores, su saya de estameña, y sobre todo con su belleza plástica, ha servido de modelo á Francés, quien ha realizado una composición, no por sencilla, menos agradable. La bien encontrada posición de la figura, la gracia especial de la cabeza, ligeramente inclinada hacia atrás, como si estuviera entonando una de aquellas melancólicas canciones que tan bellas poesías han inspirado á Rosalía Castro, el colorido entonado y la pincelada fácil y resuelta pregonan, más que nuestras palabras, que Juan Francés es un artista notable, capaz de poetizar los más triviales asuntos.

El retrato ecuestre del presidente mejicano Porfirio Díaz, de José Cusachs, es una de las mejores obras del género, sino la mejor que ha producido el pintor de escenas militares.

El general dictador, tiene una *pose* tranquila, como presenciando el desfile de una gran parada. El caballo bayo, *pur sang*, plantado sobre sus cuatro remos, está dibujado y pintado con perfecto conocimiento de las proporciones y anatomía del noble animal. En el uniforme del presidente, en sus condecoraciones, en los arneses del caballo, se ve la mano experta de un profundo conocedor que copia bien lo que sabe á conciencia. El fondo del retrato queda amortiguado por una especie de neblina que deja al grupo principal toda la debida importancia.

Hay que convenir en que este retrato, de tamaño natural, señala un notable paso en la técnica del pintor catalán de asuntos militares.

El arquitecto acuarelista Buenaventura Pollés y Vivó nos ha favorecido con otra de sus acuarelas, que tanto llamaron la atención al ser expuestas en el *Salón Parés*. Una vista del castillo de Spalenthor en Basilea, ofrécele nueva ocasión de probar una vez más su facilidad en la reproducción de monumentos, de los que sabe ver y evidenciar el aspecto pintoresco. A esto debe, precisamente, su reputación de artista pintor.

Un apunte de color del reputado Juan Brull, *Pompas de jabón*, cierra este número, y con él cerramos nosotros esta revista para no cansar á nuestros lectores.

Francisco CASANOVAS



EL GENERAL D. PORFIRIO DÍAZ

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

Véase la extensa biografía publicada en el núm. 52 (16 Octubre de 1899).

LA MISA NUEVA

En el mentidero del pueblo, que era, naturalmente, la fuente de la plaza, empezábase á murmurar que Pepet rondaba por las noches la casa de Roseta. Y cuando el río suena...

Sí, era verdad; rondaba su casa y hablaba con ella, á hurtadillas, receloso siempre de que alguien lo descubriera.

Quería á Roseta con todo el entusiasmo de unos veinte años sugestionados por unos ojos grandes, negros, de esos ojos que «lo dicen todo»; tenía la convicción de que ella le quería también y no iba él á sacrificar sus ilusiones y su cariño porque sus padres, interesados y rencorosos, odiasen ciegamente á toda la familia de Roseta.

Pero no contaba el mozo con la huéspeda.

Que era ni más ni menos que el descubrimiento de aquellos amores, y, como consecuencia lógica, la inmediata oposición de sus padres.

En toda la huerta sabíase la rivalidad de las dos familias, rivalidad antigua, manchada con sangre, más arraigada cuanto más tiempo iba pasando.

El origen de ella, como el de casi todas las rivalidades de los labradores de Valencia, había sido unas rencillas por cuestión de riegos, rencillas que, á manera de bola de nieve, fueron siendo cada vez mayores y llegaron á crear entre los individuos de aquellos dos bandos una situación violentísima é insostenible.

Pero buenos eran ellos, unos y otros, para apurarse por nada, ni para retroceder ante nadie. Y buena prueba de ello dieron todos aquellos parientes suyos que, á consecuencia de la tal rivalidad, descansaban bajo la tierra del cementerio ó se agitaban tras las rejas del presidio.

***

Calculen ustedes, pues, el efecto que haría en los paisanos de Pepet, la noticia de aquellos amores.

Llegó el rumor á oídos de los padres del mozo, que al principio se resistieron á creerlo.

¿Cómo era posible que su hijo, que conocía con todos sus horribles pormenores la historia de aquella enemistad, fuera á enamorarse de una mujer que pertenecía á la familia á quién odiaban? Pues qué; ¿no sabía Pepet que la muerte de su abuelo estaba todavía sin vengar? ¿Ignoraba, acaso, que las cicatrices que tenía en la mano derecha el padre de Roseta, eran algo así como el sello del puñal que él, el padre del que ahora la galanteaba, llevaba debajo de la faja?

No, no podía ser... *aquello* eran habladurías de comadres.

Pero los rumores seguían... Nadie les había visto hablar, ninguno le sorprendió á él saltando las tapias del huerto que rodeaba la casa de Roseta, y, sin embargo, todos podían jurar que los chicos se querían.

Aquellas miradas, al salir ella de la misa de doce los domingos, la actitud de él ante aquella familia que habían odiado y odiaban todos sus parientes, las palabras que se le «escapaban» á ella al hablar con las otras mozas... Todo demostraba la verdad de la suposición.

Decidióse el padre de Pepet á descubrir los amores, si era cierto que los había, y á cortar por lo sano, antes de que la *cosa* echara mayores raíces. Y una noche, cuando el mozo dejaba su casa para ir á la de Roseta, salióle su padre al encuentro...

—¿Dónde vas, Pepet? — le preguntó en tono natural, que ocultaba maliciosamente el deseo de oir de los labios de su hijo la confesión de aquella pasioncilla.

—Voy á dar un paseo por la huerta... Esta mañana he visto desgajadas algunas ramas de los naranjos, de aquellos naranjos que se doblaban al peso de sus frutos y que hoy han aparecido erguidos y derechos como mozuelas en día de fiesta... No hay duda, que alguien se encargó anoche de evitarnos el trabajo de la recolección... Pero le aseguro á usted que como yo lo sorprendiera esta noche...

—¡Hombre, mira qué casualidad! Yo he salido á hacer eso mismo.

—¿Ha visto usted, también, los naranjos despojados de su fruto?

—No, yo voy á descubrir algo que me interesa más... El robo de unos cuantos puñados de naranjos, es un hecho insignificante. Es un delito vulgar, que puede castigar la justicia de los hombres... Un día... cualquiera... sorprendo por casualidad al bribonzuelo que me desbalija la hacienda, lo entrego á la justicia y ella me venga... Y ¿crees que por eso corrijo ya el mal para siempre?... No, la justicia de los hombres puede quitar por el tiempo que quiera la libertad al cuerpo, pero no puede arrancar los malos instintos al corazón... Hoy hago prender al ladronzuelo, creo ya tener asegurada mi propiedad, y á la cosecha siguiente vuelvo á encontrarme con que de nuevo hay quien desgaja las ramas de los árboles, llevándose entre sus dedos el fruto de oro en que la tierra ha traducido las gotas de sudor que, á modo de pago de un tributo eterno, han caído sobre ella desde las arrugas de mi frente... ¿Y quién te dice á ti, que ese no es el mismo delincuente á quien castigó la justicia el año anterior?... Yo voy á evitar un mal que no han previsto los legisladores... Mil veces peor que el robo de la hacienda, es el robo de la honra, peor que el atropello de la propiedad es el atropello de los sentimientos del hombre... Y con ser mil veces peor, es mal que puede evitarse para siempre.

Hizo entonces una larga pausa, burló con su mirada la mirada de su hijo, comprendió el efecto de sus palabras, vió en aquellos ojos que le debían á él la vida los delatores del delito, y al intentar reanudar su perorata le interrumpió Pepet, diciendo:

—Sí, tiene usted razón... Le roban á usted su honra, atropellan los sentimientos de su corazón... Busca usted al delincuente de ese delito, como yo buscaba al otro... Sólo que yo no llegaré á encontrarlo y usted lo tiene delante... ¡Yo quiero á esa mujer con todas las energías de mi alma!... Comprendo que corre por sus venas la sangre de aquellos que hicieron derramar esta misma sangre que corre por las mías... ¡Y la quiero!... Ella lo comprende también ¡y me quiere!... Nos queremos sabiendo que jamás seremos el uno del otro... ¡pero nos queremos!...

—¿Confiesas tu falta?...

—La confieso, sí señor... ¡Y la confieso con alegría!... Esa falta me demuestra que hay en mi corazón instintos muy nobles... ¡Sé perdonar!

—¿De modo que desistes?...

—Sí; para demostrarle á usted toda la verdad de mi cariño, me sacrifico y desisto. Ahora, exijo de usted otro sacrificio... necesito que me costee usted una carrera... Quiero ser cura... Yo no he de amar nunca á ninguna otra mujer, y comprendo, además, que tengo corazón sobrado para ejercer ese ministerio.

—¡Bendito seas!—exclamó el padre, estrechándole entre sus brazos...

***

Despidióse Pepet de Roseta para siempre, hablando bajo, muy bajo á su chiqueta, mientras amargaban sus labios las lágrimas que rodaban por aquellas mejillas, que habían sido el nido de sus besos...

—Nuestro amor es imposible... La rivalidad de nuestras familias no acabará nunca... Y yo te quiero mucho para robarte tu felicidad... ¡Olvídame!... ¡Quiere á otro hombre más afortunado que yo, y sé dichosa!... ¡Yo te querré siempre! ¡Tú no me quieras nunca! Sabiendo que no podía darte la ventura que veías acercarse á ti en tus sueños de rosa, me hice dueño de tu corazón... Yo llevaré siempre con tu recuerdo el remordimiento de mi acción canallesca... Tú no debes acordarte del que estuvo á punto de matar tus alegrías de moza y tu felicidad de mujer...

Fuése Pepet del pueblo con el propósito firmísimo de no volver á él, hasta terminar su carrera, y no encontró nunca pretexto para faltar á su promesa.

Al partir, rogó á sus padres que en todo ese tiempo no le mandasen noticias del lugar en que había matado para siempre sus ambiciones y sus deseos humanos, con objeto de que ellas no avivasen el rescoldo de los recuerdos. Así es, que al regresar al pueblo — ya doctorado — se encontró con una infinidad de novedades.

Roseta, aquella mujer que tanto había querido, estaba casada con un hombre que la quería mucho y á quien ella quería también con toda la vehemencia de su corazón noble y sano.

Puedo asegurar á ustedes que Pepet, al saber la felicidad de su antigua amada, sintió en su alma una alegría inmensa, inexplicable... ¡Aquella felicidad, se la debía á él!...

Sólo una cosa pudo amargar aquella alegría...

La rivalidad de ambas familias había cesado... Su padre comprendió, al oir la declaración del *delito* de su hijo, la sin razón de aquella odiosidad; y aún iba Pepet camino del seminario, cuando fué él á buscar al padre de Roseta, resuelto á que no se prolongara aquella situación... Discutieron, razonaron y, al fin, puestos de acuerdo, ahogaron entre sus brazos los gérmenes de aquella rivalidad...

***

Llegó el día designado para que Pepet dijera su primer misa.

Levantóse al alba, malhumorado, triste como nunca y como nunca pesaroso de aquella determinación conque segó de un golpe todas sus ilusiones.

Fué á dar un paseo por la huerta antes de ir á la iglesia..

A los pocos pasos encontró á Roseta que iba al mercado, y sintió como si una lluvia de fuego cayera sobre sus entrañas... La acompañó un momento y recordó sus días de ventura, aquellos paliques á hurtadillas de todos, aquellas lágrimas conque lloraron la muerte de sus amores...

—¿Eres feliz? — le preguntó.

—¡Mucho! — contestó Roseta. — Tú no puedes figurarte la felicidad que se respira en el interior de esas barracas convertidas en nidos de amor... No hay nada más sublime, nada que alegre más al corazón que la posesión del sér amado... Miento... Hay otra cosa mucho más sublime. . El nacimiento del primer hijo... El viene á estrechar aún más y para siempre los lazos del amor... El hace desaparecer el sabor acre que deja en nuestra alma el recuerdo de la orgía... La vida del hogar ha cambiado de aspecto... Ya hay un estímulo para el trabajo, ya hay un sér que nos consuela en nuestras penas, sin frases artificiosas ni sollozos fingidos...

—Oye, y tu marido ¡será feliz!

—Tanto como lo hubieras sido tú, si aquella pícara discordia no hubiera destruído nuestras ilusiones.

La campana de la iglesia anunció á Pepet la proximidad de la misa.

—Adiós, Roseta... Dios haga que tu felicidad no acabe nunca... ¡Ni la del hombre que comparte contigo las alegrías de vuestro hogar!...

Se despidieron... Roseta se alejó cantando las *albaes*... Pepet quedó un rato quieto, mirando como se alejaba aquella mujer que se le había ido de entre las manos cuando más seguro estaba de su posesión.

La miraba con esa fijeza sin expresión conque el niño ve alejarse hacia el cielo el globillo que le distraía y que se escapó de sus manecitas por distracción ó por torpeza...

Secó sus ojos, humedecidos por el llanto, se dirigió á su casa y buscó con ansia febril en los cajones de su mesa...

Llegó á la iglesia y fuese derecho al sitio donde estaban las vinajeras...

Después de la misa, los padres del celebrante corrieron á abrazarlo.

Cuando el padre de Pepet estrechaba contra su corazón al que siempre lo respetó y al que supo sacrificarse por acatar sus ideas, notó en su mirada algo extraño...

—¿Qué tienes, Pepet?...

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES (1)



¡QUÉ HERMOSA ES! — Cuadro de Rafael Hidalgo de Caviades. CONDECORACIÓN





ROSAS Y PENSAMIENTOS. — Cuadro de Vicente Borrás.



ETERNA VÍCTIMA. — Cuadro de Fernando Cabrera y Cantó.

(1) Principió en el número 92.



ENTRADA DEL PUERTO DE VALENCIA.—Cuadro de ENRIQUE SABORIT Y AROZA



FIESTA DE LA VIRGEN DE REGLA EN CHIPIANA.—Cuadro de FEDERICO GODOY. CONDECORACIÓN



DOLCE FARNIENTE. — Cuadro de MAXIMINO PEÑA.



EL TÍO DE LA MANTA. — Cuadro de LUIS GRANER.



EDAD FELIZ. — Cuadro de José Diez Panadés.



SACANDO EL COPO. — Cuadro de Angel Andrade.

CONDECORACIÓN

Fotografías de Hijos de Mateu.



IDILIO. — Grupo escultórico de José Piquet.
Tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes.

—¡Allí, allí! — decía señalando á las vinajeras.

—¿Cómo?... ¡No es posible!... ¡Envenenado!... — exclamó el padre, loco de angustia.

Y como fotografías de un cinematógrafo, fueron pasando por su cerebro, instantáneamente, todos los sucesos que habían matado las esperanzas de su hijo...

—¡Pepet! ¡Perdóname!

Y Pepet, con acento apenas perceptible, le dijo:

—No se apure usted, padre... ¡Yo siempre he sabido perdonar!...

Felipe PÉREZ CAPO

MI VECINA

Habitaba en mi misma casa y, sin embargo, lo ignoraba yo, hasta que un día la casualidad me la hizo conocer.

Salía á dar un paseo, cuando llamó mi atención una señora, pobre, pero decentemente vestida, que llevaba de la mano á una niña de unos diez años, la cual fijó en mí sus ojos azules y expresivos con cierta timidez. Había en esta mirada tanta tristeza y resignación, impropias de su edad, que contesté á su saludo, sonriéndola con cariño.

Después de esto, subieron la escalera, yo me quedé mirándolas, sintiendo una gran pena al observar la respiración anhelosa de la pobre criatura, á quien casi tenían que subir en brazos.

Pensativa y melancólica, iba á abandonar el portal, cuando la portera, habiéndose fijado en la atención prestada por mí á aquellos dos seres, se me acercó, y con ese tono satisfecho de las personas que gozan refiriendo á los demás algo que no saben, me dijo:

—¿No conoce usted á esta señora y á su hija? — Y diciéndole yo que no, añadió:

—Son vecinas de usted; las del cuarto interior. Parece ser que antes eran gente de dinero, pero ahora las pobres pasan muchos apuros; son francesas, madre é hija; viven solas y nadie viene á verlas; la niña está muy mala, el médico que las visita me dijo un día que estaba tísica; la madre no sabe ya qué hacer para prolongar la vida de su hija; según creo son gente fina y agradable.

Esto me dijo la portera, á la cual di las gracias por los detalles que me había referido, saliendo á la calle, dispuesta á penetrar á mi vuelta en la habitación de las dos desdichadas que, lejos de su país, sin parientes ni amigos, tales amarguras pasaban.

En efecto, aquella tarde subí, llamé, no sin cierto recelo, por temor á parecer importuna. Vino á abrirme la señora, quien sorprendióse al verme, mas luego se sonrió, recordando el saludo cruzado entre su hija y yo. Esto le bastó para recibirme con suma amabilidad; en su idioma le expresé mi sentimiento por no saber que éramos vecinas, así como tampoco que su hija estuviese enferma Al oir esto último, los ojos de la pobre señora se llenaron de lágrimas, y con voz temblorosa, replicó:

—¡Muy mala, pobrecita mía!

Quise infundirla confianza, mas no me fué posible; la pobre madre llevaba ya clavada en el pecho la espada del dolor.

Penetré en el comedor, todo estaba pobremente amueblado; pero una gran limpieza reinaba en toda la casa, y algún mueble mejor que otro indicaba que para aquellas infelices habían lucido también días alegres y de bienestar.

Cuando salí, me llevaba las simpatías de aquellos dos seres; unas cuantas palabras de interés y de cariño habíanme bastado para ello; ¡á qué poco debían de estar acostumbradas las infelices!...

Durante varios días, visitaba tarde y noche á mis dos amigas y llevaba á la enfermita dulces y paquetes que recreasen algo su existencia triste y penosa.

Cuando entraba, lo primero que oía era la voz de Regina — tal era su nombre—que me llamaba; y conmovíame el cariño que para mí guardaba en su tierno corazón y la alegría que brillaba en sus ojos, cada día más grandes, á causa de la enfermedad que la mataba, cuando me veía aparecer. Pasó un mes; el tiempo era muy frío, un aire de nieve hacía doblar las ramas de los árboles, y á mi pobre enfermita le faltaban las fuerzas por momentos y la vida se escapaba de aquel cuerpecito.

Subí una mañana más temprano que de costumbre, pues la noche anterior había dejado muy mal á Regina, aunque, al parecer, sin peligro inminente; llamé, nadie me contestó. Al golpear por segunda vez la puerta, vi con asombro que estaba abierta... Entré en aquella habitación... un silencio de muerte reinaba en ella, avancé presa de un invencible temor... abrí el cuarto de la enferma y me quedé clavada en el umbral de la puerta. ¡Como si estuviera dormida, con las manos cruzadas sobre el pecho, se me presentó Regina; junto al lecho mortuorio, su madre de rodillas, fija la mirada en la que tanto había querido, ni oía, ni veía. Me acerqué, sin que notara mi presencia, y puse un beso sobre la pálida frente de la niña que me había demostrado tanto cariño!...

Entonces, y quizá por primera vez desde que murió su hija, la madre se puso en pie, me miró fijamente... gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y cayó en mis brazos exhalando un sollozo.

El cielo, que días anteriores había estado gris y triste, se mostraba por una rara coincidencia aquella mañana puro y azul; el sol lucía en todo su esplendor y uno de sus rayos jugueteaba en el tranquilo rostro de la joven muerta... Allá en el horizonte una nubecilla, blanca como la nieve, parecía ser el alma de la que llorábamos en la tierra y que desde el cielo nos enviaba una sonrisa de felicidad.

María DE ECHARRI



EPÍLOGO. — Grupo escultórico de José Campeny.
Exposición Nacional de Bellas Artes.

BUENAVENTURA POLLÉS Y VIVÓ



EL CASTILLO DE SPALENTHOR (Basilea). ACUARELA

LOPE DE VEGA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Nació el *Fénix de los Ingenios*, Félix Lope de Vega, en Madrid, el 25 de Noviembre del año 1562; siendo sus padres Félix de la Vega, y Francisca Fernández, naturales del Valle de Carriedo.

A los cinco años, dice su panegirista Montalbán, leía ya el romance, y el latín; y en el colegio de la Compañía de Jesús, en que sus padres le pusieron, notando su natural despejo, aprendió humanidades, esgrima, danza y música.

Muy mozo, y aprovechando la libertad en que le dejó la prematura muerte de su padre, cometió algunas calaveradas, *más inocentes que ofensivas*.

A los quince años le hallamos sirviendo en las Islas Terceras bajo las banderas de España, y á poco le vemos familiar del Obispo de Avila, don Jerónimo Manrique, y Secretario del Duque de Alba y del Conde de Lemus.

Casó á los veintidós años con doña Isabel de Amprero, hija de don Diego, rey de armas. Muerta su esposa, y una hija que tuvo, llamada Teodora, alistóse en la armada *Invencible*, en la que recogió en sus brazos á su hermano menor, alférez de los tercios, muerto en un combate con los holandeses.

Vuelto á España, sus relaciones con doña Antonia Trillo, le originaron un proceso del que se libró no sin grandes trabajos.

En el año 1603, contrajo nuevas nupcias con doña Juana de Guardio, de la que tuvo dos hijos; Carlos, que no pasó de los siete años; y Feliciana, cuyo nacimiento costó la vida á su madre.

De sus amores con doña María de Luján, nacieron Lope Félix, que á los quince años pereció en un naufragio; y Marcela del Carpio, que con el nombre de *Sor Marcela de san Félix*, profesó en el convento de las Trinitarias Descalzas de Madrid.

En 1613, sintió una fogosa pasión por la linda comedianta Jerónima de Burgos, para quien escribió su famosa comedia *La niña boba*.

A los cincuenta años decidió recibir las Sagradas órdenes, diciendo su primera misa en el convento de San Hermenegildo de Padres Carmelitas Descalzos.

¡Por raro contraste, fueron muchos los hombres notables de aquel tiempo que empezaron en soldados y acabaron en clérigos!

El sacerdocio dió á Lope de Vega, la calma de espíritu y la tranquilidad necesarias para consagrarse al estudio, al trabajo y á la virtud.

La dedicación de su *corona trágica de María Estuardo* al Papa Urbano VIII valióle una expresiva carta del Pontífice, la cruz de la Orden de San Juan, el título de doctor en teología, y el de Notario del Archivo romano.

Nombrado familiar del Santo Oficio, tomó el hábito de la Orden tercera, y recibió el título de Capellán Mayor de la *Congregación de presbíteros naturales de Madrid*.

Su labor literaria es de aquellas que encantan, y á la vez asombran. Novelas, como la *Dorotea;* epopeyas, como la *Jerusalem conquistado;* poesías bucólicas, como la *Arcadia;* obras críticas, como *Las cien Jaculatorias*; históricas, como el *Discurso sobre la nueva poesía;* teológicas, como *La vida de San Isidro;* burlescas, como *La Gatomaquia;* didácticas, como el *Arte de hacer comedias*, sin olvidar su celebrado *Laurel de Apolo*, catálogo versificado de escritores.



SOR MARCELA DE SAN FELIX VIENDO PASAR EL ENTIERRO DE LOPE DE VEGA, SU PADRE

Cuadro de I. SUÁREZ LLANOS. *Museo Nacional.*

Pero esto nada es si se compara con las obras que escribió para el teatro, ya que compuso, al decir del ilustre Hartzembusch, mil y quinientas comedias, unos cuatrocientos autos, y multitud de loas y entremeses. ¡Con razón es llamado nuestro biografiado el *monstruo de la naturaleza!*

Al teatro consagró todo su tiempo, y toda su inspiración, y realmente al teatro debió el justo renombre de que goza. Los personajes de sus obras dramáticas, tienen un sello especial, son un reflejo vivo del carácter del pueblo español, y quizás á esta circunstancia debió Lope de Vega el aura popular de que gozó en vida y le acompañó hasta el sepulcro.

Baste decir que durante muchos años, plateros, mercaderes, pintores, hasta los vendedores de las plazas, para dar mayor encarecimiento á su mercancía, decían que era *de Lope*. Las gentes se paraban en las calles al verle pasar, unos para saludarle, otros para conocerle, y todos para admirarle. Nobles y sabios, de España y del extranjero, solicitaron su amistad, y se honraron con ella, que no la había entonces más precisada que la del *Fénix de los Ingenios*, como á Lope de Vega se apellidaba.

Una pasión de ánimo,—recuerdo cruel de las borrascas de su juventud,—unida á los prolongados ayunos que se imponía, le produjeron un decaimiento de espíritu y de cuerpo, que acabaron con su vida el día 27 de Agosto de 1635.

Sin previa invitación acudieron á su entierro todas las Cofradías, clérigos, frailes, caballeros, familiares, grandes, poetas, artistas, comediantes y un pueblo inmenso.

Llevaron el cuerpo los sacerdotes de San Miguel, donde fué Capellán Mayor; y fué tan grande el gentío, que estando su casa en la calle de Francos (hoy de Cervantes, aunque con más justa razón, como dijo el señor Mesonero Romanos, debió llamarse de Lope de Vega), llegó la Cruz á la iglesia de San Sebastián, cuando aún el cuerpo no había salido de la casa.

Por súplicas de su hija, *Sor Marcela de San Félix*, pasó el entierro por delante de la calle de San Agustín, á la que daban las rejas del Convento de Trinitarias Descalzas, con el piadoso y noble objeto de darle el último adiós.

El distinguido artista señor Suárez Llanos pintó el magnífico cuadro que aparece en este número, y que figura en las Salas del Museo Nacional. Aquella escena llena de interés y de sentimiento, en que se mezclan las lágrimas de su inconsolable hija con las de todos los asistentes á la fúnebre ceremonia, está magistralmente tratada por el eximio pintor.

Entre las grandes funciones religiosas dedicadas á la memoria de Lope de Vega, merece citarse la que le ofreció la *Congregación de los Representantes* (actores), establecida en la Iglesia de San Sebastián.

Repitamos con un ilustre pensador al dar por terminado nuestro trabajo: «Si Lope de Vega adoleció de flaquezas humanas (era hombre), el poeta es tan grande que su nombre sólo bastaría para llenar un siglo.»

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



POMPAS DE JABÓN



Cuadro de Carlos Vázquez.

EL GUARDIÁN

AMIGO del alma: cuando recibas ésta me encontraré ya navegando con rumbo á Europa. He realizado mis negocios de un modo tan inesperado como ventajoso. Soy dueño de una fortuna considerable. Tengo, como cien veces te he dicho, algo que vale infinitamente más; una mujer, que es un tesoro, y una hijita, que es un encanto. ¡Me parece un sueño! Necesitaba disfrutar de tanta felicidad en esa tierra que abandoné solo y miserable; necesitaba estar á tu lado... ¡Familia, amistad, fortuna!... ¡Todo lo voy á poseer! ¡Qué feliz soy!... No te escribo más... Tengo tanto que contarte!... Prepárate para el abrazo que te tiene reservado desde hace ¡doce años! tu hermano, mejor que amigo,

JAIME.»

«Llegaremos á Burdeos en el vapor *Argentino*.»

Nada hubiera podido alegrarme tanto como la lectura de esta carta.

Jaime y yo, nos llamábamos amigos y el vocablo tenía para nosotros todo su verdadero alcance.

La historia de Jaime se podía simbolizar en pocas palabras: Un hombre que se cae al agua, en pleno Océano, pero que no quiere ahogarse y su voluntad le salva.

Sus honrados padres que habían alcanzado una fortuna tras muchos años de trabajo rudo, viéronse arruinados en un instante por un malvado ocioso: esto se ve todos los días á pesar de la previsión y sabiduría de los códigos. Jaime se quedó en la miseria y, al poco tiempo, sin padres; huérfano y pobre. Como no quería ahogarse en el Océano de miseria en que se había zambullido, adoptó una resolución suprema, y salió de Madrid y no paró hasta Buenos Aires, en donde desembarcó con veinte céntimos, último resto de las pesetas que se pudo proporcionar para el viaje.

Algún día quizás publique la correspondencia cruzada entre Jaime y yo durante sus doce años de residencia en la Argentina. Baste saber por hoy que, después de varios coqueteos crueles, la fortuna se entregó decididamente á Jaime, dándole dinero, una mujer, de la que, según me escribió, estaba locamente enamorado, y una hija encantadora, como también me lo comunicó mi amigo á su debido tiempo.

Por lo demás, el lector podrá formar juicio de la felicidad de Jaime, con la lectura de su última carta.

En cuanto la leí, hice mi maleta y tomé el tren para Burdeos, á donde llegué pocos días antes de que el *Argentino* anclase en el farona.

Pueden suponerse los que esto lean, la efusión y los transportes de cariño con que Jaime y yo nos abrazamos. Confieso que las expansiones de nuestra amistad hicieron que fuésemos descorteses, pues pasó mucho tiempo antes de que él me presentase á su mujer para que yo me apresurase á ofrecerla mis respetos.

Sin embargo, Clara, que así se llamaba la mujer de Jaime, nos disculpó con encantadora sonrisa y Clarita, interesante personaje de cinco años, me abrazó y besó sin ningún cumplimiento.

—Las he hablado tanto de ti—me dijo Jaime, riendo y llorando—que las dos te conocen y te quieren hace mucho tiempo.

Dudo que abunden momentos más felices que los que pasamos entonces.

Mis amigos se establecieron en Madrid y me costó mucho trabajo convencer á Jaime de que no podía vivir en su casa; pero nos veíamos todos los días y raro era aquel en que no almorzaba ó comía con ellos, pues si Clara y su marido lo deseaban, Clarita lo exigía, y ya se sabe lo que es un tirano de cinco años.

Y ahora caigo en que todavía no he presentado ni al tirano, ni á su madre.

Lo haré en pocas palabras.

Clara era una mujer encantadora; el negro de sus cabellos y sus ojos se combinaba admirablemente con el blanco mate de su rostro y el carmín de sus labios, siempre sonrientes; su cuerpo esbelto era uno de esos (se ven pocos) que deben sentir la nostalgia de la túnica griega; su voz, si quisiera hacer frases, diría que era verdadera compatriota de su poseedora; pues Clara era argentina; pero hay mujeres que tienen una voz deliciosa, que no la emplean sino en decir tonterías: algo así como un stradivarius puesto en manos de un murguista, al revés de Clara que sabía emplearla en amenísima conversación. Era, en suma, una mujer bellísima é inteligente, preciadísimo consorcio que escasea más de lo que se piensa.

Clarita era una delicadísima miniatura de su madre. Es inútil toda otra descripción.

Mis amigos llevaban un año de residencia en Madrid y todo al parecer continuaba lo mismo.

Sin embargo, se notaba, es decir, notaba yo algo que no era lo mismo.

Continuaba viéndoles todos los días, continuaba sentándome á su mesa casi todos, continuaban prodigándome el mismo afecto, pero yo sentía un vago disgusto y algunas veces, cuando llegaba la hora de mi visita, experimentaba el deseo en no efectuarla.

¿Por qué? No lo sabía ó, por mejor decir, no quería saberlo; pero al fin lo supe y lo supe de pronto, inesperadamente, y no fuí yo solo quien lo supo.

Estábamos en los postres cuando un criado entró en el comedor y entregó un telegrama á Jaime.

La lectura del papel azul disgustó visiblemente á mi amigo.

—¿Qué ocurre?—le preguntó Clara.

—Nada de particular, en realidad, pero me contraría bastante—contestó Jaime.—Mi agente de París me telegrafía diciendo que es necesaria mi presencia allí para el negocio de las minas.

Jaime á su regreso de América había emprendido algunos negocios, pues el dinero, como él decía, debe circular en beneficio de todos.

—¿Y qué vas á hacer?—volvió á preguntarle Clara.

Hubiera jurado que la argentina voz de Clara temblaba algo. Yo no desplegaba los labios y, sin saber por qué, no me encontraba cómodo en mi asiento.

—Salir mañana mismo para París—respondió Jaime.—Bastante lo siento, pero no hay más remedio. De todos modos, espero que mi viaje no durará sino quince ó veinte días.

Y, poniendo una mano en mi hombro, añadió con su franco acento:

—Espero que durante mi ausencia velarás cuidadosamente por mi tesoro.

Y cogió cariñosamente una mano de Clara, mientras besaba á Clarita que se había colgado de su cuello, haciendo pucheros.

No contesté y me reí, pero me parece que mi risa debía ser bastante estúpida.

—Vaya, monina—exclamó Jaime, dirigiéndose á Clarita;—no llores, que volveré prontito y ya verás qué cosas tan bonitas te voy á traer de París.

Esta promesa tranquilizó algo á la niña que volvió á ocupar su asiento.

Jaime salió del comedor diciendo que iba á buscarme un magnífico cigarro.

En este momento miré á Clara, ella me miró también; se puso muy encarnada y yo sentí un golpetazo en el corazón; nuestros ojos se miraron nada más que un instante, pero en ese instante comprendieron que era la primera vez que se miraban de aquella manera.

Cuando me despedí después, también debieran comprender, la mano de Clara y la mía, que era la primera vez que se juntaban de aquel modo.

Todo era primero en aquella noche; era el primer paso en camino de la deslealtad y de la infamia.

Declaro que en cuanto me encontré en la calle oí que una voz potente me dirigía los mayores ultrajes y recriminaciones.

Al día siguiente se marchó Jaime. Su mujer y yo fuímos á la estación á despedirle.

Cuando Clara subió á su carruaje, el lacayo, respetuosamente descubierto, esperó ante la portezuela á que yo hiciera lo mismo.

—¿No sube usted?—me preguntó Clara con voz alterada.

—No—contesté resueltamente —Voy á... dar una vuelta.

—Entonces .. hasta... mañana?

—Sí... hasta... mañana.

Partió el coche y yo, con el sombrero en la mano, me encaminé hacia la carretera del Pardo. Necesitaba aire fresco para el cuerpo y aire puro para el alma.

Llegó «mañana.»

En las horas que precedieron á ese mañana pensé mucho y tomé muchas resoluciones, pero como acontece generalmente en el «sexo fuerte», no sirvieron para nada mis pensamientos, ni mis reflexiones.

La razón no sirve en la mayoría de los casos sino para hacer lo contrario de lo que dicta.

A las once de la mañana estaba yo en casa de Clara. Esta se presentó inmediatamente. Vestía... no recuerdo si vestía de obscuro ó de claro, si de esta hechura ó de la otra; vestía como debía hacerlo para estar más hermosa que nunca, es decir, su excepcional hermosura no podía depender de sus atavíos, dependía de una sola gala, del amor, amor criminal, es cierto, pero amor que, ya sin dudas ni reservas, presentábase soberano, arrollándolo todo, ante nuestros ojos.

—¡Clara!

No recuerdo que pronunciase yo más palabras, ni que ella articulase ninguna. ¿Para qué?

Cuando nuestros corazones habían hablado ya, aun sin nuestro consentimiento y á pesar de nosotros mismos, era inútil que los labios ratificasen aquel coloquio.

Con las manos enlazadas, mirándonos fijamente, no sé el tiempo que permanecimos.

Dudo también de que en aquellos instantes nos perturbase ningún remordimiento.

Los remordimientos son de este mundo y nosotros nos habíamos alejado de él.

Sin embargo, á él fuímos bruscamente llamados y por alguien que aún no le pertenecía, por alguien á quien el mundo no había hablado todavía su pérfido lenguaje.

Clarita acababa de entrar en el gabinete.

Clarita entró cuando nuestras manos estaban aún enlazadas, cuando nuestros ojos estaban aún mirándose.

—¿Estábais hablando de papá, no es verdad?

Difícilmente encontraría palabras para indicar lo que Clara y yo experimentamos ante aquella pregunta infinitamente más cruel que una acusación.

Lo mejor será relatar los hechos sencillamente.

Hay ocasiones en que el alma experimenta tales sacudidas que, aunque la comparación es mezquina, se asemejan á las catástrofes geológicas, pues así como éstas sepultan en un instante islas y continentes, no dejando rastro en la tierra de sus anteriores configuraciones, así aquéllas arrancan sensaciones y sentimientos, dejando al descubierto abismos horrorosos. No sé lo que sucedió.

Clara y yo nos miramos con terror; después ella se echó á llorar; yo permanecí sin movimiento.

Clarita nos miró unos momentos con el mayor asombro; luego se dirigió á su madre, se abrazó á su cuello y, dirigiéndose á mí, con voz indefinible, con voz que jamás había brotado de sus labios infantiles, exclamó:

—¡Malo!

Huí... de la casa, de Madrid, muy lejos.

. . . .

Hace poco supe que Jaime, con su mujer y su hija, se ha vuelto á América, llorando mi ingratitud.

LUIS DE TERÁN

J. LLAVERÍAS



EN EL ANTEPUERTO (Barcelona).

Salón Robira (Fernando VII, 59).



AMOROSA

(BALADA)

—Mira ese cielo azul. La primavera,
cual hada misteriosa,
es la que viste de zafir la esfera
y hace abrir sus capullos á la rosa.
Mira cual la natura se engalana,
y al valle y la colina
en busca de su nido llega ufana
del Africa la negra golondrina.
Escucha de la tórtola el arrullo,
del aura los rumores,
de la fuente el melódico murmullo,
el cantar de los tiernos ruiseñores,
y dime por piedad, hermosa niña,
¿por qué triste y callada
cruzas indiferente la campiña?
¿Estás, por mi desdicha, enamorada?
—De la tristeza el enlutado velo
envuelve mi alma entera;
no me alegra el color del puro cielo
ni el contemplar la gaya primavera.
Enojos me produce la mañana;
y, cuando llega el ave
al nido que ha colgado en mi ventana,
que aumenta mi pesar ella no sabe.
El rumor no me place de la fuente
ni admiro de las flores
los matices variados, ni mi frente
besan los cefirillos voladores...
Sólo sé que un pesar desconocido
me atormenta incesante...
¿Sabéis cual es, señor?
—¿Se llama olvido?
—¿Olvido? No, señor... No tengo amante.
—¿Lo que es amor no sabes?
—Aún lo ignoro.
—¿No escuchaste, doncella,
tu pecho palpitar con un te adoro?
—Es la primera vez.
—¡Siendo tan bella!
—Pues, ¿qué es amor?
—Natura
que, cuando llega Mayo,
revive con espléndida hermosura
del benéfico sol al tibio rayo;
es la tarde serena del estío;
la flor que abre su broche
donde tiembla la gota del rocío;
el astro plateado de la noche
rielando en los mares blanca espuma;
el aromado ambiente;
los matices rosados de la bruma
cuando asoma la aurora por Oriente.
Del pecho juvenil es el suspiro,
el afanar intenso
que en tus pupilas candorosas miro;
es de la vida el horizonte inmenso
que la mente traspone en un segundo:
la luz del claro día,
del antro iluminando lo profundo...
¡Eso se llama amor, hermosa mía!
—No os comprendo, señor...
—Pues sin enojos
levanta la mirada
y, si el alma traduces en mis ojos,
será más que mi labio afortunada.
¿Por qué tan pronto apartas el semblante
que inunda dulce lloro?
—¡Vuestros ojos me han dicho lo bastante!
—¿Sabes lo que es amor?
—¡Sé que os adoro!

CAMELIA COCIÑA

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES [1]

CONSIDERACIONES Y HONORES DE PRIMERA MEDALLA



ARROYO PEDREGOSO (GUADARRAMA). — Cuadro de JUAN ESPINA Y CAPO.



ESTUDIO. — Cuadro de ANDRÉS PARLADÉ.



OCUPACIONES DE LA MAÑANA. — Cuadro de J. J. GÁRATE.

(1) Principió en el número 92. — No prestándose por sus heterogéneas dimensiones, los restantes cuadros que obran en nuestro poder, á formar páginas justas, desde el número próximo los iremos dando intercalados en el texto.

SEGUNDA MEDALLA



EL TAJO EN TOLEDO. — Cuadro de AURELIANO DE BERUETE.

CONSIDERACIONES Y HONORES DE TERCERA MEDALLA



DIOS VISITANDO A LOS ENFERMOS. — Cuadro de RAFAEL SEGURA.

CONSIDERACIONES Y HONORES DE SEGUNDA MEDALLA



¡POBRE MADRE!



ESTUDIO

Cuadros de Andrés Parladé.

CONSIDERACIONES Y HONORES DE TERCERA MEDALLA



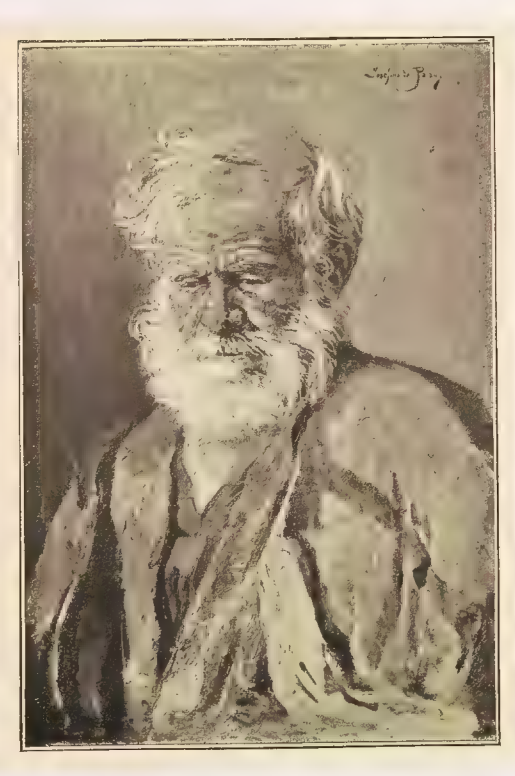
PAISAJE DEL ESCORIAL.—Cuadro de Félix Borrell Vidal.



EL DESCANSO. — Cuadro de Leopoldo Guerrero.



LA DESPEDIDA. — Cuadro de Ignacio Ugarte.



UN MENDIGO. — Cuadro de Josefina de Palau.

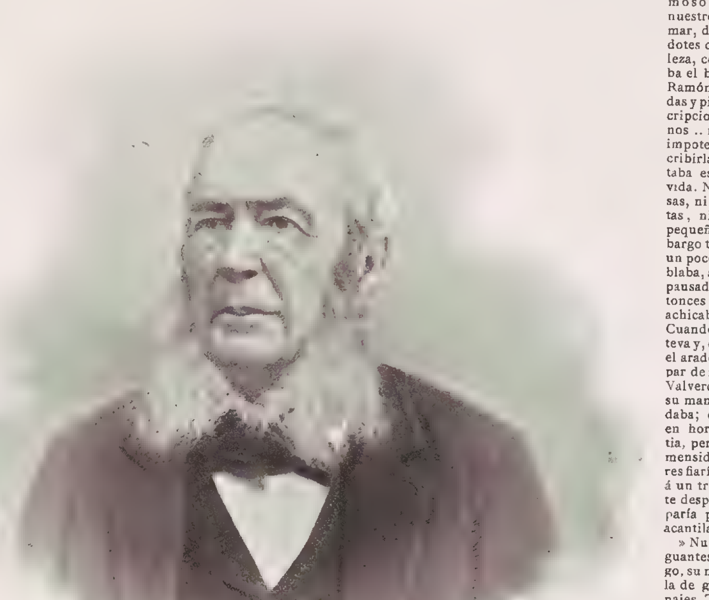
Fotografías de Hijos de Mateu.

RAMON LAGIER Y POMARES

CAPITAN DEL «BUENAVENTURA»

Este nombre que para la generación moderna será acaso desconocido ó no debidamente apreciado, como tantos otros que el tiempo borraría si no se encargara de perpetuarlos la historia; este nombre es enaltecido por cuantos presenciaron ó recuerdan la tenaz y denodada lucha que tuvo feliz remate, en el año 1868, con el triunfo de las ideas liberales. El hombre que lo llevó en vida, con ser sólo un humilde capitán de la marina mercante, demócrata por herencia y convencimiento, hubiera ocupado uno de los primeros puestos de la Nación, pues tenía para ello sobresalientes méritos, á no impedirlo su extremada modestia, y si esa fiera sin entrañas que llamamos política no ostentara descaradamente, entre sus muchos pecados, el de la ingratitud.

Los héroes de la Revolución de Septiembre, contaron incondicionalmente con la adhesión y el firme apoyo de Ramón Lagier, quién, sobre haberles prestado innumerables servicios, afrontando todo género de peligros, mientras fraguaban sus atrevidos planes, aceptó y realizó con una pericia y bizarría digna del mayor encomio, en el momento de lanzarse el grito revolucionario, la arriesgada comisión de recoger en Canarias, Portugal é Isla de la Madera á los generales, Duque de la Torre, Caballero de Rodas, Serrano Bedoya, López Domínguez y Nouvilas, lo propio que á los demás desterrados, y conducirlos á Cádiz en el hermoso y ligero vapor «Buenaventura», que á la sazón mandaba. Este hecho solo, constituye una página de gloria que muchos almirantes no podrían presentar.



Pues bien, cuando tocaron á repartir el botín de tan señalada victoria, los ilustres vencedores, que calificaban de compañero al capitán Lagier y le llamaban querido amigo, á boca llena, no tuvieron á mano una recompensa proporcional á sus sacrificios, ni se acordaron siquiera de disponer se le devolviera el importe de los desembolsos por él efectuados, y que, por delicadeza se abstenía de pedir.

En cambio, cuando más tarde fué propuesto y elegido, en realidad, diputado por Alicante, su país natal, el Gobierno, de que formaban parte algunos de aquellos amigos y compañeros, le privó del acta, para dársela al candidato á quien embozadamente protegía.

Lagier, que durante su vida, llena de vicisitudes y penalidades, había aprendido á conocer el mundo, protestó tal vez en su fuero interno de tamaña injusticia; pero no formuló la menor queja, limitándose á decir: «lo que me ha cabido la honra de desempeñar, conceptúolo un deber de todo buen español que, sin ninguna mira de interés personal, quiere ver á su patria libre y respetada por las naciones cultas. El premio lo tengo en la tranquilidad de mi conciencia».

De lo que el bizarro marino valía, da muestra evidente la cariñosa amistad que le profesaba el gran Castelar, quién, en más de una ocasión, le envió el primer ejemplar, húmedo todavía, del discurso sensacional que acababa de pronunciar en las Cortes; y, en mayor grado, si cabe, el hecho elocuentísimo de que el malogrado general Prim, convencido de la necesidad de poner término á la insurrección cubana, le sacara de su retiro y le enviara con nombre supuesto á Nueva York, para que allí secretamente y de acuerdo con él, procurara ajustar con Céspedes una paz honrosa; comisión que no tuvo efecto, por haberse perpetrado durante su viaje el cobarde asesinato de tan funestas consecuencias para los españoles.

No nos hemos propuesto escribir la biografía del capitán del «Buenaventura»; necesitaríamos llenar para ello, no una, sino centenares de páginas. Nuestro objeto, al trazar á vuela pluma estas líneas, que forman el marco de su retrato, no ha sido otro que el de tributarle en el limitado espacio de que disponemos, el homenaje póstumo de admiración que en justicia le debe el país entero. Plumas mejor cortadas que la nuestra se encargaron de aquel honroso y complejo trabajo; pues tenemos á la vista un libro que por su inmenso valor recomendamos á nuestros lectores y al pueblo español, en general, impreso recientemente en Elche, donde hace cuatro años escasos falleció el esclarecido patricio á que nos referimos, y en el cual su autor, don Pedro Ibarra y Ruíz, pinta con mano maestra y profusión de datos curiosísimos é interesantes, la noble, la colosal figura del modesto Lagier, que pasará á la posteridad como una de las más venerables del pasado siglo.

Sirvan de complemento á lo expuesto los siguientes párrafos sueltos del citado libro:

«De noble presencia y firme continente, su aspecto revelaba, á primera vista, su profesión: de franca mirada, hermosa frente y grandes patillas, era lo que se llama entre los pintores, un buen tipo. La expresión dura de su boca revelaba al hombre de carácter enérgico; el recto perfil de su musculosa nariz era un precioso trazo en aquella cara ancha, seria, de aspecto grave y de riquísimo color, ofreciendo ancho campo la variedad de sus matices, para que un buen colorista hubiera sacado partido de aquel hermoso modelo de nuestros hombres de mar, de esos sacerdotes de la Naturaleza, como les llamaba el bueno de don Ramón, en sus sentidas y pintorescas descripciones. Sus manos .. me reconozco impotente para describirlas: en ellas estaba escrita toda su vida. Ni eran carnosas, ni finas, ni bastas, ni grandes, ni pequeñas, y sin embargo tenían de todo un poco. Cuando hablaba, su ademán era pausado, suave; entonces su mano se achicaba, se reducía. Cuando cogía la esteva y, doblado sobre el arado, conducía el par de mulas, allá en Valverde, entonces su mano se agrandaba; como cuando en horas de angustia, perdido en la inmensidad de los mares fiaría su salvación á un trozo de flotante desperdicio ó treparía por enhiestos acantilados.

»Nunca le vi usar guantes; sin embargo, su mano estrechó la de grandes personajes. Tampoco le vi llevar bastón, no obstante reunir relevantes dotes de mando, aun cuando hubo de renunciar el cargo, al empuñar la primera vara de Alicante, porque Lagier, al revés de todos los políticos, mandaba para arruinarse, y hubo de dejarlo.

»Combatido por los elementos, durante cuarenta años cruzó todos los mares en busca de un porvenir y de un trozo de pan para sus hijos. Anonadado por crueles desgracias, deshecha su familia y poco menos que arruinado, se retiró á este campo de Elche, á su querido Valverde, en donde formó una nueva familia y trabajó de labrador.

»Olvidado por los hombres de la Revolución, luchó para sacar á flote la sacrosanta urna donde yacen, y seguramente yacerán aún por muchos años, los principios democráticos de moral universal y las sanas doctrinas basadas en la eterna adoración del gran Arquitecto de la Naturaleza, por quien sentía verdadera pasión.

»Sus escritos son numerosísimos: casi todos los periódicos avanzados han publicado cartas del gran propagandista. Escribía como pensaba y pensaba como sentía, con el corazón en la mano. Su credo se define en dos palabras: progreso y moralidad. Su ideal, ver implantada en España la República, aun cuando, decía con mucha gracia, no tengamos hombres para ello. Odiaba á los tiranos, aún más que á la tiranía. Aquéllos pensaba aniquilarlos educando al pueblo: ésta hubiera desaparecido al reinar la fraternidad universal. Enemigo del derramamiento de sangre, amó la revolución porque era el único medio de regenerar á un pueblo que, como el español, está tan apegado á las mantillas. Gran conocedor de nuestros políticos, fiaba poco en sus promesas y menos en sus obras, para llegar al fin propuesto: la regeneración de España. Hombre de mundo y de experiencia, entreveía nuestra caída, y político instruído y previsor, no veía otra salvación para nuestro honor que emancipar nuestras colonias, implantando un régimen de progreso ilimitado. ¡Pobre! no ha llegado á ver realizado su fatal pronóstico: los hechos han venido á confirmar lo que preveía.»

Tal fué Ramón Lagier: entre los políticos, un dechado de lealtad y constancia; entre los ciudadanos, un modelo de honradez y caballerosidad.

Fotografía de Napoleón. * * *

J. LLAVERÍAS



EN EL PUERTO (Barcelona).

Salón Robira (Fernando VII, 59).



LA HERENCIA

El hijo del general Núñez-Cortés era enclenque y enfermizo. Ocho años contaba cuando murió su padre y, cediendo á las reiteradas súplicas de su madre, emprendió una carrera civil.

A los cuarenta años, le encontramos desempeñando una cátedra en ciudad sitiada, cuando algunas tropas enemigas llegan al edificio docente. La Universidad no se rinde, exclaman á una voz, profesores y alumnos. El paisanaje, desde puertas y ventanas se defiende y ataca como puede. En la calle no se ve nada, porque lo impide la densa humareda que levanta la fusilería con sus descargas cerradas. La lucha se hace feroz, horrible, allí se pelea casi cuerpo á cuerpo, brazo á brazo. Los gritos, las interjecciones fuertes y las descargas, cada vez más nutridas, aumentan en aquellos angustiosos momentos. Luego, parece que los sitiadores van á retroceder, es que han llegado algunas tropas en auxilio de los sitiados. Uno de los oficiales que acaba de llegar, cae herido, tal vez muerto. Un paisano coge la espada del pobre oficial y dice: adelante; arrojo que decide la acción en favor de los suyos.

Aquel paisano, que continuó sirviendo en el ejército, llegó á ser general también, como su padre.

Le conocimos nosotros cuando estaba, más que viejo, envejecido por las heridas que recibiera en campaña; por el calor, la humedad, el frío que había sufrido aquella naturaleza ya débil. En los últimos años, apenas podía levantarse de la cama. Mas si tenía el cuerpo demacrado y los cabellos blancos, conservaba el espíritu joven y enérgico. Llamaba con frecuencia á Alfonsito, único hijo que Dios le había dejado.

—A ver, Alfonso, hijo mío,—le decía,—lee en esa página;—y en aquella página se leía: El primer sitio de Zaragoza.

—Vamos á ver, Alfonsito, di, ¿qué te parece de Palafox? ¿No es verdad que era un valiente? ¿Qué hubieras hecho tú en su caso? lo mismo ¿verdad?

Alfonso miraba á su padre con unos ojazos grandes, pensando: Este hombre sería capaz de hacer lo que hizo Palafox.

—Ahora vas á leer alto, que se oiga bien lo que dijo don Mariano Alvarez de Castro á los habitantes de Gerona, cuando quisieron entrar los franceses.

—Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó de rendirse, — decía Alfonsito.

—Muy bien; eso tienen que saberlo de memoria todos los niños españoles. Y tú más, tú... que llevas en esas venas sangre de valientes. Ves ese uniforme que hay ahí, ¿lo ves? Huele á pólvora y á sangre, hijo mío. Lo llevó tu abuelo. ¿Verdad que tú serás como tu abuelo, como yo, como todos los de tu raza? ¿Verdad que nunca le volverás la espalda al enemigo?

Todos los días, el niño, antes de ir al colegio y después de salir, oía palabras semejantes; el general hacía leer á su hijo trozos de la historia patria, episodios militares, periódicos de táctica y milicia, etc., etc.

—Papá, — dijo el niño una mañana, — me voy al colegio. Cuando salga, te traeré una cosa que te gustará mucho. Ya verás, ya verás. Es muy bonita.

En efecto, cuando volvió, trajo una cartulina donde había dibujada una batalla que el general Núñez-Cortés describiera á su hijo en cierta ocasión. Figuraban en primer lugar dos regimientos de infantería algo distantes. Eran tropas enemigas. Detrás de ambos regimientos se veía la caballería y, en un fuerte, algunos cañones con la boca grande, muy grande.

—¿Y tú, dónde estás? — preguntó el general, sonriendo con gran satisfacción.

—Yo... yo... escucha. Yo estoy mirando desde aquí,—y señaló el fuerte de los cañones. — Si veo que nos van á ganar, antes de que se acerquen... disparo, y es claro, ganamos nosotros.

Al oir esto, el anciano general no pudo contenerse y, loco de alegría, se agitaba con violencia en la cama. Abrazaba á Alfonsito con tanta fuerza, que casi no podía hablar, y así abrazado decía:

—Sí... no... puede ser otra cosa. Sí... la raza es raza siempre Núñez; sí, Núñez-Cortés, que no ha de concluir nunca.

Y se quedó llorando con la cabeza apoyada en el hombro del futuro general Núñez-Cortés y Espinosa de los Monteros.

Giraldos ALBESA





ALEGORÍA DEL MES DE SEPTIEMBRE



FIESTA MAYOR EN UN VILLORRIO DE CATALUÑA *Cuadro, propiedad de don Isidro Llovet.*

MODESTO URGELL

La reputación de que justamente goza el eximio artista á quien nos ha cabido la grata satisfacción de dedicar este número, el afán con que se buscan sus obras y el alto precio á que se cotizan, tanto en España como en el extranjero, demuestra lo mucho que vale, mejor que pudiera hacerlo nuestra pluma, humilde si se quiere, pero al servicio de todo lo que implique méritos personales y redunde en mayor prestigio y gloria del país.

Conocimos á Urgell hace ya muchos años, cuando no podíamos presumir, por más que le considerábamos dotado de excepcional talento, que llegaría á escalar el preeminente puesto que hoy ocupa entre los cultivadores del arte pictórico; en cambio todos cuantos nos honrábamos con su amistad abrigábamos la persuasión de que si se dedicaba al arte escénico sería una verdadera eminencia.

Porque en la época á que nos referimos, época en que Barcelona contaba con una pléyade hermosa y brillante de jóvenes aficionados á la escena, algunos de los cuales rivalizaban con reputados actores de profesión, Urgell figuraba en primera línea y particularmente en el género cómico que constituía su especialidad, sin que ninguno de sus compañeros le aventajase. De aquellos tiempos que recordamos con deleite, como debe recordarlos él, porque las alegrías de la juventud son siempre placenteras para los que han conocido ya las continuas penalidades de la edad viril, de aquellos tiempos datan varias chistosas anécdotas en que Urgell ofició de protagonista. Una de ellas se nos viene ahora á la memoria y la vamos á referir.

Daba su función semanal el Conservatorio Lírico-dramático, instalado en el antiguo teatro del Odeón. Los alumnos representaban la comedia en dos actos «Un ramillete, una carta y varias equivocaciones», hallándose entre la selecta concurrencia, por habérsele invitado á que asistiera,



MODESTO URGELL EN SU TALLER

Fotografía de Ureña.

el notable primer actor y director don Manuel Catalina, quien, después de finalizado el primero, entró en el escenario para cumplimentar á las señoritas que en la obra tomaban parte, á las que colmó de elogios, al paso que trataba con cierto desdén la labor de los intérpretes masculinos. Urgell se enteró del hecho y, picado en su amor propio, tomó la revancha, imitando en el segundo acto al referido actor con una precisión tal, poniendo tan en relieve los defectos que, á pesar de su notorio mérito los públicos le notaban, que la concurrencia no cesó de aplaudirle mientras duró la representación, lo propio que el mismo Catalina, para quien no pasó desapercibida la leccioncilla del joven aficionado.

A medida que iba progresando en la pintura, á la que se dedicó de lleno, fué separándose Urgell del teatro; pero nunca perdió la afición que le tenía: pudiéndose asegurar que á su entusiasmo por las tablas debe el que á su gloria de pintor afamado haya podido agregar recientemente la de autor distinguido, escribiendo en poco tiempo una porción de obras escénicas á cual más celebrada y digna de encomio.

No es nuestro ánimo trazar su biografía, por la sencilla razón de que esto requiere un acopio de datos que únicamente él podía darnos y que nos ha negado con la terquedad de un modesto, en toda la extensión de la palabra; y además porque, como tenemos manifestado en ocasiones análogas, tratándose de un paisano y amigo, preferimos hablar por referencias, pues haciéndolo por cuenta propia, los que no le conocieran, podrían calificar de apasionados nuestros elogios.

A esta última consideración obedece principalmente el que, después de lo dicho, nos limitemos á reproducir en las presentes páginas, dedicadas á Modesto Urgell, algunos juicios de la prensa que, no sin trabajo, hemos conseguido procurarnos y que le hacen plena justicia, así como el acto primero de su hermosa comedia «Añoranza», una de las que en mayor grado revelan las poco comunes dotes que la pródiga naturaleza ha concedido al eminente artista pictórico para el cultivo de la hermosa cuanto difícil literatura dramática; palenque vastísimo en el que seguramente le esperan también grandes triunfos.

El Liberal de Madrid (1878).

El que ha pintado *El toque de la oración* ha visto sus obras rechazadas en una Exposición de la ciudad Condal; y es todavía considerado en ella por los otros artistas que se juzgan talentos superiores, como un pintor extraviado, de factura grosera en sus obras, incapaz de sentir las sublimes inspiraciones del arte.

Ha sido preciso que haya salido de su ciudad y haya enviado sus obras á la Corte para que se haya hecho justicia á su gran talento.

La juventud artística catalana, esa juventud llena de energía, de sentimiento, de amor al estudio, no puede vivir del arte en su patria; ni es allí comprendida ni recompensada.

La Publicidad, de Barcelona (1895).

Modesto Urgell, Mercader, José Luis Pellicer, los hermanos Masriera, Vayreda, los Vallmitjana, Nobas, en la pintura y en la escultura; Eusebio Planas y Padró en el dibujo; Francisco Soler y Rovirosa en la pintura escénica y decorativa, evocan en nuestra memoria un pasado tan difícil y trabajoso como brillante y lleno de gloria.

Un lienzo de Urgell, otro de José Luis Pellicer levantaron gran escándalo entre los envarados preceptistas de la escuela predominante, que salió de la lucha con gran detrimento de su misteriosa cuanto inútil severidad.

Colección de don R. Casellas.

La nota íntima expuesta con encantadora simplicidad; las hermosuras de la naturaleza sorprendidas por el pincel en la hora real de sus verdaderos encantos; la verdad, desnuda, sin retoques ni postizos, encerrada en el marco de un cuadro al óleo, puso en nerviosa confusión el fanatismo pictórico de los perturbados autores de las danzas de la Arcadia y de los conceptuosos asuntos mitológicos.

Los atractivos del paisaje, es indudable, nos los reveló Modesto Urgell. Sus marinas y sus crepúsculos atraían todas las miradas y ganaban todas las simpatías; apenas había compuesto y pintado una docena de lienzos y su nombre ya fué popular.

Urgell, se decidió á traspasar la frontera catalana, presentándose valiente y decidido á la Exposición nacional celebrada en Madrid el año 1876. *El toque de oración* se titulaba el lienzo presentado por Urgell, encarnación sublime del más puro sentimiento, que impresionó tan hondamente á la crítica y al Jurado, que por primera vez en nuestra patria le fué discernida al paisaje la primera medalla.

Una vez consagrada tan solemnemente la aptitud del maestro, cedieron las dudas y las protestas el sitio al aplauso y á la admiración. No hubo amante de la pintura que no deseara y adquiriera un lienzo de Urgell; el Estado le compraba hasta nueve cuadros para exponerlos en los Museos nacionales y los extranjeros le solicitaban con verdadero empeño.

En tanto y por el calor desarrollado por Urgell y demás artistas de su tiempo, surgía y se educaba una nueva generación, libre de prejuicios, ávida de mayores progresos, entusiasta, tan devota del arte puro, que, estimando insignificantes los nativos altares, salió en busca de otros más soberbios y de más grandes proporciones, en los cuales fuese posible extasiarse y celebrar el arte con todas las pompas y esplendores.

Con qué interior satisfacción han de ver los Urgell, los Pellicer, los Mercader, y tantos otros las glorias de la generación que hoy triunfa. Ellos fueron los precursores; ellos propagaron con la palabra y el pincel la nueva idea; ellos abrieron á los ojos de sus contemporáneos, amplios horizontes de progresos y bellezas infinitas; ellos al fin han triunfado por completo.

Otro periódico de Madrid (1899).

La muerte del excelente padre de Urgell, víctima de las amarguras que le produjeron contrariedades en los negocios, dejó á éste casi en la miseria, de modo que á los veintiocho años, no era el gran artista más que un dependiente de comercio que pintaba. Probó fortuna, queriendo vivir del arte, y pasó años angustiosísimos.



Col. de don R. Casellas.

Siendo rechazadas todas sus obras, en las Exposiciones celebradas por la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, fué reprobado en unas oposiciones que se verificaron en Cataluña y devuelto el primer cuadro, que por encargo de una marquesa había pintado. *El toque de la oración*, esta obra maestra, pasó por Barcelona inadvertida, y expuesta en ínfimo precio en los escaparates, sufrió una indiferencia general y el más profundo desprecio. Hoy el maestro Urgell es una de las más legítimas glorias de la pintura catalana, y no lo digo por sus triunfos, por sus medallas de oro en Madrid, en Filadelfia en Bruselas, etc., ni por las distinciones oficiales alcanzadas, sino por sus obras que figuran en palacios de duques, príncipes y reyes, y en los primeros museos de España y extranjeros.





El personaje «Tomasa», en la comedia de Urgell *Un terrós de sucre;* interpretado magistralmente por la distinguida actriz María Morera.

La Publicidad, de Barcelona.

(1899).

En el teatro Principal, se estrenó anoche la comedia en tres actos, *Lluny dels ulls, aprop del cor*, cuya factura se aparta por completo de los moldes que han privado en nuestro teatro. No podrá achacarse al autor que haya salvado la obra por la práctica y habilidad teatral, porque precisamente parece como que se ha complacido en desechar las recetas en boga, merced á las cuales, se logran efectos teatrales que deslumbran al gran público y que la mayor parte de las veces sirven para encubrir la vaciedad del fondo.

En la comedia que nos ocupa no hay frases pseudo conceptuosas de las que levantan tempestades de aplausos entre los aficionados á la retórica hueca, ni se busca en finales de acto, bien preparados, el efecto apetecido. Precisamente peca quizás por el exceso contrario. De tres actos consta y todos cortísimos, en los que los personajes resultan abocetados, pero acusando las líneas por lo vigorosas, en síntesis, el carácter de cada uno de ellos. Tiene la comedia, además de sus toques dramáticos, un fin ético que la avalora: el hacer revivir en los hijos el cariño maternal por la añoranza del bien perdido.

El argumento se reduce á la presentación de dos hermanos, Carmen y Carlos, tipos ambos atrabiliarios y consentidos que no tienen amor ni consideración á sus padres, á quienes se consigue dominar y llevar al buen camino simulando la muerte de su madre, mujer angelical, y poniéndoles bajo la ferula de una pseudo madrastra.

La comparación pone de relieve las cualidades morales de la madre, á la que evocan los dos hermanos en una escena que tienen con su padre, escena la más interesante de la obra, la más íntima y llena de emoción. Revela la comedia, estudio del natural y dotes de psicólogo en su autor; está sentida sinceramente y hablada con naturalidad.

Satisface ver que la tendencia iniciada por algunos autores, va adquiriendo prosélitos, desterrando del teatro cuanto huele á convención y le aparta de la realidad de la vida, que cuando se sabe sentir y expresar con sinceridad, la complegidad de sus manifestaciones, constituyen un manantial inagotable para el arte.

El éxito fué lisongero y franco: todos los actos aplaudidos. El autor, modesto, como su nombre, no se presentó á recibirlos, á pesar de la reiterada invitación del público, al terminar la representación.

Las Noticias, de Barcelona (1901).

Tuvimos la fortuna de asistir á la lectura, á más de la familia, doña Rafaela S. Aroca, notable pintora y muy discreta escritora; los distinguidos escritores, con cuya amistad me honro, don Jacinto Octavio Picón y don Francisco Alcántara, y mis discípulos y amigos, el notable colorista y acaudalado prócer Antonino de la Hoz y Victoriano de la Cuesta, el que por tantos años fué el atlante del Ateneo de Madrid, cuyo nombre es tan conocido como estimado. Oyó también la obra, Diego Luque, el antiguo director de escena, el inseparable amigo de Luis de Eguilaz, á quien Urgell no conocía personalmente.

Barcelona recordará seguramente al veterano director del Liceo y del antiguo teatro del Circo.

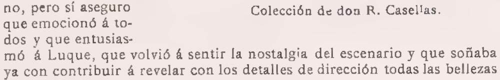


Urgell leyó maravillosamente; su noble cabeza, que adorna una cabellera de un blanco tan puro como sus ideas, destacaba en la penumbra del sitio que escogió para la lectura, y su acción y su acento interpretaban con una gran delicadeza todos los sentimientos y situaciones del drama.

Colección de don R. Casellas.

Yo no tengo autoridad para decir si éste es muy bueno, pero sí aseguro que emocionó á todos y que entusiasmó á Luque, que volvió á sentir la nostalgia del escenario y que soñaba ya con contribuir á revelar con los detalles de dirección todas las bellezas de la obra.

Esta no tiene malicia, ni marrullería, ni habilidades; es una obra humana, profundamente sentida y en un todo conforme con la original y castiza manera de ser de nuestro verdadero teatro.



El genio no necesita recursos ni ingeniosidades.

¿Se hará la obra de Urgell en Madrid? No lo sé, pero mucho se deberá al que lo haga. Es la obra de Urgell de las que pueden influir para modificar en buen sentido el falso rumbo que sigue el teatro de nuestros días, ó superficial y ligero en demasía, por un lado, ó monstruoso artificiosamente por otro, sirviendo á veces, no á la realización de la belleza de los accesorios, no al arte y á su sublime y educadora misión, sino hasta á las banderas políticas. Urgell es español, á pesar de haber nacido en Barcelona, y Cataluña ha tardado en colocar donde debía á uno de los hijos que más la honran.

Desde la ciudad del Manzanares saludamos, por medio de *Las Noticias*, al gran artista, y soñamos con que Madrid, con que España entera, aplauda su hermosa obra dramática.

José PARADA Y SANTÍN

(Catedrático de la Escuela de pintura de Madrid).

La Vanguardia, de Barcelona (1901).

Estrenábase en Novedades el cuadro dramático, titulado: *Por*, original de Modesto Urgell, quien en un grupo de amigos decía: «El único que aquí tiene miedo, soy yo.» — Aprensiones de autor dramático en noche de estreno, pero, en el presente caso, completamente injustificadas, pues la obrita del notable artista que con tanta afición alterna el cultivo del arte dramático con el manejo de los pinceles, tiene excelentes condiciones para imponerse al público.

Casi carece de acción, reduciéndose ésta á la zozobra de una familia de campesinos la noche de difuntos, ante la tardanza en volver al hogar un pintor que tienen por huésped, y cuya suerte les inquieta. El pintor vuelve por fin, presa aún de una gran excitación nerviosa, y explica cómo se perdió en el bosque, y la tétrica visión que tuvo al refugiarse en unas ruinas, mientras se desencadenaba una furiosa tempestad, y al estampido de los truenos mezclábase la voz de las campanas, doblando á muertos. Hay en la obrita mucho color y, sobre todo mucho ambiente... ambiente de temor, de miedo, de esa supersticiosa preocupación, con mezcla de sentimientos religiosos que se ha refugiado y vive en los hogares de la gente del pueblo, y en especial de los campesinos.



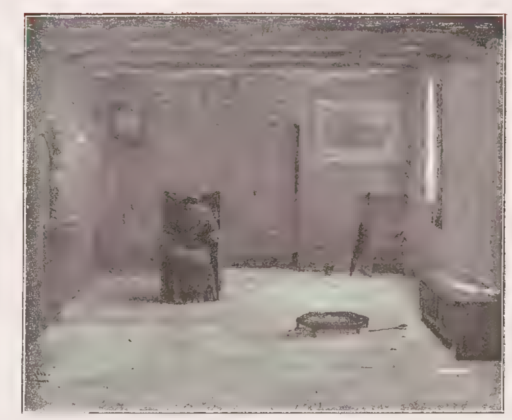
Diríase que Urgell, propúsose llevar al teatro el tema de algunos de sus admirables cuadros, y es justo consignar que ha conseguido su





objeto, dando muestras de conocer todos los resortes de la escena como un consumado autor dramático; que Urgell posee el instinto de la escena, es innegable; hasta qué punto lo tiene, nadie mejor que sus íntimos amigos lo saben. Como actor, se ha visto aplaudido más de una vez, y siendo tan notable pintor, es para reirse, oirle manifestar con la mayor formalidad, que equivocó la carrera y que, en vez de pintar, debía haber sido cómico.

Oirle leer una obra suya, produce singular deleite. Propiamente, no la lee, la dice, la recita con una naturalidad encantadora, á media voz, pero con gran riqueza de modulaciones. Tiene además, una memoria fenomenal, que le permitió un día componer un largo monólogo sin necesidad de escribirlo; es el titulado: *Un terros de sucre*, y sólo sus íntimos sabemos cuán magistralmente lo dice. Un celebrado actor catalán que se lo oyó, pidióselo para ponerlo en escena, y su asombro no tuvo límites cuando Urgell le dijo que aún tenía que escribirlo. — J. Roca y Roca.



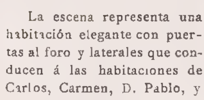
Acto 4.º de *María Rogent*. Melodrama original de Modesto Urgell.

AÑORANZA

Drama íntimo en tres actos, original de Modesto Urgell.

ACTO I





La escena representa una habitación elegante con puertas al foro y laterales que conducen á las habitaciones de Carlos, Carmen, D. Pablo, y D.ª Isabel, etc., etc. Piano abierto, butacas fuera de su sitio y todo en el más completo desórden.

ESCENA I

MAURICIO, y luego PEPA

Mau. — No metamos ruido; así á la chita-callando jaré la limpieza... Ya no se oyen gritos ni lloros... Nada, silencio absoluto... Estarán durmiendo entodavía.. Jacen bien, después de la argasara da anoche..., es decir, de toas las noches... y de toos los días, si esto no es vida..., la verdad es que no sé como pueden soportarlo, y si no fuera por la ley que tengo á los amos, jace ya mucho tiempo que... ¡Jesús! y como está too... *(Arreglando las sillas)*. Si parece *un campo d'agramante*. Vamos, no hay duda, el jaleo d'anoche fué creciendo jasta denpues que el ceñor nos mandó acostar, *(Ordenando la habitación)* porque dende que estoy en esta casa, no s'había visto cosa igual! Ay...! maresita de mi arma! toa la tinta por encima de los papeles y documentos... *(Arreglándolos)*. Pues no dicen que esto significa una desgracia! no fartaba otra cosa, «un mal agüero,» y después, como dice Tomasa. Cuando el amo despidió aquel trasto, lo primero que dijo fué eso «del mal agüero,» y después, cuando vimos aquel avejorro tan negro, revoloteando á la vera de la luz, también dijo lo mesmo, y casi tiene razón, porque en esta casa jase ya mucho tiempo que too son mardiciones y quejas y pesahumbres... *(Aparece Pepa con su lío de ropa)*. Hola, eres tú? Mala pécora... Esta sí que es ave de mal agüero.

Pepa. — Qué dice usted que soy? Qué murmura?

Mau. — Si no murmuro; al revés, jablo muy alto y clarito.

Pepa. — Bueno; pues ya sabe: conmigo no se meta.

Mau. — No tengas ningún cuidao; hoy s'acaba too.

Pepa. — Cualquiera diría que le estorbo.



Propiedad de don E. Pujol.





AUTO

DRAMA INÉDITO DEL PROPIO AUTOR

URGELL



DE FI

DEL CUADRO. (Acto 3.º, Escena V)



MAU. — Pues diría la verdad.
PEPA. — Y qué gracioso es V.
MAU. — Siempre has tenido tú mucha penetración.
PEPA. — Por supuesto... Cómo sigue D.ª Isabel?
MAU. — Eso se lo preguntas á los señoritos.
PEPA. — Perdone el señor menistro; V. sí que tiene mucha penetración.
MAU. — Toma, toma, ya lo creo; como que jasta soy capaz d'adivinar la cartita que t'ha dao la ceñorita pa el mono rubio; ves tú como estoy al cabo de la calle.
PEPA. — Verá; á mí no me enrede
MAU. — Quien te va á desenredar á ti, va á ser er ceñor, y en luego D. Ramón y deseguida D.ª Filomena.
PEPA. — Ni á D. Ramón ni á D.ª Filomena, tengo yo que dar cuenta de mis actos, y á V. menos.
MAU. — Ni ar ceñor tampoco, por supuesto.
PEPA. — Eso, según y conforme, como dicen en esta casa; porque vamos al decir, qué culpa tiene una si le manda la señorita...



ESCENA II

Dichos, D. PABLO (sale de su cuarto).

PAB. — Pts....! Desgraciada...! Si de cuanto ha pasado con la señorita, te atreves á decir una palabra, juro arrancarte la lengua. ¿Está ya eso?
PEPA. — Sí, señor; ¿si quiere V. ver la ropa?
MAU. — Largo, ó te hecho á puntapiés.
PEPA. — Que VV. lo pasen *(Mutis, Pepa)* bien.
MAU. — La del humo y viento en popa.
PAB. — Mauricio, confío en que por tu parte...
MAU. — Nunca, D. Pablo; no faltaría más!... Ni esto!
PAB. — Te supongo enterado de cuanto pasó ayer, y... creo inútil decirte...
MAU. — Como si no; nada, D. Pablo, calle usted por Dios...! Pobre ceñor.
PAB. — Al señorito le dices que para nada salga de casa; que yo lo mando.
MAU. — Pierda V. cuidiao... Y á D. Ramón?
PAB. — Sube á ver si está. *(Llaman)*. Han llamado... Será él.
(Mauricio va á abrir y vuelve con D. Ramón).

ESCENA III

D. PABLO, D. RAMÓN, MAURICIO en segundo término.

PAB. — Iba á subir.
RAM. — Para qué...? Ya te dije que yo cuidaría de todo.
PAB. — Tienes los recibos?
RAM. — Sí, hombre, sí, y recogidas las firmas.
PAB. — Lo ves, lo ves? y D. Ricardo?
RAM. — D. Ricardo nada sabe, ni es fácil que lo sepa; por otra parte, no le sorprende que antes de salir para Londres le impongas un severo castigo.
PAB. — *(Receloso)*. ¿Y del lance entre...
RAM. — Ni una palabra; Mr. Delonay es el único, y puedes estar seguro que por él nadie sabrá nunca...
PAB. — Ay! Ramón; son ya muchos los que lo saben.
RAM. — Nada temas; Mr. Delonay dice lo que yo: el chico es joven; calaveradas.
PAB. — No, no le defiendas; sería inútil... y Carmen? Qué merece esa maldita.
RAM. — Pts...! Más bajo; quedo, por Dios...! puede enterarse Isabel; ¡pobre Isabel! Cómo sigue?
PAB. — Qué sé yo; ha dormido mal: es decir, no ha dormido, ha llorado... ¿Quieres verla?
RAM. — Luego; en cuanto baje mi hermana... Tú sales?
PAB. — Sí; me aguarda el coronel; puedes quedarte.
RAM. — Ahora no; te acompañaré cinco minutos y vuelvo.





PAB. — *(Mirándole fijamente)*. Tú no lo has dicho todo! Aún hay más? Por Dios! Ramón
RAM. — Pts....! Calma! Calma, ven, salgamos... *(Bajo)*. Aquí no
PAB. — Válgame Dios...! ¿Qué hice yo para merecer...?
RAM. — Vamos, Pablo! Vamos y no te sulfures.

ESCENA IV

MAURICIO; luego ISABEL, se deja caer en una butaca

MAU. — Pobre amigo mío! Eso son disgustos... Tan bueno... Vaya, estos chicos no tienen perdón de Dios... Claro, como que too se lo consienten... Apuesto yo estas á que no va er ceñorito ar quartel, ni la ceñorita ar convento; quiá...! Quien se irá será D. Pablo... lo mesmo que el año pasao... y ar fin y á la postre too lo pagará la señora, como siempre. *(Pausa)*. ¿Cómo está V., doña Isabel?
ISAB. — Débil... Fatigada.
MAU. — ¿Tampoco pudo V. descansar esta noche?
ISAB. — Tampoco... ¿El señor ha salido?
MAU. — Sí, señora: se fué con D. Ramón y me encargó dijese al señorito que no salga de casa jasta nueva orden; creo que esta mesma mañana...
ISAB. — Sí, sí: lo sé; basta, Mauricio, no hablemos más de ello. Virgen Santa, amparadme. *(Pausa)*.
MAU. — ¿Desea la señora le sirva el chocolate?
ISAB. — Como quieras.
MAU. — Se lo serviré aquí mesmo, y ánimo; estará más recojía. *(Mutis*
ISAB. — Bueno! *(Mirando el péndulo)*. Las diez y media. ¿Dormirán todavía? No es fácil.



ESCENA V

D.ª ISABEL, CARMEN; por la izquierda MAURICIO, con el chocolate.

CARM. — ¿Está en casa papá?
ISAB. — No, hija, no; ha salido con D. Ramón.
MAU. — Cuando guste la señora.
CARM. — ¿Y mi chocolate, dónde está? ¿Qué hace Pepa...? No oyes...?
MAU. — Si Pepa se lo ha de servir tiene pa rato la señorita.
CARM. — ¿Qué quieres decir?
MAU. — Que está ya despedida pa siempre.





ISAB. — Toma, Carmen, toma el mío.

MAU. — Magnífico...! Y la señora?

ISAB.—No; si es que no tengo apetito.

CARM. — Pues ve, llévalo á mi cuarto. *(Mutis, Mauricio)*. Dime, mamá: ¿Qué ha pasado esta mañana?

ISAB. — ¿Esta mañana?

CARM. — Sí; no te hagas la desentendida.

ISAB. — ¡Ay! hija, sólo he visto á Mauricio.

CARM. — Qué casualidad. *(Mutis)*.

ESCENA VI

D.ª ISABEL casi llorando, luego CARLOS

ISAB. — Escucha, Carmen, escucha... Ni una frase de cariño! Ni un beso...! ¡Nada!

CÁRLOS.—¿Está fuera papá?

ISAB. — Sí, Cárlos, y me encargó te dijera que para nada salgas de casa.

CÁRLOS. — Eso quiere decir que tú ya le has contado...

ISAB. — Ay! Cárlos, ni media palabra; puedes estar seguro.

CÁRLOS. — Tú lo sabrás.

ISAB. — Lo que sé es que todo se descubrió; que por poco tenemos que llorar una desgracia; que tu papá está furioso, que no he dormido esta noche y que entre todos acabaréis conmigo.

CÁRLOS. — Bien, vamos al caso: ¿me das ó no los cincuenta duros?

ISAB — ¿Y de dónde quieres que los saque?

CÁRLOS. — ¿De dónde los sacas para comprar vestidos, sombreros y tantos perifollos, como llevaba el jueves tu Carmencita?

ISAB. — Pues de los treinta duros que me dió tu papá.

CÁRLOS. — Treinta duros? Ja! Ja! Te figuras que estoy en Babia; eso es, para Carmen todo, para mí nada, y cuidado que se trata de un asunto de honor, porque los debo bajo palabra...

ESCENA VII

Dichos, CARMEN

CARM. — Sí, bajo palabra de jugador.

CÁRLOS. — Carmen, Carmen, acuérdate de ayer y no volvamos á las andadas... Mamá, á toda trance necesito ese dinero.

ISAB. — Pero hijo mío, si no tengo un céntimo. Si supiera tu padre lo que por ti estoy debiendo.

CÁRLOS. — ¿Y por Carmen, no debes nada?

CARM. — Que no te metas conmigo.

CÁRLOS. — Me da la real gana y se acabó

CAR. — Pues yo diré á todo el mundo que juegas, que no vas al despacho, que te han echado.

CÁRLOS. — Cállate, deslenguada. Siempre de feria en el balcón, haciendo señas á esos memos, coqueteando descaradamente; sin vergüenza... ni...

CARM. — Carlos mira que lo digo todo.

CÁRLOS —Qué vas á decir tú, charlatana?

ISAB. — Cárlos! Carmen! Por todos los santos del cielo; me estáis matando

ESCENA VIII

Dichos, D.ª FILOMENA

FIL. — ¿Qué escándalo es éste? Otra vez...? Es que no tenéis entrañas? Ay! Qué tonta eres. Conmigo habrían de entenderse.

CÁRLOS. — D.ª Filomena. ya está V. de más aquí.

FIL. — Perfectamente, muy bien; y V. señorita Carmen...

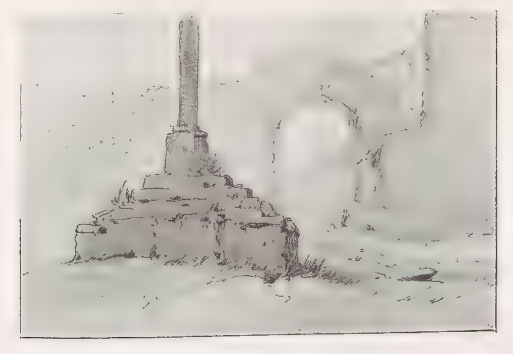
CARM. — Cuide V. de su casa.

ISAB. — Carmen! Cárlos!

FIL. — Déjalos, déjalos; no temas, no van á comerme. Es esta la educación que habéis recibido? Así pagáis?

CÁRLOS. — D.ª Filomena, se calla V. ó soy capaz...

ISAB. — Hijo!!!



Propiedad de don S. Cuesta.



Colección de don R. Casellas.



ESCENA IX

Dichos, D. RAMÓN

RAM. — ¡Cárlos! De lo que eres capaz, todos lo sabemos.
CÁRLOS. — Es decir que...
RAM. — Basta!
CARM — Mamá, cuando venga papá dile que estoy en mi cuarto.
CÁRLOS. — Y yo en el mío. *(Mutis cada cual por su lado).*
RAM — Pobre Isabel! Cuán digna de lástima es usted.
FIL. — Hija mía, yo no quisiera añadir á tu aflicción, mas de cuanto sucede, alguna culpa se te alcanza; no siempre puede Pablo ocuparse de sus hijos, á quienes todo lo consientes; los mimas demasiado y ya ves como te lo agradecen, abusando de tu bondad.
ISAB. — Basta, basta por Dios, no puedo más; ni sé tratarlos de otra manera ni me importa de ellos más que el cariño que inútilmente procuro conquistar... Responden á mi afecto con el hielo de la indiferencia... Hoy ni se han dignado preguntar por mi salud; ya comprenderás, Filomena, que todo esto lacera mi corazón.
RAM. — No llore usted. Isabel, acabará por perderla enteramente y nadie lo pagará más que V... A ver el pulso; pero qué? no ha tomado nada todavía? Por Dios! Hija, eso no puede continuar... si no nos cuidamos.. Mira, Filomena, acompáñala al comedor, distráela, haz que tome una taza de caldo, un vaso de leche y luego unos bizcochos con vino. Vamos, vamos, tranquilícese. Si salen yo me encargo...
ISAB. — Ay! Ramón! sobre todo ..

Propiedad de don Eduardo Pujol.



Propiedad de don B. Barral.

RAM. — Nada tema; ya sabe como lo arreglo, por la buena; confíe V.
FIL. — Déjala por mi cuenta. Ven, hija, ven... ánimo, Isabel. Qué diantre, tras la tempestad viene la calma. *(Mutis las dos).*

ESCENA X

D. RAMON, MAURICIO, luego CARLOS y CARMEN

RAM. — Mucho! Mucho cuidado me da esta pobre Isabel. *(Timbre).* Oye, Mauricio: en cuanto la señora haya tomado el caldo, prepararás una toma con dos papelitos; supongo que los habrá todavía.
MAU. — Cí, ceñó; y aluego, á las dos horas, otro.
RAM. — Eso es; como ayer.



Album de don E. Castelar.

MAU. — Hay que echarle también unas gotas de éter?
RAM. — Vaya, seis gotas; te acordarás?
MAU. — Descuide, V., D. Ramón.
RAM. — ¿Qué tienes que hacer ahora?
MAU. — Pue, lo que V. me mande.
RAM. — Ya lo sabes: cuidar á la señora... y que estés pronto para cuando llegue el señor. No puede tardar, hay que prevenirlo todo..., y que Dios nos ayude.
MAU. — Todo está ya dispuesto, D. Ramón. *(Mutis Mauricio).*
RAM. — Vamos á ver como lo toman. *(Llamando).* Carmen...! Carmen! Haz el favor... Cárlos; sal tú también.
CÁRLOS. — Qué quiere usted; nada tengo que hacer aquí.
CARM. — Ni yo.
RAM. — Ven, hombre, ven y escucha; y tú, Carmen, también, escuchadme los dos: seamos buenos amigos. Si os llamo es para vuestro bien. Esta mañana he visto á vuestro padre; lo sabe todo...! *(Con intención á uno y á otro.)* Todo! A no mediar yo os mata. Ya conocéis su carácter. Está decidido; yo hice cuanto pude para evitar un nuevo disgusto á vuestra pobre madre.
CÁRLOS. — No: si por mí no ha de tener ningún disgusto; que me toca ser soldado y papá quiere que vaya, pues iré y se acabó. Por lo que me divierte la vida que llevo metido en mi cuarto, haciendo siempre el papel de traidor!
RAM. — Ay! Pobre Cárlos! Cree que me das lástima... Y tú, Carmen?





Carm.—Sí, ya lo sé: al Sagrado Corazón, con Sor Adela. Pero lo que es monja, cá! Que no lo seré nunca, jamás! Jamás! Jamás!

Ram. — Carmen... que no tienes vocación lo sabemos hace ya mucho tiempo, quizá demasiado, pero no se trata ahora de eso. Lo que tu padre quiere, es hacerte cambiar de vida, sujetarte por una temporada. Sor Adela es muy buena, pero tiene carácter, mientras que vuestra madre. .

Carm. — Sí: la mataría á disgustos; también hace tiempo que lo sabemos.

Ram. — Entre los dos quizás sí la mataréis.

Cárlos. — Esta tiene mucha más culpa que yo! Mucha más! Claro: como que es su ojito derecho, ella...



Carm. — Ella qué? Ella qué? Qué hago yo, vamos á ver? Qué he hecho? Que me paso el día en el balcón; que descuido la casa, que no me gusta coser; pues mira, Cárlos, soy así, no lo puedo remediar; confieso que todo ello es horroroso, criminal.

Cárlos. — De si es ó no es criminal, ya está enterado papá.

Carm. — ¿Y de tus estafas, no está enterado?

Cárlos — Carmen! Carmen!

Carm. — Jugador, tramposo.

Cárlos. — Carmen! Que haré un disparate.

Ram. — Basta! No gritéis; si se entera vuestra madre...

Carm. — Que se entere, mejor, y á mí qué.

Cárlos. — Lo está usted viendo? Claro, como que sabe que cuenta con su apoyo!

Carm. — Sí, s'. jugador, estafador y ladrón

Cárlos. — Carmen! Como hay Dios, callarás. *(Le da un bofetón).*

Ram. — ¡¡¡Carlos!!!

ESCENA XI

Dichos, D.ª ISABEL, D.ª FILOMENA, luego Don PABLO, seguido del número y la recadera.

( ) La distinguida primera actriz Carlota de Mena se encargó de este personaje, inferior á su categoría, haciendo de él una verdadera creación.

Isab. y Fil. — ¿Qué es esto? ¿Qué sucede? Carmen! Carlos...! Hijos...!

Carm. — Mamá, me ha pegado.

Cárlos. — Mentira.

Fil. — Mal corazón.

Cárlos. — La mataré. *(Todo muy rápido).*

Ram. — Vuestro padre.

Pab. — *(Pausa).* Cárlos: sigue al señor; ya sabe ingresa como recluta en el regimiento de Navarra. Cárlos... *(Indicándole con una mirada á su madre, á quien besa la mano. Luego mutis Carlos.)* Señorita Carmen! Ahí tiene V. quien la conducirá al convento. Sor Adela queda autorizada desde este instante para ser su única y exclusiva superiora. (*Mutis falso*).

Fil. — Ni un adiós á su mamá?

Carm. — No quiero darle más disgustos.

Pab. — (*Imponiéndose*). ¡Señorita Carmen...! (*Carmen se acerca tímidamente á su madre; ésta le da un beso en la frente y exclama intercediendo:*) ¡¡¡Pablo ..!!!

Pab. — (*Con energía*). Abajo espera el coche. (*Mutis Carmen*).





ESCENA XII

D. PABLO, D.ª ISABEL, D. RAMÓN, D.ª FILOMENA y MAURICIO

Isab. — Hija! Carmen! Se me parte el corazón! No puedo más. (*Desmayo*).

Pab. — Isabel...! Isabel...!

Ram. — Mauricio, vivo: agua, éter. No hay para qué alarmarse: es un desmayo... Ya vuelve en sí... Animo, ya pasó.

Fil. — Llora, hija, llora, es preferible.

Ram. — Aquí no está bien; conviene llevarla á su cuarto... Está helada; es preciso acostarla en seguida.

Pab. — No te asustes... Apóyate en mí.

Fil. — Animo, Isabel...! No será nada. (*Mutis los tres*).

ESCENA ÚLTIMA

D. RAMÓN y MAURICIO, luego D. PABLO

Ram. — Mauricio: corriendo, á la farmacia Balasch; esta receta... (*Escribiendo*). Llévate la llave. (*Mutis Mauricio*). ¡Quiera Dios darla fuerzas... y que aún sea tiempo...! ¡Pobre Isabel! ¡Pobre Pablo...! (*Queda pensativo. Pausa*).

Pab. — (*Asomando y descompuesto*). Ramón! Ramón! Haz el favor; corre; por Dios!

Ram. — Voy! Voy! ¿Qué pasa...? ¿Qué ocurre? (*Mutis corriendo hacia el cuarto de D. Pablo*).

TELÓN RÁPIDO



UNA CALLE EN CAMPRODÓN (CATALUÑA). *Cuadro, propiedad de don Luis Macaya.*



Cuadro de Francisco Masriera. Salón Robira (Fernando VII, 59).

HOMENAJE AL GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

EN BUENOS AIRES

Este venerable ciudadano, militar, político, gobernante, escritor, orador, poeta é historiógrafo, la personalidad viviente más ilustre de la América latina, nació en Buenos Aires el 26 de Junio de 1821. Ochenta años después, en el mismo mes y día, la patria le ha dedicado un ruidoso homenaje, que bien merecido lo tienen sus talentos y virtudes. Parecido al que Francia consagrara á Víctor Hugo y España á Zorrilla, su resonancia llega hasta Europa, que debe también asociarse al júbilo del pueblo argentino, especialmente las naciones latinas, y, entre ellas, de manera muy marcada la nuestra.

Mitre, ha despertado la gratitud y la admiración de sus conciudadanos, y la de otros países del nuevo y del viejo continente, por su inteligencia y probidad como político, su valor como soldado, su ilustración y facundia como cultivador de las letras, su cultura como periodista, y su modestia y bondad en todos los actos de su vida, pública y privada.

Despertó poeta y militar á los 17 años. Montevideo, dando el nombre del general á una de sus calles, y uniéndose con respetables y numerosas representaciones al homenaje de Buenos Aires, ha probado bien su ardorosa simpatía, «por el hombre, dice el notable periódico ilustrado *Rojo y Blanco*, que acudió á la defensa de nuestra ciudad en la época azarosa de la Guerra Grande, donde se formó, como militar, donde escribió sus primeros versos mientras velaba junto á los cañones, donde se inició como periodista, mostrándose tan fuerte luchador con la pluma como con la espada, donde escribió su primera obra seria, el *Manual de Artillería*, donde formó su hogar, y que siendo á la vez patria de su padre y de hijos suyos, no la mirara nunca como extranjero».

En Bolivia prosiguió, sobre el campo de batalla, su ya brillante historia militar, y también la periodística, desde la dirección de *La Epoca*. En 1848 acentuaba en Chile esta segunda aptitud, con briosos artículos, que le valieron el destierro del país, al que volvió en 1852, después de estar en el Perú, para contribuir á la liberación de la patria natal, bárbaramente oprimida por el sanguinario Rosas. En la batalla de Monte Caseros, que puso en fuga á este dictador, expulsándolo para siempre de América, Mitre mandó la artillería oriental. A partir de este suceso, es elegido diputado y entra de lleno en la política argentina, no cesando de jugar un papel importante en la misma, hasta alcanzar la presidencia de la República. Antes pasó por varios cargos públicos, ilustrándolos con sus luces superiores, y su civismo ejemplar.

Era ministro de la Guerra en 1853; seis años más tarde, en las tristes disensiones entre las 13 *Provincias* y Buenos Aires, mandaba las fuerzas de ésta, siendo vencido en Cepeda. Llegó á gobernador en la Nueva Atenas del Plata: hizo excelente administración, y, pronto, en 17 de Septiembre de 1861, él á su vez, vencía á sus adversarios en la batalla de Pavón, *que hizo la tan suspirada unidad nacional*. «Esta batalla, dice Belisario Roldán, fué la más trascendental de las obtenidas en nuestras luchas de organización, y tuvo el raro privilegio de no dejar enconos pendientes». Habiendo dimitido el Presidente Derqui, por los libres y entusiastas sufragios de sus conciudadanos, Mitre le substituye desde el 7 de Octubre de 1862 al 12 de Octubre de 1868. Epoca memorable la de su gobierno; durante la misma, el gran patricio trabajó sin descanso para el progreso de la Confederación, según lo acusaron telégrafos, ferrocarriles, escuelas públicas y otras muchas mejoras. Su gloria, se acrecentó con otro motivo, durante esos seis años. Aliadas la Argentina, el Uruguay y el Brasil, declaran la guerra al Paraguay y le vencen, no sin que éste se defendiera con un heroísmo que aún espera su Homero. Mitre, era el jefe de los ejércitos aliados.

Al bajar éste de la presidencia, estaba más pobre que cuando entró en ella; sus amigos le regalaron la modesta casa que hoy habita y le fundaron el periódico *La Nación*, del que él y su hijo Emilio, actual Director, han hecho uno de los mejores diarios de la América latina, y al cual no alcanza ninguno de los que tenemos en España. Ese periódico, sea dicho de paso, ha tirado y vendido 120,000 ejemplares del número dedicado al jubileo del general. He ahí las palabras que éste escribía á un amigo suyo, al abandonar la primera magistratura de la Nación: «Voy á hacerme *impresor* y me hace falta tiempo material para hacer muchas cosas á la vez. Hijo del trabajo, cuelgo por ahora mi espada, que no necesita mi patria, y empuño el componedor de Franklin. Invito á usted á venir á verme á la imprenta, comprada, no con mis capitales, sino por una sociedad anónima, de la que seré siempre accionista y gerente. Me conoció usted en Valparaíso, de impresor y redactor de un diario, que luego pasó á ser de su propiedad. Recordará usted que mientras yo escribía mis artículos ó corregía pruebas, Paunero, que era mi tenedor de libros, hacía las cuentas; Sarmiento y Rawson preparaban una expedición á San Juan; usted solía venir á recordar la patria ausente. No todo se ha perdido. Aún puedo conversar con Rawson, escribir á mi antiguo tenedor de libros y discutir con usted... ¡Salud, amigo, en nombre de Guttemberg! ¡Salud, en nombre de Franklin!» Palabras, dice el citado señor Roldán. «sencillas y grandes, llenas de patriarcal y noble majestad, dignas de Washington ó de Cincinato».

Posteriormente, volvió, no pocas veces, á ejercer su gran influencia en el país, prestándole inapreciables servicios, ora sea llamado ó consultado por sus conciudadanos, ora lanzándose á la misma revolución cuando creyó que ese era el mejor procedimiento para la realización de nobles impulsos. Porque, se ha dicho de Mitre que, esto, en él, es indiscutible, aunque se equivocara alguna vez. Su personalidad nunca fué desestimada por ningún político; créese que el actual Presidente, general Roca, ha aprovechado el *homenaje*, robusteciéndolo con algunos acuerdos oficiales, para á su vez hacerse más popular.

Las fiestas del 26 de Junio tienen su precedente en otras que ya presenció Mitre al partir y al regresar (1891) de Europa. Durante varios días recibió visitas y obsequios de los que entonces le despidieron; en Montevideo el pueblo le obligó á desembarcar para ver y oir inequívocas manifestaciones de cariño, que Mitre contestó con ocho discursos, en el espacio de dos horas. Cuando, después de haber sido no menos agasajado en Francia, Italia y España, entraba en el puerto de Buenos Aires, allí le esperaba un inmenso gentío, formado de todas las clases sociales, ávido de estrechar su mano ó saludar al futuro candidato á la Presidencia, honor que más tarde renunció para evitar trastornos. De España era ya académico correspondiente de la de la Historia, y por iniciativa de Castelar (que tanto colaboró en *La Nación*), Núñez de Arce y otros, habíasele nombrado, durante su estancia en Madrid, y eximiéndole de todas las formalidades requeridas para el caso, correspondiente de la de la Lengua. Mitre, figura adscrito á no pocas corporaciones literarias y científicas de Europa y á casi todas las de América.

Sus dotes intelectuales y su laboriosidad le han labrado estimación universal. Posee, además del español y el latín, el francés, el inglés, el italiano y el portugués. Queda ya consignado su gran tributo á *La Nación*. Ha traducido las Odas de Horacio, el *Ruy Blas* de Víctor Hugo, poesías de Longfellow y *La Divina Comedia*, del Dante, cuya versión se reputa la mejor hecha en verso castellano. Es autor de multitud de *Rimas* (así por él modestamente tituladas) y de un drama: *Policarpo Salavarrieta*. Posee una notable biblioteca, enriquecida con libros, impresos, manuscritos, documentos, vistas, mapas, etc., en general rarísimos, únicos algunos, que mucho han servido para ampliar ó rectificar la historia y la bibliografía argentina. Catalogados y comentados por él, heredarálos el Estado, cuando su dueño pague el tributo á la muerte, lo cual parece aún lejano, pues goza de excelente salud y sigue trabajando, sin fatiga, hasta catorce horas diarias. Ha dado también á la estampa: las celebradas *Vida del general Belgrano* y la del *General San Martín;* dos tomos de Comprobaciones históricas; Monografías de razas; Estudios de lingüística y numismática; ídem sobre el libro del historiador de la Conquista de Nueva España, Bernal Díaz del Castillo; Juicio sobre obras dedicadas á las antigüedades mexicanas y Notas sobre el famoso lansquenete Ulrico Schmidel, que secundó al rico gaditano Pedro de Mendoza, en la fundación de Buenos Aires y otras empresas. También ha dado á luz un estudio histórico sobre los orígenes de la imprenta en la Argentina, y un tomo de sus discursos con el título de *Arengas*. Estos trabajos, que no son los únicos suyos, dicen ya cuán bien ha empleado su inspiración, erudición y tiempo, el meritísimo octogenario.

***

Organizó el *homenaje* una Comisión popular, presidida por el ex Presidente de la República señor Uriburú. Aquél, duró todo el día 26 de Junio, y aún puede decirse tuvo su prólogo desde dos días antes, en los cuales Mitre recibió la visita de todos los redactores y empleados de *La Nación*, y asistió á la misa de la Merced, dicha en acción de gracias, acompañado de sus allegados, del señor Arzobispo y de numeroso concurso de personalidades y familias distinguidas de la sociedad bonaerense.

Decretado feriado el 26, éste amaneció y terminó con 21 disparos de cañón en cada una de las 32 Secciones municipales. Libertáronse muchos contraventores presos. Dióse el nombre del general á una calle de la ciudad y esto mismo hicieron otros municipios de República. Una lápida conmemorativa se colocó en la casa donde naciera Mitre. La que él habita, y que sólo consta de bajos, fué profusamente adornada con flores, á las que pronto añadiéronse las rebosantes de dos *corbeilles* puestas á la entrada, para recoger las del homenaje nacional. Desde las primeras horas de la mañana por allí desfilaron sus parientes, íntimos amigos, correligionarios y comisiones civiles y militares del país y extranjeras. Allí fué á visitar al patriarca de la milicia, de la política y de las letras, el Presidente de la República, sus ministros y el cuerpo diplomático. Vino después la imponente manifestación popular. El muy notable periódico *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, que publicó dos números con excelentes vistas de esta fiesta y sus actores, escribe las siguientes palabras. Hay que advertir que el general Mitre estaba en la azotea de su casa, rodeado de sus deudos, amigos y admiradores.

«Tras la cabeza de la columna cívica, siguieron una sección de batidores del escuadrón de seguridad, diversas bandas de música, la comisión directiva del jubileo, diferentes delegaciones provinciales, municipales, oriental y boliviana, la gran Comisión de honor, banda del Estado Mayor de marina, guerreros del Paraguay, representantes del ejército y armada, Facultades de Derecho, Medicina, Ciencias exactas y Filosofía y letras, alumnos de los colegios nacionales, Consejo nacional de educación, numerosos Centros de enseñanza, Sociedad Numismática, Círculo de la Prensa, Sociedad Tipográfica, Bolsa de Comercio, varias corporaciones, Círculos sociales y sociedades y orfeones españoles, italianos, franceses, alemanes y de otras nacionalidades, amén del numeroso público que se



APUNTE

fué uniendo á la columna durante el trayecto. Llegada aquélla á la casa del general, hízosele entrega de la medalla conmemorativa y le saludó en nombre de los manifestantes el Doctor Emilio Frèrs.»

Al elocuente discurso de éste, Mitre contestó con otro, muy feliz, de agradecimiento, haciendo votos por el centenario de la independencia de la Nación. «El 25 de Mayo de 1910 (dijo) será el gran jubileo de la patria de los argentinos y de todos los hombres de buena voluntad de la tierra, que en unión con nosotros han contribuído á la fijación de sus destinos. Yo saludo desde mi ocaso la aurora de ese memorable día venidero, animado de la grande esperanza de que, dentro de la duración de las cosas humanas, nuestra patria entrará triunfalmente en ese día en la inmortalidad de la vida de los siglos.»

A las siete de la tarde, Mitre había pronunciado ciento nueve discursos de gratitud, y sus ojos necesitarán algunas semanas de lectura para poderse enterar de la balumba de tarjetas postales de felicitación que recibiera, todas con su retrato al margen. Por la noche ilumináronse muchos edificios públicos y particulares, así como los de algunos periódicos.

Después de un banquete de familia, ésta acompañó á Mitre al teatro de la Opera, donde le esperaban nuevas manifestaciones. Al terminar la función, llegó el entusiasmo al punto de querer desenganchar los caballos del coche del general, y arrastrarlo hasta su destino con brazos humanos. No lo permitió el simpático demócrata, haciendo á pie el trayecto hasta su casa, aunque seguido de las aclamaciones del pueblo.

Con posterioridad se han expuesto en varios salones de *La Nación*, los regalos que con motivo de su jubileo recibiera el general Mitre.

¡Dios prolongue los días de su existencia y de su felicidad! Vaya también nuestro humilde, pero afectuosísimo saludo.

F. TOMÁS Y ESTRUCH

LA MASCARADA

El cura de San Rosendo de Gundar, un viejo de perfil monático y ojos enfoscados y parduzcos, regresaba á su Rectoral una tarde después del rosario. Apenas interrumpían la monotonía del campo, aterido por la invernada, algunos álamos desnudos que orillaban el camino, cubierto de hojas secas. Estaba la Rectoral aislada, no muy distante de unos molinos: era decrépita y arrugada como esas viejas mendigas que piden limosna arrostrando soles y lluvias, apostadas á lo largo de los caminos reales. Como la noche se venía encima con negros barruntos de ventisca y agua, el cura caminaba deprisa, mostrando galguesca ligereza. Era uno de aquellos cabecillas tonsurados que, después de acudir en socorro de la fracción, aplicaban la misa por el alma de Zumalacárregui. A pesar de sus años, conservábase erguido: llevaba ambas manos hundidas en los bolsillos de un «montecristo» azul, sombrerazo de alas, é inmenso paraguas viejo bajo el brazo. Halagando el cuello de un desdentado perdiguero, que cazaba mosquitos en la solana, entró el párroco en la cocina, á tiempo que una moza aldeana, de ademán brioso y rozagante, ponía la mesa para la cena.

—¿Qué se tragina, Label?

—Vea, señor tío...

Y Label, sonriente, un poco sofocada por el fuego, con el floreado pañuelo anudado á la nuca para contener la copiosa madeja castaña, con la camisa de estopa arremangada, mostrando hasta más arriba del codo los brazos blancos, blanquísimos; rubia como una espiga, mohina como un recental, vanidosa como una rama verde y florida, mostraba sobre el hogar la fuente de «filloas», plato clásico con que en Galicia se festejan las carnestolendas. Católas el cura con golosina de viejo sensualista, y después, sentándose en un banco al amor de la lumbre, sacó de la faltriquera un entrenzado de negrísimo tabaco, lo picó con la uña restregando el polvo entre las manos y, procediendo siempre con mucha parsimonia, lió el cigarro y lo encendió en un tizón que apartó del lar. No bien hubo acabado esta operación, cuando los tenaces ladridos del perro que corría desatentado de un lado á otro, parándose á arañar la puerta, le obligaron á levantarse para averiguar la causa de tal alboroto. Label, un poco inmutada, interrogó:

—¡Condenado animal! ¿Estará rabioso?

—Rabioso, ¡buena gana! Si estuviese rabioso no ladraría así.

A esta sazón rompió á tocar en la calle la más estentórea y desapacible murga: repique de conchas y panderos, lúgubres mugidos de bocina, sones estridentes de guitarros destemplados, de triángulos y de calderos. Abrió Label la ventana escudriñando la obscuridad. Al cabo de un instante murmuró, volviéndose:

—¡Pues si es una mascarada!

Apenas divisaron á Label los choqueiros, empezaron á aullar dando saltos y haciendo cabriolas; penetrando en la casa con el vocerío y llaneza de quien lleva la cara tapada. Eran hasta seis hombres tiznados como diablos; disfrazados con prendas de mujer, de soldado y de mendigo; antiparras negras, larguísimas barbas de estopa, sombrerones viejos, escobas mojadas, capas llenas de agujeros, refajos remendados, todos guiñapos sórdidos, húmedos, asquerosos, que les hacían de repugnante agüero. En unas angarillas traían un espantajo vestido de rey ó emperador, con corona de papel y cetro de caña; por rostro pusiéronle groserísima careta de cartón, y el resto del disfraz lo completaba una sábana blanca.

Instóles el cura con tosca cortesía á que se descubrieran y bebiesen un trago, mas ellos lo rehusaron, farfullando cumplimientos acompañados de visajes, genuflexiones y cabeceos grotescos. Habían posado las angarillas en tierra; asordaban la cocina, embullando muy zafiamente al eclesiástico y á la moza, que no por eso dejaban de celebrarlo con risa franca y placentera. Solamente el perro, guarecido debajo del hogar, enseñaba los dientes y se desataba en ladridos. El párroco insistía en que habían de catar el vino de su cosecha, y acabó por incomodarse; mejor no se hacía en diez leguas á la redonda. Era puro como lo manda Dios, sin mezcolanzas de aguardientes, ni de azúcares, ni de campeche... Encendió un farolillo, descolgó una llave mohosa de entre otras muchas que colgaban de la ennegrecida viga, y descendió la escalera que conducía á la bodega.

Desde abajo se le oyó gritar:

—¡Label! trae el jarro grande.

—¡Voy, señor tío!

Y dicho y hecho, apartó del fuego la sartén, descolgó el jarro y desapareció por la obscura boca que la tragó como un monstruo. Entonces, uno de los enmascarados se acercó á la ventana y la abrió lentamente, procurando no hacer ruido. Una ráfaga de viento apagó el candil, dejando la cocina á obscuras. Sólo se distinguía el fulgor rojo, sangriento de la brasa, y la diabólica fosforescencia de las pupilas del gato, que balanceaba dulcemente la cola, adormilado sobre la caldeada piedra del hogar. De repente, reinó profundo silencio. Una voz murmuró muy bajo:

—¡No pasa un alma!

—Pues, andando...

Buscaron á tientas la puerta y desaparecieron como sombras. En la escalerilla de la bodega resonaban ya las pisadas de los huéspedes. Label venía delante y se detuvo sin atreverse á andar en la obscuridad. Por la ventana, que los otros habían dejado abierta, alcanzaba á ver el cielo anubarrado, y el camino blanco por la nieve, que iluminaba trémula y melancólica la luna...

—¡Se han ido!

Y Label tuvo miedo, sin saber por qué. El cura, que venía detrás con el farolillo, repuso jovialmente:

—¡Qué granujas! Ya volverán.

¿Cómo no habían de volver? Allí, en medio de la cocina, estaba el rey, grotesco en su gravedad, con su corona de papel, su cetro de caña, el blanco manto de estopa, la hierática faz de cartón... Label, ya repuesta, adelantó algunos pasos y le acercó el jarro á los labios:

—¿Quieres beber, mi rey?

Al separarlo, después de un instante, la careta se corrió hacia abajo, descubriendo una frente amarilla, unos ojos vidriados, pavorosos, horribles...

—¡María Santísima!

Y la moza, horrorizada, retrocedió hasta tropezar con la pared.

—¿Qué damita eres tú?

—No... no... señor tío... ¡Pero es un difunto!

Y, estrechándose contra el viejo, se aproximaba palpitante, con ese miedo de las mujeres del pueblo que las impulsa á mirar y acercarse, antes de cerrar los ojos y de huir. El párroco tiró de la careta con resolución. Luego alzó el farol por encima de su cabeza, proyectando la luz sobre el inmóvil y blanco enmascarado. Contemplóle atentamente, dilatados los ojos por la ávida mirada del estupor, y, bajando el farolillo, que temblaba en su mano, agitada por bailoteo senil, murmuró en voz demudada y ronca:

—¿Tú le conoces, muchacha?

Ella respondió:

—Es el señor abad de Bradamin.

LUIS MARTÍNEZ VARGAS



UN PERCANCE — Consideraciones y honores de tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes (1901).



LA CORONACIÓN DE ESPINAS

Este grupo escultórico, en mármol y de tamaño algo mayor que el natural, es obra del reputado artista Anselmo Nogués, y forma parte del Rosario Monumental que se está construyendo en el Camino de la Cueva de la Virgen (Montserrat); donde quedó colocado en la última semana del pasado mes.

Lo ha costeado la Venerable Orden tercera de San Francisco de Asís, que dirigen los PP. Capuchinos, quienes abrieron público concurso para su realización. El Jurado, nombrado al efecto, lo declaró desierto, á pesar de haber concurrido á él buen número de escultores; siendo premiado de segunda convocatoria el boceto del señor Nogués, correspondiente al grupo arriba reproducido, cuyo pedestal ha sido ejecutado según diseño del conocido arquitecto Enrique Saguier.

* * *

—Sí... mañana le aplicaremos la misa por el alma.

Label temblaba y gemía, lamentando su mala estrella, lo que iba á ser de ellos si la justicia se enteraba. En voz muy baja, limpiándose los ojos con un pico del pañuelo que llevaba al cuello, siseó:

—¡Tío... Señor tío!... Podemos avisar en el molino.

El cura rezaba en silencio. Después de un momento, contestó:

—No; ahí menos que en ninguna parte. Me parece que conocí á los dos hijos del molinero. Avisaremos á la justicia y mañana le aplicaremos la misa por el alma.

Label seguía gimiendo:

—¡De por fuerza le mataron para robarle! Otra cosa no puede ser. ¡Un bendito de Dios que con nadie del mundo se metía!... ¡Bueno como el pan!... ¡Respetuoso como un alcalde mayor! ¡Caritativo como no queda otro ninguno!... ¡Virgen Santísima de los Dolores, qué entrañas tan negras!

De pronto se lavantó, y con esa previsión que nace de todo recelo, cerró la puerta. El cura, sentado en el banco, con dos lágrimas rotas, brillantes en el fondo de los ojos, repetía apenado:

—¡Pobre Bradamin! ¡Era un santo!

Y Label sollozó:

—¡Por santo lo mataron!... Las puertas de su casa estaban abiertas de día y de noche, para todo el que llegaba...

R. DEL VALLE INCLÁN

CARTA Á GEORGETTE

¿Que no se han marchitado aún las lilas?

Será que con tus deditos de rosa, renuevas con cuidado día y noche el agua en que bañan sus troncos y en donde beben la vida.

Sin embargo, llegará un día, día próximo, en que la flor que se abre en Abril se secará en su cárcel de porcelana, y sus pétalos descoloridos se esparcirán por el entarimado de tu cuarto.

Cuando estén marchitas las lilas, las reemplazaremos ¡hermosa!

***

Colocaremos en la maceta del Japón rosas blancas, rosas encarnadas, rosas té, con sus capullos.

¡La rosa, dulce emblema!

Y cuidarás, como si fuesen hermanas, estas preciosas flores substraídas á los besos de las mariposas.

Sin embargo, llegará un día en que las rosas se marchitarán.

La flor de Mayo se secará en su cárcel de porcelana, y sus pétalos descoloridos se esparcirán sobre el entarimado de tu cuarto.

Cuando las rosas estén marchitas, las reemplazaremos, ¡hermosa!

***

Colocaremos en la maceta del Japón claveles. ¿Lo quieres?... Son el emblema de la voluptuosidad.

Claveles de varios colores, afelpados, ojos finos y caprichosos dibujos.

Los cogeremos cerrados; los veremos entreabrirse poco á poco, como se entreabre al amor un corazón de quince años; respiraremos á pulmones llenos sus embriagadores aromas.

Sin embargo, llegará un día en que los claveles se marchitarán en su cárcel de porcelana, y se esparcirán sobre el tapete de la mesa.

Cuando estén marchitos los claveles, los reemplazaremos, ¡hermosa!

***

Los reemplazaremos por la balsamia, el jazmín, el miosotis... y puesto que siempre se marchitarán se secarán y se deshojarán esas flores... ¿sabes lo que colocaremos en el viejo jarrón japonés?

Siemprevivas. ¿Quieres?

Siemprevivas, que al menos ellas ni se marchitarán, ni secarán, ni descolorirán, ni morirán...

Y esa florescencia perpétua ¡oh, hermosa Georgette mía! será la imagen de nuestros dulces y eternos amores.

José PELA ROBIN



Mtro. José Roldós.

Director de los «Coros de Clavé», en Montevideo, y autor de la pieza de música que acompaña á este número.

RICARDO



EN LA

BRUGADA



VENTA

LA CARIDAD



¡Desde niño la amé! La mente mía
en sus pliegues recónditos encierra
el recuerdo confuso de aquel día,
mezcla extraña de pena y de alegría,
primero en que la vi sobre la tierra.
Mi bondadoso padre
me mostró su belleza soberana,
entre los juegos de mi edad temprana,
y hoy tengo en su beldad los ojos fijos
para, á mi vez, mostrársela á mis hijos.
. . . .
¡No lo podré olvidar! Era una obscura
noche de invierno, tempestuosa, helada;
mi padre con ternura
sostenía mi planta fatigada
por marcha harto violenta,
que si próxima ya nuestra morada,
no estaba más distante la tormenta.
Paróse de repente, cual sujeto
por fuerza misteriosa,
y con voz agitada, temblorosa,
diciendo «mira»; señaló un objeto.
Miré, y... transido de dolor y espanto,
sentí á mis ojos asomarse el llanto.
Guarecida en el quicio de una puerta
que más que puerta nicho parecía,
una mujer yacía
desfallecida, yerta,
sosteniendo con pena en cada brazo
á un hijo de su amor que, del regazo
de la madre infeliz haciendo lecho,
imploraba con débiles gemidos
el calor que á sus miembros ateridos
dar no podía ya el materno pecho.
—¿Qué es eso?—dominando mi amargura,
exclamé.—¡Qué ha de ser, pobre inocente!
mi padre contestó;—dobla la frente,
descubre respetuoso tu cabeza,
ya que en buen hora á comprender empieza
tu alma cándida y pura
lo inmenso de la ajena desventura,
el cuadro aterrador de la pobreza.
Esa infeliz que miras sin aliento
á sus tiernos hijitos entregada,
que de albergue carece y de substento,. .
cual hoja de su tronco arrebatada,
á merced de las aguas y del viento
irá, de calle en calle,
cuando la recia tempestad estalle.
Mientras que tú en el lecho del reposo
esperarás que el nuevo sol mañana
acuda á despertarte cariñoso
al través del cristal de tu ventana,
en su lenta agonía,
con el hambre por toda compañía,
esos tres infelices
de la aurora verán la luz incierta
desde el umbral de una cerrada puerta!
—¡Oh! no es posible, no; padre, ¿qué dices?
¿cuál su delito fué? ¿por qué pecados
están á tal martirio condenados?
—¡Pecado!... ¡En noche plácida y serena
á la sombría obscuridad pregunta
qué maldad cometió para que, en pena,
carezca de luz propia
y halle la muerte cuando el alba apunta!
¡Pregunta al azulado firmamento,
de qué nefando crimen en castigo
puede el cierzo violento
llevar hasta las célicas regiones,
emporio de belleza,
los agrupados, densos nubarrones,
que manchan su hermosura y su pureza!
¡Pregunta al mar, en suma,
cuando, entregado á lánguida molicie,
sólo empaña su tersa superficie
el beso blando de rizada espuma,
por qué delito, de su propio seno
cuajado de coral, de perlas lleno,
sin poderlo evitar, surgen airadas
las gigantescas olas encrespadas.
En ese eterno, singular contraste,
el equilibrio universal se funda,
que al mísero mortal no fuera dado
reconocer con elevado juicio
del Sér Supremo la bondad fecunda,
si en la vital carrera
en íntimo contacto no estuviera
con la virtud el vicio,
la clara luz con las veladas sombras,
con la rugiente tempestad la calma,
y la materia impura con el alma.
Mira el ejemplo en ti: tengo evidencia
de que tu infantil pecho aún no sabía
con cuánto afán agradecer debía
la envidiable fortuna
de haber nacido en desahogada cuna,
hasta esta noche en que la Providencia,
para probar tu corazón acaso,
arroja ante tu paso
el andrajoso ajuar de la indigencia.
Imprime en tu memoria
tan tétrico espectáculo,
y cuando, en tu existencia transitoria,
encuentres á esos seres desvalidos,
condenados sin culpa por la suerte
á enferma vida y prematura muerte,
no mires con desprecio sus raídos
harapos repugnantes;
no, hijo mío, los pobres vergonzantes
que hacia ti eleven las convulsas manos
son lo mismo que tú; son tus hermanos.—
¡Creí desfallecer! La voz querida,
amante, del autor de mi existencia,
consiguió despertar una conciencia
hasta entonces dormida;
y tanto efecto me causó, que, á impulso
de indecible terror, loco, convulso,
me eché en los brazos para mí benditos,
llorando á mares y diciendo á gritos:

—¡Grande ha de ser la desventura ajena,
para que así mi corazón taladre!
¡vamos pronto de aquí, vámonos, padre!
—Espera;... y si es verdad que, como augura
de tus pupilas el copioso llanto,
abruma tu razón, te aflige tanto
la ajena desventura,
hasta hoy para ti desconocida,
quiero aplicar á tu reciente herida
un raudal de balsámica dulzura,
haciéndote probar los puros goces
de un supremo placer que desconoces.—
Dijo; y puso en mi mano temblorosa
dos monedas de plata.
¡Todo lo comprendí! la misión grata,
fiada á mi cuidado,
acepté con sonrisa candorosa
y, acercándome al grupo desdichado,
con infantil cariño
entregué una moneda á cada niño.
—¡Dios se lo pagará!—murmuró un débil
agradecido acento:
¡pagado estaba ya con el contento
inexplicable, inmenso, que sentía;
latió mi corazón con más violencia,
nuevas fuerzas cobré con la alegría,
y... arreciando del tiempo la inclemencia,
eché á correr hacia el hogar querido,
radiante de placer, de gozo henchido.
Más tarde, cuando el sueño lentamente
mis párpados cerraba
y al preciso descanso me entregaba,
un beso paternal sentí en la frente,
en tanto que una voz llena de encanto
así expresaba su cariño santo:
—Hijo del alma, si es hallar tu anhelo
dicha en la tierra y al morir un cielo,
practica eternamente
esa virtud dulcísima, hechicera,
que al paso te salió por vez primera.
Ella es la salvación, ella el consuelo;
pues, para gloria de la raza humana,
en el mísero suelo
puso el Señor la Caridad cristiana.—

. . . .

Corrió el tiempo veloz; pasaron años,
y con ellos mis dulces ilusiones;
el oleaje sufrí de las pasiones;
probé la hiel de amargos desengaños;
presto miré mi juventud perdida,
se heló mi corazón, odié la vida.
Ignoro hasta qué extremo
arrastrarme pudiera mi delirio;
llegué á dudar ¡blasfemo!
de la bondad de Dios, y á veces temo
que por librar de tan cruel martirio
á mi sombría, lóbrega conciencia,
hubiera puesto fin á mi existencia.
Por fortuna, ya cerca del profundo
abismo cenagoso,
me acordé de mi padre cariñoso;
y en tropel acudiendo á mi memoria
los que en la infancia oí, preceptos sabios
salidos de sus labios,
de mi mente cayó la espesa venda,
y abandoné la terrenal escoria,
y á mis pasos abrí más noble senda.
Fueron desde aquel punto mis placeres:
la aflicción mitigar de tantos seres
á constante martirio condenados;
partir con el mendigo
el cuotidiano pan, prestarle abrigo;
consagrar por completo mis cuidados
al viejo enfermo, á la inocente huérfana,
á la madre infeliz.... y de tal modo
cifré en la Caridad mi aliento todo,
que, realizada en mí día por día
de mi padre la hermosa profecía,
incólume pisando sobre el lodo
que el egoísmo mundanal encierra,...
¡hallé dicha en la tierra!
¡Por eso, Caridad, tanto te quiero,
te admiro y te venero!

. . . .

¡Bendita seas! Mi amoroso padre
me mostró tu belleza soberana,
entre los juegos de mi edad temprana,
y hoy tengo en tu beldad los ojos fijos,
para, á mi vez, mostrársela á mis hijos.
Si esgrimo torpe la cansada pluma,
si en rima humilde mi pasado evoco,
¡es por ellos no más, sólo por ellos!
Si descorrer procuro poco á poco
de su infantil razón la densa bruma,
es que quiero mostrarles los destellos
de esa virtud inmaculada, hermosa;
y que al rezar sobre mi fría losa,
cual lo hago yo, mis hijos la bendigan,
su huella busquen y á su lado sigan.
Y así lo harán; porque, cuando la noche
en las celestes bóvedas extiende
sus enlutados lóbregos crespones,
y, al compás de las santas oraciones
que les dicté amoroso,
á sus pupilas lánguidas desciende
el ángel del reposo,...
en su estancia penetro lentamente,
un beso paternal grabo en su frente,
y con dulce, profético sonido,
murmuro así á su oído:
—¡Hijos míos; si hallar es vuestro anhelo
dicha en la tierra y al morir un cielo,. .
no olvidéis un instante que del mundo
en el abismo tenebroso, inmundo,
para eterno consuelo
y gloria de la gran familia humana,
puso el Señor la Caridad cristiana!

Salvador CARRERA

Ilustraciones de E. Estevan



¡OH, LA ACTUALIDAD!

Pasó, afortunadamente, aquella época de los artículos de cinco ó seis columnas ¡sin regletear! no para imponer á los lectores de lo que podía ser contado en cincuenta renglones. El periodismo moderno está lleno de secciones, de epígrafes, de *entrefilets*.

Y con el modernismo han llegado los nuevos moldes, á los que se les llama *interwies*, *instantáneas*, *momentáneas*, *rápidas*, *exhalaciones*, *rayos*, *centellas*, *gotas*, etc., etc.

La civilización lo exige y hay que simplificarlo todo.

El telegrama cifrado es el ideal de la perfección.

Hoy el buen *reporter*, necesita emplear en su faena informadora todos los medios posibles de locomoción, y no le basta á veces para evitar que otro se adelante.

Se mete por las puertas y por las ventanas, lo pregunta todo, lo sabe todo.

No cree en los obstáculos que dificultan su paso por sitios donde no fué nunca, porque en su vertiginosa carrera las puertas de hierro se la antojan leves mamparas, los cerrojos, frágiles presillas de seda.

Las palabras «imposible» é «insuperable» no se han inventado para él. Y se comprende. Hay que hacerse dueño de la actualidad á todo trance; averiguar, si es posible, lo que ha de suceder mañana.

¿Le dan á usted una plaza de temporero en Gobernación ó le tocan quinientas pesetas en el último sorteo?

Pues ya está el reporter en movimiento

—¡Señorito!—le dice á usted la chica entrando en la alcoba á las ocho de la mañana.

—¡Qué hay, Marcelina!

—Ahí está un joven de ojos azules que desea verle.

—Pero mujer... ¿á estas horas? ¿Ha dicho quién es?

—Me ha dado esta tarjeta ..

—¡A ver!—José Inoportuno—redactor de *La Trompa de la Fama*.

Y naturalmente, usted, que por lo general está bien educado, le manda pasar al despacho, se viste al instante poniéndose la camisa al revés, mete un pie en una zapatilla y el otro en... otra parte, y sale del dormitorio muerto de sueño y de frío tosiendo de un modo horrible y pensando—¡no hay otro remedio! Si no le recibo lo va á contar en letras de molde...

Y para el buen reporter no hay, no debe haber nada secreto. Necesita enterarse de cómo tiene usted puesta la casa, en qué habitación regaña usted con su mujer, en cuál otra se saca usted la raya, qué año entró usted en quintas, si está usted al corriente con el casero, si toma usted el vino al por mayor, en una palabra, descorrer la cortina que cubre el *sagrado del hogar*.

Lo peor es que le sorprendan á usted en familia, con eso del magnesio ó como se llame.

¡Ah, entonces!...

¡Chist! ¡quieto!

—¡Pero!

Nada; que se va usted á *descomponer*.

—Señora, usted aquí en este taburete.

—Está roto...

—No le hace... Tome usted al niño en brazo y métale usted este plumero en la boca como si estuviera jugando. Señorita, apoye usted el codo sobre el entredós; los ojos aquí, mirando al retrato de este sacerdote.—La muchacha asoma en la puerta con la cesta...—Así... un instante... quietos...

E inmediatamente ¡fis! un fogonazo terrible, el magnesio que se inflama, la casa que se llena de un humo irrespirable que no se va de allí nunca; ¡y actualidad conquistada!

El reporter que dispone de ese procedimiento es despiadado... ¡Témale usted! Porque ese se mete con el aparato en todas partes y lo mismo hace un cliché de la salida de un regimiento que... de otra cosa menos saliente.

¡Los de la maquinilla son terribles!

En el café, en la peluquería, en el salón del limpiabotas, en el estanco, en la tienda de gomas, en la casa ¡ay!... de préstamos, en todas partes le sorprenden á usted.

No hay modo de conservar con ellos el *humilde anónimo* en que uno pretende vivir: no está uno tranquilo en ninguna parte.

¿Y todo por qué? Por la dichosa actualidad.

¡Oh, la actualidad!

Y aprovecho la ocasión para hacer presente á «los hombres del magnesio» lo que sigue:

Señores míos: Si estreno alguna obra y es un *exitazo loco* y paso á la categoría de *genio* y me hago *hombre célebre* y quieren ustedes contarle á la gente quién soy yo, tengan en cuenta que me levanto muy tarde, que no tengo casa *roproducible*, que el humo me hace toser y que «deseo guardar el incógnito hasta el final.»

¡Ah! y que no voy á retratarme á ningún sitio... como no sea gratis, aunque llegue á ser el *hombre del día*. ¡Oh, la actualidad!

Enrique LÓPEZ MARÍN

COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de José Passos.

EL PRINCIPE DE VIANA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

El 29 de Mayo de 1421 nació en Peñafiel (Castilla), Don Carlos de Viana. Bien pudo exclamar este desventurado príncipe, como más tarde lo hizo un famoso poeta: *¡El día en que nací, fué un día desgraciado!*

El 15 de Mayo del año 1428, al recibir la corona de Navarra sus padres, Doña Blanca de Navarra y Don Juan II de Aragón, fué reconocido y jurado por sucesor del reino, dotándole del título de Príncipe de Viana, equivalente al de Príncipe de Asturias, en Castilla.

Casó Don Carlos en 1439 con Ana, hija del difunto Duque de Cleves, que falleció en Olite el año 1449, sin dejarle sucesión. ¡Grande fué este golpe para el príncipe, mas no tan terrible como la pérdida de su madre, ocurrida en 1441, principio de todas sus desgracias!

Dejóle al morir Doña Blanca el reino de Navarra y el ducado de Nemours, si bien rogándole no tomase el título de Rey, sin el consentimiento de su padre ó á la muerte de éste; y Don Carlos, como hijo amante y respetuoso, limitóse á gobernar el reino con el título de lugarteniente de su padre.

Apenas fallecida su esposa Doña Blanca, modelo de virtud y bondad, casó Don Juan con Doña Juana Enríquez, *hija del Almirante de Castilla, joven, bella, altiva, sagaz, ambiciosa y cruel.*

Enviada por Don Juan á Navarra para compartir el trono con su hijo, los partidarios del príncipe, indignados, la sitiaron en Estella. Corrió su esposo á libertarla, consiguiéndolo tras reñido combate, quedando Don Carlos prisionero de su padre, quien le hizo encerrar en el Castillo de Tafalla, teniendo la familia de Beaumont, grande amiga del príncipe, que dejar en rehenes á sus principales individuos, para lograr una especie de tregua y que Don Carlos fuese puesto en libertad (1443).

Navarra se dividió por entonces en dos bandos, los *agramonteses*, partidarios del rey Don Juan; y los *beamonteses*, amigos del príncipe.

Encendida la guerra, por segunda vez la suerte de las armas le fué contraria, en los campos de Estella, peleando en su contra su cuñado el conde de Foix, su madrastra, y ¡su padre! Determinó, entonces, abandonar á Navarra, dejando al frente de sus parciales á su amigo Don Juan de Beaumont, marchando á Nápoles en busca de un asilo y de un protector. En efecto, su tío Don Alfonso, enterado de lo ocurrido, envió varios diputados á su hermano, para lograr la reconciliación del padre y el hijo. Desgraciadamente llegaron cuando Don Juan había desterrado á Don Carlos, y también á su hermana Doña Blanca, que simpatizaba con su justa causa, dando el trono á su otra hija Doña Leonor, que con su marido, el conde de Foix, le ayudaban contra el príncipe.

Apremiado por su hermano, aparentó ceder Don Juan, ajustándose una tregua de seis meses, cesando la guerra en Navarra, y devolviéndose ambos partidos los prisioneros hechos, con excepción de los rehenes que Don Carlos dejó en Zaragoza al caer prisionero.

Muere casi repentinamente Don Alfonso, dejando sus reinos de España, Sicilia y Cerdeña á su hermano Don Juan; y el de Nápoles á su hijo bastardo, aunque legitimado, Don Fernando, y caen por tierra las esperanzas de Don Carlos. Habiéndose conquistado en Nápoles grandes simpatías, instanle los italianos á tomar el reino, molestados por la *condición ambigua* de Don Fernando, mas el noble príncipe rechaza indignado semejante proposición, y se retira á un monasterio de benedictinos en Sicilia, esperando lograr la paz con su padre. Pero Don Juan temía el cariño y las simpatías que su hijo despertaba en todas partes, y con falsas promesas de reconciliación le hizo venir á España, ajustando con él un tratado de concordia, por el que se le reconocían las rentas del principado de Viana, y se otorgaba un perdón general; si bien Don Carlos quedaba desterrado de ir á Sicilia y de volver á Navarra, cuyo reino había dado Don Juan, contra todo derecho, á su hija la condesa de Foix.

Llegado el príncipe desde Mallorca en donde desembarcó al regresar de Sicilia, al convento de Valdoncellas, en las afueras de Barcelona, entró con su padre, á quien no pudo hablar á solas, y con su madrastra, en la ciudad, recibiéndole con marcadas muestras de amor los catalanes, quienes esperaban que en breve fuese reconocido Don Carlos como príncipe sucesor, idea que rechazaba Doña Juana, la cual quería que el trono de Aragón fuese para su hijo Don Fernando, nacido en la villa de Sos, el 10 de Marzo de 1452.



Sabedora Doña Juana por su padre el Almirante de las negociaciones que el príncipe seguía con el rey Don Enrique IV de Castilla, para alcanzar la mano de su hermana Doña Isabel (más tarde *Isabel la Católica*), cuyo enlace ansiaba para su hijo; logró que su marido convocase Cortes en Lérida y llamase á ellas á Don Carlos. Aconsejáronle sus amigos que no acudiese al llamamiento, y es fama que un médico del rey Don Juan le dijo: *que anduviese con cuidado, porque era de temer le diesen algún bocado de muy mala digestión.* A pesar de todo, el noble príncipe acudió, y el padre le hizo prender en el acto, encerrándole en un castillo (1461).

La prisión del príncipe es el asunto que representa el magnífico cuadro de Emilio Sala, premiado en la Exposición del año 1871, adquirido por el gobierno, y que durante muchos años ha sido en las Salas del Museo de Pintura la admiración de propios y extraños.

En el proceso que le mandó formar acusándole de haber querido matarle, y alzarse con sus coronas, nada se le pudo probar, porque todo era falso.

Al saber la prisión de Don Carlos, todos los reinos se pusieron en armas, y Don Juan, con su esposa y su hijo, se vieron forzados á retirarse á Zaragoza. Intimidado el Rey, ordenó la libertad de su hijo, diciendo, para salvar á su esposa de las iras de sus vasallos, que lo hacía á instancias suyas, encargándola acompañase al príncipe á Barcelona; pero los catalanes la negaron la entrada en la ciudad, obligándola á detenerse en Villafranca, mientras Don Carlos era recibido en Barcelona con el mayor entusiasmo.

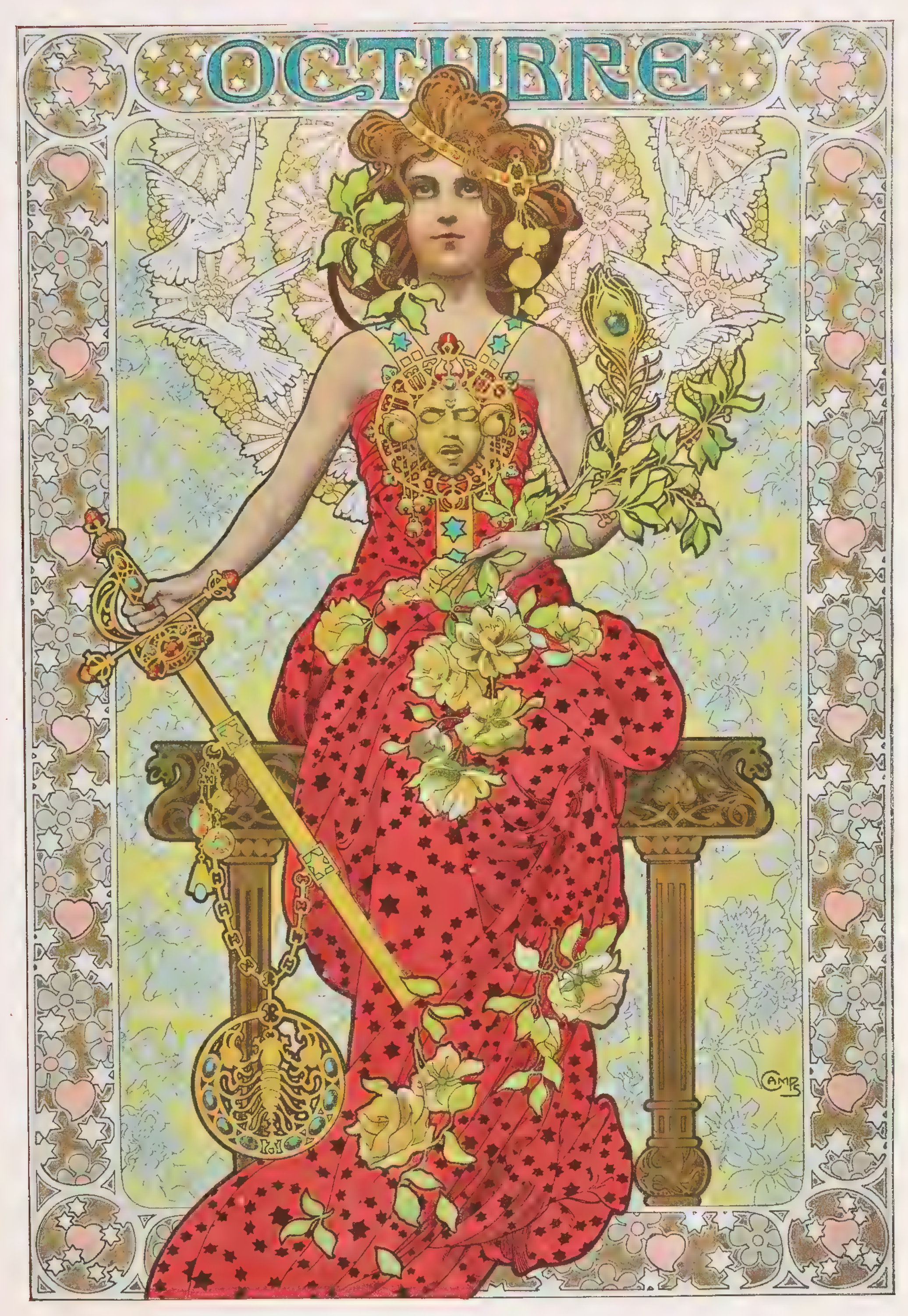
Firmes en su empeño, la Diputación del principado exigió del Rey, que hiciese salir de Navarra á los Condes de Foix; y que se reconociese á Don Carlos por sucesor en los reinos de Aragón, Sicilia y Cerdeña, nombrándole lugarteniente; á todo lo cual hubo de ceder D. Juan, si bien procuró más adelante oponer tales dificultades, aconsejado por su esposa, que alteraron la salud del príncipe y en pocos días le hicieron perder la vida, el 23 de Septiembre del año 1461. Su muerte que muchos historiadores atribuyen á un veneno que le suministró su madrastra, causó un profundo y general dolor.

Era el príncipe de Viana de carácter dulce, de amable trato, de apacible y modesta condición; sensible al amor, y dado al estudio, sus únicas y verdaderas pasiones; liberal y magnífico; severo en ocasiones, melancólico, y algo irritable. Cultivó con gran aprovechamiento la *gaya ciencia*, y en el archivo de Pamplona se conservan obras de su ingenio.

Creen algunos que Don Carlos no tenía el alma tan bien templada como exigía en los reyes la situación en que España y Europa se encontraban. No opinamos lo mismo. Si para reinar lo primero que se necesita es un gran corazón, el del príncipe de Viana era grande y hermoso sobre toda ponderación.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

GASPAR CAMPS



ALEGORÍA DEL MES DE OCTUBRE



Cuadro de A. Más y Fontdevila.

MARIA DE VILAJOLIU

1640-1643

Cataluña estaba en armas contra el poder central del rey don Felipe IV. Las tropelías y los cohechos del Conde Duque, secundado por esbirros feroces, habían exasperado al país, y, lo mismo que Portugal, harto ya de sufrir y de esperar justicia, había decidido tomársela por su mano.

No obstante, no todos los catalanes se habían levantado contra el poder del Conde Duque. Cataluña estaba dividida en dos bandos, desde fines del 1500. El de los Narros y el de los Cadells.

Se llamaban Narros los unos, porque á su cabeza marchaba el obispo de Vich, que se llamaba don José Narro. Estos eran partidarios incondicionales del Rey de España y católicos fanáticos. En cambio llamaban éstos *Cadells (cachorros)* á los otros, en sentido despreciativo de perros, herejes, etcétera, por ser éstos partidarios de la absoluta autonomía de Cataluña, considerando al Rey sólo como Conde de Barcelona—en cuanto cumpliese é hiciese cumplir las leyes que el mismo país se daba—y porque en cuanto á ideas religiosas tenían análogas ideas de independencia respecto del Papa y de Roma; es decir, eran *hugonotes*, ó mejor, profesaban un cristianismo libre, por el estilo del de los Albigenses ó del de los hermanos del Evangelio Eternal en Italia (1).

Estos elementos los había alentado el Bearnés, Enrique de Navarra, el que fué luego Enrique IV de Francia; con el fin de formar un reino pirenaico, con el mediodía de Francia, Navarra, Aragón y Cataluña. Así es, que la sublevación anticentralista del 1640, estalló, gracias á estos elementos, previamente acumulados. Y Richeliu se sirvió de ellos, para venir en ayuda de este partido en Cataluña y agregarla á la corona de Francia.

***

Era María de Vilajoliu la *pubilla* más hermosa y más distinguida de todo Cataluña. Hija de una familia solariega de la montaña, se la disputaban en las fiestas los jóvenes más gallardos y los caballeros más apuestos de todo el Principado. A todos trataba ella con amabilidad suma, pero á nadie daba esperanza alguna. Su corazón no le pertenecía. Amaba con toda su alma á Juan Margarit; joven poeta y militar, que era uno de los jefes del movimiento anticentralista.

Los padres de María eran unos hidalgos montañeses, montados á la antigua, partidarios acérrimos del Rey de España y del Papa de Roma, en fin, *Narros* á toda prueba; y sin consultar con su hija y por mediación del arzobispo de Vich, que les distinguía como á creyentes fieles, le encontraron un *partido* magnífico. Así, determinaron casarla con don Guillermo de Torrecasa, que era un hombre á quien el Rey había distinguido por su celo en la persecución del bando *narro*, gran amigo del Conde Duque, y recién nombrado Conde de Vila-copons por éste, concesión de bosques y tierras expropiadas á leales defensores de Cataluña. Era éste, hombre de carácter duro, vengativo é implacable, odiado por todos los buenos catalanes y hasta suspecto, por su excesivo celo, á los de su propia causa.

Una vez contratada la boda, se le notificó á María, la cual se negó rotundamente. Su padre, que estaba acostumbrado á no encontrar obstáculo á sus mandatos, se enfureció, la amenazó, pero todo fué inútil. Viendo la terquedad de la joven, y consultado el caso con el obispo de Vich, el viejo Barón de Vilajoliu fuése á ver la superiora del Convento de Carmelitas descalzas de Ripoll, y quedó concertado el encerrarla allí, durante un tiempo, sujetándola á penitencias duras y á grandes ayunos para dominar en ella el demonio del orgullo, con la amenaza de hacerla profesar ó de encerrarla en un *in pace* si antes de un año no cedía.

Una de las cosas que más habían enfurecido al padre era la confesión de la hija de que amaba locamente á Juan Margarit. Un *cadell*, un hereje, el hijo impenitente de un amigo de Enrique IV, ¡un hugonote! ¡qué horror! En ello, debía de andar el diablo.

A los pocos días la pobre María era trasladada al convento de Ripoll, y allí sufría los martirios de la disciplina monástica, agravados por órdenes especiales del señor obispo de la diócesis.

Desde que entró en el convento, la imaginación de María no paró un sólo instante de combinar planes para su evasión y para comunicarse con su galán, del cual sólo sabía que debía de hallarse por el llano de Barcelona, á las órdenes del general Dardeña, organizando, á la manera francesa, un regimiento de mosqueteros montados.

Mostróse sumisa con su superiora, soportó, aparentemente, las privaciones con resignación, y fué poco á poco enterándose de las condiciones del convento. Pronto se convenció de que toda tentativa de escapatoria era inútil, lo mismo que toda tentativa de socorro exterior que pudiera prestarle su amante. El convento estaba situado en una altura escarpada, y rodeado de fosos, como una fortaleza. Sus habitaciones tenían fuertes rejas. No tenía á mano ningún útil cortante. Ripoll estaba en poder de las tropas reales y de los *Narros* fanáticos, la frontera vigilada, para que no entraran refuerzos de Francia por aquel lado á los sublevados, en fin, que había que renunciar á toda tentativa de evasión posible.

¿Comunicarse con Margarit? Esto era más posible, aunque nada fácil. He aquí lo que se le ocurrió: escribir á una amiga suya de Barcelona, casada, la siguiente carta:

«Amiga Rosalía: aquí estoy, en este monasterio de las carmelitas descalzas de Ripoll, sufriendo mil vejaciones y martirios, encerrada por mis padres, por no haber querido casarme con el Conde de Vila-copons. Un favor te pido con toda el alma y en nombre de nuestra amistad antigua: Por no importa qué medios, haz saber á mi adorado Juan, que le quiero más que nunca, que moriré antes que faltarle, y que puesta entre los extremos de salir para casarme con ese monstruo, de profesar, ó de ser encerrada en un *in pace*, que me diga él lo que hacer debo. Adviértele que la huída de aquí es imposible. Sería preciso poner sitio á Ripoll y al convento, y tal vez me hallaría muerta. Para comunicarse conmigo puedo darle dos indicios. Mi celda con doble reja da encima del torrente, frente de un montecillo. La tornera se ha hecho amiga mía, y es la única cuya celda está de este lado. Adiós, y que Dios te lo pague.

»Tu desgraciada amiga,

María.»

María se había procurado un tintero y papel por medio de la tornera, pretextando que quería escribir unos gozos á la Virgen. Una vez hecha esta carta, escribió otra que decía:

«Cualquiera que seáis que encontréis estas cartas, si tenéis un alma cristiana y un corazón caritativo, por el que murió en la cruz para redimirnos, os ruego que hagáis llegar la misiva adjunta, á doña Rosalía Flordalba, Baronesa de Altafulla, calle de Santa Ana, Barcelona. Es un caso de conciencia, y la que escribe estas líneas solicita su perdón, sin el cual no viviría tranquila. Esta medalla os pagará vuestra buena acción.

Una pobre novicia.»

Puso la primera carta dentro de la segunda, después de haber sellado ésta con cera de un cirio que ardía ante el Cristo de su celda, y encerrando en ella una medalla de oro de la Purísima Concepción que llevaba al cuello, puesta por su madre desde pequeña. Una vez hecho el paquete, escribió encima y con letra contrahecha: *El primero que esto hallase, que abra y lea.*

¡Salud y gracia!

Dejó secar el sobre, esperó que no se oyera ruido alguno en el torrente, y á través de la fuerte reja de la celda, lanzó el paquete.

***

Habían pasado unos veinte días, cuando una tarde á la puesta de sol vió, á través de la reja, destacarse por negro sobre el rojo brillante del horizonte un hombre que marchaba por un cerrillo que había á unos treinta pasos de distancia; iba envuelto en una capa y miraba fijamente al convento, y en especial á la reja en que estaba María. De repente desembozóse y sacó una ballesta de cazar pájaros. La montó, apoyando el pie en el gancho, y la cargó con un objeto que á María no le pareció ser ni un viratón, ni una flecha, ni un bodoque. Miró á la reja, hizo seña á la reclusa de que se apartara, apuntó y disparó, entrando con furia en la celda un proyectil extraño. María miró al hombre y le saludó como dándole las gracias. El hombre de la ballesta le devolvió el saludo con respeto, se embozó y desapareció en el horizonte.

Lo que había entrado en la celda era un canuto de caña tapado por ambos extremos. María lo rompió y de dentro sacó un largo papel que decía:

«Mi adorada María:

»Un hermano de la Baronesa de Altafulla me ha contado y entregado tu misiva. Encargo á uno de mis mosqueteros que había sido arquero al servicio del Duque de Cardona, que te mande la respuesta por la ventana que tú indicas. Esta te llegará por fuerza, pues lleva varios proyectiles iguales y, además, él no yerra tiro. Si pudiese disponer de mis compañeros vendría al asalto del convento, pero es imposible. Con el general Dardeña y ayudados por la caballería del Duque de Villar hemos ganado una brillante batalla en los llanos de Vilafranca, haciendo veinte mil prisioneros al ejército de Felipe IV con sólo cuatro mil caballos. El grueso de las tropas españolas está en Lérida, y nosotros con el Conde de Harcourt marchamos mañana á poner sitio á aquella plaza. Ya ves que la vía es distinta; pero una vez en campo atrincherado, con cualquier pretexto puedo tomar licencia para unos días y volar á tu socorro. Eres mía y yo soy tuyo. No profeses, que no podrías salir, ni tienes que hacerte encerrar en un *in pace*. El 20 de Marzo estaremos atrincherados frente de Lérida. En esta epoca, escribe á tu padre que consientes en casarte con el de Vila-copons, y hazme saber con anticipación el lugar y el sitio de la boda. Yo vendré á salvarte; y soltera, si llego á tiempo, ó casada, si llego tarde, tú serás mía.

»Tuyo hasta la muerte,

Juan de Margarit.»

***

Efectivamente, llegado el mes de Marzo, María hizo el cambio de frente. Por conducto de la superiora hizo saber á su padre que estaba dispuesta á obedecerle. A su padre le faltó tiempo para comunicárselo al

(1) Ya sé que esta afirmación parecerá atrevida, pero la apoyamos en un sin fin de documentos existentes en la blibioteca nacional de París, y los presentaremos en un extenso trabajo que estamos haciendo.

ANTONIO RIBAS



MARINA (Palma de Mallorca) *Salón Parés*

de Vila-copons, y para escribir á la superiora que desde aquel instante colmara de cuidados á su hija.

La entrevista que el Conde de nuevo cuño tuvo con su padre fué brevísima. Los ejércitos reales eran derrotados por doquier. Ya casi no quedaban tercios castellanos en Cataluña. Sólo Lérida con Brito se defendía.

Sitiada por catalanes y franceses, los refuerzos que envió Madrid habían sido derrotados en Aragón mismo, en los *cuatro pilares*. El, sabía que Margarit era el alma de la caballería catalana y podía intentar un golpe de mano. Así, exigió que el matrimonio se verificara en el propio monasterio, y que, una vez casados, irían á pasar unos días á una finca suya de la provincia de Lérida, cerca de Aragón, para pasar después á Zaragoza, donde tenía unos amigos y llevarse á su mujer á la Corte, pues preveía la pérdida del Principado y quería establecerse allí ya de antemano. Sabía, además, que restos de los tercios que estaban diseminados por la parte fronteriza de Lérida, intentaban reunirse cerca del punto donde él tenía sus propiedades, para ver si intentaban romper el sitio de la ciudad. Y éstos podrían proteger su estancia unos días en su castillo, así como su paso á la frontera de Aragón.

Así, pues, quedó concertado el matrimonio en el propio convento, y una mañana, sin darle tiempo casi á reflexionar, casaron á la pobre María con el de Torrecasa, como por sorpresa, sin que hubiese podido advertir á Margarit del punto donde se verificaba el acto. No obstante, su salida para las posesiones de su marido efectuóse por la tarde, y ella, entrando un momento en la celda de la tornera con pretexto de despedirse de ella, pudo escribir á su amante esta carta:

Ripoll, 10, Abril.

«Mi querido Juan:

»Me han casado por sorpresa, en el propio convento esta mañana. Esta tarde salimos para Castell...... allí permaneceremos quince días, protegidos por las tropas castellanas que en los alrededores van concentrándose para levantar el cerco de Lérida. Ven á salvarme, y resistiré á mi marido hasta tu venida. A partir del día de mi llegada, todas las noches á las doce en punto iré á pasearme por el bosquecillo de pinos que está enfrente de la casa. Tuya siempre,

María.»

***

Margarit acababa de ser nombrado por el Conde de Harcourt coronel de los mosqueteros montados de San Jorge, y gracias á su talento mili-

JUAN JIMÉNEZ MARTÍN



LA OFRENDA — Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid (1901).

tar, intervenía ya en todos los consejos de guerra para determinar los planes de la campaña.

Un día, al salir de su tienda, recibió por un peatón la carta de su amada. En seguida corrió á ver al Conde de Harcourt y le pidió permiso para ir á inspeccionar las cercanías de ...... pues había tenido una confidencia de que allí se reunían restos de los tercios dispersos. El de Harcourt le dió el permiso y le dijo que tomara los hombres y los caballos que le fuesen necesarios. Margarit tomó un escuadrón, y al llegar cerca del sitio donde se hallaba su amada, dejó sus mosqueteros apostados en los alrededores de una masía, y entrada ya la noche, él solo con su escudero, dirigióse á caballo al sitio indicado por María que se hallarían. Antes de llegar, puso pie á tierra, y dejando su caballo al cuidado de su escudero, que también se había apeado, se embozó en su capa y se dirigió al sitio. Su corazón latía; la noche era clara y la luna iluminaba la nueva casa que había construído el de Torrecasa, cerca del viejo y arruinado castillo que levantaba sus desmanteladas torres al cielo. Marchaba poco á poco hacia el lugar indicado, que distaba unos cien pasos de la casa señorial de Torrecasa. Por fin, llegó al bosquecillo y allí esperó; de pronto oyó que daban las doce en el reloj de una iglesia lejana, y al poco rato oyó ruido de seda que frota con los árboles y las plantas. Era María.

Juan corrió hacia ella, ella reconociéndolo se echó en sus brazos, sin ni siquiera poder articular una palabra.

***

Largo tiempo permanecieron allí en amoroso coloquio, hasta que Juan, oyendo dar las tres en el reloj del cercano pueblo, dijo á María, ofreciéndole el brazo:

—¡Ven! Allí en el torrente cercano tengo dos caballos preparados, y te llevaré conmigo.

María se apoyó en su brazo y marcharon por entre los pinos. Una secreta inquietud les dominaba; iban buscando los lugares menos alumbrados por la luna, para no ser vistos en los momentos en que salían del bosque. Por fin, llegaron ya cerca del torrente y, al entrar en él, Margarit gritó á su escudero, «¡Pedro! ¡los caballos!», y Pedro no respondía. «¿Se habrá dormido?» pensó, y adelantóse unos pasos poniendo mano á la espada, cuando se sintió sujeto de pies y manos por varios hombres que se le echaron encima. Al mismo tiempo, oyó un grito de María y una voz que gritaba: «*¡Atadle fuerte y al castillo!*»

Era el de Torrecusa, con un destacamento de un tercio que allí se había dirigido. Habían asesinado al pobre escudero, de una puñalada por la espalda, y esperaban apostados la llegada de los dos amantes. Advertido por una doncella de las salidas de noche de María, la había hecho seguir cada noche á distancia, y así había podido preparar el golpe.

En seguida de haber atado á Marguerit, el destacamento le condujo al viejo castillo que dominaba el torrente. Allí fué llevado á la torre más elevada, que estaba como suspendida de una altura inmensa sobre el precipicio, como si estuviera engastada en la roca viva, y metido en la estancia superior, enteramente vacía, con sólo un gran ventanal sobre el torrente, protegido por unos barrotes de hierro enmohecido. La puerta se abrió, entraron con un empujón al prisionero, después de haberle quitado todos sus papeles, sus armas y su banda y haberle desatado, y volvióse á cerrar girando pesadamente sobre sus goznes. El infeliz oyó correr los cerrojos, girar las llaves y quedóse solo en el calabozo, iluminado por la luna que penetraba por lo alto del ventanal. Miró á través de los hierros y sólo vió el cielo. Esto y el haberle hecho subir muchos escalones le dió á entender que estaba á una gran distancia del suelo. Sólo oía el rumor del viento, moviendo el ramaje de los árboles del llano. Estaba atónito, no sabía si soñaba... ¿Qué había sido de María? se preguntaba... Cuando, de repente, oyó abrirse el ventanillo enrejado que había en la puerta y por el se presentó el visaje repugnante del de Torrecusa. Juan se mecía los cabellos y no sabía si aquello era una visión de su fantasía.

—«Estás en mi poder,—le dijo,—y voy á castigarte cruelmente; aquí, encerrado, morirás de hambre y de sed sin que nadie pueda venir á tu socorro. Pero esto es poco. No sólo quiero castigar tu cuerpo sino tu alma, pues tú has poseído en cuerpo y alma una mujer que es mía de derecho y que se me ha resistido siempre. No te diré lo que es de ella para que así sea mayor tu sufrimiento; pero, además, pasarás por traidor á Cataluña, por desertor á tus banderas, y morirás aquí ignorado, siendo infamada tu memoria para siempre. Yo haré mandar tu banda de coronel al Conde de Harcourt, yo haré decirle que por amor á una mujer te has pasado al campo enemigo, y que has revelado sus planes y secretos de guerra. Y desde esta altura oirás tus legiones marchar al combate, pasar tus mosqueteros al son de clarines, y tú tendrás que morirte aquí de rabia sin poder ni siquiera vindicarte.»

Cerróse el ventanillo. Marguerit volvióse como loco. Imprecó al de Torrecusa, maldíjole, juró, dió patadas en la puerta; pero todo en balde. Nada, sólo le respondía el eco. Empezó á dar vueltas por la estancia. Parecía una fiera en su jaula. En esto amaneció; el horizonte iluminóse con la aurora. Entonces pudo examinar su prisión. Sacando algo la cabeza por entre los barrotes, vió que estaba á una inmensa altura sobre el abismo. Debía de morir allí de hambre, y María... ¿qué habría sido de María?... tal vez asesinada, tal vez vuelta al convento y encerrada en un *in pace*... Y él allí, sin poder correr á su socorro, debiendo de morir; y el Conde de Harcourt le esperaría, y al ver volver los suyos sin su jefe, creería la calumnia de su traición... ¡Esto era peor que la muerte! Así se pasaron unas horas, cuando á Marguerit le pareció oir allá á lo lejos el sonido de clarines. Aplicó la cabeza á la reja y, al cabo de algún tiempo, oyó distintamente la marcha de los mosqueteros montados. No había duda, eran los suyos, los suyos que le andaban buscando, ó que se volvían al campo. Los clarines iban aproximándose, su corazón latía, ya se oía el relinchar de los caballos, y por su trote conoció que eran los suyos los que se aproximaban... Ya estaban en el torrente... é iban á pasar é ignorarían que el estaba allí encerrado... ¿Y si les llamaba?... ¡de dentro la prisión, imposible! no le oirían, y tenía la voz apagada por tanto sufrimiento...

De pronto, haciendo un supremo esfuerzo, al oir aproximarse los caballos, agarróse á uno de los barrotes longitudinales del ventanal, al más carcomido por el moho, y apoyando el pie en su parte baja hizo un supremo esfuerzo. El barrote se torció dejando un espacio libre, por el cual podía pasar libremente la cabeza. Hizo lo mismo con el barrote del otro lado, y el espacio libre se agrandó un poco. Entonces, poniéndose de través, fué pasando primero la cabeza, luego un brazo, el pecho, otro brazo, y así poco á poco, hallóse fuera del ventanal de pie en un ajimez, suspendido sobre el abismo. Nada alrededor, más que la desnuda piedra del muro. Desde allí, vió abajo sus mosqueteros avanzar, tocando clarines. Entonces irguiéndose, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Mosqueteros! ¡Alto!

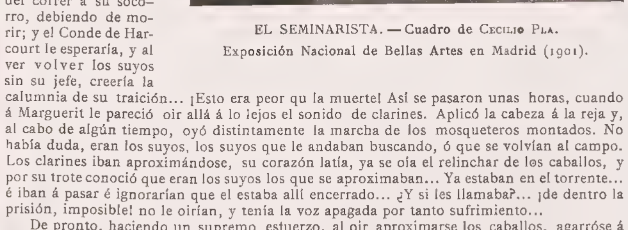
El escuadrón, como reconociendo la voz de su jefe, paróse en seco. Miróles, y á él le pareció que todos atónitos le miraban. Entonces, sintiéndose como atraído hacia ellos por el abismo, les gritó:

—¡Soldados de Cataluña! ¡Mosqueteros de San Jorge! Paso á vuestro coronel.

Y se echó al torrente, cayendo entre los clarines y los batidores.

El capitán de la escolta corrió á abrazar su cuerpo, aún palpitante.

Pompeyo GENER



EL SEMINARISTA. — Cuadro de Cecilio Pla.
Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid (1901).



¿ANGEL Ó DEMONIO? — Cuadro de Cecilio Pla.
Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid (1901).

PLEGARIA

No te pido, Dios mío, amor y gloria,
que para mí el amor ha terminado,
pues la breve ventura que me ha dado
se encierra en una piedra murtuoria.
No te pido el laurel de la victoria
á costa de desvelos conquistado;
ni te pido el renombre ambicionado,
ni te pido fortuna transitoria.

Ni el amor, ni el laurel, ni la riqueza,
pueden darme la paz apetecida;
por lo cual abismado con mi tristeza
al recordar á la mujer querida,
te pido solamente fortaleza
para llevar la carga de la vida.

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE



COVADONGA

«Valgame 'l Señor San Pedro
»nuestra Señora me valga;
»*La Virgen de Covadonga*
»ye piquiñina y galana.»

(Romance Popular.)

La palabra sola tiene el sonido metálico de la lanza sobre el escudo; peregrinación del recuerdo donde hablan hasta las peñas de un pasado grandioso y lejano, de la matanza sarracena y del heroísmo del Conde de Cantabria y sus valientes... Desde Infiesto, un paisaje siempre verde, salpicado de casitas blancas con sus hórreos, hace soñar humildes idilios, y el maravilloso puente romano de la vieja *Cánigas*, pasadas glorias.

Ya se divisa el campo del Repelao, donde aclamaron al Rey levantándole sobre el *pavés;* cierran el horizonte altos montes, cubiertos de sombríos bosques, de árboles seculares, de maleza y helechos que esconden, en parte, la roca de sus cimas. Desde el lago de Enol se precipita el río Deva por el angosto valle, al que domina la cueva donde vela el eterno sueño de Pelayo la santa Virgen María. Aquel perdido rincón es la cuna de la Reconquista. Desde sus empinados cerros, un puñado de héroes arrojaba peñas, troncos y flechas, sembrando el pánico y llevando la muerte á las poderosas huestes de Alcaman; escribiendo con sangre, en las crestas del Audeba, la epopeya de la fe y del patriotismo.

Arden lámparas en el humilde santuario y en su pobre capilla sonríe la señora de Covadonga, que ha elegido por trono la misma naturaleza. El agua se despeña con brutal empuje por la cascada, debajo del puente: es el fragor del combate, cuyos ecos no han podido apagarse!... En la roca un lecho; no hay mármoles, oro, ni riquezas; es la tumba digna de un héroe, abierta con hacha de cíclope, dispuesta por Dios mismo, y más elocuente que una elegía la sencilla inscripción:

«*Aqui yaze el s Rey D. Pelaio elleto el año de 716 que en esta milagrosa cueba comenzó la restauracion de España. Bencidos los moros falleció año 737 y le acompaña ss mujer y hermana.*»

Allí yace también nuestra pasada gloria.

Peregrino que subes la áspera cuesta, descubre tu cabeza, descalza los pies que huellan la tierra sagrada, esa que con sangre ganaron palmo á palmo; avanza á depositar tu ofrenda con respeto; no temas despertar al Rey; no lo logran los contados visitantes que llegan á Covadonga, temiendo les arrebate el diablo, como á Don Opas; ni el monótono picar de la piedra de un templo románico en construcción; ni los solemnes cantos de la liturgia romana, ni el recuerdo de la gloriosa hazaña!... Pero si un día los españoles, en apretado grupo, luchasen con fe por su patria, la Virgen de Covadonga despertara á D. Pelayo que, requiriendo su armadura, nos daría una nueva Reconquista.

ZARA

Imponente y majestuoso se eleva
se mira con orgullo, al dorar sus
tectónica, sino ingenua ostentación
madre de Dios por el amor de los es
valerosa, ardiente y tenaz.

Atraviesa el viajero las altas pue
absorto el derroche de oro, de colore
voción popular. Nada de penumbra,
Mucho sol, mucha vida, sana alegrí
cias extranjeras; que guarda intacto
historia y, en reserva, mucha semilla

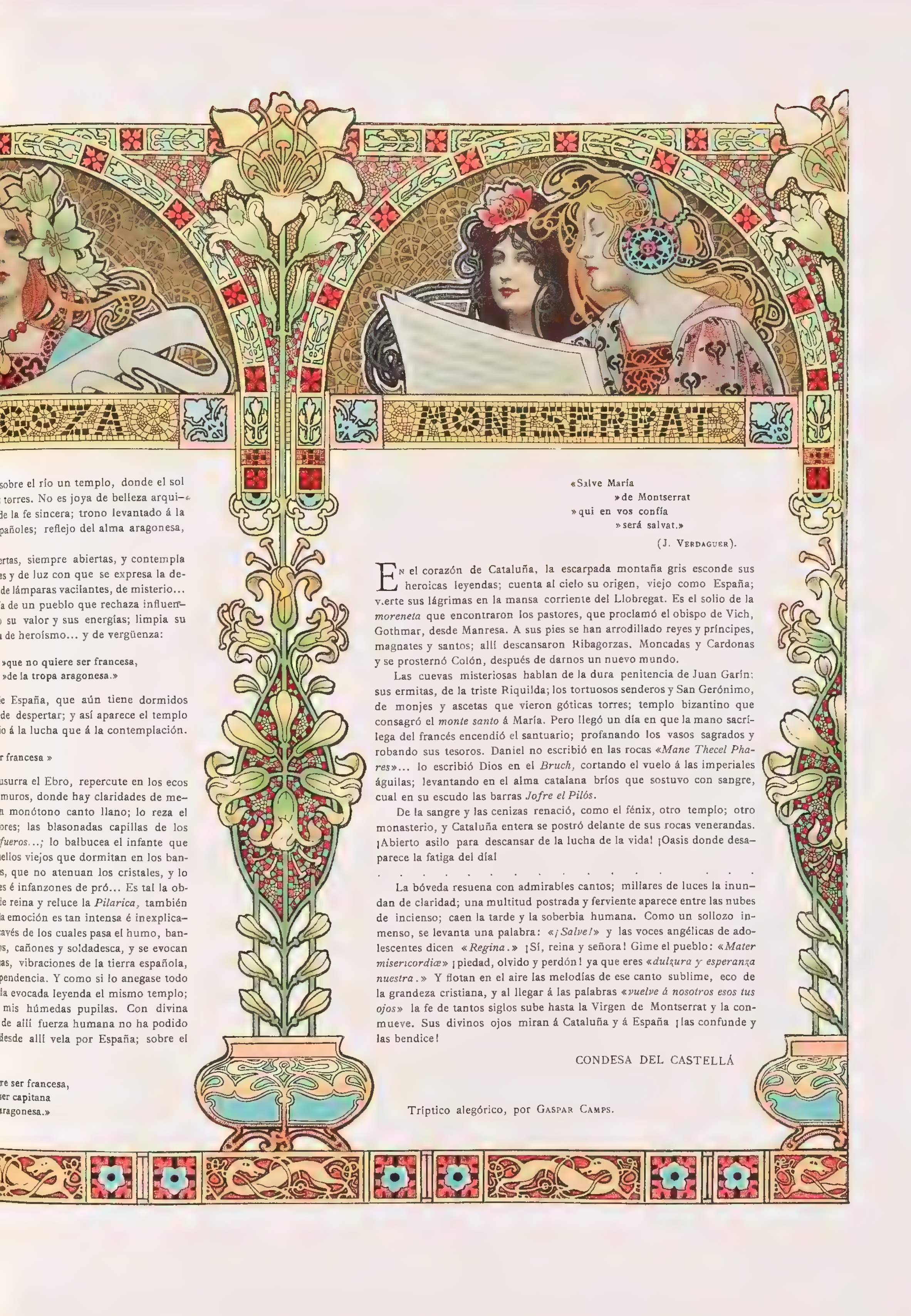
«La virgen del Pilar dice —
»que quiere ser capitana —

... Es el grito de Aragón, el d
nobles impulsos que el peligro pue
más guerrero que devoto, más propi

«No quiere se

Lo dice la invicta Zaragoza; lo s
de la bóveda;... lo repiten aquellos
diodía; lo canta el coro, vertido e
hierro forjado con sus caladas lab
nobles, cuyo nombre está en los
corre á revestirse; lo murmuran aqu
cos; lo afirma el sol con sus rayo
prueban los sepulcros de ricos home
sesión que, al divisar la capilla dond
lo entonan ángeles y querubines, y l
ble que se expresa en lágrimas, al tr
deras desplegadas, héroes anónimo
nombres ilustres, palabras históric
clamoreo de guerra y gritos de indep
un río de sangre y oro, sacudiendo
busco á la Virgen, deslumbradas
terquedad sigue en el mismo sitio;
arrancarla; Ella misma lo escogió;
baluarte aragonés asegura

»que no quie
»que quiere s
»de la tropa a



sobre el río un templo, donde el sol
torres. No es joya de belleza arqui-
de la fe sincera; trono levantado á la
pañoles; reflejo del alma aragonesa,

ertas, siempre abiertas, y contempla
es y de luz con que se expresa la de-
de lámparas vacilantes, de misterio...
ía de un pueblo que rechaza influen-
su valor y sus energías; limpia su
de heroísmo... y de vergüenza:

»que no quiere ser francesa,
»de la tropa aragonesa.»

e España, que aún tiene dormidos
de despertar; y así aparece el templo
o á la lucha que á la contemplación.

r francesa »

usurra el Ebro, repercute en los ecos
muros, donde hay claridades de me-
monótono canto llano; lo reza el
ores; las blasonadas capillas de los
fueros...; lo balbucea el infante que
ellos viejos que dormitan en los ban-
s, que no atenuan los cristales, y lo
es é infanzones de pró... Es tal la ob-
e reina y reluce la *Pilarica,* también
a emoción es tan intensa é inexplica-
avés de los cuales pasa el humo, ban-
s, cañones y soldadesca, y se evocan
as, vibraciones de la tierra española,
pendencia. Y como si lo anegase todo
la evocada leyenda el mismo templo;
mis húmedas pupilas. Con divina
de allí fuerza humana no ha podido
desde allí vela por España; sobre el

re ser francesa,
ser capitana
aragonesa.»

«Salve María
»de Montserrat
»qui en vos confía
»será salvat.»

(J. Verdaguer).

En el corazón de Cataluña, la escarpada montaña gris esconde sus heroicas leyendas; cuenta al cielo su origen, viejo como España; vierte sus lágrimas en la mansa corriente del Llobregat. Es el solio de la *moreneta* que encontraron los pastores, que proclamó el obispo de Vich, Gothmar, desde Manresa. A sus pies se han arrodillado reyes y príncipes, magnates y santos; allí descansaron Ribagorzas, Moncadas y Cardonas y se prosternó Colón, después de darnos un nuevo mundo.

Las cuevas misteriosas hablan de la dura penitencia de Juan Garín; sus ermitas, de la triste Riquilda; los tortuosos senderos y San Gerónimo, de monjes y ascetas que vieron góticas torres; templo bizantino que consagró el *monte santo* á María. Pero llegó un día en que la mano sacrílega del francés encendió el santuario; profanando los vasos sagrados y robando sus tesoros. Daniel no escribió en las rocas «*Mane Thecel Phares*»... lo escribió Dios en el *Bruch,* cortando el vuelo á las imperiales águilas; levantando en el alma catalana bríos que sostuvo con sangre, cual en su escudo las barras *Jofre el Pilós*.

De la sangre y las cenizas renació, como el fénix, otro templo; otro monasterio, y Cataluña entera se postró delante de sus rocas venerandas. ¡Abierto asilo para descansar de la lucha de la vida! ¡Oasis donde desaparece la fatiga del día!

. . . .

La bóveda resuena con admirables cantos; millares de luces la inundan de claridad; una multitud postrada y ferviente aparece entre las nubes de incienso; caen la tarde y la soberbia humana. Como un sollozo inmenso, se levanta una palabra: «*¡Salve!*» y las voces angélicas de adolescentes dicen «*Regina.*» ¡Sí, reina y señora! Gime el pueblo: «*Mater misericordiæ*» ¡piedad, olvido y perdón! ya que eres «*dulzura y esperanza nuestra.*» Y flotan en el aire las melodías de ese canto sublime, eco de la grandeza cristiana, y al llegar á las palabras «*vuelve á nosotros esos tus ojos*» la fe de tantos siglos sube hasta la Virgen de Montserrat y la conmueve. Sus divinos ojos miran á Cataluña y á España ¡las confunde y las bendice!

CONDESA DEL CASTELLÁ

Tríptico alegórico, por Gaspar Camps.

ANTONIO TASSI

MAYOR DEL EJÉRCITO ARGENTINO

Ha producido suma satisfacción entre las muchas amistades y relaciones con que cuenta, tanto en la Corte como en Barcelona, este joven é ilustrado hijo del Plata, la noticia de habérsele conferido por nuestro gobierno la cruz de segunda clase del mérito militar, y nos ha deparado particularmente la ocasión que ha tiempo deseábamos de publicar, con oportunidad, su retrato y consagrar algunas líneas á su persona, por más de un concepto distinguida y digna de aprecio.

Venido á Madrid para completar sus estudios, ingresó en la Escuela Superior de Guerra, de la cual á los tres años salió provisto del diploma de oficial de Estado Mayor, después de unos exámenes tan brillantes que el tribunal decidió ponerse en pie y felicitar al aprovechado alumno argentino.

El grado que actualmente ostenta en su patria, demuestra que su talento y aplicación han obtenido la debida recompensa, y permiten augurarle un brillante porvenir en su noble carrera.

Aquellos tres años de comunidad con los españoles, formaron época en su corazón, engendrando un cariño que no ha logrado enfriar la distancia; que, por el contrario, ha manifestado sus dolorosos latidos al desatarse los vientos de la adversidad contra nuestra desdichada nación.

Véanse los siguientes párrafos de la obra que, en varios volúmenes, con el título «*Apuntes sobre instituciones* y *prácticas militares en España*» y editada en Madrid, publica Antonio Tassi; por la cual podrán aquilatar nuestros lectores el grado de estimación en que tiene á nuestra tierra: á la que hoy correspondemos haciendo justicia á ese leal amigo de España.



«Aprovecho el momento de estancia en el cuarto de Estandarte, que así se llama por conservarse en él el Estandarte del Regimiento, para examinar la hermosa enseña. Una honda pena dominaba mi espíritu al contemplar ese Estandarte, de un pedazo, el más heroico de la vieja Europa, cuyos colores cobijaron las más grandes empresas, los rasgos más salientes del heroísmo, y la sustentan los hijos de un pueblo caballeresco y noble á quien los helados cierzos del infortunio no le han enseñado que por el honor se debe envainar la espada...

»Pensé que la misma había flameado en las riberas del Plata y en los valles de mi patria, como la voz de los padres domina en el hogar y en la edad pequeña; pensé en que se arrió cuando el niño se hizo hombre, en lucha igual y caballeresca, en que á vencidos y vencedores había que decirles ¡honor! y que la evolución lógica, histórica, se había efectuado; pero al mismo tiempo me decía que no volvió enlutada por la codicia sin nombre de un pueblo y la indiferencia de otros que se inclinan ante el más bárbaro de los despojos y la más cruel de las injusticias que la historia de la civilización ha de recordar á las generaciones venideras.

»Esa enseña, me dije, será siempre gloriosa, aun cuando las desdichas la azoten y los vendavales del infortunio la coloquen lazos de crespón. Tan grandes son los que cayeron el 98 y tienen por lápida las ondas agitadas del Atlántico, allá en las márgenes que pisó Colón, como los vencedores de Lepanto y los vencidos de Trafalgar.

»Atravesé los umbrales de esa habitación, renovando las tristes reflexiones que sugirieron mi espíritu desde aquel día en que todos los adelantos, todas las conquistas de la civilización y del derecho en el siglo XIX parecen debilitarse, ante los nubarrones que en el porvenir presiente la imaginación, y ante aquel atentado, que subleva toda conciencia honrada, obscurece el siglo de las luces y refleja siniestros resplandores en la vida de pueblos que tienen el derecho de ser respetados, porque de ellos surgió la luz de la civilización y porque su historia registra hechos, heroísmos, virtudes, para perpetuar las cuales no se ha inventado todavía un metal perdurable como ellos.»

Sea este pequeño artículo expresión sincera del afecto que nos inspira el ilustrado Mayor del ejército argentino.

* * *

¡NO DESPERTAR!

Tendió la tarde su velo;
cerróse la negra herida
que en la tierra removida
produjera el azadón;
y al contemplar una fase
de la humana desventura,
quedó un fondo de amargura
lastimando el corazón.

Se llevaron los amigos
aquel paternal anhelo
que dejaba en aquel suelo
su dicha y su juventud;
y allí quedaba la niña,
relatando sus amores
á las olorosas flores
que llenaban su ataúd.

El crepúsculo sombrío,
el silencio que reinaba,
la muerte que me cercaba,
me hicieron reflexionar:
¡Es tan breve la ventura,
es el mundo tan pequeño,
que si la vida es un sueño...
más vale no despertar!

¿Qué son las glorias mundanas,
el lujo y los devaneos,
los afanes y escarceos
del interesado amor?
Luz fugaz y engañadora
que cabalmente deslumbra
en esa vaga penumbra
en que germina el dolor.

¿Qué duración tener puede
en el curso de la vida
la belleza que convida
á la fiebre del placer?
El imaginario brillo
de flor de un día que, ufana,
sin alcanzar el mañana,
no tuvo tampoco ayer.

Por eso, cuando recuerdo
aquella tarde sombría
en que el corazón latía
el silencio al escuchar;
pensando en la pobre muerta,
me repito con empeño,
que si la vida es un sueño...
¡más vale no despertar!

Han pasado muchos días;
el humano torbellino
ha desecado el camino
que me tocaba seguir;
y, á veces, cuando renace
un paréntesis de calma,
siento bullir en mi alma
la alegría del vivir.

Pero cuando sopla el cierzo,
y el granizo en los cristales
las rapsodias invernales
preludia con triste són;
cuando la pálida luna
sobre la tierra cansada
vierte su luz nacarada
por opalino girón,

pienso en la muda elocuencia
de aquel dolor concentrado,
y en el cuerpo abandonado;
y, sin poderlo evitar,
me recuerda el desencanto,
de mi pesimismo dueño...
¡que si la vida es un sueño,
más vale no despertar!

FLORENCIO VILASECA



FRANCISCO CARVAJAL RODRÍGUEZ

El maestro Carvajal, autor de la pieza de música que acompaña á este número, no es un desconocido. En la Coruña, su pueblo natal, se le aprecia como compositor inspiradísimo. Su música dulce y tierna como la poesía que exhalan de su seno las campiñas gallegas cautiva en tal forma que el espíritu se rinde involuntariamente á la sugestión producida por la audición de sus obras.

La prensa gallega y la madrileña se han ocupado de este aplaudido compositor. Su primera composición se titula: «A unos bellos ojos» que fué interpretada en la Coruña en 13 de Enero de 1878. Desde esta fecha ha producido sin interrupción muchas y valiosas composiciones que ejecutaron diferentes bandas militares, entre las que podemos citar una «Tanda de valses» «Flor entre flores», la Muiñeira, «El amanecer», la Danza, «Mis ensueños», la Gran mazurka de salón, «La Sensitiva», y otras obras de igual mérito.

La *Ilustración Musical Hispano-Americana*, de Barcelona, publicó la Muiñeira de Carvajal titulada «No lugar de Vilanova».

El maestro Carvajal, ha sido condecorado en Bélgica con la cruz del mérito artístico de primera clase y el gran diploma de honor, con el nombramiento de Miembro de la Academia Musical, Científica y Literaria de Hainaut.

A OJOS CERRADOS

Hacía tiempo que deseaba pasar una noche en la Alhambra. Durante largos años había acariciado en mi mente la enloquecedora idea de anegarme, por decirlo así, una noche entera y completamente solo, en la contemplación de los múltiples misterios de aquella maravilla.

Ansiaba pasear por sus encantados bosques, oir el murmullo de los arroyos al correr y deslizarse entre verjeles, ver desgranarse el agua de los surtidores de las fuentes en sus tazas de mármol, respirar aquel ambiente embalsamado y embelesarme, por fin, con el armonioso canto de amor de los ruiseñores.

Quería sorprender el grandioso monumento en su quietud y reposo, aletargado en el sueño melancólico de su grandeza.

***

Era una noche verdaderamente hermosa, de esas que ofrece el verano en Granada, y que sólo se disfrutan con toda su plenitud en esta privilegiada y bendita tierra.

La luna, con su redonda faz blanca y serena, ascendía majestuosamente por un cielo sin nubes, iluminando con los plateados rayos de su luz poética y misteriosa los setos de flores, los enarenados paseos y los rojizos torreones.

El bosque hallábase poblado de ruidos extraños y casi imperceptibles, que ora semejaban quejidos y angustiosos lamentos, ora remedaban tiernos suspiros y besos de amor, ó aleteo de invisibles é impalpables alas.

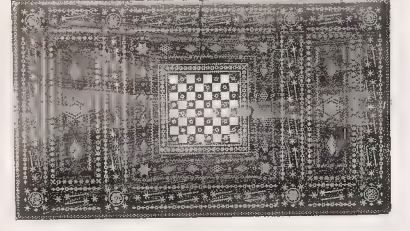
Un olor suave y característicamente moruno, un aroma sensual y de profunda molicie, impregnado de dulces gérmenes de voluptuosidad, acariciaba mi rostro y con sus estelas despertaba algo extraño en mi alma, desde lo más íntimo y sensible de sus fibras.

Poco á poco fuése apoderando de mi sér una especie de laxitud y dejándome caer sobre un asiento de piedra, frente al histórico palacio de Carlos V, entorné los ojos y me dispuse á pasar el resto de la noche abstraído, soñando y bebiendo á raudales la poesía de aquel sitio encantador.

La luz de la luna hacía prodigios de sombra y alargaba indefinidamente las siluetas de los árboles y los macizos de arrayán.

Mi vida afanábase por descubrir escenas de sucesos que fueron. Las ideas giraban vertiginosamente en mi cerebro é iban, sin yo apercibirme de ello, tomando forma tangible...

Mesa de nogal taraceada, estilo hispano-árabe, llamado mudejar, perteneciente á la colección del Dr. Viñeta Bellaserra; construída en los talleres de D. Juan Puigdengolas.



Tablero de la misma.

Y vi alzarse en el sitio que ocupa el palacio de Carlos de Alemania, el antiguo de los Nazaritos, aquél fundado por el magnífico *Ben-Jusef-Nazar-Alhamar,* el de Arjona.

Asistí á una zambra ó noche de Leila. Y vi jardines esmaltados de olorosas y frescas flores; calados ajimeces, camarines misteriosos y perfumados, delgadas columnas de pórfido y jaspe, bordados templetes, elevados y prismáticos techos de estalactitas; y por aquellos ubérrimos jardines orientales, enclava los dentro del mágico recinto, contemplé atónito negros eunucos, resplandecientes cabelleras árabes de ojos de fuego y rizada barba, envueltos en blanquísimos alquiceles, y hermosísimas y lánguidas odaliscas, blandamente recostadas en mullidos almohadones, cubiertas con vaporosas gasas, tules y sedas, matizados de vivos colores, con los menudos pies hundidos en bordadas *Alkatifas.*

Percibía el rumor de la fiesta, el resbalar de los chapines de seda sobre el marmóreo pavimento, y oía los armoniosos ecos de las *guzlas* y los *lelies.*

Y todo, esto envuelto en una especie de neblina producida por los exóticos perfumes que se quemaban en pebeteros de oro.

Aquella visión espléndida, como dulce ensueño de color de rosa, fuése borrando paulatinamente y esfumándose en la obscuridad.

Amanecía.

La legendaria y típica Campana de la Vela dió sus toques de despedida.

Largos y flotantes pabellones de escarlata, íbanse condensando hacia el Oriente, y una luz tenue é indecisa como la sonrisa de una virgen, empezó á delinear aquel bosque incomparable. Los nardos, las rosas y los claveles, exhalaron en aquel delicioso momento sus más preciados y delicados aromas. La luz, cada vez más perceptible, aparecía cernida á través del espléndido follaje. Los pájaros entonaron su más armonioso canto. Las flores y las plantas esponjaron sus hojas y sus tallos, ansiosas de disfrutar el primer beso del astro rey.

Avanza la mañana.

De pronto, un haz de chispas de oro, resbaló sobre las copas de los árboles, y doró los techos, las cúpulas y las torres.

Había salido el sol... Era de día...

Miguel ALDERETE GONZÁLEZ

BELLAS ARTES

Arcadio Más da una nueva prueba de su maestría en el manejo de la pintura al pastel, con el elegante cuadrito que figura en la primera plana de este número.

Trazado con el donaire y ligereza de un apunte, está lo suficientemente *hecho* para que puedan adquirir calidad los objetos; y á pesar de su sencillo contraste de tonalidades, descúbrese en las infinitas gradaciones azules, desde el cobalto puro del mar á las transparentes medias tintas del vestido blanco de la mujer del primer término, la potencia colorista del autor.

El Album Salón se honra esta vez con dos cuadros, debidos al distinguido profesor mallorquín Antonio Ribas, poseedor de una técnica magistral que le proclama por uno de los más escogidos talentos de la notable escuela balear.

Las dos excelentes *marinas* que publicamos están aquí para demostrarlo. En la que representa una playa de pescadores, hace gala de un conocimiento profundo del dibujo, la luz y la perspectiva, resolviéndose los distintos planos con tan perfecta simultaneidad que el ojo más exigente nada encuentra que objetar en él; desde las barcas, sobria y correctamente modeladas, hasta las esfumadas cúspides de la famosa catedral. En la otra, dos figuras de pescadores, un muchacho y una muchacha, constituyen el idílico tema principal, siendo en realidad el fondo de agua y cielo bastante más que un accesorio; tan justas aparecen las calidades de ambos elementos.

La doble página central, por voluntaria cortesía, viene monopolizada por tres artículos de una distinguida dama y escritora: la Condesa del Castellá. Para honrar dignamente sus escritos *Covadonga, Zaragoza* y *Montserrat,* el aventajado artista Gaspar Camps ha compuesto un tríptico simbólico, en el que ha derrochado todas las galas de imaginación que le han dado justo renombre en este género de composiciones. Sin descartar el adorno, hemos de llamar la atención sobre las hermosas cabezas que ocupan los medios puntos, de una belleza superior á todo encomio.

Cierra el número un estudio de cabeza al sol, debido al pintor catalán J. Nogué, que reside habitualmente en Madrid. Trátase de un ligero apunte sin pretensiones, anticipo de otros trabajos de mayor importancia, que nos obligarán á hablar más extensamente de este artista, á su debido tiempo.

Francisco CASANOVAS

ANTONIO RIBAS



MARINA (Palma de Mallorca).

Salón Parés.

EL DIA DE DIFUNTOS

Las generaciones pasan y vuelven, como semilla que el huracán del tiempo disemina sobre el planeta para que en él germine y renazca á nueva vida.

Y así se suceden de continuo, desapareciendo apenas aparecen, pasando por medio de rápidas evoluciones, de pigmeas á gigantes, de la infancia á la ancianidad, del *ser* al *no ser*.

¡El *no ser!* He aquí el problema de la vida.

La válvula por donde ésta se escurre, ora bajo la figura del niño, ora tras la mueca del anciano, ora gentilmente escorzada en la silueta de la doncella amante.

El *no ser*, la muerte, como vulgarmente la llamamos, es la visita que, sin necesidad de anunciarse, espera toda criatura.

No precisa el instante, no anuncia la hora, pero acude infaliblemente á su cita.

Al realizarse ésta, nos ofrece reverenciosamente su casa, su mansión suntuosa: el cementerio.

En ella guarda albergues de todos géneros, desde el aislado panteón al nicho sociable, desde el mausoleo soberbio á la humilde fosa común.

Entre los tales, podemos elegir el que mejor nos plazca ó, lo que no es igual, el que más convenga á nuestros bolsillos.

Porque la muerte, que no es nada interesada ni nada quiere, una vez obtiene su presa, consiente, sin embargo, en ser cumplimentada por los vivos y gusta de su culto y de la pompa y ornamentación con que aquéllos la agasajan.

Y cuando tal sucede es, preferentemente, el día 2 de Noviembre, Conmemoración de los fieles Difuntos.

Inmóviles, en actitud supina, desde sus sepulcros aguardan nuestra visita.

Y allá nos vamos. ¡Bah! ¿quién no tiene «sus muertos»?

¿Qué corazón no habrá sufrido el descalabro de algún sér querido, cuyo recuerdo el tiempo suaviza, pero no borra?

Sí, es necesaria á los vivos la expansión de ir, por lo menos una vez al año, á visitar las tumbas de aquellos á quienes les unió algún vínculo ó parentesco.

Ya, como antaño se hacía, no van las gentes á tragar y á beber junto á los muertos, sino á rezar y á sentir.

El día de Difuntos es sagrado.

En los templos es exaltada su memoria desde la primera misa.

En los hogares se encienden luces dedicadas á las almas.

Personas hay que pasan todo el día custodiándolas, alucinados por la idea de que los manes queridos discurren por la casa, para acompañarlas y hablarlas quedamente.

Cada cementerio se convierte en un lugar fastuosamente idílico, en una mansión en extremo poética.

De cada sepulcro parece fluir una neblina compacta, de recuerdos tristes, de imágenes seductoras, que evoca transitoriamente la imaginación calurosa.

En torno de cada tumba acumula el sentimiento, con plasticidad exuberante, su memoria, por medio de un retrato, de una corona, de una flor, de un lazo...

Se explica así que, una vez al año, la mansión de la muerte se vea invadida por la vida.

En sus calles desiertas, en donde no se oyera más voz que la de los sauces, hostigados por el viento, ó la que produce el agua al despeñarse, deja un prolongado rumor la huella humana.

La misma gente moza, que sólo á curiosear ha ido al cementerio, se siente emocionada al pasar por junto á una tumba, en donde el amor ha dejado un detalle, una señal cualquiera.

Y es que acaso recuerda á la madre, al hermano ó la mujer amada que perdió...

La profusión de obras monumentales, de alegorías excelsas en que la idea cobra cuerpo al esculpir en el frío mármol y en el bronce durísimo la expresión del calor y de la vida; la luz sublime sobre la que se abrazan amorosamente el jazmín y la madreselva; el ángel que diríamos que asciende, la virgen que nos sonríe, mostrándonos en una mano la divina palma y con el índice de la otra el firmamento; la corona de laurel consagrada al genio; el ramo de siemprevivas que trasciende á mil ósculos amantes... todo ese idólatra culto, en fin, con que se engalana la mansión de los muertos, es visión plástica que, á la vez que seduce nuestros sentidos, nos aguza el espíritu y nos exalta en el pensamiento las maravillas que de esta naturaleza posee el universo.

Innumerables son, y testimonio de ellas las Catedrales de Toledo, de Burgos, de Avila, de Tarragona, etc.

Pero lo que más intriga á la fantasía es lo remoto.

Al través de los siglos y por cima de los sepulcros de ilustres progenitores, el espíritu indagador se remonta en busca siempre de un más allá: desentraña los hechos, halla tras el velo de la posteridad el testimonio de lo que fué, y en la contemplación se enajena de los monumentos antiguos, alucinado por un sentimiento puramente de arte.

Para esto el Egipto, cuna de las grandezas, le ofrece sus inmortales pirámides, lugares cuyos sarcófagos suntuosos indican que fueron dedicados á la muerte.

Y es que los egipcios daban á ésta un valor primordial y semejante, hasta cierto punto, al prescrito por nuestra religión. También ellos creían en la inmortalidad del alma, que hallaba su símbolo en el *ave fenix*, de igual modo que lo encuentra nuestra creencia en la Fe.

Pero la noche se echa encima á grandes pasos y los vivos suspenden sus oraciones, secan sus lágrimas y se apresuran á abandonar á los muertos, disponiéndose á satisfacer otras necesidades que aquéllos ya no tienen.

Rasgando el nublado, aparecen en el cielo algunas estrellas curiosas, titilantes, como ojos que quisiesen escudriñar el efecto que causa á los muertos aquel súbito abandono ..

Ya el ángel de la muerte vuelve á cobijar con sus inmensas alas el cementerio, imponiendo silencio. Diríase que en torno suyo, como á los pies de la estatua de Isis, flotan estas palabras:



D. JUAN TENORIO
Escultura de Agustín Querol.

«Yo soy todo lo que es, todo lo que ha sido, todo lo que será: ningún mortal ha levantado el velo que me cubre.»

Y á sus plantas la tierra y los mares se arrastran, como tumbas fabulosas que esperan sus dictámenes y en cuyo seno fecundo se desenvuelve el germen de la vida.

Porque ésta, en la balanza del *ser* y del *no ser*, ejerce presión constante, y en el mismo cementerio se columpia, sostenida por el amor, en aquellos dormidos sauces que dan sombra á las tumbas.

Josefa CODINA UMBERT

INCENTIVA

J. NOGUÉ



CABEZA DE ESTUDIO

En su caprichoso *boudoir* se encuentra Blanca, preparándose para «dar el golpe» como de costumbre. Ante un lujoso espejo que, descansando en la parte más baja de su elegante estancia, llega hasta el techo, se está dando los últimos toques, que han de ser uno de los varios artificiales atractivos con que cuenta para sugestionar: se está esmaltando.

Encúbrese su al parecer contorneado cuerpo con finísimo traje de corte inglés que, según el índice de sus memorias, costeó el barón P...; introdúcese en los diminutos huecos de sus no mayores oídos los solitarios, obsequio del banquero X...; se recubre los dedos con las ricas sortijas del ex gobernador de Z...; y hecha todo un «brazo de mar», con la risa hipócrita en los labios y el más desapasionado interés en el corazón, sale de su *chalet* y, henchida de satisfacción, baja al coche que el marqués de V... la cede á turno, como compensación á los favores que le dispensa.

Para Blanca no hay nadie en el mundo, sola está; al menos, ella así lo considera; por lo tanto, es dueña de sus antojos y responsable de sus actos. Su éxito está en que su mágica figura sea el punto donde han de convergir las miradas de los que sacian sus pasiones á peso de oro.

***

Son las cinco de la tarde, el boulevard está concurridísimo, la animación que en él reina es extraordinaria, la banda, en el kiosco central, lanza al aire sonoras melodías, el bullicio aumenta, el ruido del rodar de coches es ensordecedor.

Aquí, grupos de futuros políticos comentando tal ó cual periódico, allí, remolinos de gente «cortando trajes» al por mayor; y, en general, muchedumbre que dedica el tiempo á la universal y generalizada diosa de la crítica.

Los asientos del palco están completamente ocupados por damas que, adoptando posturas más ó menos coquetonas, dejan entrever á la indiscreta mirada diminutos pies elegantemente calzados; con ellas, aunque en menor número, representantes del feo sexo que acaparan noticias y predicen acontecimientos. Las conversaciones se animan progresivamente, todo el gentío charla, bromea y hace chistes que recorren los colores del espectro, y algún que otro curioso estudia el bullicioso aspecto que presenta el paseo en tarde tan placentera desde el interior de su berlina.

***

De pronto, empieza á sonar el cascabeleo del carruaje de la famosa Blanca, cuyo tren, cimbreándose con marcialidad señalada, merced á sus ballestas y á sus enyantados aros, es el *blanco* de todas las miradas.

Después de las dos vueltecitas de reglamento, desciende de él y, con estudiados movimientos, premeditadas contorsiones y ensayada complacencia rostratil, déjase admirar por el centro del paseo, soltando poco á poco su hilo, al igual que le araña, para coger su presa con el necesario disimulo.

En ese momento, y á medida que va pasando, las conversaciones varían y llega un punto en que todas se funden al unísono; Blanca es la «héroe» de la palabrería.

Su airoso tipo, su perfecto busto, sus desmesuradas caderas, la morbidez que la es característica y su natural desenfado la han hecho célebre, y no pasa por delante de casta mujer sin ser envidiada, ni ante alguna *demi-mondaine* sin reprocharla de cruel, porque la riqueza de su pedrería aterra y el lujoso adorno de su vestir cautiva.

Ellos se desviven por saludarla, y muchos hay que, aún sin conocerla, se descubren respetuosamente á su paso, para obtener un tenue movimiento de cabeza de la bella Blanca; distinción que ella otorga en la confianza de que aquellos *adiós*, son preludios de varios *¡hola!* que luego vendrán.

***

La noche va desplegando su obscuro manto, empieza á desfilar la muchedumbre, y la gentil Blanca vuelve á su carruaje, dispuesta á marchar á su *chalet* escoltada por las presas que cayeron en su *red*. Con efecto, las ruedas giran, ella se aleja y sus galanteadores la siguen á respetuosa distancia, disputándose, las más de las veces, la portezuela á que acercan sus briosos alazanes para poder recabar de ella sus fascinadoras miradas que aunque se han de pagar después á peso de oro constituyen la felicidad momentánea.

Al cabo, arriba á Villa-Blanca, apéase, cruza su jardín, llega á su *atelier* y arrójase indiscretamente sobre un *chaisse-long*, ordenando que sus doncellas principien á privarle de la impedimenta que consigo llevó. Desaparece su aparatosa indumentaria, juntamente con cuanto la enmascaraba y atraía. Poco rato después, en el lecho, repite mentalmente sus ambiciones: *lujo, riquezas, goces...*

***

Es la mañana siguiente; acaba de levantarse y, majestuosa, se asoma á contemplar los prosélitos conquistados la tarde anterior. La alameda solitaria; no está más que el mendigo que cada día al apearse del coche, le pide una limosna por Dios, y al cual siempre desprecia... Todo ha pasado.

Nadie se acuerda de ella. La ilusión no se realiza... Espera la siguiente fiesta, cree de nuevo «dar el golpe»... siempre igual. Blanca ha pasado de moda. ¡Qué remedio! Así son todas ellas...

MANUEL DE LA CARRANZA



Cuadro de MANUEL CUSÍ. *Salón Robira (Fernando VII, 59).*

AVISOS Á LECTORES

La letra de molde disfruta del mismo rarísimo privilegio que muchos *sabios* políticos: hacen más mudanzas que la empresa de Federico Debrieu y sin embargo no llegan á desacreditarse por completo. Desde sus comienzos, la maravillosa invención de los caracteres movibles fundidos, difundió el pensamiento humano por todo el Universo y, también desde el principio, viene esclavizando al juicio del vulgo que cree á pie juntillas cuanto le dicen impreso. Los libros sagrados ofrecen ya textos depuradísimos y son muchas también las guías que hay á mano para viajar con fruto por ellos. En cambio, la mayor parte de las obras antiguas de historia profana, ciencia que se aprendió á escribir en nuestro siglo, necesitan someterse al fiel contraste de la investigación documentada.

Por esto me ocurre que tal vez no estaría de más que se publicasen á menudo en revistas, boletines y diarios de mucha circulación, *Avisos á los lectores* como los que, en beneficio de los navegantes, aparecen en la Gaceta remitidos por el Depósito Hidrográfico del Ministerio de Marina. Merced á aquellas noticias, ya depuradas, todos los que en España saben leer podrían salvar, en el mare mágnum de los libros antiguos y modernos, innumerables escollos.

La fe—buena y mala;—el patriotismo exagerado; la vanidad erudita, que presume aprovecharse (como le conviene) de filones desconocidos para todo el mundo; el poco esmero, en fin, de cuantos intervienen en la formación del libro;... los plagaron de errores de toda especie, que las generaciones sucesivas van acarreando como el escarabajo sus inmundas pelotillas.

Conviene advertir que no me refiero precisamente á la relación de cosas estupendas entre las que pueden citarse en primer término los milagros de toda especie que lo son, ó lo parecen, en más de un cincuenta por ciento, á causa de nuestra gran ignorancia. Es frecuentísimo el mofarse de los escritores exageradamente piadosos, de todos los tiempos, atribuyéndoles la invención de aquellas que se nos figuran maravillas.

¿Por qué San Simeón, monje, viviría 37 años sobre una columna—dicen—privando de su *conversación admirable* á los coetaneos? ¿Para qué había de tragarse San Norberto una peluda araña, que le cayó en el cáliz, después de consagrar, y que luego echó por las narices estornudando?

Sobre que para Dios no hay nada imposible, no hemos de ser tan soberbios que neguemos desde luego todo aquello cuya fácil explicación no se nos alcanza. Y como quiera que ello sea, el relato de estos y de otros muchos maravillosos sucesos, en nada perjudica al historiador ni á sus lectores. Crea ó no cada cual, en la medida de su inteligencia y de su fe, todo lo que no es de ella, y adviertan los que no la tienen que las historias profanas están plagadas también de muchísimos milagros de incomprensible finalidad. Yo confieso que envidio la honrada conformidad de don José Daza, famoso tratadista taurino, que cree, bajo la palabra del P. Nieremberg, que un buey enseñó el credo á un rústico. Y en esto de no *tragarse bolas* (si lo son) y referir *de visu* otras, al parecer mayores, ofrece un ejemplo muy característico don Luis Zapata en su entretenida *Miscelánea*.

Dice: «Mas muy mayor maravilla es lo que me contó un caballero (no sé si como principal fué verdadero) que cayó un mozo en un charco y pienso que decía que él, y que entró tras él un ayo y perdió al entrar unas chinelas, y sacando al ahijado ya atónito del agua, sacó el moço las las chinelas de ayo puestas en los pies, jurábamelo él; mas yo no daré por este juro á catorce mil el millar».

En cambio, cualquiera ofrecería cinco duros lo menos por cada nuez de las que daban los cipreses en *la Mejorada* en tiempo del propio Zapata, que sigue hablando... «cortó tres ó cuatro nueces al través y á la larga, y siempre se hallaba la Verónica de nuestro Señor en la nuez cortada, de que fuímos muy maravillados,»...

Repito que nada de esto debería, en mi entender, proporcionar materiales para los *Avisos* que propongo.

Es sabido que abundan los centones compuestos con historias prodigiosas y entre ellas ocupan lugar preferente las que en francés escribieron Pedro Bonistan, Claudio Tesserant y Francisco Belleforest, traducidas en romance castellano por Andrea Pescioni, vecino de Sevilla.

En los *Avisos* deberían sí figurar en primer término los referentes á errores históricos ya averiguados, como lo es, por ejemplo, la noticia tantas veces impresa de que el Cid fué notable toreador. Y confieso que por otra parte me entristece bastante que la investigación erudita deshaga, como azucarillo en el agua, poéticas leyendas del género de la del Castellano de Vivar: que no me conformo, pongo por caso, con que no sea cierto que Cortés quemó sus naves y la Reyna Católica empeño sus joyas para ayudar al descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero ¿qué hemos de hacerle?; hay que conformarse con que la verdad resplandezca, y es muy posible que dentro de algunos años esté probado que Lucrecia Borgia fué dama piadosísima, excelente madre de familia y de corazón más tierno que los polvorones acabaditos de salir del horno. En cambio tampoco encuentro imposible que la crítica nos demuestre con documentos irrecusables que doña Isabel I de Castilla no pasó de ser una infeliz neurótica. No hará dos años que un sabio amigo mio me habló de ciertas curiosísimas cartas cruzadas entre aquella Señora y la Santa Sede, papeles que existen en un archivo de Venecia y que pueden proporcionar base, según él, para tales arriesgadas conjeturas.

Mientras que historiadores de esta especie escriben restando novelas antiguas, hay otros que las suman á sus historias.

El patriotismo descarriado que inspiró la formación y publicidad de los *Falsos Cronicones* tuvo la culpa también, en nuestros días, de que un escritor liberalísimo y anticlerical, incluyera en el diccionario de hombres ilustres de su región á varios de los *Santos* (?) inventados en aquellas fábulas. A los *Avisos* con ellos

Los libros de viajes están plagados de noticias disparatadas.

Escribía Humboldt el suyo por España; tomaba notas en el campo y hubo de preguntar á un rústico que acababa, precisamente, de machucarse un pie con el azadón;

—Dígame usted, amigo, ¿cómo se llama aquella venta?

—*¡La venta de la p... ñata!!* respondió el labriego como hubiese podido contestar; «vaya usted á escardar cebollinos».

Humboldt escribió en su cartera *el nombre de la venta* y así corre impreso desde entonces.

Me parece que fué Stirling quien refiere que Carlos II celebró sus desposorios en *Quintanapolla*, en vez de *Quintanapalla*, tristemente célebre en nuestros días á causa de un choque de trenes.

Existe un libro entero compuesto con las equivocaciones que hay en las obras del Cardenal Belarmino.

En otra de devoción, que por cierto se hizo rara, se lee:

«Yci l' officiant ôte sa *culotte*» (por *calotte*).

Pocos serán los lectores que no salven una chistosísima errata deslizada en la impresión de la conferencia que, en 1898, dió un notable arquitecto en su *Sociedad Central*. Véase;

... «á la manera que en la antigüedad se empleaba á los esclavos en los trabajos más penosos, y en la Iglesia primitiva á los ENERGÚMENOS para la limpieza de la casa del Señor».

En materia de etimologías es el cuento de nunca acabar, y porque este me va pareciendo largo, termino con la averiguada nada menos que por un rector de la Universidad Central:

«Por las gentes *sirias*, se dice *serias*».

¡Guasón!

EL CONDE DE LAS NAVAS

BELLAS ARTES

Manuel Cusí, el monopolizador de las galanterías de palcos, *camerinos* y *boudoirs*, ha compuesto el lindo cuadrito que figura en primera página, variación de un tema que ha pintado varias veces, con aceptación de los aficionados.

Bien se descubre, bajo el mantón de Manila, la dama aristocrática que halla en la indumentaria chulesca facil disfraz para acudir al baile de máscaras. El calor sofocante de la sala le ha decidido á quitarse la careta, descubriendo un rostro hechicero, y probando que no le ha llevado al baile el deseo de aventuras, sino la simple curiosidad. En los palcos inmediatos, otras mascaritas, con sus animadas actitudes, dan idea de la alegría que reina en el baile.

Como siempre, está bien observado y resuelto el efecto de luz artificial, cuyo estudio constituye una especialidad de Cusí.

Ricardo Brugada, que recientemente llamó la atención con su hermoso cuadro *¡Despedida!*, expuesto en el Salón Parés, después de haberlo estado en la Exposión Nacional de Madrid, donde obtuvo honores y consideración de segunda medalla, nos favorece con su primoroso cuadrito *El billete*, pretexto, más bien que motivo, para pintar explendorosamente un carmen de Granada. Nada más rico que aquel jardín exuberante de florida vegetación, cuyas masas interrumpen, con impensada oportunidad, las líneas arquitectónicas de épocas y estilos diferentes.

Y en un lado del cuadro, como formando parte de su flora, dos mujeres luciendo ricos trajes de manola, están leyendo confidencialmente el billetito amoroso que la mano de un galán deslizó furtivamente en la de una de las damas, durante el paseo.

Hay en el cuadro verdadero lujo de detalles, tratados todos con admirable pulcritud, recordando en la composición y el procedimiento la escuela fortuniana.

El otro cuadro que hace *pendant* con éste, no necesita de la firma para adivinarse en seguida que es de José Cusachs. En la estudiada fidelidad de aquel *atalage* de cuatro hermosos caballos enganchados en el lujoso *mail-coach;* en la exacta reproducción de los uniformes de la grey lacayuna, y hasta en los detalles más accesorios, compréndese que el autor está en el secreto de todos los refinamientos del *sport*, y no hay pintor en Barcelona que los conozca como Cusachs.

La escena no puede ser más típica. Mientras los amos están merendando en lo más fresco de la espesura, los criados hacen lo mismo á *conveniente* distancia, regalándose con una ronda de copas de champaña, y parodiando los imprescindibles brindis de aquellos.

Cierra el número la *Alegoría del mes de Noviembre*, de Gaspar Camps, quien da nueva muestra de su inagotable vena y buen gusto en la composición de estos sencillos temas que sabe enriquecer con las galas de una ornamentación siempre variada y siempre justa.

Francisco CASANOVAS



JOSEFINA HUGUET

No es esta la primera vez que nos cabe la satisfacción de rendir tributo á la simpática *diva* que por su talento y dotes naturales ha logrado crearse en pocos años una reputación universal. En el número 48 publicamos un artículo biográfico en que poníamos de relieve su valía como artista novel; y prueba la justicia de nuestros elogios, sus adelantos en la carrera lírica, á no dudar la más difícil y espinosa.

A lo dicho nos atenemos; añadiendo que desde entonces ha recorrido los principales teatros de Europa y América, contando por triunfos sus exhibiciones. Nuestra hermosa compatriota no es ya una promesa, sino una realidad que los públicos aplauden con entusiasmo y sancionan los críticos de mayor competencia en todos los países. Tiene distinción, pisa las tablas con gran naturalidad y arte, es bonita como mujer y posee un tesoro en la garganta, como artista.

Entre lo mucho bueno que de ella ha dicho la prensa, figuran párrafos tan encomiásticos cual al siguiente, publicado en *El Nacional* de Buenos Aires:

«Pensábamos con toda sinceridad que es materialmente imposible, dentro lo humano, que exista garganta mejor privilegiada por Dios, que ese instrumento maravilloso que podemos llamar *garganta de la Huguet.*

»Hemos oído todas las grandes cantantes, en sus épocas más felices, y en verdad que, después de la Patti, nada hay comparable con la distinguida tiple catalana.

»El sonido, el eco, el timbre de su voz es tan puro, tan dulce, tan armónico, que cuando abre sus pequeños y rojos labios dejando escapar notas distintas, brotan de su garganta en armonía sorprendentes y nítidos arpegios que llegan hiriendo el sentimiento de una manera tan íntima que, levantando el pensamiento á fantásticas regiones, parece encontrarse el espíritu lejos de la tierra, envuelto en nubes celestiales, donde los arrullos de algún sér superior, tiernísimo y misterioso, llena el alma de sublime encanto.

»Creíamos, cuando dejamos de oir á la Patti, que aquellos ecos de ruiseñores que tanto nos deleitaban habían concluído para siempre. Nos hemos equivocado. Verdad es que se va. Mas... no importa, llega la Huguet. Esta ocupará el puesto que hoy aquélla ocupa.»

El album artístico de la Huguet contiene multitud de artículos y sueltos no menos laudatorios que el que acabamos de reproducir, reservados solamente para las verdaderas notabilidades.

Reiteramos aquí la cordial enhorabuena que en aquella ocasión la enviamos, y hacemos votos fervientes por la conservación de sus privilegiadas facultades que tanto contribuyen á fomentar las glorias del arte lírico español.

***

HISTORIA DE UNA MUERTE

NARRACIÓN GRANADINA

Juana era una muchacha preciosa que vivía en Granada, querida por un joven que se miraba en sus ojos, como en el cielo de su dicha.

Granada, esa ciudad andaluza, último baluarte de los moros, no es sólo el pueblo de la Alhambra y de las leyendas, de la vega, del Generalife; es también el país de las tradiciones caballerescas en donde se conserva con no poca pureza el carácter árabe, con sus pasiones, con sus venganzas, con sus odios.

Por eso no es extraño que sus hijos conserven mucho en sus corazones de esos extremos, y que las granadinas sean tan hermosas como capaces de grandes pasiones.

En sus ojos, focos de luz y rayos que abrasan, ya se forja la chispa eléctrica que mata, ya brota la esplendorosa llama del amor que enloquece.

De hermosa cara y pecho amante, airoso cuerpo, mucha sal y un pico de oro, Juana tenía no pocos adoradores y un novio.

RAFAEL TORRE Y ESTEFANÍA



¡ Inclusero !

Tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid (1901).

Este último se llamaba Curro.

Todas las noches, muchas veces á la luz de la luna, cuando suena la hora, en Andalucía, de que las amantes parejas se comuniquen sus impresiones y se digan y se repitan sus amores, Curro se acercaba á la reja de Juana y, embozado en su capa, que terciaba con gracia, calado el sombrero y con un cigarro en la boca, rondaba, con la inquietud del enamorado, la casa de su novia. Era el palacio de sus sueños. Devoraba con la vista la reja y lanzaba al aire comprimidos suspiros. Las puertas vidrieras de la reja se abrían al cabo, apareciendo tras ella el ideal del alma de Curro. Juana se asomaba y el complemento de la dicha del mozo se realizaba en aquel punto,

Así pasó algún tiempo, siendo muchas las noches en que aquellas escenas se repitieron; pero una espesa nube vino á cubrir de sombras la felicidad de los dos amantes.

Uno que se llamaba, falsamente, amigo de Curro y que sentía un amor ciego hacia Juana, empleó para separarla del novio uno de esos medios que Satanás concibe en el averno para llevar almas á sus dominios.

La calumnia habló por su boca. Su lengua atentó á la honra de Juana.

Curro pasó por esas gradaciones que motivan á veces los falsos testimonios; no creyó en principio, dudó después y acabó por estimar ciertas las aseveraciones de su traidor amigo.

El veneno surtió su efecto. Curro sintió primero el hielo del indiferentismo y concluyó por experimentar hacia Juana repugnancia y desprecio.

Ella fué notando las variaciones de su novio.

Este, á fuerza de interpelaciones y escenas violentas, continuados altercados y todo género de acritudes, dijo el motivo de su actitud.

Las relaciones amorosas quedaron rotas.

Del idilio se pasó al drama.

¿Sería culpable aquella mujer? ¿Se ocultaría el cieno del vicio bajo el volcán de aquella mirada?

Nunca se había oído hablar de ella en mal sentido. Recta había sido siempre su conducta y muy puros los sentimientos de su alma.

Pero ¿quién es capaz de penetrar en lo íntimo de la vida de una mujer?

Las manchas de la deshonra no aparecen á veces en la mejilla con el carmín del rubor.

Todo esto y algo más pensaba Curro en aquellos momentos que antecedieron al rompimiento con su novia y se agolpaban á su mente en tropel, oprimiéndole el pecho, bajo la pesadumbre del escepticismo.

El amigo de Curro había logrado su intento.

Libre de su rival, trató únicamente de conseguir el amor de Juana, á quien suponía ignorante de la calumnia que él le había levantado ó, cuando menos, del nombre de su autor.

¡Cáanto se engañaba!

Pero su amor subió de punto al acercarse á Juana y ver que ésta escuchaba sus requiebros y admitía su amor.

Le manifestó deseos de casarse con ella en seguida y de pedir su mano á sus padres; pero Juana le dijo que era imposible porque se oponían á que se casara, añadiendo que había un medio de realizar sus propósitos: escaparse con él.

La proposición fué aceptada en el acto.

Quedó fijado el día y la hora de la fuga.

El futuro esposo de Juana buscó una casa que sirviera de nido provisional á su paloma.

Llegó el momento de la partida. Las puertas vidrieras de la reja se abrieron. Era más tarde que las otras noches. Juana apareció por allí con algo extraordinario en el rostro, que no comprendió su raptor. Se cambiaron algunas palabras. Juana se metió dentro y al poco rato abríase sigilosamente la puerta de una casa.

Una mujer cuyos ojos despedían una luz vivísima en medio de la profunda obscuridad de la noche, fué destacándose por el estrecho hueco de la entreabierta puerta. Era Juana, envuelta en un mantón negro como las penas de su alma. Aquella mujer tan interesante se cogió del brazo del rival de Curro como la sombra del pecado que envuelve á su siervo.

Así marcharon durante un rato cruzando algunas calles.

Al pasar por la plaza del Campillo, Juana, solicitó descansar un rato en los asientos de aquel paraje.

El enamorado mozo estaba fuera de sí. Había sentido de cerca el aliento de aquella mujer tan verdaderamente encantadora; había oprimido su mano contra el pecho; había hablado con ella sin reparaciones ni obstáculos. Era suya. Aquel hombre, con la respiración comprimida, ébrio, loco de amor, se sentó al lado de su amada y quiso rodear su cuello con sus brazos y hasta darle un beso en los labios, pero Juana, separándolo de sí rápida como el pensamiento, le dijo que esperase un poco porque tenía que hablarle antes de ciertas cosas.

Empezó por describirle en breves y apasionadas frases sus relaciones con Curro, la felicidad de que disfrutara con aquellos amores tan puros, tan desinteresados y tan grandes; y cuando menos lo esperaba su raptor, se encontró con que aquella víctima de la mordacidad de su lengua, de la torpeza de sus planes, de la perversidad de sus celos, cambiaba de

de tono, se erguía poco á poco con la dignidad de la virtud ultrajada y le iba echando en cara cuanto él había hecho para que se viese devorado Curro por el demonio de la duda.

Maquinalmente se desviaba de su lado el acompañante de Juana; pero ella le retuvo hasta el fin de su inesperado relato, y cuando intentó incorporarse á viva fuerza el delincuente, Juana, arrojándose á él como la herida leona de los desiertos africanos, sintiendo hervir en sus venas la sangre árabe que corre en abundancia por las venas de las hijas de Andalucía, hundió en el pecho de aquel hombre una navaja de Albacete que acariciaba tiempo hacía bajo el negro manto en que iba envuelta.

Y allí quedó él, sin movimiento, atravesado el corazón por el filo del arma homicida.

Juana dió parte ella misma á la policía de que en uno de los asientos de la plaza del Campillo quedaba un hombre, atravesado el pecho de una puñalada. Dijo que le había dado muerte ella, y expuso el motivo.

Como principal testigo, compareció Curro ante el tribunal, transida el alma de dolor y lleno de vergüenza y desesperación por haberse dejado llevar de las falsas palabras de un rival encubierto. Juana fué puesta en libertad al poco tiempo, y desde entonces, las granadinas, á los que tratan de quitar honras con la lengua, les cuentan en seguida la historia que acabó en el Campillo.

P. SAÑUDO AUTRAN

J. J. GÁRATE



RATOS DE OCIO
Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.



BODAS TRASNOCHADAS — Cuadro de JULIO BORRELL.

UMBRA

RONDEL

En la noche tenebrosa de mis viejas agonías
sólo hay hórridos fantasmas, sólo hay cantos agoreros
de volátiles infandos que pavor infunden, fieros,
mientras raudo brama el bóreas con salvajes armonías.
Bardo errátil de las sombras, al cruzar por mis senderos,
siento voces interiores, como extrañas rebeldías,
que en la noche tenebrosa de mis viejas agonías
son un reto á los fantasmas y á los cantos agoreros.
Ya más nunca entre sus manos sentiré las manos mías:
separadas nuestras almas de sus sueños lisonjeros
por un ósculo de muerte, llevan hoy distintas vías;
y en tanto ella brilla, acaso cortejada por luceros,
yo fenezco en la hosca noche de mis viejas agonías.

L. TORRES ABANDERO

Caracas.

EL VALOR DE LAS COSAS

(CUENTO DE TODAS LAS EDADES)

JUAN y Pedro tratan de negocios, que es, después de todo, una de las cosas más inocentes de que pueden tratar los hombres.

Y Pedro le dice á Juan:

—Desengáñate, chico, tu sistema de producir conducirá á la ruina á tus competidores, sin beneficio tampoco para ti. ¿Qué vas, por tanto, consiguiendo? ¿Qué empeño tienes en reventar un negocio que, llevado con más tino, puede producir ópimos frutos para ti en primer lugar, y para los que te sigan, después? A todo proyecto debes siempre darle un margen que te permita realizarle con holgura...

—Pero, ¿y las probabilidades del éxito? — replicaba Juan. — Porque no me negarás que una misma cosa á cinco, se venderá mucho más que á diez, y puesta á quince, más que á treinta... A menos de que la lógica sea para ti un papel mojado.

—¿En asuntos que se relacionen con ese niño, no monstruo, de cien mil cabezas que se llama público? ¡Pues ya lo creo! ¡Mojado y muy mojado y hasta convertido en papilla! Además, ¿por qué desprestigiar uno mismo su mercancía?... ¡Ya se encargará de eso el tendero de enfrente! A las cosas hay que darlas valor, para que el público se le dé también.

—¿Y qué valor?

JOSÉ CUSACHS



¡A LA SALUD DE LOS AMOS!

Salón Robira (Fernando VII, 59).

RICARDO BRUGADA



EL BILLETE



PLACERES DEL CAMPO — Cuadro de J. J. GÁRATE.

—Cualquiera, siempre que sea el mayor posible. En fin, yo, ahora mismo aquí te hago una apuesta que no te dejará la menor duda de la fe ciega que tengo en mis afirmaciones.

—Aceptada desde luego, porque yo también...

—Perfectamente... así me gustan á mí los hombres. Pues se trata de lo siguiente: mañana mismo convertirás en monedas de cinco duros todos esos billetes del Banco que tienes en caja y, una vez hecha tan sencilla operación, las llevarás en un cesto á la plaza para pregonarlas á dos pesetas.

—¡Sería una locura!...

—No lo creas, ó ya empiezas á darme la razón. Desde luego te aseguro que no hay nadie que te las compre. ¡Oh! el público... el público... le conozco bien. Nunca podrá figurarse que un individuo lleva su desinterés al extremo de hacer con *amore* una cosa, aunque no obtenga de ello ganancia alguna. Siempre cree adivinar una segunda intención en todo: en todo un doble fondo. Además, pregona que el gabán que llevas te ha costado mil francos, y todo el mundo le hallará excelente; di que lo adquiriste aprovechando un baratillo, y le hallarán ridículo y mal cortado. Es la condición humana. Tus monedas de oro podrán, íntegras, convertirse en papel nuevamente, si así lo deseas... No habrá quien las acepte, porque nadie podrá suponer, con ese aspecto de salud y viveza que te distingue, que estás tonto de remate. En fin, los hechos dirán...

—Pero ¿y si te equivocas y el público acude como las moscas á la miel?

—Pierdo la apuesta; te guardas la mercancía en los bolsillos y cierras la tienda.

Efectivamente: hechos los preparativos necesarios, nuestro buen Juan, disfrazado con propiedad extraordinaria de vendedor ambulante, se situó al siguiente día en medio de la Puerta del Sol, con un canastillo de monedas de cinco duros delante y en el suelo y pregonando á voz en grito, como si toda la vida no hubiera hecho otra cosa:

—¡Eh, señores! ¡Aquí! ¡al gran negocio!... ¡Monedas de cinco duros á dos pesetas!... Las últimas que quedan en España... ¡Al derroche sin igual!... ¡Por dos pesetas, veinticinco, y en oro, que tiene premio!... ¡Hoy es el último día! ¡Aprovechar la ocasión, que se van á concluir!...

En torno del extraño vendedor se formó pronto un buen corrillo de curiosos, y cada cual comentaba la mercancía de un modo distinto.

—Parecen de verdad. — decía uno.

—Sí; pero no vale la pena de gastarse dos pesetas en una baratija así, —replicaba otro.

—Hoy ha adelantado mucho la industria.

—Efectivamente; pero estas falsificaciones deberían prohibirlas, porque pueden servir para dar muchos timos.

—Ayer me dieron en el tranvía una peseta falsa... Indudablemente debería proceder de este tío.

—Habrá que dar parte á la policía...

—Y dar parte al Gobernador...

—Es que hasta el sonido es idéntico...

Y quien esto decía, hacía sonar repetidas veces en el suelo una moneda, sirviendo esta prueba solamente para que otro espectador contestara con aire de suficiencia:

—Pocas monedas de oro habrá usted tenido en las manos, cuando dice que esas suenan bien.

—Hombre, relativamente...

—A plomo, señor mío, á plomo.

—Lo que ocurre es que ahora con la electricidad, se hacen cosas prodigiosas.

Juan oía tan extraños pareceres con la boca abierta, no pudiendo comprender que la imbecilidad humana revistiese tan distintos caracteres y llegase al extremo que observaba, olvidándose á ratos de su papel de vendedor y mirando con lástima aquella cáfila de majaderos que, sólo por vanidad, por seguir la rutina del descrédito que inició el primero, despreciaban los beneficios que tenían ante su vista y al alcance de su mano.

Pedro tenía razón: al público no se le puede ofrecer demasiado á cambio de poco; se llama á engaño.

Pero Juan quería rematar la suerte y volvía de nuevo á su cantinela:

—Adelante, señores, adelante... la puerta del almacén está abierta... ¡Al negocio nunca visto! .. ¡Por dos pesetas, cinco duros!... ¡Pueden mirar bien!... ¡Son verdaderas! ¡Sin trampa ni cartón! ¡Cada una de ellas vale cien reales y se da por dos pesetas! ¡Aquí no se engaña á nadie! ¡Aprovechar la ocasión!... ¡Mañana será tarde!... ¿No hay quien quiera hacerse rico por poco dinero?... ¡Monedas de cinco duros, á ocho reales!... ¡La saliva que estoy gastando vale más!

Juan, decididamente, perdía la apuesta... Todo el mundo le consideraba sabio, inteligente, perspicaz... Nadie era tan tonto que se dejaba embaucar por un charlatán.

Cuando estaba en estos razonamientos, de entre los curiosos que formaban el grupo, salió uno que, agachándose al suelo y sin hacer la menor prueba con la moneda que adquiría, se la guardó en el bolsillo del raído chaleco, dando en cambio de ella una reluciente moneda de dos pesetas, que Juan, á su vez, la depositó en el bolso que el llamaba, irónicamente, de «las ganancias.»

¿Quién sería aquel ciudadano? Su aspecto tenía bien poco de respetable y lo mismo podría ser un estudiantillo tronado que un literato ó artista bohemio ó un tahur de la más baja estofa.

Juan, no obstante, le miró con asombro, considerándole como un sér superior, por lo menos á toda aquella cáfila que le rodeaba, embobada y maliciosa. Y hasta le resultó simpático: al fin y la postre se destacaba de la vulgaridad general y tenía mundo bastante para sufrir que le dijeran los demás, en tono de chanza:



ALFREDO SEGURA.

Autor de la pieza de música que acompaña al presente número.

—¡Buena pieza, amigo! ¡Tenga cuidado no se la roben!

—Acaba usted de hacer un negocio redondo... ¡Lástima de dos pesetas!

—¡Claro!... Con tontos como usted, prosperarán estos golfos.

—Más valía que se las hubiera dado á un pobre...

—Siquiera las agradecería...

Juan pudo creer por un momento que ante la conducta de aquel desconocido, la opinión se reharía, comenzando á vender sus monedas. Pero nada. Cada vez que alguien mostraba inclinación por la deslumbradora mercancía, los murmullos, las risitas y las bromas de los del corro le hacían desistir de sus propósitos, confirmándose una vez más que hay seres perjudiciales y que, como el perro del hortelano, ni comen, ni dejan comer.

La apuesta con Pedro la tenía completamente perdida, y en medio de una rechifla general determinó levantar el tabanque, abandonando el arroyo por las confortables habitaciones de su casa y rendirse á la evidencia: las cosas de este bajo mundo no tienen más valor que el que se las quiere dar. Todo es relativo: valor, belleza, lozanía... ¡hasta el oro!

Al día siguiente de lo narrado, Juan y Pedro, envueltos en la humareda de dos magníficos habanos, discurrían sobre los incidentes y el éxito de la apuesta.

Pedro, ante su triunfo, renunció á hacer efectiva aquélla, diciendo á su amigo:

—Te habrás convencido por tus propios ojos. Medio Madrid ha desfilado por delante de una fortuna, dándola con el pie: nadie quiere lo que cree que nada vale. Sólo has tropezado, entre tanta gente, con una persona que no se ha amoldado á la rutina. Debía ser un hombre de talento.

Y Juan, mucho más incrédulo que Pedro, le replicó:

—¡Ay, no!... ¡Un pillo!... Las dos pesetas que me dió ¡son falsas!

C. OSSORIO Y GALLARDO

JUEGOS FLORALES EN ALCAÑIZ

El día 14 del próximo pasado Septiembre se celebró en Alcañiz la culta y poética fiesta de los Juegos Florales. El teatro donde se verificó aquella solemnidad literaria, estaba brillantísimo y lleno de bote en bote. En el escenario, donde ocupaban sus asientos el Ayuntamiento, las autoridades, el Jurado y el Mantenedor, se destacaba en el fondo del trono del amor y de la poesía, bajo riquísimo dosel de terciopelo granate. En la sala, artísticamente adornada con guirnaldas, banderas y flores, lucían su hermosura y gentileza las más distinguidas señoras y señoritas alcañizanas, que constituían el mayor encanto y el mejor ornamento de la fiesta, presidida por el primer teniente alcalde don Manuel Foz y amenizada por la excelente banda de música del regimiento de Aragón.

A las 9 en punto de la noche comenzó el acto, leyendo el señor secretario del Jurado calificador el dictamen del mismo, en virtud del cual se concede el premio de honor y cortesía á la composición señalada con el lema «Amor», que lleva por título *El mejor trono*. Abierta la plica que contenía el nombre del autor premiado, resultó ser éste don Agustín Safón Durán, natural de Vinaroz, que eligió Reina de la Fiesta á la bellísima y elegante señorita María de la Concepción Foz, hija del primer teniente alcalde. La Reina, que vestía elegantísimo traje prendido de flores, se dirigió al trono del brazo del poeta laureado, precedidos de pajes y heraldos y seguidos del Jurado, á los acordes de la Marcha real y entre los entusiastas aplausos del selecto y numeroso público.

Inmediatamente se dió lectura por su autor á la poesía premiada con la Flor natural, que fué objeto de una ovación calurosísima, leyéndose á continuación muchas de las composiciones que habían merecido *accésit*, siendo todas aplaudidísimas. Por último, se concedió la palabra al Mantenedor, don Vicente Bardavío, que pronunció un notable discurso, glosando el conocido lema *Fides, Patria, Amor*, interrumpido muchas veces por grandes y prolongados aplausos. Terminado el acto, durante el cual habían recibido los escritores premiados sus correspondientes diplomas de manos de la hermosa Reina de la fiesta, se dirigió ésta del brazo también del señor Safón, á su palco, oyendo á su paso salvas de merecidos aplausos y recibiendo muchas y muy cariñosas felicitaciones.

A la una de la madrugada terminaba la brillante fiesta que sucintamente reseñamos, fiesta que vemos con suma complacencia que se va extendiendo por nuestra España, llevando á nuestro ánimo la esperanza de que puede ser verdad la regeneración de la misma.

No queremos hacer punto sin consignar que, á diferencia de lo que generalmente ocurre en otros Certámenes de esta índole, el poeta premiado con la Flor natural ha obtenido una riquísima amapola de oro, regalo del celoso diputado á Cortes por Alcañiz, don Augusto Comas y Blanco, de cuya joya valiosísima tenemos los siguientes datos: fué dibujada por el mismo señor Comas, está hecha en la casa de Marabini, de Madrid, pesa tres onzas y ha costado mil pesetas. Ese premio hace honor á la esplendidez del generoso donante, y á esa esplendidez se debe el que en Alcañiz haya obtenido el poeta premiado, además del premio de honor, un verdadero y valioso objeto de arte.

AGUSTÍN SAFÓN DURÁN.

Fot. de Germán Colón (Castellón).

* * *

EL MEJOR TRONO

POESÍA PREMIADA CON LA FLOR NATURAL EN LOS JUEGOS FLORALES DE ALCAÑIZ (ARAGÓN).

Es verdad; tu divina hermosura,
De belleza arquetipo perfecto,
Lo gentil de tu talle flexible,
El fulgor de tus ojos de cielo,
Tu sonrisa, que envidia el querube,
Tu ardorosa mirada de fuego,
La virtud con que brilla tu alma
Y las gracias que adornan tu cuerpo,
Es verdad que merecen un trono
¡Grandioso y eterno!

¿Pero acaso ambicionas, bien mío,
Por ventura tu ardiente deseo,
Quiere aquél dó se sientan los reyes
A regir los destinos de un pueblo?
No lo quieras: cual roble que troncha
El furor de aquilones violentos,
Al embate de rudas pasiones
Y al fragor de rencores siniestros,
Al romperse ese trono en pedazos
Derrúmbase al suelo.

¿Te seduce tal vez que te admiren
En aquél que refulge un momento,
Dó se sienta la reina elegida
Por el vate premiado en sus versos?
Es verdad que ese trono anhelado
De hermosura y de gracias es premio;
Pero dura tan poco su brillo,
Tan fugaz es su gloria en el tiempo,
Que parece ilusión solamente
Que finge el deseo.

Quizá á ti te deslumbren y agraden;
Pero yo, que te adoro y venero
Como adora y venera de hinojos
El creyente á su Dios en el templo,
Yo te guardo otro solio más digno
Del fulgor de tus ojos de cielo,
De tu talle gentil y flexible,
De tu rostro acabado y perfecto,
Y de todas las gracias divinas
Que adornan tu cuerpo.

Y ese solio inmutable, bien mío,
Más hermoso mil veces que aquéllos,
Para ti lo ha erigido en el alma
El amor infinito que siento.
Si te halaga ser reina dichosa
Y ejercer por los siglos tu imperio,
Ven y ocupa el sitial perdurable
De este trono inmortal que te ofrezco,
Porque supo mi amor levantarlo
Brillante y eterno.

¿No lo crees? ¿Lo dudas? Pues oye:
Cuando baje á la tierra mi cuerpo;
Cuando el alma, de ti enamorada,
A la altura remonte su vuelo,
Y la arrobe la dulce armonía
Que difunden los coros angélicos,
¡Aún allí y en el trono del alma
Seguirás como reina en tu puesto,
Ante el solio increado y divino
Del Dios de los mundos
Que brilla en el Cielo.

AGUSTÍN SAFÓN DURÁN

UN BESO

Era Carlos novelista, pero lo que se dice un gran novelista; pasábase el tiempo emborronando cuartillas, rompiendo las que escribió ayer para soñar hoy y escribir mañana otras que eran igualmente rasgadas y substituídas por nuevos pensamientos, por nuevas tintas que, más marcadas, resaltaban de una manera original en el exaltado fondo realista de aquella imaginación deseosa de fama é inmortalidad.

Concentrando la vida en un solo latido, el artista quería dar al público el ideal de sus aspiraciones, fiel pintura de su eterna pesadilla; la exposición de la lucha continua de las miserables pasiones de esa sociedad que, como él decía, tenía que darle el práctico resultado de la verdadera realidad, del materialismo más puro; tenía que ser vida, luz y color del gran problema; la última palabra de la filosofía moderna; en fin, la gran partitura de su ímprobo trabajo.

Carlos, dominado por aquella idea que, nacida al calor de su imaginación exaltada, le arrastraba al fatalismo, cual autómata, funcionando su cerebro bajo el oprimido influjo de una misma acción, degradaba su cuerpo buscando en la hediondez del vicio el punto de partida, la base de su Evangelio, el desarrollo de su Catecismo social, los rayos de luz que á torrentes tenían que iluminar sus grandes pensamientos para salir airoso de su gigante empresa.

Y el tiempo transcurría y el joven literato formaba su escéptico carácter al grado incesante de aquella voz que en lo más recóndito del alma le gritaba: — ¡Estudia, escribe, sé materialista, enseña á la humanidad el realismo, mostrando á la sociedad sus propias bestialidades y llegarás á la meta de tus ambiciones; á colocarte en el lugar que ansías. Adelante. Adelante! — Y el artista, como nuevo judío errante, marchaba, marchaba por aquel eterno sendero de lo desconocido, buscando un dato, una nota para enriquecer su obra.

Macilenta y febril su figura, decaída por el cansancio, harto gastada por el vicio, pronto abatióse, teniendo que abandonar sus rudas tareas y hundirse en la cama para reponer su naturaleza quebrantada.

Larga fué la enfermedad, enfermedad calenturienta, de pesadillas y agitado sueño, de constante delirio; enfermedad terrible en la que la vida luchó desesperadamente con la muerte.

***

Pálida, amorosa, intranquila, conteniendo el suspiro que pugna por salir de su pecho que movíase agitado, *ella* paseaba con *él* que, convaleciente, demacrado, débil, interesante, apoyábase en su brazo, hablándola, y dejando tras de sí los ecos de una conversación dulce, tan dulce como el amoroso coloquio que entablan las brisas al besar los pétalos de las flores...

— ¡Realismo, realismo! — todavía gritaba aquella honda voz; y el joven novelista aquella tarde lo buscaba, y estaba próximo á encontrarlo dentro de un molde jamás soñado por él, allí donde nunca detuvo su impetuosa marcha; porque en su constante quimera no había ni tan siquiera adivinado al amor, á este amor substituído por el amor de sus propios ensueños...

Carlos, sin saberlo, sin quererlo, buscaba con sus apasionados ojos los de su hermosa compañera que, cambiando el pálido matiz de sus mejillas por encendido carmín, nerviosa, brillando en su mirada algo de íntima felicidad, un tanto convulsa, apretaba la mano contra el pecho oprimiendo fuertemente el brazo del enfermo.

¿Qué es lo que murmuraba el artista, que ella entornó los párpados?...

Carlos, mezclando palabras de agradecimiento y eterna gratitud hacia su solícita enfermera, más loco que antes, le hablaba de su amor, de su obra en embrión, de sus ambiciosos deseos, de su porvenir brillante, de su arrepentimiento por no haberse, ingrato, fijado antes en ella, en ella que resumía todas sus esperanzas, deseos y ambiciones, y que desde aquella tarde de perfumada primavera, constituía la verdad, la realidad buscada tanto tiempo hacía y no encontrada; la definición de su descabellado problema... ¿Cómo fué?

Solos, en aquella frondosa alameda, acompañados por los murmurios de indescriptible cadencia que entonaban, columpiándose, las ramas por donde deslizábanse los indecisos rayos de un sol que finía, el joven novelista ciñó con un brazo el esbelto talle de la muchacha, y pasional, reventándosele el pecho de emoción, depositó un beso en los rojos labios de ella que, azorada y gozosa, feliz y agitada lo aspiró febrilmente, como preludio con que anunciábase una nueva vida de halagüeñas dichas y encantadoras esperanzas...

***

Un beso, tal fué el título de su obra, encarnación pura de la realidad, pintura fiel de aquel mundo de ideas encontradas, de aquella peregrinación en busca de la verdad, de aquellos locos ensueños nacidos al calor del escepticismo y de la filosofía moderna... todo derrumbado ante el reciente recuerdo de aquella tarde en que nubes de aroma perfumaban el ambiente é indecisos rayos de sol quebraban las hojas, dando al cuadro los colores y tintes de la acuarela.

Julián ANDREU ALABEDRA

Composición y dibujo de J. Passos.

COMBATE DE TRAFALGAR

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Por el *Tratado de San Ildefonso*, tan funesto para nuestro país, España debía entregar á Francia quince navíos de línea y veinticuatro mil hombres, viéndose arrastrada á las guerras que la ambición de Napoleón Bonaparte promovía por todas partes. Este fué el genio malo de la vieja Iberia, pues ya combatiéramos á su lado, ya peleásemos en su contra, el daño fué siempre para nuestra querida patria.

El 21 de Octubre del año 1805 tuvo lugar el famoso combate naval de Trafalgar, en que sucumbió la marina española por ineptitud del Vicealmirante francés Mr. Villeneuve.

El día 19 empezó á salir de Cádiz la escuadra aliada, compuesta de cuarenta velas, dispuesta á luchar con la inglesa, que en número de treinta y tres y al mando del experto marino Nelson, la aguardaba. La franco-española, si contaba mayor número de barcos, llevaba menor número de cañones, carecía de una tripulación tan instruída como la inglesa, y de una dirección única.

Mandaba la vanguardia de los aliados nuestro general Alava, la del centro Mr. Villeneuve, la retaguardia Mr. Dumarois y la reserva Gravina.

Sin que nadie pudiera explicarse la causa, Mr. Villeneuve alteró el orden de batalla concertado con Gravina, ordenando una virada en redondo que convirtió la vanguardia en retaguardia, é impidió á Gravina operar libremente con sus buques, acudiendo, como don Alvaro de Bazan en Lepanto, en auxilio ó apoyo de aquellos que lo necesitasen.

Dícese que Villeneuve, celoso de nuestros marinos y temeroso de Napoleón, buscó en Trafalgar no un triunfo, y sí una hazaña ruidosa; sin pensar que Bonaparte, acostumbrado siempre á vencer, no le perdonaría una derrota.

El célebre Nelson, que á costa de su vida había de ganar el combate, atacó valientemente la vanguardia para cortar á la escuadra franco-española el paso á Cádiz, ordenando que cortase la retaguardia por el undécimo barco.

Empeñada la lucha en tan tristes condiciones, y dispuesto por Mr. Villeneuve que no se hiciese fuego hasta tener muy cerca las naves contrarias, no pudieron impedir los aliados el corte de la escuadra franco-española

Entonces comenzaron los actos de valor que intentaremos reseñar.

Del navío *Santa Ana*, quedaron fuera de combate el general Alava y el capitán Gardoquí, con un inmenso número de oficiales y marinos.

El *Trinidad*, con 60 pulgadas de agua, tronzados los mástiles, deshecha la arboladura, tenía la cubierta llena de cadáveres.

El *San Agustín* sufrió tres abordajes, y al tercero ya no contaba con fuerzas que oponer á las del enemigo.

El *Neptuno*, mandado por el bizarro Valdés, viendo que Mr. Dumarois, bajo cuyas órdenes le habían puesto, no pensaba en pelear rompió la disciplina y se lanzó al combate, cayendo herido de gravedad, y con él su segundo, y 98 de sus hombres muertos y 146 heridos.

El *Príncipe de Asturias*, atacado por cinco navíos ingleses, perdió á los valientes Gravina y Escaño; y el *Bahama* al indomable Galiano.

El inmortal Churruca, que al ver el cambio del plan de batalla había exclamado: «Mr. Villeneuve no conoce su obligación, y nos compromete...» vése cercado en su navío *San Juan* por seis barcos ingleses, y sin pensar que la arboladura cae en pedazos y que la cubierta es un cementerio, manda como un jefe y pelea como un soldado.



Una bala de cañón le arrebata la pierna derecha, y grita blandiendo la espada: *Esto no es nada Siga el fuego. Clavar la bandera...* y cae ¡para no levantarse más! El *San Juan* tuvo en la acción 152 hombres muertos y 243 heridos. Su casco, llevado á Gibraltar, era considerado como una reliquia, y los ingleses no permitían visitar la cámara en que murió D. Cosme Damián Churruca sino á personas de la *más* alta distinción.

El navío *Menorca* perdió la arboladura, y se anegó.

El *San Ildefonso* quedó por completo destrozado, y el *Argonauta* se sumergió al día siguiente del combate.

Nelson, herido en el brazo izquierdo por una bala que la atravesó el pecho perdió la vida, pero ganó la batalla.

Mr. Villeneuve perdió la batalla primero, el nombre de buen capitán después y, por último, la vida, que se quitó en Rennes á consecuencia del desagrado de Napoleón.

Además de los citados, perdimos en Trafalgar á hombres de la valía de Cisneros, Alcedo, Moyna y Castaños, y con ellos 1022 hombres muertos, 1383 heridos, tres navíos que hizo prisioneros el enemigo, tres que se fueron á pique durante la acción, y cuatro que se estrellaron en la costa, batidos por un furioso temporal que se desencadenó.

De la escuadra aliada tan sólo cuatro navíos salieron sin un balazo en su arboladura ni en su casco... ¡y los cuatro eran franceses!

Un sólo contralmirante faltó á sus deberes militares desapareciendo del combate ¡y fué el francés Mr. Dumarois!

No citaríamos estos *hechos* si la parcialidad de Mr. Thiers en su *Historia del Consulado y del Imperio*, pretendiendo dañar el honor de nuestros bizarros marinos, no nos obligase á ello; y conste que el relato que hacemos de este combate está tomado de un historiador italiano, de Marliani, en su obra *Trafalgar. Vindicación de la Armada Española.* Reconocemos sin violencia y proclamamos gustosos el valor de que en este aciago combate dieron pruebas el contralmirante francés Magon, y los capitanes Courrege, Beaudoin, Poulain y Camos, que con su heroica muerte salvaron y enaltecieron el honor de su bandera.

Aun derrotada, la batalla de Trafalgar es una de las páginas más gloriosas de nuestra marina de guerra. Allí ningún buque español pensó en huir, ni un sólo hombre, oficial ó soldado, trató de abandonar su puesto. *¡Todo por la patria!* Esta fué su divisa. ¡Murieron, pero con honra!

El talento del insigne artista don Francisco Sans, pintó una de aquellas escenas de lucha y desolación en las que la muerte acechaba á los nobles hijos de España, ora por el cañón, ora por el naufragio. El cuadro con que honra sus páginas ALBUM SALÓN valió á su autor una medalla, y ser adquirido por el Gobierno con destino á el Museo Nacional de Pinturas.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



ALEGORÍA DEL MES DE NOVIEMBRE



Cuadro de V. CLIMENT. — *Salón Parés.*

ALUCINACIÓN

Era la una de la madrugada. El silbato de la locomotora hendía el aire, con lastimera cadencia, anunciando la proximidad de una estación.

Apoyada la frente ardorosa en el cristal de la ventanilla, empañado por el frío, Fortunato veía pasar vertiginosamente la tierra manchega, experimentando una indefinible sensación de melancolía al reconocer los menores accidentes del campo desnudo, que blanqueaba la luna llena de Diciembre.

Hacia el Norte iban brotando una á una, en la obscuridad, las luces de Secallanura, ciudad queridísima del viajero, en la que había pasado su juventud que terminaba demasiado pronto.

Fortunato pasaba por el momento crítico de la vida. Iba á ocupar un puesto en la lucha por la conquista del porvenir, abandonado á sus propias fuerzas, y el desconocido enemigo, que se deja vencer poco á poco, preparando traidoramente el golpe mortal, siempre inevitable, escapaba á las exploraciones de su pensamiento, como aquella masa de sombras donde la locomotora se hundía y que se presentaba persistente al cabo de leguas y más leguas devoradas por el monstruo.

Así aparecía el problema de la existencia ante el joven viajero, dueño sólo del momento presente: tenebroso enigma que contrastaba, por su mutismo, con el abigarrado tropel de recuerdos que, francamente, reían ó lloraban.

Tres meses antes, siendo también la hora en que el nuevo día nace lleno de incertidumbres, Fortunato oyó silbar el tren desde un rincón de la ciudad que ahora parecía avanzar á su encuentro; pero entonces lo oyó amortiguado por la distancia, como un alerta en medio del gran silencio de la noche. Era la vida que pasaba á gran velocidad, arrastrando un montón de seres desconocidos, mientras él, Fortunato, velaba junto al lecho de su padre agonizante.

Aquella noche, como ésta, iría el tren lleno de viajeros dormidos; acaso alguno, desvelado por sus penas ó por sus negocios, miraría con indiferencia el pueblo, que parecía entregado al sueño, sin pensar que allí se estaba desenlazando, una vez más, el drama de la vida. Y ¡quién sabe! quizás ahora, en muchas casas donde la visita de la muerte tendría de pie á sus habitantes, oirían éstos el quejumbroso lamento de la locomotora y pensarían, como pensó Fortunato, en la dicha de huir á países indeterminados, con el cerebro vacío, dejando en aquel pueblo el pensamiento torturado por los eternos minutos de angustia.

***

Cuando el tren se detuvo en la estación de Secallanura, Fortunato bajó el cristal y sacando la cabeza por la ventanilla pudo, al fin, hartar sus miradas hambrientas: quería devorarlo todo en los escasos minutos de parada, saciarse de la impresión que le produjeran aquellos lugares que el tren había puesto á su alcance por un momento y de donde iba á arrancarlo, tal vez para siempre, con una velocidad brutal.

Hacía un frío agudo. El andén estaba casi desierto, pues solo allá lejos, hacia el furgón de los equipajes, veíanse algunos bultos que proyectaban sobre las losas sus sombras deformes.

Frente al departamento donde iba Fortunato se destacaba la cantina, iluminada vivamente: el joven reconoció á una mujer gruesa, que bostezaba tras el mostrador, y á dos fogoneros secallanurenses, que jugaban al dominó en una mesilla colocada junto á la estufa.

A la derecha, entre la estación y los retretes, divisábase un paseo de álamos tras la verja que flanqueaba los carriles de maniobras, y al otro lado de la alameda se cuajaban las sombras de la población, mostrando únicamente un esquinazo lívido donde ardía un quinqué de petróleo.

Fortunato se asomó á la ventanilla del lado opuesto. Por allí corría más libremente el cierzo seco, afilado como una navaja del país; pero él sentía un doloroso goce recibiendo en la frente, congestionada de recuerdos, el choque frío de aquel airecillo manchego que purificaba su piel humedecida por las brisas del Mediterráneo, pegajosas y tibias.

Sin embargo, al oir el pito del conductor y los tres golpes de campanilla, espaciados como el toque á *Sanctus*, Fortunato volvió á levantar el cristal y, recogiendo los pliegues de su manta de viaje, envolvióse en ella tiritando.

Ya en marcha, cuando el tren brincaba sobre las agujas de la vía, una fuerte bocanada de aire en la nuca hízole volver instintivamente la cabeza, al tiempo en que un hombre cerraba de golpe la portezuela.

Aquella aparición brusca sobresaltó un poco á Fortunato.

El recien llegado, después de darle las buenas noches, se puso á colocar su equipaje en la redecilla del departamento y Fortunato tornó á dirigir la mirada á través del cristal, explorando el horizonte donde debía surgir, hacia el Norte, algo que le interesaba mucho.

***

El cementerio de Secallanura apareció á lo lejos, como una cinta blanca que cortaba la penumbra extendida sobre las tierras en barbecho. Allí dormía el padre de Fortunato, aislado en medio de la majestuosa planicie por cuatro paredes encaladas que reflejaban los resplandores de la luna y parecían pregonar la pequeñez de toda obra humana.

Fortunato alojó en su espíritu, preparado voluptuosamente para recibirla, la emoción honda que esperaba, mezcla de piedad, de remordimiento y de pena. Había aguardado aquel momento para dar una satisfacción al padre difunto, acusándose de no haberle amado lo que debía hasta que la muerte lo arrebató de su lado. Los menores disgustos que le hizo sufrir en vida, á veces involuntariamente, pesaban ahora en su conciencia como pedruscos de plomo.

Tres meses antes, cuando ocurrió la desgracia, el huérfano quedóse atontado, sin poder llorar, y los sollozos que adeudaba al muerto subían, al fin, á su garganta amargos y extranguladores.

Hacía grandes esfuerzos de imaginación para provocar el llanto, mirando con ojos muy abiertos, insistentes, la cinta blanca del cementerio que se había acercado un poco, ensanchándose al tomar la paralela del tren. Consideraba el abandono en que yacía aquel cuerpo, tan atendido cuando en él se iba paralizando la vida: el espantoso arrinconamiento de la máquina humana que ha dejado de funcionar. Allí quedaba lo que fué origen de su existencia, en un agujero perdido en la llanura, mientras él era arrastrado vertiginosamente hacia la lucha inevitable de cada minuto para conquistar el derecho á vivirlo.

Pertenecía Fortunato á la maldita generación contemporánea, que busca en el positivismo la explicación de todo lo que no comprende y, aunque no se creía poseedor de la negación racional y absoluta de Dios, su cerebro estaba cerrado á la consoladora creencia en un destino ulterior de los seres.

Aquella noche, sin embargo, hizo esfuerzos para anonadar su inteligencia especulativa en la fe infantil de tiempos que ya veía muy lejanos y, alzando los ojos hacia la bóveda del firmamento, donde se atropellaban unas nubecillas blancas, dirigió, no á Dios, á su padre, que quería suponer allá arriba, una plegaria sin palabras que brotaba de todo él; promesa de ser siempre bueno y afrontar las obligaciones y responsabilidades que sobre él pesaban, siendo el apoyo de la familia que dejó el muerto, á la que debía sostener con la dignidad debida al nombre del que ya no era un montón de huesos perdido bajo tierra, sino un espíritu invisible que llenaba el espacio.

Ante esta grandiosa aparición, digna del pensamiento que la concebía, abarcándola entera sin las tercerías de la retina, se le desató á Fortunato el nudo que le oprimía la garganta, y el llanto puso un velo entre sus ojos y el firmamento. Al fin, conseguía llorar; pero por sí mismo, compadeciéndose al verse preso en la pequeñez de la vida.

***

De pronto su cuerpo experimentó una sacudida brusca, al sentir que una mano se le apoyaba en el hombro y caía en su oído, como tenue soplo, esta frase de inmensa y cariñosa piedad:

—¡Pobre hijo mío!

El viajero que subió al tren en Secallanura acababa de sentarse frente á Fortunato. Este encontró muy natural que su padre — porque era él — no vistiese correctamente de negro, como el día que lo enterraron; hubiera sido impropio: llevaba el traje de casa, un traje de color plomizo, muy usado, que la viuda había descosido pocos días antes.

Hablaron con el pensamiento, porque el ruido del tren únicamente les hubiera dejado entenderse á gritos.

—¿No me esperabas?

—Al contrario; te he llamado y sabía que ibas á venir; me lo dijo tu espíritu cuando acabé de orar. He llorado, ya sabes...

—¡Pobre Fortunato! Yo supe que pasabas hoy; te sentía llegar desde que cayó la noche; la trepidación de la tierra, batida por las ruedas del tren, me comunicaba su estremecimiento, cada vez mayor, indicándome que te acercabas á mí. Cuando rasgó el aire el silbido que exhala la máquina al cruzar el camino del cementerio, vine. Aquí me tienes.

Fortunato sentía las palabras de su padre envueltas en una mirada triste, la misma, de enfermo conocedor de su fin, que tuvo durante los últimos días de su vida.

—¿Vas á Madrid, verdad?... Ya sé que sientes miedo y cansancio antes de comenzar la lucha. ¡Eres digno de compasión! Tu juventud, sin ilusiones y sin fe, es una carga muy pesada, y de buena gana te dejarías caer en el surco sin dar un solo paso.

—Sí; la vida me da miedo, padre. ¡Llévame contigo!

—¿A dónde?

—No sé... Allá lejos... Donde tú estés.

—¡Pero, si yo no vivo! Verdad es que tú no puedes comprender esto.

—Sí, lo sé: el descanso eterno, absoluto. Cuando sobreviene la muerte, no experimentan el cuerpo ni el alma más sensaciones que antes de haber nacido.

—¡Bah! Eso ya lo dijo Plinio, fíjate bien, ¡cuando vivía! Por eso dudas y quieres que te lo confirme un muerto. Si yo te dijera que la vida es un afán inútil, seguido de una anulación completa, ¿qué habrías adelantado? Unicamente el gran tormento de saberlo. Pero yo nada puedo decirte, porque no vivo.

—Entonces, ¿cómo estás aquí?

—¡Ah, iluso! Yo no puedo estar aquí ni en otro lugar de la tierra: mis restos se quedaron allá abajo, en el cementerio de Secallanura; lo demás, que crees mi sér, (¡mi sér... qué disparate!) está en tu pensamiento, ó mejor dicho, soy tu pensamiento mismo. ¡Adiós!

Por la ventanilla pasó una sombra. Fortunato siguióla con la mirada y sólo vió una casilla de guardavía, entre dos acacias, que resbalaba hacia la cola del tren. Era la alucinación que se iba.

La cinta blanca del cementerio se fundía en la penumbra de la no-



HONORINA POPOVICI

SOPRANO DRAMÁTICA EN LA ACTUAL TEMPORADA

DEL GRAN TEATRO DEL LICEO

che. Sólo quedó la gran sábana de tierra caliza desarrollándose en ligera ondulación, al paso del tren.

Las nubecillas filamentosas que blanqueaba la luna, confundían en el suelo sus sombras con la del humo que la chimenea de la máquina echaba á borbotones, y una y otra vestían de misterio las lejanías del paisaje.

Fortunato dejó de mirar al exterior. Su compañero de viaje roncaba en el ángulo opuesto del coche, con ese sueño intranquilo del viajero, inconsciente de la distancia que recorría. Era un cuerpo abandonado del pensamiento, que iba á recogerlo algunas leguas más allá, en otro país á donde el tren lo transportaba velozmente.

Secallanura habíase quedado atrás, en las tinieblas de la distancia recorrida; delante continuaba la noche encerrando en sus entrañas negras otros pueblos, y el tren seguía su marcha veloz á traves de los campos dormidos.

Nicolás de LEYVA

BELLAS ARTES

El lector que haya tenido la galantería de seguirnos en estas breves revistas, habrá ya colegido nuestro afán de evidenciar todo cuanto constituye tipo ó revele algún mérito particular, haciendo abstracción de escuelas ó, mejor dicho, elogiando lo mejor de cada una. Somos eclécticos por vocación y creemos que la crítica viene obligada á serlo sistemáticamente si no quiere caer en lamentables injusticias.

Pero confesamos que nuestro gusto se inclina con preferencia á aquellas obras que, esclavas de la naturaleza, á la naturaleza sacrifican personalidad, estilo, concepción; concretándose á seleccionarla para hacer surgir la belleza de la naturaleza misma.

Además, creemos que todos los procedimientos son buenos para la consecución de la verdad. Entre los procedimientos y nuestro juicio, siempre habrá de por medio el espejo inapelable del natural. El artista sano se sirve siempre de los que convienen á su temperamento y á la necesidad de transportar íntegra su visión á la tela.

Es lo que ocurre con el notable pintor V. Climent. El profesor de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona expuso hace algún tiempo en el Salón Parés el hermoso pastel que copiamos en la primera plana de este número del Album Salón.

Desconocido aún para nosotros, nos sorprendió por el extraordinario dominio de un procedimiento que tan pocos prosélitos cuenta en nuestro país, debido tal vez á la equivocada creencia de los compradores, de que este género de pintura se deteriora con facilidad. Y nos sorprendió, precisamente porque, sin conocer de antemano al artista, se nos presentaba con el aplomo y seguridad del que está en plena posesión de sí mismo.

Recordamos los favorables juicios que mereció á la prensa y al público, en general, por el correcto mecanismo, que presta notable calidad á las blancas telas que cubren la deliciosa figurita de la niña y los accesorios del fondo; y la cuidadosa manera de estar tratadas las carnes, modeladas con escrupulosa conciencia.

El señor Climent ha dado una prueba indudable, con este hermoso estudio, del dominio que ha alcanzado en tan difícil género de pintura.

Del maestro José María Tamburini es el cuadro que figura en la doble página y que debemos á la amabilidad de don Pedro Robira.

Florecillas del campo, es una nueva manifestación de este culto artista, que tiene el talento de poetizar los más sencillos asuntos. En este cuadro, como en todos, descubre su talento colorista en alto grado, y su aristocrática manera de componer.

En los primeros días del mes corriente se dió á conocer al público barcelonés el artista uruguayo don Manuel Larravide, llamando la atención por la originalidad de sus marinas.

Su verdadera especialidad es la pintura de buques de guerra, que copia con singular fidelidad y competencia. Así lo demuestra con el *Crucero Río de la Plata* que tenemos el gusto de publicar en este número, donado, como decimos en otra parte, á la benéfica institución de la Cruz Roja. Cuida con especial cariño los celajes de sus marinas, y en la tonalidad de las aguas sabe sorprender la infinita variedad que ofrece la naturaleza.

En estos momentos en que el Congreso pan-americano se hace intérprete del movimiento de simpatía que se produce en los países que fueron América española, simpatía á que los españoles corresponden con igual fervor é intensidad, no deja de ser oportuna la aparición de un artista uruguayo de las cualidades del señor Larravide. Nosotros quisiéramos que esas manifestaciones artísticas de allende los mares se repitieran con frecuencia, para que los lazos artísticos, que son siempre los más nobles y desinteresados, completaran la unión moral reanudada entre la madre patria y sus hijas emancipadas.

Pero quisiéramos, además, que sus cuadros, sus obras de arte, fueran representación de la hermosa y exhuberante naturaleza de sus países; que no vinieran á buscar sus asuntos á esta gastada Europa, que nos sabemos de memoria; que nos trajeran, en fin, algo de la virginidad de la vida nueva que en el continente americano se está desarrollando.

Sólo así lograrían hacernos apreciar y estimar su arte propio, como en parte han hecho ya los norte americanos.

Francisco CASANOVAS



La caza de patos. — Cuadro de José M.ª Marqués.

Adquirido por la Diputación Provincial



El estanque. — Cuadro de José M.ª Marqués.

AL AIRE LIBRE

La escena es en Sevilla, y en una tarde de Abril. Dulce y lento, se pone el sol dejando una vaga luz, inspiradora de nostalgias y somnolencias, suavizándolo, armonizándolo todo, los ángulos de los edificios, los torcimientos de las calles, el negro verdín de los muros y las torres...

Allá, en Triana, por una puertecilla de la calle de Pages del Corro,—una puertecilla microscópica, contrahecha, como por un gesto horrible de dolor—va saliendo *Guingo*, gitano andrajoso, negro, de angulosa faz y ojos negros también, enormes, como bocas de abismo. El gitano tira resignadamente de una cuerda. Después de salir toda la cuerda, cuando *Guingo* está en medio de la calle casi, empieza á salir por la puertecilla dificultosa el hocico mustio de una burra, á cuya jáquima está atado el extremo de la cuerda, de la que *Guingo* tira siempre. Sale el hocico de la burra, sale el cuello de la burra, empieza á salir la burra, macilenta, inverosímil, con el aparejo que es un dolor, de sucio, de roto y de los girones que le cuelgan. Sale la burra al fin. Detrás de la burra, va mostrándose *Guinga*, una gitana derrotada, con las greñas flotando como los girones del aparejo, sucia, con un pañolillo roto al talle, y un zurrón mugriento á la espalda por donde asoma *Guinguillo*, desnudo, negro también, negro para que nada pueda decirse del honor del nombre. *Guinga* empuña una vara muy regular, y no se sabe si es para hacer andar á la burra ó para apoyarse ella.

Los transeuntes se detienen al ver el típico grupo, soltando cada cual su retruécano y su risotada. Aunque no quieran, tendrían que detenerse, porque *Guinguillo*, berreando por cierto como un demonio con los brazos tendidos hacia la puertecilla, como despidiéndose de alguna cosa muy amada que dejase en el noble hogar; *Guinga* levantando el garrote sobre la burra, el cuello estirado de la burra, el hocico tendido de la burra, el cordel en tensión, atado al hocico, los brazos del gitano tendidos, y el gitano tendido casi también... tendido de espaldas para hacer hincapié y que la burra ande, todo esto, lo comprenderéis de más, forma una barrera larga, tan larga, que coge el ancho de la calle. A uno y otro lado de la barrera, van formándose otras dos de curiosos, guasones, bullangueros, alegres, finos hasta cortar el aire con la intención de un Miura, y la gracia del mundo, que así son las gentes de *abajo*, de Sevilla la sin par.

Nadie tiene prisa; el espectáculo es de un atractivo inmenso. La burra, cansada á no dudar del mundo vano y de sus pompas, ha resuelto al fin no moverse.

—¡Jarre!—dice *Guingo* con una melancolía que llega al alma. Pero la burra no da un paso, parece de piedra.

—¡Jarre!—repite *Guingo* resignadamente. Y la burra continúa inmóvil, por más que el gitano tira.

Levanta *Guinga* el garrote con intención siniestra; pero la detiene *Guingo* con un grave ademán, diciendo á la vez en tono de duda:

—No le endilgue; aspérate, que voy á ve si sarrima á la rasón con un chorro e palarbaz mu bien icha.

—No jará caso,—murmura la gitana con mal gesto,—metía paese: ¡si no tié doz deo je luse e ner sentío!

—¿Tenerá argun pique?—pregunta el gitano muy inquieto. Y sin preocuparse de lo que el alto discurso de *Guinga* pueda opinar, ni de las risas y los comentarios del cónclave eminentísimo, se aproxima á la burra, la coge el hocico, se lo alza amorosamente y echándose luego para atrás, se pone en jarras mientras el hocico de la burra va cayendo otra vez como tallo triste de flor. Y así, en jarras, encorvándose dulcemente, á la vez que la burra va inclinando la cabeza llena de pensamientos graves,—aunque *Guinga* afirme con su venalidad de hembra que allí no hay dos dedos de luces,—le habla en este sentido, con muchos y muy diversos tonos, desde el patético al trágico, según los muchos y diferentes sentimientos que va á su parecer despertando en la burra:

—¡Probetica! Amo ja ve; ime la verdá: ¿Ez que hay argun pesá en tu arma? ¿Ez que hay argun luto en tu familia? Si tié jarguna congoja e cuando en cuando ¿no te consuelo yo en seguía con tó este queré e mi sojo? Irlo, onseya e miz pensamiento ¿Quién tié, como tú, un pasá tan esente? ¿Quién te carsa? ¿Quién te peina? ¿Quién te pone dientez nuevo en cuantico te jase farta? ¿Quién te pule e ner Prao San Sebastián toitico lo jabrile, y quién guerve y te merca pa darte otra vé er grao e mosita, y por qué mi pecho se estrosa si no te tengo e ner caló de junta mi vera?...

La burra, conforme hablaba el gitano, fué hundiendo el hocico en tierra, hasta meterlo entre sus pezuñas, como si en realidad alguna preocupación pesase sobre ella; sus ojos sin vida, medio cerrados, miran con tristeza las piedrecillas del arrecife; por sus lomos hundidos, que se ornamentan con mataduras y bultos misteriosos, en artístico tropel, corre con frecuencia un temblor extraordinario; sus patas enclenques, dóblanse como de no poder resistir las razones de *Guingo;* quiere menear el rabo para contestar sin duda como Dios le dé á entender al digno discurso, pero el rabo, como sujeto por una superior voluntad invisible, permanece inmóvil. Ni un leve movimiento de las orejas, indica tampoco la posibilidad de que haya oído.

—¿Lo ve tú?—grita la gitana coléricamente,—¡se está cayá!

Guingo, con una dignidad que le hubiese envidiado cualquier grande hombre, amonestó así á la burra gravemente:

—¡Te creí una persona de entendimiento, pero ar fin mas convensío de que ere ¡una burra! ¡Jarre, burraaa!—Y tira ¡ay! pero la burra queda inmóvil. El público ríe, silba, aplaude con entusiasmo; un mocito trianero le dice á *Guingo*, de pronto, con mucha seriedad.



FLORECILLA

AMBURINI



S DEL CAMPO

Salón Robira (Fernando VII, 59).



Carbonero en la bahía de Montevideo. — Cuadro de Manuel Larravide.

—¡Vaya un bicho retozón, compare. ¿Se vende?

Guingo no le responde; acaba de recibir una herida en el pecho, herida moral se entiende, pero que está matándole. Una mozuela ha exclamado en tono de zumba, riendo como un ángel:

—¿Pero como va á andá, tio *Guingo*, si eso e juna ansiana?

—¿Ansiana?—dice indignado,—¡ascucha, ascucha, qué heregía!... ¿Pos y esa elegancia y garbo? ¡Míralo! ¡Si la inosensia e la poca edá le briya en lo sojo! Pero es que la probe está un poquiyo achantá, con tó esa gente que la mira con tanto escaro!—Y añade iracundo, dirigiéndose á la multitud:

—¡Irsus! ¿Sa puesto aquí acaemia?...

En el mismo punto, el mocito trianero se aproxima á la burra como para pasarle la mano por el lomo, y entonces el gitano, poniéndose de un brinco entre la burra y el mozuelo, exclama deteniéndole con trágico ademán:

—¡No la jurgue, que se cae!

Sin preocuparse de las risas de la multitud, *Guingo*, impávido otra vez, tira de la cuerda, ¡ay! pero no hacia fuera, sino volviendo á la casa. Tira, diciéndole á la burra en tono mimoso:

—¡Jarreeee, puñao e claveleee!

La burra da un paso, uno nada más, *Guingo* suspira, y añade hablando ahora con la gitana en voz misteriosa:

—¡Achúchale un poco, *Guinga!*

Guinga achucha, *Guingo* tira, *Guinguillo* berrea, la burra está inmóvil, los mozuelos retozan, los muchachos gritan, la multitud se disuelve... El sol se pone... Abril con todas sus galas esparce su aliento embalsamado de heliotropos y jazmines; y este perfume, con el de azahar que se escapa de los naranjos, penetra en los pulmones y en el corazón, como beso risueño dulcísimo, de no se sabe qué boca fresca y enamorada.

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

MI MOZO Y MI MOZA

(Crónicas vulgares).

Mucho tarda. Los minutos son siglos cuando está el corazón interesado en una empresa... No he debido citarla en un café. Al hacerla ayer entrar en aquel que hallé al paso, se colorearon sus mejillas. Es tímida y le avergüenza el bullicio.

¡Pobre muchacha! Si no me sintiese enamorado de veras sería un infame... Las once... ¡y no viene!... En medio de todo, es mejor que la haya citado aquí. Esto es como mi casa... Me entretendré hablando con el camarero... ¿Qué hay, Mariano?... Para ti es el mundo.

—Y para usted la carne, como dicen, señorito.

—Vamos; no te quejes; te pasas la gran vida. Tienes un oficio alegre.

—Hay de todo. Los camareros somos como los enterradores, salvo que ellos viven indiferentes en medio del dolor y nosotros en medio del dolor y de la alegría.

—Filosófico estáis.

—Perdone usted, señorito; pero es así. Yo soy bachiller, y como además en este pícaro oficio se ve tanto y se trata tanta gente y se oyen tantas cosas... y luego, que como á veces sobra tiempo y uno lee la prensa...

—Tienes razón, Mariano. A ti se te puede perdonar hasta el que seas bachiller. Te reconozco el que seas bachiller. Te reconozco enciclopedia; todos los sabios debieran ser por lo menos media docenita de años mozos de café. Así sabrían algo de la vida.

—Diga usted que sí, señorito; esto es un mundo. Más de veinte años hace que soy camarero. Antes de llevar los que llevo en este café, serví en otros. Por el café pasa todo el mundo. Porque, ¿quién no ha ido una vez al café? ¡Ay, señor, como del agua, de ningún café puede decirse «en este café no entraré». Cuando no un negocio, nos haría entrar un accidente inesperado, una aventura cualquiera. Esta es la fábrica de todas las cosas humanas. En un día se ve más aquí que en otras partes en un siglo. Estas mesas son pizarra en que todo está escrito. Los hombres de negocios las llenan de cálculos... ¿No se ha sentado usted nunca delante de una operación aritmética?... Se olvida uno á veces de limpiar y no borra los miles del acaudalado ó las cuentas difíciles del estudiante ó los millones del proyectista. Los poetas llenan el mármol de quintillas; los dibujantes, de monos; los militares, de croquis de batallas; los constructores, de planos; los viajantes, de mapas; los políticos, de combinaciones ministeriales; los inventores, de diseños; los desocupados, de charadas y de jeroglíficos comprimidos. Sólo los enamorados son discretos y nada escriben en ellas; pero sí sobre ellas. ¿Usted sabe el número de cartas que se escribe durante un año sobre la mesa de un café? Con esas cartas podría formarse un libro en que no faltaría ningún modelo: desde la de amor más tierna, hasta la de desafío más furibunda. ¿De quién no ha sido alguna vez la mesa de café, mesa de oficina? Aquí se estipula contratos, se hace el plan de libros y periódicos, se concierta bodas y se

fragua crímenes. En cada mesa se sucede la humanidad en un día... El oficio es alegre, alegre... ¡de todo hay!... En una misma mesa he visto en pocas horas suspirar, llorar, reir, regañar, reconciliarse, discutir temas científicos y disputar sobre lances de toros, arrullarse y jurarse odio, abrazarse y besarse y acometerse, meditar profundamente y profundamente dormir, moverse con inquietud, y permanecer inmóvil y estirado como una estatua; he visto tirar el oro y escatimar el céntimo, dejar entero el *biscuit glace* de los postres y devorar ansiosamente la media tostada de abajo; he visto hasta suicidarse.

—Nada, que eres un gran observador, Mariano. La escasez de parroquia en estas horas me ha proporcionado un rato que sería excelente... si no tuviese otras preocupaciones... ¡Las once y media y sin venir...! Mariano, tú conoces las cosas.

—Y las personas, señorito. ¡Cuánta no habrá pasado por delante de estos ojos! Allá, cuando estudiaba, recuerdo haber leído que no sé qué sabio clasificó las especies animales. Yo podría clasificar la humanidad desde este café.

—¡Caramba! ¿Y qué te serviría de base para esa clasificación?

—Cualquier cosa: la cuantía de la propina de cada cual, la manera de darla, hasta el modo de entrar en el café, de escoger mesa, de sentarse, de pedir, hasta la de llevarse los terrones de azúcar. El forastero, el apocado, el tímido, el orgulloso, el audaz, el pobre de espíritu y el hombre de mundo, el preocupado y el tranquilo, el feliz y el desventurado, el rumbón y el generoso, el miserable y el que ha venido á menos, el pobre discreto y el pobre aparentador, el pródigo y el económico, la mujer honesta y la cortesana, la casada, la viuda y la soltera, todos, todos tienen una manera especial de conducirse en el café, y por un detalle ó por otro, no se escapan, los distingo en el acto y los coloco en su casilla correspondiente... Perdone usted, señorito; entra público.

—Sí, es verdad. Ve á cumplir tu obligación... ¡Ah! No. Aguarda un instante... ¡Ella! ¡ella! al fin; ella con su timidez de paloma; ella con el rubor pintado en el rostro al verse aquí... Mariano, oye. ¿Ves aquella joven que entra con una toquilla azul?

—Sí.

—¿La conoces?

—¡Pues no he de conocerla! ¡La he visto tantas veces tomar café con tantos!...

—¡Animal! Cuando yo vuelva á este café ya habrá llovido.

—Adiós, señorito... hasta mañana.

F. PI Y ARSUAGA

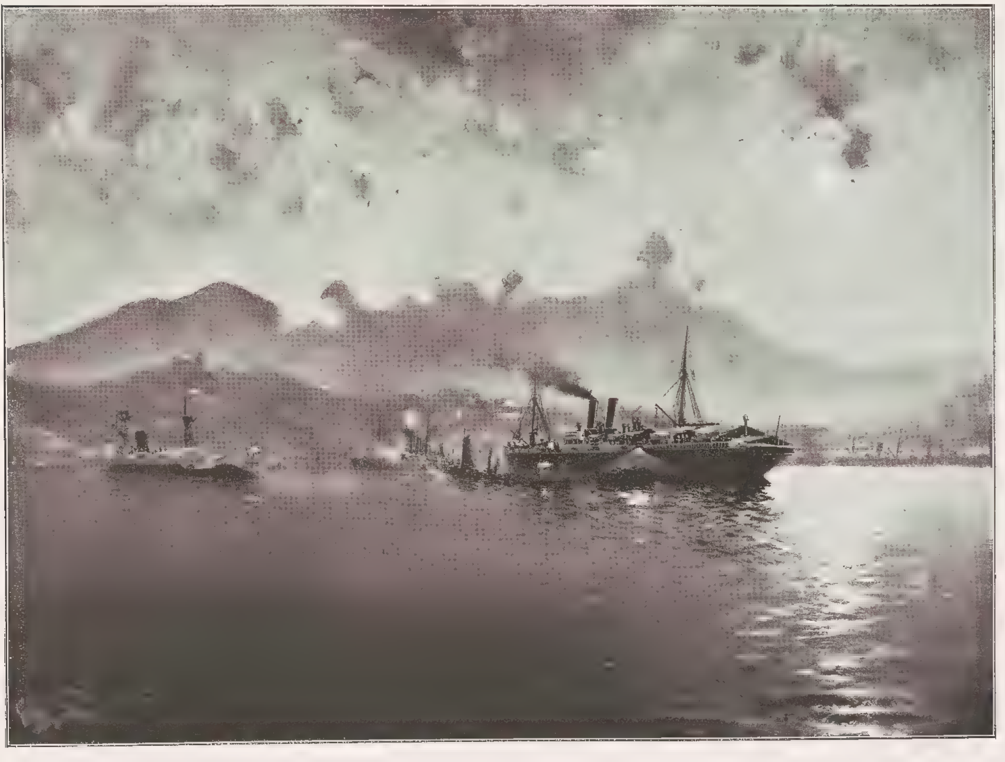
IDILIO

Mi brazo, como siempre, con ternura
cariñoso oprimiendo tu cintura.
Tus ojos en los míos reflejados,
los dos enamorados
y eternamente unidos...
Tú contando en mi pecho los latidos,
yo aspirando en ti aromas delicadas,
llegamos á la playa
y los dos nos quedamos extasiados
mirando aquella raya,
aquel nido de amor del mar y el cielo,
cuyos besos no se oyen, se presumen,
que las olas nos cantan en resumen,
y el sol suspende en su dorado velo.

Si húmeda está la arena,
la tarde está serena.
Un peñasco nos da sombra y asiento,
y, en nuestro idilio, hasta sonríe el viento!
Si del alma el espejo son los ojos,
la tuya es como el cielo, hermosa amada;
que al besar con afán tus labios rojos,
he visto yo la paz dulce y soñada
dormir en el azul de tu mirada!
Tenemos enlazadas nuestras manos;
juntitas las cabezas...
¡El horizonte adquiere otras bellezas;
que el sol va traspasando meridianos,
seguido de sus rayos soberanos!

Es la noche. ¡Nos cubre con su manto
pues sabe que es la sombra nuestro encanto!
Un beso se complace en nuestra boca;
¡ya somos horizonte de la vida!
El beso será eterno. Tú dormida,
caerás sobre mi pecho, con los sones
del arpa bendecida
que canta las más bellas ilusiones!
Mañana, vendrá loca
la aurora á despertarte de aquel sueño
que un poema de amor mi bien encierra,
y verás, halagüeño,
un iris como tú, dulce y risueño...
¡y un ángel descendiendo hacia la tierra!!

JUAN VENTURA RODRÍGUEZ



BAHÍA DE RIO JANEIRO. — Cuadro de MANUEL LARRAVIDE.



EL ABISMO

Entre los dos, para oponerse impío
á que siempre á mi lado pueda verte,
profundo abismo colocó la suerte
que sólo salva el pensamiento mío.
Puente nos niega, indiferente y frío,
que de nuestro martirio nos liberte,
y ni oye de mi pecho el ay de muerte,
ni mira de mis lágrimas el río.
Mas, ten fe y, en las alas de los vientos,
al cielo tachonado de zafiros
de nuestra pena alcemos los acentos,
hasta que formen con sus raudos giros,
puente de siemprevivas mis lamentos,
puente de pasionarias tus suspiros.

Carlos CANO

PAQUITA

¡Todo delicadezas en tu cuerpo
que sólo vive por tus negros ojos!
Viva, pequeña, morenita, airosa;
sin apenas silueta ni contornos.

Mariposilla que sus iris quiebra
del astro rey entre destellos de oro.
Pajarita con alas de colores;
capullito gentil, de abrirse ansioso.

Todo lo débil en tu cuerpo vive;
pero el que el alma te sondea un poco
se estremece al abismo que contempla,
¡se deslumbra al fulgor de sus tesoros!

Como colina que recubren flores,
casi escondida junto al monte umbroso,
guardas filones de zafir y plata
que avara escondes al mirar de todos.

Siempre fueron mi encanto los jardines,
las flores mi ilusión; mas hoy deploro
no poder ser emprendedor minero
que arranque las riquezas de tu fondo.

José Mª DE LA TORRE

APUNTE; por J. Cardona.

A UN CLAVEL

Flor cuyo aroma preciado
disipa mi pena densa,
flor venida de la trenza
de mi dulce bien amado.
Clavel de pétalos bellos
que, dichoso y engreído,
te sirvió de blando nido
de una hermosa los cabellos.
Flor que con plácido encanto
cambias en miel mis agravios,
flor roja como los labios
de la mujer que amo tanto.
De ventura te sonrojas
cuando recuerdas, ufano,
la ternura de su mano
acariciando tus hojas.
Quizás, en dulce reposo,
de embriaguez y dicha lleno,
dormiste sobre su seno,
satisfecho y amoroso.
Quién sabe si ese color
con que á las flores humillas
lo robaste á sus mejillas
en un ósculo de amor.
Flor entre flores preciada,
tu fragancia me embelesa
y mi deseo te besa,
plácida flor de mi amada.
El Hado vil ha podido
robar ufano tu bien
y arrojarte del edén
á la mansión del olvido.
Hoy, lejos de tu señora,
gallardo y triste clavel,
de tu suerte el golpe cruel
tu angustiado pecho llora.
Recordarás con tristeza
tu ayer plácido y veloz;
la dulzura de su voz,
de su rostro la belleza.
¿Dónde hallar, flor desgraciada,
mayor goce que en su beso,
dónde mayor embeleso
que en la luz de su mirada?
Lanza tu triste querella
lejos ¡ay! de tu señora;
también mi pecho la adora,
también me muero por ella.
¡Aunque esté tu vida trunca,
más que tú soy desgraciado:
tú fuiste por ella amado,
yo, su amor no obtendré nunca!

A. MAURET CAAMAÑO

Valparaiso.

MANUEL LARRAVIDE

DISTINGUIDO PINTOR URUGUAYO



El público que, en busca de emociones artísticas, visita con frecuencia el *Salón Parés*, tuvo ocasión de apreciar, en la primera decena del pasado mes, el mérito singular de este notable artista, verdadera especialidad en asuntos marinos, quien en su viaje por Europa detúvose aquí el tiempo preciso para exponer en el citado local algunas de sus obras, que justificaron á simple vista la excelente reputación de que goza en su país. De la referida exposición se ha ocupado con elogio y sin apasionamiento, pues se trataba de un autor para ella desconocido, toda la prensa barcelonesa, con una uniformidad de criterio que habla muy alto en favor del señor Larravide.

Honrados nosotros con la visita del joven pintor, á quien desde luego hacen simpático su porte distinguido, su vasta ilustración y su afable cortesía, nota característica en los hijos de la América latina, celebramos cordialmente el éxito que ha obtenido, pues nos permite corresponder al sincero cariño que tiene á nuestra REVISTA y al que en general le inspira cuanto á España se refiere, reproduciendo en este número varios de sus cuadros y publicando se retrato, digno por todos conceptos de figurar en las páginas que el ALBUM SALÓN destina á los ilustres adalides de las letras y artes españolas y americanas.

Enamorado de la especialidad que con tanto acierto cultiva, el señor Larravide hizo en distintas y largas temporadas vida de marino, navegando por los mares del Sud á bordo de la Escuadra Argentina, en donde realizó prácticamente sus estudios de técnica naval.

En la exposición del «Ateneo de Buenos Aires» alcanzó uno de los primeros premios; el «Museo Histórico Argentino» adquirió dos de sus mejores obras: «La Escuadra Argentina en Punta Piedras» y «11 de Abril de 1826»; y el «Museo Nacional de Montevideo» posee y tiene en gran estima su cuadro: «Boca del riachuelo».

La estancia del señor Larravide en Barcelona fué corta; suficiente sin embargo para granjearse buen número de amistades y demostrar su nobleza de alma con el acto filantrópico de regalar á la *Cruz Roja* su hermoso cuadro «El crucero Rio de la Plata» para que su producto aumente los fondos que dicha Asociación destina á sus benéficos fines.

Al agradibilísimo recuerdo que su persona dejó entre nosotros, irá por siempre unido el de su acción generosa, merced á la cual nos cabe el placer de fundir justamente en un mismo elogio las obras de su superior talento y las de su hidalgo corazón, reveladoras del verdadero artista.

LA CANCIÓN DEL FUEGO

(FACETA).

Cuando chisporrotea y cuando crepita, cuando silba y ruje á impulsos de una ráfaga violenta, el fuego canta.

El fuego canta y su canción tiene palabras y las palabras que canta forman ideas y expresan el convencimiento de su poder y fuerza.

Yo he pasado horas enteras escuchando su canción, y poco á poco la he comprendido.

La he comprendido y como la oí la reproduzco.

«Soy inmortal como el movimiento, como la materia, como el calor.

»Soy la esencia misma de la vida, pues sin mí la materia estaría en reposo, y el reposo es la muerte.

»Soy más viejo que este mundo en que ahora ardo. Nací en la gran nebulosa primitiva, brillé en los soles dobles que engendraron los sistemas de un único sol. Atravesé los espacios sidéreos en forma de luz, penetré en las entrañas de la tierra después de alentar en los vegetales, y ahora, al arder, producen mis combustiones, movimientos y reacciones que engendran vida.

»Soy fuerte como el amor; más que la muerte.

»Soy el gran purificador; por mí la tierra exhausta se nitrifica; por mí crecen las selvas, andan y viven y sienten hombres y animales; por mí se acortan las distancias y el mar, evaporándose, produce las lluvias que fecundan la tierra.

»Soy el que engendra el rayo, el que destruyendo crea, el que no cesa de crear. Sin mí no habría ni luz ni movimiento. Soy la esencia misma de la vida.

»Si un día desaparezco de la tierra, la tierra habrá muerto.

»¡Soy inmortal, soy todopoderoso, soy incontrastable!»

* * *

MANUEL LARRAVIDE

CRUCERO «RIO DE LA PLATA», REGALADO Á ESPAÑA POR LOS ESPAÑOLES RESIDENTES EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Salón Parés.



Cuadro de Cecilio Pla.

ESTRELLA

Al atardecer de un día en el verano de 1892, paseaba lentamente un hombre de traje monástico, por un camino solitario en las inmediaciones de Orense. Era de mediana estatura y delgado, pero lleno de nobleza y dignidad; su pálido rostro y meditabundos ojos revelaban la apacible tranquilidad del alma. Después de largo rato de paseo sin encontrar persona alguna, al atravesar una senda, vió á un niño apoyado en el tronco de un árbol y llorando amargamente. Al llegar á aquel sitio, se detuvo el religioso y le preguntó:

—¿Qué tienes, querido niño? ¿Por qué te afliges de esa manera?

—¡Ah! señor, ¡he perdido á Estrella! ¡la he perdido para siempre!

—¿Y quién es Estrella, querido? ¿Es acaso tu hermana?

—¡Oh! no señor, es una vaca, la única vaca que tiene mi pobre madre. La habíamos comprado hace tres años, cuando era muy joven. Yo le daba el pienso y la cuidaba, y ella correspondía haciéndome mil caricias. Me seguía siempre, y cuando quería ponerla la red blanca sobre la frente, bajaba dócilmente la cabeza. ¡Qué hermosa estaba con la red! Como era enteramente negra, brillaba la red blanca en su frente. ¡Por eso la llamábamos Estrella!

El religioso le interrumpió:

—¿Pero no refieres cómo has perdido la vaca?

—¡Ah! señor, al ir á ordeñarla, no la ha encontrado mi madre en el campo, y la hemos buscado en vano toda la mañana. Mi madre cree que la han robado

Diciendo esto, empezó á llorar de nuevo el niño.

—Enséñame el camino de la casa donde habita tu madre,—le dijo el religioso.

El niño, que era obediente, le acompañó al instante hasta una humilde pero aseada casita en medio del campo. Dentro encontraron hilando á la buena Juana. El religioso se enteró de que era viuda y dueña de aquella pobre posesión, donde vivía con su hijo. El principal medio de subsistencia consistía en la vaca, cuya pérdida lloraba Pedrito amargamente.

—Por fuerza han debido robar el animal,—decía la mujer;—pues de otro modo no se hubiera separado de estos alrededores. ¡Nos quería tanto para que nos abandonase!..

—Cierto que sí, madre mía,—decía Pedrito;—no lo hubiera hecho aun estando suelta.

—¿Cuánto vale una vaca?—dijo el religioso.

—La semana pasada me ofrecieron por la mía treinta y siete duros, y no quise venderla.

—Pues bien, hágame usted el obsequio de recibir estos cincuenta duros, para comprar otra en el mercado próximo.

La pobre viuda, llena de sorpresa y gratitud, no acertaba á proferir una sola palabra y apenas pudo dar gracias á su bienhechor cuando éste se despidió.

Para disfrutar de la belleza de la tarde, prolongó su paseo el religioso, luego que se separó de la casita. Al cabo de un rato, al resplandor del crepúsculo de las benignas noches de julio, vió un bulto negro que se le aproximaba. Cuando estuvo cerca, distinguió que era una vaca con una red blanca en la frente. El pobre animal estaba cansado y dió un lastimero berrido siguiendo su camino. ¡Quién pudiera creer que no fuese Estrella! No lo dudó un momento el religioso y, tomando el cabestro de la vaca, quiso llevarla él mismo á la pobre viuda para contemplar el gozo de Pedrito al ver á su animal querido.

La dócil vaca siguió al religioso hasta llegar á la puerta de la casa, donde hicieron alto. Como la tarde era calurosa, estaban abiertas las ventanas y desde fuera se veía cenar á la viuda y su hijo. Pedrito estaba sentado precisamente frente á la ventana, y por esta razón oyó el religioso las siguientes palabras:

—Sí, madre mía, rogaré mañana y tarde por el buen monje; pero aunque tengamos otra vaca, sabe usted bien que no será nuestra Estrella.

En esto, llevó el muchacho las manos á los ojos para limpiar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Dió entonces un berrido la vaca, y al oirlo Pedrito corrió á la puerta. ¡Oh! ¡qué dicha experimentó en aquel momento! Mis lectores pueden imaginarse el gozo con que apretaba entre sus brazos el cuello de Estrella y besaba la red de la frente, mientras que el animal manifestaba á su modo un gran contento. El bondadoso religioso complacíase en presenciar aquella escena, y sentóse luego un rato para descansar. Cuando se despidió, no sabían cómo manifestarle su reconocimiento madre é hijo, quienes le suplicaron recibiese el dinero que les había entregado, puesto que, habiendo encontrado á Estrella, no les pertenecía.

—Guardadlo, buena mujer,—dijo el religioso,—quizá pueda serviros para la educación de Pedro. ¡Adiós, el Señor os bendiga! Acaso vuelva á veros otra vez

Y sin querer decir su nombre ni permitir que le acompañase el muchacho, salió de la casa dirigiéndose hacia la ciudad.

Madre é hijo rogaron á Dios desde aquel día por su bondadoso bienhechor, por el caritativo Abad de Samos, Villarroel, cuyo nombre descubrieron bien pronto.

A. ARAGÓN FERNÁNDEZ

MISIONERO APOSTÓLICO

BELLAS ARTES

El cuadro original de Cecilio Pla que figura en el frontispicio de este número, más que una escena de costumbres, es un capricho artístico que tiene sus ribetes de símbolo.

Símbolo vulgar y trivial si se quiere, pero del que arranca todo un estado social que ha dado tema de regocijo á escritores y artistas.

En la graciosísima muchacha que llena el cántaro ¿quién no reconocería la *Menegilda* de la popularísima canción, que fué en su tiempo la *Marsellesa* de la clase *servil*? Y en los dos aguadores que la atisban sentados en sus cubas ¿quién no sabría ver el tipo tradicional que tanto ha hecho hablar de sí por su laboriosidad, por su sumisión y su avaricia?

Como se trata de un capricho, no hay que buscar en él grandes cualidades artísticas. El pintor ha dado una nota al correr del pincel, y lo ha soltado apenas logrado su propósito. Así y todo, el cuadrito tiene una impresión simpática y una línea original.

Lo mismo ocurre con el apunte de *Segadora*, de J. Nogué, en cuanto al resultado, si bien en forma compendiosa recuerda bien el modelo natural.

En cambio, el *Regreso de las carreras* de José Cusachs, que ocupa la doble página central, representa la consecución de una idea acariciada en la mente y realizada con todos los requisitos de una técnica segura y y estudiosa.



SRTA. ANGELINA KOLB AYALA.
Autora de la pieza de música que acompaña al presente número.

Aquí destaca en primer lugar una composición vasta y difícil, abrumadora por el conjunto de sus componentes, pero vencida con sin igual pericia por un autor que ha hecho de este género el escabel de su fama.

El más exigente *sportman* no hallaría una tilde en lo que se refiere al modo de presentación del tema y á la exactitud profesional de los detalles. El Arte, por su lado, halla bien agrupados los varios elementos de la composición, natural el movimiento de los caballos, correctamente dibujados y bien distribuídas las masas de color. El *mail-coak* del primer plano, sobre todo, es obra de un colorista.

Gaspar Camps cierra la serie de sus meses decorativos con la *Alegoría del mes de Diciembre*, sintetizado, como todos, por una hermosa mujer en cuyos atavíos se ven atributos de la estación, mientras que acaba de caracterizar la idea la cuna del Salvador del mundo y la aureola luminosa que contiene la palabra NAVIDAD, síntesis de la efemérides más memorable de la cristiandad.

Los *meses* de Camps quedarán como muestra de un arte decorativo de buena ley, en la que se ha hecho una especialidad que no tiene rivales.

FRANCISCO CASANOVAS



SEGADORA

LA HERENCIA DEL TIO LUCAS

Vamos... que esto ya pasa de castaño obscuro! Tres colocaciones, en nada de tiempo. ¡Se puede resistir esto, Eulalia de mi alma! Siempre cumpliendo, siempre trabajando y á lo mejor...

—No te desesperes, Julián: así es el mundo; todo está muy malo, pero...

—No hija, así es Barcelona; economía de céntimos y despilfarro de duros. ¡Mira tú que despedirme ahora por economías! Economías, en una casa en que se tira el dinero por la ventana; economías cuando...

—En todas partes creo yo... Pero Dios querrá; tú eres trabajador; en otras nos hemos visto; y luego, no somos más que los dos...

—Ya, sí, dos; pero con dos estómagos. ¡Y la casa!

—Que esa siempre está comiendo; ya lo veo.

—Vamos, si te digo que no quiero hablar, si me pongo negro. ¡Señor! ¿Por qué no se nos morirá algún bendito pariente que sea rico?

—Como no sea de los tuyos, lo que es de los míos...

—Ni de los míos tampoco; digo, miento, tengo al tío Lucas, pero hace la mar de años que no nos vemos... y por cartas... Nosotros debimos ir este año á Valencia.

—¿Pero tú crees que será rico todavía?

—Mujer, ya te dije lo que heredó; algo deberá tener... la casa por lo menos, supongo yo.

—Pues hijo, bien sabe Dios que no deseo su muerte... ¡Ay! Pero si te dejara algo ¡nos vendría ahora tan bien... tan bien...!

—¡Figúrate tú! Pero no se morirá, cá, no ves que hace falta. ¡Hay gente inoportuna hasta para morirse!

—¡Quién sabe, hombre, al que es bueno Dios le ayuda!

—¡Tiene gracia! De modo que, por lo visto, yo pierdo por malo las colocaciones. ¿No es eso?

—No, hombre, qué ha de ser eso; todo lo echas á mala parte; lo que yo quiero decirte, es que me da el corazón que esto se despejará.

—Es que maldita la falta que hacía el que se nublara, y... oye, vale más que no te dé nada, porque siempre sale al revés.

—Pues me gusta; todavía me vas á decir que yo tengo la culpa.

—No tanto; pero tengo yo más mala sombra que la que conviene á un hombre solo y créeme que tú me das algo de la tuya, que tampoco es muy buena que digamos.

—Bien, hombre, bien; no nos vayamos á disgustar encima. Anda, distráete un poco antes de comer, lee el periódico que ha subido la portera,—y le señaló uno, sobre la mesa del comedor.

—No tengo gana de más embusterías; no quiero leer ni pensar... ni nada... y calla.

Eulalia comprendió que lo mejor sería callarse. Sentada como estaba, apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos, pasando distraídamente la vista sobre anuncios y noticias, mientras que su marido se mecía en el balancín.

Pasaron unos cuantos minutos.

—Oye, oye, Julián. ¿Cómo me dijiste que se llamaba tu tío?

—¿Por qué? ¿Qué hay?

—Tú contéstame.

—Lucas Comet y Palou; y es diputado provincial.

—¡Ay! Julián de mi alma. ¡Qué suerte! Tu tío se ha muerto.

—¿Sí?—y pegó un brinco saltando sobre el asiento que por poco si rompe la rejilla y se cuela por ojo.—A ver, á ver; trae acá. ¿Dónde?... ¡Ah! sí... ¡Calla! Pues es verdad. Este lo toma de un diario valenciano, y dice que soy yo el heredero, está claro, «el heredero es un sobrino que está en Barcelona,» luego... ¡Ay! Eulalia, toma y toma,—y la besó vigorosamente.



«Plafón decorativo» pintado por Ramón y Julio Borrell.

Propiedad de D. Alejandro Damians.

—Quita... ¡Ay! Dios... Mira lo que es mi corazón, pero tú... ¡Qué bien! Yo no sé lo que me digo, es que... ¿Pero será mucho?

—La casa... ¡La gloria!

Julián no era más que un simple dependiente de comercio. No había en él nada de extraordinario, era de los vulgares. Años atrás comenzó con las mejores intenciones. Confiando en su trabajo, abrigaba esperanzas de fortuna. Eran los sueños juveniles propios del hombre honrado. Siempre cumplió, haciendo las cosas lo mejor que supo y le dejaron hacer. Sin que fuera un modelo, servía perfectamente para el escritorio. Era útil.

Desgraciadamente, en Barcelona, como en todas partes—ilusiones á un lado,—son muchos los llamados y muy pocos los escogidos. Las retribuciones son exiguas, salvo bien contadas excepciones; el dependiente oficinista ú hortera, no está mejor que el empleado sujeto á cesantías, y, con corta diferencia, cual más, cual menos, todo viene á ser uno, y lo mismo y todo como porvenir: nada entre dos platos.

Y esta es la verdad pura y neta.

El pobre Julián, á pesar de sus buenos propósitos, acabó por odiar lo que al principio fué su amor.

Y tenía disculpa; cualquiera en su caso piensa del mismo modo.

Tras de vencer insuperables dificultades, colocábase al fin, y cuando comenzaba á ser si no indispensable—que en rigor nadie lo es—por lo menos á tener ya cierto prestigio, y á levantar cabeza ganando mediano sueldo, de la noche á la mañana, todo se iba á rodar y, ó por quiebra ó por disolución ó por economías, lo cierto es que por una ú otra causa le limpiaban el comedero.

Y en las huelgas forzosas, siempre los mismos temores y desconfianzas, siempre las mismas quejas y amarguras. En estos momentos y falto de recursos, es cuando se hace palpable que la vida no vale lo que cuesta.

Y es que para Julián como para otros, la vida no es más que un timo miserable.

Pero la herencia era su salvación; llegaría á ser independiente, al fin cesaría de estar á las órdenes de nadie; sería alguna vez amo de sí, dorado y risueño ideal de todos los que en la lucha por la existencia, cambian trabajo por dinero. El hombre—cosa de la realidad social,—iba á trocarse por el hombre,—persona de los filósofos idealistas.

Y todo por qué; vayan ustedes á ver; pues, por la avasalladora influencia de unas cuantas medallas de codiciados metales.

¡Cosa más sencilla y bien tramada! Bondad divina. ¿Quién osaría negarte?

. . . .

Tres ó cuatro días despues, la carta de un amigo ó conocido, dábale cuenta de todo, manifestándole por encargo del notario, que si no podía acudir en seguida, bastaba con que hiciese saber en regla su conformidad en vista de la notificación que oportunamente se le pasaría. Al mismo mismo tiempo pedíasele no sé qué cantidad para formalizar pagos y gastos.

Inútil es decir que ambas cosas cumplió.

¿Cómo no? Buscó prestado y, gracias que encontró, sin duda, porque lo hizo con fe; pero ¿qué le importaba un sacrificio más?

Quince ó veinte días después marchó á Valencia.

Eulalia tuvo noticia de la llegada; pero pasaban días y días sin recibir carta de él: se consumía de impaciencia. Por último, cuando en sus conjeturas llegaba hasta suponer que la riqueza había vuelto á su marido calavera y disoluto, recibió la siguiente epístola:

«Tú extrañarás que no te haya escrito antes; pues ya verás y admírate, porque te vas á admirar; te lo digo yo.

El día 27 del mes pasado fuí puesto en posesión de la casa y... ¡Maldita sea mi suerte!

Mi tío, así esté ardiendo en los profundos, no era buena persona ni mucho menos; pariente al fin, y, no quiero recordar cuestiones de familia. Ultimamente, se metió en probaturas é invenciones; bueno. Luego según dicen tiró de rumbo con *La Fiscala*, bailarina, y ya comprenderás tú, que no gastaría los cuartos rezando el rosario. Luego, no escatimaba nada, hacía viajes y se iba de baños, pintando la cigüeña siempre que podía. Ya ves tú, un viudo echarla en grande. ¿Y de dónde le venía? De ninguna parte; pero era necesario que fraguara mi desgracia y la tuya y la de nuestros hijos... si los tenemos.

Y ahora viene lo bueno, lo más bueno, Eulalia de mi alma. El pillo de mi tío tenía deudas, é inmediatamente que ya fuí heredero de hecho, se me presentaron dos acreedores con dos escrituras de hipoteca, diciéndome que tenía que pagarlo todo, intereses inclusive; y todo, según sus cuentas, es más de lo que vale la finca; para que te vayas enterando.

Me quejé al notario; me contestó muy tranquilo:—Señor mío. ¿Y por qué aceptó usted? Usted pudo y debió enterarse con tiempo, que nadie le

(Sigue en la página 288).



CARLOTA LAMADRID — ENRIQUE SÁNCHEZ DE LEÓN

A los que hemos conocido los prósperos tiempos del teatro español, duélenos en el alma su manifiesta decadencia,—presagio quizá de una inminente ruina,—que se achaca generalmente á la carencia de buenos actores. Algo hay de eso; pero la causa lógica de tal deficiencia, viene de lejos: data del día en que los públicos, abjurando del buen sentido que los caracterizaba, volvieron la espalda al verdadero mérito, para echarse en brazos de un género abigarrado, raquítico é insubstancial que hace veinticinco años se hubiera aceptado, cuando más, como fin de fiesta.

Esta conversión inexplicable fué helando en flor las ilusiones de la juventud llamada á cubrir las vacantes que la ancianidad ó la muerte producía en las filas del arte dramático; pues si, llevado por su afición, puede, el que á ella se lanza, arrostrar las penalidades y desengaños que le son inherentes, no transige con la postergación y el menosprecio á que, anticipadamente, en cabeza ajena se ve condenado.

Mientras se vaya al teatro por mero pasatiempo, sin distinguir lo culto de lo grosero, lo sano de lo pernicioso, lo vulgar de lo sublime, se tendrá que lamentar cada vez más la carencia de buenos actores: en tanto que los públicos deseen exclusivamente y á todo trance reir, holgarán los admirables intérpretes de aquellas hermosas producciones que llegaban al corazón y hacían llorar.

Sugiérenos estas tristes reflexiones, la anomalía que de algunos años acá se observa en el clásico Principal, donde en mayor escala déjase sentir la influencia del mal gusto que lamentamos y que, por lo visto, ha ejercido funesto contagio hasta en las clases ilustradas, pues ya no le favorecen con el afán y constancia que antes; salvo cuando, de paso y á peso de oro, se exhibe en él algún extranjero de fama no siempre justificada.

La compañía de declamación que actualmente funciona en dicho coliseo, con más honra que provecho, ha dado pruebas de merecer en grado sumo el favor de los barceloneses, y así debemos pregonarlo, en conciencia, cuantos conservamos un resto de juicio claro en medio de la ofuscación reinante. El personal es escogido, estudioso, propio para la alta comedia que constituye su repertorio y desempeña individual y colectivamente con singular acierto; figurando al frente los esposos Carlota Lamadrid y Enrique Sánchez de León, sobrina ella de las dos actrices ilustres de aquel apellido, que tanto esplendor dieron á la escena española, y discípulo predilecto él del inolvidable Emilio Mario.

¡Bien corresponden ambos á su artístico abolengo! Desde que pudieron volar sin cortapisas de ningún género, pues aquí sólo se les conocía como actores de fila, aunque ya se les auguraba un porvenir brillante, su talento é inmejorables facultades se desarrollaron de tal modo que fuera notoria injusticia regatearles el título de eminencia: lo han conquistado gallardamente en el desempeño magistral de selectas y difíciles obras de temible comparación; sancionándolo en todas ellas los aplausos entusiastas del auditorio, á la par que nuestros compañeros en la prensa.

Son dos artistas de buena cepa, simpáticos y de ilustración vastísima, que nos rejuvenecen con el recuerdo de pasadas glorias; son de los llamados á sostener por algún tiempo aún el prestigio de que gozaba nuestro teatro nacional: son, en fin, una actriz y un actor de los pocos que quedan.

El Album Salón, consecuente en su propósito de señalar y enaltecer el mérito, donde quiera que le halle, se complace en testimoniar el aprecio y admiración que tan homogénea y valiosa pareja le merece, publicando su retrato, enviando á la Lamadrid y á Sánchez de León, en estas pocas líneas, únicas de que disponía, la más cordial enhorabuena,—extensiva á las actrices y actores que dignamente les secundan y comparten sus triunfos,—y deseándoles que el resto de la temporada satisfaga sus aspiraciones como empresarios, ya que las han visto plenamente realizadas como artistas.

* * *



REGRESO DE

USACHS



LAS CARRERAS

Salón Robira (Fernando VII, 59).

puso ningún puñal en el pecho para que aceptara en el acto. ¿De quién sino de usted es la falta? Usted debió tomarla á beneficio de inventario. Claro es, que, el que acepta una herencia, la acepta en tanto cuanto es y vale en manos del testador.

¡Qué tal! Mira Eulalia, al ver aquel hombre calvo y con sotabarba, pequeño de cuerpo, enjuto de carnes, sepultado en una butaca, mirándome por encima de las gafas y con los ojos relucientes, con más de alimaña que de persona, puedes creerme que me dieron ganas de saltarle encima y retorcerle la nuez.

A los acreedores no he tenido otro remedio que decirles que no tengo un cuarto ni por dónde me venga, que por donde únicamente pudiera venirme es por aquí, y que he puesto dinero encima, que no sé cuando pagaré. Que hagan lo que quieran; que ellos son el cuchillo y yo soy la carne. Son dos padres de familia—uno de ellos compadre del hijo del notario—y se han hecho cargo y para abreviar, ellos mismos—mira qué espléndidos—han pagado algunos picos y una escritura, en que consta, que á fin de evitar litigios y reconociendo yo la bondad de sus derechos, les cedo la casa para que mancomunadamente se arreglen y cobren.

Mira Eulalia; la primera vez te dió el corazón que me subirían el sueldo y me quedé en la calle; la segunda que echaría calva en la casa y á los dos años y medio me pusieron en mitad de lo corriente; al venir, te dió que tendríamos una renta de setenta y cinco duros mensuales: ahora va de veras, en el punto y hora en que te dé algo el corazón, soy yo el que se da en la nuca y acabo contigo. En el mundo no hay cosa más traidora que tu corazón.

Adiós, el lunes por la mañana llego en el vapor Trafalgar. Hasta la vista y tuyo como siempre,

JULIÁN.

P. S. Ya sé prácticamente lo que es la luna de aquí.—J. »

Eulalia estaba hecha un mar y con rabia.

—¡Ay! Señor, cuando pienso... vamos; si ya lo decía la pobre de mi madre: ¡Herencia! ¡Disgustos! Así reventara el tío y la casa del escribano. Hasta mi marido... ¡esto sólo me faltaba! ya no me quiere. ¿Y qué culpa tengo yo, pobre de mí? ¿Qué quisiera yo para él? Pues no, yo he de hacer algo... ¡Ingrato! Como me oiga Dios, tú has de ver lo que es mi corazón. Animo.

. . . .

Era víspera de Nochebuena y serían las cinco de la tarde.

De vuelta Julián, llevaba ya dos ó tres días sin salir de casa.

—Ahora me dirás quién soy yo,—dijo entrando su mujer,—ahí tienes hombre, ahí tienes mi mala sombra, ahí tienes lo que me da el corazón: toma nueve mil pesetas para que luego digas.

Y echó la participación de un décimo sobre la mesa, añadiendo:

—Toma hombre, toma lo que te da tu mujer; son seis reales bien empleados. Y esto me lo debes á mí... á mí que te quiero más que nunca.

Hubo compensación, lo que se llama compensación en las cosas humanas, que pecando aquélla unas veces por débil, otras por fuerte, nunca ó casi nunca lo es, pero así se la llama y la gente se entiende. Lo mejor es que con ella se mataron penas, se pagaron deudas... y cinco mil y pico de pesetas de beneficio.

¡Merecido lo tenía!

RODRIGO FIGUEROA Y TORRES, MARQUÉS DE TOVAR.



PROYECTO DE MONUMENTO Á GUSTAVO A. BECQUER

Consideraciones y honores de segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid (1901).

F. CORREA

LOS NÚMEROS PREMIADOS

Dime, Zoilo, ¿por qué no ponemos á la lotería?

—¡Qué cosas tienes, mujer! ¿Te parece que quien, como yo, gana veinte duros al mes, puede, así como así, desprenderse de tres pesetas? Mejor empleadas estarían en la remonta de mis botas, cuyas suelas parece que quieren abandonarme.

—Pero es preciso tentar la suerte...

—¡La suerte! Ya sabes que siempre me es adversa.

Hace un año, cuando nos casamos, el dueño de la fábrica prometió que me ascendería. La casa parece que ha dado un bajón, y no ha podido cumplir su promesa. Hace seis meses, por las noches, me encargué de llevar la correspondencia de otra casa y ésta se fué al cielo, y con ella el pequeño sueldo que allí tenía asignado. ¿Qué más? Mi compañero de oficina y amigo Luciano pretende haber descubierto una máquina plegadora. Después de mil desvelos, yo he podido completar su invento. Pues ya ves, por faltarnos una cantidad mezquina, no podemos hacer formalmente el ensayo del aparato.

—Pues mira, Zoilo, yo había decidido... ¿Te lo diré?... Si me da vergüenza... mira, no te rías; un poco de trabajo me ha costado y muchas cavilaciones, pero he logrado hacer un ahorro.

—¡Un ahorro! Dirás un milagro.

—Llámalo como quieras. Ello es que yo tengo tres pesetas. Había pensado comprar un décimo. Mañana es el sorteo. Si tú quisieras...

—¿Cómo voy á quitarte ese gusto? De ningún modo.

—Pero la remonta de tus botas...

—No, no; el billete.

—No, las botas.

—Vaya, venga ese fortunón. Ahora mismo voy á comprar el décimo.

—Vamos los dos. Que sea á gusto de ambos.

***

¡Qué júbilo al día siguiente! ¡Mil pesetas! Un capital. A cobrar á escape. Por supuesto, ¿en billetes? No, los billetes abultan poco. ¿En oro? Total, unas cuantas monedas... Tampoco. En plata, todo en plata. Doscientas piezas de á duro, unas sobre otras... ¡doscientas!... formarían, á buen seguro, una pirámide argentífera altísima... porque altísima tenía que resultar. ¿Llegaría al techo? ¡Quién sabe! ¡Estaba el techo tan bajo!...

Verificóse inmediatamente el cobro. Ella y él cargaron con los cartuchos de plata. Apenas si por la calle se dirigieron la palabra. Privábales de ello la emoción producida por lo que atesoraban. Pusiéronlo sobre la mesa del comedor, única mesa que formaba parte de su misérrimo ajuar; los duros superpuestos... ¡si no llegaban al techo! Aquella pirámide medía poco más de medio metro...

Bastante alta era para ellos. No habían tenido jamás otra mayor.

¡Qué día aquél! ¡Qué felicidad la del matrimonio. Saltaban, reían á carcajadas, bailaban, corrían de un lado á otro, como locos, por el reducidísimo pasillo de su pisito quinto que rentaba veinte pesetas mensuales...

Y hubo gran comida, vaya; jamón, un pollo, dulces, vino de Cariñena; banquete suculento al que, naturalmente, asistió Luciano.

Y Zoilo se compró botas, y Teresa un traje de lana y una mantilla de seis duros, y se renovó la ropa blanca, que buena falta hacía.

Y los ciento cincuenta duros que restaron de todos los gastos sirvieron para construir una plegadora completa que, al fin, fué ensayada del modo que Dios manda, dando el ensayo resultado excelente.

Zoilo y Teresa se creyeron los seres más felices del universo.

Ambos eran de la misma edad. Veinticinco años,... y pobres.

***

Luciano y Zoilo vendieron la propiedad de su invento y, como eran dos hombres aptos y activos, emplearon perfectamente la suma que tal venta les produjo; despidiéronse de la fábrica donde prestaban sus servicios y fundaron un modesto establecimiento.

Pronto los negocios fueron sucediéndose y nuestros probos industriales, algunos años más tarde, llegaron á obtener muy regulares beneficios.

¡Cuánta verdad es que el dinero llama al dinero!

Un día Teresa le dijo á su esposo:

—¿Quieres, Zoilo, que tomemos un décimo de la lotería?

—¿Un décimo? Me opongo.

—¡Bah! Una bagatela. ¿No quieres que gaste tres pesetas? ¿De cuándo acá te has vuelto tan roñoso? Tres pesetas... ¡si eso no es dinero!...

—Pues por eso. No quiero que compres un décimo. Toma un billete entero.

—Si nos sucediera lo que la otra vez. . ¿Te acuerdas?

—¡Vaya si me acuerdo! ¡Cuánto gozamos al obtener el premio!

—¡Y cómo cambió nuestra suerte!

—Si ahora ocurriese lo mismo...

—Vamos, vamos á comprar el billete. Los dos juntitos como la otra vez. Y como la otra vez, también, lo pagaré yo, que, ahora, tengo economizado más que entonces, y sin tantas fatigas.

***

El número salió premiado con diez mil pesetas.

¡Hermosa cantidad! Zoilo y Teresa estaban radiantes de alegría. Ellos mismos fueron á cobrar, no inmediatamente, pues no corría prisa, sino cuatro días después. ¿En plata ó en oro? No, dos mil duros ocupan mucho volumen y habría tenido que ir á recogerlos alguno de sus dependientes. Diez billetes, sólo ocupan un rinconcito de la cartera.

Por la calle, después del cobro, hablaron alegremente, que, aunque emocionados, no lo estaban tanto que enmudecieran, y en una joyería, en cuyo escaparate, tentadores brillantes, heridos por las luces de los mecheros, despedían vivísimas luces de fantásticos colores, dejaron más de la mitad de lo que acababan de adquirir.

También, como años antes, rieron mucho al llegar á su casa, piso primero de una lujosa morada que rentaba doscientas pesetas al mes. Ella, adoptando cierto aire de coquetería, le mostraba á él sus lindas orejitas adornadas con dos preciosas piedras y que brillaban con vívidos destellos; y él, fingiendo altiva petulancia, enseñábale á ella su dedo anular aprisionado por un magnífico solitario.

En conmemoración del suceso, celebróse un banquete de gala al que asistieron escogidos comensales, entre ellos, naturalmente, Luciano, que fué el encargado de confeccionar el *menú*, en el que no faltaron aves trufadas, platos suntuosos y vinos de las mejores marcas.

Hubo una nota sentimental después de la comida. Luciano dejaba de ser el socio comanditario de Zoilo Separábase de él para establecerse en América. El modesto inventor de la plegadora no fué exigente al separarse de la casa, pues sólo quiso admitir, por la parte que tenía en ella, los mil duros restantes de la compra verificada en la joyería.

Zoilo quedó, pues, completamente dueño del negocio que explotaba.

Un mes después, Teresa se acostumbró á ver con indiferencia sus ricos pendientes; Zoilo no se daba cuenta de su sortija y ambos recordaban alguna que otra vez, y con cierta vaguedad, lo del número premiado.

Tenían entonces cuarenta años y eran ricos.

***

Zoilo prosperó mucho en su negocio y se retiró de él.

Tenía verdadera ambición. La Bolsa y la Banca le atrajeron. Con especialísimo tacto logró aumentar más y más su capital, y un día, aquel que mucho antes fué modesto empleado, tuvo muchos á sus órdenes.

La fortuna le sonreía. Había logrado tentar la suerte y ésta habíale sido asequible. ¡Quién se lo dijera años atrás, cuando él consideraba esto imposible.

De año en año aumentaba sus rentas.

Un día, Teresa entró en el despacho de su esposo.

—Deseo una cosa—le dijo.

—Como si lo viera; una nueva *rivière*, ó un tronco de alazanes negros como cuervos, ú otro hotelito en Spá. ¿No es eso, querida?

—Pues no, señor. Te has equivocado en todo. Deseo algo más sencillo que todo eso.

—¿Qué será ello?

—Una tontería. Que pongamos á la lotería.

—Puedes jugar. ¿Quién te lo impide? ¿No lo haces cuando quieres?

—Sí, pero mi deseo sería que los dos eligiésemos el número, como lo hacíamos antaño. ¿Te acuerdas?

—¿Pues no he de acordarme?

—¿Te acuerdas mucho? ¿Mucho?

—Qué tontería. Mucho, no, la verdad; mujer, me hablas de unas antiguallas...

—Mira, compláceme. Vamos los dos á comprar el billete, conforme lo hacíamos en otros tiempos. Quiero que también esta vez el número sea de tu gusto y del mío. Pronto se verificará el sorteo de Nochebuena, ya ves, el sorteo más célebre del año. Acompáñame. ¿Vamos?

—Pero si estoy tan ocupado...

—¿Qué importa? Es cuestión de diez minutos. El coche está enganchado.

—Vamos, pues.

***

Llegaron á la administración de loterías. Un billete entero: cien duros. Zoilo quiso pagarlo. ¡Qué descuido! Había salido sin la cartera.

—No importa—dijo Teresa.—Precisamente llevo yo encima un billete de quinientas pesetas, que es lo que me ha importado de menos la cuenta de la modista, á quien hoy he pagado.

***

Tres días después se verificó el sorteo. El número elegido por Zoilo y Teresa había alcanzado el premio mayor.

¡Tres millones de pesetas!

Teresa, muy contenta, presentó á su esposo la lista grande.

Celebróse tan fausto acontecimiento y la flor y nata de los personajes de la capital honró el palacio del afortunado matrimonio, asistiendo á un magnífico té.

Un mes después, Zoilo llamó á su administrador y, haciéndole entrega, con otros documentos, del billete premiado:

—Tome usted,—le dijo—y vaya el día que bien le parezca á cobrar *eso*.

—¿Cuánto es?

—Tres millones de pesetas.

Y tocó el timbre, á cuyo sonido apareció su ayuda de cámara.

—¿Qué desea el señor?

—Ver á la señora.

—Se ha acostado.

—¡Tan pronto! Son las ocho...



MIGUEL PICAS Y CUNILLERA

PLAFÓN DECORATIVO

ALEGÓRICO Á LA VIDA Y MILAGROS DE SAN ISIDRO LABRADOR.

Mención honorífica en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901.

—Ya sabe el señor que está algo indispuesta. Persiste la tristeza que de ella se ha apoderado.

—Está bien. Diga á su doncella que, al despertar mañana, le comunique que he mandado cobrar el billete de la lotería.

—Así lo haré. ¿Quiere el señor que se le sirva la cena?

—No; prefiero acostarme sin cenar. Tengo una jaqueca horrible.

Zoilo y Teresa tenían entonces sesenta años, y eran millonarios.

. . . .

¡Qué diferente es el valor del dinero, según la edad y las condiciones de los que lo poseen!

JULIO VÍCTOR TOMEY

EL SÁTIRO

Es mi madre la selva misteriosa;
la virgen selva en que el amor palpita:
todos sus ruidos fingen melodiosa
voz de mujer que á la pasión incita.

Hay cantares de amor en el boscaje
y bajo el césped hay nupciales lechos,
y las liras que penden del ramaje
vibran con ritmo de invisibles pechos.

La enamorada y tierna enredadera
sube abrazada al tronco carcomido,
y sorprende, en la eterna primavera,
el poema de amor que arrulla el nido.

Deslízase el insecto silencioso,
persiguiendo en la yerba sus amores,
y en las alas del viento vagaroso
va á fecundar el polen á las flores.

Y si hay rayos de sol que la tupida
techumbre pasen de energía llenos,
á despertar mil gérmenes de vida
van de la tierra en los preñados senos.

De las cosas el beso es allí el alma:
cuando la selva la quietud presiente,
un beso inmenso de misterio y calma
parece que aletea en el ambiente.

En medio de esa libertad salvaje,
del amor nada rompe la armonía,
y yo el sátiro, el hijo del boscaje,
celebro en ella mi perpetua orgía.

Yo sorprendo, en mis fiebres delirantes,
á las ninfas y venzo sus pudores,
y me entrego al amor de las bacantes
sin temor á sus lúbricos furores.

Donde hay un beso que sorber me lanzo
á su conquista, en alas del deseo;
á la esquiva beldad rindo y alcanzo,
y entre el zarzal celebro mi himeneo.

Y así corre mi vida, entre las llamas
de una pasión sin fin, eterno amante;
hasta al pasar parece que las ramas,
hiriéndome, acarician mi semblante.

Y amando seguiré: cuando ya el frío
y los años coagulen en mi arteria,
á la par que mi sangre, este ardor mío,
me infiltraré muriendo en la materia.

Y ya formando con la selva umbría
un sólo sér mi sér, todo ternura,
seré otro canto más en esa orgía
que rima eternamente la natura.

F. BLANES VIALE

¡ME HE LUCIDO!

Al que, tras mucho luchar,
nunca consigue ganar
lo justo para vivir,
le debieran prohibir
en absoluto engordar.

Nada; una ley terminante
que dijera: «En adelante,
que nunca aumente de peso
el que no tenga bastante
para poder ser más grueso;

pues todo el que va aumentando
de estatura, ó engordando,
claro es,—y eso le subleva—
que necesita ir gastando
para hacerse ropa nueva.»

Cuando, en el año anterior,
me hizo sentir el calor
los tormentos del infierno,
me tuve que hacer un terno
baratito y con dolor.

Ahora he podido apreciar,
al tenerle que sacar,
que en engordar me he excedido,
ó que el terno se ha encogido
sin poderlo remediar...

¡Es para volverse loco!
—¿Por qué se habrá ido el invierno?
—grito—y si más me sofoco,
por el terno echo otro terno,
que no me sirve tampoco.

Los pantalones, no es guasa,
tienen la cintura escasa
y se me van á romper...
¡No hay miedo de que en mi casa
se los ponga mi mujer!

Pero ella jura y perjura
que labrarán mi ventura,
aun cuando me hagan sufrir,
porque van á conseguir
meterme más en cintura.

El chaleco, que es de moda,
ya me ciñe y me incomoda
y mi desventura labra:
¡hoy es un *chaleco* en toda
la extensión de la palabra!

Siempre, al ponérmele yo,
le estiré; pero el muy tuno
nunca su paño alargó,
aunque en los bolsillos no
halló obstáculo ninguno.

La americana, lo mismo;
encerrada en su egoísmo,
á servirme no se aviene:
¡es *americana* y tiene
razones de patriotismo!

¡Dios mío, esto es un horror!
¡Y como arrecia el calor,
otro terno he de encargar!
Anda, ¡si llego á pagar
el del verano anterior!

José RODAO

Orla de J. Passos.

Passos

EL GRAN CAPITÁN GONZALO DE CÓRDOBA

EXTREMADO valor, destreza en las armas, claro entendimiento, ilustrísima cuna, y gallarda presencia», he aquí algunas de las cualidades que adornaban á Gonzalo Fernández de Córdoba, dice un autor, cuando entró á servir á los Reyes Católicos, y que en breve tiempo le habían de conquistar el renombre de *Gran Capitán*.

Apenas terminada la conquista de Granada, en que Gonzalo representó tan gran papel, el Rey de Francia, alegando derechos al reino de Nápoles, mandó á la Calabria 25,000 hombres (1495). Fernando, por consejo de su esposa la Reina Isabel, le salió al encuentro, enviando al Gran Capitán con 6,000 infantes y 600 caballos. Las batallas de Reggio, Muro y Catunia, con la salida de los franceses, y el triunfo de las armas españolas acrecentaron su ya legítima fama, que aumentó á su regreso á Castilla con la victoria que alcanzó sobre los moros de las Alpujarras.

Torna el Rey de Francia á invadir á Nápoles, y vuelve Gonzalo á destruir sus proyectos, no sin antes combatir, y vencer á los turcos, que invadían las islas de los mares de Grecia, pertenecientes á la República Veneciana.

Entre los varios encuentros de aquella segunda campaña merece citarse la batalla de *Ceriñola*, en la que quedaron derrotados los franceses, con muerte de su general el Duque de Nemours, sobre cuyos fríos restos vertió el Gran Capitán amargas lágrimas, en justo tributo á su valor. A este triunfo siguió el de la batalla de Garellano, la rendición de Gaeta, y la conquista de todo el reino de Nápoles.

Tan grandes satisfacciones vino á amargarlas las suspicacias y recelos del Rey Católico, quien, sospechando que no pensaba Gonzalo en regresar á España como él le había ordenado, marchó para Italia, encontrándose los dos en el puerto de Génova, cuando el Gran Capitán se había embarcado para Castilla. Por debilidad ó avaricia, *toleró ó mandó*, pues la verdad no se sabe, á los tesoreros que residenciaran á Gonzalo. Entonces el héroe de España y de Italia presentó aquellas cifras que desde entonces se llamaron las *Cuentas del Gran Capitán*, en las que aparecían partidas como éstas:

«Setecientos mil ducados en espías. Doscientos mil en frailes y monjas, para que rueguen á Dios por las victorias de los españoles.

»Palas, picos y azadones, diez millones. Estopa, resina y pez, otros diez »

Avergonzado el Rey mandó cesar la lectura.

Difícil era desde entonces que tan gran soldado y tan pobre Rey se entendieran: así que no tardó, una vez en España, en retirarse á su casa de Loja, trasladándose más tarde á Granada, donde falleció en el 2 de Diciembre de 1515. Había nacido en Montilla (Córdoba), en el año 1453.

El cuadro que hoy aparece en ALBUM SALÓN, y que presentó en la Exposición de 1884 el distinguido y malogrado artista M Crespo, y que tan entusiastas elogios le valió, representa el solemne momento de la muerte de Gonzalo de Córdoba rodeado de su esposa, de su hija y de sus deudos.

La noticia causó profunda sensación en España y fuera de ella, ya que meses antes, al solo anuncio de que el Gran Capitán volvía á Italia, corrieron á alistarse bajo sus banderas los mas valientes soldados y los más expertos capitanes.

Adornaron su tumba dos estandartes reales, y más de doscientas banderas ganadas por él en campañas memorables.

El mismo Rey Católico, á pesar del recelo con que le miraba, de haberle negado el prometido maestrazgo de las Ordenes; de haberse opuesto á que Cisneros le llevase por general á la conquista de Africa; de haberle confinado en Loja, vióse forzado á escribir á la esposa de Gonzalo diciendo, que con su muerte «había perdido un grande y señalado servidor, con cuya ayuda se había acrecentado su corona con el reino de Nápoles » ¡El odio de Fernando al Gran Capitán, envuelve uno de tantos misterios de la historia!

A la ligera, porque no contamos con el espacio necesario, vamos á consignar algunos rasgos de su vida, que pintan al hombre y al soldado.

Al recibir la *Rosa de Oro* de manos del Papa Alejandro, como le oyera quejarse de los Reyes Católicos le dijo, con gran entereza, que no olvidase que á ellos les debía haberse libertado de los Ursinos.

Cuando en la segunda campaña de Italia hubo de combatir al Rey Federico, á quien antes había servido, se apresuró á devolverle cuantas mercedes recibió de él; rasgo que Federico estimó diciéndole que á poder darle más, más le daría.

Tomados Nápoles y sus castillos, al ver que un grupo de soldados se duele de la mala suerte que han tenido en el botín, les dice, con risueño acento: Id á mi palacio, ponedlo todo á saco, y que mi liberalidad os indemnice de vuestra mala fortuna.

Los franceses, dice Guicciardini, tantas veces derrotados por él, contemplaban asombrados al Gran Capitán; y el mismo rey Luis XII, cuando su entrevista con Fernando el Católico, le hizo sentar á su mesa, le pidió contara algunas de sus diversas expediciones, y se quitó la rica cadena de oro que llevaba, ciñéndola al cuello de Gonzalo.

Zurita en sus *Anales de Aragón*, le juzga de este modo:

«No fué inferior á Arístides en Roma, ni á Escipión el Africano, y murió, como ellos, víctima de la ingratitud.»

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



Cuadro de M. CRESPO. MUERTE DEL GRAN CAPITAN *Fot. J. Laurent y C.ª*

GASPAR CAMPS



ALEGORÍA DEL MES DE DICIEMBRE

ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Artículos literarios, científicos, biográficos y festivos, Poesías, Cuentos, Novelas, &, &

Reproducciones, en color ó en negro, de Cuadros al Oleo, Acuarelas, Esculturas, Objetos artísticos Dibujos al pincel, al carbón y á la pluma, Caricaturas, &., &.

Retratos

Vistas

Música

Alsina y Maristany, Juan: «Capricho», para piano.

Argila Niguis, Mercedes de: «Heliotropo», nocturno para piano.

Bayena, Buenaventura. «Capricho», para piano.

Bodi Caballero, José: «Virginia», polka para piano.

Carbonell: «Delirium tremens». — Música de un melodrama de Modesto Urgell, ilustrada por éste.

Carvajal Radriguez, Francisco: «La Pasionaria». — Marcha funebre para piano.

Durán, Carmen: Jota, para piano.

Goberna, Roberto: «Dolora». — Melodía para canto y piano; letra de Miguel Carvajal.

González, Rafael: «Grillera». — Mazurca para piano. — «El Turia». — Polka para piano.

Goula, Juan: «Nuevo Siglo». — Vals para piano.

Hernández Monjo, F.: «Expresiva». — Mazurca para piano.

Kolb Ayala, Angelina: «Rosas blancas». — Melodía para canto y piano; poesía de Josefa Codina Umbert. — «Rêverie», para piano.

León hijo, Antonio: «Cieza». — Paso doble para piano.

Manzanares, J. R.: «Hoja de album». — Para piano y canto. — «Melodía popular asturiana», para piano.

Molgosa, Conrado: «Confidencia». Vals para piano.

Rodríguez Fernández, José Juan: «Confetti y serpentina» Schottisch para piano.

Roldós, José: «Violetas». — Mazurca para piano.

Ruiz Salóm, Julia: «Lambertina». — Mazurca para piano.

Segura, Alfredo: «María». — Vals para piano.

Toutain, Adolfo: «Petit bouquet». — Vals para piano.

Ventosa, Luis: «Ensueño de un recuerdo». — Danza capricho para piano.



